



Los estudios literarios en Argentina y en España

Institucionalización e internacionalización

**1. Teoría en tránsito. Arqueología
de la crítica y la teoría literaria
españolas de 1966 a la posdictadura**



Analía Gerbaudo
Max Hidalgo Nácher
directores de la obra completa

Max Hidalgo Nácher
autor del volumen

ediciones UNL



Los estudios literarios en Argentina y en España

Institucionalización e internacionalización

~

1. Teoría en tránsito. Arqueología
de la crítica y la teoría literaria
españolas de 1966 a la posdictadura



Consejo Asesor
Colección Ciencia y Tecnología
Graciela Barranco
Ana María Canal
Miguel Irigoyen
Gustavo Ribero
Luis Quevedo
Ivana Tosti
Alejandro R. Trombert

Dirección editorial
Ivana Tosti
Coordinación editorial
María Alejandra Sedrán
Coordinación diseño
Alina Hill
Coordinación comercial
José Díaz

Corrección
Félix Chávez
Diagramación interior y tapa
Laura Canterna

© Ediciones UNL, 2022.

—

Sugerencias y comentarios
editorial@unl.edu.ar
www.unl.edu.ar/editorial

Hidalgo Nácher, Max
Teoría en tránsito : arqueología de la crítica
y la teoría literaria españolas de 1966 a
la posdictadura / Max Hidalgo Nácher ;
prefacio de Analía Gerbaudo ; Max Hidalgo
Nácher; prólogo de Nora Catelli.
-1a ed.- Santa Fe : Ediciones UNL, 2022.
Libro digital, PDF/A - (Ciencia y Tecnología)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-749-360-3

1. Literatura. 2. Literatura Española. 3.
Estudios Literarios. I. Gerbaudo, Analía, pref.
II. Catelli, Nora, prolog. III. Título.
CDD 860.9

Serie *Archivos en construcción*
Directora: Analía Gerbaudo
Comité científico de este tomo: Raúl Antelo,
Nora Catelli, Graciela Goldchluk,
Anna Gargatagli.

© Max Hidalgo Nácher, 2022.
© Raúl Antelo, Nora Catelli,
Analía Gerbaudo, 2022.



Los estudios literarios en Argentina y en España

Institucionalización e internacionalización

~

**1. Teoría en tránsito. Arqueología
de la crítica y la teoría literaria
españolas de 1966 a la posdictadura**

Analía Gerbaudo
Max Hidalgo Nácher
directores de la obra completa

Max Hidalgo Nácher
autor del volumen

Prólogo de Nora Catelli
Epílogo de Raúl Antelo

Volumen 1. Tomo 1. España

ediciones UNL

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

Teoría en tránsito

se publica como parte de las actividades del proyecto del Grup d'estudis de l'exili literari (GEXEL), 2017 SGR 1251, de la Universitat Autònoma de Barcelona, financiado por la Agència de Gestió d'Ajuts Universitaris i de Recerca (AGAUR) de la Generalitat de Catalunya. El libro ha contado también con financiación del proyecto *The circulation of critical paradigms in Iberoamerican contexts from the second half of the 20th century to the present: methods, concepts and problems* (Proyecto de Investigación Internacional, Unión Iberoamericana de Universidades, convocatoria 2019). Ref. UB-O2-2019



UNIVERSITAT
de
BARCELONA



Unión Iberoamericana
de Universidades



*A Nora Catelli y a Raúl Antelo, por la confianza en lo que podíamos
(y por todo lo demás)*

Índice

Preliminares

Sobre la serie *Archivos en construcción* / 11

Analía Gerbaudo

Nuestro objeto, nuestro problema / 25

Analía Gerbaudo, Max Hidalgo Nácher

Prólogo

Prácticas del documento en la historia de la crítica: entre la ausencia

de archivo en Argentina y el exceso de archivo en España / 30

Nora Catelli

Teoría en tránsito. Arqueología de la crítica y la teoría literaria españolas de 1966 a la posdictadura

Max Hidalgo Nácher

1. Hacia una historia de la teoría en España / 36

1.1 Teorías de la literatura / 38

1.2 Hispanismos españoles / 43

1.3 Historia editorial, historia del libro y de la lectura / 58

1.4 Sociología de los intelectuales y de la universidad en España / 66

1.5 Circulación y usos de la teoría / 67

1.6 Herencias, emergencias y porvenires de la literatura / 72

2. Transformaciones teóricas en el horizonte del estructuralismo (1966–1975) / 75

2.1 Estructuralismos 1966 / 76

2.2 La vía académica dominante: de la estilística al estructuralismo / 88

 2.2.1 Aventuras y desventuras editoriales de Jakobson en España / 90

 2.2.2 Un estructuralismo a la española / 96

 2.2.3 Falangismo y catolicismo / 97

 2.2.4 El centenario de San Juan de la Cruz (1942) / 101

 2.2.5 Dámaso Alonso y la estilística como método oficial / 105

 2.2.5.1 Sustratos discursivos / 113

 2.2.6 Vías de la continuidad y de la renovación: el justo medio y el lugar
de Lázaro Carreter / 117

 2.2.7 Semiótica y estructuralismos estilísticos / 128

 2.2.8 Del estructuralismo a la pragmática / 133

 2.2.9 Posibilidades y límites del análisis estructural / 136

 2.2.10 Goldmann y el «estructuralismo humanista», Althusser y la ciencia / 138

2.3 Vanguardias críticas e intelectuales desde 1966 / 141	
2.3.1 Editoriales, ensayismo, vanguardias / 147	
2.3.1.1 Censura y secuestros editoriales / 149	
2.3.1.2 La vanguardia editorial / 155	
2.3.1.2.1 Las editoriales de Barral / 155	
2.3.1.2.2 Anagrama y el nuevo ensayismo / 160	
2.3.1.2.3 Otros núcleos editoriales de la renovación / 163	
2.3.2 La renovación estructural del marxismo: Ciencia Nueva (1965–1970) y el Equipo Comunicación (1969–1979) de Alberto Corazón / 166	
2.3.3 Vanguardias filosóficas: la heterodoxia neonietzscheana / 175	
2.3.3.1 Dos maestros de la heterodoxia: Agustín García Calvo y Rafael Sánchez Ferlosio / 179	
2.3.3.1.1 El lenguaje en García Calvo y Sánchez Ferlosio / 180	
2.3.3.2 Un Nietzsche francés y estructural / 193	
2.3.3.3 Núcleos de institucionalización del neonietzscheanismo / 207	
2.3.3.4 Fernando Savater: una trayectoria ejemplar / 210	
2.3.3.4.1 La crítica al marxismo, el giro ético y la razón democrática / 213	
2.3.4 Vanguardias críticas y literarias / 219	
2.3.4.1 Castellet y Goytisolo: transformaciones críticas y literarias / 222	
2.3.4.1.1 Josep María Castellet: una ética de la infidelidad / 223	
2.3.4.1.1.1 Lecturas heterocrónicas de Sartre y Robbe-Grillet / 227	
2.3.4.1.1.2 Por un realismo poético / 229	
2.3.4.1.1.3 De Poesía, realisme, història (1965) a Nueve novísimos poetas españoles (1970) / 231	
2.3.4.1.1.4 Tiempo de destrucción / 234	
2.3.4.2 Juan Goytisolo: traición, exilio y literatura / 237	
2.3.4.2.1 Por una novela humana y nacional / 240	
2.3.4.2.2 Exilio y traición / 243	
2.3.4.2.3 Por una literatura crítica: historia y discurso en la novela / 247	
2.3.4.2.4 Pasado presente de España / 249	
2.3.4.2.5 Porvenires críticos de la literatura / 256	
2.3.4.3 Cosmopolitismos de una España fuera de sus castillas / 257	
2.3.4.3.1 El pequeño y el gran contexto: la gloria y la glorieta / 258	
2.3.4.3.2 Octavio Paz y la literatura contemporánea / 266	
2.3.4.3.3 Gimferrer, Paz y la renovación poética / 268	
2.3.5 Vanguardias marxistas y culturales en 1970: una polémica / 279	

3. Las vanguardias críticas e intelectuales tras la muerte de Franco y la teoría en la posdictadura / 287

3.1 El campo intelectual tras la muerte de Franco y en la posdictadura / 288	
3.1.1 Las revistas culturales durante la Transición / 288	
3.1.2 El fin de las vanguardias, la conversión a la razón democrática y la vía del consenso / 294	
3.1.3 Más allá de los Pirineos: repercusiones locales de la vida intelectual francesa / 302	

3.1.4 Trasformaciones editoriales e intelectuales desde los ochenta / 305
3.2 Inscripciones de la escritura: subjetividad, texto, literatura / 314
3.2.1 Psicoanálisis lacaniano, textualismo y vanguardia / 315
3.2.1.1 Inmigrantes, exiliados / 318
3.2.1.2 Oscar Masotta y el desembarco del psicoanálisis lacaniano en España / 325
3.2.1.3 Textualismos telquelianos / 330
3.2.1.4 De <i>Qwert Poiuy. Revista de Literatura</i> (1974–1977) a <i>Diwan</i> (1978–1982): telquelismos y lacanismos españoles / 334
3.2.1.4.1 España Una en <i>Diwan</i> / 337
3.2.1.4.2 Polémicas de una revista atópica / 348
3.2.2 La retoricidad del lenguaje: textualismo y deconstrucción / 351
3.2.2.1 Las temporalidades de la crítica: Barthes en España / 352
3.2.2.2 Presencias de Derrida / 360
3.2.2.3 «Retóricas y jergas en la crítica contemporánea» (1987): un diagnóstico / 364
3.2.2.3.1 Los procedimientos de la crítica: de la fricción a la ilustración / 372
3.2.2.4 Logofagias e ilegibilidad / 375
3.2.3 La creación de una constelación en espiral / 380
3.2.3.1 Julián Riós y los avatares de una galaxia espiral / 380
3.2.3.1.1 Fábulas del País de Jaula: de la melancolía al entusiasmo / 384
3.2.3.1.2 La operación <i>Larva</i> (1984) / 387
3.2.3.1.3 La gran tradición moderna / 391
3.2.3.2 Andrés Sánchez Robayna: <i>Syntaxis</i> (1983–1993) y la condición insular / 395
3.2.3.2.1 <i>Literradura</i> (1976) / 398
3.2.3.2.2 El texto del mundo y los archipiélagos de <i>Syntaxis</i> (1983–1993) / 400
3.2.3.2.3 Las ínsulas extrañas y la contemporaneidad poética / 408
3.3 Apuntes para la construcción de un mapa de la teoría en la España de la posdictadura / 411
3.3.1 Institucionalización académica de la Teoría de la Literatura / 412
3.3.2 Instituciones semióticas / 414
3.3.3 La presencia de una ausencia / 422
3.3.4 Creación de SELGYC (1977) y ASETEL (1993) / 429
3.3.5 Revistas, editoriales, manuales: lecturas académicas / 430
3.3.6 Claudio Guillén y los avatares de la Literatura Comparada / 437

Exhumaciones / 445

Referencias / 448

Epílogo / 489

La teoría es profecía

Raúl Antelo

Agradecimientos / 501

Sobre las autoras y los autores / 505

Preliminares

Analía Gerbaudo
Max Hidalgo Nácher

Sobre la serie Archivos en construcción

Analía Gerbaudo

La serie Archivos en construcción aloja resultados de investigaciones grupales iniciadas en 2012 e impulsadas, en primer lugar, por Gisèle Sapiro. Desde 2006, año de mi ingreso al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), estudio cómo se enseñó Literatura Argentina y Teoría Literaria en la universidad pública de mi país durante la posdictadura.¹ Más concretamente, analizo qué «fantasías de nano-intervención»² motivaron

1 Con matices diferentes, algunos investigadores (De Diego, 2003; Dubati, 2008, 2015; Funes, 2011; Montaldo, 2010; Molina, 2013; Antelo, 2016; Schwarzböck, 2016; Gerbaudo, 2016, 2017, 2020; Roniger, Sosnowski y Szajner, 2018; Drucarof, 2018; Crespi y García Orsi, 2018; Monteleone, 2018; Avelar, 2018; Maradei, 2020, Hidalgo Nácher en este mismo volumen) usamos y/o ensayamos conceptos de «posdictadura» en función de contribuir al análisis tanto del pasado reciente de Argentina, Brasil y España (circunscribo a los tres países sobre los que se recorta nuestro programa de investigación, si bien resultan insoslayables los aportes pioneros de Alberto Moreiras —1997— tanto como los de Nelly Richard —1998, 2007, 2013, 2017, 2021— y de Teresa Basile —2003, 2006— a propósito de Chile y de Uruguay) como de lo «por—venir» (en contraste con un futuro más o menos previsible, lo «por—venir» alude a lo imposible de ser anticipado, calculado —Kofman y Dick, 2002, 2005—). El término «posdictadura» pretende llamar la atención sobre un tiempo marcado por huellas del pasado dictatorial: como José Rabasa cuando esgrime sus razones para hablar de «poscolonialismo», es necesario aclarar que el prefijo «pos» subraya «las continuidades y legados» (2009:220) entre diferentes momentos. No se trata, de ninguna manera, de la simple referencia a lo que viene después sino, como bien observó Josefina Ludmer, de «lo que viene después pero que incluye lo anterior; no supera ni borra sino que incluye los tiempos anteriores» (2016).

2 Junto a Avital Ronell llamamos «nano-intervenciones» (2008, 2011) a las operaciones «responsables» (cf. Derrida, 1996) situadas en las antípodas de «lo espectacular», ceñidas a la «pequeña tarea» y ejecutadas allí donde una hendidura deja espacio a la acción que define sus sentidos en el terreno incierto de la recepción. Una trama en la que lo «por—venir» se trenza con el «acontecimiento» (Derrida, 2001), con lo incalculable que desmadra predicciones, esquemas previos y cualquier adjudicación intencional de aquello que se diríme en el accionar junto a otros (Cragnolini, 2014) ya que depende, precisamente, de su repercusión. Pensar las acciones en términos de «fantasías de nano-intervención» acentúa el arrojo de cada movimiento dado el poder de decisión de quienes responden. En una entrevista concedida a la radio France Culture, Jacques Derrida lo expresa con nitidez: cuando se escribe, cuando se enseña, cuando se investiga «se les está proponiendo a otros un nuevo punto de referencia, un nuevo contrato, una nueva interpretación» (2001:40). Y agrega: «el otro es quien tiene que contestar o no» (40). Incluir la no—respuesta como respuesta posible subraya los atenuantes con que Derrida, infatigablemente, ha pretendido desalentar la prepotencia de la intencionalidad. Se trata de una suerte de «advertencia» reforzada aquí por el acoplamiento con «fantasías» que, como indica Slavoj Zizek, no remiten a «un escenario fantástico que opaca el horror real» de una situación (1999:15) sino que, por el contrario, son las que sostienen el «sentido de realidad» (de otro modo, se favorecería una percepción tendiente a asociar la realidad a un resto que, lejos de una «mera fantasía», sería

las prácticas que proyectos de este tipo contribuyen a exhumar.³ En 2011, y gracias a una beca de la Fondation Maison des Sciences de l'Homme, expuse algunos avances en un coloquio celebrado en París. Esa presentación motivó la invitación de Sapiro a integrar el proyecto *International Cooperation in the Social Sciences and Humanities: Comparative Socio-Historical Perspectives and Future Possibilities* (INTERCO SSH) iniciado en 2012 y concluido en 2017. Se trató de una mega-investigación que comprendió diferentes países (Argentina, Brasil, Francia, Italia, Reino Unido, Austria, Países Bajos, Hungría, Alemania y Estados Unidos) y disciplinas (Sociología, Psicología, Filosofía, Economía, Letras, Antropología y Ciencias Políticas). Sapiro pretendió delinear una «morfología comparativa» que diera cuenta de la institucionalización⁴ y de la internacionalización de este recorte de las ciencias sociales y humanas entre 1945 y 2010. Gustavo Sorá estuvo a cargo de la coordinación del equipo argentino que integró junto a Fernanda Beigel, Alejandro Blanco, Alejandro Dujovne, Mariana Heredia, Ariel Wilkis y Heber Ostrovsky. Mi rol fue coordinar el grupo a cargo, a su vez, del relevamiento de lo acontecido en el campo de las letras.⁵ Participaron de esta tarea María Fernanda Alle, Pamela

«lo que queda de la realidad cuando ésta pierde su apoyo en la fantasía» —31— para movilizar acciones («nano-intervenciones») orientadas a incidir en la reorganización del entramado socio-cultural en los espacios en los que se advierten «grietas» (cf. Rinesi, 2003).

3 Cuando empecé esta investigación, los antecedentes de este tipo de trabajo en Argentina eran escasos (cf. Schwartzman, Delgado y Dámaso Martínez, 1974; Sarlo, 1972; Caisso y Rosa, 1987; Panesi, 1989, 1996; Capdevila, Retamoso y Biselli, 1997; Louis, 1999; Prósperi, 2003; Ford, 2005; Dalmaroni, 2006) y, como bien señaló Miguel Dalmaroni en un libro convertido en bestseller de los manuales sobre los protocolos de la investigación literaria seguidos en nuestro país, pesaba entonces cierto recelo (o más bien diría, cierto menoscenso) respecto de este tipo de exploraciones (Dalmaroni, 2009:11). Afortunadamente en la actualidad asistimos a la diseminación de esta perspectiva resuelta desde las más variadas articulaciones teóricas y metodológicas (Panesi, 2009; Funes, 2009; Vitagliano, 2007, 2011, 2015; Szurmuk y McKee Irwin, 2011; Fernández Bravo, 2012; Ingaramo, 2012a, 2012b; Parchuc, 2013, 2014; Podlubne, 2013; Podlubne y Prieto, 2014; Gastaldello, 2015; Louis, 2015; Lacalle y Riva, 2014a, 2014b, 2015; Lacalle y Migliore, 2015, 2016; Lacalle y Bogado, 2017, 2018; Bogado, Lacalle y Vilar, 2019; Crespi, 2016, 2018a, 2018b, 2020; Santucci, 2015, 2018; Avaro, 2015; Louis, 2015; Surghi, 2017; Manzoni, 2018; Santomero y Ramírez, 2020; Ramírez, 2016; Garayalde, 2019; Cuesta, 2019; Maradei, 2020; Prieto, 2020; Santomero, 2021).

4 Reconstruir el proceso de institucionalización supone atender al desarrollo de las disciplinas en el sistema académico (Sapiro, Brun y Fordant, 2019:25).

5 Circunscribimos el «campo» de las letras a los «subcampos» de los estudios lingüísticos, literarios y semióticos a la vez que, deliberadamente, dejamos fuera de nuestra investigación el literario. Como indica Bourdieu, «un sub-campo no es una parte de un campo»: «cuando se pasa de un campo a un subcampo» se verifica «un salto, un cambio cualitativo» (1984:24) que de ningún modo es un cambio de escala ya que «la construcción de los campos depende del nivel en donde se sitúe el analista» (25). Un ejemplo le permite mostrar en qué sentido «el subcampo no funciona desde la lógica de la parte» de un todo: «el sub-campo de la crítica tiene otra lógica

Bórtoli, Cintia Carrió, Daniela Gauna, Ángeles Ingaramo, Micaela Lorenzotti, Micaela Gudiño, Luisina Piovano, María Inés Rabasedas, Valentina Jara, Florencia Gietz, Sergio Peralta, Lucila Santomero, Ivana Tosti, Santiago Venturini, Carlos Leonel Cherri, Daniela Fumis, Daniel Gastaldello, Silvana Santucci, Gabriela Sierra, Cristian Ramírez, Verónica Gómez, Bruno Grossi, Hernán Hirschfeld y Patricia Torres.

En 2015, Sapiro se encontró en la Universidad de Harvard con un equipo liderado por Nora Catelli e integrado por Annalisa Mirizio, Max Hidalgo Nácher y Marta Puxan Oliva: se trata del Grupo de investigación Literatura, Cine y otros lenguajes artísticos (GLICIART) con sede en la Universidad de Barcelona. Las conversaciones allí sostenidas desencadenaron la inclusión de España en la investigación sobre la configuración del campo de las letras en Argentina. Excolonia española, nuestro país tuvo y tiene con España relaciones de intercambio que no habían sido aún sistemáticamente analizadas desde la pretensión abarcativa que atravesó el diseño de INTERCO SSH. De hecho, como podrá verse en la publicación de parte de los resultados finales de este megaproyecto (Heilbron, Sorá y Boncourt, 2018; Fleck, Duller y Karády, 2019; Sapiro, Santoro y Baert, 2020), no se incluyeron nuestros análisis debido a que al momento de su cierre, en 2017, nuestros trabajos revestían un carácter incipiente. Luego de su discusión pública en diferentes encuentros, estos prometidos resultados son puestos en circulación en los volúmenes que incluimos en esta serie cuyos objetivos, alcances y límites expongo en esta presentación.

Vale la pena volver sobre algunas de las razones de la demora en la publicación de estos resultados ya que dan cuenta, por un lado, del control a los que queríamos someterlos y, por el otro, de la expansión del proyecto inicial devenido programa de investigación. Cabe mencionar entonces que entre 2015 y 2019, con el objeto de recoger la mayor cantidad de observaciones críticas por investigadores que trabajan en diferentes disciplinas de las ciencias

que el campo literario. Sus leyes de funcionamiento son diferentes y no pueden deducirse de un campo englobante: las apuestas son distintas como las formas de capital que se ponen en funcionamiento» (24). Agreguemos que la potencia heurística del concepto de campo radica en que brinda elementos para describir el espacio social desde una lógica que incluye el conflicto no como accidente sino como elemento estructural dinamizador. Analizar una «disciplina» como «campo» exige dar cuenta de «un *nomos* particular, de un principio de visión y de división y de un principio de construcción de la realidad objetiva irreducible al de otra disciplina» (Bourdieu, 2001a:103) incluidos los desacuerdos internos respecto de cómo definirla (Bourdieu recuerda, a propósito de esta cuestión, la célebre fórmula saussureana respecto del lugar del punto de vista en la creación del objeto —103—). Finalmente, si el perímetro del campo se establece por las preguntas de investigación, en este caso es imperioso articular la dimensión transnacional (cf. Casanova, 1999; Heilbron, Guilhot y Jeanpierre, 2009; Sapiro, 2009, 2013; Sapiro, Leperlier y Brahimi, 2018) con la local (cf. Martínez, 2013).

sociales y humanas y desde muy distintas perspectivas, las síntesis parciales de esta investigación se presentaron en universidades de Argentina, Chile, España, Alemania, Brasil, Reino Unido y Francia. El interés por el problema recortado llevó a la multiplicación de equipos así como de tesistas de grado y de posgrado dedicados el tema. El primer equipo que surgió de estos encuentros, dirigido por Susana Scramim y localizado en la Universidade Federal de Santa Catarina, promete realizar en Brasil la investigación emprendida en Argentina sobre la institucionalización de los estudios literarios. Se trata de un trabajo comenzado a delinear en junio de 2019. El otro equipo se sitúa en una de las universidades más australes de Argentina: con mi dirección y la codirección de Alejandro Gasel, un grupo de profesores y estudiantes están reconstruyendo los procesos de institucionalización de las letras en la provincia de Santa Cruz y los primeros movimientos de internacionalización allí registrados. Se trata de un trabajo iniciado en febrero de 2019.

Por nuestra parte, desde la Universidad Nacional del Litoral, fuimos realizando avances parciales sobre los problemas que el proyecto INTERCO SSH delimitó. Tratándose de una investigación grupal que buscaba construir una «morfología comparativa» transnacional, seguimos estrictamente las dimensiones de análisis fijadas por Sapiro, aunque con importantes desfasajes temporales respecto de las entregas de los resultados en los plazos fijados. Por ejemplo, para cumplir con la etapa de relevamiento del proceso de institucionalización de las letras en Argentina, pautada por Gustavo Sorá entre abril de 2013 y febrero de 2014, realizamos una serie de búsquedas que dieron lugar a lo que hasta hace muy poco no nos atrevíamos ni siquiera a llamar «libro» sino «informe técnico»: *La institucionalización de las Letras en la universidad argentina (1945–2010). Notas «en borrador» a partir de un primer relevamiento* es lo que pudimos hacer en ese breve tiempo en un país que no solo ha descuidado sus archivos institucionales sino que, en determinados momentos de su historia, ha hecho de su destrucción parte de una política de Estado. Observemos, en este sentido, que el título de ese libro es tan sintomático como el de la serie de la que es antecedente. En aquel «informe técnico» publicado en 2014 no solamente hablamos de «notas» sino que además, por si quedara alguna duda respecto de su carácter provisorio, reforzamos esa idea agregando la expresión que utilizara Pierre Bourdieu (2001b) para autorizar la publicación de trabajos en proceso: «en borrador».⁶ Este ademán es reforzado con una promesa, también contenida en el título: un «primer relevamiento» supone que habrá al menos otro.

6 Esta decisión obedece a un comentario deslizado por Bourdieu durante una entrevista con Ivette Delsaut: al «efecto de cierre» que producen ciertos textos y a la desaparición de las «huellas del trabajo en beneficio de lo definitivo, de lo terminado» (2001b:198), oponía la «lógica» del «borrador» (148). Su defensa del «derecho a publicar textos no definitivos» (198) impulsó las prácticas que desarrollamos desde entonces.

Efectivamente, en la última página de aquel trabajo se incluye el diseño de una entrevista semiestructurada (cf. Gerbaudo y Fumis, 2014:239). Las respuestas obtenidas de 151 agentes,⁷ sus currículums (a los que se agregaron los de otros 37 de agentes a los que no se pudo entrevistar) y otros materiales (resultados de investigaciones históricas y sociológicas, documentos institucionales, textos periodísticos, consultas a los agentes entrevistados, cartas, diarios íntimos, etc.) permitieron no solo construir los datos para la etapa siguiente dedicada al proceso de internacionalización de las letras sino también completar parte de la información faltante sobre el proceso de institucionalización.

Luego del análisis del material recogido, advertimos la necesidad tanto de convertir en dato del campo lo que entonces se nos presentaba en términos de falta (expresada en la angustia de publicar resultados contando con una sola «fuente» que, además, en muchos casos, solo era testimonial) como de incluir ese trabajo preliminar como antecedente de la serie que presentamos. El problema de la precariedad de los archivos tiene como contrapartida la necesidad de que quien investiga despliegue su imaginación a los efectos de obtener la información que necesita. Unos pocos ejemplos tomados de investigaciones que utilizamos en la nuestra: cuando no le alcanzaron los archivos disponibles, Thomas Piketty (2013) apeló a la literatura para reconstruir el proceso mundial de la distribución de la riqueza (Piketty, 2015); junto a los archivos de instituciones y de Organizaciones No Gubernamentales, Pascale Laborier (2019) recurrió a entrevistas en su investigación sobre los exilios de uruguayos en Francia durante la dictadura; Luis Roniger y Saúl Sosnowski triangularon resultados de investigaciones previas y documentos de archivo con «unas docenas de entrevistas» al despuntar una reconstrucción de los procesos de migración, diáspora y regresos en Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay desde las últimas dictaduras hasta los primeros años del siglo XXI (2018:19); una articulación de fuentes similar utilizó Daniela Szpilbarg en su *Cartografía argentina de la edición mundializada...* (2019). Estas investigaciones activan una sentencia de Rossana Nofal: durante el *II Workshop Internacional de Investigadores Jóvenes «La gravitación de la memoria: testimonios literarios, sociales e institucionales de las dictaduras en el Cono Sur»* celebrado en la Universidad

7 Bourdieu emplea el término «agente» desde una prudente distancia tanto de la omnipotencia racionalista como del voluntarismo—voluntarista. El concepto permite leer cómo en las acciones de un sujeto se conjugan *habitus* (producto de una historia incorporada), su trayectoria desarrollada en la tensión entre lo posible y lo pensable, su subjetividad, sus tomas de posición y la posición que ocupa en el espacio social. Se trata de una definición relacional y topológica cuya fuerza heurística reside en situar las disposiciones individuales y las determinaciones subjetivas en el marco del espacio social de actuación con sus condicionantes (cf. Bourdieu, 1972, 1980, 1994, 1997; Bourdieu y Chartier, 2010).

Nacional de Tucumán en 2009 equiparaba «investigar» con «correr riesgos». Su pronunciamiento movía a ir «más allá de», tal como aprendimos de Jacques Derrida a ir «más allá de» un límite o un estado de las cosas cuando ese límite o ese estado de las cosas obstaculiza un desarrollo que se avizora promisorio. Su exhortación se conjugó con otra enunciada por Miguel Dalmaroni por la misma fecha: parecerá una obviedad, pero hay momentos en que se vuelve necesario aclarar que «investigar» supone avanzar sobre aquello que no se sabe (Dalmaroni, 2009:36).

En esa línea se inscriben los libros de la serie Archivos en construcción. Probablemente no sin riesgos, avanzamos sobre parte de lo que no se sabe alrededor de la institucionalización y la internacionalización de las letras en Argentina, Brasil y España haciendo de la falta una ocasión para la intervención política. Si la política supone la explotación del «espacio de tensión que se abre entre las grietas de cualquier orden, precisamente, porque ningún orden agota en sí mismo todos sus sentidos ni satisface las expectativas que los distintos actores tienen sobre él» (Rinesi, 2003:23), y si encontramos que raramente en Argentina un «archivo» reúne las condiciones mínimas que Jacques Derrida postula como condición básica para que los textos conservados resistan esa denominación,⁸ esta serie, financiada con fondos de proyectos internacionales⁹ pero, especialmente, con fondos de instituciones públicas argentinas,¹⁰ se ins-

8 Para Jacques Derrida, la «domiciliación» es una de las condiciones para rotular a un texto como «archivo»: «No hay archivo sin un lugar de consignación» (Derrida, 1995:26). Otra condición es su preservación en un soporte resistente.

9 Los fondos internacionales que financiaron parcialmente la investigación provinieron de los siguientes proyectos e instituciones: *International Cooperation in the Social–Sciences and Humanities: Comparative Socio–Historical Perspectives and Future Possibilities* dirigido por Gisèle Sapiro (European Union, Seventh Framework Programme, Grant Agreement nº 319974, 2012–2017); *Archives in Transition: Collective Memories and Subaltern Uses* dirigido por Roland Spiller (European Union's Horizon 2020 Program–Marie Skłodowska Curie, Research and Innovation Staff Exchange, Grant Agreement nº 872299, 2021–2024), Grup d'estudis de l'exili literari (GEXEL) de la Universitat Autònoma de Barcelona financiado por la Agència de Gestió d'Ajuts Universitaris i de Recerca (AGAUR) de la Generalitat de Catalunya (2017, SGR 1251), *The circulation of critical paradigms in Iberoamerican contexts from the second half of the 20th century to the present: methods, concepts and problems* (Unión Iberoamericana de Universidades, convocatoria 2019, Ref. UB-02-2019).

10 El cierre del proyecto INTERCO SSH nos encontró con la investigación a medio camino y con un cambio de orientación de las políticas públicas en Argentina. La coalición de derecha que ganó las elecciones en diciembre de 2015 recortó los financiamientos a la ciencia. Durante los últimos años de gestión de la alianza «Cambiamos», el CONICET suspendió la convocatoria a Proyectos de Investigación Plurianuales por falta de presupuesto; por otro lado, el atraso en el otorgamiento de los subsidios a los proyectos entonces en curso unidos a una inflación descontrolada condujeron a una estrategia dominante en el campo de la investigación científica en Argentina: el subsidio de las actividades en curso vía el sueldo de los agentes. También, como ya ha pasado

cribe en lo que hemos denominado en otros lugares «política de exhumación» (Gerbaudo, 2016).

«Uno transforma mientras exhuma», advierte Derrida (1989: 821). Las exhumaciones que esta serie propone aportan datos sobre la institucionalización y la internacionalización de las letras: los patrones, dinámicas y condiciones de producción de los estudios literarios, lingüísticos y semióticos en Argentina, España y Brasil se leen en el marco de su inscripción en un campo transnacional tensionado por relaciones de fuerza entre lenguas, instituciones, ciudades y editoriales que inciden en su circulación y en su visibilización. ¿En qué sentido estas exhumaciones transforman? Podríamos decir que la descripción que aquí se despunta (es necesario resaltarlo: estos son los primeros resultados de un enorme trabajo por venir) permite complejizar la lectura tanto del proceso de fabricación de «teoría» como del proceso de construcción de las agendas nacionales de investigación y de enseñanza (cf. Ducournau, 2017; Thiesse, 2019). «Más allá de» las lógicas plañideras, intentamos contribuir a relevar «lo que hay», como diría el poeta bahiense Marcelo Díaz. En este sentido nunca será suficiente la insistencia sobre el carácter «en construcción» de estos archivos: un modo más o menos directo de convocar a otros investigadores, no solo a exhumar y a trabajar sobre todo lo que no se incluyó en nuestro recorte sino incluso a continuar lo que a partir del nuestro apenas se deja entrever.

El primer volumen de esta serie aporta datos centrales para los análisis porvenir sobre las relaciones entre los subcampos de los estudios literarios de España y de Argentina. Dividimos este volumen en dos tomos: el primero, a cargo de Max Hidalgo Nácher, aborda el proceso de institucionalización de

en otras ocasiones en nuestro país, ante el desfinanciamiento de la ciencia por el gobierno que coyunturalmente ocupa el Estado, las universidades públicas, valiéndose del principio de autonomía, asumen esta tarea. En este caso, la Universidad Nacional del Litoral y la Universidad Nacional de la Patagonia Austral permitieron continuar los desarrollos (*Estudios lingüísticos, literarios y semióticos en Argentina: institucionalización e internacionalización, 1945–2010* —CAI+D UNL, 2017–2021—; Programa *La lengua, la literatura y otros bienes culturales en la escena internacional de circulación de las ideas* —PACT—UNL, 2017–2021—; *Estudios literarios, lingüísticos y semióticos en la educación superior de Santa Cruz: institucionalización e internacionalización, 1958–2015* —PI UNPA 2019–2021—; *Estudios literarios, lingüísticos y semióticos en la educación superior de Santa Cruz: institucionalización e internacionalización, 1958–2015. Etapa II* —PI UNPA 2021–2023—; *Lengua, literatura y otros bienes culturales en los espacios nacional e internacional de circulación de las ideas, 1958–2015* —CAID+UNL, 2021–2023—). Si bien estos proyectos dieron el marco formal para seguir investigando, otorgaron montos exiguos. Finalmente, en el marco de recomposición del sistema científico emprendido por el gobierno que ganó las elecciones en 2019, y luego de varios años de interrupción, el 21 de setiembre de 2021 el directorio del CONICET aprobó el subsidio de 1379 Proyectos de Investigación Plurianuales; entre ellos, el nuestro (*La literatura y su estudio en los espacios nacional, regional y transnacional de circulación de las ideas (Argentina, Brasil, España, 1945–2020)*, PIP CONICET, 2021–2023).

los estudios literarios en España. Su reconstrucción de las relaciones entre los estudios literarios con los semióticos y los lingüísticos no solo es clave para los volúmenes que le siguen sino que abre a nuevas investigaciones sobre la historia de la enseñanza de la literatura, la teoría literaria, la lingüística y la semiótica en la universidad pública argentina con sus derivas para la educación secundaria y primaria. Por su parte, el segundo tomo despunta el análisis de la institucionalización de los estudios literarios en Argentina y de su internacionalización. El volumen 2 promete reconstruir los procesos de institucionalización y de internacionalización de los estudios lingüísticos en nuestro país; el volumen 3 hace lo propio con los estudios semióticos y el 4 se valdrá de estos resultados previos tanto para hacer lugar a análisis comparativos como para desarrollar aspectos solo bosquejados en los anteriores.

En este programa están comprometidos investigadores de España, Brasil, Francia, Reino Unido, Alemania y de diversas universidades de Argentina con los que trabajamos desde hace ya varios años. Este diálogo sostenido a través del tiempo también se piensa en términos de intervención política: a un Estado que hace de la discontinuidad de sus políticas públicas su marca, oponemos acciones en pos de sostener vínculos inter-institucionales, redes de discusión e investigaciones.

Finalmente este plan de trabajo no podría haberse llevado adelante sin los aportes críticos de personas tan queridas como admiradas con las que discutimos sistemáticamente versiones preliminares de estos resultados y también estas que ahora publicamos: Raúl Antelo, Nora Catelli, Graciela Goldchluk y Anna Gargatagli fueron convocados para la lectura de los tomos 1 y 2 del primer volumen de la serie; Fernanda Beigel y Bénédicte Vauthier, para el tomo 2; Juan Ennis, Elvira Arnoux y Marisa Censabella, para el volumen 2; Pampa Arán y Ana Camblong, para el volumen 3 y, finalmente, todos y todas, para el volumen 4. ¿Cómo no alojar la fantasía de que estas conversaciones hayan propiciado la transferencia de parte de la imaginación investigativa que cada uno de ellos y de ellas despliega, a su manera?

Referencias

- Antelo, Raúl (2016). Programa para un posgrado futuro. *El tango en la brea*, (3), 144–171.
- Avelar, Idelber (2018). La temporalidad del duelo en la posdictadura. En Monteleone, Jorge (Dir.), *Una literatura en aflicción* (pp. 91–108). Volumen 12. *Historia crítica de la literatura argentina*. Emecé.
- Basile, Teresa (2003). *La novela histórica de la posdictadura en Uruguay (1985–1995)*. Tesis de doctorado. Universidad Nacional de La Plata, La Plata. <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.126/te.126.pdf>
- Basile, Teresa (2006). Calibán en la trama de la posdictadura del Cono Sur. A propósito del ensayo de Hugo Achugar. *Katatay*, 2(3/4), 207–215.
- Bogado, Fernando y Lacalle, Juan Manuel (2018). Aproximaciones a la historia de la teoría literaria en la carrera de letras de la UBA. Parte VII (1990–1999 bis). *Luthor*, (37), 1–19.
- Bogado, Fernando; Lacalle, Juan Manuel y Vilar, Mariano (2019). Aproximaciones a la historia de la teoría literaria en la carrera de letras de la UBA. Parte VIII (2000–2019). *Luthor*, (41), 20–37.
- Bourdieu, Pierre (1972). *Esquisse d'une Théorie de la Pratique précédé de Trois Études d'ethnologie kabyle*. Droz.
- Bourdieu, Pierre (1980). *Le sens pratique*. Minuit.
- Bourdieu, Pierre (1984). *Sociologie générale. Cours au Collège de France (1983–1986)*. Volumen 2. Seuil/Raisons d'agir, 2016.
- Bourdieu, Pierre (1994). *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*. Seuil.
- Bourdieu, Pierre (1997). *Méditations pascaliennes*. Seuil.
- Bourdieu, Pierre (2001a). *Science de la science et réflexivité. Cours du Collège de France 2000–2001. Raisons d'agir*.
- Bourdieu, Pierre (2001b). Sur l'esprit de la recherche. En Delsaut, Yvette y Rivière, Marie Cristine (Eds), *Bibliographie des travaux de Pierre Bourdieu suivi d'un entretien entre Pierre Bourdieu et Yvette Delsaut* (pp. 177–239). Les Temps des Cerises.
- Bourdieu, Pierre y Chartier, Roger (2010). *Le sociologue et l'historien*. Agone.
- Caisso, Claudia y Rosa, Nicolás (1987). De la constitución clandestina d'un nouvel objet. *Études françaises*, (23), 249–265.
- Capdevila, Analía; Retamoso, Roberto y Rubén Biselli (1997). *La enseñanza de la literatura como problema*. UNR.
- Casanova, Pascale (1999). *La République mondiale des lettres*. Seuil.
- Cragnolini, Mónica (2014). Intervenciones en la cultura: la desaparición de lo «propio» y la cuestión de la comunidad. En *IX Argentino de literatura* (pp. 32–41). UNL.
- Crespi, Maximiliano (2016). La especialización de la sensibilidad. Héctor Ciocchini y la estilística como enseñanza de la literatura. En *La enseñanza de la filosofía con niños y adolescentes* (pp. 77–96). UNAM.
- Crespi, Maximiliano (2018a). La función antimoderna. Filología y estilística como modelos de investigación humanística en Héctor Ciocchini. *Boletín de Estética*, (44), 35–63.
- Crespi, Maximiliano (2018b). *El objeto total. Dos imágenes del estudio*. 17 grises.
- Crespi, Maximiliano (2020). El espacio filológico. Héctor Ciocchini y el Instituto de Humanidades de la UNSur. *Chuy*, (9), 298–314.

- Crespi, Maximiliano y García Orsi, Ana (2018). Historizar los setenta. Ensayos y debates de la posdictadura. En Monteleone, Jorge (Dir.), *Una literatura en aflicción* (pp. 145–169). Volumen 12. *Historia crítica de la literatura argentina*. Emecé.
- Cuesta, Carolina (2019). *Didáctica de la lengua y la literatura, políticas educativas y trabajo docente. Problemas metodológicos de la enseñanza*. Miño y Dávila.
- Dalmaroni, Miguel (2006). El largo camino del «silencio» al «consenso». La recepción de Saer en Argentina (1964–1987). En Premat, Julio (Coord.), *Glosa. El entenado (edición crítica)* (pp. 607–664). Archivos.
- Dalmaroni, Miguel (Dir.) (2009). *La investigación literaria. Problemas iniciales de una práctica*. UNL.
- de Diego, José Luis (2003). *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970–1986)*. Ediciones al Margen.
- Derrida, Jacques (1989). Biodegradables: Seven Diary Fragments. *Critical Inquiry*, 15(4), 812–873.
- Derrida, Jacques (1995). *Mal d'Archive. Une impression freudienne*. Galilée.
- Derrida, Jacques (1996). *Apories. Mourir-s'attendre aux «limites de la vérité»*. Galilée.
- Derrida, Jacques (2001). Une certaine possibilité impossible de dire l'événement. En Derrida, Jacques; Gad, Soussana y Nouss, Alexis, *Dire l'événement, est-ce possible?* (pp. 79–111). Harmattan.
- Drucaroff, Elsa (2018). El quiebre en la posdictadura: narrativas del sinceramiento. En Monteleone, Jorge (Dir.), *Una literatura en aflicción* (pp. 287–315). Volumen 12. *Historia crítica de la literatura argentina*. Emecé.
- Dubatti, Jorge (2008). ¿Por qué hablamos de posdictadura (1983–2008)? *Revista del Centro Cultural de la Cooperación*, (4). <https://www.centrocultural.coop/revista/4/por-que-hablamos-de-postdictadura-1983-2008>
- Dubatti, Jorge (2015). El teatro 1983–2013: Posdictadura (después de la dictadura, consecuencias de la dictadura). *ILCEA* 22. 10.4000/ilcea.3156
- Ducournau, Claire (2017). *La Fabrique des classiques africains. Écrivains d'Afrique subsaharienne francophone (1960–2012)*. CNRS.
- Fernández Bravo, Álvaro (2012). Enrique Pezzoni: traducir (con) el cuerpo. *Badebec*, (2). <https://revista.badebec.org/index.php/badebec/article/view/25>
- Fleck, Christian; Duller, Matthias y Karády, Victor (Eds.) (2019). *Shaping Human Science Disciplines. Socio-Historical Studies of the Social and Human Sciences*. Palgrave Macmillan.
- Ford, Aníbal (2005). 30 años después. 1973: las clases de *Introducción a la Literatura* y otros textos de la época. EDP.
- Funes, Leonardo (2009). Teoría literaria: una primavera interrumpida en los años setenta. En *Actas de las Primeras Jornadas de Historia de la Crítica en la Argentina* (pp. 79–84). Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Funes, Leonardo (2011). Medievalismo en el otoño de la Edad Teórica. Consideraciones parciales sobre la operación filológica. *Perspectivas actuales de la investigación literaria* (pp. 45–78). EFL.
- Garayalde, Nicolás (2019). La enseñanza de Teoría literaria en la Universidad. Notas sobre la historia de la cátedra de Teoría literaria en la Escuela de Letras de la UNC. *Racial*, (15). 10.53971/2718.658x.v10.n15.24852

- Gastaldello, Daniel (2015). *Las publicaciones para la enseñanza de la teoría de Charles S. Peirce en la Universidad argentina (1910–2010)*. Tesis de doctorado. UNC, Córdoba.
- Gerbaudo, Analía (Dir.) (2014). *La institucionalización de las letras en la universidad argentina. Notas «en borrador» a partir de un primer relevamiento*. UNL. <https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-01659638/document>
- Gerbaudo, Analía (2016). *Políticas de exhumación. Las clases de los críticos en la universidad argentina de la posdictadura 1984–1986*. UNGS/UNL.
- Gerbaudo, Analía (2017). Ante un segundo ciclo de la posdictadura. *El taco en la brea*, (6), 4–8. 10.14409/tb.v0i6.6960
- Gerbaudo, Analía (2020). Nuevas configuraciones de las posdictaduras en América Latina. *El taco en la brea*, (11), 2–5. 10.14409/tb.v1i11.9149
- Gerbaudo, Analía y Fumis, Daniela (2014). Esquema básico para biografías y entrevistas semiestructuradas a agentes del campo. En *La institucionalización de las letras en la universidad argentina. Notas «en borrador» a partir de un primer relevamiento* (p. 259). UNL.
- Heilbron, Johan; Guilhot, Nicolas y Jeampierre, Laurent (2009). Internationalisation des sciences sociales: les leçons d'une histoire transnationale. En Sapiro, Gisèle (Dir.), *L'espace intellectuel en Europe* (pp. 319–346). La Découverte.
- Heilbron, Johan; Sorá, Gustavo y Boncourt, Thibaud (Eds.) (2018). *The Social and Human Sciences in Global Power Relations*. Palgrave Macmillan.
- Ingaramo, Ángeles (2012a). La Didáctica de la Literatura en Argentina: de intervenciones fundacionales y mediaciones democráticas. *Álabe*, (6). <http://revistaalabe.com/index/ala-be/article/view/117/103>
- Ingaramo, Ángeles (2012b). Responsabilidades compartidas: el papel de los estudios literarios en la reflexión sobre la enseñanza de la literatura. *Badebec*, (3). http://www.badebec.org/badebec_3/sitio/pdf/ingaramo.pdf
- Kofman, Amy y Dick, Kirby (2002). *Derrida*. Zeitgeist films / Jane Doe films Production.
- Kofman, Amy y Dick, Kirby (2005). *Derrida. Screenplay and Essays on the Film*. Manchester University Press.
- Lacalle, Juan Manuel y Riva, Gustavo (2014a). Aproximaciones a la historia de la teoría literaria en la carrera de letras de la UBA. Parte I (1920–1946). *Luthor*, (19), 13–24.
- Lacalle, Juan Manuel y Riva, Gustavo (2014b). Aproximaciones a la historia de la teoría literaria en la carrera de letras de la UBA. Parte II (1947–1966). *Luthor*, (20), 12–24.
- Lacalle, Juan Manuel y Riva, Gustavo (2015). Aproximaciones a la historia de la teoría literaria en la carrera de letras de la UBA. Parte III (1966–1975). *Luthor*, (24), 14–22.
- Lacalle, Juan Manuel y Migliore, Majo (2015). Aproximaciones a la historia de la teoría literaria en la carrera de letras de la UBA. Parte IV (1976–1985). *Luthor*, (26), 33–45.
- Lacalle, Juan Manuel y Migliore, Majo (2016). Aproximaciones a la historia de la teoría literaria en la carrera de letras de la UBA. Parte V (1986–1989). *Luthor*, (30), 48–61.
- Lacalle, Juan Manuel y Bogado, Fernando (2017). Aproximaciones a la historia de la teoría literaria en la carrera de letras de la UBA. Parte VI (1990–1999). *Luthor*, (33), 1–21.
- Laborier, Pascale (2019). *LIBERADE. Universitaires en danger, entre catégorisation et témoignages croisés. La contemporaine*, (131/132), 41–45.
- Louis, Annick (Ed.) (1999). *Enrique Pezzoni, lector de Borges. Lecciones de literatura 1984–1988*. Sudamericana.

- Louis, Annick (Ed.) (2015). *Clases 1985. Algunos problemas de teoría literaria*. Paidós.
- Ludmer, Josefina (2016, 15 de abril). La profesora. Entrevista con Verónica Gago. *Página / 12*.
<https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-10503-2016-04-15.html>
- Manzoni, Celina (2018). Memoria y otras cuestiones, más crónica de una experiencia. *El taco en la brea*, (8), 132–137.
- Maradei, Guadalupe (2020). *Contiendas en torno al canon. Las historias de la literatura argentina posdictadura*. Corregidor.
- Martínez, Ana Teresa (2013). Intelectuales de provincia: entre lo local y lo periférico. *Prismas*, (17), 169–180.
- Molina, Cristian (2013). *Relatos de mercado. Literatura y mercado editorial en el Cono Sur (1990–2008)*. Fiesta ediciones.
- Montaldo, Graciela (2010). Zonas ciegas. *Populismos y experimentos culturales en Argentina*. FCE.
- Monteleone, Jorge (2018). Introducción. En *Una literatura en aflicción* (pp. 7–14). Volumen 12. *Historia crítica de la literatura argentina*. Emecé.
- Moreiras, Alberto (1993). Postdictadura y reforma del pensamiento. *Revista de Crítica Cultural*, (7), 27–35.
- Panesi, Jorge (1989). Enrique Pezzoni: profesor de literatura. En *Críticas* (pp. 255–262). Norma, 2000.
- Panesi, Jorge (1996). La caja de herramientas o qué no hacer con la teoría literaria. *El taco en la brea*, (1), 322–333.
- Panesi, Jorge (2009). El texto y sus voces. *Espacios*, (42), 66–69.
- Parchuc, Juan Pablo (2013). Los bordes del canon y las instituciones de la literatura. En *III Congreso Cuestiones críticas*. UNR. <http://celarg.org/publicaciones/index.php>
- Parchuc, Juan Pablo (2014). *Dar margen: teoría literaria, crítica e instituciones*. *El taco en la brea*, (1), 89–107.
- Piketty, Thomas (2013). *Le capital au XXI^e siècle*. Seuil.
- Piketty, Thomas (2015). Pour une approche qui mêle histoire, sociologie, culture. Entrevista por Frédéric Lebaron. *Savoir/Agir*, (34), 81–93.
- Podlubne, Judith (2013). La lectora moderna. Apuntes para una biografía intelectual. En *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina* (pp. 7–62). e(m)r.
- Podlubne, Judith y Martín Prieto (Eds.) (2014). *María Teresa Gramuglio. La exigencia crítica. Quince ensayos y una entrevista*. Beatriz Viterbo.
- Prieto, Martín (2020). *Juan José Saer en la literatura argentina*. Tesis de doctorado. UNR, Rosario.
- Prósperi, Germán (2003). *Enseñanza de la literatura española en la Universidad. Derivaciones didácticas en la configuración del contenido*. Tesis de Maestría. UNL, Santa Fe.
- Puxan Oliva, Marta y Mirizio, Annalisa (2017). Rethinking World Literature Studies in Latin America and Spanish Contexts. *Journal of World Literature*, 1(2), 11–26.
- Rabasa, José (2009). Poscolonialismo. En Szurmuk, Mónica y McKee Irwin, Robert (Coords), *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos* (pp. 219–223). Siglo XXI.
- Ramírez, Cristian (2016). Apuntes sobre un proyecto: Enrique Pezzoni crítico, profesor y traductor (1946–1984). *Tercer Coloquio de Avances de Investigaciones del CEDINTEL* (pp. 133–147). UNL.

- Richard, Nelly (1998). *Residuos y metáforas. Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición*. Cuarto propio.
- Richard, Nelly (2007). *Fracturas de la memoria. Arte y pensamiento crítico*. Siglo XXI.
- Richard, Nelly (2013). *Crítica y política*. Palinodia.
- Richard, Nelly (2017). *Latencias y sobresaltos de la memoria inconclusa* (Chile: 1990–2015). EDUVIM.
- Richard, Nelly (2021). *Zona de tumultos. Memoria, arte y feminismo*. CLACSO.
- Rinesi, Eduardo (2003). *Política y tragedia. Hamlet entre Hobbes y Maquiavelo*. Colihue.
- Ronell, Avital (2008). Derridémocratie. *Colloque International Derrida Politique*. 6 y 7 de diciembre. École Normale Supérieure, París.
- Ronell, Avital (2011). Entretien. En Kaufmann, Vincent (Ed.), *La faute à Mallarmé: L'aventure de la théorie littéraire* (pp. 290–96). Seuil.
- Roniger, Luis; Sosnowski, Saúl y Mario Sznaider (2018). *Exile, Diaspora and Return. Changing Cultural Landscapes in Argentina, Chile, Paraguay and Uruguay*. Oxford University Press.
- Santomero, Lucila (2021). *Estudios lingüísticos en la formación docente en Letras: Universidad Nacional del Litoral, 1983–2003*. Tesis de doctorado. UNL, Santa Fe.
- Santomero, Lucila y Ramírez, Cristian (2020). Letras y enseñanza: notas sobre institucionalización y resistencias en la posdictadura argentina. *Badebec*, (9), 89–111.
- Santucci, Silvana (2015). La formación de la literatura latinoamericana en la universidad argentina de la posdictadura (1983–1984). En *II Coloquio de avances de investigaciones del CEDINTEL* (pp. 162–171). UNL.
- Santucci, Silvana (2018). Teoría literaria latinoamericana en Argentina. Lecturas, debates, ¿crisis? *El taco en la brea*, (8), 54–58.
- Sapiro, Gisèle (Dir.) (2009). *L'espace intellectuel en Europe. De la formations des États-nations à la mondialisation (XIX^e – XXI^e siècle)*. La Découverte.
- Sapiro, Gisèle (2013). Le champ est-il national? La théorie de la différentiation sociale au prisme de l'histoire globale. *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, (200), 70–85.
- Sapiro, Gisèle; Leperlier, Tristan y Brahimi, Amihe (2018). «Qu'est-ce qu'un champ intellectuel transnational?» *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, (224), 4–11.
- Sapiro, Gisèle; Brun, Eric y Fordant, Clarisse (2019). The Rise of the Social Sciences and Humanities in France: Institutionalization, Professionalization and Autonomization. En Fleck, Christian, Duller, Matthias y Karády, Victor (Eds.), *Shaping Human Science Disciplines. Socio-Historical Studies of the Social and Human Sciences* (pp. 25–68). Palgrave Macmillan.
- Sapiro, Gisèle; Santoro, Marco y Baert, Patrick (Eds.) (2020). *Ideas on the Move in the Social Sciences and Humanities. The International Circulation of Paradigms and Theorists*. Palgrave Macmillan.
- Sarlo, Beatriz (1972). La enseñanza de la literatura: historia de una castración. *Los Libros*, (28), 8–12.
- Schvartzman, Julio; Delgado, Josefina y Dámaso Martínez, Carlos (1974). La enseñanza de la literatura en los textos de la secundaria. *Los Libros*, (38), 8–16.
- Schwarzböck, Silvia (2016). *Los espantos. Estética y postdictadura*. Cuarenta Ríos.
- Sosnowski, Saúl et al. (2018). *Exile, Diaspora and Return. Changing Cultural Landscapes in Argentina, Chile, Paraguay and Uruguay*. Oxford University Press.

- Surghi, Carlos (2017). Prólogo. En *La edad de la lectura y otros ensayos* (pp. 8–22). Nube negra.
- Szurmuk, Mónica y McKee Irwin, y Robert (2011). *Cultural Studies in Graduate Programmes in Latin America. Cultural Studies*, (22), 1–21.
- Thiesse, Anne-Marie (2019). *La fabrique de l'écrivain national*. Gallimard.
- Vitaglano, Miguel (2007). Nicolás Rosa: la voz en acto. *Punto de vista*, (87), 26–29.
- Vitaglano, Miguel (2011). Variaciones sobre un punto: notas de trabajo sobre teoría y crítica literaria. En *Perspectivas actuales de la investigación literaria* (pp. 123–154). UBA.
- Vitaglano, Miguel (2015). Dos maneras de leer. Josefina Ludmer/Calixto Oyuela. *La ballena azul*, (5), 4–5.
- Williams, Raymond (1977). *Marxism and literature*. Oxford University Press.
- Zizek, Slavoj (1999). *El acoso de las fantasías* (trad. Clea Braunstein Saal). Siglo XXI.

Nuestro objeto, nuestro problema

Analía Gerbaudo y Max Hidalgo Nácher

Este volumen reúne parte de los resultados de investigación alcanzados por dos equipos. Mientras que el equipo argentino inició sus búsquedas en 2012, primero en el marco del proyecto INTERCO SSH y luego, en diferentes programas subvencionados por la Universidad Nacional del Litoral, la Universidad Nacional de la Patagonia Austral y el CONICET, el equipo español, nucleado en el Grupo de investigación Literatura, cine y otros lenguajes artísticos (GLICIART) radicado en la Universidad de Barcelona y coordinado por Nora Catelli, comenzó su trabajo hacia fines de 2015. Por lo tanto, se exponen los primeros avances sobre la institucionalización de los estudios literarios en España (Tomo 1), y nuevos desarrollos sobre la institucionalización de los estudios literarios en Argentina (Tomo 2) que permiten complejizar los presentados en el volumen que funciona como antecedente de esta serie (cf. Gerbaudo, 2014). Si bien en ambos casos se aborda la internacionalización de los estudios literarios producidos en cada país, el Tomo 2 focaliza en este punto así como el Tomo 1 se centra en la compleja relación entre el campo literario y la institucionalización de los subcampos de los estudios lingüísticos, semióticos y literarios en España.

Es oportuno mencionar que la conexión entre los equipos argentinos y españoles se desencadena, justamente, a partir de una hipótesis sobre la circulación en España de trabajos de agentes de Argentina. Dicha hipótesis fue presentada por el equipo GLICIART en el seminario que Gisèle Sapiro dictó en la Universidad de Harvard en 2015. Como se desprende del informe elaborado luego de su inclusión en el proyecto INTERCO SSH (cf. Catelli e Hidalgo Nácher, 2016), el grupo encontraba en la recepción de los estudios literarios argentinos en España una inversión de la usual circulación Norte-Sur de los flujos teóricos. En ese sentido, los datos aportados en sendos tomos de este volumen son centrales para afinar esta hipótesis a la luz del conjunto de las reconstrucciones en curso: es necesario contar con estos datos para explorar con detalle esta conjetura sobre la que volveremos en el último libro de la serie. Más allá de que la confirmemos o la reformulemos, queremos destacar su potencia heurística ya que a partir de esa conjetura iniciamos un fervoroso intercambio de datos en función de explorarla. En ese trabajo aún estamos (y estimamos que lo estaremos por varios años más). De hecho, el prólogo que Nora Catelli escribe para este volumen anticipa el programa en el que se inscriben estos resultados que, lejos de constituir un cierre, son solo primeras síntesis parciales.

Aclaremos también que la violencia política estatal, ya sea durante las dictaduras en Argentina como durante la Guerra Civil que siguió al golpe de Estado de Franco y los casi cuarenta años de dictadura franquista en España, exige situar los procesos de institucionalización disciplinar en el marco del campo nacional primero, y transnacional después. Esto obedece a una razón metodológica básica: si sostenemos, junto a Pierre Bourdieu, que todo campo se constituye como tal alrededor de problemas, intereses y prácticas específicas reguladas por normas de funcionamiento establecidas por pares y si, por lo tanto, esto habilita cierta «autonomía» (se trata de una autonomía siempre «relativa») respecto de las restricciones políticas, tanto económicas como ideológicas (Bourdieu, 2001a), encontramos que la teoría de los campos permite alojar los procesos de institucionalización e internacionalización disciplinares en un espacio de luchas complejo y enrevesado. En dicho espacio las instituciones (por lo general, sujetas a las orientaciones que los gobiernos que ocupan el Estado le confieren, con mayor o menor margen de libertad según las coyunturas) y las «formaciones» (núcleos de resistencia¹ a toda restricción que atente contra la autonomía, en este caso, de los estudios literarios —Williams, 1977—) conviven con grados diferenciales de tensión según las circunstancias al punto que, en muchas ocasiones, el trabajo incluso clandestino realizado en las formaciones durante algunos períodos es apropiado por las instituciones en otros. Esos vaivenes que expresan la pugna entre autonomía y heteronomía se ligan, indefectiblemente, a la variación en los modos de acumular capital simbólico y de obtener legitimidad según la estructura de relaciones de fuerza entre poderes alojados en diferentes campos y su interrelación, más o menos variable según los casos. Los resultados que exponemos no solo describen los movimientos más importantes que provocan estas variaciones en la dinámica tanto en España como en Argentina sino que también rastrean las huellas de la historia política y de la violencia de Estado en estratos de los estudios literarios contemporáneos. Se trata de primeros avances de un estudio que enmarca estos procesos en una historia transnacional: las internacionalizaciones forzadas han generado una obligada y accidentada circulación de los resultados de las investigaciones de agentes españoles y argentinos. Circulación que está afectada por relaciones de fuerza que involucran a los campos estatal, académico y editorial en un espacio que excede los perímetros nacionales. Los volúmenes de esta serie

¹ Usamos el término «resistencia» en la triple acepción deslizada por Derrida durante la conferencia «La noción de análisis» pronunciada en la Sorbona en 1991. A las nociones de resistencia, en ese caso, «de», psicoanálisis (comparado con un «proceso autoinmune») y «al» psicoanálisis («creciente y a menudo nueva en sus formas sociales o institucionales» y legible en «mil signos» entre los que destaca la «asimilación» y/o la «domesticación» y el rechazo), agregaba otra, ligada a las prácticas que enfrentan y desafían las restricciones impuestas por régimenes represivos (1996:15).

apenas insinúan parte de ese enorme trabajo de reconstrucción, análisis y problematización.

Los tomos siguen métodos y perspectivas diferentes. Ello no solo obedece a las decisiones adoptadas por los dos equipos de trabajo sino también, en parte, a las respectivas construcciones del objeto de estudio en correlato con las tradiciones críticas nacionales. Como sostiene Nora Catelli, «no hay lectura que no sea, a la vez, una localización y, por encima de cualquier otra cosa, una fecha» (2018:195).

En tanto que nuestro trabajo supone un esfuerzo genealógico (Foucault, 1979:7-29) y de anamnesis (Bourdieu, 1997:137-141) (sobre todo en el caso español, en el que la larga noche del franquismo borró de la memoria las huellas de aquello que hizo desaparecer), persigue el levantamiento de singularidades que permitan interrogar de modo problemático nuestra contemporaneidad y, junto con ello, nuestras propias prácticas (Antelo, 2015): la historia de la crítica y de la teoría literaria es algo que no ha sido, por lo general, tenido en consideración en los estudios de la World Literature (Puxan Oliva y Mirizio, 2017). Y no solo eso sino que, además, ha tendido a reducirse la multiplicidad de las trayectorias y de las problemáticas a «una sola localización y una sola cronología lógica en la marcha del pensamiento» (Catelli, 2018:189). Se trata, otra vez, de un juego de poderes que la teoría de los campos recortada en el espacio transnacional ayuda a visibilizar en su lógica de funcionamiento y en sus efectos. Esos que Nora Catelli define con precisión:

La World Literature, como antes la Welt Literatur, es hospitalaria y celebra sin duda la riqueza múltiple de la creación literaria y artística. El problema tiene que ver con la no aceptación de que las tradiciones teóricas y críticas locales que acompañan esas creaciones puedan ser tan consistentes como la misma literatura que es su objeto: ese relegamiento adelgaza o empobrece el repertorio de los objetos estéticos o culturales estudiados o absorbidos. (2018:189)

Pensar la literatura al margen de las tradiciones críticas que la acompañan y con las que fricciona solo puede llevar al empobrecimiento de un estudio que solo de ese modo puede convertirse en universal, borrando las diferencias que lo recorren. En relación con este punto, hay un último elemento que querríamos destacar, y es la posibilidad de interrogar nuestras tradiciones locales a través de una triangulación. Para ello, puede sernos de ayuda el concepto de «circulación», es decir, el estudio de los textos y los autores, no en tanto que entes estáticos idénticos a sí mismos, sino en sus transformaciones efectivas a través de una multiplicidad de usos y de apropiaciones. En ese sentido emplearemos no solo la célebre conferencia de Pierre Bourdieu (1989) que piensa

la circulación bajo un modelo ilustrado, desde el «malentendido» intrínseco a la historia de las relaciones entre Francia y Alemania, sino también los trabajos de Silviano Santiago (1971, 1999, 2002) y de Haroldo de Campos (1980) sobre ese mismo tema. Se trata de una perspectiva que vuelve sobre la violencia de la colonización y sus derivas. Esas que estos volúmenes intentan contribuir a revisar con la mira puesta en un análisis comparado de la institucionalización de los estudios literarios en España y Argentina pensada no solo ni preferentemente como objeto sino también como problema.

Referencias

- Antelo, Raúl (2015). *Archifilologías latinoamericanas. Lecturas tras el agotamiento*. EDUVIM.
- Bourdieu, Pierre (1989). Les conditions sociales de la circulation internationale des idées. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 145(2002), 3–8.
- Bourdieu, Pierre (1997). *Méditations pascaliennes*. Seuil.
- Bourdieu, Pierre (2001a). *Science de la science et réflexivité. Cours du Collège de France 2000–2001. Raisons d’agir*.
- Catelli, Nora (2018). Asimetría: espectros del comparatismo en la circulación de la teoría. *Badebec*, (15), 179–198.
- Catelli, Nora e Hidalgo Nácher, Max (2016). *La relación Sur–Norte en los estudios literarios en España (1966–2010): Argentina como un caso de inversión de las dinámicas internacionales en la circulación de los discursos de la teoría*. Primer informe GLiCiArt. Inédito.
- de Campos, Haroldo (1980). Da razão antropofágica: diálogo e diferença na cultura brasileira. *Metalinguagem & outras metas* (pp. 231–255). Perspectiva, 1992.
- Derrida, Jacques (1996). *Résistances –de la psychanalyse*. Galilée.
- Foucault, Michel (1979). Nietzsche, la genealogía, la historia. En *Microfísica del poder* (pp. 7–29, trad. Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría). Ediciones de la Piqueta.
- Gerbaudo, Analía (Dir.) (2014). *La institucionalización de las letras en la universidad argentina. Notas «en borrador» a partir de un primer relevamiento*. UNL. <https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-01659638/document>
- Puxan Oliva, Marta y Mirizio, Annalisa (2017). Rethinking World Literature Studies in Latin America and Spanish Contexts. *Journal of World Literature*, 1(2), 11–26.
- Santiago, Silviano (1971). El entre–lugar del discurso latino–americano. En Estupiñán, Mary Luz y Rodríguez Freire, Raúl (Ed. y Trad.), *Una literatura en los trópicos. Ensayos de Silviano Santiago* (pp. 57–76). Ediciones escaparate, 2012.
- Santiago, Silviano (1999). El homosexual astuto. Primeras —y necesariamente ligeras— anotaciones. En Estupiñán, Mary Luz y Rodríguez Freire, Raúl (Ed. y Trad.), *Una literatura en los trópicos. Ensayos de Silviano Santiago* (pp. 199–211). Ediciones escaparate, 2012.
- Santiago, Silviano (2002). El cosmopolitismo del pobre. En Estupiñán, Mary Luz y Rodríguez Freire, Raúl (Ed. y Trad.), *Una literatura en los trópicos. Ensayos de Silviano Santiago* (pp. 213–234). Ediciones escaparate, 2012.
- Williams, Raymond (1977). *Marxism and literature*. Oxford University Press.

Prólogo

Nora Catelli

Prácticas del documento en la historia de la crítica: entre la ausencia de archivo en Argentina y el exceso de archivo en España

Nora Catelli

Ausencia y exceso

En pocas ocasiones una investigación sobre las instituciones que rodean o constituyen el estudio de la literatura y de las humanidades muestra, de manera palpable y eminente, que los rasgos nacionales deben mantenerse visibles ante los investigadores.

Gracias a tal necesaria visibilidad, este libro reconstruye lateralmente las diferencias —genealógicas, cronológicas, sistemáticas— entre la vida universitaria, social y discursiva en torno de la transmisión del estudio de las humanidades. No las oculta; las hace asombrosamente reveladoras.

El primer distingo: Gerbaudo piensa la Argentina de estas instituciones desde y para la Argentina. Puede decirse que es capaz de focalizar con mucha precisión su objeto y prescindir de los asedios de una extensión continental del archivo. Se mueve naturalmente en esa zona. Sería estimulante preguntarse qué pasaría si Gerbaudo sometiera a examen correlatos próximos. Si hiciera un latinoamericanismo de la institucionalización. Al fijarnos en el corpus inicial del estudio tal como lo relata Gerbaudo se advertirá que no estoy errada. El corpus incluía Argentina, Brasil, Francia, Italia, Reino Unido, Países Bajos, Hungría, Austria, Alemania y Estados Unidos. No están los próximos. Quien haya asistido, en distintos congresos del continente, a intervenciones de colegas uruguayos o chilenos emergentes de las nuevas condiciones de institucionalización (mundial) de los últimos cuarenta años —tras las caídas de las dictaduras de los años setenta o su lenta disolución, como sucede con Chile— advierte filiaciones —y afiliaciones— muy poco compartidas. Casi se podría invitarla a que emprendiera esa tarea.

Otro elemento interesante es que Gerbaudo no necesita a España. Este libro pone de manifiesto una idea que he sostenido alguna vez. Más que una idea es una inferencia, resultado de una tarea crítica llevada a cabo en España con un bagaje no español. Diría que aunque quede en pie la hegemonía editorial de la península —solo desde el punto de vista mercantil— cabe pensar que la circulación de la teoría y la crítica de los últimos cuarenta años es la tercera prueba de la autonomía de los sistemas literarios latinoamericanos.

La primera prueba fue Rubén Darío; la segunda, el emerger de la literatura moderna —desde César Vallejo y Jorge Luis Borges a los autores de los años sesenta—. La tercera, dentro del ámbito en lengua castellana, es la circulación del pensamiento latinoamericano, no solo a través de la continuidad de su actividad traductora sino también por usos de la teoría que se configuran en ese espacio. Incluso ahora, cuando se atiende al surgimiento de los estudios poscoloniales, se observa que al llegar a Latinoamérica el paradigma anglosajón no tardó en ajustarse a las exigencias de una periodización y una disposición conceptual e histórica de características idiosincrásicas.

Pero España exige otra aproximación. Al contrario de Gerbaudo, que hace archivo donde no lo había, Hidalgo, consciente de este modelo de circulación trasatlántica, se enfrenta a uno existente, descomunal, casi oceánico: el español. Hay una razón histórica: en la Argentina las discontinuidades de las instituciones fueron abundantes pero breves, y eso le confiere a la idea y práctica del «cuento» que propone Gerbaudo una efectividad central. Por esa condensación temporal ella puede sostener que se trata de

reconstruir procesos históricos sobre los que no hay archivo; y (...) analizar la relación entre prácticas del agente y tomas de posición sobre dichas prácticas (se examinan articulaciones, desarticulaciones, agregados, solapamientos, insistencias, etc., entre las autofiguraciones [Gramuglio, 1992] y las prácticas efectivas).

Regalo envenenado para Hidalgo. Cuando en 2016 Gerbaudo publicó *Políticas de exhumación. Las clases de los críticos en la universidad argentina de la posdictadura (1984–1986)* le brindó a aquel, sin saberlo, un concepto que Hidalgo decidió convertir hasta cierto punto en consigna: «exhumar». Pero exhumar en España impide cerrar las fronteras o constreñir la datación. Nuestro exilio argentino duró entre siete y ocho años —después hubo y ha habido migraciones, pero ya no destierro—. El español duró cuarenta. Los términos que usa Hidalgo para hablar de este largo período solo tienen parangón con los usados para referirse a los exilios o controles interiores del régimen soviético: por alcance demográfico y por extensión temporal.

Hidalgo es consciente de lo hercúleo de la empresa y eso justifica que la cita sea extensa, porque en ella se advierte la imbricación de estratos ideológicos y políticos que siguen esperando una conclusión y que competen a las élites españolas de todo tipo, desde las universitarias a las judiciales y legislativas:

Esta investigación que aquí queda provisionalmente en suspenso quiere ser una contribución al estudio teórico de las prácticas críticas en su historicidad y problemática efectivas. Si bien la problemática que está aquí en juego es emi-

nentemente discursiva, la investigación no ha rehuido las múltiples dimensiones materiales con las que esta se articula. Como hemos visto, se hace muy difícil entender las transformaciones de la crítica literaria desde la segunda mitad de los años sesenta desgajándolas de la historia política y social de España, marcada en lo más inmediato por la larga dictadura franquista en sus estertores. Ahora bien, la dictadura franquista, al extinguirse por agotamiento biológico del Dictador, además de imprimir la marca de casi cuarenta años de sujeción y minoría de edad, se continuará por lo que José Bergamín llamó «el franquismo sin Franco» (1976a) y que, a través de un discurso de la *reconciliación nacional*, basado en lo que «suele llamarse *pacto de olvido, de silencio o de mordaza*» (Clavero, 2014:22), habría desembocado en «una amnesia constitucionalizada, inmune incluso a despertares de memoria» (125). Por todo ello es posible referirse a la actual democracia, leyendo a contrapelo la llamada Transición —la cual se hizo «de espaldas al pasado» (Balibrea, 2017c:302)—, como *posdictadura* (Gerbaudo, 2016), lo que permite llamar la atención sobre las marcas que la larga dictadura franquista dejó no solo en lo político, sino también en lo económico, social, académico, cultural, crítico, literario y subjetivo; marcas que, aunque denegadas, aún están presentes en los más de cien mil cuerpos sepultados en fosas comunes cuyas exhumaciones no han sido hasta hoy promovidas por el Estado, sino por asociaciones ciudadanas, y las cuales, cuando han podido realizarse, lo han sido sin la presencia judicial y los efectos jurídicos consecuentes. El anteproyecto de Memoria Democrática aprobado en 2020 propone, entre otras medidas, que el Estado se haga cargo por vez primera —más de ochenta años después del fin de la Guerra Civil y más de cuarenta años después del fin de la dictadura— de la exhumación de los cuerpos de las víctimas de la violencia de Estado franquista. Este estudio quiere colocarse en la línea de un trabajo de «exhumación» entendido como «rescate de géneros o textos rechazados, ocultos, desvalorizados que, como en un bucle extraño, sufren alguna modificación a partir de esa práctica», tal como plantea Analía Gerbaudo (2016:41) en su reconstrucción de las clases de los críticos en la universidad argentina de la posdictadura. El ingente trabajo que ha realizado hasta la fecha la investigadora argentina es, de hecho, el que ha abierto la posibilidad de una investigación como esta que aquí presento, la cual ha alentado infatigablemente, con un entusiasmo infinito, desde la otra orilla.

El trabajo

María Teresa Gramuglio pronunció, hace mucho tiempo, una frase que se convirtió en una consigna para muchos de sus alumnos y lectores: «en la universidad, contra la universidad», traducida más tarde, a causa de la internacionalización del léxico erudito, como: «en la academia, contra la academia».

Gerbaudo se doctoró en 2005 y pertenece a una generación que fue desde la devastación de la universidad (1975–1983) hacia la universidad lentamente reorganizada desde Alfonsín a Kirchner, pasando por la indigencia neoliberal de los dos gobiernos de Menem. Por eso concibe su trabajo y el de su equipo de dos maneras. La primera es una puesta a prueba civil de su formación intelectual frente a la reposición y organización del archivo, su sistematización y jerarquización. La segunda manera se formó en ese tránsito entre las bibliotecas argentinas inexistentes, aún hoy despojadas y empobrecidas, y la suya propia, que cristalizó en su tesis. Este segundo modo nos hace explícito su aparato de pensar: en su discurso, en su aparato de notas, en su instrumentación de conceptos, en tanto ellos participan políticamente de la construcción del archivo:

Probablemente no sin riesgos, avanzamos sobre parte de lo que no se sabe alrededor de la institucionalización y la internacionalización de las letras en Argentina, Brasil y España haciendo de la falta una ocasión para la intervención política. Si la política supone la explotación del «espacio de tensión que se abre entre las grietas de cualquier orden, precisamente, porque ningún orden agota en sí mismo todos sus sentidos ni satisface las expectativas que los distintos actores tienen sobre él» (Rinesi, 2003: 23) (...) esta serie (...) se inscribe en lo que hemos denominado en otros lugares «política de exhumación».

En cambio, más que exhumar, que desenterrar, que sacar restos de la tierra para volver a escrutar y, quizás, reescribir un acta de defunción, Hidalgo, quien se doctoró en 2013 y pertenece a una generación nacida y educada en la democracia española, se verá obligado —y así lo hace, de manera rigurosamente panorámica— a dialogar con bloques inamovibles pero vivos, que se desplazaron desde el último franquismo hacia la democracia con escasas modificaciones institucionales. Se trata de textos, organismos, sistemas de traducción y de absorción intelectual sostenidos, siempre vigentes, con muy pocos cambios conceptuales y con una enorme capacidad de atenuación de aquellos hitos del pensamiento del siglo XX que se han llamado «rupturas epistemológicas».

Sería ocioso por mi parte glosar a Gerbaudo o a Hidalgo; solo quiero hacer la observación de una diferencia elocuente que quizás los propios autores no percibían: ¿a qué comunidad pertenece Gerbaudo; a cuál Hidalgo?

Hay una comunidad amplia a la que Gerbaudo pertenece y que es parte de un consenso epistemológico dentro de la universidad y de los sistemas de investigación argentinos: aunque haya escuelas enfrentadas y se practiquen la discusión y la confrontación abiertas. Pero todas esas escuelas participan de lo que se podrían llamar supuestos compartidos en su concepción de las disciplinas, en su diálogo con el pensamiento moderno y sus derivas actuales.

Hidalgo, al revés, está construyendo una comunidad, acompañado de los estudios de Ester Pino y de otros investigadores jóvenes y casi siempre periféricos. La historia intelectual peninsular está por hacerse y sus protocolos son difícilmente percibidos hoy en la producción de los protocolos académicos, que suelen usar rótulos («campo literario; campo intelectual», para citar al ya clásico Pierre Bourdieu) sin ninguna incorporación, como observa el propio Hidalgo, de los conceptos que los rótulos suponen.

Por eso pienso este libro como parte de la Historia, a través de dos investigaciones complejas, ricas y lúcidas. Por eso lo he llamado en el prólogo «prácticas del documento en la historia de la crítica».

Uso a conciencia el término «documento»: a través de este se prueba, se enseña, se transmite. Muchas veces, en nuestros estudios actuales, dentro de las humanidades, se opone documento a fantasía, ficción, creación. Se olvida así que los historiadores saben que los recursos son, en uno y otro caso, los mismos: que su estatuto se mezcla, y que, como muestran Gerbaudo e Hidalgo, son sus circunstancias nacionales las que vuelven más ostensibles unos procedimientos u otros. El «cuento» de la primera incorpora al archivo la discursividad de la rememoración y la redefine. La «excavación» del segundo pretende acceder a «algunas series históricas que nos permitan disponer de algunas herencias denegadas, para ensayar modos de desactivarlas tanto en el terreno de la crítica como en el propio campo historiográfico». Es decir, Hidalgo quiere hacer visible el peso intelectual del franquismo para «desactivar» su herencia.

Ambos trabajos son fundamentales para pensar la circulación del pensamiento y la creación —más allá de sus géneros— en nuestros ámbitos. Ambos invitan a medir similitudes y diferencias. Y, sobre todo, ambos invitan a abandonar tópicos acerca de los juegos de poder en nuestras tradiciones. Queda abierto así un espacio común, el del diálogo. Sin fusión, sin fascinación, sin rechazo: la distancia justa.

Teoría en tránsito. Arqueología
de la crítica y la teoría literaria
españolas de 1966 a la posdictadura

Max Hidalgo Nácher

1. Hacia una historia de la teoría en España

La *arché*, el origen en vórtice que la investigación arqueológica trata de alcanzar, es un *a priori* histórico, que permanece inmanente al devenir y continúa actuando en él.

Giorgio Agamben

No se repite lo pasado, sino lo que de él va al futuro. La filología repite este proceso y busca del futuro lo que le falta del pasado.

Werner Hamacher

Este estudio se estructura en torno a una problemática discursiva y se pregunta por cómo se han transformado los discursos de la crítica en contacto con las teorías extranjeras llegando a permear tanto las prácticas críticas como los propios discursos académicos y, con ellos, la propia concepción de la literatura en el campo crítico y académico español. Con ello, se propone dar elementos para pensar algunos estratos fundamentales del *inconsciente crítico* de la crítica española contemporánea el cual, como veremos, está asociado a una herencia que raramente llega a ser problematizada.

Las transformaciones de la teoría literaria friccionan con la literatura, la crítica literaria, las ciencias humanas, los discursos y prácticas universitarios y la historia editorial, por lo que la historia de la teoría y de las prácticas críticas debería pensarse no solo en relación con la historia cultural, sino también con la historia social y política. En tanto que la crítica literaria y académica forman parte de un campo cultural inserto en un campo de poder respecto al cual solo tienen —en el mejor de los casos— una autonomía relativa, no es pensable una historia de la teoría al margen de unos acontecimientos políticos que marcarán, en gran medida, las modulaciones de lo teórico en España. En ese sentido, la noción de «posdictadura» usada por Analía Gerbaudo en su estudio sobre la enseñanza y la crítica literaria argentinas (2016) podría introducir un sesgo singular a las historias culturales españolas, que hasta hace bien poco presentaban una perspectiva lineal basada en una idea de progreso, y contribuir de ese modo a una anamnesis (Bourdieu, 1999:152–161).

Para nuestra investigación, nos apoyaremos principalmente en cuatro corpus de estudio que haremos dialogar entre sí: la historia de la teoría literaria, la historiografía del hispanismo, la historia editorial —en que se incluyen los estudios sobre la censura— y la sociología de los intelectuales y de la universidad. Esos cuatro corpus van a ser pensados a través de la perspectiva que abren los

estudios sobre circulación, partiendo de un punto de vista que desborda lo nacional y se interesa por la transformación del valor y la función de los textos en sus derivas internacionales, al contacto con una pluralidad de discursos y paradigmas críticos. Con ello se pretende tematizar el inconsciente crítico de la crítica literaria española —un inconsciente crítico que, aunque no es el de toda la crítica, pretende representarla al establecer de ese modo el protocolo de validación de lo que Roland Barthes llamaba en 1966 «la verosimilitud crítica» (1969a:25) y al establecer una partición y un reparto que tienen efectos en los programas universitarios, en el sistema de calificaciones y en la concesión de becas y proyectos, así como, a través de otro circuito que muchas veces se encabalgan con este, en la crítica periodística, el campo editorial y, en fin, en la circulación social efectiva de todo aquello que establece relaciones con el significante «literatura».

Esta historia persigue volver críticamente sobre algunas temporalidades que atraviesan el presente para darlas a pensar desde el inconformismo. Si no estamos, como aún querían algunos, en el fin de la historia, y si la contemporaneidad, como plantea Giorgio Agamben, solo puede aparecer como un tiempo fracturado, podemos preguntarnos de quién y de qué somos y no somos contemporáneos, y qué dice esta relación no tanto de lo otro y de los otros como de nosotros mismos. Como escribía Agamben:

La contemporaneidad es, pues, una relación singular con el propio tiempo, que adhiere a este y, a la vez, toma su distancia; más exactamente, es *esa relación con el tiempo que adhiere a este a través de un desfase y un anacronismo*. Quienes coinciden de una manera demasiado plena con la época, quienes concuerdan perfectamente con ella, no son contemporáneos ya que, por esta precisa razón, no consiguen verla, no pueden mantener su mirada fija en ella (...). Contemporáneo es, justamente, aquel que sabe ver esa oscuridad, aquel que está en condiciones de escribir humedeciendo la pluma en la tiniebla del presente. (2008:9–15; 2011:18–19, 21)

La revisión crítica de los relatos, los discursos y los conceptos recibidos, así como la atención específica por los restos que estos generan (y, podríamos decir, con el joven Eugenio Trías: de su sombra —1969a—), pueden permitirnos horadar o transformar el espacio crítico que habitamos. De ese modo, el trabajo de archivo (que desplaza los límites de los objetos de estudio, resignificándolos), la constitución de nuevos recortes del corpus (que problematizan la valoración recibida de los objetos culturales, inscrita ya desde siempre en su construcción) y la articulación de nuevas problemáticas (que, alumbrando nuevas regiones, hacen emergir configuraciones que desplazan o sustituyen a los objetos que anteriormente estaban a la vista —Althusser, 1965:15–17—)

son recursos que pueden contribuir a la transformación de los discursos y las prácticas críticas heredados. Dado que nuestro estudio se sitúa en la encrucijada de una serie de campos y de objetos, el recorte y las problemáticas que lo dirigen tienen que ser por fuerza ilegibles para muchos de aquellos que, instalados hasta el día de hoy en sus fortalezas, solo verán en él faltas o monstruosidades. Sin embargo, su valoración, que por fuerza habrá de ser retrospectiva, está asociada a una lectura y a una crítica por venir.

1.1. Teorías de la literatura

España es el único país europeo (...) donde la «Teoría de la Literatura y Literatura Comparada» es un área de conocimiento específica, lo cual se debe, precisamente, al rechazo de la teoría. Al no poder suprimirla, la universidad española la encapsuló.

Nora Catelli

Ya contamos con un sólido corpus sobre la historia de la crítica literaria española del siglo xx. Estos estudios se dejan agrupar en, por lo menos, dos bloques diferentes, en función de sus perspectivas. Siendo esquemáticos, y dejando al margen algunos otros estudios meramente positivistas,¹ podemos reconocer un primer corpus que traza una historia eminentemente lineal de la teoría y que, aunque pueda hacer referencias a las relaciones entre la teoría y lo social, no llega a investigarlas o problematizarlas como tales. Ese primer bloque de estudios, importante como trabajo de ordenación y catalogación, tiene como uno de sus máximos exponentes a Miguel Ángel Garrido Gallardo, catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad Complutense de Madrid, quien publicó en 1976 *Literatura y sociedad en la España de Franco* y presentó una ponencia, bajo el título «35 años de la teoría de la literatura y

1 José Portolés, en *Medio siglo de filología española (1896–1952)* (1988), escribe una historia de la Filología desde la tensión entre idealismo y positivismo en una lectura que no establece cortes históricos ni sociales. Algo parecido hace Gonzalo Sobejano (1962) cuando escribe en 1962 y publica en Alemania «La situación actual de la crítica literaria española». Por otro lado, la *Historia de la crítica literaria española* (1966) escrita por Emilia de Zuleta desde Argentina para Gredos es poco más que un compendio bibliográfico. Escribe sobre ella Pierre Guenoun: «Au lieu de dégager les lignes de force et les thèmes d'époque, de regrouper les critiques selon leurs affinités ou leurs antipathies, de retracer les affrontements et leurs imbrications, elle s'est laissée glisser vers une sorte de catalogue, de dictionnaire bibliographique plus ou moins analytique. Cela nuit à l'ouvrage, dont la structure ne résiste pas, tandis que les omissions, volontaires ou involontaires, semblent du coup trop nombreuses et souvent choquantes, font apparaître la classification à la fois légère et arbitraire, quand elle n'est pas erronée» (1967:300–302).

de la crítica literaria en España (1940–1975)» en el *vi Congreso Internacional de Hispanistas* celebrado por la AIH en Toronto (22–26 de agosto de 1977). Esa ponencia fue, en palabras de su autor, la primera en proponer una panorámica de la historia de la teoría literaria y un estado de la cuestión ante la «ausencia casi absoluta del marco internacional que padece la Teoría literaria española de hoy» (1977:301). Una de las razones de ello era, según el crítico, que la teoría literaria era «la más ideológica de las disciplinas filológicas», lo que la convertía en cierta manera en «la oveja negra del hispanismo o, al menos, de las tareas filológicas españolas». La cuestión más urgente para Garrido Gallardo —quien destacaba «la función integradora y humanística» que cumplía en España la estilística— estribaba en separar entre «la teoría justa» que se estaba produciendo a nivel internacional y la que no lo era, por lo que alertaba para «estar en guardia contra la precipitada interpretación de textos de nuestra historia literaria —en relación con claves sociales que nos son extrañas y contra el análisis gramatical (metiendo en «gramatical» también lo semántico y estilístico) mediante reglas formuladas por quienes desconocen nuestra lengua» (301)—. En esa conferencia, Garrido Gallardo establecía una historización que partía de la periodización realizada por Elías Díaz en *Notas para una historia del pensamiento español actual (1939–1973)* (Edicusa, 1974), sobre la que volveremos más tarde, proponiendo cuatro etapas para la historia de la crítica literaria española. La primera, una etapa de predominio de la estilística, desde 1940 hasta 1956, en que la crítica política y social habría quedado directamente suprimida y donde, desde 1951, se produciría una «primera apertura» del Régimen que habilitaría algunos cauces de intervención en la vida pública. La segunda sería una etapa de auge de la «crítica militante», desde 1956 a 1962, la cual coincidiría con la implementación de las primeras medidas tecnocráticas de gobierno por parte del Régimen. Estas posturas estarían vigentes aún en el simposio sobre «Realismo y realidad en la literatura contemporánea», presidido por J.L.L. Aranguren en octubre de 1963, pero —continuaba Garrido Gallardo— la inviabilidad efectiva de esa crítica política le haría perder progresivamente valor y presencia desde entonces. La tercera etapa sería la del auge de los formalismos estructuralistas (1962–1969), que coincidiría a nivel social y político con una década de crecimiento económico y con las transformaciones de un Régimen que, siempre según el autor, conquistaría entonces una cierta estabilidad jurídica. La cuarta y última etapa sería la del crecimiento cuantitativo de los estudios de teoría literaria, posibilitado entre otras causas, según el crítico, por el desarrollo económico y por un pluralismo teórico « posible ahora por la tolerancia (eso sí, arbitraria y zigzagueante) que diversos representantes del régimen adoptan con relación a la cultura». La conclusión a la que llegaba ahí Garrido Gallardo —la cual per-

mite vislumbrar el horizonte político de sus planteamientos— era que, dadas las nuevas circunstancias, ya no había ninguna razón para la persistencia, en el ámbito científico y académico, de «trabajos que se queden veleidosamente en ideológicos» (302).

Garrido Gallardo ha contribuido desde entonces a la historización de la teoría con libros y artículos como «La Moderna Teoría Literaria en España (1949–1980)», cuya versión original, de 1982, aparecía en *Estudios de semiótica literaria* (CSIC, 1982), y que sería posteriormente publicada en una versión ampliada hasta los años noventa con el título «La teoría literaria en España a partir de 1940» en *La musa de la retórica* (1994). A estos estudios cabe sumar el trabajo de historización llevado a cabo por diversos autores desde la revista de semiótica *Signa*, entre los que cabe destacar a José Romera Castillo (1984, 1988, 2016), promotor de la creación de la Asociación Española de Semiótica (AES) a comienzos de los años ochenta.

Un segundo bloque de estudios retoma desde la segunda mitad de los años ochenta esos planteamientos, pero incorporando, de un modo u otro, los enfoques ideológicos marxistas. El trabajo llevado a cabo por un grupo de investigadores de la Universidad de Granada ha permitido historizar la crítica y la teoría literaria poniendo en relación, de modo crítico, la serie teórica con la serie sociopolítica. En este sentido, es fundamental el libro *Estética y crítica literarias en España (1940–1950)* (Departamento de Lingüística General y Teoría de la Literatura, Universidad de Granada, 1988), de Sultana Wahnón, resultado de su tesis doctoral de 1987, dirigida por Antonio Sánchez Trigueros, y que daría posteriormente lugar, con modificaciones, a *La estética literaria de la posguerra. Del fascismo a la vanguardia* (Amsterdam, Rodopi, 1998). Ese estudio pionero plantea «una investigación del comportamiento histórico del discurso crítico o, dicho de otro modo, un estudio del funcionamiento del discurso crítico concebido como discurso histórico y, por tanto, ideológico» (Wahnón, 1988:14). La investigación de Wahnón proponía llevar a cabo un análisis ideológico de los presupuestos teóricos de la crítica de los años cuarenta. En su estudio, el discurso crítico era sometido a una lectura por la cual perdía su transparencia heredada y comenzaba a mostrar su densidad histórica:

Situarse ante el comentario crítico de un texto literario no en disposición de aprender algo acerca del texto comentado sino acerca de la ideología literaria del comentarista es algo que exige una radical subversión de la tradición lectora y que implica una dolorosa renuncia al corpus de información bibliográfica con que solemos abordar el estudio de la literatura, ante el que de repente nos encontramos en orfandad. Sin embargo, este comportamiento parece necesario

sobre todo a la hora de abordar el estudio de la literatura en España, donde especiales condicionamientos históricos han hecho sensiblemente más grave la deformación del saber por la ideología. (19)

La tesis doctoral de Carmen Martínez Romero, *La crítica literaria española ante la renovación teórica (1965–1974)*, defendida en la Universidad de Granada también en 1987, dirigida por Antonio Sánchez Trigueros, continuaba cronológicamente el estudio de Wahnon, si bien concediendo una menor relevancia al problema ideológico y centrándose en la descripción positiva de los hechos.

Antonio Sánchez Trigueros, quien juega un importante papel en estos estudios, advertía en su prólogo a *La teoría y crítica literaria de Gabriel Celaya* de Antonio Chicharro en 1989:

El trabajo de Antonio Chicharro no estudia el pensamiento de Gabriel Celaya aislado de su tiempo o simplemente conectado con una pura tradición cultural previa o ajena (...). Y esto es importante señalarlo por cuanto de nuevo se configura una ofensiva —solo respetable si ella respeta— contra la incardinación histórica de la teoría y del mismo concepto de literatura y lo literario. De nuevo se intenta imponer, repito imponer, una visión inmanente de los problemas literarios en su específica caracterización, aunque ahora se disfraze de un neohumanismo que en apariencia desecha la inmanencia de la literatura y la replantea descendientemente a partir de la expresividad del sujeto, sujeto que es esencia ideológicamente ahistorical, aunque en su referencia se aluda a una transhistoriidad antropológica y antropocéntrica de contornos tardo-románticos cuando no tardo-renacentistas. Esto es, se vuelve a hablar de historicidad pero solo como valor añadido, accidente de lo que se piensa como objeto ontológicamente distinto en su esencia. (1989:10)

Frente a la visión meramente inmanentista —que, como veremos, es heredera directa de la estilística y, en no pocas ocasiones, del nacional-catolicismo—, estos autores llevarán a cabo un trabajo de historización del discurso literario. Antonio Chicharro ha hecho importantes aportaciones en esa línea a través de sus estudios sobre Gabriel Celaya (iniciados con su tesis doctoral *Gabriel Celaya, teórico y crítico literario*, 1981) y de libros como *Para una historia del pensamiento literario en España* (CSIC, 2204). Es el propio Chicharro —de quien puede consultarse también el trabajo bibliográfico llevado a cabo en 1993— quien afirmaba en ese libro respecto a la historia de la crítica sociológica a nivel internacional: «Esta historia en sus desarrollos y consecuencias generales está escrita (...); sin embargo, en el caso de nuestro país, la historia de las teorías y demás reflexiones literarias y actividades críticas que se sustentan aquí está aún escribiéndose» (2004a:99).

Son también importantes las contribuciones que se han llevado a cabo desde el Seminario «Pensamiento literario español del siglo xx», animado desde 2005 por Túa Blesa en la Universidad de Zaragoza y actualmente con siete publicaciones del mismo título entre 2007 y 2016, en el que, a través de acercamientos monográficos a un autor, se estudia el pensamiento literario español contemporáneo. Cabe añadir a esta serie *Las ideas literarias (1914–2010)* de la *Historia de la literatura española*, dirigido por José María Pozuelo Yvancos, especialmente el capítulo «Los años de la teoría» (679–711), el cual integra el discurso teórico en el marco de la historia nacional de la literatura.

Junto a esos estudios, y a artículos diversos y puntuales pero no por ello menos valiosos que contribuyen a la reconstitución de la historia que aquí nos ocupa (Blesa, 1999, 2008, 2018a; Casas, 2014; Catelli, 1987, 2015b, 2017a, 2018a; Sullà, 2013, 2015), cabe destacar los trabajos llevados a cabo por una nueva generación de investigadores, los cuales incorporan en la mayoría de los casos una dimensión comparativa ligada al problema de la circulación de la teoría y sus usos. Vicenç Tuset, investigador barcelonés afincado en Rosario, ha publicado diversos artículos sobre la recepción del estructuralismo en España y Argentina (2010, 2015) y en 2016 defendió, en la Universidad Nacional de La Plata, su tesis doctoral sobre *Los efectos del estructuralismo en la crítica literaria española y argentina: aproximación teórica a un estudio comparativo*. En la Universitat de Barcelona, destaca la tesina de José Manuel Hernández, *Una nacional melancolía. Los intelectuales en la Barcelona de la Transición (1975–1982)* (2013), y los artículos y la tesis doctoral de Ester Pino (2015a, 2015b, 2018, 2019, en prensa), defendida en 2018, sobre la *Circulación de textos y usos de Roland Barthes en la crítica literaria francesa, española y argentina (1965–2015)*. En esta misma línea se inscriben el monográfico de 452ºF que coordiné en enero de 2015 sobre «Historia y usos hispánicos de la teoría» (2015d) y el reciente dossier que he coordinado para la revista *Landa* de la Universidade Federal de Santa Catarina sobre «Circulaciones latinoamericanas de la teoría» (2019a), así como el volumen coordinado por Marta Puxan y Annalisa Mirizio «Rethinking World Literature Studies in Latin American and Spanish Contexts» para el *Journal for World Literature* (2017a).

1.2. Hispanismos españoles

Y, a veces, así se escribe la historia de la literatura: se ensartan nombres dispares, disparates, prejuicios —cuantos más, mejor— e incluso se intenta desesperadamente el ajuste de cuentas si alguno de estos nombres no se adapta a los simplistas esquemas preconcebidos o puede descolgar demasiado en tal collar de fantasías.

Julián Ríos

Desde un punto de vista teórico, el hispanismo —y, dentro de él, los estudios sobre historia de la literatura del siglo xx— se ha caracterizado por conservar en sus versiones dominantes, prácticamente intocadas, categorías críticas como las de subjetividad y objetividad, en las que prima una concepción psicológica y substancialista del sujeto y, paralelamente, una visión lineal de la historia estructurada a partir de objetos y no de problemas. A esas perspectivas se suman en ocasiones, de modo más o menos explícito, los presupuestos de base, no problematizados, de una tradición heredera de Menéndez Pelayo.² Sería posible estudiar, de hecho, algunos de los principales estilemas del hispanismo y en qué sentido en ellos toma cuerpo toda una tradición que, como ha señalado Valeria de Marco, estaría marcada por una cierta «ceguera estética» (2021).

De ese modo, el estatuto de la teoría literaria en España y de la reflexión sobre la propia práctica crítica son, cuanto menos, problemáticos, tal como se ve en la cita de Nora Catelli del epígrafe del apartado anterior (2015b:131). Como ha afirmado Catelli en más de una ocasión, en España la teoría se nombra más que se usa. Aunque ha habido algunas historias construidas desde perspectivas alternativas a las dominantes —como la *Historia social de la literatura española (en lengua castellana)* (Castalia, 1974), de Carlos Blanco Aguinaga, Iris M. Zavala y Julio Rodríguez Puértolas; la *Breve historia feminista de la literatura española*, en seis volúmenes, coordinada por Iris M. Zavala (Anthropos, 1993–2000); la *Teoría e historia de la producción ideológica* (Akal, 1974), de Juan Carlos Rodríguez, o la *Historia de las literaturas hispánicas no castellanasy* (Taurus, 1980), coordinada por José María Díez Borque—, lo cierto es que estas propuestas no han llegado a calar en la Filología española, que se

2 Gumbrecht se ha referido a cómo su obra se prolonga en la de Menéndez Pidal: «Pocos académicos han dominado una disciplina profesional tan completamente como Ramón Menéndez Pidal lo ha hecho con la filología española por más de setenta años. Después de su monumental edición en tres volúmenes de la épica nacional española, *El Cantar del mío Cid*, publicado en la década de 1890, fue ampliamente reconocido como el fundador de la tradición filológica nacional española, de la cual permaneció como uno de los representantes más productivos hasta su muerte, en 1968» (2007:37).

ha mantenido mayormente en la tradición del historicismo positivista. Una muestra especialmente sintomática del estado de la disciplina la encontraríamos en el prólogo de José-Carlos Mainer a la última historia de la literatura española en nueve volúmenes, en el que se percibe hasta qué punto se ha vuelto residual la articulación de la Filología con el proyecto de construcción nacional, el cual le aseguró a la disciplina su valor ideológico en el siglo xix y durante buena parte del siglo xx. La *captatio benevolentiae* que abre dicho prólogo no tiene que ver con este o ese aspecto del proyecto, sino con la totalidad de la empresa.

Un libro debe hacer honor a su título pero también tiene derecho a defenderse de él, cuando la rotundidad de los términos deriva hacia la simplificación o lo convencional. Y no hay ninguna de las palabras que convoca nuestro marbete —*Historia de la literatura española*— que no sea, cuando menos, plurívoca y poco capaz de suscitar entusiasmos a estas alturas. Y todas ellas, de añadidura, tienen buena parte de enunciaciones performativas, de aquellas que crean su realidad por el solo hecho de mencionarla. (2011:vii)

Ahora bien, tras repasar lo problemático de los tres términos que convoca el título del proyecto y —una vez criticados sus excesos— digerida la teoría, se opta por escribir una nueva *Historia de la literatura española* que

viene a aprovechar la previa cosecha filológica de los últimos treinta años, cuando menos, y a integrar sus hallazgos (y también sus preguntas) en forma de un texto coherente; al fin y a la postre, esa es la misión fundamental —fijar un nivel, proponer una síntesis— que deben cumplir las *historias* verdaderamente útiles. Ese nivel de partida es el saludable estado actual de las disciplinas filológicas españolas que ocupan un lugar tan notable en el marco de nuestras Humanidades universitarias. Posiblemente, su legado principal estriba en un imponente corpus de ediciones anotadas y prologadas, que ha suscitado ya alguna imputación de *neopositivismo* demasiado pragmático y de olvido de la indigestión ideológica de los años sesenta y setenta y del efímero período estructuralista y semiótico, que aconsejaban una buena dieta de historicismo y ecdótica practicados sobre objetivos muy concretos. (xiv)

La teoría, de ese modo, debería ponerse al servicio de una Filología no ideológicamente marcada. Sin embargo, leyendo esos volúmenes descubrimos lecturas valorativas —que incluyen, en algunos casos, juicios morales— y, muchas veces, lecturas psicológistas de las obras estudiadas y, a través de ellas, de la Literatura Española.

El proyecto de Mainer incorpora dos volúmenes reseñables, por novedosos, que dialogan con la teoría. Además de la historia nacional, ordenada por períodos —1. *Edad Media*; 2. *Siglo XVI*; 3. *El siglo del arte nuevo (1598–1691)*; 4. *Siglo XVIII*; 5. *Hacia una literatura nacional (1800–1900)*; 6. *Modernidad y nacionalismo (1900–1939)*; 7. *Derrota y restitución de la modernidad (1939–2010)*—, hay un volumen dedicado a la *Historia de las ideas estéticas en España*, dirigido por José María Pozuelo Yvancos, y otro sobre *El lugar de la literatura española*, escrito por Fernando Cabo Aseguinolaza. Esos dos volúmenes introducen la historicidad no solo de la literatura, sino también de la idea de literatura y de su valor y función social, siguiendo en esto lo que ya afirmaba el propio Mainer en «Sobre el canon de la literatura española del siglo xx»: «La historia de la literatura es —o habría de ser— la historia de la historia de la literatura» (1998:275). Sin embargo, esos volúmenes no consiguen alterar sustancialmente el diseño general del proyecto, sino que más bien se adaptan a él como nuevos campos estancos que de ese modo encuentran su lugar sin interferir con unos protocolos y un relato trazado sin necesidad de recurrir a ellos.

El volumen que aquí nos incumbe principalmente, escrito por Jordi Gracia y Domingo Ródenas, se titula *Derrota y restitución de la modernidad (1939–2010)*. El «eje central que lo atraviesa todo», se lee, «está descrito en el título del volumen, que quiere ser tanto descriptivo como interpretativo» (2011b:9). Esa interpretación funciona a través de la postulación de una continuidad histórica que desembocaría en un presente ideal. Escribía refiriéndose al golpe de Estado franquista de 1936 Jordi Gracia en *Estado y cultura*, libro resultado de una tesis doctoral dirigida por José Carlos Mainer: «La ruptura lo fue sin duda en el terreno político —y social y demográfico— pero probablemente en el terreno cultural la continuidad estuvo por encima del cambio o la novedad» (1996:14). Esa afirmación, por lo demás, retomaba la sugerencia que Mainer había deslizado al final de *La edad de plata* en 1981, tras referirse a la ruptura cultural que supuso el golpe de Estado franquista y el desenlace de la Guerra Civil:

Pero el zanjón no fue tan grande como para que el historiador olvide los hilos de continuidad. El «garcilasismo» de los años 40 fue una tardía conmemoración del centenario de 1935 y continuó un neopetrarquismo ya existente; *La Estafeta Literaria* copió sin gracia el modelo de *La Gaceta* de 1927 y *Escorial* fue digna heredera de *Cruz y Raya*; los poetas que, como Rosales, Vivanco, Panero, Ridruejo, Ildefonso M. Gil, Germán Bleiberg, reanudaron el oficio de la poesía habían empezado a publicar hacia 1934, y en 1948 una revista como la cordobesa *Cántico* fue un explícito homenaje a la generación del 27, cuyos miembros publicaron después de 1939 algunos de sus mejores libros. Ni siquiera

la canción andaluza de Quintero, León y Quiroga, las revistas musicales de Celia Gámez, carecían de *pedigree* republicano, aunque ahora la invasión de vulgaridad permitiera a un letrista cifrar todo un horizonte cultural en una frase con ritmo de *schottisch*: «En Chicote un agasajo postinero/ con la crema de la intelectualidad.» Porque aquel bar de la madrileña Gran Vía también había sobrevivido a la guerra. (1981:349–340)

Cabría preguntarse cuál es esa pulsión continuista que hace que el historiador encuentre en la revista *Esorial* una «digna heredera» de *Cruz y Raya* o en la obra de los poetas citados una continuación del proyecto popular y modernizador de la primera mitad de los años treinta. Modulando ese mismo discurso, escribirá años después Jordi Gracia en las primeras páginas de *La resistencia silenciosa*:

Contra la aparente dominación absoluta del fascismo en la posguerra (...), defiendo la subsistencia de la tradición liberal, cohibida, y escondida, como fundamento del futuro y asumo que la resurrección del pensamiento liberal coincide con el desahucio intelectual y final biológico de una cultura fascista. Fue hegemónica en los quince años imprecisos que van desde la guerra hasta mediados de los años cincuenta, quizás nuestro auténtico *quindenio negro*. (2004:23)

En este discurso, el sujeto está colocado en el centro de un relato impregnado de moralidad y construido a partir de dos metáforas: la de las luces y las sombras, de raigambre ilustrada, y la de la salud (la normalidad) y la enfermedad (el virus o la patología), de raigambre positivista–naturalista. *La resistencia silenciosa* «quiere pensar sobre los procedimientos infecciosos del irracionalismo fascista y sobre las terapias de desintoxicación que algunos emprendieron a voluntad propia» (15); aborda la labor de «quienes se resisten a difundir un lenguaje y una mentalidad, a sabiendas de que el fascismo de Estado no admite otra lucha que el testimonio, o la perpetuación de hábitos abolidos». Se trata, así, de una «historia clínica» que estudia «procesos de intoxificación y de curación» (16) ligados a «la toxicidad del fascismo» (14). Esta misma metaforología puede encontrarse, aunque aún no tan desarrollada, en *Falange y literatura* de José-Carlos Mainer (1971 y 2013), donde en la página 25 se habla del «germen de un discurso fascista» y, un poco antes, se lee: «Esa dimensión *privada* de *revelación y fe*, es la que se va a considerar de preferencia en estas páginas. El fascismo fue una patología internacional de la conciencia política que, desde hace bastantes años, nos parece venturosamente lejana del primer plano de la vida civil» (2013:19).

Derrota y restitución de la modernidad da cuenta, desde su mismo título, de un esquema narrativo lineal y progresivo que Gracia ha desarrollado en otras obras y que está ligado a la asunción de un cierto relato, sin duda desproblematizado, de la modernidad, y en el cual el pasado —como en la anterior cita de Mainier— aparece como un espacio clausurado separado de nosotros:

Si alguna forma geométrica dibuja el largo proceso literario que examina este libro es la de una espiral ascendente que ha estabilizado sus vueltas en los últimos veinte años de democracia sin ceder ya ni a la euforia infantil y narcisista ni al catastrofismo masoquista y cicatero con nuestro pasado y nuestra más inmediata actualidad literaria. (Gracia y Ródenas, 2011b:8–9)

El franquismo —que, en esta lectura, no supondría una ruptura radical con el espacio cultural de la República— se presenta aquí como un largo proceso de lucha por la democracia —«el sueño cumplido de una larguísima trayectoria de esfuerzos» (1)— del que nosotros seríamos felizmente los herederos. La lejanía del peligro del fascismo a la que se refería Mainier, que se concreta en el «sueño cumplido» de Gracia, nos asalta hoy en día como una pesadilla en la que despertamos de repente, pues, como decía María Zambrano, «siempre es noche en la humana historia» (1995:65; ver Hidalgo Nácher, 2016b). Ahora bien, si tal relato es posible se debe a que la modernidad con la que se identifican los autores de este relato —y que se habría realizado, «por fin», en el presente— es ella misma ahistorical y desemboca en una poshistoria en la que la literatura tiene que limitarse a cumplir su verdadera función, la estética, en un país en el que se ha desplegado «una europeidad moderna, al fin normalizada» (Gracia y Ródenas, 2011b:5). Esa idea de «normalidad» —estudiada por Luisa Elena Delgado (2014) como fantasía y heredera de un cierto mito del pensamiento liberal— es la misma que se hace presente en muchos de los estudios sobre la censura y la cultura del franquismo. Esta perspectiva instaura una imagen de la historia unilateral en la cual las series culturales y políticas, lejos de aparecer en el juego y la discordia de sus múltiples diferencias, son neutralizadas a partir de la imposición de una idea de consenso. Solo de ese modo puede sostenerse que, si 1939 supuso la derrota de la modernidad la instauración de la democracia (que se presenta como una «vuelta de la democracia») suponga su restitución. Este relato historiográfico es una muestra de que lo teórico como dimensión insoslayable del discurso —y, con ello, la historicidad conceptual y la densidad histórica de lo literario— no es un tema que la práctica de esta disciplina en España, por lo común, tematice.

Por lo demás, el relato se coloca en un justo medio imaginario que no cedería «a la euforia infantil y narcisista ni al catastrofismo masoquista y cicatero

con nuestro inmediato pasado y nuestra más inmediata actualidad literaria» (Gracia y Ródenas, 2011b:9). Como veremos a continuación, el segundo calificativo —el de «catastrofismo masoquista y cicatero»—, estaría dirigido, por lo menos oblicuamente, a unos pocos autores que han intentado problematizar las relaciones entre política y literatura para construir otra historiografía en contacto con el pensamiento contemporáneo.

Nuestro estudio pretende incorporar, de ese modo, esa serie política al estudio de lo literario. Tenerla en cuenta puede contribuir, como han hecho Mari Paz Balibrea y Fernando Larraz con relación al exilio (Balibrea, 2007; Larraz, 2009, 2014), a visibilizar problemas que la historia de la literatura ha tendido a silenciar, y a proponer diversos modos de valorización del corpus de la literatura española. La crítica que plantean Larraz y Balibrea a este relato, hasta hace poco hegemónico, es que, al pretender una lectura desideologizada del pasado,³ no pueden menos que reproducir una cierta ideología del presente. Esta era, a grandes rasgos, la crítica formulada por Mari Paz Balibrea en *Tiempo de exilio* a «las visiones hegemónicas sobre la cultura del franquismo», de las que «Gracia es claro representante», y las cuales «ven la dictadura como un paréntesis que arrasa la razón liberal y democrática, pero al que ésta resistirá para ir manifestando, ya desde los años cuarenta, cada vez con mayor fuerza y expresividad, consiguiendo al final ser el hilo de continuidad que conecta la República con la democracia» (Balibrea, 2007:71). La conexión discursiva

3 «Se avanza mucho en el estudio sobre el exilio sin avanzar nada en la comprensión de lo que unos cuantos investigadores ya hemos estado estudiando, esto es, lo que ha sucedido bajo el franquismo, aunque es posible que lo hayamos estado haciendo de una manera un tanto politizada. ¿Por qué politizada? Porque no había otra alternativa; en 1975 no estaba la situación como para hacer una historiografía más crítica con la propia izquierda, todavía era el momento de continuar la pugna y la lucha. Hoy es el momento de tener la libertad total de averiguar qué es lo que pasaba entonces, tanto si desmiente las convicciones políticas del historiador como si las refuerza» (Gracia, 2014:194). Una variante de esta posición aparece en la novela de Javier Cercas *Soldados de Salamina* en la voz del narrador (cuyo relato histórico es, por lo demás, sumamente problemático): «Casualmente (o no tan casualmente), por entonces se puso de moda entre los escritores españoles vindicar a los escritores falangistas. La cosa, en realidad, venía de antes, cuando a mediados de los ochenta ciertas editoriales tan exquisitas como influyentes publicaron algún volumen de algún exquisito falangista olvidado, pero, para cuando yo empecé a interesarme por Sánchez Mazas, en determinados círculos literarios ya no solo se vindicaba a los buenos escritores falangistas, sino también a los del montón e incluso a los malos. Algunos ingenuos, como algunos guardianes de la ortodoxia de izquierdas, y también algunos necios, denunciaron que vindicar a un escritor falangista era vindicar (o preparar el terreno para vindicar) el falangismo. La verdad era exactamente la contraria: vindicar a un escritor falangista era solo vindicar a un escritor; o más exactamente: era vindicarse a sí mismos como escritores vindicando a un buen escritor» (2001:21–22). Por lo demás, para el valor que concede Gracia a lo heroico —que, como veremos en su momento, está en continuidad con los planteamientos de Savater en *La tarea del héroe* (1981b), puede verse su libro de 2001.

e institucional de ese relato con el del Partido Socialista Obrero Español, que gobernó España entre 1982 y 1996 bajo la dirección de Felipe González, entre 2004 y 2011 con José Luis Rodríguez Zapatero (que en 2007 aprobó la Ley de la Memoria Histórica), y desde 2018 hasta la actualidad con Pedro Sánchez (desde el 7 de enero de 2020 en coalición con Unidas–Podemos), así como con las plataformas mediáticas asociadas al mismo (en especial, el grupo PRISA y el diario *El País*), tampoco puede ser pasada por alto.

En este contexto, hay que destacar el enorme trabajo llevado a cabo desde 1993 por el Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL, Universitat Autònoma de Barcelona), dirigido por Manuel Aznar Soler. Gracias a su esfuerzo y al de un amplio grupo de investigadores y colaboradores, este grupo ha conseguido hacer del exilio un problema insoslayable a la hora de estudiar la literatura española del siglo xx. El trabajo de archivo y de edición ha puesto a disposición pública una gran cantidad de textos, y la labor de exhumación y rescate ha visibilizado un corpus hasta entonces en gran medida silenciado, al tiempo que ha dado elementos para construir un marco general para leerlo críticamente. Son dos proyectos especialmente valiosos del GEXEL la publicación del *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939* (Renacimiento, 2017), coordinado por Manuel Aznar y José-Ramón López García, resultado de más de veinte años de trabajo, así como la publicación en marcha de un conjunto de diecisiete volúmenes (sobre ensayo, poesía, literatura dramática, novela, narrativa breve, escrituras del yo, editores y editoriales, prensa cultural, escrituras cinematográficas, literatura infantil e historiografías), la mayoría de ellos colectivos, para plasmar de manera sintética el estado actual de los estudios sobre el exilio republicano, los cuales actualizan la labor llevada a cabo por José Luis Abellán en los seis volúmenes de *El exilio español de 1939* publicados en Taurus entre 1976 y 1978. Se lee en la presentación general de ese proyecto del GEXEL:

Plantear la obra exiliada como un problema historiográfico supone realizar una llamada a la revisión a fondo de los métodos y axiomas del ejercicio historiográfico realizado en España no solo durante la dictadura sino también durante la transición y la democracia, y al examen de en qué medida y desde qué valoraciones se ha sumado o no este legado a nuestra tradición y sistema cultural. (Aznar y López, 2018:xviii)

En el marco abierto por el grupo, destaca el trabajo de dos autores ya referidos en lo que concierne a una revisión historiográfica de fondo: Mari Paz Balibrea y Fernando Larraz. Balibrea ha formulado el problema de modo sistemático, y partiendo de casos concretos, en *Tiempo de exilio: una mirada*

crítica a la modernidad española desde el pensamiento republicano en el exilio, libro en que tematiza las prácticas historiográficas de la literatura española y propone un uso crítico del corpus exiliado, el cual, «salvo contadas excepciones», no encaja «en esa narración heroica que desemboca en la democracia» (2007:63). Se trataría de «releer y reactivar estos textos», lejos de la nostalgia, «como contralecturas de la temporalidad moderna» (94). La profesora del Birkbeck College (University of London), que estudió en la University of California (San Diego) con Carlos Blanco Aguinaga, muestra en su libro cómo las lecturas hegemónicas del exilio, que lo ligan a la ceguera o a la nostalgia, derivan de «una narración sobre la nación donde la sincronización con su tiempo hegemónico es fundamental», lo cual coloca al exiliado en una difícil posición, dado que «la nación es un tiempo del que ha sido expulsado» (61). De hecho, la respuesta práctica a esa exclusión por parte de los propios escritores exiliados puede verse muchas veces en su propia escritura, tal como se aprecia tanto en Bergamín, quien desde su segunda expulsión de España en 1963, responsabilidad directa del Ministro de Información y Turismo Manuel Fraga, pasó a presentarse como un fantasma (Hidalgo Nácher, 2014), como en Max Aub, quien, desde su carta de 1951 al presidente Auriol (Aub, 2002), se presentó a sí mismo como un sujeto atravesado por una desidentificación a la que dio forma en su escritura, a través de escritos como *La gallina ciega* (Joaquín Mortiz, 1971) o —una falsificación histórica que invierte la impostura que supone la existencia misma del franquismo— su discurso de entrada en la Academia de la Lengua Española *El teatro español sacado a luz de las tinieblas de nuestro tiempo*, texto de 1971 que Aub fechará, en la constitución de una heterocronía fulgurante, en 1956 (Hidalgo Nácher, 2015a).

El volumen colectivo *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español* (Madrid, Siglo XXI, 2017), coordinado por Balibrea, se abre con una «introducción a modo de manifiesto» (2017b:13–24) en la que traza un diagnóstico del estado de los estudios sobre el exilio cultural republicano. En ese prólogo se vuelve sobre *El exilio español de 1939* de José Luis Abellán para proponer una actualización de ese proyecto ya que, desde entonces, no había habido otra gran interpretación de conjunto del exilio hasta que el GEXEL comenzara a publicar los volúmenes de la serie «Historia de la literatura del exilio republicano de 1939», aún en marcha. La ansiedad ética (de hacer justicia), la disciplinaria (que separa tajantemente los ámbitos de conocimiento) y la historiográfica (que construye un relato a partir de una narrativa única) son problemas teóricos sobre los que esta obra vuelve críticamente (14–15), al tiempo que propone, junto con un ejercicio de actualización que pasa por el trabajo de archivo, «nuevas categorías estructurales y temáticas de ordenación historiográfica» (16).

Fernando Larraz, por su parte, ha desarrollado hasta hoy un sólido proyecto de construcción de una historia cultural de la España posterior a la Guerra Civil iniciado en *El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2009) y continuado por *Una historia transatlántica del libro: relaciones editoriales entre España y América Latina 1936-1950* (Gijón, Trea, 2010), *Letricidio español: censura y novela durante el franquismo* (Gijón, Trea, 2014) y *Editores y editoriales del exilio republicano de 1939* (Sevilla, Renacimiento, 2019). En *El monopolio de la palabra*, Larraz aborda las relaciones que los intelectuales del interior establecieron con el poder y con los pensadores del exilio, haciendo un especial énfasis en el uso político que se hizo de ellos. El libro se pregunta por «qué ha pervivido» del franquismo «en la recepción crítica del exilio» (2009:14). Dedicado en gran parte a analizar las representaciones y usos del exilio en territorio nacional, este libro supone un intento de entender (más allá de tópicos y afirmaciones generales) las estrategias de exclusión, apropiación y silenciamiento llevadas a cabo por el franquismo, así como su remanencia en nuestros días. En ese sentido, algunos tópicos sobre el exilio de la Guerra Civil Española que aún hoy en día prevalecen provienen directamente de discursos armados y conformados en el franquismo. Con relación a ello, Larraz sostiene que la lectura e interpretación que hoy en día hacemos del exilio está mediada por la labor de escritores como Julián Marías o José Luis López Aranguren, los cuales —lejos de silenciar cualquier forma de exilio— empezaron a conformar una imagen aceptable del mismo. Para lo cual, además de tener que cometer no pocas omisiones, hubieron de privarlo de su cariz político, reduciéndolo a un «apolítico» *haber* cultural que, de ese modo, podría pasar a engrosar las arcas deficitarias del capital cultural de la España franquista (Larraz, 2009:127-150). Estos escritores, más que reconocer a los exiliados como tales y entablar un diálogo con ellos, habrían llevado a cabo una labor de apropiación y asimilación que —mediante otras estrategias y con diferentes fines— el proceso de museificación de la época democrática habría contribuido a consolidar a través de una institucionalización del exilio «de acuerdo a versiones reverenciales de la cultura cuidadosamente separadas de lo político» (Balibrea, 2014:16). Ese proceso estaría basado, tal como sostiene Balibrea en su estudio de la exposición «Exilio» celebrada en el Palacio de Cristal del Parque del Retiro en 2002, en la sustitución de la política por la cultura, «como si la (voluntad de) recuperación cultural implicara necesariamente la (voluntad de) recuperación política» (Balibrea, 2007:37). Se leía en la presentación de su catálogo, firmado por Virgilio Zapatero, rector de la Universidad de Alcalá de Henares, exministro y político del Partido Socialista Obrero Español:

Su tragedia [la de los exiliados] sirvió para mantener vivo en nuestra historia el hilo de la legalidad constitucional y la idea de la soberanía nacional. Y en este sentido, aquella Numancia errante que fueron los sucesivos gobiernos republicanos y los miles de exiliados terminaron viniendo cuando España recuperó las libertades. La Exposición se abre con la Constitución de la República y se cierra con la Constitución de 1978. Lo que hay entre ambas fechas —visto desde la perspectiva de la libertad y de la democracia— sí que fue un largo y tremendo paréntesis (...). Ciertamente fue una tragedia; pero al menos no fue una tragedia sin sentido. (en Balibrea, 2007:37)

Esos planteamientos se repiten en la exposición «1939. Exilio republicano español» que en 2019, y organizada por el Ministerio de Justicia, se celebró con motivo de la conmemoración del 80 aniversario del exilio republicano español. En su presentación del catálogo, escribe el comisario de la exposición, Juan Manuel Bonet: «Cuando en 1982 llegó, en un jumbo de Iberia, desde Nueva York, el *Guernica* de Picasso (...), la prensa proclamó unánime que se trataba del último exiliado» (Bonet, 1978:46). De ese modo, como comentaba Balibrea respecto a la exposición de 2002 —y nada parecería haber cambiado desde entonces en este sentido en el discurso oficial—, esos relatos crearían «la ilusión de que nada se ha perdido» entre 1936 y 1978 «y de que lo que separa ambos puntos es un paréntesis, que nada quita ni pone a esa feliz unión final. Se convierte así el exilio en una parte normalizada de la nación que ayuda a legitimar la España actual» (Balibrea, 2007:38).⁴

4 Vale la pena comparar ese juicio con los comentarios de Julián Ríos sobre la llegada del *Guernica* a España en septiembre de 1981 y los de José Bergamín cuatro años antes. Escribía Ríos: «La entrada del *Guernica* en Madrid, entre el entusiasmo de tirios y troyanos, trae inevitablemente a la imaginación la imagen del caballo de Troya. Con más de cuarenta años de retraso, acaba de entrar de golpe por la puerta grande un cuadro vivo que trae en sus entretelas todo lo que el encastillamiento y cerrilismo hispano ha estado intentando machacar a machamartillo (...). La dimensión épica y ética del gran cuadro de Picasso —una pintura moral— exige al espectador su participación estética: una actitud ética. Nuestro aislamiento colectivo durante años, la falta de familiaridad con los movimientos y metamorfosis de la cultura moderna, nuestros resabios “inculturales” y oscurantistas, dificultarán sin duda el encuentro real y efectivo con la obra de Picasso» (Ríos, 1995:227–228). Escribía cuatro años antes Bergamín al respecto: «Ya es significativo que se pida la vuelta a España ahora del lienzo de Picasso por las mismas voces que piden la de los restos mortales de Antonio Machado y de Azaña. Si esta importación de cadáveres gloriosos ya es sospechosa de maniobra politiquera, y falsificadora hasta la muerte, ¿qué pensaremos de traer la pintura viva de Picasso como cómplice y encubridora de la siniestra continuidad legal (!) que representan sus peticionarios? Por muy grande que sea la trampa —y lo es enorme, sin medida—, el lienzo de Picasso no cabe en ella; y habría que romperlo en pedazos para lograrlo; para anonadarlo o aniquilarlo en lo que es y en lo que representa; que de eso se trata. Pero su maravillosa violencia creemos que se basta a sí misma para impedirlo» (Bergamín, 1977:146).

A esta serie cabe incorporar *Editores y editoriales del exilio republicano de 1939*, de Larraz, el cual constituye un compendio sintético y razonado de la labor llevada a cabo por editores exiliados o editoriales ligadas a la literatura del exilio fundamentalmente en México, Argentina, Chile y Francia, en el que se estudian, entre otras, editoriales como Losada, Sudamericana, Fondo de Cultura Económica, Séneca y Joaquín Mortiz.

Por lo demás, desde la crisis de 2008 hemos asistido a la descongelación de algunos de los relatos heredados sobre la cultura y la política relativos a nuestra historia reciente. El discurso hegemónico sobre la Transición, al que Guillem Martínez se ha referido con los polémicos términos de «la Cultura de la Transición (ct)» y «Régimen del 78» (Martínez, 2012), ha entrado en una crisis impulsada por los propios acontecimientos de modo que aquello que parecía ya resuelto y liquidado, clausurado para siempre en el pasado, empieza a aparecer como problemático en su actuante actualidad: exige una revisión. Y ahí se descubre que algunos textos y autores que aparecían como anacrónicos o desfasados de repente tienen cosas que decirnos respecto a nuestro presente y se vuelven, de un modo u otro, nuestros contemporáneos (Agamben, 2008; Antelo, 2016).

Si el exilio es un bloque difícilmente pensable en sus especificidades desde las historias literarias al uso (Balibrea, 2017b), la investigación que aquí presentamos puede contribuir a comprender mejor algunas escrituras y las razones de su hasta ahora difícil encaje en los cánones historiográficos españoles. Sin ir más lejos, los casos de José Bergamín y de Julián Ríos —el primero censurado moralmente (Gracia y Ródenas, 2011a:432) y el segundo calificado de «vanguardista extremoso» y «experimentalista tardío» (788–789) en la última historia de la literatura española— pueden ser sometidos a una revisión a partir de la incorporación de la dimensión teórica. Ambos autores ponen en crisis, de modos muy diferentes, las categorías historiográficas y críticas nacionales y, al hacerlo, nos permiten renovar el pensamiento literario —para lo que se hace necesario, claro está, leer sus obras.

Si nos detenemos en el caso Bergamín, nos daremos cuenta de que el lugar que le reserva la Historia de la Literatura Española es ambivalente —y bien podría calificarse, en sus propios términos, de «fantasmal»—. Por un lado, es un autor por el cual se ha de pasar necesariamente en la historia literaria del siglo xx —como crítico, como escritor, como editor y como agente político y cultural— pero, por otro lado, aparece como insignificante o despreciable para la escritura de la misma. De hecho, la mayoría de los acercamientos a la figura y personalidad del autor tienden a dejar en un segundo plano el estudio de su obra y escritura. Detengámonos en dos libros de referencia: la *Historia y crítica de la literatura española*, de Francisco Rico (Ed.) —el cual, más que

un relato, plantea estados de la cuestión organizados a partir de categorías autoriales—y la *Historia de la literatura española. Derrota y restitución de la modernidad (1939–2010)*, de Jordi Gracia y Domingo Ródenas (editor José-Carlos Mainer), de cuyo relato nos ocuparemos posteriormente.

En el estudio de literatura contemporánea de Domingo Ynduráin (volumen VIII de la serie dirigida por Francisco Rico), en el que Bergamín es apenas reseñado, aparece, fundamentalmente, como editor. En el apartado dedicado a la poesía, Joaquín Marco señala —como única referencia y haciendo uso del criterio generacional— que Bergamín «cultiva la poesía al margen de la órbita en que insertan la suya los integrantes de su generación» (1980:111). En este comentario podemos observar cómo los criterios historiográficos heredados —la categoría de «generación» y, concretamente, el marbete de «generación del 27» (López García y Larraz, 2012)— hacen difícil la inclusión de Bergamín en el relato historiográfico nacional.

En el tomo IX de la misma colección, dedicado al período entre 1975 y 1990, Bergamín merece únicamente el siguiente comentario de José-Carlos Mainer: «Una necesidad patética de transgredir barreras y respetabilidades sacudió los últimos años de José Bergamín que, huyendo de su ejecutoria nacionalista española, vino a dar en el irredentismo vasco» (1992:58). Al hacer esto, Mainer —que escribiría en 2003 un «Tombeau pour Bergamín» en el que criticaba duramente al escritor: «El escritor había sido víctima de sí mismo, de la terrible entropía de la arbitrariedad como norma de pensamiento, del culto fetichista de la palabra como ley del lenguaje. Víctima de la mucha soledad irremediable y de los camaradas tan mal elegidos, con los que no había más diálogo que el intercambio de toscar quimeras rencoresas, el pedestal de fondo de todo fascismo» (2003:16)— desestimaba una comprensión menos estereotipada del «irredento» autor republicano. Es significativo, en relación con este aspecto, que la última historia de la literatura, coordinada precisamente por Mainer, en su volumen dedicado al último período histórico le dedicara un apartado titulado «José Bergamín en su laberinto». En total, tres páginas con las que nos preguntamos si, más que abrirlo a la lectura, se pretendía dejarlo encerrado como un monstruo mostrando el laberinto desde fuera y sin entrar en un cuerpo a cuerpo con él, tomando un *quién* fantasmal para olvidarse de lo que ahí está en juego. Son significativas las palabras con las que se cerraba el apartado: «Esta etapa final resulta patética por la incomprendición de Bergamín ante la situación sociopolítica española, por sus desmesuras panfletarias y su consentida instrumentalización por parte del independentismo vasco» (Gracia y Ródenas, 2011a:432), las cuales, como puede comprobarse, tienen como modelo las anteriormente citadas de Mainer (1992:58), que —ya lo hemos visto—, aquí pasaba a ser editor. En casos como este parece que cobra cuerpo

ante nuestros ojos de modo literal la frase por la cual Foucault, hablando de Nietzsche, presentaba la verdad como una «especie de error que tiene el poder de no poder ser refutado, sin duda porque la larga cocción de la historia la ha vuelto inalterable», recordando que «la verdad y su reino originario han tenido su historia en la historia» (Foucault, 1979:139–140, traducción revisada).

De ese modo, y sintetizando, se pueden observar dos problemas que dificultan la lectura de Bergamín desde la historiografía literaria española, los cuales pueden pensarse como paradigmáticos en la relación que tiende a establecer la historiografía con los exiliados españoles. En primer lugar, y literariamente, la etiqueta de «generación del 27» lo deja fuera; en segundo lugar, un discurso moral que censura sus «excesos» políticos y su intransigencia republicana lo convierte en un sujeto ciego y censurable. En ese sentido, suele hablarse de los exiliados como sujetos «arrasados por la historia, descontados del tiempo», cuya vuelta a España estuvo marcada en la mayoría de las ocasiones «por el desánimo, la vejez y la pura tristeza precisamente del desencuentro» (Gracia y Ródenas, 2011a:209), actualizando una retórica que provendría ya de los años cincuenta (Aranguren, 1953; Hidalgo Nácher, 2015a:137–138). A estos dos problemas habría que añadir los conceptos historiográficos (entre los que se incluyen los de «obra» y «autor») y el corpus a partir del cual se constituye, el cual hace que, efectivamente, la figura y la propuesta literaria de Bergamín (tan valorada por Giorgio Agamben, Ida Vitale, Pepe Mujica o Nigel Dennis, por citar solo cuatro casos muy diferentes) aparezcan como ilegibles. El caso Bergamín como el de Julián Ríos podrían tomarse sintomáticamente para descubrir en ellos no una esencia, sino la configuración y los límites del discurso que habla de ellos. Todo esto permite preguntarnos, en fin, cómo se conforman en España, al día de hoy, las historias nacionales de la literatura en un momento en que su función ha pasado a ser residual respecto al funcionamiento ideológico de los estados–nación.

Por lo demás, cabe llamar la atención sobre las líneas fundamentales de un relato historiográfico que fue cobrando forma desde comienzos de la transición y que, aunque ha recibido críticas a lo largo de toda su historia y ha sido revisado de modos diversos desde 2008, sigue siendo hegemónico en el hispanismo español. Es el que encontramos en la primera página de *Derrota y restitución de la modernidad (1939–2010)*, el último volumen cronológico de la última *Historia de la literatura española* publicada:

El balance menos optimista y más plagado de reservas exige la identificación de los últimos cincuenta años como una etapa de progresiva y creciente expansión de las libertades políticas y civiles sin comparación con ninguna otra, dificilosa y enmarañada pero también sin vuelta atrás. Desde los años ochenta ese

proceso ha culminado por fin. La España del siglo XXI es lo más parecido al sueño cumplido de una larguísima trayectoria de esfuerzos para manumitir a la sociedad española de las fuerzas del tradicionalismo, del integrismo religioso, de las tentaciones militaristas. (Gracia y Ródenas, 2011b:1)

Este relato puede encontrarse ya desarrollado en intelectuales de la órbita del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) justo después de la muerte de Franco, y se aprecia en la narración de Elías Díaz en *Pensamiento español en la era de Franco (1939–1975)*, la cual reposa en dos series principales —«sociedad e ideología» (1974:8)— y en la que muestra cómo del «totalitarismo católico» de los primeros años del franquismo se pasó posteriormente al «autoritarismo tecnocrático» (9) en un relato en el que el desarrollismo de los años sesenta sería el responsable de convertir en anacrónicos y disfuncionales los aparatos jurídico-políticos del régimen (10), desencadenando su crisis. Las seis etapas definidas en el libro se organizan sobre las *fases de restitución de la razón democrática*: 1939–1945 («de la ruptura de la vida intelectual al declive de la cultura imperial-totalitaria»); 1945–1951 («aislamiento internacional. Los inicios de la reconstrucción de la razón y las primeras fases de la recuperación del pensamiento liberal de la anteguerra»); 1951–1956 («liberalización intelectual y apertura política internacional. Diálogo con el exilio, primeras conexiones con el pensamiento europeo y crisis universitaria del 56»); 1956–1962 («los residuos del integrismo tradicional. El surgimiento de la ideología tecnocrática del desarrollo económico y la crítica científica al absolutismo ideológico»); 1962–1969 («intentos de institucionalización del sistema y segunda fase de una liberalización. Evolución en el campo del pensamiento cristiano y en la filosofía dialéctica actual»); 1969–1973 («estancamiento económico e involución política. Crisis total del sistema y recuperación del pensamiento democrático español»). Los sustantivos utilizados («reconstrucción», «recuperación», «residuos», «evolución» y «recuperación» de nuevo) dan cuenta del carácter teleológico de un relato que tomaba el liberalismo y la democracia como el sujeto aproblemático de una historia a la que se suponía una continuidad de fondo y que, por lo tanto, permitía afirmar imaginariamente, en una España que se preparaba para ser una monarquía parlamentaria, la vuelta de los ideales republicanos, idealmente reductibles a democracia burguesa y liberalismo (Balibrea, 2007:25).

Elías Díaz articulaba su estudio con el relato construido por José-Carlos Mainer en *Falange y Literatura*, según el cual la disidencia interna al régimen sería el resultado, en gran medida, del trabajo de algunos «falangistas liberales» que, ya desde los años cuarenta, abrieron espacios de libertad en el seno del anti-intelectualismo franquista. El relato de Mainer, elaborado y profundizado

por Jordi Gracia (1996, 2004) es, hasta el día de hoy, el discurso hegemónico de la historiografía literaria, tal como muestra por lo demás, desde su mismo título, un libro como *Derrota y restitución de la modernidad (1939–2010)*, del que ya nos hemos ocupado anteriormente. Como escribe Gracia en el volumen, insistiendo en las continuidades y en la unidad incólume de los tiempos («el futuro habrá de nacer de la España que ha crecido bajo Franco» —Gracia y Ródenas, 2011a:140—), la España franquista no sería un desierto, sino que «el eclipsamiento en la segunda mitad de la democracia de algunos nombres históricos que fueron claves para vertebrar una vida intelectual digna proyectó retrospectivamente la imagen de un vacío muy falso o propuso una reduccionista imagen de algunos de ellos» (216), relato que se inscribe en la línea de lo que Julián Mariás planteaba al referirse a la vegetación del «páramo» (Larraz, 2009:135–138) que reivindicaba, ya en los años cincuenta, la vitalidad cultural española. Uno de los objetivos de Gracia es señalar cómo hubo una vida cultural en el franquismo en la que se dio «la subsistencia de la tradición liberal, cohibida y escondida, como fundamento del futuro» (2004:23). Su libro presenta cómo «los jóvenes inmersos en una atmósfera fascista y sin referentes liberales en activo construyen las bases intelectuales que culminarán en la democracia actual desde una temprana *resistencia silenciosa*» (35) para «fundar el futuro en el único lugar posible, el pasado real» (37).⁵ Es también Gracia quien afirma en otro lugar que «en los años de gobierno socialista fue mutando la clásica percepción patética de la historia de España como historia con final infeliz para empezar a ser ya verdad, sobre todo tras las consagraciones de 1992, que la historia empezaba a terminar bien porque se había acabado la transición» (2010:209). De ese modo, su libro sobre el exilio se escribe «desde el sentimiento de que la democracia ha cumplido ampliamente su justo afán de reivindicación de la obra y el drama del exilio, y ha restituido ambas cosas a la cultura viva del presente» (20). Lo que quiere decir que, desde un presente poshistórico y (neo)liberal, el exilio habría dejado de ser un problema.

Este relato historiográfico no solo cuajó en el hispanismo, sino que se traspasó al estudio de la teoría literaria por mediación de los estudios sobre historia de la teoría de Garrido Gallardo (1976a, 1982), quien —más allá de las distancias ideológicas que separan a unos de otros— tomó la periodización cronológica de Elías Díaz para proponer, como hemos visto antes, una historia de la teoría literaria española en varios de sus estudios, haciendo coincidir cada período político con un período teórico (Chicharro, 2004a:179–180). Ahora bien, el trabajo llevado a cabo por algunos profesores de la Universidad de Granada en

⁵ Esta última afirmación ha sido convenientemente problematizada por Mari Paz Balibrea en *Tiempo de exilio* (2007:23 y sig.).

torno a Antonio Sánchez Trigueros permite problematizar estas perspectivas. Como ya hemos visto, este profesor dirigió las tesis doctorales de Antonio Chicharro (*Gabriel Celaya: teórico y crítico literario*, 1982), Carmen Martínez Romero (*La crítica literaria española ante la renovación teórica (1965-1974)*, 1987) y Sultana Wahnón (*Estética y crítica literarias en España (1940-1950)*, 1987), abriendo un espacio para pensar de modo crítico la historia de la teoría literaria española del siglo XX al situar esas polémicas en una perspectiva de historia material de la cultura en la que el discurso crítico se encabalgó de modo complejo con la historia editorial, política y literaria. De hecho, es Wahnón quien, reconstruyendo la historia de la revista *Escorial* y de su recepción crítica, pone en cuestión la tesis que atribuye un «liberalismo integrador» (1988:181-184) a dicho grupo y, a través de él, proyecta hasta ese punto el comienzo de una regeneración liberal y democrática que, en palabras de Wahnón, mediante el tópico del «falangismo liberal», «falsea por omisión el conocimiento de nuestra historia cultural reciente» (1998:114). Por su parte, Antonio Chicharro es quien, de los tres, se ha dedicado de modo más sistemático a explorar esa vía en multitud de trabajos, algunos de los cuales se encuentran recopilados en *Para una historia del pensamiento literario español* (CSIC, 2004).

Nuestra investigación parte de estos estudios previos y pretende aportar una visión sintética y panorámica de cómo los llamados «estructuralismos» friccionaron desde la segunda mitad de los años sesenta con las prácticas críticas locales para, a través de ello, abordar los que consideramos que son, hoy en día, algunos de los problemas principales de nuestra propia historia crítica.

1.3. Historia editorial, historia del libro y de la lectura

Como objeto de estudio, los libros se resisten a quedar confinados a una sola disciplina. Ni la historia, ni la literatura, ni la economía, ni la sociología, ni el análisis bibliográfico, pueden hacer justicia a todos los aspectos de la vida de un libro. Por su propia naturaleza, la historia de los libros debe ser internacional e interdisciplinaria.

Robert Darnton

La historia editorial es otro bloque fundamental para pensar las transformaciones teóricas y de la crítica en el marco de una historia material de la cultura que dé cuenta del libro en tanto que «objeto de doble faz, económica y simbólica», «mercancía y significación».⁶ Como expone José Luis de Diego en su «Prólogo a

⁶ «Le livre, objet à double face, économique et symbolique, est à la fois marchandise et signification» (Bourdieu, 1999a).

la primera edición» de *Editores y políticas editoriales en Argentina (1800–2000)*, eso conlleva una dificultad metodológica: «O bien se privilegia la “industria” como objeto y se analizan variables cuantitativas de su desarrollo; o bien se privilegia la “cultura” y se evalúa el impacto producido, en ese campo, por determinadas políticas editoriales, mediante el complemento metodológico de variables cualitativas» (2006:xiii). Si a ese problema sumamos el de las diferentes disciplinas desde el que abordarlo, descubrimos que en el objeto libro convergen un haz de problemas y relaciones. Robert Darnton, uno de los máximos responsables, junto con Roger Chartier, de la renovación de la Historia del Libro en las últimas décadas, afirmaba en 1982 que, como objeto de estudio, los libros se resisten a quedar confinados a una sola disciplina y proponía una Historia del Libro como «historia cultural y social de la comunicación impresa» (177), surgida a partir «de la convergencia de varias disciplinas sobre un determinado conjunto de problemas, todos ellos relacionados con la comunicación» (178), le llevaba a proponer en ese momento «un modelo general» (181) para ver un poco claro en medio de un «caos interdisciplinario» de aportaciones diversas y fragmentarias que —decía por entonces— «más que un campo, parece una selva tropical» (180). La propuesta de Darnton, aunque no agotaba la cuestión —el propio autor volvería sobre ella en 2007—, proveía un marco general a partir del que interrogar las diversas dimensiones de lo escrito y ofrecía un plan de trabajo para articular, a través de la Historia del Libro, disciplinas o campos hasta entonces diversos: historia social, historia política, historia de las ideas, historia de la literatura. Se trataba, de hecho, de una propuesta de mínimos que, frente a la especialización, invitaba a los investigadores a adoptar una visión holística en la cual ningún elemento es estable ni puede ser definido exclusivamente en función de sí mismo y que permitía, entre otras cosas, hacer de la Historia del Libro una parte destacada de una Historia Intelectual.

Igualmente, después de publicar con Henri-Jean Martin su *Histoire de l'édition française* en cuatro tomos (1986), Roger Chartier se embarcó en un proyecto de renovación de la disciplina que dura hasta hoy. Desde su conferencia de 1987, «De la historia del libro a la historia de la lectura», en la que señalaba los límites de una «historia económica y social de lo impreso» que «había permanecido ampliamente indiferente a los objetos mismos que ella ponía en series» y que «implícitamente postulaba que las formas a través de las cuales es aprehendido un libro carecen de importancia para su significación» (1993a:19), Chartier ha ofrecido puntos de apoyo muy sólidos para repensar la práctica y los fundamentos de la disciplina. En el «Prólogo a la edición española» de *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, apostaba por «una historia de las prácticas de lectura, entendida como prolongación necesaria de la historia de la producción y circulación del libro» (2005a:1). En ese libro se proponía, a nivel metodológico,

asociar tres tipos de indagación, demasiado frecuentemente y muy largo tiempo separados por las compartimentaciones disciplinares: el análisis de textos, descifrados en sus estructuras, motivos y objetivo; el estudio de objetos impresos, de su distribución, de su fabricación, de sus formas; la historia de las prácticas que, al tomar contacto con lo escrito, le conceden una significación particular a los textos y a las imágenes que estos llevan. Situado, pues, en el cruce de la crítica textual, la historia del libro y una sociología retrospectiva de las prácticas de lectura, semejante recorrido, multidisciplinar por naturaleza, es una de las definiciones posibles de la historia cultural. (1)

Con ese desplazamiento, Chartier colocaba «la historia de la circulación de lo impreso y de las prácticas de la lectura (...) en el centro de una definición renovada de la historia cultural» (2005a:iv). Y ello obligaba a redefinir dicho campo en tanto que «historia de la construcción de la significación» (ix), es decir, en tanto que historia material, simbólica y discursiva en la cual «descifrar las reglas que gobiernan las prácticas de la representación es (...) condición necesaria y previa a la comprensión de la representación de dichas prácticas» (viii). Esto implica, por lo demás, que esta historia «considera al individuo, no en la libertad supuesta de su yo propio y separado, sino en su inscripción en el seno de las dependencias recíprocas que constituyen las configuraciones sociales a las que pertenece» (x). Dicho estudio, tal como lo presentaba en «El mundo como representación», se dispone en función de tres polos:

Cualquier reflexión metodológica se arraiga, en efecto, en una práctica histórica particular, en un espacio de trabajo específico. El mío se organiza alrededor de tres polos, generalmente desunidos por las tradiciones académicas: por un lado, el estudio crítico de los textos, ordinarios o literarios, canónicos u olvidados, descifrados en sus disposiciones y sus estrategias; por otro, la historia de los libros y de todos los objetos que llevan la comunicación de lo escrito; por último, el análisis de las prácticas que, diversamente, se apoderan de los bienes simbólicos, produciendo así usos y significaciones diferenciadas. (2005c:50)

Estudiados de ese modo, los libros son objetos complejos que constituyen un espacio de tensiones actualizado a través de prácticas discursivas y no discursivas. Eso hace que se resistan a ser confinados a una única disciplina y a ser tomados como un simple «documento», dado que —si atendemos a su especificidad— descubrimos que son artefactos simbólicos atravesados por múltiples series o problemáticas (Darnton, 2010:204). Como afirmaba Chartier en «Historia intelectual e historia de las mentalidades. Trayectorias y preguntas», de 1982, «lo real adquiere así un sentido nuevo: aquello que es

real, en efecto, no es (o no es solamente) la realidad que apunta el texto sino la forma misma en que lo enfoca dentro de la historicidad de su producción y la estrategia de su escritura» (2005b:41). Es decir, que los textos son tan reales o más que los «significados» a los que apuntan, los cuales, como demuestra el análisis, son siempre el resultado de unas determinadas prácticas discursivas (Foucault, 1966, 1968, 1969). Partiendo de todo ello, una de las aportaciones de la Historia del Libro, tal cual se configura desde los años ochenta, pasa por

construir una nueva articulación entre «cultural structure» y «social structure» sin proyectar en ella ni la imagen del espejo, que convierte a una en el reflejo de la otra, ni la del engranaje, que constituye cada instancia como uno de los mecanismos de un sistema, que repercuten en el movimiento primordial que afecta el primer eslabón de la cadena. (Chartier, 2005b:44)

Así es como coloca en el centro la especificidad del objeto libro tomando en cuenta sus dimensiones simbólicas y las prácticas discursivas y no discursivas que lo constituyen.

Desde España, y consultando la bibliografía disponible, podemos preguntarnos hasta qué punto las propuestas de estos autores han llegado hasta nosotros y dónde queda esa crisis disciplinaria a la que Darnton aludía. Una doble constatación se impone. Por un lado, sus libros han sido traducidos en gran medida. Por el otro, cabe preguntarse cómo han sido leídos e interpretados, dado que las disciplinas han conservado en nuestro país unas configuraciones heredadas y unos modos de funcionamiento que hace tiempo han perdido en otros. Y, en la mayoría de nuestras facultades de Letras —a pesar de los recientes cambios de denominación fruto de las fusiones departamentales—, siguen practicándose modos tradicionales de la Filología, muchas veces en sus versiones positivistas.

Cuando se trata de encarar el libro, en ocasiones se confunde la historia con el testimonio y la descripción del campo con el punto de vista de los actores, dando en muchos casos a los sujetos una centralidad que hace tiempo perdieron en las ciencias humanas.⁷ En cuanto al punto de vista disciplinario y al estudio del objeto libro, la débil penetración de las nuevas teorías lleva a que sigan practicándose en muchas ocasiones recortes regionales que negligen la especificidad de lo cultural. De ese modo, encontramos historias del libro en las que su doble

⁷ Escribía Bourdieu: «C'est à condition de soumettre à une telle objectivation sans complaisance l'auteur et l'œuvre étudiés (et, du même coup, l'auteur de l'objectivation), et de répudier tous les vestiges de narcissisme qui lient l'analyseur à l'analysé, limitant la portée de l'analyse, que l'on pourra fonder une science des œuvres culturelles et de leurs auteurs» (1992:269). Cf. Chartier (1993b).

faz —económica y simbólica— queda drásticamente reducida. Sin ir más lejos, tenemos un ejemplo en la reciente historia de Jesús A. Martínez (*Historia de la edición en España, 1939–1975*), centrada en los aspectos económicos y técnicos de la edición.⁸ Dividida temáticamente en tres apartados («La política del libro. El estado y la edición», «La economía del libro. La industria editorial» y «La cultura del libro. Los géneros y la especialización editorial. Los públicos lectores»), en ella se echa en falta una articulación crítica y dinámica de los mismos a partir de periodizaciones específicas ligadas al estudio de problemas.

La comparación con el caso argentino se vuelve aquí productiva. Fernando Larraz publicaba en 2016 una doble reseña de *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880–2010)*, de José Luis de Diego, y de la historia de Jesús A. Martínez, bajo el título «Dos modelos de historia editorial». Al leerlas en paralelo, Larraz señalaba «relevantes diferencias» (2016:44) que se resumen en el siguiente aspecto:

Mientras para de Diego y los demás autores de *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880–2010* el libro es, ante todo, un objeto cultural —y por tanto su carácter simbólico como texto es inseparable de su valor como mercancía— cuya representatividad está sometida a coyunturas políticas, económicas... para Martín, sin embargo, el significado cultural de los textos materializados en los libros es solo una entre otras características, que lo singulariza únicamente en la medida en que determina una tipología de ese artículo de consumo. (45)

En esta diferencia se perciben dos prácticas de la historia de la edición que cabe relacionar con las singularidades de la historia reciente de las Humanidades, la Historia y las Ciencias Sociales en España y Argentina. Aunque podamos destacar la *Historia de la edición y de la lectura en España, 1475–1914*, de Víctor Infantes de Miguel, François López y Jean François Botrel, en España no contamos todavía con ninguna historia de la edición contemporánea como la que aparece perfilada en *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880–2000)* —la cual tuvo una segunda edición ampliada en 2015 que extiende el período estudiado hasta 2010—, en la que se practica una historia serial que aborda el libro a partir de problemáticas concretas.⁹

8 Esta historia, como ya ha señalado José Luis de Diego, «postula un objeto de estudio complejo con una serie de implicancias que parecen ir en un camino inverso al que se observa, por ejemplo, en los textos de Chartier» (2015:94).

9 Así, constata de Diego, «los ciclos de expansión y declinación de la industria editorial no coinciden necesariamente con posibles ciclos que pudieran trazarse teniendo en cuenta el impacto cultural de las políticas editoriales» (de Diego, 2006:XII). E, igualmente, la serie literaria no coincide tampoco necesariamente con la política (188–189).

A partir de estas constataciones se hace posible esbozar un estudio de los discursos y los marcos metodológicos en Argentina y España en lo referente a la historia de la edición y al objeto libro, tomando como eje de referencia los diversos modos de encarar el carácter simbólico del libro y de la cultura escrita. Este panorama se deja interpretar parcialmente a través de las relaciones que ambos campos —el argentino y el español— han mantenido con la teoría literaria, observando qué versiones de esta se institucionalizaron y viendo cuál fue su repercusión en la renovación de los estudios literarios (Hidalgo Nácher, 2020b). Un ejercicio de este tipo nos puede permitir, a través de una comparación, indicar algunos de los límites y posibilidades de nuestros respectivos campos, dado que, como señala Chartier, «cualquier reflexión metodológica se arraiga, en efecto, en una práctica histórica particular, en un espacio de trabajo específico» (2005:50).

El estudio de la edición tiende a desplegarse en España desde una historia institucional que privilegia en un primer momento los aspectos legales y económicos. De hecho, y yendo más allá del proyecto ya citado de Jesús A. Martínez, si nos asomamos a otros libros publicados, en una parte importante de ellos se privilegia el memorialismo;¹⁰ y, a través de él, un enfoque etnológico que no siempre consigue desprenderse del punto de vista de sus actores. Por otro lado, conviviendo con este corpus, hay una corriente que se interesa por los nuevos soportes y —desoyendo precisamente algunas de las aportaciones más relevantes de la Historia del Libro— cifra en ellos la aparición de una literatura radicalmente nueva. Ahí encontraríamos a un grupo de autores que reivindican, o han reivindicado en algún momento, con entusiasmo la novedad absoluta de las nuevas tecnologías (Hidalgo Nácher, 2017b).

Si se estudia la edición española durante el franquismo es fundamental prestar atención a uno de los principales mecanismos rectores de su sistema cultural: la censura. Desde el estudio pionero de Manuel L. Abellán, *Censura y creación literaria en España (1939–1976)*, se han producido avances importantes en el campo de la historia cultural y editorial española. Centrándonos en la historia editorial del franquismo y la democracia, y entre las aportaciones más recientes, tenemos los trabajos de Fernando Larraz, de quien querríamos destacar aquí dos libros. *El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista* traza, a través de una investigación minuciosa y de largo aliento, un panorama sistemático de la recepción del exilio en la España franquista y despliega una

¹⁰ Escribía de Diego: «Buena parte de la bibliografía se compone o bien de testimonios de editores, o bien de homenajes a editores; o sea que, o caemos en la subjetividad de la primera persona, o en el tono apologético de quienes, muchas veces seguidores o discípulos, los admiran. Los editores, se sabe, no son investigadores, y los datos que ponen en circulación no resultan muy confiables» (2015:21–22).

historia intelectual que aporta elementos para entender el lugar del exilio en el canon y la historia de la literatura española, conectando la actualidad literaria, crítica e historiográfica con una historia que reconstruye uno de los estratos de nuestro presente. El segundo libro, *Letricidio español. Censura y novela durante el franquismo*, muestra a partir del estudio de casos concretos cómo operaba la censura y cuál era su función en el sistema político y cultural del franquismo. Esta obra trata de esclarecer «hasta qué punto llega al día de hoy la marea represiva de la censura» (Larraz, 2014:15), a la cual se le había prestado muy poca atención hasta hace poco en las historias literarias. En este libro, Larraz ha examinado pacientemente «recónditas cajas del repertorio de la moderna inquisición» (2014:18), regentada por «un grupo social oscuro e informe» (15) de censores, y ha revisado en torno a un millar de expedientes de censura del «inmenso repertorio de textos tachados, ajados o subvertidos localizado en el limbo de las cajas» que se encuentran acumuladas en el Archivo General de la Administración, en Alcalá de Henares.¹¹ Como muestra este libro, esas marcas —sin duda relevantes— son huellas secundarias de una configuración intangible más fundamental: más que como la potestad de la mano que decide sobre la tachadura de uno u otro pasaje —así se ha leído en ocasiones la «arbitrariedad» de la censura franquista—, el sistema de la censura contribuyó a delimitar, a través de imperativos políticos y morales, un espacio de posibles literarios.

«Todo estudiioso de la literatura española debe saber», afirma Larraz, «que en los textos que pudieron ser publicados entre 1939 y 1977 no fueron traspasados los límites que demarcaban los confines de lo decible». Esos confines hacen de cualquier libro publicado en el período «un libro tolerado» (2014:17) por la censura. Acudiendo a sus archivos, se descubre el repertorio de libros y fragmentos «infames» (Foucault, 1977) que fueron intervenidos. Ese régimen político —que reconoce en la circulación pública de la escritura un elemento de desestabilización potencialmente transgresivo— obliga a «pasar por los archivos de la burocracia civil para explicarse la producción de la literatura española del siglo pasado» (Larraz, 2014:38). Archivos que hacen posible una reinterpretación de la historia literaria española entre 1939 y 1975, destacando la que considera «su característica fundamental»: «La de ser una literatura intervenida por el régimen político y que, por tanto, se produce y divulga en circunstancia de excepción» (15). La censura

11 Cabe señalar, sin embargo, que en dicho traslado 61 401 expedientes de censura fueron expurgados o perdieron parte de su contenido. Manuel L. Abellán, que da cuenta de ello en su investigación pionera sobre la censura franquista en España, escribe en el prólogo a su libro: «Denuncié el caso ante el primer ministro de Cultura, Pío Cabanillas, quien en lugar de investigar las responsabilidades se limitó a comunicar que no había habido orden de expurgo por parte del Ministerio. Pese a mi documentada denuncia, un crimen más de lesa cultura ha quedado sin averiguación ni reacción alguna por parte de los parlamentarios electos del pueblo» (Manuel Abellán, 1980:10).

fue así «una presencia callada pero ineludible» que «intervino poderosamente sobre la configuración del campo literario» (17) y que convirtió a toda obra publicada en «una literatura tolerada». Este libro es un estudio sistemático sobre la censura de la novela en el franquismo que sienta los cimientos para llevar a cabo otros estudios en áreas análogas de la producción escrita.

Igualmente, *Dirigismo cultural y disidencia en España (1962–1973)*, de Francisco Rojas Claros, es un muy valioso aporte con relación al período. En él, la historia de la edición aparece como un vector especialmente relevante en el que leer la fricción entre el dirigismo cultural del franquismo y las políticas culturales de la resistencia. Es decir, como un espacio privilegiado de la lucha discursiva e intelectual.

Estos estudios tienen el mérito de iluminar un aspecto de nuestra historia reciente a partir de una problemática concreta y permiten preguntarse por los modos específicos en los que la censura intervino la crítica y la literatura. Es decir, por cómo el régimen franquista dificultó, no solo la publicación y la lectura, sino la posibilidad misma de asimilación de algunas de las propuestas de la contemporaneidad crítica y literaria. Si, según José Luis de Diego, en Argentina la última y cruenta dictadura militar no habría transformado radicalmente los proyectos de escritura de los autores más importantes del campo argentino (2006:188),¹² no cabe decir lo mismo de la larga dictadura española y de una transición democrática que hacen muy problemático sostener ningún tipo de idea de «continuidad» con respecto al campo cultural de la República.

En España, tal como la Filología Hispánica ha resistido hasta el día de hoy a las diversas crisis desencadenadas en las ciencias sociales durante el siglo xx, del mismo modo la Historia de la Edición, en tanto que rama de la Historia, ha sabido reproducirse a sí misma sin que los nuevos planteamientos hayan puesto en crisis su centro.

12 «El impacto de la dictadura [1976–1983] no fue una determinación relevante a la hora de evaluar la evolución de la serie literaria». En este contexto, «la realidad política que vivía la Argentina aparece incorporada a los textos como material, pero se elabora a partir de proyectos creadores con un alto grado de autonomía», de modo que «la incorporación a los textos de ese material contextual —la cárcel y la tortura en *El beso de la mujer araña*, la asfixia y los asesinatos en *Nadie nada nunca*, la censura y el exilio en *Respiración artificial*— no alteró sustancialmente los modos de procesar la experiencia mediante la narración, ni las marcas retóricas de ese procesamiento, ni lo que podemos llamar genéricamente el orden de la representación. Lo que resulta relevante y diferencial en la poética de los tres autores es llamativamente coherente en la producción de antes, durante y después de la dictadura. Lo dicho intenta demostrar —como tantas otras pruebas a lo largo de la historia— que modificaciones profundas de orden político-social no implican necesariamente modificaciones significativas en el orden de las representaciones simbólicas» (de Diego, 2006:188–189). Ver a este respecto el epílogo de Raúl Antelo a este libro.

1.4. Sociología de los intelectuales y de la universidad en España

En lo que respecta a la reconstrucción de las condiciones materiales de las transformaciones teóricas en España, contamos con un conjunto de aportaciones pioneras, realizadas por Francisco Vázquez García y José Luis Moreno Pestaña en la línea de la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu. Estos estudios, dedicados al campo de la Filosofía, son fundamentales para la incorporación de una mirada crítica sobre la vida intelectual española y —en una línea que conecta con el pensamiento genealógico de Foucault— sobre sus efectos sobre el presente. En ese sentido, estos estudios nos ponen en alerta ante el hecho de que «las presentaciones generales de la filosofía española» de los años sesenta hacia acá «suelen organizar su exposición apoyándose en la utilización acrítica de taxonomías engendradas en el propio campo que se quiere considerar» (Vázquez García, 2009:15).

La norma de la filosofía. La configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil de José Luis Moreno Pestaña reconstruye el campo filosófico posterior a 1939, destacando las conexiones con el presente, pues «el modelo hegemónico hoy en las facultades de Filosofía procede de tradiciones académicas con un fuerte componente religioso» (2013:21). El tomismo, representado por el padre Santiago Ramírez («más exacto que decir que el Padre Ramírez fue un anacronismo», escribía Gustavo Bueno, «sería decir que fue una suerte de fósil vivo» —en Moreno Pestaña:37—), es dominante hasta finales de los años cincuenta. El nacional-católicismo dominó a través de él las facultades de Filosofía de Madrid y de Barcelona (43) en un contexto en el que el *gran otro* de la tradición filosófica española era Ortega y Gasset. El *estilo filosófico* de Ortega, ligado a un estilo de vida en el que lo académico conectaba con lo intelectual (23), no tenía cabida en la universidad española.

Los estudios de Vázquez García muestran la importancia que tuvo el pensamiento francés de la segunda mitad de los años sesenta y cuál fue su incidencia en el campo filosófico español desde principios de los setenta. *La filosofía española. Herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963–1990)* estudia la «transición filosófica» entre «una filosofía oficial, de inspiración tomista o a lo sumo escolástica» a las nuevas corrientes filosóficas construyendo «el mapa de escuelas, autores, debates y tendencias que han conformado el escenario filosófico español en el largo período que abarca, aproximadamente, desde el inicio del Concilio Vaticano II a finales de 1962 hasta la publicación en 1990 de *Isegoría*, revista del Instituto de Filosofía del CSIC», y muestra cómo la «filosofía oficial» fue perdiendo primero «su hegemonía intelectual» y, mucho después, «su predominio institucional» (2009:5–6). El autor deslinda

dos redes: la de los herederos de la red oficial («distinguiendo entre los académicamente ortodoxos —nódulo opusdeísta y nódulo de Rábade— y los académicamente heterodoxos —nódulos de Bueno y de Garrido—» —158—) y la de los pretendientes, representadas por los nódulos que giran en torno de José Luis López Aranguren —proveniente del catolicismo—, a cuyo polo artístico pertenecerán las vanguardias culturalistas y neonietzscheanas, y de Manuel Sacristán —proveniente del falangismo, si bien tomó muy pronto distancias respecto al mismo—, fundamental en la constitución y renovación del campo teórico marxista y muy cercano el Equipo Comunicación de Valeriano Bozal. Es fácil ver las articulaciones entre ambos nódulos filosóficos y el campo crítico y literario de la época y, de hecho, el propio Vázquez García ha mostrado la articulación entre Seix Barral, Taurus y Anagrama, por citar tan solo unas pocas editoriales, con la labor de los neonietzscheanos, que a su vez es posible articular de modo directo con las empresas de Castellet en el campo literario, y que estudiaremos conjuntamente en el apartado 2.3.5, a raíz de una polémica, en 1970, entre las vanguardias marxistas y las vanguardias culturales. Por lo demás, como ha estudiado Vázquez García, será el primer nódulo, el de Aranguren, el que alcanzará la hegemonía intelectual en el campo filosófico en los años setenta, conquistando la primacía académica en la segunda mitad de los ochenta (2009:157) al tiempo que gran parte de los representantes de ambos nódulos se irán desprendiendo de su militancia marxista o de sus tendencias contraculturales para ir acercándose al PSOE.

Los estudios de estos autores sobre la estructura y las transformaciones del campo filosófico español, los cuales han sido importantes para nuestra propia investigación, no tienen, sin embargo, un análogo en el campo de los estudios de crítica literaria ni de la literatura. Aunque el objetivo de esta investigación no es reconstruir sistemáticamente el campo crítico ni el de los estudios literarios, sí pretende aportar algunos elementos para empezar a entender cómo las posiciones de campo condicionaron los usos y lecturas de las nuevas teorías y cómo el propio campo se estructuró, en parte, a partir de opciones teóricas que, hasta el día de hoy, muchas veces no quieren reconocerse como tales.

1.5. Circulación y usos de la teoría

El último bloque de investigaciones que nos ayudan a pensar nuestro objeto de estudio son los estudios sobre circulación y usos de la teoría, los cuales plantean, de modo implícito o explícito, la posibilidad de una triangulación que obliga a descentrar las historias nacionales. «La estructura», escribía Deleuze, «es al menos triádica, sin lo cual no “circularía”» (1976:571). Y Barthes:

«Je ne sais trop ce qu'est une "influence"; à mon sens, ce qui se transmet, ce ne sont pas des "idées", mais des "langages", c'est-à-dire des formes que l'on peut remplir différemment; c'est pourquoi la notion de *circulation* me paraît plus juste que celle d'*influence*» (1964:616). Ahora bien, la circulación de un texto no equivale necesariamente a la de su «lenguaje». Pues suele ocurrir que un texto es incorporado, con mayor o menor violencia, a través de paradigmas previos que, generalmente, niegan su especificidad. Tal es el caso de la recepción hegemónica del estructuralismo en la universidad española, estudiada por Vicenç Tuset (2010, 2015, 2016) y Ester Pino (2015a, 2015b, 2018, 2019), y que podremos ver aquí con un cierto detalle.

Estudiar la teoría desde el punto de vista de la circulación implica concebirla como un objeto móvil que, en sus desplazamientos, no es posible acotar desde un único discurso o disciplina. Sin embargo, tanto los estudios tradicionales sobre el tema como muchos de los planteamientos actuales han tendido a privilegiar un único eje que lleva al aplanamiento del objeto. Más allá de los recortes autoriales, nacionales y disciplinarios establecidos, es posible imaginar otros modos de construcción del objeto de estudio que alumbran relaciones insospechadas pero no por ello menos actuantes.

En esta última línea, es preciso recordar aquí el trabajo llevado a cabo por Jorge H. Wolff en *Telquelismos latino-americanos. La teoría crítica francesa en el entre-lugar de los trópicos* (Buenos Aires, Grumo, 2009), investigación pionera que pone en común los espacios brasileño y argentino con relación a la renovación crítica y teórica de la segunda mitad de los años sesenta y de los setenta fruto de una tesis doctoral escrita entre Brasil y Nueva York, dirigida por Raúl Antelo y defendida en la Universidade Federal de Santa Catarina en 2002. Se trata de un libro en el que, desde su propia producción hasta su destino editorial (su versión brasileña se publicaría en 2016 —Rio de Janeiro, Papéis Selvagens—), se encabalgan tiempos y espacios que lo convierten en un texto-palimpsesto. *Telquelismos latino-americanos* se proponía, según explicaba el propio autor, «armar uma rede de leituras com o objetivo de destacar as conexões dos debates intelectuais dos dois países —Argentina y Brasil— com a França nos anos 60 e 70» (Wolff, 2016:9) y, a través de ello, entender la especificidad del «entre-lugar» crítico latino-americano que ahí emerge. El libro trazaba así una genealogía de las prácticas de escritura de un grupo de críticos argentino-brasileños que modificó profundamente su relación con la escritura y su concepción de la misma al contacto, entre otras cosas, con los textos del grupo Tel Quel y daba cuenta de procesos que no son ajenos al objeto de estudio abordado. En ese sentido, la historia de la teoría no puede responder a una única temporalidad. La traducción de textos y de autores, así como la incorporación de nuevas perspectivas y problemas, siguen siempre

trazados específicos, constituyendo series locales que afectan a los modos de lectura (Catelli, 2015b, 2015d).

Dichas investigaciones, más que proponer modelos, construyen nuevas problemáticas e historias basándose, por lo común, en la atención por el detalle, en el recurso al archivo o en la constitución de nuevos recortes del corpus. Por lo demás, la apuesta por los estudios de literatura mundial frente a las historias nacionales de la literatura no soluciona, sin más, los problemas heredados. Y si de la literatura pasamos a la teoría nos damos cuenta de que esta raramente aparece en esos estudios como un objeto problemático que habría que pensar. Ahora bien, como recuerda Nora Catelli en un monográfico que puede considerarse excepción dentro de ese campo (Puxan y Mirizio, 2017b), y cuyo texto fue publicado posteriormente en la revista rosarina *Badebec*,

la *World Literature*, como antes la *Welt Literatur*, es hospitalaria y celebra sin duda la riqueza múltiple de la creación literaria y artística. El problema tiene que ver con la no aceptación de que las tradiciones teóricas y críticas locales que acompañan esas creaciones puedan ser tan consistentes como la misma literatura que es su objeto: ese relegamiento adelgaza o empobrece el repertorio de los objetos estéticos o culturales estudiados o absorbidos. (Catelli, 2018a:189)

Se trata, pues, de la aplicación de un modelo en el que, por sistema, los así llamados grandes centros intelectuales son tomados como el elemento *determinante* y los espacios de recepción —pensados desde el desvío y la falta— son vistos como el elemento *determinado* que invisibiliza las singularidades que no se ajustan al modelo. Eso condena, además, a los espacios periféricos a un rol subalterno al tiempo que borra las relaciones en el interior de esos espacios. Fue Nicolás Rosa quien decía, formulando una relación posible con la teoría: «Somos lectores de lo universal, pero solo somos escritores de lo particular» (1986:12).

Son importantes, en este sentido, los trabajos llevados a cabo por dos autores argentinos en situación de desplazamiento: Nora Catelli, profesora de literatura de Rosario que llegó a Barcelona huyendo de las amenazas de la Triple A a comienzos de 1976, y Raúl Antelo, profesor de Buenos Aires que emigró ese mismo año a Brasil. Ambos autores han dedicado una parte importante de su obra a pensar las tensiones entre lo literario y lo social, y las implicaciones históricas, políticas y subjetivas de ese acto —aparentemente mínimo pero sumamente complejo— de la lectura. Sus trabajos renuevan el comparatismo al construir series insospechadas, como hace Catelli (2015b, 2015d, 2018a) al pensar la especificidad de los cosmopolismos periféricos —sobre los cuales ha trabajado también Mariano Siskind en *Cosmopolitan Desires* a través de su estudio de Rubén Darío— a partir de la multiplicación de las cronologías

locales o Antelo al proponer unas archifilologías latinoamericanas (2015) por las que, a través de la imaginación crítica, haciendo uso del montaje y del collage, consigue alumbrar la especificidad de ciertos objetos culturales al tiempo que, en un gesto disruptivo, usa la historia «para fazer descarrilar o consenso decantado em relação a certos valores» (Antelo, 2010:16).

Como ha señalado Catelli, «no hay lectura que no sea, a la vez, una localización y, por encima de cualquier otra cosa, una fecha» (2015d:195). Yendo más allá de los modelos binarios, el estudio de la teoría en su circulación permite, pues, armar nuevos recortes críticos que, al tiempo que asumen su posición *crítica*, hacen visibles objetos y prácticas invisibilizados por las prácticas críticas dominantes. En esta misma línea, el caso Lautréamont, estudiado por Leyla Perrone-Moisés y Emir Rodríguez Monegal, reconstruido por la autora en un reciente artículo, permite percibir tanto la importancia del detalle en la formulación de problemas como la inercia y resistencia de los discursos críticos (en este caso, franceses), que lo toman —explícita o implícitamente— como «insignificante».

Es muy importante también el reciente estudio de Alejandrina Falcón (2018) sobre los traductores argentinos exiliados en España. Los trabajos ya mencionados de Vicenç Tuset y de Ester Pino, así como los monográficos coordinados por mí para *452ºF y Landa* y el dossier coordinado por Annalisa Mirizio y Marta Puxan para el *Journal of World Literature* plantean un estudio de la teoría y de las transformaciones teóricas, preferentemente en los contextos español y argentino, a partir de su contacto con textos provenientes de otras geografías. Hay, por lo demás, estudios monográficos sobre Foucault en Argentina (Canavesi, 2015) y en España (Galván, 2007a, 2007b, 2010) y sobre Barthes en Brasil (Brandini, 2015; Hidalgo Nácher, 2016c) y en España (Pino, 2018) que muestran cómo las imágenes de los autores, así como, sobre todo, sus usos y lecturas, varían enormemente en su circulación entre campos nacionales y disciplinarios.

Dicha problemática de la circulación, que se nos ha ido imponiendo en los últimos años como la posibilidad de pensar los textos en sus transformaciones efectivas, tendría un antecedente europeo en la célebre conferencia de Pierre Bourdieu de 1989, «Les conditions sociales de la circulation internationale des idées», publicada en 2002, donde el sociólogo francés da elementos para pensar cómo circulan internacionalmente, más que las ideas, los propios textos. Ahora bien, el problema de la circulación —que Bourdieu plantea desde un eje franco-alemán y, heredando una polémica ilustrada, a partir de la dialéctica entre la razón y el malentendido— puede ser pensado en clave nietzscheana y latinoamericana a partir de las contribuciones de Silviano Santiago (1978) y de Haroldo de Campos (1980), las cuales colocan en su centro la violencia y más que pensar en la posibilidad de un entendimiento universal se preguntan:

tan por cómo hacer emerger la propia diferencia (Hidalgo Nácher, 2019d, 2020c). Cabría preguntarse, en este sentido, cómo los antiguos discursos y sus instituciones resisten a la incorporación de nuevos discursos. Una rápida tipología —planteada tan solo a efectos operativos— nos permitiría delimitar por lo menos tres relaciones reactivas que los discursos hegemónicos establecen con los textos que, de un modo u otro, los desafían. La primera es el silencio, por el cual se relega a ciertos textos a la inexistencia, tal como ocurrió con la deconstrucción en el primer congreso de semiótica celebrado en España (Garrido Gallardo, 1984b:22) y que, como denunciaba Juan Goytisolo, funcionaría muchas veces como una forma de exclusión (1985e:999–1002). Silencios que, en palabras de Antonio Chicharro, dirían «una valoración y dice[n] un ocultamiento» (2004d:290–291). La segunda relación es la oposición directa a los nuevos discursos, la cual, sin embargo, para ejercerse se ve obligada a reconocerles la existencia, aunque sea reduciéndolos a no ser más que la sombra (Trías, 1969a) del propio discurso. Tenemos una multitud de casos de este tipo de lectura que, en el campo académico, sucederán, a partir de finales de los años ochenta, al silencio que reinaba en torno a la deconstrucción, lo que indica que ese discurso se ha vuelto visible y ya no del todo negligible, de modo que empezará a aparecer reseñado incluso en muchos de los manuales que presentan una perspectiva claramente crítica al respecto.

Una tercera modalidad de lectura consistiría en una relación con los textos por la cual su diferencia queda asimilada a un discurso previo. Tal es el caso de la lectura existencial que, desde *Les Temps Modernes*, hizo en un primer momento Simone de Beauvoir (1949) de *Les structures élémentaires de la parenté* de Lévi-Strauss. La lectura elogiosa de Beauvoir, que leía el estudio del antropólogo emparentándolo al humanismo existencial, se haría insostenible dos años después cuando, ya comenzando a ser reconocible el discurso estructuralista, vuelva a reseñarlo Claude Lefort de modo sumamente crítico. En España, como veremos, la lectura académica de los textos del estructuralismo se hará, en gran medida, desde los presupuestos de la estilística, con lo que se producirá lo que Vicenç Tuset ha llamado una «obturación» estilística en la recepción del paradigma estructural (2015:65). Cabría añadir simplemente al respecto que esta tipología es móvil y depende, en último término, de las problemáticas fijadas en nuestra lectura.

Todo ello nos permite ver cómo los procedimientos críticos con los que leemos estas historias no son del todo ajenos a la historia que intentamos leer en ellos. Eso hace que estos estudios no sean meramente históricos, sino, en gran medida, genealógicos o arqueológicos, en el sentido en que vuelven sobre unas historias que nos constituyen (Antelo, 2016), haciendo posible tocar algunos de los límites de nuestras actuales prácticas críticas.

1.6. Herencias, emergencias y porvenires de la literatura

Dada la herencia recibida, el campo académico e intelectual español de los años sesenta y setenta tenderá a constituirse en función de una doble polaridad política y epistemológica. La polémica en torno a la política, centrada en el problema del compromiso desde la segunda mitad de los años cincuenta, tenderá a redoblarse en la pregunta por los modos de lectura del texto literario, los cuales se estructurarán en torno a dos extremos: la lectura inmanente e idealista, que concibe el texto en función de sí mismo y del problema de la expresión, y una lectura social y materialista, que lo interpreta como documento e instrumento al servicio de la transformación social.

Aunque las novedades teóricas de la segunda mitad de los sesenta problematizarán esas distinciones, gran parte de las polémicas del período acabarán estructurándose en función de esas mismas oposiciones. De ese modo, cabe sostener que a mediados de los sesenta el campo crítico español estaba todavía estructurado en función de esa doble polaridad. Por un lado, se encontraba la estilística, asentada desde el comienzo de la dictadura, que hacía de la expresión el centro de su inquisición; y, por el otro, una perspectiva política que concebía la literatura como un instrumento de plasmación y denuncia de la realidad social estructurado en torno al problema del realismo. Ese eje divide el estudio de la literatura idealmente en lectura interna y externa al tiempo que establece dos relaciones muy diferentes entre literatura y política.

El cuerpo central de esta investigación estudia algunas de las principales vías de transformación teórica en España, tanto en el campo académico como en el campo crítico e intelectual. En ella se busca localizar el momento de *emergencia* en que aparecen figuras críticas, problemas teóricos o configuraciones discursivas que ponen en crisis —y, por lo tanto, transforman— un consenso crítico establecido no tanto sobre un imaginario como sobre un lenguaje, no tanto sobre la representación como sobre la propia producción crítica y los modos de percepción y clasificación que en ella distribuyen sujetos, valores y objetos. Al revolverse sobre ese suelo, las intervenciones propiamente teóricas —que pueden darse en literatura, crítica, teoría...— exceden, fracturan o desplazan un espacio de pensamiento del que hacen emerger su *inconsciente crítico*. Es así como descubren el origen como acontecimiento al tiempo que hacen posible un porvenir.

En ese sentido, y desde aproximadamente 1970, la vía de continuidad con la estilística, que constituirá la recepción académica dominante del estructuralismo, entrará en tensión con los planteamientos críticos provenientes de una lectura indisciplinada de esos corpus, tanto en las vanguardias filosóficas (con Fernando Savater y Eugenio Trías) como en las crítico-literarias (con

José María Castellet y Juan Goytisolo), así como con una cierta renovación del marxismo muy crítica tanto con la vía académica (a la que acusará de conservadora) como con unas neo–vanguardias que serán percibidas desde este sector como contrarrevolucionarias.

En la segunda mitad de los años setenta, y coincidiendo con la muerte de Franco, emergerá, junto con la eclosión de las revistas de crítica política y contracultural, una nueva crítica asociada, por un lado, al psicoanálisis, el textualismo y la deconstrucción —la cual tendrá en la revista *Diwan* uno de sus focos de irradiación— y otra que, incardinándose en la gran tradición moderna, pretendería continuar la labor de renovación de las prácticas literarias llevada a cabo por autores como Goytisolo en novela y Gimferrer en poesía, y prolongar una experiencia crítica de la literatura que, superando la antigua autarquía, insertaría la literatura española en un diálogo crítico con la contemporaneidad. Esta última vía posvanguardista, que se asentará con la consolidación de la democracia (a la que aquí nos referimos con el nombre de posdictadura —Gerbaudo, 2016—), será estudiada a partir de las figuras y los proyectos de Julián Ríos y de Andrés Sánchez Robayna.

La cronología de nuestra investigación se deja dividir —de modo provisional y operativo— en cuatro momentos. El primero comprende desde 1966, año de emergencia de los estructuralismos y de implantación de la Ley de Prensa de Fraga, hasta 1975, año de la muerte de Franco, período en el que España vive bajo una dictadura en la que no se hace posible hablar seriamente de autonomía del campo cultural y en el que sigue imperando un régimen de censura y represión.¹³ En este período eclosionará una nueva crítica marxista y estructural —que tendrá su primer momento de efervescencia en torno a 1970—, que incorpora y discute el legado del formalismo ruso y del pensamiento crítico contemporáneo proveniente de Francia y de Italia, y que tendrá sus principales focos de identificación pública en el neonietzscheanismo filosófico, la apertura literaria venida de Latinoamérica (en la que Octavio Paz jugará un papel fundamental) y el movimiento poético de los novísimos, tres tendencias que aparecerán claramente contrapuestas al grupo Comunicación, de tendencia marxista. En este contexto, todos estos autores pueden oponerse, a su vez, a la línea hegemónica de recepción académica del estructuralismo, la cual tenderá a colocarlo en línea de continuidad con la estilística a través de una visión despolitizada que no problematiza la existencia del lenguaje ni lo conecta con las producciones contemporáneas de vanguardia.

13 Para una discusión sobre el funcionamiento del campo cultural durante el franquismo, cf. Gracia (2004), quien se centra en el comportamiento de algunos actores, y, desde una perspectiva muy diferente que estudia el campo cultural como sistema, Balibrea (2007) y Larraz (2009 y 2014).

El segundo periodo arranca en 1975, fecha de la muerte de Franco y del desembarco del psicoanálisis lacaniano en España (en gran medida por mediación argentina), y se prolonga hasta la «normalización» democrática posterior al fallido golpe de Estado del 23 de febrero de 1981 del teniente coronel Antonio Tejero, que asaltó el Congreso de los Diputados, y la victoria electoral en las elecciones democráticas de 1982 del Partido Socialista Obrero Español de Felipe González, que gobernará España hasta 1996, año de la victoria electoral del Partido Popular de José María Aznar. Es el momento de emergencia en la crítica literaria tanto del psicoanálisis lacaniano como del textualismo telqueliano y de la deconstrucción, que hasta entonces habían tenido una presencia prácticamente nula en el campo. El entusiasmo surgido con la muerte de Franco y la efervescencia cultural de esos primeros años de la segunda mitad de los setenta desembocarán rápidamente en una estabilización del campo —en el que empezará a primar el polo económico— y, en muchos de los introductores de las novedades teóricas, en una autocrítica de la labor inmediatamente precedente y en un reacomodo discursivo.

El tercer período estudiado, que arranca en 1982, tiene como acontecimiento clave la constitución en 1984 del área de Teoría de la Literatura que permitirá la institucionalización académica de una parte de las novedades teóricas de los dos períodos anteriores. Cabe observar, además, cómo la diferenciación de campos llevará a una menor fricción entre prácticas y discursos que en el período anterior. Siguiendo esta misma serie, 2001 es una fecha en que puede reconocerse la consolidación y coagulación académica de las nuevas teorías con la conversión del área de Teoría de la Literatura en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Las transformaciones editoriales y del campo cultural, que en este trabajo solo pueden quedar apuntadas, son también fundamentales para entender una dinámica cultural que tiene un momento de puesta en cuestión a partir de la «crisis» y de las protestas de 2011 —fecha que abriría el cuarto y último período—, cuando la crisis económica provocada por los mercados financieros y la pérdida de soberanía política del gobierno español a raíz de su endeudamiento económico con la Unión Europea en 2012 obliga a replantarse algunas perspectivas y relatos heredados ligados a la democracia, la modernidad, el progreso y el (neo)liberalismo.

2. Transformaciones teóricas en el horizonte del estructuralismo (1966–1975)

El panorama teórico del período se deja agrupar en torno a dos ejes claramente delimitados, heredados del período anterior, que serán desestabilizados por las nuevas corrientes. El primero de ellos es el polo oficial, ligado mayormente a la universidad y al predominio de la estilística; el segundo es el polo intelectual, politizado a través de la idea de compromiso y de la discusión en torno al realismo literario. La irrupción de las corrientes asociadas al estructuralismo posibilitará una transformación de los discursos críticos, tanto desde la estilística (que tenderá a neutralizar los nuevos discursos a través de una singular asimilación) como desde el discurso marxista (que o bien lo rechazará de plano o bien intentará incorporarlo críticamente). Junto a estos modos de recepción mayoritarios, surgirán algunos autores provenientes del polo del compromiso, como José María Castellet y Juan Goytisolo, y otros más jóvenes, como Pere Gimferrer y Leopoldo María Panero o, en el campo filosófico, Eugenio Trías y Fernando Savater, que abrirán sus obras a las nuevas corrientes.

Tras un primer apartado en el que abordaremos la crisis teórica que se abre en 1966 bajo el nombre de «estructuralismo» —término que asocia bajo un mismo significante prácticas y objetos muy diferentes que van desde la ciencia hasta la moda, ligado a nuevas prácticas de consumo cultural y a una nueva circulación social de los saberes, así como a la ampliación de la población universitaria y a la emergencia de nuevas formas de vida—, estudiaremos la vía académica dominante en la recepción de estas nuevas tendencias, la cual llevará a postular una continuidad que desactivará aquello que había de propiamente novedoso en esa corriente de pensamiento.

Posteriormente, nos acercaremos a las vanguardias intelectuales, tanto literarias como filosóficas, de la segunda mitad de los años sesenta, para lo cual necesitaremos ocuparnos de la censura —que en el apartado 2.2 aparece como un dato externo, en tanto dicha crítica no fricciona de ningún modo con los límites políticos ni culturales impuestos por el franquismo— y de un conjunto heterogéneo de editoriales que llevarán a cabo un trabajo de edición comprometido con una apuesta cultural que se vuelve, en ese contexto, inmediatamente política. Tanto las tendencias marxistas, de las que nos ocuparemos en la medida que establecen relaciones con la renovación estructural, como las vanguardias filosóficas y literarias generarán una dinámica cultural de renovación que circulará también a través de las revistas del período, como *Triunfo* y *Cuadernos para el diálogo*, y en las cuales las prácticas

culturales, críticas y literarias adquirirán claras connotaciones políticas. Si en el campo filosófico Trías y Savater serán los principales representantes de un «neonietzscheanismo» o de una «filosofía lúdica» que tiene en la relectura francesa de Nietzsche y los estructuralismos filosóficos un importante punto de apoyo, en el campo literario la trayectoria crítica de José María Castellet y la literaria de Juan Goytisolo mostrarán cómo en la segunda mitad de los años sesenta se produce una transformación radical en el recorrido de unos autores que, hasta entonces, habían apostado por un compromiso literario que tenía en su centro el problema del realismo.

Tras estudiar algunas de las principales vías de transformación teórica, la sección concluirá (apartado 2.3.5) con una polémica de 1970 entre la vanguardia marxista y las así llamadas vanguardias culturales, más cercanas al estructuralismo, en la que pueden reconocerse las posiciones del momento.

2.1 Estructuralismos 1966

Los años sesenta y setenta son fundamentales no solo para la teoría literaria francesa, sino también para la renovación teórica en muchos otros países europeos y latinoamericanos. Esa denominación, como mostró Jean-Claude Milner, no remite simplemente a un método científico, sino a una ofensiva intelectual y a un movimiento de opinión (2008b). La etiqueta «estructuralismo» alude primariamente, por lo tanto, a un conjunto de textos, imágenes y discursos que tienen su principal centro de producción e irradiación en Francia en la segunda mitad de los años sesenta y la primera mitad de los setenta.

Como escribía Foucault en *Les mots et les choses*, el estructuralismo sería «la conciencia despierta e inquieta del saber moderno».¹ Y, como afirmaba Derrida al comienzo de *L'écriture et la différence*, se trataría de «una aventura de la mirada, de una conversión en el modo de interrogación de los objetos».² El estructuralismo es, así y en función de esta inscripción, un tránsito o un pasaje. Lo que se hace manifiesto en las declaraciones y en el recorrido de algunos de sus protagonistas: Barthes, en 1963 en *Les lettres nouvelles*, se refería

1 «Le structuralisme n'est pas une méthode nouvelle; il est la conscience éveillée et inquiète du savoir moderne» (Foucault, 1966:221).

2 «Si elle se retirait un jour, abandonnant ses œuvres et ses signes sur les plages de notre civilisation, l'invasion structuraliste deviendrait une question pour l'historien des idées. Peut-être même un objet. Mais l'historien se tromperait s'il en venait là: par le geste même où il la considérerait comme un objet, il en oublierait le sens, et qu'il s'agit d'abord d'une aventure du regard, d'une conversion dans la manière de questionner devant tout objet. Devant les objets historiques —les siens— en particulier. Et parmi eux très insolite, la chose littéraire» (Derrida, 1967b:9).

al *homo significans* para afirmar que «el hombre estructural no está preocupado con la propia duración» (1963:262);³ Lacan sostenía en 1966 con motivo de la publicación de sus *Écrits*: «El estructuralismo durará lo que duran las rosas» (2001); y Deleuze afirmaba, situándose en 1967, que el estructuralismo constituía la «productividad» de su «época» (1976:599).

Esa conciencia de *pasaje* es fundamental para entender que ese movimiento intelectual forma parte de una dinámica de transformación que excede con mucho el campo francés pero que, en él y en esos años, emergerá como una verdadera crisis en el campo de las ciencias humanas. Una parte importante de los saberes que se habían constituido hasta entonces en la periferia o al margen de las universidades europeas, y que se formaron a través de periplos internacionales muchas veces marcados por la guerra y el exilio, encontraron un espacio de articulación y de resonancia que —más allá de las fronteras disciplinarias recibidas— haría friccionar la tradición lingüística del siglo xx con la filosofía alemana (Nietzsche, Heidegger) y con la literatura moderna (de Sade a Beckett, pasando por Joyce y Mallarmé) para producir un nuevo espacio de inteligibilidad.

El estructuralismo, en ese sentido general, es una corriente intelectual que rompe en Francia con la primacía de la filosofía de la conciencia sartreana y con una ordenación del saber heredera del siglo diecinueve en el campo de las ciencias humanas y sociales (Pardo, 2001). Ese gesto —que tiene en la experiencia literaria de la modernidad una de sus fuentes privilegiadas— provocará una crisis en los ordenamientos disciplinarios recibidos y, desde los márgenes de la institución, y apoyándose en el campo editorial y periodístico, problematizará la reproducción de los saberes universitarios y del propio estatuto del saber.

El año 1966 es crucial en esa ofensiva intelectual (Dosse, 1992, 1995). En él, después de que Todorov editara la *Théorie littéraire* de los formalistas rusos un año antes, Foucault publica *Les mots et les choses*; Lacan, los *Écrits*; Barthes, *Critique et vérité*; Genette, *Figures*; Benveniste, el primer volumen de los *Problèmes de linguistique générale*. La lista podría prolongarse... Cabe recordar que Antoine Compagnon dedicó un seminario del Collège de France a ese año,⁴ en torno al cual es posible construir una red de aconteci-

3 «Todo pensamiento sobre lo inteligible histórico es también participación en este inteligible, sin duda al hombre estructural le importa poco el durar: sabe que el estructuralismo es también una determinada forma del mundo que cambiará con el mundo; y del mismo modo que prueba su validez (pero no su verdad) en su capacidad para hablar los antiguos lenguajes del mundo de una manera nueva, sabe que bastará que surja de la historia un nuevo lenguaje que le hable a su vez, para que su tarea haya terminado» (Barthes, 1967b:262).

4 Se lee en el programa del curso impartido por Compagnon en 2011 y titulado «1966: Annus mirabilis»: «L'édition connaît aussi de profondes transformations, notamment en sciences humaines,

mientos que se dirigen hacia el pasado (al encuentro de Claude Lévi-Strauss y Roman Jakobson en Nueva York durante la Segunda Guerra Mundial) y hacia el porvenir (mayo de 1968 y la emergencia, más allá de la política oficial, de «lo político»). Es, 1966, también el año del desembarco del «estructuralismo» francés en los Estados Unidos, en el Simposio de Baltimore, del cual, al margen de la edición del libro —en España y Brasil 1972⁵—, surgirá una serie específicamente norteamericana ya estudiada por François Cusset (2005): la llamada *French Theory* que es, como su nombre indica, un invento *made in USA*.

Esa serie es importante, pues muchas veces recibiremos esa teoría literaria francesa, a partir de los años ochenta, a través de la mediación de la recepción norteamericana. Ahora bien, hay que recordar —y es algo que no siempre se recuerda— que la primera recepción del pensamiento francés en los contextos que aquí nos interesan es —como muestra ya la cronología de las traducciones (Catelli, 2018a:181–187)— muchas veces anterior y casi siempre ajena a esas reinterpretaciones norteamericanas de la teoría que han sido exportadas internacionalmente con posterioridad. Uno de los rasgos característicos de esa lectura norteamericana afecta a los procedimientos de lectura, como ha mostrado Catelli refiriéndose a los procedimientos críticos «postmodernos» de Slavoj Zizek, los cuales funcionarían, más que como *fricción crítica*, como *ilustración teórica* (2003a:85–87).

Las repercusiones de la «crisis» teórica comienzan en el mismo año 1966, inmediatamente después de los acontecimientos franceses, que pueden definirse como un verdadero terremoto que inquietará los cimientos del saber de una época. Todavía en 1993 un filólogo informado como Cesare Segre —quien participó de la fundación de la Asociación Internacional de Semiótica en 1969— podría preguntarse por esa crisis en *Notizie dalla crisi. Dove va la*

avec un nouveau public enseignant et étudiant. En 1965–1966, il y a 400 000 étudiants en France, 25 000 enseignants du supérieur. *L'Express* et *Le Nouvel Observateur* deviennent des magazines à l'américaine, tandis que sont lancés *La Quinzaine littéraire* et le *Magazine littéraire*. Les revues à la page, *Critique*, *Tel Quel*, démodent *Les Temps Modernes*. Apparaissent ou se développent de nombreuses collections de poche ambitieuses ("Idées", "10/18", "Poésie/Gallimard"). Le succès de quelques titres fameux de la saison serait incompréhensible dans l'ignorance de ce contexte démographique, économique, politique, social, culturel: *Pour Marx et Lire le Capital* d'Althusser chez Maspero; *Problèmes de linguistique générale* de Benveniste et *Les Mots et les Choses* dans la "Bibliothèque des sciences humaines" de Pierre Nora chez Gallimard; *Figures* de Gérard Genette au Seuil, dans la collection "Tel Quel"; les *Écrits* de Lacan également au Seuil à l'automne. Sans oublier *Critique* et *vérité* de Barthes, riposte du printemps 1966 à *Nouvelle critique, nouvelle imposture*, le méchant pamphlet de Raymond Picard paru à l'automne 1965 chez Pauvert, dans la collection "Libertés" (2011).

5 Nora Catelli se ha referido a su «lectura fantasmal», desde Argentina y en 1972, de la edición española de ese libro (2018a:190–196).

critica letteraria? (Einaudi). Ahí aparecían ya algunos tópicos que hasta el día de hoy no han dejado de repetirse, desde dentro y desde fuera del campo, como argumentos contra la teoría, acusada de exceso de abstracción; de olvidar, más que el problema, el concepto del valor literario; de entregarse a un ejercicio discursivo infinito que, más que perseguir la comprensión del texto, pretende diferirla. «La letteratura è una cosa seria: cerchi di esserlo anche la critica» (19), concluía Segre.

Esa vuelta al orden tiene diversas cronologías en función de los países, pero cabe señalar que en Francia la segunda mitad de los años setenta, con la emergencia de los *nouveaux philosophes*, supondrá la puesta en cuestión y la posterior liquidación de las vanguardias intelectuales de los sesenta. Las publicaciones de 1977 de André Glucksmann (*Les maîtres penseurs*) y de Bernard-Henri Lévy (*La barbarie à visage humain*) lanzan el nuevo movimiento a través de la editorial Grasset en que publican sus libros.⁶ Tanto es así que algunos de los principales promotores de la vanguardia estructuralista —como Julia Kristeva, Philippe Sollers o Tzvetan Todorov— participarán de esa misma restauración (Hidalgo Nácher, 2017a). Libros como *After Theory* (Allen Lane, 2003) de Terry Eagleton o *La littérature en péril* (Flammarion, 2007) de Todorov y *La littérature, pour quoi faire?* de Compagnon (Fayard/ Collège de France, 2007) forman parte de una misma serie que no hace diferencias ideológicas.

Si atendemos a este debate, en el otro polo del espectro se situarían *L'absolu littéraire: théorie de la littérature du romantisme allemand* (Seuil, 1978) de Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy (Hidalgo Nácher, 2019b:106–109), los *Spectres de Marx* (1993) de Jacques Derrida o *La faute à Mallarmé. L'aventure de la théorie littéraire* (Seuil, 2011) de Vincent Kaufmann. Más cerca de nosotros, alguien como Patrice Maniglier, un filósofo nacido en 1973 que se ha dedicado a la transmisión del legado del posestructuralismo, constata claramente ese corte:

J'ai eu, comme beaucoup de gens de ma génération, le sentiment que nous vivions dans un grand désert, qu'une magnifique aventure, celle qui va des années 1920 aux années 1970, de Bergson à Derrida si vous voulez, avait été interrompue. Nous sommes nombreux à avoir ressenti la nécessité de sauter

6 El viejo topo da cuenta de él en el artículo de Joaquim Sala-Sanahuja, «Los nuevos filósofos. Metáfisicos contra Marx» (1977b). En el número 15 Miguel Morey reseña *La cocinera y el devorador de hombres* y *Los maestros pensadores* en «Para una crítica del pensamiento cómplice». «Algo no funciona correctamente en el pensamiento de la izquierda», reconoce ahí Morey (1977c:60). Y en el siguiente número, Morey y Sarret publican «De nuevo la filosofía (entrevista con Bernard-Henri Levy)» (1978).

par-dessus la triste figure de nos professeurs pour reprendre notre souffle et repartir de plus loin.⁷ (2019:20)

Pero, volviendo a la crisis, en esa segunda mitad de los años sesenta los libros circulan rápidamente. Hobsbawm afirmaba que en los últimos años de la década los libros aparecen «casi simultáneamente, en las librerías estudiantiles de Buenos Aires, Roma y Hamburgo» (1999:445). Y Mariana Canavese sostenía en su estudio sobre los usos de Foucault en Argentina: «Con muy poca diferencia de tiempo respecto del impacto que produce en los medios franceses, aunque en dosis sin duda disímiles, [Foucault] aparece como un autor publicitado en los medios locales» (2015:50–51). Esos textos e imágenes de los autores no circulan solo ni especialmente a través de los circuitos académicos, sino que, desbordándolos, son divulgados por los nuevos semanarios y publicaciones que los convierten en una verdadera moda. El 1 de julio de 1967, *La Quinzaine littéraire* —que fue modelo, entre otras, de la revista argentina *Los libros* (1969–1976)— publica «Le déjeneur structuraliste», una caricatura en la cual Foucault, Lacan, Lévi-Strauss y Barthes conversan —conservando entre ellos las distancias— disfrazados de salvajes. En Argentina, Philippe Sollers (1966) y Lévi-Strauss (1969) aparecen —este último en la portada— en la revista *Primera plana*⁸ y, en España, *Triunfo* publicita a los nuevos pensadores en artículos, reseñas y entrevistas.⁹ Gabriel Ferrater escribía a Benveniste el 30 de octubre de 1968: «À Barcelone, *Problèmes...* a été un étonnant best-seller. Il a été acheté par de douces fillettes qui rêvent de “structuralisme”, et un libraire me disait l'autre jour qu'il en avait vendu, à lui seul, deux-cents exemplaires. Je suppose donc qu'il en a été de même partout» (1986:478).

7 En otro momento afirma: «Appartenant à une génération qui a eu le sentiment de venir après une rupture de transmission, j'ai consacré une bonne partie de mon travail de chercheur à transmettre, justement» (Maniglier, 2019:87).

8 Se lee en ese artículo, titulado «El arte de ser ilegible»: «Una religión que se llama lingüística y que reconoce a Roland Barthes como autoridad suprema y a Ferdinand de Saussure como patriarca. El círculo de elegidos se completa con los filósofos Michel Foucault y Althusser y el psicólogo Lacan. Cada uno en su disciplina “pretende renovar el pensamiento teórico del siglo XX. La palabra mágica que los une es estructuralismo”» (*Primera Plana*, 1966 y 1969). Además de eso, el diario *Clarín* presenta al autor (M.A.N., «La arqueología del saber de Michel Foucault», 6 de mayo de 1971) y *La Opinión* se ocupa de él («El estructuralista Michel Foucault investiga las cárceles en Francia», 6 de agosto de 1971).

9 «*Triunfo* publicó su primer número, con una tirada de 57.323 ejemplares —como se lee en su portada, debajo de una foto de Brigitte Bardot— el 9 de junio de 1962. Inspirado en magazines como *Paris-Match*, *L'Europeo* o *Época*, hacía amplio uso del color y presentaba un nuevo estilo de diseño y estaba dirigido a las nuevas clases medias que aspiraban, también, a un nuevo estilo de vida. Lenguaje desenvelto y titulares llamativos. Para su lanzamiento llegó a publicitarse en televisión» (Ezcurra, 1995a:45).

Esa circulación, por lo demás, no implicaba solo al estructuralismo. Horacio Tarcus, refiriéndose a las «ideas del Mayo francés» en Argentina, recordaba que a finales de los años sesenta y durante los setenta la importación de textos era muy rápida: Sartre, André Gorz, Henri Lefebvre, Ernest Mandel, Alain Touraine, Guy Debord y Cohn-Bendit, entre muchos otros, circulaban rápidamente («desde los dos meses para las antologías a los dos años para los volúmenes mayores» —Tarcus, 2008:172—). Basta dar una rápida ojeada para confirmar las proporciones mediáticas y editoriales de la *invención estructural*.¹⁰ En 1968, *El estructuralismo* (Buenos Aires, Proteo) de Jean Piaget; en 1969, *El estructuralismo* (Alianza), de Jean-Marie Auzias; *Claves del estructuralismo* (Buenos Aires, Calden), de Pierre Daix; *Psicoanálisis, existencialismo, estructuralismo* (Buenos Aires, Papiro), que reúne textos de Foucault, Althusser, Merleau-Ponty y Lagache; *Conversaciones con Lévi-Strauss, Foucault y Lacan* (Anagrama), de Pablo Caruso. En 1970 César Alonso de los Ríos saludaba desde *Triunfo*, refiriéndose al «boom estructuralista», la aparición de dos libros más de 1969: *Ajuste de cuentas con el estructuralismo* (Comunicación, Serie B 2) y *Estructuralismo y marxismo* (Martínez Roca). Y en los años siguientes libros como *¿Qué es el estructuralismo?* (Buenos Aires, Losada, 1971), de François Wahl; *Los estructuralistas* (Buenos Aires, Amorrortu, 1972), de Maurice Corvez; y *Para una crítica de la epistemología* (Méjico, Siglo XXI, 1973), de Dominique Lecourt. Se trata de libros de calidad desigual, de los que podría hacerse una lista mucho más larga, que responden a una oportunidad editorial ligada a la curiosidad de los nuevos públicos lectores y que presentan, en su práctica totalidad, dos características en común. En primer lugar, aunque el autor del prefacio o el compilador puedan ser locales, son casi siempre textos importados; en segundo lugar, esos libros están dirigidos a un público amplio, no especializado. Muchos de esos libros de dudoso valor teórico que se conservan hasta el día de hoy en nuestras bibliotecas universitarias son testimonio de la centralidad francesa del momento y de la existencia, en España y en Argentina, de una nueva clase media consumidora de cultura, que en España tendrá algunas de sus manifestaciones en las nuevas colecciones de libros de bolsillo desde 1966, con la pionera Alianza Editorial, y las revistas *Triunfo* y *Cuadernos para el diálogo*.

10 *El estructuralismo* (Buenos Aires, Proteo, 1968) de Jean Piaget. En 1969: *El estructuralismo* (Madrid, Alianza, 1969), de Jean-Marie Auzias; *Claves del estructuralismo* (Buenos Aires, Calden, 1969), de Pierre Daix; *Psicoanálisis, existencialismo, estructuralismo* (Buenos Aires, Papiro, 1969), que reúne textos de Foucault, Althusser, Merleau-Ponty y Lagache; *Conversaciones con Lévi-Strauss, Foucault y Lacan* (Barcelona, Anagrama, 1969), de Pablo Caruso. *¿Qué es el estructuralismo?* (Buenos Aires, Losada, 1971), de François Wahl. *Los estructuralistas* (Buenos Aires, Amorrortu, 1972), de Maurice Corvez; *Para una crítica de la epistemología* (Méjico, Siglo XXI, 1973), de Dominique Lecourt.

Con diversos grados de intensidad y sin entrar en la valoración de las traducciones de las novedades teóricas y de sus *intraducciones* (es decir, de su incorporación efectiva: no solo de la traducción, sino también de su asimilación), estas se difunden a gran velocidad. Tanto en los casos argentino y brasileño como en el español (que son los que he estudiado con más detenimiento), puede señalarse con cierta precisión el final de los años sesenta y el comienzo de los setenta como fecha de emergencia efectiva de las nuevas corrientes francesas o, si se prefiere, de su imbricación efectiva con problemáticas locales.

De ese modo, más allá de la circulación de los textos, en los contextos recién referidos la asimilación productiva de los mismos —y, con ella, la emergencia de nuevos paradigmas críticos públicamente reconocibles— se dará entre 1969–1970. Coincidén con estas apreciaciones tanto José Vidal Beneyto (1981b:17) como Carmen Martínez Romero en su estudio sobre la renovación de la teoría literaria en torno al formalismo, el estructuralismo y la semiótica en España al tomar 1965 como fecha inaugural de los debates sobre lingüística y literatura a nivel europeo e internacional y señalar que «en la investigación española, los hechos más significativos en este sentido tendrán una manifestación posterior y se producirán de forma especial a partir de 1969» (1987:4). No se trata, sin embargo, de un «retraso» propiamente español, sino que esta cronología encaja, con variantes y como indicaba, con lo ocurrido en Argentina o en Brasil.¹¹ Lo que varía en gran medida son los usos, interpretaciones y penetración de esos textos.

El año 1969 es así importante porque en torno a él se organiza una renovación teórica venida principalmente de Francia y, secundariamente (y muchas veces a través de la mediación francesa), de Italia. A finales de los sesenta y principios de los setenta se importan una gran cantidad de textos acerca de lo que se empezará a conocer como estructuralismo, un fenómeno que es, al mismo tiempo, científico y de opinión, y en el cual se amalgaman diversas actitudes que van desde el cientifismo disciplinario de Lévi-Strauss hasta el ensayismo crítico del Barthes de los años setenta. Las tesis de Jean-Claude Milner al respecto son, en este sentido, todavía válidas (*«on peut donc dater de 1968 la fin du structuralisme comme programme de recherches dans son ensemble, étant admis que l'ébranlement a commencé plus tôt. Pour le mouvement de doxa, les datations sont autres: les commencements peuvent*

11 Antonio Candido ocupa un papel central en la crítica brasileña durante los años sesenta. Silviano Santiago ha señalado 1970 —una fecha «que não é precisa; serve antes de baliza»— como el momento en el que se «anuncia o fim do seu horizonte de atuação como mediador entre obra e público» (1994:19). Santiago señala, desde esa fecha, «a incapacidade (...) que ele experimenta de continuar a dialogar, apaixonadamente, com obras escritas depois dos anos 70» (20).

être reliés aux premiers séminaires de Roland Barthes aux Hautes Études en 1962» —2008b:279—).

Hasta los años sesenta, el pensamiento literario español se encuentra, debido al franquismo y a la desconexión internacional, en una situación de relativa autarquía y aislamiento, por lo que la renovación teórica se percibirá muchas veces como más necesaria todavía.¹² Escribía Enric Sullà en 2015, haciendo memoria, en un artículo titulado «Esperando a los bárbaros»:

Si al poema de Cavafis, els bàrbars que solucionaran la decadència acaba que no arriben, a l'Espanya i la Catalunya dels últims anys dels seixanta sí que hi van arribar, d'una manera indirecta és clar, però hi van arribar, i, obliquament, van contribuir a remoure les aigües somortes de la universitat, del pensament, de la cultura. Tan dissimulada com efectiva, va ser una arribada desitjada, esperada, necessària per catalitzar les energies culturals reprimides, una corroboració del que ja germinava. (2015:25)

Otro de los cambios ligados a la transformación del panorama crítico y de los estudios literarios en España fue el aumento demográfico y la transformación sociocultural de la universidad, que arranca en los años sesenta. En el curso 1960–1961 había 77 123 matriculados en centros de enseñanza superior en toda España (incluyendo Facultades y Escuelas Técnicas), tan solo 16 000 más que en 1955–1956. Ahora bien, en 1965–1966 el número de matriculados se había prácticamente duplicado, ascendiendo a 125 876, y en 1971–1972 llegó a triplicarse, con 228 529 (Rojas Claros, 2006:65). En doce años se duplicaba el número de universidades —tanto la Universidad Autónoma de Madrid como la Autónoma de Barcelona se fundan en 1968—, las cátedras se desdoblan y se produce una relativa descentralización del poder universitario, que se fragmenta, surgiendo la posibilidad de doctorarse fuera de Madrid y Barcelona (Pozuelo Yvancos, 2011), lo que facilita la aparición de nuevos estudios y perspectivas. Ahora bien, como ha señalado Vázquez García, «estos hijos de las clases medias que ingresaban» en gran número

12 A este respecto, explica Elías Díaz: «La necesidad de la crítica científica al ideologismo, en especial al absolutismo ideológico (habitualmente retórico y puramente estético) e, incluso, a las ideologías sin más, es algo que se hace sentir con fuerza y con evidente signo progresivo en la España de los años cincuenta. Será preciso insistir en el carácter avanzado de esa crítica a fin de evitar precisamente la reducción y utilización “tecnocrática” de la ciencia, actitud simplista e interesada que a través de la calificación acusatoria de “ideologismo”, lo que con frecuencia pretende es suprimir e impedir en realidad toda instancia crítica del pensamiento» (1974:98).

en las Universidades, se concentraban preferentemente, no en las facultades tradicionalmente «dominantes», como Medicina o Derecho, ni en las escuelas técnicas superiores, sino que lo hacían, por una parte, en las facultades subordinadas desde la perspectiva del poder temporal (Ciencias y Filosofía y Letras) y, por otra, en nuevas titulaciones emergentes (Ciencias Económicas y Políticas, Psicología y Biología). (2015:121)

A su vez, las universidades pasan a incluir a nuevos estratos socioeconómicos entre su estudiantado. En cuanto al profesorado, aparece una gran bolsa de Profesores No Numerarios (PNN), conocidos como «penenes». Su situación, que presenta analogías con la de los profesores asociados en la actualidad —colectivo laboral al que ha pertenecido quien esto escribe desde septiembre de 2010 hasta julio de 2019—,¹³ y que llegaría a constituir el 80 % de las plantillas docentes a finales de los setenta, fue un foco de malestar y de politización del profesorado. Como ha señalado Vázquez García, «desde 1949–50 no dejaba de descender, primero gradualmente y luego de forma brusca, el porcentaje de cátedras en relación con el volumen total de docentes. Los mismo sucedía en general con el cuerpo de profesores numerarios, que pasó de un 44 % en 1960 a un 20 % a la altura de 1978» (2015:121).

El acceso de los nuevos públicos a la universidad auspiciaba, como indica Vázquez García, «la revuelta contra el convencionalismo universitario de la

13 El contrato de profesor asociado surgió para contratar a profesionales de reconocido prestigio para dar clases puntualmente en la universidad. Tal como consta en el artículo 53 de la Ley de Universidades de 2006, «a) el contrato se podrá celebrar con especialistas de reconocida competencia que acrediten ejercer su actividad profesional fuera del ámbito académico universitario. b) La finalidad del contrato será la de desarrollar tareas docentes a través de las que se aporten sus conocimientos y experiencia profesionales a la universidad. c) El contrato será de carácter temporal y con dedicación a tiempo parcial. d) La duración del contrato será trimestral, semestral o anual, y se podrá renovar por períodos de igual duración, siempre que se siga acreditando el ejercicio de la actividad profesional fuera del ámbito académico universitario». Ahora bien, dicha figura contractual se ha usado de modo fraudulento, y muchas veces general, para contratar a especialistas que hacen de su principal actividad la docencia e investigación universitaria y que solo encuentran ese medio para acceder a la universidad. En el curso 2016–2017 se daban 22 871 profesores asociados en España, el 23,6 % del total de profesorado universitario (Álvarez, 2018). En la Universitat de Barcelona, una de las más precarizadas de España, este colectivo —que renueva anualmente sus contratos, cotiza menos de un tercio de jornada laboral y recibe unos 500 euros mensuales por llevar a cabo el máximo de docencia permitida, equivalente a tres cuartas partes del contrato de un titular a tiempo completo—, con 2426 miembros de un total de 5773 docentes, representa actualmente, en 2020, el 42 % del personal docente e investigador y ya ha ganado diversas demandas contra la universidad (Rodríguez, 2020). El nuevo ministro de Universidades, Manuel Castells, haciéndose eco de una situación que se tornó estructuralmente insostenible desde hace ya mucho tiempo, ha denunciado recientemente esta situación (Silió, 2020) que, sin embargo, no tiene visos de ser resuelta a corto plazo.

propia disciplina y la tendencia a importar nuevos saberes y nuevos autores, fomentando disposiciones vanguardistas e iconoclastas» (Vázquez García, 2014:35). Las protestas estudiantiles de 1965 —por las que fueron expulsados de sus cátedras Agustín García Calvo, José Luis López Aranguren (catedráticos, respectivamente, de Filología Latina y de Ética de la Universidad Complutense de Madrid) y Tierno Galván (catedrático de Derecho Político de la Universidad de Salamanca)— llevaron a la disolución del Sindicato Español Universitario (SEU), sindicato único de origen falangista, creado por José Antonio Primo de Rivera durante la Segunda República. Por lo demás, el estado de excepción decretado el 24 de enero de 1969 y prolongado por dos meses, por el cual se suspendían algunos artículos del Fuero de los Españoles, tuvo como uno de sus objetivos frenar las protestas estudiantiles.

Ahora bien, dicho lo anterior es conveniente no perder de vista que no hubo, en rigor y contra lo que en ocasiones se ha afirmado, una «democratización» o «masificación» de las universidades pues, incluso en sus momentos de mayor crecimiento en los sesenta y setenta, España siguió ostentando uno de los últimos puestos europeos en el porcentaje de titulados universitarios con relación al conjunto de la población. España, que había restringido hasta entonces la enseñanza media y universitaria «a una exigua minoría», posibilitó la educación de «las clases medias emergentes, pero sin alcanzar nunca cifras comparables a las de otros países de Occidente que habían comenzado este proceso con dos décadas de adelanto y de forma más gradual» (Vázquez García, 2009:35). De ese modo, en los sesenta y setenta, más que una «democratización de la universidad» se produce la entrada en la misma de los hijos de las clases medias surgidas del desarrollismo iniciado en los años cincuenta. Ahora bien, la clase obrera seguirá, con contadas excepciones, prácticamente excluida de la universidad durante esos años (36–37). Cabe recordar que, hasta la reforma educativa de 1970, el sistema de enseñanza español estaba estructurado en función de la Ley Moyano, de 1857, y en él se disponía una doble vía que segregaba a los alumnos desde la educación primaria, disponiendo un recorrido que llegaba hasta los diez años para aquellos que ingresarían posteriormente en centros de Enseñanza Media y una trayectoria hasta los catorce años para los que no lo hiciesen, los cuales concluían entonces, salvo muy raras excepciones, su escolaridad. Esta vía era claramente discriminatoria y tenía a reproducir la enorme brecha sociocultural existente en el interior de la sociedad española, reservando la educación superior para las clases dominantes y segregando al resto de la población de la misma, tal como constataba el Libro Blanco de la Educación de 1969. En ese informe —en el que se leía que en 1960 solo el 1,1 % de la población había cursado estudios superiores (sin autor, 1969:47)— se consignaba que «de cada 100

hijos de obreros agrícolas, solo el 4,2 por ciento cursa estudios de nivel medio y el 0,2 por ciento estudios superiores», cifras similares a las de «los hijos de obreros manuales» (46).

La reforma educativa de 1970 buscaba, de ese modo, adecuar el sistema de enseñanza a una realidad sociocultural que había cambiado mucho no solo desde 1939, sino también desde la Ley Moyano de 1857, que no fue derogada hasta entonces. Precediendo y acompañando a dicha reforma, serán tanto más importantes las mutaciones socioculturales de la sociedad española. Por ello, las transformaciones del profesorado y del estudiantado llevarán a una *aceleración* que hará que la universidad se abra, al menos en algunos de sus espacios, al pensamiento contemporáneo. Como ha indicado Pere Lluís Font refiriéndose a la Filosofía y a la universidad catalana, a la crisis del neotomismo —que había dominado la universidad española desde 1939 hasta los años sesenta (Moreno Pestafía, 2013:36–44)— le habría seguido una rápida sucesión de movimientos: en 1964–1965, el heideggerianismo; en 1965–1966, el hegelianismo; en 1966–1967, el marxismo; en 1967–1968, el neopositivismo; y en 1968–1969, el estructuralismo (Sullà, 2015:25). Más allá de la literalidad de dichos contenidos, esa sucesión de «ismos» indica tanto el interés por las novedades teóricas —comunicando el pensamiento académico con la moda y las mudanzas de la modernidad— como la fecha en que el estructuralismo filosófico después en la universidad. Como afirma Enric Sullà, catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad Autònoma de Barcelona (UAB) desde 2008, que comenzó a estudiar en esa misma universidad en 1968,

l'estructuralisme era a l'ambient, però no tan sols l'estructuralisme, convé tenir-ho present, també hi era el marxisme (o els marxismes, més ben dit), cada vegada menys contingut per la censura política i cultural. I amb l'estructuralisme arribava també la semiologia, com era evident en l'obra de Roland Barthes, o ho seria aviat en l'obra d'Umberto Eco, que en deia semiòtica. (2015:26)

Finalmente, cabe señalar la importancia que cumplieron las revistas en una nueva circulación del saber que incluía las nuevas corrientes teóricas y en la que el contacto con la literatura, el arte, la política y la filosofía, que a su vez comunicaban entre sí, comenzaban a formar parte de las nuevas formas de vida de los sujetos que a ella se asomaban y que así quedaban constituidos por ellas. Las dos principales revistas de amplia difusión del período fueron *Cuadernos para el diálogo* (1963–1978), fundada por el exministro de Educación Joaquín Ruiz-Giménez, y que llegó a tener una tirada de 120 000 ejemplares, y el mucho más dinámico, vivo y desenfadado semanario *Triunfo* (1962–1982), que llegó a producir tiradas de 160 000, ambas publicadas desde Madrid.

Cuadernos para el diálogo fue una revista mensual que se presentaba, en palabras de Pecourt, con un estilo caracterizado «por la austereidad académica, la seriedad y la precisión» (2008:109). Como afirma Javier Muñoz Soro, «de presentación austera, estilo algo farragoso y tirada discreta», llegó a convertirse «en uno de los símbolos culturales y políticos del antifranquismo» (2006:19) cuando, en 1976, pasó a ser un semanario, poco antes de desaparecer en 1978. Asociado al cristianismo, su surgimiento va ligado a la asunción de Manuel Fraga Iribarne del Ministerio de Información y Turismo en 1962. La revista, que empezó previendo una tirada de entre mil y tres mil ejemplares, a partir de 1966 superará los 20 000 para llegar casi a los 30 000 ejemplares de difusión en 1969 (37 y 242).

En cuanto a *Triunfo*, si bien surgió en 1946 como revista de crítica cinematográfica, a principios de los sesenta fue comprado por Movierecord y pasó a seguir el modelo de revistas como *Paris Match*. El 9 de junio de 1962 se publicó el primer número de la nueva época con una tirada de 57 323 ejemplares, tal como se lee en su portada, debajo de una foto de Brigitte Bardot. Tirada que, en años posteriores, llegaría a alcanzar los 160 000. La línea editorial de la revista, que hasta 1969 dependió de Movierecord, se transformó con la quiebra de la entidad, lo que propició que el consejo de edición pudiera asumir más responsabilidades. Desde entonces, *Triunfo* se convirtió en una plataforma comprometida con la crítica política y la defensa de la libertad intelectual (Pecourt, 2006:219–222). De ese modo, la revista comenzó su recorrido independiente en 1970, dando voz —como tendremos ocasión de ver— a las polémicas entre las vanguardias del momento (apartado 2.3.5). Inspirado en *magazines* como *Paris-Match*, *L'Europeo* o *Época* —y habiendo llegado a publicitarse en televisión con motivo de su lanzamiento (Ezcurra, 1995a:45)—, incorporaba el color, presentaba un nuevo estilo de diseño y, haciendo uso de un lenguaje desenvelto y de titulares llamativos, estaba dirigido a unas nuevas clases medias que aspiraban a un nuevo estilo de vida.

Triunfo dio un lugar a las novedades teórico-literarias extranjeras y a las polémicas asociadas y en ella puede seguirse, como veremos en su momento, la polémica de 1970 entre marxistas y neonietzscheanos. La revista reseña las novedades editoriales españolas al tiempo que se hace eco de debates que en ocasiones desbordan esas fronteras, como cuando, en 1973, Ramón Chao entrevista a Philippe Sollers, al que presentaba como «el verdadero director —otros dirían dictador— de» *Tel Quel* y como «el papa de la nueva literatura» (Chao, 1973:44) en una entrevista en la que Sollers trazaba una breve historia de *Tel Quel* en la que narraba cómo la revista avanzó de la literatura a la teoría y de esta a la política.

Tanto *Triunfo* como *Cuadernos para el diálogo* entrarán en crisis precisamente con la muerte de Franco, empezando a perder cada vez más lectores. Como recuerda José Ángel Ezcurra respecto a *Triunfo*, «el descenso constante de ventas y suscripciones que veníamos sufriendo desde aquel número cénital de la reaparición [de enero de 1976, tras la muerte de Franco], se vería como mínimo acentuado y acelerado por los lectores que nos abandonaran siguiendo la llamada de “toma la primera a la izquierda”» (1995b:652). De ese modo, «la revista que había resistido a la censura, a la represión y a la mordaza se disolvía en plena democracia y expiraba tres meses antes de que la izquierda de entonces obtuviese la mayoría absoluta en las elecciones generales de octubre del 82» (Ezcurra, 1995a:54).

2.2 La vía académica dominante: de la estilística al estructuralismo

Cuanto más hace Dios crecer el desierto y cava en la tierra una laguna, tanto más la ocupa el hombre, y en esta vana permutación nos hace pasar de un accidente a otro: por esto el hombre y Dios son las dos enfermedades de la tierra, es decir, de la estructura.

Gilles Deleuze

La importancia de los estudios de Dámaso Alonso y de sus discípulos, y la decidida posición institucional que aquel ocupa en el campo de la ciencia de la literatura, otorgan a su obra, y a la perspectiva científica dominante en la misma —la Estilística—, la función de instrumento de control y de administrador del acceso de otros paradigmas científico-literarios, y entre ellos, y a los efectos de esta nota, del estructuralismo poético.

José Vidal Beneyto

La introducción del estructuralismo como método de análisis literario en España se dio, según Vidal Beneyto, con un cierto «retraso» (1981b:17): «Durante la década de los sesenta, que es la del apogeo estructuralista en la ciencia mundial, y especialmente europea de la literatura —por no hablar de las otras humanidades y de las ciencias sociales—, España sigue en los planteamientos filológicos y estilísticos». Podría alegarse contra este juicio que en 1964 y en 1967 se celebraron sendos coloquios en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (uno publicado en 1967, *Problemas y principios del estructuralismo lingüístico*, Madrid, CSIC; el segundo en 1971, *Historia y estructura de la obra literaria*, Madrid, CSIC). Ahora bien, además de que fue-

ron poco divulgados, como afirma Vidal Beneyto, el primero «era mucho más lingüístico que literario» y el segundo «estuvo casi exclusivamente dominado por la perspectiva tradicional» (18).

El campo de la edición confirmaría esta hipótesis. La obra de Barthes será mayormente editada en Argentina. La de Foucault también será leída en España a través de libros editados en Argentina por Paidós y, sobre todo, en México por Siglo xxi —de la que surgirá en 1967 una filial española— y Fondo de Cultura Económica (Galván, 2010:41–44).¹⁴ Y la de Lévi-Strauss será traducida del mismo modo en su práctica totalidad en México y en Argentina (Vidal Beneyto, 1981b:20). En España habrá que esperar hasta 1968 para que empiecen a publicarse introducciones generales al estructuralismo (las cuales, como ya hemos visto, desbordan con mucho el estructuralismo científico, participando de la moda), coloquios y otras publicaciones sobre el tema. En 1969 aparece una primera referencia, de la mano de Lázaro Carreter, a la famosa conferencia de Jakobson en el Congreso de Bloomington de 1958: «Linguistics and Poetics» (Vidal Beneyto, 1981b:18), conferencia que no será publicada en nuestro país hasta 1974, en Thomas A. Sebeok, *Estilo del lenguaje* (Cátedra). Igualmente, los *Ensayos de lingüística general*, publicados por Minuit en francés en 1963, se publicarán en 1975 en Seix Barral —una editorial, por cierto, que no pertenece a ese campo académico.

Por lo demás, como se observa consultando la bibliografía de Vidal Beneyto en *Posibilidades y límites del análisis estructural* (Editora Nacional, 1981), una parte importante de las publicaciones formalistas y estructuralistas —a pesar de los esfuerzos de colecciones como «Comunicación», de Alberto Corazón, y «Biblioteca Breve» de Seix Barral— vendrán de Argentina.¹⁵

14 Mariana Canavese recuerda en su estudio sobre Foucault que «la traducción argentina de *Maladie mentale et personnalité* (no la hubo de *Maladie mentale et psychologie*) circuló desde principios de la década de 1960 en adelante, en nuestro país y en el exterior: todavía en los años ochenta, el conocido filósofo catalán Miguel Morey, por ejemplo, citaba la edición argentina» (2015:41). El resto de libros foucaultianos llegaron a España a través de México.

15 Se citaban en ese volumen los siguientes libros: Serge Doubrovski y Tzvetan Todorov, *Estructurализmo y literatura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1970. Roman Jakobson y Claude Lévi-Strauss, *Los gatos de Baudelaire*, Buenos Aires, Signo, 1974. Romero Luperini, *El estructuralismo y la crítica marxista*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968. Charles Morris, *Signos, lenguaje y comportamiento*, Buenos Aires, Losada, 1962. Charles S. Peirce, *La ciencia de la semiótica*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974. I. A. Richards, *Principios de crítica literaria*, Buenos Aires, Huemul, 1976. Ferruccio Rossi-Landi, *El lenguaje como trabajo y como mercado*, Buenos Aires, R. Alonso, 1975. Ferdinand de Saussure, *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 1945. Juri Tinianov, *El problema de la lengua poética*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975. Boris Tomachevsky, *Teoría de la literatura*, Buenos Aires, Signo, 1970. Tzvetan Todorov (ed.), *Teoría de la literatura. Textos de los formalistas rusos*, Buenos Aires, Signo, 1970. Tzvetan Todorov, *Poética*, Buenos Aires, Losada, 1975. Guillermo de Torre, *Problemática de la literatura*, 2a ed., Buenos

2.2.1 Aventuras y desventuras editoriales de Jakobson en España

Detengámonos en un caso: la historia editorial de Jakobson en España —una historia, cuanto menos, frustrada—. Dan cuenta de ello los documentos conservados en el archivo de Roman Jakobson en el MIT (Cambridge). El 7 de diciembre de 1966 Julio Calonge, desde la editorial Gredos, se puso en contacto con el lingüista ruso para publicar los *Ensayos de lingüística general*, pero el 16 de diciembre de 1965 ya había sido contactado por Montserrat Puig para publicarlos en Seix Barral, editorial con la que Jakobson firmará el contrato de publicación el 13 de noviembre de 1969. Entretanto, Gabriel Ferrater le escribiría el 6 de mayo de 1966 pidiéndole publicar —en el caso en que estuviera acabado— *Sound and Meaning*, dejando claro que «we are not specialist linguistic publishers, of course, but we would like to introduce some fundamental work in this branch». El objetivo de Ferrater era conseguir publicar el libro prácticamente en paralelo a su versión original¹⁶ (Archivo Roman Jakobson MC72 caja 49 carpeta 73). Ferrater se interesaba, a su vez, por *Théorie de la littérature*, el volumen publicado por Todorov en 1965:

I have finished reading THEORIE DE LA LITTERATURE, the selection of «formalist» texts published in France, and I have been enormously interested, but I do not feel that we could simply re-translate from the French the texts included in that volume. The translation is fairly good but not quite first rate, and many concepts tend to be enveloped in a haziness which of course would grow with re-translation. We will have to translate directly from the originals, and it is here that I would be extremely grateful for some help from you – because, of course, if we translate from the originals we do not need follow exactly the French choice, which I feel could be bettered (I would prefer a more substantial volume with rather fewer texts – too many snippets in the French volume). – And then, perhaps the best thing would be to translate a choice from your stylistic

Aires, Losada, 1958. Eliseo Verón (ed.), *Lenguaje y comunicación social*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1968. Eliseo Verón, *Conducta, estructura y comunicación*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968. Varios, *Análisis estructural del relato*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970. Varios, *Análisis de las imágenes*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972. Varios, *Dialéctica y estructuralismo*, Buenos Aires, Orbelus, 1969. Varios, *Problemas del lenguaje*, Buenos Aires, Sudamericana. De Roland Barthes se referían los *Elementos de Semiólogía* (Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1967, acompañada de la edición de 1970 de Alberto Corazón); *Introducción al análisis estructural del relato*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970; *Crítica y verdad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973; *Investigaciones retóricas. I. La retórica antigua*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1974; y *El placer del texto*, [s.l.], Siglo XXI, 1975.

16 «We feel it would be quite a honour for us if we could publish your book more or less simultaneously with the original edition, and we would give our utmost care to the production» (Gabriel Ferrater a Jakobson, 6 de mayo de 1966, Archivo Roman Jakobson MC72 caja 49 carpeta 73).

writings only, if you could spare time for writing an introduction and setting them in their context. – But then, again, we should still rely on your help for the selection and localization of the texts. Is there any chance that your SELECTED WRITINGS, as published by Mouton, will reach down to the stylistic writings in not too long a time? – I would be extremely grateful for any orientation on such matters. (MC72 caja 49 carpeta 73)

Ahí Ferrater se refería a los problemas del volumen de Todorov —que no dejarían de prolongarse en «la muy deficiente traducción argentina de la antología de Todorov» (Pozuelo Yvancos, 2011:689) de la versión argentina del volumen, traducida por Ana María Nethol, y que efectivamente presentaba problemas graves con relación a la distinción entre *fábula* y *siuzhet*— y le planteaba a Jakobson hacer un nuevo volumen, original, con menos textos de mayor extensión, proponiéndole la posibilidad de confeccionar un volumen solo con textos críticos del lingüista ruso siempre que este pudiera presentarlos en su propio contexto a través de una introducción. El 29 de mayo de 1966 respondía Jakobson comentando que su libro *Sound and Meaning* iba a ser publicado en breve y respondiendo a la pregunta de Ferrater:

As to my studies in poetics, a large part of them is to appear in the third volume of my Selected Writings under the general title Poetry of Grammar and Grammar of Poetry, which is arranged for 1967. For the Italian version I have a contract with Einaudi, and I am glad to discuss what can be done as a corresponding Spanish selection.

Sin embargo, ese libro nunca sería publicado por la editorial.

Por otro lado, Jakobson publicaría *Fundamentos del lenguaje* en Ciencia Nueva —una editorial que, como veremos, introduce el formalismo y el estructuralismo críticamente, desde el campo marxista— en 1967. Mientras tanto, Yvonne Hortet escribía el 14 de abril de 1970 a Jakobson anunciándole la ruptura editorial de Carlos Barral con Seix Barral a raíz del conflicto de Barral con la familia Seix y comunicándole que sus *Essais de linguistique générale*, traducidos por Gabriel Ferrater, serían publicados en Barral Editores. Ahora bien, el 11 de enero de 1971 Juan Ferraté le escribía de nuevo anunciándole que el libro sería publicado, de hecho, en Seix Barral, lo que quedaba confirmado por la carta del 2 de marzo de 1971 del propio Carlos Barral, quien lamentaba no haber conseguido la cesión de los derechos por parte de su antigua editorial. Sin embargo, después de un año, Jakobson seguía sin recibir más noticias de sus editores, lo que hizo que intercediera Octavio Paz, quien escribía a Gimferrer el 27 de junio de 1972:

Roman Jakobson está indignado por el silencio de ustedes. Tiene el genio vivo pero en este caso no le falta razón. ¿Qué pasó con la traducción y la edición de sus *Ensayos de lingüística*? Debería haber salido hace más de un año. ¿Quieres enterarte del estado de este asunto y escribirle a Roman unas líneas? Te lo agradezco de antemano —en su nombre y en el mío. (1999:37)¹⁷

La carta de Paz surgió efecto pues, tomando nota de ello, el 24 de julio de 1972 escribía Juan Ferraté a Jakobson:

Dear Professor Jakobson,

I apologise for my delay in writing to you, after having received Mr. Rudy's letter of June 19, 1972. I wanted to report to you the exact situation of our edition of your linguistic papers. Professor Gabriel Ferrater, who was in charge of supervising this edition, having died this past April 27, I have taken upon myself the responsibility of bringing his work to an end, and I hope that your book will be out at last this coming winter.

(...)

I realize that this fall it will be three years since you first came to an agreement with Seix Barral for the publication of your work. There was one year and a half of wasted time while Mr. Carlos Barral, who preceded me in the post I am holding now in this publishing house, was trying to transfer to his own business the rights you had granted to Seix Barral. Of course, I cannot but apologise for the inconvenience those delays may have caused to you.

Ferraté recordaba ahí, pidiendo disculpas, que hacía ya casi tres años desde que habían llegado a un acuerdo editorial con Jakobson, pero los motivos del retraso eran serios: a la salida de Carlos Barral de la editorial se sumaba que su hermano Gabriel Ferrater, que tenía que asegurar la publicación de la obra y que era el contacto de Jakobson en la editorial, se había suicidado el 27 de abril de 1972.

Stephen Rudy, asistente de Jakobson, respondía el 14 de agosto del mismo año lamentando la muerte de Ferrater e instando a la editorial a que tomara sus medidas para publicar su libro lo antes posible:

17 Aclara Gimferrer en nota al pie: «La obra de Jakobson había sido contratada gracias a la intervención de Gabriel Ferrater, amigo personal de Jakobson, que en principio debía traducirla o en todo caso supervisar su traducción. Gabriel se suicidó el 27 de abril de 1972» (en Paz, 1999:37).

He is shocked and sorry to learn the sad news about the death of Professor Gabriel Ferrater.

Professor Jakobson hopes, however, that the book will not suffer further delays and will appear indeed in the near future. Having given to you the right for its publication, he has been obliged to reject a number of advantageous offers from various publishers for a Spanish translation of his essays, and he insists on your rapid accomplishment of the publication of the Spanish ESSAYS IN GENERAL LINGUISTICS, for which so many readers in the Spanish-speaking world have been waiting so long.

Estas quejas de Jakobson se repetirán en otras cartas, como la del 16 de octubre de 1973, de Martha Taylor a Juan Ferraté, o la del 19 de febrero de 1974, de Martha Taylor a la Editorial Seix Barral, en la que se lee: «I am now asking you to inform us immediately. The fact that the book has not appeared, in contradiction to all the conditions of our contract, and the lack of any answer to our letters create an impossible situation» —MC72 caja 49 carpeta 75—). Sin embargo, a pesar de ello, el ejemplar no será publicado hasta 1975.

Cabe comprobar, por lo demás, que Dámaso Alonso y la Biblioteca Románica Hispánica también se interesaron por los libros del lingüista ruso. Gredos, teniendo un contrato firmado para publicar un primer volumen de sus *Obras selectas* desde 1974 y después de una larga peripécia, tardará catorce años en publicarlo, por lo que el propio Jakobson, que murió en 1982, no pudo ver publicado ese ejemplar en vida.

Julio Calonge, que como hemos visto ya había escrito a Jakobson (Madrid, 7 de diciembre de 1966) solicitando la traducción de *Essais de linguistique générale*, cinco años después (Madrid, 6 de mayo de 1971) volverá a hacerlo preguntando por la posibilidad de publicar algún libro en la Biblioteca Románica Hispánica, después del encuentro de Jakobson y Dámaso Alonso en Roma. A esa última carta había respondido Jakobson el 24 de mayo ofreciéndole, precisamente, la posibilidad de liberar aquella publicación solicitada por Gredos en 1966 y que Seix Barral tenía en aquel momento retenida:

Before making a decision which of my studies could be offered to your publishing house for a Spanish translation, I ask you to be so kind and find out what is the situation with my volume which was supposed, with a few changes, to correspond to my French book *Essais de linguistique générale* and be published in Spanish translation by the Editorial Seix Barral, Provenza 219, Tel. 215 0820, Apartado de correos 5023, Barcelona 8. The contract was signed November 13 of 1969 by Mr. Carlos Barral and me and in its Paragraph 9 stated: «All rights herein granted shall

forthwith and without notice revert to the Proprietor should the translation not be issued in volume form within 12 months hereof...». In the meantime there was a discussion between Editorial Seix Barral and Barral Editores, but on March 2, 1971, Carlos Barral wrote me: «M'ayant été tout à fait impossible d'obtenir des éditions Seix Barral leur accord définitif pour la transférence des droits de langue espagnole de votre volume d'essais, je suis obligé à renoncer à la publication de votre livre sous la marque de Barral Editores,» and already January 11, 1971 Juan Ferraté sent me a letter, a copy of which I am enclosing. Mr Juan Ferraté continued to inform me about some details of the contents of my volume March 1 and March 23 of 1971. Since that time, I have heard nothing from Seix Barral and I shall be most grateful to you if you find out what is the present situation so that we could discuss the book to appear in Editorial Gredos according to your and Professor Dámaso Alonso's gradious suggestions. (MC72 caja 49 carpeta 70)

Ante ese pedido y ofrecimiento, Calonge responde el 21 de junio de 1971 señalando que no tiene la suficiente confianza con Seix Barral para intentar llevar a cabo esa gestión y le pide que mejor les proponga otra obra en una carta en que se lee (la transcribo de forma literal, con sus peculiaridades ortográficas):

Votre suggestion de nous écrire à Editorial Seix Barral, Provenza 219 serait bien possible il y a trois où quatre ans, car à ce temps-là nous avions des relations très amicales avec M. Victor Seix (qui est mort à cause d'un accident in [sic] Frankfurt) et aussi avec M. Carlos Barral. Mais aujourd'hui nous n'avons pas la confiance suffisante pour demander des renseignements, surtout parce que nous avons connaissance qu'il y a eu des discussions entre les personnes qui mènent [sic] la direction des deux maisons d'édition qui sont créées après la séparation de Seix et de Barral.

Je ne veux pas dire que je ne fasse pas les renseignements que sont à la portée de mes possibilités. Mais je ne voudrais pas vous faire attendre ma réponse. En tout cas, il semble, par la lettre qu'il vous a écrite le onze janvier, que M. Ferrater a bien d'intérêt à publier vos œuvres. Il sera mieux que vous décidez que Editorial Gredos publie une autre de vos œuvres. Si finalement Seix y Barral ne publie pas vos Essais de linguistique générale, il sera pour nous très agréable de procéder très vite à l'édition de cet œuvre dans la langue espagnole. Mais, en voyant l'intérêt de M. Ferrater, je me permets de vous prier que vous pensez dans une autre œuvre à être publiée par la maison d'édition Gredos. Je vous remercie beaucoup de votre attention.

No será, sin embargo, hasta 1974 cuando firmen un contrato para la publicación en Gredos de sus *Obras selectas*. Cuando la traducción de los textos

para el primer volumen ya está completa, Calonge escribe a Jakobson el 23 de junio de 1978:

Observamos con gran sorpresa que más del cincuenta por ciento de los artículos que nosotros íbamos a incluir en el primer tomo de las Obras selectas están ya publicados en la Editorial Siglo xxi. En las consultas que hemos hecho a los libreros estiman que será mal vista tal proporción de artículos ya publicados en un tomo, sobre todo cuando el precio de nuestro libro en el mercado será más alto, por su presentación, que lo son las publicaciones de Siglo xxi.

En vistas de lo que antecede, nos hemos visto obligados a interrumpir la composición de esta obra, para ver si podría presentarse un tomo que tuviera una proporción mucho menor de artículos ya publicados.

Como se ve aquí, el mercado transatlántico del libro es un factor determinante. Y, en este caso, Siglo xxi, que aspira por su vocación y precio de venta a un público más amplio que Gredos, se había avanzado.

Jakobson responde el 25 de julio:

During my most pleasant visit to Madrid and then in a long series of letters we discussed the plan of my *Obras Selectas* to be published by Gredos. I was repeatedly told that the question of Mexican editions of my studies does not interfere with the publication of my works in Spain and, consequently, I did not have to take measures against the publication of the same papers in the two countries.

(...)

Finally, I must state that whatever proposals you have for the table of contents of my *Obras Selectas* is up to you. Many years I was asked by various publishers from Spain for permission to print Spanish translations of my diverse studies, but I consistently referred to my contract with you. I hope that after all these years of expectation my book will finally appear among your publications.

Jakobson —quien escribirá quejándose de la tardanza en la publicación de un libro cuyo contrato fue firmado en 1974— morirá sin ver editado ese primer volumen de sus *Obras selectas*, que acabará publicándose en 1988, catorce años después de la firma del contrato. Ese destiempo, plagado de contratiempos, en la publicación de su obra bien puede leerse como paradigmático si se trata de interpretar las relaciones del campo crítico español con un *estructuralismo crítico* —opuesto, en este sentido, a un estructuralismo pre-crítico— *al servicio de la creación* que, sin duda, encontrará vías más adecuadas que el estructuralismo académico para introducirse en España.

2.2.2. Un estructuralismo a la española

La peripecia editorial de Jakobson va ligada, en el caso de Gredos, a que España no es el único espacio de edición en lengua castellana ni siempre el más importante. Sin ir más lejos, las obras más importantes de Lévi-Strauss se editaron en México. La competencia de editoriales latinoamericanas fue, así, fundamental. Tal es el caso de la recién referida Siglo XXI que, como afirma Herralde, «tantas frustraciones me causó al tener copados a muchos de los autores de primera fila de la época, en el ámbito del pensamiento, como Barthes, Lacan, Althusser» (2019a:17). Ahora bien, más allá de esos autores y contra el juicio de Vidal Beneyto, podría alegarse que las referencias estructurales no eran, ni mucho menos, extrañas en España. Así, afirmaba Francisco Rico:

Yo me formé en la época en la que la novedad era el estructuralismo. Un estructuralismo que todavía no era el francés ni la versión luego tan popularizada que acabó por cuajar en los Estados Unidos. Piense, por ejemplo, que yo estudiaba la gramática y los libros de Hjelmslev en la universidad en los tiempos en los que ni Barthes ni Greimas habían leído a Hjelmslev; ni siquiera sabían quién era. Y sin embargo, Hjelmslev estaba en la universidad como libro de texto, porque Emilio Alarcos lo había introducido en España, y por entonces era el pan nuestro de cada día (...). Yo le hablo del año sesenta cuando, insisto, ni Barthes ni Greimas habían leído a Hjelmslev. (2003:45)

De modo análogo, el crítico estilístico Carlos Bousoño podría afirmar en 1976: «Mi idea de la sustitución es de 1952 (primera edición del presente libro) (...), incluso la expuse antes en cursos universitarios, mientras que el formalismo ruso y, por tanto, Sklovskij, no fue conocido en lengua normalmente accesible hasta 1954, en el libro de Victor Erlich, *Russian Formalism*, editado en Mouton and C., La Haya» (103). Ahora bien, esa lectura se da, como salta a la vista, desde presupuestos metodológicos y disciplinarios muy diferentes a los de los autores referidos. Lázaro Carreter —cuyo papel en la editorial Cátedra fue importante— coloca la cuestión en otro plano cuando afirma que ya citó a Mukarovski, aunque brevemente, en su *Diccionario* de 1953 (1976c). El modo de circulación de esos textos —y, con relación a él, los modos de lectura asociados— es aquí lo fundamental, y no un argumento de autoridad basado en la precedencia.

Lo que distingue, de ese modo, la lectura de Hjelmslev que hace Rico del estructuralismo que reivindica Vidal Beneyto, y que en España habría entrado con «retraso», sería la asunción de un modelo epistemológico que

tomara en consideración los presupuestos fundamentales del método de Lévi-Strauss y de su afirmación según la cual la revolución que introdujo Trubetzkoy en el campo de la lingüística implicaba, por fuerza, su toma en consideración por parte del resto de ciencias humanas. «Cuando un acontecimiento de tal importancia se produce en una de las ciencias del hombre», escribe Lévi-Strauss en 1945, «los representantes de las disciplinas vecinas no solo pueden, sino que deben verificar inmediatamente sus consecuencias y su aplicación posible a hechos de otro orden» (1945:31–32). El argumento español —que aparece como un bajo continuo en las relaciones entre estructuralismo y estilística— según el cual se afirma la preeminencia de lo español sobre el pensamiento extranjero solo puede sostenerse a fuerza de olvidar los modos de lectura de los textos.

2.2.3. Falangismo y catolicismo

La Estilística es, en fin, desde este punto de vista, solo un caso más —quizás el más consciente de serlo en lo que se refiere a la ciencia literaria— de lo que Althusser ha llamado «el más grande escándalo teórico de la historia contemporánea».

Sultana Wahnón

Al final de la guerra civil se da, dentro del franquismo, una pugna de poder entre falangistas y católicos que se saldó del lado de estos últimos. La estética del primer franquismo se había apoyado en gran medida en las elaboraciones teóricas llevadas a cabo antes de la Guerra Civil por Giménez Caballero, quien en los años treinta trata de dar «una respuesta totalitaria a las tesis liberales propuestas en la década anterior por su repudiado maestro Ortega» (Selva, 2009:51), y por el pensamiento católico tradicionalista de Luis Rosales (Wahnón, 1988:17). «Revelación, propaganda, servicio y jerarquía serán, pues, las notas fundamentales de su concepción estética» (2009:59), escribe Enrique Selva. Desde una perspectiva normativa, el arte es concebido como revelación y el artista como un servidor. La primacía del referente y de la comunicación, el valor de la inspiración y del entusiasmo, la retórica de la claridad y la centralidad del hombre constituyen una imagen del arte como propaganda al servicio de Dios y del Estado. Como afirma Sultana Wahnón en el trabajo más importante que existe hasta el día de hoy sobre la teoría literaria de la primera posguerra,

la elección del modelo escorialista para el arte en general y del modelo garciliasta para el arte poético en particular y la consiguiente hostilidad hacia todas las restantes formas artísticas —romanticismo, barroco, realismo, y todos los «ismos» y vanguardias de la contemporaneidad— es, sin duda, el aspecto que singulariza a la estética clasicista dentro del común proyecto rehumanizador de la posguerra. (1988:160)

Las tesis fascistas de Giménez Caballero «monopolizaron el ejercicio de la crítica literaria en los años inmediatamente posteriores al fin de la guerra civil» (Wahnón, 1988:23), como se aprecia en la revista *Escorial* hasta finales de 1942, etapa en la que, en palabras de Wahnón, es la «indiscutible directora de la cultura y el arte» ya que «desde sus páginas se ejerce un verdadero monopolio de las actividades culturales y el pensamiento y, prácticamente —con excepción de los *Cuadernos de Literatura Contemporánea*, que dependiente del CSIC, nace precisamente en 1942 con el objetivo fundamental de ir restándole influencia— es la única revista cultural de importancia que se publica en España» (171).

Su estética puede definirse como un «clasicismo cristiano» (28), dado que busca la restauración (clasicista) del período español de la Contrarreforma de los siglos XVI y XVII. En ella, el arte tiene que servir al Estado y a la Iglesia y someterse a él, y la filosofía tiene que alejarse de Kant —y, con él, dejar atrás la era de la crítica— para restaurar la autoridad de «Santo Tomás de Aquino» (Giménez Caballero, 2009:115). El modelo artístico de Giménez Caballero es el monasterio del Escorial («piedra guerrera levantada a la gloria católica e imperial de la Casa Germánica de España contra los franceses (Batalla de San Quintín), y contra los herejes de Oriente y Occidente» —254—):

El Escorial era un Estado. Era el resultado de un arte: *el arte de lograr un Estado*, y el supremo estado de nuestro pueblo, de nuestro genio. Faltaba otra vez el artista que despertase ese genio adormecido e incendiase de acción aquel *motor inmóvil*. Pues si lograr un Estado supremo es sencillamente un Arte (el Arte más sublime y divino entre todos los artes del hombre), también el hombre de Estado que logra tal Estado, no es un político: es un artista primordial. Es decir: la mayor cercanía que el hombre puede alcanzar con la divinidad. Con Dios mismo. (259)

Frente a la estilística croceana, que pensaba el arte como expresión, y frente a la teoría del arte como forma, Giménez Caballero proponía, desde *La*

Gaceta literaria, una teoría del arte como comunicación y revelación.¹⁸ En nombre del Bien y de la Verdad, se constituyó una concepción de la creación como servicio y obediencia. «El artista es un transmisor de imperativos sagrados», escribía: «Como el semen de un raceador lo es de una familia, de una estirpe» (167). El arte tiene que ver con la propaganda y, a su vez, estos con la transmisión de una verdad divina (*«Propagación: Amor. Revelación»* —167—). «El Arte», escribía Giménez Caballero, «no es siempre más que una *revelación de todo Estado*, sea el que sea. Y, además, *su potenciación y su propaganda*» (262), por mucho que «la palabra “Propaganda” parecerá a un humanista, a un kantiano, a un crociano, a un apriorista, a un hipócrita de esos del *arte por el arte*, una verdadera aberración, algo así como una blasfemia» (161). Para Giménez Caballero, «el problema del arte no es sino un sucedáneo de otro problema arduo, trascendente, religioso» (57), el cual adquiriría en la segunda mitad de los años treinta una nueva articulación con el Estado fascista.¹⁹

Junto a esa cultura falangista y en contraposición a ella, los sectores católicos del Régimen desarrollarán plataformas de intervención cultural, entre las que destaca el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), creado por decreto el 24 de noviembre de 1939 como réplica ideológica a la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas de inspiración liberal-institucionista. Su director fue José María Albareda, miembro numerario del Opus Dei avalado por el ministro de Educación Nacional José Ibáñez Martín. En su discurso inaugural, el Ministro comparó el acto con un concilio religioso y afirmó que la misión del CSIC sería establecer los «dogmas de la ciencia española» (Pecourt, 2008:85).

La revista *Arbor*, nacida en 1943 por iniciativa de Rafael Calvo Serer, Ramón Pániker y Ramón Roquer, se convertiría en 1945 en órgano oficial del Consejo. Dirigida en un primer momento por Fray José López Ortiz, y desde 1946 por el catedrático José María Sánchez de Muniain, sus «enemigos naturales eran los falangistas de *Escorial*» (Mainer, 2013:162; ver también Pecourt, 2008:86). *Arbor* proponía, así, sustituir el proyecto falangista por una restauración nacional-católica, como se lee en el artículo «Una nueva generación española» de Calvo Serer, de diciembre de 1947:

Solo la fidelidad a nuestro destino —el cumplimiento de la misión de defensores de la Cristiandad— hará posible nuestro resurgimiento, reintegrándonos al mismo tiempo a la historia universal. En el momento en que Europa solamente

18 «El Arte es siempre revelación. Y la revelación, menester divino» (Giménez Caballero, 2009:167).

19 «Actualmente llega la etapa de un arte más universal y menos circunscrito. Al servicio de una *realidad* de un *Estado armónico. Estado nuevo en el mundo*» (Giménez Caballero, 2009:124).

puede evitar su destrucción volviendo a las raíces cristianas de su historia, el pueblo que lo dio todo por mantener aquel espíritu pasa de nuevo a ser actor principal en la historia de Occidente.

He aquí por qué la generación nueva ha comprendido claramente que solo el catolicismo puede vertebrar a España. Únicamente el desconocimiento de nuestra historia, que no es perdonable tras don Marcelino, puede negar esta elemental verdad. (344)

Desde el final de la Guerra Civil nos encontramos, como sostiene Wah-nón, «con un proyecto de imposición —por parte de unos críticos y teóricos completamente sometidos a las “normas” de la élite falangista o élite falangista ellos mismos— de una ideología estética y crítica a la que, sin ambages, puede calificarse de fascista» (1988:16). Ahora bien, ese proyecto fracasará y, en ese sentido, puede seguirse el paso de la retórica falangista de Ernesto Giménez Caballero a una estilística católica que tendrá, en su vertiente teórico-crítica, a su máximo representante en Dámaso Alonso, un «católico declarado» (Blesa, 2018a:38) que no puede ser leído haciendo abstracción de sus «creencias religiosas» (51), pues Dios «es el presupuesto central» (53) de su pensamiento literario.

Por ello, si se trata de estudiar la genealogía de la institucionalización de la Teoría de la Literatura en España no es posible poner entre paréntesis unos estratos discursivos y una articulación institucional que remiten directamente al nacional-catolicismo franquista. A principios de los cuarenta fue creada una nueva cátedra de Gramática General y Crítica Literaria para propiciar el traslado de Rafael Balbín Lucas —quien fue también vicesecretario del CSIC y participó en la revista *Arbor*— desde Oviedo a la Universidad Complutense. Escribía Miguel Ángel Garrido Gallardo —fundador y primer presidente de la Asociación Española de Semiótica, miembro de la IASS entre 1983 y 1988, presidente de ASETEL entre 2001 y 2005 y figura central en la institucionalización del campo académico español de la teoría— en su necrológica:

En 1943 obtiene la cátedra de Lengua y Literatura españolas de la Universidad de Oviedo y, desde 1948, es catedrático de Gramática General y Crítica Literaria en la antigua Universidad Central, y hoy Complutense, de Madrid. (...) Es el inspirador de la creación de las cátedras de «Gramática general y Crítica literaria», titulación cuya renovación hoy resulta urgente. En todo caso, la vinculación de la «Gramática general» y la «Crítica literaria» en los programas oficiales dejará una huella perdurable, sean cuales fueran los avatares que sigan los planes de estudio. Si es que, después de los supuestos del generativismo gra-

matical, se puede discutir todavía la existencia de una «Gramática general», no parece dudoso que el fundamento de la hermenéutica literaria es un problema de lenguaje. Para el teórico del lenguaje, la Teoría de la literatura es un capítulo importante, pero para el teorizador de la literatura, la Teoría del lenguaje supone un fundamento imprescindible. (1980:345–346)

De ese modo, y como tendremos ocasión de ver con más detenimiento en lo que sigue, se observa cómo la institucionalización académica de la teoría de la literatura en España estará asociada a una veta lingüística espiritualista que funcionará en la mayoría de los casos, como decía Vidal Beneyto, como «instrumento de control» y «administrador del acceso de otros paradigmas científico-literarios» al campo del saber (1981b:21).

2.2.4. El centenario de San Juan de la Cruz (1942)

La hispana teoría sale de la iglesia de Santa María la Mayor precedida de la guardia civil a caballo en uniforme de gala.

Juan Goytisolo

Como comentábamos hace un momento, *Escorial* pretendió en un primer momento comandar la vida cultural española en el marco dirigista de un proyecto cultural de Estado coordinado hasta por lo menos finales de 1941 por Falange. Su editorial, del que extraigo algunos fragmentos, da buena cuenta de ello:

Interesaba de mucho tiempo atrás a la Falange la creación de una revista que fuese residencia y mirador de la intelectualidad española (...).

Nacemos con la voluntad de ofrecer a la Revolución Española y a su misión en el mundo un arma y un vehículo más (...). Porque ciertamente el primer objetivo —el objetivo sumo— de nuestra Revolución es rehacer la comunidad española, realizar la unidad de la Patria y poner esa unidad —de modo trascendente— al servicio de un destino universal (...).

En este sentido, esta —ESCORIAL— no es una revista de propaganda, sino honrada y sinceramente una revista profesional de cultura y letras. No pensamos solicitar de nadie que venga a hacer aquí apologías líricas del régimen o justificaciones del mismo. El régimen bien justificado está por la sangre, y a las gentes de pensamiento y letras lo que les pedimos y exigimos es que vengan a llenarlo —es decir, a llenar la vida española— de su afán espiritual, de su trabajo y de su inteligencia (...).

En cierta manera —en cambio— sí es ésta una revista de propaganda. Podríamos decir en la alta manera, ya que no hay propaganda mejor que la de las obras, y obras de España —propaganda de España— serán las del espíritu y la inteligencia para los que abrimos estas páginas.

Queden, pues, en claro nuestros objetivos. Primero: congregar en esta residencia a los pensadores, investigadores, poetas y eruditos de España: a los hombres que trabajan para el espíritu. Segundo: ponerlos —más ampliamente que pudieran hacerlo en publicaciones específicas, académicas y universitarias— en comunicación con su propio pueblo y con los pueblos anchísimos de la España universal y del mundo que quieran reparar en nosotros. Tercero: ser un arma más en el propósito unificador y potenciador de la Revolución y empujar en la parte que nos sea dado a la obra cultural española hacia una intención única, larga y trascendente, por el camino de su enraizamiento, de su extensión y de su andadura honestada, corporativa y fiel. Y, por último, traer al ámbito nacional —porque en una sola cultura universal creemos— los aires del mundo tan escasamente respirados por los pulmones españoles, y respirados sobre todo a través de filtros tan aprovechados, parciales y poco escrupulosos.

Para tal empresa —ya se irá viendo en nuestras páginas— todos están invitados, todos los que se atrevan a sentir esta España una y trascendente, perseguidora de un destino universal. Y entre todos contamos con nuestro propio pueblo y con los fraternos y filiales que han de entender, en este caso como en todos los aspectos, la rabiosa y sincera sed de nuestra Falange (...).

Para tal empresa hemos querido usar una alta invocación, porque las cosas son un nombre y por él se conocen y se obligan. Escorial, porque esta es la suprema forma creada por el hombre español como testimonio de su grandeza y explicación de su sentido. El Escorial, que es —no huyamos del tópico— religioso de oficio y militar de estructura: sereno, firme, armónico, sin cosa superflua, como un Estado de piedra. Magno equilibrio del tiempo: ni solo panteón, ni solo residencia, ni solo disparada y alta porfía; sino equilibrio y suma de todo ello: edificado sobre los muertos como señal de estar legítimamente enraizado en lo propio y servido por la substancia de lo ejemplarmente pasado; pero entero, vivo, practicable para el uso del tiempo y extremado de altura, escudriñante y ambicioso como quien, comenzando en la memoria, no vivo sino para la esperanza. Así era él ayer cuando no había sangre en España que lo supiera merecer, y así hoy cuando vuelve a hacerse norma y ejemplo de una voluntad colectiva. Nosotros lo hemos ganado y —por decirlo así— reedificado, comenzando por reedificar sus cimientos con guardar en ellos el polvo de nuestro inmediato ori-

gen, nuestra más reciente y viva tradición, el escandaloso y exigente testimonio de la sangre joven, el cuerpo de nuestro José Antonio, cuyo espíritu encontrará tan cómoda, tan a la medida, para el éxtasis y el vuelo, aquella arquitectura ordenada y ejemplar.

Por fidelidad y amor a la vieja y nueva historia usamos de este nombre —ya transmutado míticamente— para nombrar nuestra obra. Ambicioso es el empeño y grave la obligación. Dios nos ayude en ellos y ¡Arriba España! (Escorial, 1940:7-12)

Ahora bien, este ideario será muy pronto puesto en cuestión desde el interior del propio Estado. En mayo de 1941 Franco nombró a José Luis Arrese secretario general del Movimiento y modificó su política con relación a Falange, poniendo freno a sus perspectivas revolucionarias (Wahnón, 1988:360), y en noviembre 1942 se produjo un cambio de dirección de *Escorial*, con la salida de Dionisio Ridruejo —que en 1941 había participado como voluntario de la División Azul junto con las tropas nacional-socialistas alemanas para combatir a la Unión Soviética—, y se celebró el centenario de San Juan de la Cruz. *Escorial* dedicó justamente en ese mes (noviembre de 1942) un número a San Juan de la Cruz, el cual es leído por Wahnón como «una segunda estación en el camino de vuelta hacia la concepción liberal del arte» en un momento en que «el arte vuelve a ser expresión» (1988:418). Según la crítica, y modulando en este punto el relato hegemónico en torno al liberalismo y la restauración democrática, en el centenario de San Juan de la Cruz se rescata el «componente estético y el componente empirista o subjetivo que contribuyen al restablecimiento paulatino de la concepción liberal del arte» (444). Ahora bien, esta vuelta a la expresión —que es aquí leída desde el presente de una posdictadura en los años ochenta— no es tanto una conexión con las nuevas corrientes críticas del siglo XX —y, por lo tanto, con las inmediatamente anteriores a la guerra civil— como una restauración de presupuestos decimonónicos fruto de la estabilización de la crisis romántica de finales del siglo XVIII. De ese modo, a pesar de que los miembros del grupo escorialista han sido presentados a través del calificativo «falangistas liberales» como «corresponsables, a medias entre la voluntad y la necesidad, de una continuidad liberal», cumpliendo de ese modo una «misión continuista» (Gracia, 2004:218), como ha indicado el propio Mainer —quien en otro lugar del mismo libro afirma,矛盾oramente, que se trató, en sus resultados, de «una revista de tono comedidamente liberal, a menudo» (2013:152)—, «el tono mayoritario era el esperable y podía definirse como el de un humanismo clásico y cristiano alarmado ante la modernidad» (150).

Aunque no es este el lugar para estudiar estas cuestiones, basta, para asomarse al ideario nacional–catolicismo del que arrancó la revista, con referir «El sueño de la razón» de Eugenio Montes, texto que abría el primer número de noviembre de 1940, en que critica el racionalismo y la Ilustración, empezando por Descartes y por Kant y sus «difuntas» (Montes, 1940:15–16) *Críticas*:

Renunciando a todo saber graduado en su certeza por los grados del ser, renunciando a lo misterioso, a lo singular, a lo probable, es decir, a lo que existe, el hombre (...) le exige a la realidad que se haga científica (...). Alejada del espíritu, la inteligencia se hizo un mecanismo que prácticamente crea autómatas. Así hemos multiplicado la naturaleza, pero desalmándola, y esa naturaleza desalmada se subleva contra el hombre como este se había sublevado antes contra Dios. (16–17)

La antropología del franquismo, compartida en este punto por el falangismo y el nacional–catolicismo, está basada en el tradicionalismo, la obediencia y una relación autoritaria con el saber, y reposa en una filosofía de la historia asentada en el pensamiento de Menéndez Pelayo, para quien la esencia española —a la que la definición falangista de España como «unidad de destino en lo universal» le otorga un papel imperial— se constituye, modernamente, en oposición al pensamiento ilustrado del siglo XVIII, al liberalismo y al marxismo y, tradicionalmente, en contraposición a las culturas judía y musulmana. Escribía en ese mismo ensayo Montes, sosteniendo, frente a la filosofía crítica, una lógica del servicio basada en el dogmatismo filosófico:

Destierro de las causas finales. Culto excesivo a las causas eficientes. El fin prisionero de los medios, y cada medio gritando que es el término de la serie, un fin en sí. Fin en sí, el hombre. Fin en sí, el cuerpo. Fin en sí, la mujer, que quiere vivir su vida, es decir, su histeria. (19)

Aunque Mainer ha afirmado que la revista *Cruz y Raya* de José Bergamín fue el «modelo secreto» (2013:149) de *Escorial*, es obvio —por poco que se haya leído la primera revista— que el modelo intelectual de fondo es radicalmente diferente. Si ambas son revistas cristianas, la de Bergamín —cerca en este punto a la francesa *Esprit*— planteaba la posibilidad de un catolicismo laico y crítico,²⁰ mientras que *Escorial* sostiene —como se observa

20 Basta con leer el editorial del primer número de *Cruz y raya* para constatar el catolicismo laico o secular, decididamente moderno, por el que apuesta la revista: «Ninguna forma actual del pensamiento tiene que marcarse por adelantado con etiqueta confesional alguna para expresarnos a nosotros su significado espiritual más puro. Al contrario. Porque creemos que en un proceso de

tanto en la última cita como en el editorial—, junto con un falangismo ortodoxo, un nacional–catolicismo integrista y autoritario. Vale la pena, en este sentido, volver sobre el libro de Eduardo Iáñez *No parar hasta conquistar* (2011), un valioso trabajo en el que el autor estudia pormenorizadamente la revista *Escorial* y revisa críticamente las sucesivas interpretaciones a las que ha dado lugar.

Por todo ello, cuando aparezca la problemática de la expresión en la estilística de posguerra será pensada desde la inefabilidad del espíritu, lo que lleva, tal como ha señalado Wahnón, a una

insuficiencia del análisis, límite de la ciencia estilística que constituye el rasgo más característico de verdad de la estilística española y que, antes de encontrar la expresión plena que le diera Dámaso Alonso en *Poesía española*, aparece como una premisa básica de la práctica crítica de base estilística en las revistas españolas. (1988:428)

Misterio, intuición y expresión sellan así una relación autoritaria con el sentido y con la verdad que, como veremos a continuación, cuajan en la obra de posguerra de Dámaso Alonso.

2.2.5 Dámaso Alonso y la estilística como método oficial

El estilo es el único objeto de la crítica literaria. Y la misión verdadera de la historia de la literatura —esa lamentable necrópolis de nombres y de fechas— consiste en diferenciar, valorar, concatenar y seriart los estilos particulares.

Dámaso Alonso

A Dámaso Alonso le cupo ser, sin olvidarnos por ello del otro Alonso, el filólogo y teórico de la literatura que abriera un nuevo horizonte de posibilidades a los estudios literarios españoles sustentados por entonces en el pilar del positivismo y evolucionados posteriormente a lo que se ha llamado idealismo filológico.

Antonio Chicharro Chamorro

verdadera depuración espiritual de todas las actividades humanas la separación de sus formas es una garantía de su autenticidad, por su independencia, cuidando de cumplir como leyes elementales estas fronteras del pensamiento, actuaremos, además de en su beneficio, en el de aquella otra actividad religiosa pura, separándola de todas las formas espirituales que le son ajenas» (Cruz y Raya, 1993:8).

Dámaso Alonso ha sido la gran figura teórico-crítica en la España de la posguerra y (...) su método crítico y su posición estético-teórica están muy relacionados con ciertas premisas de la cultura franquista.

Sultana Wahnón

Dámaso Alonso va a ser la figura tutelar de la crítica española posterior a la Guerra Civil. Su magisterio es tan importante que Antonio Chicharro ha podido afirmar a comienzos de nuestro siglo que «es reconocido comúnmente (...) como uno de los pilares de la teoría y de la crítica literarias españolas actuales» (2004b:164). Ahora bien, como se encarga de señalar el mismo autor, el trabajo de Menéndez Pidal y de Américo Castro «constituyeron un inequívoco punto de referencia comúnmente reconocido» (165) de cuyo paradigma discursivo no salió. El gesto de Dámaso Alonso —en cuyo discurso crítico «se opera», en palabras de Vicenç Tuset, «un claro borramiento de la historia y del contexto» (2016:114)— pasa por privilegiar el estilo frente a un método de la historia literaria que olvida o relega a un segundo plano la dimensión artística de la literatura. Como ha señalado Sultana Wahnón, «Dámaso Alonso ha sido la gran figura teórico-crítica en la España de la posguerra» y «su método crítico y su posición estético-teórica están muy relacionados con ciertas premisas de la cultura franquista» (1988:457). Y en la lectura crítica de Miguel Casado, «él, que en su juventud había traducido a Joyce, apareció después como cerebro de una oscura *nacionalización humanista* de la poesía española que la abocó a un estéril tradicionalismo» (2005b:22). Una nacionalización que —como ya hemos visto—, en un «católico declarado»²¹ (Blesa, 2018a:38) como él, implicaba también un «nacionalismo religioso» (Pérez Las Heras, 2011:155). Al respecto, cabe constatar cómo en 1972 Severo Sarduy cita en «El barroco y el neobarroco» (1972:1387) y en *El barroco* (1974:1233–1234) al Dámaso Alonso de antes de la guerra para conectar el barroco y el neobarroco y para leer a Góngora, pero nunca citará sus trabajos posteriores, irrecuperables para la contemporaneidad poética.

Formado en el Centro de Estudios Históricos, catedrático de la Universidad de Valencia y desde 1939 de la Universidad Central (posteriormente llamada Complutense) y presidente de la Real Academia Española entre 1968 y

21. Como indica el propio Túa Blesa en ese artículo, en el que cuestiona de modo convincente la distinción entre poesía «arraigada» y «desarraigada» que promocionó el crítico, «la cuestión central de todo esto es que cuando se lee a Dámaso Alonso, el poeta, el crítico, el teórico, no importa, no puede hacerse si no es atendiendo a sus creencias religiosas» (2018a:51), pues Dios «es el presupuesto central del pensamiento literario de Dámaso Alonso», centro que «lo explica todo, vida, poesía, fe» (53).

1982, su figura permite, de hecho, conectar tres tiempos de la crítica literaria española: el de la República (con *La lengua poética de Góngora*, en 1935), el de la dictadura franquista (con *La poesía de San Juan de la Cruz*, en 1942 y el giro hacia una estética asociada a los postulados del nuevo régimen) y el de la renovación teórica del último franquismo (a través del trabajo editorial llevado a cabo en Gredos y la introducción de un cierto estructuralismo). En ese sentido, algunas de las vetas que se observan en el estructuralismo español —marcadas por las problemáticas de lo «humano» y de la «expresión»— entroncan con ese recorrido.

En un contexto de positivismo e historicismo, la estilística de Alonso supone una reivindicación de la especificidad del texto literario. La ambigüedad del problema de la expresión, que comunica dos órdenes diversos, tenderá de esa manera a privilegiar el polo de lo inefable después de la Guerra Civil pasando del problema de los recursos expresivos al de lo expresado. Con relación a este giro, cabe sostener con Vicenç Tuset que «la Guerra Civil y la larga dictadura que la siguió imposibilitaron» la continuidad de un proyecto crítico marcado por la «ruptura» del franquismo, la cual supone «su eclipse, y no su consolidación internacional»: «el cambio de actitud de [Dámaso] Alonso respecto a Saussure, la campaña que alienta y protagoniza para minimizar la significación del pensamiento del ginebrino, funcionan como una suerte de prueba por contraste de ese quiebre» (2016:129). Bien podría calificarse esta corriente, por todo ello y tal como se configura después de la Guerra Civil, de *estilística católica* («estilística existencial» —1983:X— la llama José-Carlos Mainer), ya que puede ser leída como una transposición de categorías heredadas del catolicismo que arrancan y desembocan en el misterio. El método de Dámaso —sustentado en «el conocido idealismo lingüístico croceano-vossleriano» (Chicharro, 2004b:165)—, al fundamentarse en la intuición, es, finalmente, un método autoritario e indiscutible, ya que sobre el misterio no es posible discutir racionalmente. Escribe el crítico:

El método que hemos empleado para estudiar a Garcilaso ha sido el que podemos considerar como el más general estilístico, y le hemos aplicado en el vértice mismo donde se concentra el misterio de la forma poética: el punto de unión del significante y el significado. El día en que ese contacto surgió, la obra fue. Cada vez que se produce ese mágico engranaje, se revive, se vivifica el momento auroral de la creación poética: sí, en cada lector se opera el milagro (en dirección inversa a la creación). Ese es el punto central a donde debe converger, principalmente, toda investigación literaria. Esa es la cámara secreta de la producción de la obra de arte, la célula fotoeléctrica de la estupenda metamorfosis. (Alonso, 1950:121)

Puede observarse aquí el tono bíblico («la obra fue») y la insistencia en el origen, la magia, el «eterno misterio de la poesía» (9) («tratar de explicar la poesía de Garcilaso o cualquier gran poesía, es bucear en el misterio» —105—) y el «milagro». O el anti–cientifismo al referirse a Garcilaso:

Pero, ¿por qué, Dios mío, por qué la voz de Garcilaso siempre tan cálida, tan láguida, tan apasionada, por qué en este momento adquiere este hervor de lágrimas en el fondo, por qué cuatrocientos años más tarde aún nos deja pensativos con ansias de asomarnos a alguna infinitud, a unos bellos ojos de mujer, al cielo estrellado, al mar inmenso, a Dios?

¡Tiremos nuestra inútil estilística! ¡Tiremos toda la pedantería filológica! ¡No nos sirven para nada! Estamos exactamente en la orilla del misterio. El misterio se llama amor, y se llama poesía. (1950:104)

Sin embargo, antes de la Guerra Civil, en *La lengua poética de Góngora* (1935) —que retomaba su tesis doctoral de 1928 sobre la *Evolución de la sintaxis de Góngora*—, desde una posición cercana a Spitzer, Dámaso Alonso partía de presupuestos mucho más cercanos al materialismo. «Lo primero que habría que hacer», escribía por entonces, «sería estudiar científicamente y con absoluto desapasionamiento, si de verdad existe tal cambio y, caso de existir, penetrar su intensidad y su alcance» (1961:15). En aquel momento, el crítico presentaba un método eminentemente analítico que, como ha señalado Vicenç Tuset, rompía con el menéndezpelayismo para situarse en consonancia con los planteamientos herederos de la Institución Libre de Enseñanza (2016:115–116). Ahora bien, su libro sobre San Juan de la Cruz supone el paso de una vertiente formalista —que podría asociarse incluso a un cierto materialismo— a un misticismo autoritario que conecta directamente con la ideología nacional–católica del Régimen. Como ha hecho notar Wahón respecto a Dámaso Alonso, «esa oscilación contradictoria entre positivismo —ideología progresista burguesa— y misticismo —resabios de tradicionalismo ideológico— (...) caracterizaría lo más granado de su producción crítico–teórica» (1988:454).

Antes de la Guerra Civil, Alonso se apoyaba en una actitud científica:

Su investigación es estilística y su concepción del arte expresiva, pero su actitud es científica y, como Spitzer, está seguro de que puede llegar al alma del autor o a su manifestación estilística. Ninguna alusión a lo incognoscible e inefable de lo individual, ninguna tampoco a los límites de la ciencia, ni siquiera ninguna a lo necesario de la intuición para completar el análisis como en cambio sí se encuentra en Spitzer. (Wahón, 1988:462)

Ahora bien, esta actitud se difumina tras la Guerra Civil. *La poesía de San Juan de la Cruz* (1942) —libro editado por el CSIC y premiado con el Premio Fastenrath, de la Real Academia Española— tiene, según Wahnón,

una significación importante, por no decir crucial, en lo que a teoría o ideología literarias se refiere, por el lugar que ocupa dentro de la polémica teórica acerca del arte y de la belleza que aquí estamos descubriendo como definitoria de la posguerra. Significación e importancia que se ven incrementadas por lo que este libro supone además dentro de la trayectoria teórico-crítica del que es considerado el principal representante de la teoría y crítica literarias en la España moderna. (1988:451)

El prólogo del libro es ya elocuente. En él cita las palabras de Menéndez Pelayo refiriéndose a San Juan de la Cruz y al «religioso terror» que infunde al «maestro» el contacto con unas *Canciones espirituales* por las que «ha pasado el espíritu de Dios, hermoseándolo y santificándolo todo». Juzgar al santo español con la «admiración respetuosa con que juzgamos una oda de Píndaro o de Horacio», continuaba Menéndez Pelayo, «parece irreverencia y profanación». La irreverencia, se entiende, de tratar como pagano algo que es católico y cristiano. Y enlazaba Dámaso Alonso:

Es el mismo espanto que yo —con mucho más motivo— había sentido siempre: creía que ante la poesía de San Juan de la Cruz lo mejor era admirar y callar. Y esto es lo que quise hacer primero, en estas fiestas conmemorativas de 1942. Fui requerido varias veces para hablar, y me negué siempre. Mas llegó un ruego, que podía ser mandato, y no tuve otro remedio sino obedecer. De unas lecciones universitarias, en Valladolid y en Madrid, ha nacido este librito. (1942b:17-18)

En ese prólogo se cifra la nueva relación de la academia y de la crítica literaria con el poder político: la servidumbre. El «ruego, que podía ser mandato» es el que rompe un silencio que es, al tiempo, el espacio propio de lo sagrado. Dámaso, con ese libro, da voz a ese discurso divino, dejándonos en las orillas del misterio («nuestra posición ha de ser la de contempladores lejanos de la deslumbrante belleza de estas vislumbres; no la de inquisidores de sus incógnitas» —19—):

La poesía es, de todas las actividades de los hombres, la que más lleva en sí la huella de un origen divino. Y a la poesía recurre San Juan de la Cruz, y poesía han sido siempre en la mística de todos los tiempos los intentos descriptivos de los estados de unión. Mas, ay, la poesía, aun la más alta, no puede dar tam-

poco sino sombra de una luz, recuerdo de un recuerdo. Sensaciones, sombras, accidentes: eso es todo. Y allí queda en el fondo la esencia última, intacta, intangible. (1942a:116–117)

Se lee en el apartado «Final» del libro: «Desde esta ladera del otero, casi aún en el fondo del valle, hemos querido escudriñar la cima de la poesía de San Juan de la Cruz. Hemos utilizado los recursos de la historia y la crítica literarias, ¡bien pobres instrumentos!» (1942a:176). Presentando una epistemología literaria acorde con la antropología católica del franquismo, el crítico adopta una actitud de servicio y desconfía del entendimiento y de la razón. Al final del camino, llegamos a las puertas del misterio: «Porque yo hablaba del lado humano, desde esta ladera. Y después del análisis, al final del camino, nos encontramos con el muro ingente, con la puerta cerrada que sella el prodigo intangible de lo poético, infinitamente más cerrada aquí e impenetrable, pues no son sino operaciones divinas lo que se encierra detrás» (178–179). A partir de ese momento, en su escritura empiezan a proliferar el «misterio», el «temblor», las «vibraciones del alma», el «estremecimiento» y los «secretos». La literatura es misterio, y «nadie nos revelará nunca el misterio de la poesía» (Dámaso Alonso, 1952:511). Fue entonces cuando, como ya señalara Lázaro Carreter, la estilística literaria española se apartó de la vía científica para abrazar el idealismo.²²

Aunque se ha señalado que es posible ver ya en su artículo «Aquella arpa de Bécquer», publicado en *Cruz y Raya* (nº 27, pp. 59104) en junio de 1935, si bien de modo implícito y fragmentario, ese giro epistemológico (Wahnón, 1988:463–466), Vicenç Tuset es crítico con esta interpretación, la cual sería resultado de aislar fragmentos de texto de sus contextos efectivos (2016:121–122). Sean cuales sean los grados y niveles de encabalgamiento entre períodos, cabe sostener con Wahnón que

lo que parece indudable es que, voluntaria o impuesta, la estilística de Dámaso Alonso tal como aparece formulada en algunos trabajos posteriores a la guerra y, mucho más, en los posteriores a partir de *La poesía de San Juan de la Cruz*, era la única especie de crítica científica o universitaria que la primera cultura franquista pudo consentir y asimilar como propia, (1988:457)

22 «Tengo para mí que la estilística literaria española sale antes de sus páginas [de Ortega y Gasset] que de las de Croce o Vossler; la fecundación de este último será posterior, quizá para desvirtuar la enseñanza orteguiana, cuya concepción del estilo, como hemos visto, desbordaba el margen, fundamental pero no único, del lenguaje, y hubiera podido conducir a pesquisas formales más próximas a las de la hoy triunfante estética literaria eslava. / Pero una siembra intelectual necesita años para dar cosecha; y cuando ésta producía ya jóvenes frutos, sobrevino la gran sequía que truncó su desarrollo natural» (Lázaro Carreter, 1985:206–207).

lo que explicaría su predominio en las dos primeras décadas del franquismo. Alonso, catedrático de Filología Románica de la Universidad de Madrid desde 1940, sucediendo —sin pasar oposiciones— a Menéndez Pidal (Wahnón, 1988:468), escribe su libro sobre San Juan por obediencia —ya lo hemos visto: «llegó un ruego, que podía ser mandato, y no tuve otro remedio sino obedecer» (Dámaso Alonso, 1972:873–874)—, el cual «está en la base, en el origen, de la renovación estética y crítica de la España de la posguerra» (Wahnón, 1988:480). Una vez desplazadas las posiciones de Giménez Caballero en *Escorial*, la estilística puede incorporarse sin mayores problemas (474). Como sostiene Wahnón, «era el concepto de arte como expresión del alma, y del alma en su vertiente sentimental o afectiva, el que resultaba de hecho legitimado por la figura de San Juan de la Cruz» (507).

Túa Blesa ha mostrado, por lo demás, cómo «los símbolos de los místicos van siendo trasvasados al discurso de la teoría» (1999:17) en *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos* (Madrid, Gredos). Los tres tipos de conocimiento a los que se refiere Dámaso Alonso (el del lector, el del crítico y el científico) son a su vez una traslación de los tres estados o vías de la mística para alcanzar la fusión divina.²³ Como expone Túa Blesa, «la emoción de la lectura abre una pregunta sobre su origen y este no es buscado en lo leído, sino que se desplaza a otro lugar, a Dios, a la noción de Dios, que estaba ya desde antes en el “alma” del propio teórico» (21). Las implicaciones políticas de ese modelo teológico saltan a la vista en un país bajo la dictadura de Francisco Franco, «Caudillo de España por la gracia de Dios» (19).

La crítica a la ciencia que trascurre en su escritura —y, particularmente, en el fragmento anteriormente citado sobre Garcilaso— forma parte de una concepción mística del conocimiento: «El problema de los métodos científicos para el conocimiento de lo literario está en pie: el castillo no ha sido ganado. Hemos girado en torno a él, hemos recorrido sus muros, sus rondas, sus arrabales. Solo la intuición, solo las saetas silbadoras salvan los muros y llegan hasta la interior morada. Allí reina la luz» (Dámaso Alonso, 1950:595). Por todo ello, Túa Blesa puede concluir que la estilística de *Poesía española* «es una teoría a lo divino; una búsqueda de la unión mística de lo físico y lo espiritual, de lo divino; una teoría de la presencia que no puede vislumbrarse desde el espacio de la lectura sin más, sino por la senda de la creencia, de la intuición» (1999:24).

23 «Alonso ha trasladado un lenguaje de un tipo de discurso a otro y con él, claro está, toda una concepción que hará de la poesía un “eterno misterio” y que el trabajo del crítico estilístico sea un “quehacer que mira al cielo”. El camino hacia el objetivo, los tres conocimientos, así, no es sino el resultado del traslado de los tres estados o vías de la mística para alcanzar el matrimonio con Dios» (Blesa, 1999:18).

La estilística de Dámaso Alonso quedaba subordinada así «a un algo superior e inexplicable». De ese modo, esta estilística católica pasó a ser el discurso crítico «exclusivo del ámbito universitario durante casi dos décadas» (Wanhón, 1988:420), ya que suponía, como método, «el momento en que toda ambición científica debía detenerse para dejar paso a la fe» (497). Como Ester Pino ha señalado, Antonio García Berrio, Miguel Ángel Gárrido Gallardo y Tomás Albadalejo se referirán a él desde la nostalgia y la admiración (2018:200). Vidal Beneyto, por su parte, ha mostrado cómo la centralidad de la estilística en los cincuenta y los sesenta la hizo el discurso mediador para la introducción de otros paradigmas; y, en ese sentido, Vicenç Tuset ha señalado cómo la estilística cumplió una función de obturación en la recepción del paradigma estructural (2015:65). De hecho, como señala Graciela Goldchluk, durante los años setenta siguió dominando este paradigma en la Universidad Nacional de La Plata, en la que los autores formalistas y el *Curso de lingüística general* eran leídos por los estudiantes fuera de las aulas en reuniones clandestinas (comunicación personal).

Ello se ve ya si acudimos a la primera traducción al castellano del *Cours de linguistique générale* de Ferdinand de Saussure, publicada en Buenos Aires en 1945 por Losada. El autor de la traducción y del prólogo es Amado Alonso, autor español que partió a Argentina en 1927 para dirigir el Instituto de Filología de Buenos Aires por petición de Ramón Menéndez Pidal (Rosell, 2011:190). La paradoja detectada por Tuset consistiría en que esas tempranas recepciones institucionales del estructuralismo «terminan constituyendo espacios de resistencia a su penetración efectiva» (Tuset, 2010:2). Amado Alonso —quien insiste en la distinción entre *indicio* y *signo* y hace de la heterogeneidad de lo apuntado por el indicio clave misteriosa de lo poético (Rosell)— recalca que el acercamiento de Saussure es, en esencia, «positivista» (Amado Alonso, 1945:7) y le acusa de separar la lingüística de la pragmática: «La lingüística de Saussure llega a una sorprendente claridad y simplicidad, pero a fuerza de eliminaciones, más aún, a costa de descartar lo esencial en el lenguaje (el espíritu) como fenómeno específicamente humano» (12). El lenguaje vivo que piensa Amado, y que persigue restituir «la acción del espíritu» (28) en el lenguaje, queda muy lejos del de Saussure:

Este pensamiento unitario particular que yo articulo con los medios de mi idioma para ser transmitido a tu conciencia, provoca tu prurito de aceptación, lector amigo, por su contenido unitario, y a ese contenido es al que el ojo de tu conciencia se va acomodando tácticamente a través del instrumental sintáctico y léxico, como el ojo de tu cuerpo se va acomodando a los objetos enfocados a través de los lentes auxiliares. (25)

Ya en 1932 afirmaba que «el lenguaje quiere reflejar nuestra íntegra vida interior. Y así como ésta no es todo razón, sino también emoción, fantasía y voluntad, así tampoco en el lenguaje todo es lógica» (1932:192).

En tanto que el estructuralismo será introducido principalmente, en el campo literario español, por la mediación de una tradición estilística que conecta con Dámaso y Amado Alonso, se entienden las dificultades que tendrá para incorporarse en tanto que discurso o paradigma. Como afirma el propio Tuset, y como podremos ver en lo que sigue, en España «lo más frecuente será observar que un texto o un concepto se recibe con su refutación incorporada, y hasta algunas veces la refutación será usada por los detentadores de la hegemonía cultural para tratar de evitar la circulación de un concepto antes incluso de que este haya podido dar algún fruto positivo» (2010:s/p).

2.2.5.1. Sustratos discursivos

Lo dicho hasta ahora obliga a reconocer que la renovación estructuralista de finales de los años sesenta no puede entenderse sin conectarla con el estado del campo y las prácticas críticas heredadas del período anterior. Pues, lejos de suponer una ruptura radical, la mayoría de las veces esas novedades teóricas se encabalgarán con las anteriores perspectivas. Como puede apreciarse consultando su catálogo, las dos líneas fundamentales de la Biblioteca Románica Hispánica —fundada en 1949 y dirigida por Dámaso Alonso— de la editorial Gredos son la estilística y la estrictamente lingüística. El segundo volumen de dicha biblioteca (en su serie «Tratados y monografías») es la *Teoría literaria* de René Wellek y Austin Warren, publicada en su lengua original en 1949 y traducida por Gredos cuatro años después. Obra de referencia durante muchos años, en ella Wellek y Warren plantean una contraposición entre lectura interna y lectura externa —en la que toman partido por el primer término— que será vinculante hasta, como mínimo, finales de los años sesenta. En Gredos se combinan las publicaciones lingüísticas y literarias, en las cuales predomina mayormente un enfoque interno o inmanentista. La *Historia de la crítica moderna (1750–1950)* de Wellek, los trabajos de Dámaso y de Amado Alonso o las publicaciones lingüísticas conviven en su catálogo con la presencia, sin duda menor, de estudios sociohistóricos como *El mundo social de La Celestina*, de José Antonio Maravall.

El estructuralismo que introducirá y promoverá Gredos estará así en continuidad con los trabajos de la estilística de los Alonso, por un lado, y con la lingüística de Alarcos Llorach, por el otro. Autores como André Martinet (*Elementos de lingüística general* —1965—; *La lingüística sincrónica: estudios e investigaciones* —1968—; *El lenguaje desde el punto de vista funcional*

—1971—; *Estudios de sintaxis funcional* —1978—; *Evolución de las lenguas y reconstrucción* —1983—) y Louis Hjelmslev (*El lenguaje* —1968—; *Prolegómenos a una teoría del lenguaje* —1971—; *Principios de gramática general* —1976—; *Ensayos lingüísticos* —1987—) serán así introducidos y leídos en dos campos paralelos: el de la lingüística estricta y, por mediación de la estilística, el de los estudios literarios.

La lectura que se hace de los nuevos autores desde ese sector de los estudios literarios tiende a interpretar el estructuralismo, como ha estudiado Vicenç Tuset (2010, 2015, 2016), como una continuación de la estilística, omitiendo de ese modo su especificidad. Tuset ha mostrado cómo la recepción que hace Dámaso Alonso de Saussure (especialmente, a través de *Poesía española, ensayo de métodos y límites estilísticos* —1950—, donde considera su teoría del signo lingüístico «tan aséptica como plana, pobre» —Dámaso Alonso, 1950:22— y acusa al lingüista de descuidar la «boscosa hondura de la realidad idiomática» para sustituirla por la «apariencia de un solo corte plano» —19—) obtura sus potencialidades al amalgamarla con una estilística idealista local de raigambre crociana (Tuset, 2015:70). De ese modo, como escribe Dámaso Alonso al comienzo de su prólogo, «el lector comprenderá en seguida cuán insalvable abismo nos separa de la teoría saussuriana» (1950:19). Para él, «el lenguaje es un inmenso complejo en el que se refleja la complejidad psíquica del hombre»; y, frente a la arbitrariedad del signo lingüístico, sostendrá que, «para nosotros, en poesía hay siempre una vinculación motivada entre significante y significado» (31–32). Esa relación de motivación, como se ve, Dámaso Alonso la toma de Benveniste (Alonso, 1950:599–603) —ahora bien, al hacerlo, la psicologiza.

Como señalaba ya Carmen Martínez Romero en su tesis doctoral con relación al período 1965–1974, «a diferencia de la crítica sociológica, donde, como veremos, la tradición apenas era significativa, en la crítica inmanentista, el principio teórico básico, defendido fervientemente por la renovación: el inmanentismo analítico, se encontraba con una herencia consolidada gracias a la labor realizada por Dámaso» (1987:450–451). De ese modo, Lázaro Carreter, García Berrio y Bobes Naves «recogen la herencia teórica de formalistas, estructuralistas y semiólogos, aunque sea Berrio el que mayor importancia concede a los formalistas, Lázaro a la poética jakobsoniana y Bobes a la semiología. Como presupuestos básicos de la renovación, van a defender unánimemente: el inmanentismo analítico y la descripción de la obra literaria» (453–454).

Esa recepción privilegia la vía estrictamente científica y descarta no solo el estructuralismo filosófico, periodístico y literario (Milner, 2008b) —con sus derivas «posestructurales»—, sino también el proyecto recién referido de Lévi-Strauss de refundar teóricamente las ciencias humanas. De ese modo, la

tradición estructural que viene, por lo menos, de la publicación en 1951 de la *Fonología española* de Alarcos Llorach es estrictamente lingüística y pre-lévi-straußiana. El estructuralismo, en sus versiones ontológicas o más radicales, suponía una revolución epistemológica que rompía con la oposición entre ciencias humanas y ciencias naturales (Pardo, 2001) y, en el campo de los estudios literarios, volvía sumamente problemática la distinción entre lectura interna y externa que había comandado la valoración crítica de René Wellek y Austin Warren en su *Teoría literaria*, publicada en 1953 por Gredos, distinción que estructuraba el campo crítico español de los años sesenta, dividido entre los defensores de la estilística y los de la crítica sociológica y marxista. De ese modo, la recepción del estructuralismo en España tenderá a amalgamarse con la estilística, hasta el punto de que, en muchas ocasiones, se dene-gará la especificidad del estructuralismo.

Esa veta hará que las interpretaciones metafóricas, creativas o no disciplinarias de los conceptos de la lingüística, vinculadas en Francia al grupo Tel Quel, a la obra de Barthes y a la deconstrucción, queden comúnmente fuera del radio de recepción de una academia que tenderá a privilegiar una continuidad estilística que insiste en la necesidad de conectar la disciplina literaria con la lingüística. No es extraño, por ello, que en muchos de los textos precursores de esta institucionalización aparezcan referencias a la «ecuanimidad» (Alvar, 1975:10) y a la continuidad teórica al lado de críticas al radicalismo y a unos supuestos excesos teóricos que serán compartidos tanto por aquellos historiadores detractores de la teoría como por la mayoría de los propios teóricos de la literatura.

Por todo ello, en los sectores literarios dominantes del campo académico español se interpretará el estructuralismo —cuando no sea directamente rechazado— como una continuación de la estilística y se privilegiará una continuidad de enfoques inmanentistas entre los que se incluye la estilística, el *new criticism* y el estructuralismo, algo favorecido por el papel de Dámaso Alonso en Gredos.

Esta hegemonía se traslada a los manuales de enseñanza secundaria, como los editados por Vicente Tusón Fernando y Lázaro Carreter en Anaya durante los años ochenta, cuya visión trasparece en sus comentarios sobre «Estilística y crítica literaria» (*Ínsula*, nº 59).²⁴ De ese modo, en su versión pe-

24 «La estilística es un instrumento inapreciable para la crítica, en su vía analítica; la crítica utiliza datos estilísticos para su síntesis; y la síntesis que, por otra parte, realiza la estilística puede no coincidir con la síntesis crítica. Ello nos obliga, por un lado, a separar como ejercicios distintos la estilística y la crítica literaria, y a vincular, por otra parte, la primera a la segunda con nexos de subordinación. Esta subordinación está motivada por el hecho de que la forma surge inexcusabemente del fondo en íntima e indisoluble fusión» (Lázaro Carreter en García Berrio, 1973:83).

dagógica, este estructuralismo desembocará en «la defensa de un análisis descriptivo del texto literario» (Martínez Romero, 1987:48), práctica docente hegemónica en la enseñanza secundaria hasta prácticamente nuestros días. Escribe Antonio Chicharro en un texto de 1991 respecto al comentario de texto, refiriéndose a lo acontecido desde los años setenta: «En el centro de los debates suscitados siempre se vio envuelta la historia literaria, a la que algunos se esforzaban —y esfuerzan— en mantener empecinadamente con la ayuda de un instrumento docente, el comentario de textos, y a la que otros intentaban sustituir con ese mismo medio» (2004e:301). En efecto, ya en 1965, Lázaro Carreter publicaba, junto con Correa Calderón, *Cómo se comenta un texto literario* y en 1973 defendía la incorporación de «la Explicación de Textos (...) a la pedagogía española de la literatura» (1973:7) en un contexto en que la reforma educativa lleva a que la literatura pase a una posición secundaria en los planes de estudio al tiempo que se da preferencia a la Lengua sobre la Literatura. En 1974 Lázaro Carreter coordinó una encuesta titulada *Literatura y educación* y publicada en la colección «Theoria» de Castalia, dirigida por él mismo. El «Pórtico» que abre el libro presentaba «El punto de vista de Dámaso Alonso» como texto destacado en la que el padre de la estilística española arrancaba con una afirmación «escandalosa»: «La literatura se suele enseñar de modo detestable, y no solo en España» (Dámaso Alonso, 1974:9). En el volumen participaron, entre otros, Emilio Alarcos, Manuel Alvar, Andrés Amorós, Juan Benet, Buero Vallejo, Camilo José Cela, Miguel Delibes, Elías Díaz, Guillermo Díaz-Plaja, Manuel Fraga Iribarne, Joan Fuster, Rafael Lapesa, José María Pemán, Francisco Rio, Tierno Galván y Francisco Ynduráin. En cambio, Vicente Aleixandre, José Luis López Aranguren, José María Blecua y Cruz Martínez Esteruelas, nuevo Ministro de Educación, se negaron a responder a la encuesta (Lázaro Carreter, 1974d:331). Las «Palabras finales» de Lázaro Carreter sintetizaban el objetivo del volumen: «la defensa de la Literatura como disciplina académica» (329) en el contexto de la reforma educativa, al tiempo que reivindica una renovación de los métodos críticos. En ese texto afirmaba Lázaro Carreter:

Cuantos (...) defendemos la Literatura como disciplina académica en todos los niveles de la enseñanza, estamos defendiendo un modelo de ciudadano razonador, crítico y sensible, tal vez incómodo, pero evidentemente necesario para edificar una verdadera y ordenada ciudad de hombres (...)

Ahora bien, a la vez que aquí se pide un fortalecimiento de los programas literarios, no se oculta (...) la necesidad de transformar radicalmente la docencia de esta disciplina. Tal como suele ejercitarse (...), ni contribuye a crear espíritu crítico en los alumnos, ni estimula sus gustos artísticos, ni los convierte en

lectores. De ahí su crisis entre los estudiantes mismos. Recientemente, en un importante congreso reunido en Francia para tratar de la enseñanza de la Literatura, Roland Barthes definía con clarividencia cómo las clases de tal materia consagran una perniciosa identidad entre Literatura e Historia de la Literatura (...). Quien sale del Bachillerato para consagrarse a saberes no humanísticos, considera la Literatura (ahora, en España, ni aun eso) como un conjunto de «nóminas de la lengua metaliteraria»: autores, escuelas, movimientos, géneros y siglos, destinados a convertirse en una reminiscencia infantil, esto es, en una *mitología* —la palabra es, ahora, de G. Genette—, poblada de grandes nombres y de paradigmas falsamente hipostasiados (Edad Media / Renacimiento / Siglos de Oro; Romanticismo / Realismo / Modernismo / Generación del 98, etc.), que fosilizan y enmascaran la realidad histórica. En España, la situación se agrava por el hecho de que todo el saber infantil y juvenil ha solidado quedado en eso, sin apenas contacto con los textos. (335–336)

Aquí venía, pues, la propuesta renovadora de Lázaro Carreter, que encontrará una vía de institucionalización académica una década después, con la creación, en 1984, de los departamentos de Teoría de la Literatura: «Si se logra salvar estos estudios para la cultura patria, el segundo paso debe ser, pues, una enérgica corrección de los métodos docentes, de tal modo que prescindan de su antigua función mitologizadora, y logren infundir en los alumnos una dinámica de lectores que se prolongue en su edad adulta» (336–337).

2.2.6. Vías de la continuidad y de la renovación: el justo medio y el lugar de Lázaro Carreter

El recorrido de Fernando Lázaro en sus investigaciones literarias ha trazado una línea que parte de la Estilística, las estrategias de lectura en las que se formó, atravesó el paradigma jakobsoniano, de influjo tan sobresaliente un tiempo con su atisbo de propuesta teórica, general, para salir de él habiendo mostrado sus insuficiencias, para señalar que la llamada función poética no era tal cosa, sino que el nombre que le convenía era el de función estructurante. Pero esa salida no condujo a una renuncia al planteamiento teórico, sino que dio lugar al hallazgo de un planteamiento nuevo, el de la literalidad como condición necesaria de varias series textuales y la inserción de la teoría del texto literario en la más amplia de la teoría del mensaje literal.

Túa Blesa

Fernando Lázaro Carreter (1923–2004) puede ser considerado el principal discípulo de Dámaso Alonso y, al tiempo, aquel que llevó las perspectivas estilísticas de su maestro hacia una apertura estructural. Como indica Túa Blesa, sin sus trabajos la Filología «en España habría sido otra durante la segunda mitad del siglo pasado, sería hoy otra, desde luego empobrecida» (2008:35).

Lázaro Carreter, tras licenciarse en la especialidad de Filología Románica en la Universidad Central de Madrid en 1945, fue nombrado ayudante y en 1946 ganó la oposición a la Adjuntía de Filología Románica cuyo catedrático era Dámaso Alonso, quien dirigió su tesis doctoral sobre *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, defendida el 30 de mayo de 1947 (Santiago Lacuesta, s/f). En 1949 ganó la oposición a la cátedra de Gramática General y Crítica Literaria de la Universidad de Salamanca hasta que en 1971 se trasladó a la de Lengua Española en la Universidad Autónoma de Madrid y en 1978 de nuevo a una de Gramática General y Crítica Literaria, esta vez en la Universidad Complutense de Madrid. Además de dirigir la colección «Clásicos Castalia» (1973–1976), la editorial Anaya fue también muy importante para Lázaro Carreter, quien codirigió la «Biblioteca Anaya» de clásicos españoles y dirigió la colección «Temas y estudios», y donde publicó libros de texto de lengua y literatura destinados a la enseñanza secundaria. Lázaro Carreter fue también vicepresidente de la Asociación Internacional de Hispanistas (1971–1977), presidente de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada desde su fundación en 1977 y director de su revista, *1616*, y fue nombrado presidente de honor de la Asociación Española de Teoría de la Literatura (ASETEL) en 1999, durante la celebración del primer simposio de la asociación. Todo ello da cuenta de su centralidad.

Lázaro Carreter es una figura de pasaje que, al tiempo que renueva el campo crítico, permite conectarlo con las tradiciones estilísticas locales y presentarlo desde la perspectiva de la continuidad. En ese sentido, Túa Blesa ha señalado, a través del estudio de varios artículos del crítico, cómo esos trabajos de Lázaro Carreter se presentan como un «reconocimiento de méritos» que le lleva a valorizar la estilística y, con ella, «la práctica de sus maestros directos e indirectos y el marco teórico en que él se había formado y en el que estaban insertos sus estudios anteriores y habría que decir que sus convicciones (2008:43–44). Como ha indicado José Portolés Lázaro, si en sus publicaciones de finales de los cincuenta y principios de los sesenta «todavía pervive el psicologismo de la Estilística de Alonso» (2018:134), en la segunda mitad de los sesenta dará un cambio radical a sus planteamientos, sin por ello dejar de apreciar lo que de valioso tienen las aportaciones de su maestro. Ello se hará posible, en parte, gracias a una estancia en Austin (Texas) en 1967, donde Ricardo Gullón le introducirá a la crítica literaria americana contemporánea.

ránea (135). Así, si en *Estilo barroco y personalidad creadora* (un libro de 1966 en que recoge escritos de los cincuenta y los sesenta) todavía reivindica una lectura biográfica y psicológica, en *Lazarillo de Tormes en la picaresca* (1972), que recoge textos de entre 1966 y 1970, sostiene «un punto de vista fundamentalmente literario» y, haciendo uso del vocabulario del formalismo ruso, tiene en cuenta por lo tanto exclusivamente «la serie artística» para dilucidar la literatura «como tal» (Lázaro Carreter, 1972:9).

Ahora bien, al tiempo que constata la ruptura —que presenta como un cambio de paradigma—, no deja de reconocer en Dámaso Alonso a un precursor de ese interés por la dimensión estructural del lenguaje (Portolés Lázaro, 2018:137–138). El crítico plantea de ese modo una apertura de la tradición estilística local a los planteamientos eslavos, europeos y estadounidenses del siglo xx. El gesto consistiría, pues, en inscribir la estilística española y, con ella, a Dámaso Alonso, en una tradición viva que seguiría dando frutos en el presente, tal como comenta en su prólogo a las *Estructuras lingüísticas en la poesía* (Cátedra) de Samuel R. Levin en 1974:

A nadie menos que a los españoles pueden sorprender o parecer novedosos estos esfuerzos contemporáneos, inducidos por el formalismo ruso, para desentrañar el quid de la lengua poética. Al margen de aquel influjo, y muchos años antes de que se ejerciera en América y Europa, Dámaso Alonso lograba revelar con éxito determinados artificios constructivos —bimembraciones, trimembraciones, pluralidades, correlaciones—, realizando un esfuerzo, no bien comprendido hace un cuarto de siglo, para alcanzar un «conocimiento científico» de la poesía (compatible con su convicción de que «la materia literaria no será nunca totalmente investigable por procedimientos científicos»). Y hoy, cuando la modernidad de su pensamiento resalta como auténtico precursor de la Poética actual, ocurre tal vez que no es tan conocido como debiera. Uno de los motivos por los que he promovido la traducción del libro de Levin es, justamente, este: hacer ver que nuestro gran crítico debe seguir en las manos de los estudiosos de la lengua artística. (Lázaro Carreter, 1974a:18)

En 1976 Lázaro Carreter publica en Taurus sus *Estudios de Poética (la obra en sí)*, que recogen artículos escritos entre 1969 y 1975. La introducción supone una revisión de la historia y el lugar de la Poética en las disciplinas literarias modernas, que reaparecería como problema central en 1958 con la conferencia de Jakobson «Lingüística y poética». La particularidad de la tradición española respecto a otras tradiciones residiría en que esa intimidad entre lingüística y literatura habría existido a lo largo de todo el siglo xx, gracias a la preeminencia de la estilística:

Los españoles e hispanoamericanos, que contamos con una tradicional compatibilidad entre los estudios lingüísticos y literarios establecida por la escuela de Menéndez Pidal, y que hemos conocido el auge de la Estilística idealista por obra de dos de sus más preclaros maestros, Dámaso Alonso y Amado Alonso, tal vez no estemos en condiciones de atribuir a esta nueva alianza entre la lingüística y la literatura los caracteres de auténtica revolución que tiene en el seno de las ciencias humanas. No obstante, debe advertirse que la moderna Poética y la Estilística que nos es familiar solo tienen puntos tangenciales de contacto, como habremos de ver. (Lázaro Carreter, 1976a:ii)

Se impone así una doble constatación. Por un lado, en España ya existía —al contrario de lo que ocurría en Estados Unidos, por ejemplo—²⁵ una íntima conexión entre lingüística y crítica literaria. Por el otro, hay que reconocer las diferencias entre los nuevos métodos formales y los de la antigua estilística.²⁶ Lázaro Carreter considera aquí —estamos en 1976— que el estructuralismo no ha penetrado todavía suficientemente en España:

En cuanto a la onda estructuralista (y últimamente semiológica), está aún por probar contundentemente sus efectos. Suele mostrarse como demasiado mimética de lo más superficial que se produce en Francia e Italia, y, salvo alguna excepción notable, parece más preocupada por las aplicaciones atropelladas de métodos heterogéneos que por una meditación de sus fundamentos y de sus necesidades epistemológicas.

La ruptura con los viejos modelos de los estudios literarios se ha producido con más decisión en otros países, urgidos perentoriamente por razones internas de sus propias culturas. (1976a:18)

Como España ya tenía una tradición lingüístico-literaria fuerte, basada en la estilística de Dámaso Alonso, no habría precisado de esa ruptura —y, sin embargo y al mismo tiempo, es esa escuela previa, que filtrará el estructuralismo, la que dificultará ciertos avances de las nuevas tendencias.

25 «El *New Criticism*, por su parte, que estatúía vehementemente el hecho de que un texto es, antes que nada, un objeto verbal, se distanciaba, sin embargo, de la lingüística científica, por cuyos métodos y logros manifestó constante desdén» (Lázaro Carreter, 1976a:9–10).

26 Esta doble relación explica en parte la fácil recepción de las corrientes formalistas y estructuralistas en su versión científica y, al tiempo, las dificultades de recibir las evoluciones epistemológicas más avanzadas del estructuralismo, que serán calificadas muchas veces como relativistas, escépticas o abiertamente nihilistas. Nora Catelli, en una conferencia de 1987 («Retóricas y jergas en la crítica contemporánea»), presentaba ese límite desde una cierta visión extraterritorial que conecta los debates nacionales con el panorama internacional y sus inflexiones argentinas.

La presentación es, por lo demás, una informada síntesis en la que, junto con Jakobson, Saussure y Peirce, desfilan, de modo razonado, Leo Spitzer, René Wellek, Karl Vossler, Benedetto Croce, Kate Hamburger, Umberto Eco, Tzvetan Todorov, Julia Kristeva y Jan Mukarovsky, entre otros. El prólogo sitúa así a la nueva disciplina, la Poética, con relación a la estilística y la semiología (Lázaro Carreter, 1976a:24): «La estilística no aspira hoy a identificarse con la Poética, sino a ser simplemente una parte de la misma, según hemos dicho, con una condición esencial que la distingue de la más familiar a nosotros, la de raíz idealista» (25). Se trata, pues, de rebasar el marco estilístico y de interrumpir «la valoración o el descubrimiento de la psique creadora del autor» (25) en que desembocaba la estilística idealista. Con relación a la semiótica, que es una ciencia de la cultura, «la Poética es solo un sector de su complejo ámbito» (29), de modo que, «a través de una semiología general, la Poética puede entrar en contacto con problemas y métodos que, tal vez, no emergieran de ella» (29). Ese gesto, que aquí queda apuntado, no será, sin embargo, desarrollado por Lázaro Carreter en su obra.

Vayamos a «*La lingüística norteamericana y los estudios literarios en la década 1958–1968*», texto de 1969 publicado en ese mismo volumen. Se trata de una historia y un panorama de la lingüística actual en sus relaciones con la literatura, desde la conferencia «*Linguistics and Poetics*» de Roman Jakobson hasta la actualidad. Después de la revolución lingüística, afirma Lázaro Carreter,

el estudio del lenguaje literario ha conquistado su derecho a ser objetivo y autónomo, es decir, a contar con una descripción independiente de intuiciones críticas previas, y que no tenga como única finalidad confirmarlas; por el contrario, esa descripción puede promover observaciones literarias no alcanzables por mera intuición. (1976b:36)

A pesar de ello, el crítico recuerda el valor de la estilística idealista:

por cuanto es esta dirección de trabajo la que ha orientado la mejor actividad crítica española de los últimos años, conviene llamar la atención sobre el sentido de los ataques sistemáticos que se le dirigen —no solo en Norteamérica—, y que dejan de ser razonables por parcialidad o, a veces, por mero desconocimiento. (37)

El valor de Jakobson —a cuya visita a España dedicará un reportaje en *Triunfo* (Lázaro Carreter, 1974c)— consistiría en haber «reducido a sistema muchas intuiciones anteriores» (1976b:46) y, al mismo tiempo, en colocar en el centro una lingüística interesada por la literatura y una literatura pen-

sada lingüísticamente lo que, como afirma en varios lugares, era algo que ya se encontraba en la estilística de Dámaso Alonso («es una antigua verdad, conocida y vivida por distintos núcleos europeos de investigación» —49—).

Como ha señalado Túa Blesa, en ese trabajo de 1969 Lázaro Carreter toma distancias respecto a Jakobson por la primera vez al referirse a la «*supuesta clave*» de los trabajos de aquél, cuya tesis es presentada de ese modo como «discutible» (2008:44; ver Lázaro Carreter 1976b:45). Yendo un paso más allá, «Función poética y verso libre», de 1971, supone ya una muy informada reflexión sobre las nuevas corrientes de estudio de la poética, en las que aparece ya una crítica o superación del estructuralismo saussuriano y jakobsonian en términos generativos o creativos, a través de autores como Meschonnic. Lázaro Carreter recuerda, por lo demás, que ya se refirió, aunque brevísimamente, a una comunicación de Mukarovsky de 1936 en su *Diccionario* de 1953:

Las cuestiones que, principalmente, polarizan la atención de los lingüistas se acogen bajo el nombre de *Poética*, si afrontan la caracterización del lenguaje literario, y de *Estilística*, en particular, cuando tratan de definir el modo peculiar de escribir de un artista. Son, como vemos, tareas de muy luenga tradición, y su «novedad» se refiere tanto al hecho de su reaparición en el panorama de la filología actual, como al modo de realizarse: el estructuralismo lingüístico, que fue sordo a las tentaciones de la literatura, no ha pasado en vano. Y mientras la nueva Poética empalma, diríase que gustosamente, con la tradicional, la Estilística actual se afirma sobre una serie de reproches preliminares a su homónima, tal como se cultivó en parte de Europa, España incluida, e Hispanoamérica. El desdén hacia la *Stilforschung* que cuenta con los nombres excelsos de Vossler, Spitzer, Auerbach, De Robertis, Contini, Dámaso Alonso, Amado Alonso... se plasma en el dictado de «neo-idealista» con que suele ser clasificada, y se refiere a lo asistemático, intuitivo e inverificable de sus métodos. En el trabajo anterior manifesté lo injusta que considero esa actitud, y a él me remito. Lo cual no supone afirmar la actualidad de tal tipo de crítica, basada en una concepción del lenguaje que, hasta hace poco, parecía periclitada. No olvidemos que el área geográfica donde la Estilística «neo-idealista» triunfa, estuvo bajo la influencia del pensamiento de Croce, reelaborado por Vossler. (1976c:51)

Cabe percibir cómo en este texto se produce una especie de bucle. Si por un lado se afirma que el estructuralismo va más allá de la estilística, también se recuerda que algunos procedimientos estructurales ya eran practicados por los estilistas, quienes tenían clara la vinculación entre lenguaje y literatura, y que, en fin, las últimas tendencias lingüísticas que critican los límites del estructuralismo son propicias a una vuelta a la estilística. Estas críti-

cas serían las que elaboran Georges Mounin (contra Jakobson y una poética que quería «hacer olvidar la existencia de un significado poético» —61—) y Henri Meschonnic.

Sorprenden, en este sentido, las conclusiones a las que llega Lázaro Carreter en ese artículo:

Meschonnic tiene, indudablemente, razón. Esperemos, pues, una nueva Poética que explique el poema, no como creación, sino como creatividad, no como producto, sino como energía creadora. Pero este parece que fue el objetivo de la *Stilforschung*. En tanto, pienso que las concepciones alumbradas por los filólogos eslavos, y, más concretamente, la personal versión que de ellas está ofreciendo en los últimos años R. Jakobson, pueden permitirnos avanzar mucho en el conocimiento de la lengua poética, en general, y de los estilos individuales, en particular. (1976c:61–62)

De ese modo, esa vuelta al sujeto que a través de la pragmática (Portolés Lázaro, 2018:139–145) se produce en los años setenta aparece como una vuelta *del sujeto* de la antigua estilística —un sujeto que, sin duda, no tiene nada que ver con el sujeto marcado por el lenguaje del que parte Meschonnic.²⁷

Conviene, sin embargo, no perder de vista aquí lo que comenta Vidal Beneyto sobre las relaciones de vasallaje imperantes en la época en España, las cuales no dejan de imprimir sus marcas en ciertos giros de su discurso, y que Juan Goytisolo (1999a, 1999b) prolonga prácticamente hasta nuestros días. Merece la pena copiar la cita por extenso (la cual aparece, significativamente, como una nota al pie en su discurso):

Es revelador observar cómo esta sacralización científica del actual presidente de la Academia Española de la Lengua [Dámaso Alonso] lleva a los profesionales más lúcidos de su ámbito, cuando quiebran la pauta estilística dominante y se refieren o utilizan otros planteamientos metodológicos en el estudio de la literatura, a compensar esta supuesta deslealtad damasiana mediante el pago de un supertributo de vasallaje que constituye al gran crítico español en horizonte permanente y no superable de todo posible análisis literario. Y así [hace]

27 El énfasis de Meschonnic en la corporalidad es completamente ajeno a esa tradición española: «C'est sans doute parce que le corps est plus engagé dans le langage quand le rythme y joue un rôle plus grand, que la poésie est ce mode de signifier qui parle le plus, et qui transforme, surtout, le plus, les modes de signifier. Le rythme est une subjectivation du temps que le langage retient du corps» (Meschonnic, 1982:655). «Le problème majeur, il me semble, d'une anthropologie du rythme, est de ne pas rester dans les catégories kantiennes d'une philosophie occidentale qui se reproduit de se savoir dans son histoire. C'est peut-être pourquoi il y a à faire la critique du corps par le langage, la critique du langage par le corps» (653).

el profesor Lázaro Carreter, que puede decirse que ha venido a ocupar en la ciencia española de la literatura el lugar que tenía el doctor Dámaso Alonso en los años cincuenta y que ha hecho, en gran medida, practicable la sustitución de la perspectiva estilística que este encarnaba, en un prólogo al ya mencionado estudio de Levin. (Vidal Beneyto, 1981b:21)

que, como ya hemos visto antes, colocaba las aportaciones de Dámaso en el centro. Como señala Vidal Beneyto, «el dominio de la Estilística era tan pleno (...), y el prestigio de Dámaso Alonso tan unánime, que hacían inútil toda práctica directamente censora y bastaban para explicar la puesta entre paréntesis estructuralista hasta los años setenta» (21).

Es interesante, en ese sentido, ver cómo, en el campo académico, tanto el rechazo como la incorporación irán acompañados, por lo común, de *una retórica de la continuidad* que muchas veces tiende a presentarse a través de una ponderación del *justo medio*. Carmen Martínez Romero se ha referido, al respecto, a «la falta de confrontación directa entre tradición y vanguardia, así como la objetividad con que la nueva crítica valoró la tradición» (1987:452). Esta actitud puede calificarse, tal como la presenta Miguel Casado, de *tradicionalista*: «Los tradicionalistas no solo afirman una *continuidad*, sino que se afanan en constituirla».²⁸

El propio Lázaro Carreter planteó la conveniencia de llevar a cabo, contra las críticas frontales a la estilística, «un balance más sereno de lo que supuso el idealismo para los estudios lingüísticos y literarios» (1976c:38). Y presentaba del siguiente modo, en 1979, la *Introducción a la metodología literaria* de Domingo Ynduráin:

Ante el panorama a simple vista desconcertante que esas disciplinas ofrecen, la actitud más cómoda consiste, por lo que se refiere al quehacer literario, en inhibirse, prosiguiendo el trabajo en la investigación y en el aula dentro de los cauces que podríamos llamar tradicionales: una mezcla de erudición (muchas veces indirecta), biografismo, paráfrasis de textos, algunos toques corteses de «sociología», «psicología» y «estilística», y todo ello al hilo de la cronología, ya que no de la historia. Otra posibilidad, grata a muchos jóvenes, consiste en adherirse con devoción pía a uno de los métodos en boga —una de las semiologías

28 «Creencia y práctica constructora se confunden, de manera que se produce una especie de impermeabilidad frente a los propios textos: por mucho que se acumulen evidencias en otro sentido nunca se modifica el punto de vista, la selección y el relato de la historia se mantienen inmutables e incluso se realizan las manipulaciones y desplazamientos lingüísticos y teóricos que sean necesarios para justificarlo» (Casado, 2005f:199).

triunfantes, un sociologismo de reflejos o, menos, un psicoanálisis «amateur»— desde el que contemplan con desdén otras prácticas, enardeciéndose con el barrunto de que con ellos empieza, al menos en España, la verdadera ciencia literaria. (Lázaro Carreter, 1979:9)

Se aprecia así cómo, colocándose entre la antigua Filología burocrática y el nuevo terrorismo metodológico, Lázaro Carreter se representaba su propia labor como una toma de partido por el rigor y el juicio sereno (10).

Dentro de esta perspectiva continuista, destaca la figura de Antonio García Berrio (1940), especialista en poética y autor de *Significado actual del formalismo ruso* (Planeta, 1973). En esa obra de más de 400 páginas el autor se proponía, «al contraste de la luz que arrojan sobre la poética de nuestro siglo las doctrinas de la escuela formalista de Rusia, reflexionar en torno al contenido general y los problemas de dicha poética» (1973:7–8). Su obra se interesaba así por «la ciencia poética de nuestro siglo, con preferencia por sus tendencias más recientes, muy especialmente las que podríamos llamar neoformalistas, neomarxistas y crítico-lingüísticas estructurales» (8). Como dejaban entrever estas afirmaciones, es un libro estrictamente académico, «escrito para los universitarios españoles de hoy» (9) desde la «condición de profesor» de Gramática General y Crítica Literaria de su autor con el objetivo de «que sirva en la coyuntura actual científica y social de los universitarios españoles» (8). El libro no se limitaba a presentar las aportaciones del formalismo, sino que incorporaba —como una continuación del mismo— referencias a Barthes, Todorov, Kristeva, Lévi-Strauss o Derrida.

En ese libro, García Berrio no solo señalaba el «inmanentismo analítico» que emparentaría al formalismo ruso, al *new criticism* y a la estilística, sino que insistía en sus diferencias específicas (1973:79). Ahí, disputando el terreno a la orientación hegemónica del momento, invocaba *Literatura y significación* de Todorov (traducida en 1971 por Planeta) para presentar la estilística «como parcela metodológico-crítica importante, pero no única de la ciencia de la literatura» (73). Así, el autor, apuntando su ubicuidad académica en España, sostenía que «la pretensión estilística de constituirse como un todo en auténtica y completa ciencia de la literatura es con exceso abultada» (82–83).

Su libro sobre el formalismo ruso concluía, de modo significativo, alertando de los excesos teóricos. En su caso, previniendo de los riesgos que la radicalización de ciertas concepciones puede entrañar en materia artística, refiriéndose a «una modalidad de degeneración artística que comienza a insinuarse insistentemente en los últimos años» (1973:423). Ese juicio de valor separa drásticamente la investigación crítica de García Berrio de las producciones de vanguardia que se estaban llevando a cabo paralelamente, como el

ciclo novelesco de Juan Goytisolo o algunos de los proyectos literarios visibilizados en la maniobra editorial de los *Nueve novísimos* (1970).

Eso explica la posterior evolución del autor, quien no se interesaría por la literatura contemporánea, y que publicará posteriormente, entre otros libros, *Formación de la Teoría Literaria moderna. La tópica horaciana en Europa* (Cupsa, 1977) y *Formación de la Teoría Literaria moderna (2). Teoría poética del Siglo de Oro* (Universidad de Murcia, 1980), donde se propondría «construir, desde el sistema renacentista, las bases de la Poética europea moderna» (García Berrio, 1977:II). Se trataba así, sosteniendo «la continuidad ininterrumpida de los fenómenos estéticos» (18),

de historiar, ilustrar y representar el esquema general de la teoría estético-literaria europea durante el período renacentista, construido, a mi juicio, en muchos de sus puntos esenciales sobre los aportes de la tradición doctrinal horaciana, y tratando de esclarecer también desde dicha base la evolución de la teoría literaria española en épocas subsiguientes. (15)

En 1994, en su «Prólogo a la segunda edición española» de su *Teoría de la literatura (la construcción del significado poético)*, en el que presenta su libro como un «Tratado» (1994c:18), García Berrio podrá referirse, a partir de esos supuestos, «al saludable rescaldo humanístico e idealista de nuestra tradición y circunstancia española» (17).

Por lo demás, no es casual que el título (*La crisis de la literariedad*, Taurus, 1987) de uno de los dos volúmenes salidos del primer congreso de Semiótica celebrado en España (el *Congreso Internacional sobre Semiótica e Hispanismo* celebrado entre el 20 y el 25 de junio de 1983 en el CSIC) remitiera a la tesis central de un artículo de Lázaro Carreter de 1975 («¿Es poética la función poética?») en el que el crítico planteaba los límites del acercamiento de Jakobson, una perspectiva por la que tanto había hecho. En ese texto presentaba el paradigma jakobsoniano como aquel «que constituye hoy por hoy la más fecunda clave para interpretar la literatura como una clase peculiar de lenguaje» (1976d:69). Y, sin embargo, tras ello anuncia su «insatisfacción actual ante el concepto estampillado en Praga y adoptado por Jakobson para su estupenda acción en los dominios de la lengua literaria», pues «la función poética no es exclusivamente poética y, por tanto, no es distintiva» (72). Las críticas a esa ausencia de distintividad empírica de lo poético —que, por lo demás, «no constituye ningún descubrimiento, puesto que él mismo la sugirió» (71)— le parecen a Lázaro Carreter una muestra de que «el paradigma jakobsoniano ha entrado en crisis» (72). «El paradigma de Jakobson», afirmaba, «puede conservar su fecundidad, si se somete a una reordenación» (73).

En un artículo del año siguiente, «El mensaje literal», el autor insiste en que la moderna Poética «ha recaído en las mismas vaguedades que la Poética tradicional a la hora de fijar el hecho diferencial» (Lázaro Carreter, 1976e:149) de lo poético. A lo que añade: «Tras una aceptación *imo pectore* de la doctrina de Jakobson, la falta de poder distintivo que aqueja a la llamada función poética se me alza hoy como difícilmente salvable» (153). Por eso, el autor plantea pasar de la distinción entre *lenguaje estándar / lenguaje artístico* a la de *lenguaje no literal / lenguaje literal*, siendo el primero un «lenguaje destinado a perecer apenas se ha producido el acto comunicativo» (154). Por todo ello, «hay que definir en qué consiste el lenguaje literal antes de intentar describir qué sean la lengua o las lenguas artísticas» (171).

Esas valoraciones de Lázaro Carreter indicaban que los estudios de Poética iban a emprender en España una nueva dirección, pero no como despliegue de esa vía, sino como profundización de la crisis del paradigma encarnado por Jakobson. Esa nueva dirección aparece confirmada, una década después, en el volumen colectivo anteriormente referido, en el que se incluyen textos de Todorov, Martínez Bonati, Claude Brémond y el propio Lázaro Carreter, entre otros. En este nuevo contexto, la pragmática será la vía de futuro que permita seguir explotando científicamente la veta lingüística. El congreso del que surgen casi todos los textos de dicho volumen es importante, porque es justo anterior a la institucionalización de la Teoría de la Literatura y permite ver los estados de la teoría en ese momento transicional.

Uno de los elementos que cabe destacar de su labor, por lo demás, es su liberalidad. Si bien su interés central será la Poética y el desarrollo de una teoría literaria que retoma el legado formalista y estructuralista y que prolonga el de la estilística, entenderá que la Poética no agota la crítica literaria. Así, afirmaba en su introducción de 1974 a Samuel R. Levin:

Claro es que la Poética tiene mayores ambiciones que la lingüística (estructural) como ciencia interpretativa que es, y no meramente descriptiva. Pero, aun así, no pretende sustituir al conjunto de actividades que, en bloque, podemos llamar crítica literaria, y menos aún a las ciencias no literarias —historia, sociología, antropología, psicología, economía, semiología, etcétera— que incluyen a la literatura en su campo de observación. (Lázaro Carreter, 1974b:98)

Unos años después, en 1982, en su prólogo a la *Teoría de la literatura* de Boris Tomachevski (Akal), presentaría el formalismo recordando las críticas de Trotksi a la nueva escuela crítica en 1924. Citamos un largo párrafo que da cuenta de la posición de Lázaro Carreter respecto al pasado y al presente de los estudios literarios, que liga con el anterior fragmento:

Hoy, a mucha distancia ya, no solo en el tiempo, sino también en el espacio científico que han explorado nuestros estudios, no es difícil reconocer en los alegatos de Trotski una parte de verdad: era demasiado arrogante pretender que el arte consiste solo en el artificio de su construcción, y que el estudio de la literatura termina en descubrirlo y describirlo. Pero hay que conceder también que la tarea que emprenden aquellos jóvenes investigadores era de tal magnitud, que solo podía afrontarse con gestos desabridos y dogmáticos. Se trataba de derribar los muros donde se atrincheraban unas actividades crítico-literarias híbridas, sin designio definido, porque era, unas veces, el juicio subjetivo del opinante; otras, la mera acumulación de datos a propósito de los textos o los autores; no pocas veces, un sociologismo apresurado y superficial (el más temprano que practicaran los marxistas) o un psicologismo «amateur». Un panorama, el de la Rusia de entonces, que, por desgracia, aún se parece mucho al nuestro actual. (1982:9)

En 1982, dos años antes de la creación de las cátedras de Teoría de la Literatura en 1984, Lázaro Carreter consideraba, pues, que todavía *había que derribar los muros donde se atrincheraban unas actividades crítico-literarias híbridas, sin designio efectivo*.

2.2.7. Semiótica y estructuralismos estilísticos

En el polo académico de la renovación estructural y semiótica será importante, además de Gredos, la editorial Planeta, donde destaca la figura de Antonio Prieto, quien dirige desde 1969 la colección «Ensayos», y que fundará la revista de lingüística y crítica literaria *Prohemio* (1970–1975) en que se difunden investigaciones francesas e italianas ligadas a la semiología. En dicha editorial se publican los libros de García Berrio, la *Estructura de la novela actual* (1970) de Baquero Goyanes, *Ensayo semiológico de sistemas literarios* (1972) y *Morfología de la novela* (1975) del propio Antonio Prieto y, como primer volumen de la colección «Planeta/Universidad», *Gramática de «Cántico»* (1975) de María del Carmen Bobes Naves (1930), sobre cuya obra vamos a detenernos a continuación, ya que es una autora fundamental para entender algunas de las singularidades de la semiótica practicada desde el hispanismo.

Bobes Naves —que, como ella misma narra, tomaría posesión de su cátedra de Gramática General y Crítica Literaria en Oviedo el 19 de noviembre de 1975, víspera de la muerte de Franco, «entre el miedo a las revueltas» (Cuervo)— publicó en Gredos, en 1973, *La semiótica como teoría lingüística*, una obra que, como la autora afirma en el prólogo, era una revisión de un

trabajo de 1965 para conseguir una Cátedra universitaria. Una revisión de un trabajo elaborado en un momento en que la semiótica todavía no tenía incidencia en España y apenas comenzaba a tenerla en Francia. En este libro, como señala Bobes Naves, «nos hemos limitado a la Semiótica que analiza la lengua como sistema de comunicación social, y hemos dejado aparte la Semiótica que analiza otros sistemas de signos, incluido el sistema de signos literario» (1983:9). Al presentar la lengua «como creación humana» y como «exponente de un espíritu individual y colectivo» (35), la profesora marca el camino para la que será la versión dominante de la semiótica literaria española, en continuidad con los presupuestos epistemológicos de la estilística.

En el volumen de 1989 titulado *La semiología*, encuadrado en la colección «Lingüística» de la editorial Síntesis, Bobes Naves presenta sintéticamente la disciplina distinguiéndola en tres partes: sintaxis, semántica y pragmática. Ese libro no tiene, en ese sentido, apenas reflexiones de fondo sobre el carácter epistemológico de la semiótica y su relación con el estructuralismo y las corrientes posestructuralistas. Ahora bien, una década después, Bobes Naves presenta en 1999 tanto el estructuralismo de Saussure como el estructuralismo checo «como un movimiento positivista y antihistoricista (aunque no antihistórico)» (1999:36). Y sostiene que «frente al postmodernismo, la semiología mantiene la fe en los proyectos científicos, como hace el estructuralismo, y ofrece uno propio a partir de unos presupuestos propios» (32). El eje de partición —que va ligado al de Garrido Gallardo cuando distingue entre pensamiento pre–estructural, estructural y posestructural— es claro:

Podemos oponer estructuralismo y postestructuralismo, o modernidad y postmodernidad por un criterio: el estructuralismo es un conjunto de proyectos sistemáticos y científicos (que se prolongan en la semiótica, desde otros presupuestos y con un ámbito más amplio), mientras que los posestructuralistas niegan la posibilidad de cualquier proyecto científico (y también ético, social, político, etc.). (49)

Ahora bien, el problema de esta clasificación —aparte de la enorme *sombra* (Trías, 1969a) que arroja esta filosofía sobre las singularidades de los movimientos contemporáneos— es que ese «estructuralismo», como hemos visto, es en ocasiones difícil de distinguir de un pensamiento «pre–estructural». Por lo demás, en lo que Bobes Naves designa como «movimientos postmodernos» puede leerse su interpretación de la deconstrucción y de los posestructuralismos:

Si hay algo en lo que coincidan los movimientos postmodernos es la fruición con que procuran el desmontaje de esos conceptos: el sujeto (que se inicia

como centro del conocimiento en Descartes y se afirma con Kant y Fichte), y la historia (que encuentra su formulación más hiperbólica en las teorías de Hegel), quizá porque parecían más seguros. Esta actitud lleva directamente: 1) a la negación de la ciencia que se remite al sujeto como elemento que confiere unidad a la caótica diversidad fenoménica de la experiencia atomista como mera acumulación de datos, y 2) a rechazar que la historia tenga un sentido trascendente, y, por lo tanto, a la negación de la Historia como Progreso, pues esto implicaría que la historia camina hacia un final y, por tanto, implicaría también la existencia de un plan o esquema supraindividual, trascendente al sujeto, en cuya determinación el hombre no ha tenido participación. (1999:33)

Cabe ver, en ese sentido, que cuando aquí se nombra la «modernidad» frente a la «posmodernidad», se está en realidad defendiendo un régimen representativo bastante cercano al espacio de pensamiento de la «modernidad» nacional–católica de la España eterna:

La modernidad con su tendencia a la secularización había abandonado la idea de Dios pero no la de trascendencia y admitía que la vida y la historia tenían un sentido en la verdad, en el progreso, en la seguridad. La postmodernidad quiere prescindir de la idea de trascendencia en absoluto y, según Lyotard la estética se convierte en el fundamento de todo, incluida la ética y la ontología.

Los efectos que una y otra posición tienen sobre la creación artística son inmensos: la modernidad aprecia el genio, la creatividad, la forma, la voluntad de estilo; la postmodernidad desestructura el espacio de la representación, descomponen las coordenadas de referencia y de significación, niega los privilegios de la originalidad, no admite que el arte sea revelación o mensaje, se interesa menos por la intención del autor o por el sentido de la obra que por los efectos sociales que produce (teoría empírica de la literatura). (50)

Esta caracterización le permite hacer una presentación *sui generis* de una semiótica —que aquí hemos calificado como *semiótica española*— humanista:

Después del historicismo y del estructuralismo, el siglo XX se orienta hacia los llamados movimientos postestructurales, que, a excepción de la semiótica, se niegan a considerar el Yo como una realidad constante y bien delimitada, o una unidad esencial del conocimiento (psicologismos), se inclinan hacia el irracionalismo (negación de la razón como guía) y también denuncian el peligro de limitarse a la palabra (logocentrismo), que es una construcción del sujeto con la que suple a la historia, que es realmente inasequible al conocimiento. (33)

La semiótica aparece así caracterizada como una disciplina basada en las categorías tradicionales (pre–estructurales) de autor, obra y lector:

En el momento en que la teoría literaria concibe la obra como elemento inter-subjetivo en un proceso de comunicación, es decir, en cuanto reconoce (ya lo había hecho la historia) que hay un autor que canaliza las fuentes (intertexto, contexto) hacia unas formas y un sentido inteligibles que proceden de su propia libertad y del modo en que concreta unas estructuras generales del genio (ya lo hizo el estructuralismo), y reconoce también que hay un lector que interpreta desde su propia competencia el texto, descubriendo en él diversas posibilidades de lectura, estamos ante un nuevo paradigma, el semiótico. (51)

Llama la atención cómo el *genio*, la *obra* y la *libertad* se constituyen en cierre de un discurso en el que la inteligibilidad y la comunicación aparecen, más que como problemas, como presupuestos discursivos. El gesto de Bobes Naves consiste, pues, en tomar algunos elementos de la semiótica y del estructuralismo para integrarlos en un discurso que no es ni semiótico ni estructural. Baste observar el énfasis en la *creencia* —de indudable substrato cristiano— con la que define la autora la semiología:

La semiología, situada cronológicamente entre los postestructuralismos y los postmodernismos, no tiene nada que ver con ellos: sigue creyendo en los proyectos científicos como posibilidad para el conocimiento, sigue creyendo en el orden que se realiza en una sintaxis determinada, cree también en el sentido de las creaciones humanas y en los contenidos semánticos de los signos de la cultura, y en las relaciones de «verdad» que proceden de la identidad de los relatos con la realidad, a través de los sujetos emisores y receptores de los textos, es decir, en la pragmática. (51–52)

La pragmática es, así, la que permite —como veíamos con Garrido Gallardo— ir más allá de un estructuralismo de raíces estilísticas sin salir del círculo divino del sentido. Ese mismo movimiento regresivo se reconoce, por lo demás, en la síntesis histórica que construye en esas páginas, en que considera los movimientos teóricos del siglo XX como una crítica a «los conceptos básicos de la cultura moderna», pero que no pueden menos que producir «las reacciones que darán lugar al resurgimiento de la retórica, de un nuevo concepto de la historia de la literatura, de la estilística, etc.» (34). *El demonio de la teoría* (Compagnon) desembocaría así en la vuelta de un sentido común que, de hecho, en determinados ámbitos, nunca dejó de estar ahí, pero, a la vista de lo dicho, tiene evidentes raíces históricas, religiosas y políticas.

Dos años después de *La semiótica como teoría lingüística*, en 1975, Bobes Naves publicaba *Gramática de Cántico. Análisis semiológico* (Planeta). El volumen se presentaba como la aplicación de las teorías del anterior libro, poniendo en práctica «un método científico basado en datos observables y verificables en la obra» (Boves Naves, 1975:250), al tiempo que reivindicaba el pluralismo epistemológico («cualquier esquema, mientras no sea contradictorio en sí mismo puede ser válido como sistema de análisis, si se aplica con coherencia y consecuentemente, y si la obra responde a él» —250—). El prólogo de Manuel Alvar es elocuente, no solo en cuanto reivindicaba la estilística y dice privilegiar, a través de la «ecuanimidad» (1975:10), el método científico, sino también porque en él criticaba frontalmente la obra de Jakobson. «Desde su postura idealista», escribe Alvar, «Dámaso Alonso ha formulado afirmaciones que hoy corren como de Jakobson y la caterva de sus seguidores» (en Bobes Naves, 1975:12). De hecho, al final de su texto el prologuista insistía en la necesidad de un doble principio que conecta con la estilística («intuición y rigor científico» —30—), para concluir que, dado que «la *Gramática de “Cántico”* responde a esas dos pretensiones —intuitiva y científica—, significa un notable progreso en el conocimiento de la poesía de Jorge Guillén» (31).²⁹

Por lo demás, en el libro, encargado por Lázaro Carreter, ya aparecían referencias a la estética de la recepción (41–42) y a *La actual ciencia literaria alemana* (Anaya, 1971), de Gumbrecht y otros. Sorprende que la que va a ser la aplicación de la teoría semiológica de Bobes Naves comience con apreciaciones sobre la recepción lectora. Cabe señalar, en ese sentido, cómo estas tendencias de raigambre idealista o espiritual tenderán a privilegiar la incorporación de la estética de la recepción o de la pragmática, orillando por lo general el desbordamiento del texto que se está dando en Francia por parte de Barthes, Kristeva y el psicoanálisis lacaniano. La autora defiende así un estudio formal que tiene en la disciplina lingüística —y en sus convenciones de científicidad— su cierre. Eso quiere decir, como la propia autora expone, que «quedan fuera del interés de la lingüística y de la crítica las relaciones que pueden establecerse, binarias o no, entre los sujetos (autor–lector) o entre el sujeto y las referencias (autor–cosas), etc., si no adquieren forma en la obra, si no se actualizan en ella por medio de signos» (67). Se trata, pues, de un estudio «interno» de la obra, «neutro» desde el punto de vistas político e ideológico y «puramente» textual.

29 Manuel Alvar, por lo demás, afirmaba en una encuesta de 1974 que se estaba dando una «crisis, gravísima, de la Lengua Española, por más que haya un —aparente y falaz— apogeo de la Lingüística» (1974:25).

2.2.8. Del estructuralismo a la pragmática

El cierre que incorpora la pragmática y que permite seguir morando «en las pretendidas evidencias del yo» (Lévi-Strauss, 1964:361) llega hasta el día de hoy en dicha escuela filológica, y se aprecia, por ejemplo, en el volumen «Teoría de la literatura y literatura comparada. Actualidad de la expresión literaria» publicado por la revista *Anthropos* (nº 196, 2002), cuyo título, que coloca la *expresión* como paraguas del discurso crítico, no deja de ser significativo. Dicho volumen, en cuyo texto introductorio Manuel González de Ávila critica «la hermenéutica en su versión estética», «la deconstrucción en su variante literaria» y «el neopragmatismo norteamericano en su vertiente cultural» (2002:21), apuesta, frente a ellas, por

luchar con las armas de la razón por un objetivo claro y digno de respeto. Sin ir más lejos, por ejemplo, por la elaboración de una ciencia literaria que sea a la vez consecuencia y causa de la vida literaria de un Sujeto Humano menos marcado por la brutalidad y la indiferencia que el que ya hemos conocido suficientemente tras los últimos decenios de especulación en las ciencias humanas. (26–27)

El volumen, que se cierra con un artículo de Francisco Abad sobre la «Proyección hacia el futuro de la escuela idealista–estilística española», se abre con un artículo de Garrido Gallardo sobre «La teoría literaria ante el siglo XXI» en el que se lee:

Después de todo, ¿qué hay que llevarse estrictamente al siglo XXI? Si es verdad, como lo es, que nuestra teoría literaria occidental no es apenas más que una vasta paráfrasis de Aristóteles, quizás no deberíamos preferir lo último, que no sabemos lo que nos va a durar. Yo no dejaría de llevarme la Poética y la Retórica aristotélica y la Retórica de Quintiliano y la Poética de Horacio y las compilaciones de la tradición de Jaeger (1933), Auerbach (1942), Curtius (1948) y Lausberg. Más la citada conferencia de Jakobson, el libro de Dámaso Alonso y el de Steiner.

(...)

¿Por dónde empezar? Lo que sugiero es que, al cabo de tantos siglos de cultura occidental, la respuesta puede ser: por donde siempre, quizás... (Garrido Gallardo, 2002:40)

La perspectiva de Garrido Gallardo participa, en último término, de un humanismo ahistorical e idealista en el que el gran problema de la contemporaneidad que habría que combatir es, precisamente, la caída de la creencia

en la transparencia y la naturalidad de la comunicación y del sentido, lo que, sin duda, conecta directamente con un problema religioso. Ahí arraiga la singular interpretación española del estructuralismo. «Hay un *lugar* del siglo xx donde considero que empieza la historia que quiero contar. Se trata del mundo cultural de Francia (de París) en los felices sesenta», escribe Garrido Gallardo, lo que le permite distinguir entre tres períodos de la teoría literaria: «pre–estructuralista, estructuralista y posestructuralista» (35). En una entrevista de 2012, Garrido Gallardo vuelve sobre estas distinciones para acabar representando el período estructural como un momento de excesos:

Luego vino el hartazgo. Cuando se habían escrito centenares y centenares (no exagero) de tesis doctorales estructuralistas, que mostraban que el esqueleto de las obras de un autor respondía a un determinado formato, que era el previsto e igual (o casi) para textos valiosos e inanes, ficcionales o no, se empezó a volver la vista a la pregunta de siempre: ¿qué dice? ¿de qué trata? Y recuperó sitio la hermenéutica. (2012:1201)

La relación entre los tres tiempos queda así dilucidada. El estructuralismo —y, con él, la semiótica— sería un momento necesario pero, en último término, prescindible, al suspender la pregunta por lo más importante: el contenido humano de las obras. De ese modo, habría dos vías del posestructuralismo. Una, que avanza en el descarrío (y ahí está la deconstrucción); la otra, la recta vía, sería la que vuelve a la pragmática y, al hacerlo, retoma la gran tradición de la Retórica y la Poética. Eso mismo es lo que quedaba ya afirmado, por lo demás, en las primeras páginas de *La musa de la retórica*, en las que subrayaba la «unidad entre la etapa estilística, estructuralista y semiótica de la Teoría de la Literatura» (1994:13), las cuales desembocaban en la pragmática y la hermenéutica (14), que a su vez se oponían a la deconstrucción, respecto a la que afirma Garrido Gallardo:

Llegamos a lo que antes usted llamaba «excesos». Visto que la crítica no se resuelve con una clave única y universal, comprobado que la estructura de un relato es como la de todo relato y la de una poesía como la de toda poesía, que cabe desconfiar de las interpretaciones «redondas», caemos en la ideología de la sospecha. Está de acuerdo con el clima filosófico postmoderno. Un texto nos lleva a otro y el segundo a otro y así sucesivamente en un itinerario sin fin. La deconstrucción está servida y Derrida, traducido del francés al inglés, en todas las bibliotecas de los Estados Unidos. Y en las nuestras.

Examinar el carácter «figurado» hasta cierto punto de todo texto y explorar sus posibilidades de deconstrucción ofrece muchas revelaciones interesantes, lo malo

es que se llegó a convertir en expediente para la interpretación absurda: todo puede significar cualquier cosa. Más que una metodología crítica se convertía en un alegato contra la interpretación. Una petición de principio: si todo puede significar cualquier cosa, carece de sentido emprender la interpretación. En fin, de ahí vino la polémica con Harold Bloom y los demás resistentes. (2012:1202)

Frente a la deconstrucción, y a pesar de que «siempre habrá a quien, porque no comprende lo que hace, le parecerá glamuroso imitar lo abstruso, lo de moda, lo foráneo o lo distinto», se entiende por qué escoge la pragmática como camino natural proveniente de una semiótica estilística:

La Semiótica trajo la Pragmática, o sea la evidencia de que el significado se deriva no solamente del discurso, sino de quienes hablan, de quienes escuchan, de quienes interpretan. Y, como he dicho antes, esto es lo que postulaba la Retórica clásica, razón por la cual volver a nuestra tradición resultaba plausible: muchos colegas nos hemos dedicado a eso. (1203)

Se trata, por lo tanto, de inscribir la teoría literaria del siglo XXI en la gran tradición, española y universal, de la que mejor sería no haber vislumbrado nunca un afuera. Aquí vuelve la añoranza del pasado imperial y nacional-católico, con todos sus «padres fundadores»:

Si lo que quiere decir es que la evolución de este último medio siglo de crítica literaria que nace en París (se llamó, por antonomasia, la *Nouvelle Critique*) hace añorar muchas veces los grandes textos de nuestra tradición, de Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, Américo Castro, Dámaso Alonso, Amado Alonso, Pedro Salinas, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y demás padres fundadores, le digo rotundamente que sí.

Afortunadamente hay que decir que esta tradición se ha conservado en muchas partes del hispanismo. (1202)

La apuesta de Garrido Gallardo, eminentemente tradicionalista, representa la toma de partido para el futuro de la crítica literaria de un sector que —como veremos en su momento (apartado 3.3)— ocupa un importante polo de poder académico en el campo de la teoría literaria española:

Lo que desafía la episteme contemporánea, desde luego, es no entregarse al relativismo, anclarse en la tradición clásica o en el rigor positivista para construir nuestros estudios contemporáneos, o sea, basarnos en nuestra propia tradición sin fundamentalismo, pero sin complejos. Y también desafiaría, si no la «epis-

teme» sí la moda en el sentido más trivial, el que nos dediquemos a la riquísima y variadísima tradición propia, la de una comunidad asombrosamente unitaria en lo lingüístico, pero que encierra una variedad cultural incomparable. Llama la atención que nuestras referencias puedan ser Seating Bull o los aborígenes estudiados por Lévi Strauss. (1204)

2.2.9. Posibilidades y límites del análisis estructural

Como cierre de este estudio sobre las variantes del estructuralismo científico en España, cabe detenerse en *Posibilidades y límites del análisis estructural* (Editora Nacional, 1981), volumen preparado por el sociólogo José Vidal Beneyto pero dedicado a la crítica literaria y a sus presupuestos metodológicos. Vidal Beneyto había estudiado fenomenología en París bajo la dirección de Merleau-Ponty e introdujo en España la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, centrándose en la sociología del conocimiento y en el estudio de problemas epistemológicos y metodológicos, tal como le explicaba a Jakobson en una carta del 23 de febrero de 1973 en la que le pedía permiso para publicar su análisis de «Les chats» de Baudelaire (MIT MC72 caja 49 carpeta 76).

El libro de Vidal Beneyto volvía sobre algunos de los textos fundamentales en torno al análisis que llevaron a cabo Jakobson y Lévi-Strauss sobre «Les chats» de Baudelaire para responder a «una incapacidad» (1981b:9): la que él, en tanto que científico social, experimentaba a la hora de «tratar esa materia prima de nuestra indagación —habría que escribir de toda indagación social— que es el lenguaje natural» (10). Por ese gesto, Vidal Beneyto restauraba la centralidad de los planteamientos de Lévi-Strauss y de su apuesta metodológica de 1945:

Nuestro país, atrincherado en esa inopia y en esa rusticidad —los integristas las motejan patrióticamente de sabia ignorancia— que están probando ser compatibles con dictaduras y democracias, y que dicen que nos salvan de guerras y progresos, se evitó el largo e inane recurso.

Ahora bien, si todas las Ciencias del Hombre y de la Sociedad tienen en común ese inesquitable «primer grado» comunicativo que corresponde a la trama sínica de los lenguajes naturales, parece inevitable que la lingüística a un nivel, y la semiótica-semiología a otro, sean por antonomasia las llamadas a ejercer funciones de esclarecimiento. (1981b:11–12)

Vidal Beneyto apostaba por una presentación razonada de la vía científica del estructuralismo, tomando distancias del eco que lo «convirtió en una

moda parisién», lo que le llevó a tener «una amplia circulación ideológica, que provocó tempranas y saludables reacciones» (13). Igualmente, el autor entendía que «la impugnación frontal de la historia, la voluntad de evacuar al hombre (o, cuando menos, de minimizar su presencia) del proceso social eran *a priori* indiscutiblemente ideológicos, que fueron justa y precozmente denunciados». Se trataba, por lo tanto, de presentar el estructuralismo «no como una fórmula maravillosa y revolucionaria, sino como un instrumento que ofrece posibilidades pero que tiene límites» (14).

El autor comprobaba que «en España, y precisamente a partir de la última década, la perspectiva estructural en el análisis lingüístico-literario se establece sólidamente» (15) —pero también de modo tardío—. Por eso, su relato difería del de Garrido Gallardo, quien sostiene que entre 1962 y 1969 priman en España los formalismos estructuralistas. Vidal Beneyto afirmaba que, por el contrario, habría que esperar a la década de los setenta para que irrumpa el estructuralismo y la semiótica «de forma múltiple y por caminos inesperados» (19).

Se trata, en efecto, de dos definiciones diferentes del estructuralismo. Una primera (que podíamos denominar como *estructuralismo español* y que bien podría calificarse en algunos casos como *estructuralismo católico* o *estructuralismo espiritualista*) se establece en continuidad con la estilística y permite ejercicios como el llevado a cabo en 1971 por el propio Lázaro Carreter; la segunda, en cambio, bebe de las aportaciones de Lévi-Strauss (cuando no de sus discípulos más heterodoxos) y, en España ocupará un lugar mucho más marginal en el campo académico español que la otra vía y se asociará a veces a los movimientos contraculturales, estableciendo relaciones con lo que se conocerá como el *neo-nietzscheanismo*. En el marco de esa polémica, Vidal Beneyto apostaba, como se ve, por un estructuralismo científico que no succumbiera a la moda.

Ahora bien, la crisis epistemológica que supone el estructuralismo literario en Francia no se traspasará a los estudios literarios españoles, sino que quedará reservada a algunas perspectivas filosóficas que raras veces son movilizadas en las aulas de literatura. Así, aunque contamos con lecturas muy agudas de la revolución lingüística y estructural —basta leer *Estructuralismo y ciencias humanas* (2001) de José Luis Pardo, magnífica introducción al punto de vista estructural, o *Lingüística fenomenológica* (2001) de Felipe Martínez Marzoa para convencerse de ello—, estas lecturas, muy posteriores en el tiempo al momento en el que fueron pioneras, forman parte del corpus de la filosofía y no del de la teoría literaria.

2.2.10. Goldmann y el «estructuralismo humanista», Althusser y la ciencia

Antes de finalizar esta sección, merece la pena detenerse brevemente en el lugar que ocupará entre la segunda mitad de los sesenta y la primera de los setenta la obra de Lucien Goldmann en el panorama español, ya que su presencia y sus usos son, a la par, importantes y sintomáticos. Como ha indicado Antonio Chicharro, «el estructuralismo genético fue un importante elemento de diálogo entre teorías que hasta entonces se despreciaban profundamente y se concebían irreconciliables» (2004c:223). De ese modo, la lectura y las diversas apreciaciones de Goldmann permiten confrontar a marxistas con estructuralistas humanistas y anti-humanistas. Sin ir más lejos, Garrido Gallardo, desde el CSIC, podrá presentarlo como un marxista estructuralista. Ahora bien, sabido es que Goldmann construyó su obra, precisamente y en parte, para combatir el estructuralismo, de modo que su concepto de estructura es mucho más cercano, en ese sentido, a la idea de totalidad de Lukács o a la estructura de Jean Piaget que al concepto de estructura del estructuralismo literario (Ferraz, 2013:336–372).

Como afirmaba Mitchell Cohen en 1969 (un año antes de la muerte del filósofo marxista) refiriéndose a una carta de Goldmann destinada a Jakobson:

Goldmann was quite aware of this process. Writing to Jakobson, he was bitter: French structuralism had become «above everything else an ideology and a pressure group on the intellectual and university level» seeking «to eliminate» research on «meaning, the subject of thought, action and language and with then, history.» Goldmann sought to explain this sociologically: the popularity of structuralism, which emphasized stasis rather than change, was a product of the stabilization of post-World War II capitalism. (en Ferraz, 2013:247)

Antonio Chicharro ha estudiado la cuestión y se ha referido a la «moda Goldmann» (2004c) que se extendió desde la segunda mitad de los años sesenta hasta la primera mitad de los setenta. La primera publicación de Goldmann en España fue su trabajo sobre Kierkegaard y Lukács en una publicación colectiva (*Kierkegaard vivo*, Madrid, Alianza, 1966), seguido al año siguiente por *Para una sociología de la novela* (Madrid, Ciencia Nueva, 1967, con reedición en Madrid, Ayuso, 1975). En 1968 hay que sumar *El hombre y lo absoluto. El dios oculto* (Barcelona, Península) y *Las estructuras y los hombres* (Barcelona, Ariel). A estas publicaciones hay que añadir las publicadas en el extranjero, especialmente en Argentina (para el listado completo, Chicharro —2004c:200–205—). A su muerte, en 1970, *Cuadernos para el diálogo* le dedicará sendos artículos de Antonio López Campillo («Lucien

Goldmann (1913–1970)», pp. 33–35) y de Víctor Pérez Diáz («En torno a una lectura de Pascal y Goldmann», pp. 36–37, nº 86, noviembre 1970).

Valeriano Bozal, cercano a las teorías de Galvano Della Volpe, hará una crítica frontal a Goldmann en *El lenguaje artístico* (1970:52–54) presentándolo como «un buen ejemplo de la utilización materialista ingenua de la noción hegeliana de totalidad concreta» (52). Es destacable, en este sentido, que Ciencia Nueva hubiera publicado en 1967 *Para una sociología de la novela*. Tal como hacía con las publicaciones formalistas, era fundamental la introducción de las novedades teóricas, aunque fuera para criticarlas.

Garrido Gallardo ha sido uno de los principales estudiosos del autor y se ha interesado tanto por la sociología como, mayormente, por la semiótica. Su tesis doctoral versó sobre *La estructura social en teoría de la literatura* (1973). En 1976 publicó «El estructuralismo genético, cinco años después» (*Cuadernos hispanoamericanos*, nº 313) y en 1983 «Estructura social y forma del contenido literario» (*Serta Philologica Fernando Lázaro Carreter*, Madrid, Cátedra, pp. 239–249, retomado en *La musa retórica*). Es significativo cómo Garrido Gallardo privilegia de ese modo los elementos humanistas y no deterministas de la teoría goldmanniana, lo que le permite conectar, por un lado, con la estilística (y a través de ella con la teoría de la expresión) y, por el otro —en lo que Antonio Chicharro ha calificado de «deshistorizadora crítica interesada» (2004c:223)—, con una concepción intemporal del hombre (rechazando así la noción de historicidad del marxismo) al sostener que existe una «dimensión humana irreductible a la pura historicidad» (Garrido Gallardo, 1983:248). Como ha señalado Antonio Chicharro, esta lectura desactiva algunos de los principios fundamentales del planteamiento de Goldmann (2004c:223).

El papel que cumplió la obra de Goldmann en un cierto momento está ligado a la posibilidad de un estructuralismo humanista —en contraposición a la obra de estructuralistas como Lévi-Strauss, Barthes, Foucault o Derrida— que rehúya el «nominalismo» (2017) y el relativismo agnóstico o ateo. Ahora bien, poco después de esa recepción se da, aunque desde núcleos mucho más específicos, la introducción del pensamiento althusseriano. Trías ya se hace eco de él en su primer libro (*La filosofía y su sombra*, 1969a), movilizando su pensamiento *desde fuera del marxismo*; ahora bien, el autor que pensará en España la literatura desde la teoría de Althusser será su discípulo Juan Carlos Rodríguez, quien colaboró con él entre 1975 y 1979 en la École Normale Supérieur.³⁰ *Teoría e historia de la producción ideológica. Las pri-*

30 En España todavía falta un estudio razonado de las aportaciones de Juan Carlos Rodríguez y de sus contactos y su relación intelectual con Louis Althusser, quien dio en 1976 una conferencia en Granada invitado por él. Sobre estas cuestiones puede consultarse el libro de José Luis Moreno Pestaña (2021) que está a punto de ser publicado.

meras literaturas burguesas (siglo XVI) plantea el problema de modo general. Partiendo de una desnaturalización de la institución literaria («La Literatura no ha existido siempre» —1974:5—), la cual se basaría en «la supuesta existencia permanente» de un «*sujeto/autor de “su” propia obra*, expresando en ella su propia verdad autónoma e interior» (6). La literatura iría asociada a la existencia de un individuo libre y autónomo, imagen proveniente de «la matriz ideológica burguesa» (7) que constituiría la condición histórica de posibilidad de una tal institución. Rodríguez apostaba así por «desechar la práctica habitual del *comentario*, la del *análisis aproximativo* y, por consiguiente, la imagen del texto como *cuerpo cerrado* en el que habría que *penetrar*» (2001:32). Toda crítica tendría un componente político, ligado al hecho de «ser el discurso que reglamenta o normativiza otro discurso, oponiéndose a la vez a un latente tercer tipo de texto (paralelo al primero) que podría estar maleado, deformado, bien por la alienación, bien por el irracionalismo: el que no representaría la Norma, etc.» (30).

Con relación a la divulgación de la nueva crítica marxista, Manuel Sacristán jugará un papel importante. Cabe recordar, además del trabajo que llevó a cabo en Ariel, que fue traductor e introductor en España de la obra de Lukács, de cuya larga relación da testimonio *Entre clásicos. Manuel Sacristán / Gyorgy Lukács* (2011), de Salvador López Arnal, y que será él también quien traduzca en 1966 para Seix Barral la *Crítica del gusto* de Galvano Della Volpe, una obra en la que el autor, fundamental en dicho período, trataba de articular las perspectivas marxistas con las formalistas. En esta línea, en 1975 Sánchez Trigueros tradujo para la editorial Akal (Madrid) *Ideologías y técnicas literarias*, de Ignazio Ambrogio, discípulo de Della Volpe. En su edición, Sánchez Trigueros se apoyó en las traducciones argentinas de Ana María Nethol para contrastar su propia traducción de las citas de los formalistas rusos que aparecían en el original italiano. La versión de Ambrogio —que era eslavista y, por lo tanto, traducía directamente del ruso— le hizo ver, según su propio testimonio, lo problemático de las traducciones de Nethol, constatando entre otras cosas cómo en la traducción se perdía la distinción entre *fábula* y *siuzhet* (Sánchez Trigueros, 2014).

Ese libro de Ambrogio en que, como su nombre indica, se presentaban diversos modos históricos de articular la problemática formal de la literatura con sus conexiones sociales fue punto de arranque de los cursos de Sánchez Trigueros en la Universidad de Granada. Escribirá retrospectivamente Jenaro Talens respecto a la labor llevada a cabo por el catedrático de la Universidad de Granada:

En aquellos años de la mal llamada década prodigiosa, el marxismo era materia obligatoria y punto de referencia para quienes querían (queríamos) cambiar las cosas (...). Ajeno a dogmatismos, [Antonio Sánchez Trigueros] citaba los últimos trabajos y discutía con quienes participan de sus enseñanzas hasta donde fuese menester. Los nombres, no solo de Marx y Engels, sino también de Sánchez Vázquez, Lukács, Della Volpe, Lunacharski, Macherey o Eagleton convivían en sus cursos sin ningún problema con los de Jakobson, Sklovskij o Bajtín. Fue de los primeros en hablar en España de los formalistas rusos y de poner en práctica una Sociología de la literatura que no se limitase al triste papel secundario de las encuestas de opinión. (2013:15–16)

Como ya hemos visto en el apartado 1.1 de esta investigación, su trabajo y el de su escuela han sido fundamentales, hasta el día de hoy, para historizar de modo crítico el discurso teórico en España.

Por lo demás —y aunque no es este el objetivo de nuestro trabajo— cabría estudiar cómo fueron introduciéndose los textos de Marx y Engels, que se publicaron en Península (*Escritos sobre arte*, 1969, y *Cuestiones de arte y literatura*, 1970) y en «Comunicación» (con una edición de sus *Textos sobre la producción artística* —1972— de Valeriano Bozal); los de Trotski, de quien Juan Andrade y José Martínez editaron *Literatura y revolución: otros escritos sobre la literatura y el arte* (1969) para la fundamental Ruedo Ibérico (editorial fundada en París por José Martínez), y de quien Alianza publicó la antología *Sobre arte y cultura* (1971); los de Plejanov, publicados en Akal (*Cartas sin dirección: el arte y la vida social*, 1975), y los de Lenin (*Escritos sobre la literatura y el arte*, Península, 1975, con selección y prólogo de Jean Fréville), para estudiar las transformaciones internas de la crítica marxista así como sus diálogos, a través de autores como Della Volpe, con las perspectivas formalistas y estructurales.

2.3 Vanguardias críticas e intelectuales desde 1966

Una parte importante de la renovación crítica se da, si no siempre fuera de la universidad, sí en sus aledaños, lo que se hace evidente, solo con algunas excepciones, en los casos del estructuralismo filosófico y del marxismo. Este apartado, que desborda con mucho los límites de la universidad, se plantea estudiar cómo circularon algunos discursos renovadores asociados, de un modo u otro, a los estructuralismos y al nuevo pensamiento de la escritura en el campo intelectual de los años sesenta, setenta y ochenta, que solo posteriormente, con diversas modulaciones y en algunos casos, consiguieron pe-

netrar en la universidad. Es interesante constatar, en este sentido, cómo son sumamente infrecuentes los intercambios de referencias entre los miembros dominantes del bloque académico estudiado anteriormente y los representantes de las tendencias que vamos a estudiar ahora; y, cuando se dan y salvo excepciones, en la mayoría de los casos suelen ser oblicuas (omitiendo los nombres propios) y sumamente críticas o polémicas. Todo ello indica la enorme distancia que separa a ambos polos. Por dar simplemente un caso, podemos ver cómo Miguel Ángel Garrido Gallardo, en su libro *Literatura y sociedad en la España de Franco*, se refiere a la obra de José María Castellet y de Juan Goytisolo de pasada, separándola, en este sentido, de la verdadera renovación teórica que en ese libro estudia:

A gran distancia del rigor científico a que venimos aludiendo, pero —puesto que mira a la novela— objeto de interés en estas páginas, citaremos *La hora del lector* (1957), obra del crítico José María Castellet, y *Problemas de la novela* (1959), de Juan Goytisolo, que supusieron entonces un parco basamento teórico para la línea promocionada por el premio «Biblioteca Breve» y de la editorial Seix Barral en general. La, al parecer, decisiva influencia de Castellet a la hora de «colocar» novelas en dicha editorial y lo, en cierto modo, novedoso entre nosotros de la postura de un determinado *realismo* teórico, explican la inflación de prestigio —sobre todo del primero— tan exagerada entonces quizá, como lo son hoy las acusaciones de «escapismo» que se le prodigan. (Garrido Gallardo, 1976:91)

Por más rocambolesca que pudiera parecer —«bella como el encuentro fortuito, sobre una mesa de disección, de una máquina de coser y un paraguas»—, esa lectura comparada de Garrido Gallardo y Castellet iluminaría regiones contrapuestas del campo, tanto a nivel político como institucional, así como lo que podemos calificar de una política de los usos de la teoría en el caso de Castellet que entra en contradicción directa con las propuestas académicas más conservadoras del campo donde cabe leer un diferendo político y de trayectorias que repercute a múltiples niveles.

Situémonos momentáneamente en 1970, un año especialmente relevante en la renovación teórica española. En ese año, el grupo Comunicación desplegaba una breve historia de «La crítica literaria en España» después de la Guerra Civil en un número extraordinario de *Cuadernos para el diálogo*. Después de dar cuenta de la «especie de invernadero libresco» (Equipo Comunicación, 1970d:32) en la que se habría mantenido desde el fin de la Guerra Civil hasta la fecha una parte importante de la crítica literaria oficial, la conectaba ideológicamente con la obra de Menéndez Pelayo, gran paraguas teórico del pensamiento franquista opuesto a la tradición del Instituto Libre de

Enseñanza. «La vulnerabilidad de estas obras», continuaba el texto, «está (...) directamente relacionada con el grado de inconsciencia con que se ha ido tejiendo el aparato ideológico que remite al conservadurismo católico-liberal-integrista de Menéndez Pelayo» (32). «El anquilosamiento metodológico» de la crítica oficial habría llevado así a que «la renovación científica» fuera «impulsada por sectores ajenos a estos estudiosos», como en el caso «de los trabajos de sociología de la literatura y el arte y de la corriente estructuralista en nuestro país» (33). En ese artículo, el grupo Comunicación se refería a cómo

una crítica muy ligada a la Universidad y muy enraizada en los acontecimientos concretos opta, en un momento determinado, por el encierro en los «laboratorios». En esos «laboratorios», durante un largo período guarda silencio (...). Nos estamos refiriendo a (...) la Escuela de Menéndez Pidal; nos referimos también a la escuela de una y otra forma localizada alrededor de la actividad editorial de Gredos y Castalia (...), a los trabajos que nutren la mayor parte del hispanismo contemporáneo, a la actividad crítica de *Ínsula*; todo lo cual podría caracterizarse por un alto nivel de información; por el carácter científico de los métodos empleados, y por su desconexión con la realidad en términos generales (última consecuencia, repetimos, a la que forzó el desenlace de la contienda de los años 36-39). La conjunción de estas tres características es un equilibrio inestable que degenera en *erudición*. Menéndez Pidal sería así maestro indiscutible. (31)

Dentro de estos sectores puede incluirse, sin duda, gran parte de la tradición estilística, y ya el propio Max Aub —a quien Juan Goytisolo presentaría como «el eslabón perdido de la modernidad en una España estancada y asfixiante» (1999d:1390)— escribía una «Carta abierta a Dámaso Alonso» fechada a 1 de julio de 1950. En ella Aub le reprochaba de modo directo al máximo representante de la estilística española que se hubiera limitado a un acercamiento literario que hacía de la crítica un método para no preguntarse por la historia:

Las palabras viven, crecen, menguan, alteran su significado, varían sus acentos y su estimación, más de buenas a malas que no al revés, y no digamos según la geografía y el ambiente en el que se pronuncien (...). Los significados se alteran, con el uso. Lo sabes tú mejor que nadie. ¿Si cambian las ideas, cómo no han de alterarse las palabras? Y, ¿pueden separarse idea y lengua? Los idiomas corren y discurren, según los hechos, y cuando un vocablo, por el curso de los tiempos, viene a significar algo distinto de lo que exactamente representaba, no queda más remedio que aceptar su nuevo sentido. Lo demás es querer cerrar los ojos a la realidad, que es, desgraciadamente, lo que haces tú, e infinidad de otros, que valen mucho menos que tú.

El régimen bajo el que vives, por tu gusto, impide mayores vuelos, y, de más a menos, viniste a considerar, en tus espléndidos ensayos, esas virguerías estilísticas como fundamentales, tal vez sin darte cuenta de tu renuncia; abandonando el prodigioso campo por el que con tanto orgullo te veíamos avanzar. Deja esos ejercicios de pesas y medidas a los estrechos de mollera: ¡tenemos tan pocos como tú! Te fuiste enterrando, por cuidado, por temor quizá, tal vez por asco, o desaliento y desasosiego —con un nudo en la garganta—, acoquinando en tu rincón filológico y diz que estilístico. Ya sé que solo te alcanza parte de culpa, y que valen las circunstancias, y que tus estudios te valen mil enhorabuenas y admiraciones de especialistas, pero, ¿qué es eso frente a lo que abandonaste? (nº 23, 5–6)

La crítica de Aub, que descubría en la estilística una coartada, no se olvidaba del contexto, pero exigía aun así al crítico un compromiso que este no parecía dispuesto a asumir:

Cierto es que la inconformidad con el régimen os lleva a apartaros del comercio humano y fomenta un sentimiento de soledad y pesimismo. Confinado en tu rincón te dedicas a roer el queso que te dejan (...). Vives lejos, no por gusto, y con resignación. Lo siento. Todo esto te lo digo, aunque tal vez no lo creas, y lo sentiría por lo mucho que te quiero, por lo que vales y por lo que no quieres valer. Dirás que todo esto es fácil de decir desde afuera. Dámaso: Abandona ya tus «encabalgamientos», y vuelve al sentido. Perdiéndote en lo ínfimo te empequeñeces, y basta con otro Alonso perdido. (7)

Las ideas literarias de Aub en 1950 estaban en la línea de un realismo comprometido, tal como se verá en su participación en el *Boletín de Información. Unión de intelectuales españoles en México* (1956–1961) y como se había visto ya en su *Discurso de la novela española contemporánea* (1945), donde consideraba el realismo como forma privilegiada del compromiso estético, tesis que, como ha indicado Mari Paz Balibrea (2020) y sin necesidad de alegar una lectura directa, es solidaria en sus aspectos generales con las posturas defendidas por Lukács en textos como «¿Narrar o describir?» (1936) y «Se trata del realismo» (1938). Por otro lado, las palabras de Aub sobre su estimación a Dámaso Alonso no eran meramente una *captatio*, ya que en 1963 contactaría con él y con otros escritores de su generación, de dentro y fuera de España, para que participaran en la revista *Los sesenta* —Bergamín, que también fue invitado, rechazó la participación porque, como le respondía desde Madrid en carta del 20 de agosto de 1963, «me repugna hacerlo —te lo digo con toda sinceridad— al lado de esos dos académicos de la Real (realísimo contuber-

nio, complicidad y cobardía) que son aquí Vicente [Aleixandre] y Dámaso, ex-amigos. Si vinieras a España lo comprenderías y sentirías, creo, como yo» (Fundación Max Aub, correspondencia, caja 2, 23 Bergamín)—. Por lo demás, escribía Aub en 1954: «Injusto creo que he sido, más de una vez con Dámaso Alonso, porque queriéndole y admirándole tanto, me hiere que no se decida de una vez a cantar su verdad sin trabas. A menos que los años y sus circunstancias nos lo hayan hundido para siempre en la bajeza que le rodea. Pero yo creo que no» (246). Y algo después, el 1 de julio de ese mismo año, anotaba en su diario: «Conversación con Dámaso Alonso. “Yo no he sido el escritor que debiera haber sido, por Franco. Me refugié en la lingüística románica, por si acaso. Era lo que menos podía comprometerme”» (1998:247).

El Grupo Comunicación, frente a esa línea de «laboratorio» —y es significativo que esa palabra aparezca tanto en el texto de Aub como, veinte años después, en el de Comunicación que enseguida comentaremos— tratará de construir su propia tradición, que encontrará tanto en la renovación teórica extranjera como en la propia resistencia española. Así, escribirán:

Al margen de la crítica tratada en 1 [*la oficial*], absoluta y rigurosamente al margen, germinó en nuestra Universidad una crítica que, para entendernos, llamaremos «crítica comprometida».

La denominación que utilizamos (lo de comprometida) alude a las fuentes a las que se remitió: al Sartre de *¿Qué es la literatura?* y al Machado de 1938, mitad Mairena, mitad hablando a las Juventudes Socialistas. Al Sartre «radical» que acaba de descubrir las clases sociales y al Machado bombardeado de Valencia y Barcelona, de *Hora de España*, etc.

Las *primeras expresiones* de este grupo fueron expresiones «universitarias» (con lo que llevan de adolescentes) y germinaron alrededor de revistas como *Acento Cultural*, *Cuadernos de arte y pensamiento* (de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid), *Praxis* (de Córdoba), etc.; su origen debe buscarse, en forma inmediata, en los primeros núcleos universitarios que se enfrentaban al adocenamiento cultural y político de 1956, y a la extensión del pensamiento marxista, tanto en la Universidad como en las zonas industriales y obreras con tradición luchadora, Asturias a la cabeza.

Es, creemos, muy importante dejar constancia de este hecho, puesto que a las fuentes citadas (Sartre y Machado) habría que añadir lo que definiríamos como un «marxismo de tradición oral», clandestinamente aprendido y divulgado. (Equipo Comunicación, 1970d:33)

Ese primer marxismo fue, dadas las dificultades para acceder a los textos y como ha señalado Chicharro Chamorro, «un marxismo sin Marx»

(2004a:98), marxismo que tiene que entenderse más como un compromiso ético y político revolucionario de transformación social que como una teoría social o un marco epistémico determinados. Como ha explicado Castellet, cuando en 1953 viajaba a París, considerándose a sí mismo sartreano, apenas lo había leído todavía. Escribía en 1979, refiriéndose a 1955:

Por aquel entonces renové la amistad con alguna gente de la universidad y de la oposición y a través del Instituto de Estudios Hispánicos hicimos una determinada evolución ideológica (con un grupo de jóvenes formado por mí) hacia el «marxismo» (entre comillas) porque era un marxismo sin textos, casi puramente intuitivo. (Marsal, 1979:89)

Esas comillas y matizaciones dejan claro que lo que estaba en juego era una actitud más ética que teórica, que en un primer momento será cultural y solo en un segundo momento se tornará política, como veremos en el caso de Castellet (apartado 2.3.4.1.1). Los autores «marxistas» y de raigambre sociológico–materialista solo pudieron acceder a los textos estéticos de Marx y Engels —que en España no fueron editados hasta los años treinta para ser censurados tras la guerra civil— «con graves dificultades» y «cuando consiguieron hacerlo», en los años cincuenta (Chicharro, 2004a:96). La historia de España y, en el contexto que nos ocupa, las condiciones impuestas por el franquismo hicieron, en palabras de Antonio Chicharro, que «la historia general del marxismo teórico en España “es la no historia o la historia de un prolongado estado carencial” en todo este período, y “al menos hasta los pasados años sesenta y setenta”» (99). De ese modo, en los años cincuenta y principios de los sesenta, más que formulaciones teóricas marxistas, hay una actitud comprometida que supone una puesta en práctica de ciertas concepciones emparentadas, de un modo u otro, con el marxismo. Ese «marxismo de tradición oral» se concreta, así, en un arte social basado en la teoría del reflejo, en el cual la literatura es pensada como un instrumento de transformación y valorizada en función de su contenido (108–109).

Conviene ocuparnos, pues, de unas transformaciones culturales e intelectuales que se dieron muchas veces en las lindes o al margen de la academia. Tras presentar algunas de las editoriales de vanguardia del momento, así como el sistema de censura sin el cual no puede pensarse de ningún modo la disposición cultural de la época, nos ocuparemos de las vanguardias filosóficas y crítico–literarias de la segunda mitad de los sesenta y de los setenta, las cuales se encabalgan de múltiples formas entre sí, tanto en lo que respecta a editoriales como a autores y problemas.

2.3.1. Editoriales, ensayismo, vanguardias

«A la altura de 1960 tan solo Gredos, con la colección “Biblioteca Románica Hispánica”, había dado algo de cobijo a la teoría» (2011:680), escribe Pozuelo Yvancos. Como hemos visto hasta ahora, esa teoría presentaba una conexión íntima con la lingüística y con la estilística y participaba de una perspectiva disciplinaria tradicional. Ahora bien, entre finales de los años sesenta y la primera mitad de los setenta se producen importantes transformaciones en el campo editorial que afectarán a la circulación de la teoría. En ese contexto se da una gran expansión del género ensayístico, acompañada de la creación de nuevas editoriales y colecciones dedicadas a dicho género, de la aparición del libro de bolsillo y de la emergencia de un nuevo público lector. Alianza Editorial, fundada en febrero de 1966, con una tirada media de 10 000 ejemplares y cuatro nuevos libros mensuales o más (Bozal, 1969a:92), es fundamental en esta transformación, ya que, vendiendo sus libros a 50 pesetas en 1966, posibilitó la aparición de otras colecciones de bolsillo como «Los clásicos» de Ciencia Nueva, «Ariel quincenal» de Ariel, «Clásicos Castalia» de Castalia o «Biblioteca Breve de Bolsillo» de Seix Barral.

Vázquez García ha dividido el campo del ensayismo de la época en cuatro regiones las cuales, aunque en ocasiones opuestas entre sí, se hallan íntimamente interconectadas y claramente contrapuestas a los sectores académicos oficiales. Los dos primeros sectores —asociados respectivamente a José Luis López Aranguren y Manuel Sacristán y a sus nódulos respectivos (Vázquez García, 2009:405–407)— son los del progresismo católico (Nova Terra, Laia, Estela, z y x, Edicions 62, Península, Fontanella, Estela y Edicusa) y de la izquierda comunista (Grijalbo, Siglo xxi, Ediciones Halcón, Equipo Editorial, Ricardo Aguilar, Ariel —con la colección «Ariel Quincenal», dirigida por Sacristán— y Ciencia Nueva —con la colección de libros de bolsillo «Cuadernos de Ciencia Nueva»—). Paralelamente, aparecen nuevas editoriales como Anagrama, Lumen, Tusquets o Kairós ligadas, de un modo u otro y más o menos tangencialmente según los casos, a una cierta heterodoxia cultural, o contracultural, de izquierdas, al tiempo que algunas editoriales consolidadas, como Taurus y Seix Barral, se interesan por el ensayismo de Nietzsche, Bataille, Deleuze o la escuela de Frankfurt (Vázquez García, 2014:37).

El llamado «neonietzscheanismo» está claramente conectado con esa heterodoxa izquierda cultural. De ese modo, establecerá relaciones más o menos íntimas con las editoriales Taurus, que bajo la dirección de Jesús Aguirre fue desplazándose del cristianismo progresista hacia una posición de vanguardia,

y que publicará, entre otros, a Georges Bataille,³¹ Walter Benjamin,³² Bajtin³³ y, más tarde, a Jauss³⁴ y a Genette;³⁵ Anagrama, con las colecciones de «Cuadernos Anagrama», cuya sección filosófica llegó a dirigir Eugenio Trías, y «Argumentos», y con su premio de Ensayo desde 1973; Kairós, dirigida por Salvador Pániker; Seix Barral y su colección «Biblioteca Breve» que, ya desde finales de los cincuenta, fue una plataforma fundamental en la transformación del pensamiento y la cultura españolas, así como, posteriormente y en Barral, «Breve Biblioteca de Reforma»; y La Gaya Ciencia, fundada por Rosa Regàs, que dará a luz en 1976 su «Biblioteca de Divulgación Política» (en que colaboraron, entre muchos otros, Tierno Galván, Eduardo Haro Tecglen, Juan Benet, Agustín García Calvo, Carlos Trías, José Luis López Aranguren y Manuel Vázquez Montalbán), que publicaría durante ese año un nuevo título semanal (que respondía a la pregunta *¿Qué es...?* a la manera de la colección «Que sais-je?» de Presses Universitaires de France) al precio de 75 pesetas y con una tirada de 50 000 ejemplares (Gracia y Ródenas, 2011a:223).

En abierta oposición a los neonietzscheanos, pero acompañando la renovación teórica desde el marxismo, fue importante la creación de la editorial Ciencia Nueva en 1965 y, más especialmente, la fundación, tras el cierre de la editorial, de la colección «Comunicación» de Alberto Corazón en 1970. Por su parte, Francisco Rojas ha señalado cómo en los años sesenta estas editoriales contrapesaron «su interés meramente crematístico para primar los intereses culturales y políticos sobre los económicos» (2006:65). Según Martínez Romero, los directores de estas colecciones fueron, desde 1939, «los primeros editores españoles que están más preocupados por defender programas con una propuesta cultural que por responder a los móviles empresariales que animaban al resto de las editoriales» (1987:47). Es decir, por defender un catálogo como proyecto político-cultural.

31 *La literatura y el mal* (1971); *Sobre Nietzsche. Voluntad de suerte* (1972); *La experiencia interior* (1972); *El culpable seguido de El aleluya* (1974); *Teoría de la religión* (1975).

32 *Iluminaciones: imaginación y sociedad* (1971); *Poesía y capitalismo* (1972); *Haschisch* (1974); *Tentativas sobre Brecht* (1975).

33 *Teoría y estética de la novela* (1975).

34 *Experiencia estética y hermenéutica literaria* (1986).

35 *Palimpsestos. La literatura en segundo grado* (1989).

2.3.1.1. Censura y secuestros editoriales

No puede estudiarse la literatura ni la crítica española de los sesenta y setenta sin tener en cuenta el aparato de la censura, que durante cuarenta años modeló los límites de lo publicable y, a través de ello, de lo legible y de lo escribible, tanto en su sentido común como en el barthesiano (Barthes, 1970c:9–10). La multitud de informes de censura que se conservan en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares se elaboraban respondiendo a las siguientes preguntas: «1) ¿Ataca al dogma?, 2) ¿a la moral?, 3) ¿a la Iglesia o a sus ministros?, 4) ¿al régimen y a sus instituciones?, 5) ¿a las personas que colaboran o han colaborado con el régimen?, 6) los pasajes censurables ¿califican el contenido total de la obra?, y 7) informe y otras observaciones».

España conserva aún en los años sesenta un régimen de censura previa implantado por el franquismo, en plena Guerra Civil, con la Ley de Prensa de 1938. En 1962 Manuel Fraga Iribarne asumió la presidencia del Ministerio de Información y Turismo y en 1966 aprobó una Ley de Prensa por la que se derogaba la de 1938 y, con ella, la censura previa, que quedó sustituida por el procedimiento de la consulta voluntaria. Ahora bien, lejos de ser un protocolo meramente potestativo, cualquier edición no presentada a esa consulta previa corría el riesgo de ser posteriormente secuestrada por el Ministerio de Información y sus autores podían ser denunciados ante el juez de orden público. Esas nuevas políticas tuvieron un efecto propagandístico, pues permitían declarar que en España había libertad de imprenta, cargando sobre los autores y editores una eventual responsabilidad penal. Escribía Manuel L. Abellán en el primer estudio sistemático sobre la censura literaria en España, de 1980:

La nueva ley derogaba una legislación fundamentalmente imbuida por el espíritu depurador y vigilante de los primeros años de la guerra civil. La desaparición de la consulta obligatoria fue considerada como una vuelta a la normalidad y la existencia de un nuevo marco legal como signo de un cambio en la política censoria e, incluso, muchos abrigaron la esperanza de que la nueva ley significara un amparo y reconocimiento de la libertad de expresión estética o política. Frente a todas las apariencias y expectativas la ley de Fraga modificó muy poco la práctica censoria. Al contrario, acentuó cada vez más el carácter coercitivo de la censura y puso de manifiesto la profundidad del foso que iba separando a los responsables de la censura de la sociedad española en irredimible evolución de gustos y tendencias. (Manuel Abellán, 1980:209)³⁶

36 Escribe Manuel Abellán en otro lugar de su libro: «En resumen, la Ley de Prensa e Imprenta fue un montaje jurídico que hizo posible la aparición de las divergencias políticas que se ajustaban a

En efecto, entre 1966 y 1975 se incoaron 1270 actos administrativos por violación de la ley de prensa. De entre ellos, 405 desembocaron en multa y muchos otros en procesos del Tribunal de Orden Público ligados a la subversión (Quaggio, 2014:47). Una editorial política como Ciencia Nueva vio denegadas entre 1965 y 1970, y excluyendo del cálculo los libros de poesía, 46 de las aproximadamente 200 obras que dio a consulta voluntaria, 34 de las cuales aparecieron parcialmente censuradas (Rojas Claros, 2006:72). De hecho, a medida que se ampliaban los límites de lo publicable, el régimen se veía obligado a censurar más y más, recrudeciendo sus procedimientos. Como ha indicado Francisco Rojas, en torno a 1968 —año para el que Manuel L. Abellán da una lista de los libros denegados o autorizados con supresiones (227)—,

el régimen impondrá una serie de prohibiciones de tipo «coyuntural», sobre diversos temas, como fueron esencialmente la «literatura marxista de inspiración castrista», el Mayo del 68 francés, la matanza de Tlatelolco, en México 68, la Teología de la Liberación, la descolonización de Guinea, y la Checoslovaquia de Dubcek. De ese modo, todas las obras que versaron sobre estos asuntos fueron sistemáticamente denegadas, y, llegado el caso, secuestradas y denunciadas al Tribuna de Orden Público de forma automática. (2006:76)

Así, la ley Fraga no impidió que en 1969 —un año en que «se da una gran afluencia de obras de historia política, ensayo y traducciones de clásicos autores del marxismo (Manuel Abellán, 1980:228)—, coincidiendo con el estado de excepción que hubo entre enero y marzo, el Ministerio ordenara el cierre de cuatro editoriales (Ciencia Nueva, Equipo Editorial de San Sebastián, Halcón y Ricardo Aguilera) y se impusiera la más estricta vigilancia sobre otras como Edicusa (obligada a someter a consulta voluntaria todas sus obras al tiempo que algunos de sus colaboradores eran detenidos y temporalmente deportados), ZYX (que tuvo que cerrar dado que sus peticiones eran sistemáticamente denegadas) y Nova Terra (que fue obligada a expulsar de su grupo a Josep Verdura y Alfonso C. Comín —Rojas Claros, 2006:76; Bozal, 1969a:92—).

El 29 de octubre de 1969 Fraga fue sustituido en el Ministerio de Información y Turismo por Alfredo Sánchez Bella —formado en el grupo católico Pax Romana y exdirector del Instituto de Cultura Hispánica, estuvo presente

la tradición, al presente y al futuro entrevistado por el propio régimen y, al mismo tiempo, mantenía cerradas las puertas a cualquier veleidad política de signo opuesto. Solo en la medida en que la base sociológica del franquismo se fue estrechando, y en la medida asimismo en que los tránsfugas fueron engrosando las filas de los discrepantes políticos, la censura, por pura inercia, no tuvo más remedio que cambiar de método y aplicar criterios cada vez más amplios» (1980:119).

en el Congreso de editores y libreros de América Latina, España y Portugal celebrado en Buenos Aires en 1947 (Gargatagli, 2017:315)—, quien recrudecería las políticas de censura, abriendo «una etapa de retroceso» (Manuel Abeillán, 1980:232) e intensificación de los mecanismos represivos, entre cuyas acciones se cuenta la tercera suspensión del diario *Madrid* en febrero de 1970 y su cierre definitivo en noviembre de 1971. Después del estado de excepción de 1969, «la batalla por la cultura parecía, más que nunca, definitivamente perdida para el franquismo, si bien la postura del régimen sería extremadamente beligerante hasta el último momento». Carrero Blanco, Jefe de Gobierno del Régimen, iba a presentar el 20 de diciembre de 1973 un informe al Consejo de Ministros que decía: «Máxima propaganda de nuestra ideología y prohibición absoluta de toda propaganda de las ideologías contrarias» (Rojas Claros, 2006:78). Antes de hacerlo, el coche en el que iba explotó y voló por los aires en un atentado de ETA. Con su muerte, ya no habría vuelta atrás. Y aunque la censura y la represión cultural se mantuvieron hasta el último momento, es evidente que el cambio cultural era ya irreversible.

Puede consultarse, a efectos meramente orientativos, la lista de cuarenta y cinco páginas de libros secuestrados, «desaconsejados» (forma con la que la jerga de los censores nombraba la prohibición), publicados con supresiones o con silencio administrativo, así como un listado de importaciones denegadas, entre la aplicación de la Ley de Prensa en 1966 y su supresión en 1977 en *La represión cultural en el franquismo. Diez años de censura de libros durante la Ley de Prensa (1966–1976)* (Cisquella *et al.*, 2005). Entre los libros prohibidos aparecen los *Cantos de Maldoror* (Anagrama, 1968) de Isidore Ducasse; *Literatura y sociedad* (Península, 1969) de Eduardo Sanguinetti; las *Cartas filosóficas*, el *Diccionario filosófico* (Península, 1969) y el *Tratado sobre la tolerancia* (Península, 1970) de Voltaire. Se publicaron con supresiones, entre muchos más que no cito por no extender el listado, libros como *Escritos sobre ideología y política* (Edicions 62, 1968) de Lukács; *Les dones i els dies* (Edicions 62, 1968) de Gabriel Ferrater; *Questions de méthode* (Edicions 62, 1968) de Sartre; *Lectura de Marcuse* (Edicions 62, 1968) de Castellet; *Obres completes (vol. II)* (Edicions 62, 1969) de Joan Fuster; *El espacio vacío* (Edicions 62, 1969) de Peter Brook; *Escrits sobre literatura i art* (Edicions 62, 1969) de Bertold Brecht; *El totemisme* (Edicions 62, 1969), de Lévi-Strauss; *Sobre la libertad de prensa* (Edicions 62, 1969) de Diderot; *Els miralls* (Edicions 62, 1970) de Pere Gimferrer; *Obra completa. Poesía* (Edicions 62, 1971) de Agustí Bartra; *Formalisme i realisme* (Edicions 62, 1971) de Bertold Brecht y *La literatura como provocación* (Edicions 62, 1973), de H. R. Jauss. Esos informes de censura del franquismo pueden consultarse, junto con los originales enviados por las editoriales, en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares.

La censura —que decidía qué podía y qué no podía publicarse y circular— alteraba también la fisionomía interna de las obras, y hacía, entre otras cosas, que fragmentos de «Howl» de Allen Ginsberg, como «with dreams, with drugs, with waking nightmares, alcohol and cock and endless balls» y «Molloch in whom I sit lonely! Moloch in whom I dream Angels! Crazy in Moloch! Cocksucker in Moloch! Lacklove and manless in Moloch!» se tradujeran en 1970 por «con sueños, con drogas, con pesadillas intermitentes, el alcohol» y «¡Moloch en la que me siento solo! ¡Moloch en la que sueño con Los Ángeles! ¡Loco en Moloch! ¡Sin amor y sin hombre en Moloch!», donde *cock and endless balls* y *cocksucker* desaparecían en el traslado y, con ellos y por efecto de la moral tal como ha estudiado Túa Blesa, las *pollas*, los *chupapolas* y los *cojones sin fin* (2016:16–17).

Dado que la producción editorial se había multiplicado por cinco en el último cuarto de siglo, la nueva ley aligeraba, además, el trabajo de la administración. En este nuevo contexto, la censura fue mostrando cada vez más sus grietas. Una muestra de su cada vez más dudosa efectividad es, precisamente, el aumento progresivo del número de obras proscritas (Larraz, 2014:244), lo que indica, sin duda, que comenzaban a hacerse menos evidentes los límites de lo enunciable y que los autores y editores empezaban a explorar, en ocasiones de modo sistemático, esos espacios. Por dar un caso literario especialmente destacado, los libros de Juan Goytisolo de los años sesenta y setenta tuvieron que publicarse en el extranjero. Así, en el prólogo a las *Obras completas* de 1977 del escritor barcelonés publicadas por Aguilar, Pere Gimferrer constataba que, de los diecisiete libros publicados hasta entonces por Goytisolo, solo seis habían conseguido publicarse y darse así a leer en España en el momento de su escritura (concretamente, *Juegos de manos*, *Duelo en el Paraíso*, *El circo*, *Problemas de la novela*, *Campos de Níjar y Fin de fiesta*). Este último, de 1962, habría sido el último libro de la serie autorizado hasta la fecha (Gimferrer, 2000a:18 y 29), por lo que el proyecto de escritura de Goytisolo estaría separado de la posibilidad de su lectura efectiva en España por nada más y nada menos que quince años de proscripción radical, con todo lo que ello implica. Afirmaba el escritor en *Triunfo*, en 1975, con motivo de la publicación en Seix Barral de *Juan sin Tierra*:

Mi libro, como la casi totalidad de mi trabajo de los últimos trece años, no ha podido salir en España. Al parecer, lo que escribo resulta aún demasiado fuerte para estómagos del país, y nuestros médicos de cabecera han aconsejado su exportación a Latinoamérica, en donde, por lo visto, los lectores tienen mayor aguante. La situación es verdaderamente curiosa y desafía a la lógica, e, incluso, al sentido común. Otro ejemplo: ni «Señas», ni «Don Julián», ni «Juan sin Tierra»

circulan; pero, en cambio, acaba de aparecer un volumen colectivo de estudios sobre ellas; esto es, se admite la glosa de un texto inexistente, pues mis novelas no existen, oficial y administrativamente hablando. (Alonso de los Ríos, 1975:26)

Ahí Goytisolo se refería, en efecto, junto al volumen que le acababa de dedicar la colección «Espiral» de la editorial Fundamentos, dirigida por Julián Ríos, al secuestro de la edición de dos mil ejemplares de *Juan sin Tierra* por las autoridades franquistas. Era en esa revista en la que el propio Gimferrer se refería, a propósito de dicha novela, al «lector celtíbero», señalando que solo podía enfrentarse a esos textos sin conocer sus «antecedentes», «puesto que la censura, por un lado, y la espesa indocumentación de los críticos, por otro, se han encargado pródigamente de que tales antecedentes no le sean procurados» (Gimferrer, 2000b:59–60). El libro, por lo demás, fue impreso en España, pero los censores estimaron que «las alusiones al Redentor, a la Virgen y demás particularidades (...) caen de lleno en el art. 209 del Código penal vigente» (informe de censura citado en Larraz, 2014:320), de modo que, aunque la editorial consiguió destinar los ejemplares a la exportación, el público español se vio así privado de su lectura. *España y los españoles* (Lumen), por su parte, fue escrito en 1969, pero Goytisolo solo pudo publicarlo en España en 1979. La práctica de los secuestros se prolongaría, por lo demás, hasta principios de la década de los ochenta (Quaggio, 2014:120–121).

En ese sentido, un intelectual tan importante en la historia de España pero tan incomprendido como José Bergamín —quien, tras su vuelta del exilio en 1958, ya había sido obligado a abandonar de nuevo urgentemente el país en 1963 perdiendo la nacionalidad española (Chenu, 2016; Castellet, 2016; Glondys, 2016)—, tuvo diversos problemas con la Justicia debido a sus publicaciones. Fue llamado a comparecer ante el Juzgado de Orden Público nº 1 por la publicación de «El franquismo sin Franco» en *Sábado Gráfico* (nº 979) el 3 de marzo de 1976 (Suárez, 1983:13), la cual provocó el secuestro parcial de esa edición de la revista (López Cabello, 2012:231). Del mismo modo, su libro *El pensamiento perdido. Páginas de la guerra y del destierro* (Adra, 1976), el cual incluía artículos escritos durante la Guerra Civil y los dos primeros años de exilio publicados en México en 1941 en *Detrás de la cruz (terrorismo y persecución religiosa en España)* y *El pozo de la angustia*, ambos en Séneca, fue secuestrado por el Ministerio de Información y Turismo el 16 de diciembre de 1976 (*El País*, 1976), si bien en esta ocasión fue levantado pocos días después por el Juzgado de Instrucción nº 21 (López Cabello, 2012:289–290). Los documentos de censura y del servicio de espionaje del franquismo que se conservan en Alcalá —y que hacen de él, en la línea de los casos estudiados por Foucault, otro «hombre infame» (1977)— no son ajenos a las

dificultades que todavía hoy experimentamos para *leer*, en un sentido fuerte de la palabra, su obra.

Lo planteado hasta ahora permite formular una pregunta. Una vez desaparecida la censura, ¿hasta qué punto se volvió sobre sus efectos, no solo en el pasado, sino también en la actualidad? Por dar solo un caso concreto, *Volverás a Región* (1967) de Juan Benet siguió leyéndose, en sus múltiples reediciones, en su versión censurada, en la que el autor tuvo que reescribir catorce páginas, hasta que Ignacio Echevarría publicó en 2009 una versión de la obra previa a su paso por censura en el marco de la reedición no censurada de todas las novelas del escritor en Debolsillo. En muchos otros casos, sin embargo, se siguen leyendo hasta el día de hoy ediciones censuradas de los textos publicados durante el franquismo. Lo más grave en estos casos no es la propia censura, sino el olvido de esta por parte de los historiadores, los críticos y los lectores de hoy en día.

Por lo demás, hay que entender, como recordaba César Alonso de los Ríos en *Triunfo* en 1976 al dar cuenta de una carta dirigida por veintiún editores de Barcelona al ministro de Justicia con motivo de los últimos secuestros editoriales, que los libros censurados son la punta del iceberg de un problema mucho mayor cuyos efectos «no pueden cuantificarse»: «El desenlace administrativo de varios títulos secuestrados es el final visible del secuestro de una cultura que hay que liberar» (1976a:13). Esa liberación, que ha sido hasta el día de hoy solo parcial, pasa por el trabajo historiográfico y de archivo, pero también, y a través de él, por la construcción de otros modos de lectura que problematizan los conceptos, prácticas y discursos heredados de la historiografía franquista y, en parte, de la de aquellos que, siendo críticos con ella, sufrieron los efectos del dirigismo cultural y la censura.

2.3.1.2. La vanguardia editorial

En las vanguardias críticas, literarias y filosóficas de finales de los sesenta y los setenta cumplieron un papel fundamental las editoriales, las que —trabajando muchas veces en los límites de la censura y exponiéndose política y económicamente— no solo se limitaron a publicar textos, sino que produjeron, a través de su acción individual y colectiva, catálogos que promovían nuevas imágenes de la literatura y del saber, los cuales hacían comunicar un amplio espectro de temáticas que iban desde la lingüística estructural hasta la contracultura, pasando por el marxismo, la filosofía y el psicoanálisis. Editoriales como Seix Barral, Anagrama, Tusquets o Barral, por citar solo unas pocas, abrieron un espacio en el que las editoriales participaban de una misma dinámica en la que la militancia cultural aparecía, en ella misma, como parte imprescindible de una lucha política de más amplio alcance. De ese modo, las editoriales no solo competían entre sí, sino que también colaboraban en un contexto de lucha político-cultural y de expansión de mercados. Distribuciones de Enlace, fundada en 1970 en el contexto de esa coyuntura, agrupó a Barral, Lumen y Tusquets (tres editoriales específicamente culturales y literarias) con otras más ligadas a la política: Edicions 62–Península (de José María Castellet), Anagrama (de Jorge Herralde), Estela y Laia (de Alfonso Carlos Comín), Fontanella (de Paco Fortuny) y Cuadernos para el Diálogo (de Pedro Altares y Rafael Martínez Alés, única de estas editoriales que no tenía sede en Barcelona) (Bonet y Toledano, 2019; Tusquets, 2005:125–130). A continuación nos detendremos sobre algunas de estas editoriales, volviendo sobre el trabajo llevado a cabo por Carlos Barral ya desde los tiempos de Seix Barral para ver cómo, desde finales de los sesenta, se produjo una expansión del mercado editorial.

2.3.1.2.1. Las editoriales de Barral

Barral era entonces importante para nosotros porque éramos conscientes de que, por primera vez en España en muchos años, un instrumento editorial, una razón industrial, se empleaba como arma de combate al servicio de la cultura progresista (...). Su batalla era nuestra batalla, y en los murales del patio de letras no había otras críticas que las de los libros de Seix Barral.

Manuel Vázquez Montalbán

La editorial más importante dentro del campo de vanguardia en los años sesenta fue Seix Barral, de Carlos Barral, editorial que dirigía gracias a Joan

Petit, Jaime Rosales y un comité de lectura (Herralde, 2019b:27) del que participaron, entre otros, Rosa Regàs, Pere Gimferrer, Gabriel Ferrater, Ro-mán Gubern, Joaquín Jordá, Juan Ramón Masoliver y Félix de Azúa. Barral, quien ha narrado las peripecias de Seix Barral y, desde 1969, de Barral Editores en sus memorias, jugó un papel fundamental en la renovación crítica y literaria del período. Él fue el encargado de transformar la colección «Estudio», pensada para abastecer a las bibliotecas escolares, en una biblioteca literaria y humanística, «más o menos de vanguardia» (Barral, 1978:30). Los dos primeros volúmenes que contrató para la colección fueron «*La coscienza di Zeno*, que creía inédita en español, y un libro todavía sin título, la primera novela de Alain Robbe-Grillet, del que habían aparecido dos largos fragmentos en un número reciente de la *N.R.E.*» (31). Barral, por lo demás, ya había sido un agente fundamental de lo que dio en llamarse la «Escuela de Barcelona»³⁷ y fue, entre 1945 y 1950, el nexo entre Jaime Ferrán, Alberto Oliart, Joan Reventós, Antonio de Senillosa, Jorge Folch, Castellet, Sacristán, Gil de Biedma, Costafreda, los hermanos Ferrater desde 1948 y, hacia 1950, José Agustín Goytisolo. A Jaime Salinas lo conocerá en 1956 cuando empiece a trabajar para Seix Barral (Riera, 1988:47–76).

La colección «Biblioteca Breve» —fundada en 1955, y que en seguida se asociaría al premio Biblioteca Breve, cuya primera edición se dio en 1957 y cuyos principales colaboradores serán Barral, Joan Petit, Gabriel Ferrater, José María Valverde, Antonio Vilanova, Jaime Gil de Biedma y los hermanos Goytisolo, con Castellet como principal asesor, y con J.F. Ivars como asesor destacado (Martínez Romero, 1987:48) publicó obras de Barthes, Eco, Goldmann, Della Volpe y Jakobson, entre otros. En el ámbito novelístico, publicó a la llamada novela social española que incluye a Juan y Luis Goytisolo, a Juan García Hortelano, y a Jesús Fernández Santos y a algunos autores del *nouveau roman*, es decir, a los escritores de Minuit (Simonin, 1990): Robbe-Grillet (*El mirón*, 1956; *La doble muerte del profesor Dupont*, 1956; *La celosía*, 1958; *El año pasado en Marienbad*, 1962; y, en 1965, la recopilación de escritos críticos *Por una nueva novela*), Margarite Duras (*El Square*, 1957; *Días enteros en las ramas*, 1957; *Una tarde de M. Andesmas*, 1963; *Hiroshima mon amour*, 1964; *Los caballitos de Tarquinia*, 1966), Michel Butor (*El empleo del tiempo*, 1958; *Sobre literatura I y II*, 1967; *La modificación*, 1969; y *Repertorio*, 1970). Edicions 62 también publicó en catalán *La modificació* (1965) de Butor y *Dins el laberint* (1968) de Robbe-Grillet. «La Biblioteca Breve», escribe Barral,

37 Ese primer núcleo de sociabilidad, que ha sido reconstruido por Carme Riera (1988), será muy importante para lo que vendrá después.

a la que parece que tanto deben los intelectuales y hasta los políticos más jóvenes, estaba realmente planeada como una revista del pensamiento y de la creación literaria. Se trataba de un instrumento de exploración de otras culturas vivas y, finalmente, de provocación de las propias. Y de esa cuestión recurrente de la unificación del mercado de autor en el ámbito lingüístico. El Premio Biblioteca Breve, ligado a la colección tan solo por el nombre, fue en ese campo instrumento de insospechable eficacia. A partir de 1958, en que se otorgó por primera vez a los relatos de Luis Goytisolo, *Las afueras* (...), el premio se reorientó por sí mismo pero de modo decidido hacia el húmedo ultramar, hacia la prosa de Indias. (1988:78)

En efecto, dicho premio fue otorgado en 1962 a Mario Vargas Llosa por *La ciudad y los perros*, en 1963 a Vicente Leñero por *Los albañiles* y a Guillermo Cabrera Infante en 1964 por *Tres tristes tigres*. Tras recaer en 1965 en Juan Marsé (*Últimas tardes con Teresa*), en 1967 lo ganó Carlos Fuentes (*Cambio de piel*), en 1968 Adriano González León (*País portátil*) y en 1969 Juan Benet con *Una meditación* antes de que Barral se viera obligado a abandonar la editorial. Escribía Barral respecto al Premio y a su importancia en la difusión de la literatura latinoamericana en España:

El Premio Biblioteca Breve, y después el Barral de Novela, que pretendió ser lo mismo, juntaban en el jurado a escritores amigos y a premiados, con exclusión expresa de los premiables. Junto a Josep Maria Castellet, José María Valverde, Luis Goytisolo Salvador Clotas, Juan García Hortelano, Félix de Azúa o Jesús Aguirre, pasaban por sus escaños deliberantes el propio Vargas Llosa o Gabriel García Márquez y personajes que también estaban en los jurados o cortejos de los premios internacionales itinerantes. Cuando el premio coronaba escritores españoles como Juan Marsé o Juan Benet, los inscribía también en la nómina de la modernidad hispanoamericana y los proponía a un desconocido lectorado extraterritorial. (79)

Seix Barral publicó *Tiempo de silencio* (1962), de Luis Martín Santos, considerada comúnmente como la obra que pone en crisis el ciclo realista. «Tu novela es sensacional», le escribía el 13 de mayo de 1961 Barral al aceptar su novela: «Y además va a caer como una bomba en medio del panorama uniforme del joven realismo patrio» (Barral en Espósito, 2009:4). Todo ello muestra cómo Barral promovió la internacionalización de la literatura española, poniéndola en contacto con la contemporaneidad a través de la promoción de autores latinoamericanos y de la publicación de traducciones y publicitando internacionalmente a los autores españoles que publica-

ba, a lo que contribuirán, entre otras cosas, los premios Formentor (Barral, 1978:239–272), que reunieron a trece prestigiosas editoriales de diferentes países, asegurando la difusión internacional de las obras. Como afirmaba en 1969 Valeriano Bozal en un pionero estudio sobre la edición en España,

la posición de la editorial Seix Barral fue, en lo fundamental, y sobre todo por lo que hace a las traducciones, de vanguardia. Prestó una gran atención a lo original, a lo nuevo que se hacía más allá de nuestras fronteras, y procuró que tuviésemos acceso a ello. Su actividad no fue multitudinaria, pues sus tiradas no excedieron, en principio, los tres mil ejemplares por edición, pero la vigencia y reedición constante de algunos de sus libros nos indica que la importancia de esta actividad transciende la cantidad de ejemplares publicados. (1969a:92)

Tras la muerte de Víctor Seix en 1967, debido a los conflictos de Barral con la familia Seix, la editorial empezó a prescindir de sus colaboradores (Rosa Regás, Rafael Soriano, Félix de Azúa, Fernández de Castro e Isabel Font —Martínez Romero, 1987:75—) y el editor se vio obligado a abandonar la editorial en otoño de 1969. La nueva dirección literaria de Seix Barral recayó en Pere Gimferrer y Joan Ferraté y Barral fundó Barral Editores, entre cuyas colecciones destacan —remitiendo en su nombre a la colección «Biblioteca Breve» de Seix Barral— «Breve Biblioteca de Respuesta» (donde publicó en 1971 *Lógica del sentido*, de Deleuze, y en 1974 unas *Obras escogidas* de Bataille), «Biblioteca Breve de Balance», «Breve Biblioteca de Reforma» y «Biblioteca Breve de Literaturas». «Breve Biblioteca de Reforma», de la que escribía Savater en 1974 que «puede decirse de ella sin exageración que ninguno de sus títulos es superfluo, y varios de ellos son fundamentales» (45), publicó, entre otras, las *Obras* (1972) de Marcel Mauss, *Lenguaje, pensamiento y realidad* (1971) de Benjamin Lee Whorf, *Psicología del arte* (1972) de Vigotski, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento* (1974) de Bajtín, y *Los cuatro principios fundamentales del psicoanálisis. Seminario XI* (1977) de Lacan (el primer volumen de los *Escritos* sería publicado por Siglo XXI en 1971 en traducción de Tomás Segovia). *El anti-Edipo* (1973) de Deleuze y Guattari, que también forma parte de la colección, será republished por Paidós en 1992, tras volver a publicar en 1985 *Lógica del sentido*. Por lo demás, y en esa misma serie deleuziana, Pre-Textos publicará en 1988 las *Mil mesetas* de Deleuze y Guattari. Es especialmente importante en la serie teórica la publicación en esta misma colección del volumen *Los lenguajes críticos y las ciencias del hombre: controversia estructuralista* (1972) —libro publicado en inglés en 1970 y traducido por José Manuel Llorca—, que recogía el seminario de Baltimore en el que, entre el 18 y el 21 de octubre de 1966 celebra-

do en la Johns Hopkins University, el estructuralismo desembarcaba en los Estados Unidos incorporando ya en sí su propia crítica, llamada en Norteamérica posestructural. En el encuentro, organizado por Eugenio Donato y Richard Macksey, participaron René Girard, Charles Morazé, Georges Poulet, Lucien Goldmann, Tzvetan Todorov (con «Lenguaje y literatura»), Roland Barthes (que presentó «Escribir: verbo intransitivo»), Jean Hyppolite, Jacques Lacan (quien presentó intercalando francés e inglés, en traducción castellana, su «De la estructura como inmixing del prerrequisito de alteridad de cualquier otro de los temas»), Guy Rosolato, Neville Dyson-Hudson, Jacques Derrida, Jean-Pierre Vernant, Nicolas Ruwet y Jean Hyppolite. Entre el público, cuyas intervenciones fueron recogidas en el volumen, estaban John Hillis Miller, Edward Said y Paul de Man. Las disciplinas congregadas, en toda su diversidad, convergían en una problemática común: la de los lenguajes críticos que las subtendían. En ese sentido, el texto de Derrida («Estructura, signo y juego en el discurso de las ciencias humanas») no remitía a una cuestión específica o regional, como hacían de un modo u otro casi todas las ponencias, sino que constituía una puesta en crisis radical de los presupuestos estructurales de Lévi-Strauss sobre los que el simposio reflexionaba y suponía una puesta en cuestión y un desplazamiento de aquello que reunía en Baltimore a los congregados, no tanto a través de una crítica externa del estructuralismo como de un más allá del mismo solo vislumbrable después de haberlo atravesado.

Ese libro fue muy importante para una lectura crítica del estructuralismo abierta a los avances lacanianos y deconstructivos. Nora Catelli y, como ella, muchos otros argentinos, pudieron leer dicho volumen en su país en aquellos años (2018a:190–196), lo que no deja de ser una muestra más de cómo los libros circulaban rápidamente en ambas direcciones del Atlántico y hace posible un estudio crítico de las relaciones entre campos editoriales e intelectuales, entre textos y discursos, entre catálogos y lecturas.

Por lo demás, y respecto a la narrativa, hay que señalar cómo —además de crear el Premio Barral de Novela en 1971— a través de la colección «Hispánica nova», con libros como las primeras novelas de Félix de Azúa (*Las lecciones de Jena*, de 1972, y *Las lecciones suspendidas*, de 1978), se dio salida, en palabras de Juan Antonio Tello, a «una nueva narrativa española con pobre acogida por parte del lector y del crítico de la época» (2008:238).

Sin abandonar los proyectos de Carlos Barral, cabe detenerse brevemente en una importante editorial mexicana en cuya fundación participaron Barral y Seix con un veinte por ciento del capital (Larraz, 2019:288): Joaquín Mortiz, dirigida por Joaquín Díez Canedo y de la que Barral fue consejero. Dicha editorial representaba en Formentor a la literatura latinoamericana al

tiempo que era una vía de salida a proyectos de Barral impublicables en España. Como ha explicado Fernando Larraz, su colección de «Nueva Narrativa Hispánica» «se diseñó de manera paralela a la colección homónima de Seix Barral con el fin de facilitar la publicación de obras de autores censurados cuyos derechos tenía la editorial barcelonesa, al tiempo que integraba a Mortiz en la llamada literatura del *boom*» (290). Por su parte, la colección «Novelistas Contemporáneos», una de las más importantes de narrativa de toda Latinoamérica, «integraba perfectamente a los mejores escritores mexicanos, a los refugiados españoles y a algunos importantes valores de la literatura mundial, estos últimos procedentes, casi siempre, de lo que la censura franquista no dejaba publicar a Seix Barral» (293–294). Juan Goytisolo publicó en esta colección, impedido de hacerlo en España, *Señas de identidad* (1966) —que intentó publicar en España, sin éxito, Seix Barral en 1974— y su *Reivindicación del conde don Julián* (1970), tal como había hecho Max Aub con *Campo del Moro* (1963) y *Campo de los Almendros* (1968).

2.3.1.2.2. Anagrama y el nuevo ensayismo

En el ámbito de la vanguardia cultural existían también no solo lagunas sino océanos por colmar.

Jorge Herralde

Anagrama, fundada en 1969 por Jorge Herralde, fue una de las editoriales más importantes del periodo en la renovación de la teoría y del ensayismo en España. Las primeras colecciones («Argumentos», «Documentos» y «Textos») están dedicadas al ensayo. «Cuadernos Anagrama», fundada en 1970, es la principal colección de la editorial hasta 1977 y en 1972 y 1973 los libros publicados en ella superan al conjunto de títulos del resto de colecciones (Anagrama, 2019:79). Eran textos breves y a bajo precio que pretendían, según Herralde, «suplir la práctica inexistencia de revistas teóricas españolas, incorporar a autores que parecían imprescindibles en el ámbito del pensamiento, publicar los clásicos revolucionarios, analizar las problemáticas más contemporáneas y urgentes, estimular textos de autores españoles» (2019e:46). Igualmente, y en relación directa con su última afirmación, instituyó desde 1973 el Premio Anagrama de Ensayo, que sirvió como plataforma de visibilización y consagración de una parte importante de la nueva crítica española, y que proponía en un primer momento ediciones de 10 000 ejemplares y un anticipo de 100 000 pesetas a los autores (Gracia y Ródenas, 2011a:218). Se trataba, pues, de fomentar una producción crítica local que se hiciera cargo de nuevos modos de escritura y de pensamiento más allá de las

estrictas fronteras disciplinarias. Dicho premio funcionó como un protocolo de legitimación y visibilización de las nuevas tendencias críticas. Así ha explicado Herralde su surgimiento:

A principios de los setenta tengo la idea de fundar un premio de ensayo, se lo comento a Luis [Goytisolo], a quien le entusiasma la idea. Y convocamos en su casa una primera reunión con Mario Vargas Llosa y Salvador Clotas (gran amigo, crítico muy fino y experto jurado en los premios de Barral). Elaboramos las bases y se añadieron al jurado del primer año Hans Magnus Enzensberger y Juan Benet. (2019d:39)

Se leía en su convocatoria, en una fórmula que se conserva hasta hoy en las bases del premio: «El jurado preferirá los trabajos de imaginación crítica a los de carácter estrictamente erudito o científico» (en Herralde, 2019b:30). El jurado de la primera edición de 1972, que quedó desierta, tenía que estar compuesto, junto con Herralde, por Mario Vargas Llosa, Juan Benet, Luis Goytisolo, Hans Magnus Enzensberger y Gabriel Ferrater, pero el suicidio de este último hizo que se incorporara Salvador Clotas (Herralde, 2019a:21; Gracia y Ródenas, 2015:195). Al año siguiente, en 1973, se le concedió a Xavier Rubert de Ventós por *La estética y sus herejías*. Tras él, Eugenio Trías con *El artista y la ciudad* (1975), Jordi Llovet con *Por una estética egoísta* (1978) y Pere Gimferrer con *Lectura de Octavio Paz* (1980) dan cuenta del premio en su primera fase. La concesión en 1982 a Sávater por su *Invitación a la ética* marcará un giro en el mismo ligado a las transformaciones políticas e intelectuales del período, tal como estudiaremos en su momento.

En cuanto a la edición, y a pesar de los problemas que refiere Herralde para conseguir derechos de obras de Barthes, Lacan y Althusser ya adquiridas por Siglo XXI (2019a:17), Anagrama publica a Michel Foucault (*Nietzsche, Freud, Marx*, 1970, con prólogo de Eugenio Trías; *Theatrum Philosophicum*, 1972; *Esto no es una pipa. Ensayos sobre Magritte*, 1981; y *Theatrum Philosophicum & Repetición y diferencia*, con Deleuze, 1995) y a Gilles Deleuze (*Nietzsche y la filosofía*, 1971; *Proust y los signos*, 1972; *Repetición y diferencia*, 1972; *¿Qué es la filosofía?*, con Félix Guattari, 1993; *Theatrum Philosophicum & Repetición y diferencia*, con Foucault, 1995; y *Crítica y clínica*, 1996), así como un pequeño volumen de Jacques Derrida (*Dos ensayos*, 1972). De Claude Lévi-Strauss, *Tristes trópicos* (en catalán, 1969), *El oso y el barbero* (1970), *El futuro de los estudios del parentesco* (1971), *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia* (1974), *Estructuralismo y ecología* (1974) y *Historia de Lince* (1992). De Louis Althusser, *Freud y Lacan* (1970), *Sobre el trabajo teórico: dificultades y recursos* (1970), *Del idealismo «físico» al idealismo «biológico»* (con Jacques

Monod y Jean Piaget, 1972) y *Posiciones* (1977). De Jacques Lacan, *El objeto del análisis* (1970) y *Psicoanálisis. Radiofonía & Televisión* (1977), así como los *Ensayos lacanianos* (1976) de Oscar Masotta. De Roland Barthes, por su parte, solo publicarán *Incidentes* (1987), en traducción de Biel Mesquida.

Su primera publicación dedicada al estructuralismo en la colección «Argumentos» fue *Conversaciones con Lévi-Strauss, Foucault y Lacan* (1969, nº 5), conjunto de entrevistas traducidas del italiano. En 1971, también en «Argumentos», se publicó el volumen *Teoría*, editado por Raymond Bellour, que presentaba breves conversaciones con Lévi-Strauss, Barthes, Bourdieu, Yona Friedman, Goldmann, Lyotard, Martinet, Pontalis, Olivier Revault D'Allonnes, Robbe-Grillet, Sollers, Bernard Teyssèdre y Victor Vasarely. *El libro de los otros*, también de 1971 y editado por Raymond Bellour, presenta conversaciones con Foucault, Lévi-Strauss, Barthes, Francastel, Laplanche y Pontalis, Ramnoux, Metz y Rosolato. Los libros citados dan cuenta del interés general y del efecto de moda asociado a un cierto estructuralismo.

El volumen colectivo de *El Círculo de Praga* (1972), en el que participan Jakobson, B. Trnka, J. Vachel, N.S. Trubetzkoy y V. Mathesius, es otra importante aportación de comienzos de los setenta. Igualmente, *El espacio y las máscaras. Introducción a la lectura de Cernuda*, de Jenaro Talens (finalista del premio Anagrama de Ensayo de 1974 y publicado en 1975) presenta una lectura estructural de la obra del poeta exiliado.³⁸

Por lo demás, la editorial no se interesaría por el estructuralismo científico de Genette o Todorov, que no tendrán ninguna publicación en ella, pero sí por las introducciones de Georges Mounin (*Saussure. Presentación y textos*, 1969; *Claves para la lingüística*, 1970; *Introducción a la semiología*, 1972;

38 Escribe Talens en su prólogo: «Escribí este libro en 1970. Tenía entonces 24 años y desde mi posición de outsider (por otra parte nada voluntaria) intentaba analizar uno de los problemas más debatidos por la crítica de poesía de entonces (...). Cuando redacté este libro consideraba posible utilizar la metodología y el pensamiento del estructuralismo francés (en especial Roland Barthes) como primer estadio de un proceso interpretativo que, si no debía (no podía), como en cierto modo afirmaba Roland Barthes, agotarse en la sola tarea de descomposición del texto a analizar (ya que, en tanto proceso significante, funcionaba política e ideológicamente en un contexto histórico determinado, en su forma de realización), necesitaba, sin embargo, de ese primer paso. Su dilucidación delimitaba el objeto en su especificidad (siempre entendida ésta bajo postulados científicos). No veía entonces que un análisis como el así propuesto no representaba necesariamente el primer paso de un proceso común al que yo intuía, sino otro proceso diferente que, de un modo más o menos velado, eliminaba la Historia del concepto de estructura. Efectivamente, una estructura sometida, para su delimitación, a la dinámica interna de unos elementos formales solo analizables en el espacio de su formalización, permitía, en última instancia (por más que explícitamente lo negase), su consideración como estable, fija, es decir, eterna, en la medida en que como tal no dependía del desarrollo de la Historia. La inclusión posterior dentro del terreno de lo histórico no llevaba, cuando más, sino a un sociologismo de nuevo cuño. Sociologismo que ocultaba, sin superarla, la aberración inicial» (1975:13).

Claves para la semántica, 1974), un autor, por lo demás, muy crítico con la semiótica «literaria» de autores como Barthes y que advertía desde una perspectiva disciplinaria de «los peligros que encierra la operación de trasladar imprudentemente los conceptos, y sobre todo los términos lingüísticos, a otros terrenos» (Mounin, 1982:8).

2.3.1.2.3. Otros núcleos editoriales de la renovación

Otra editorial importante en la promoción del ensayismo y la renovación del pensamiento literario fue Taurus, especialmente en el período en el que Jesús Aguirre fue su director editorial, entre 1969 y 1977. Las colecciones «Ensayistas de hoy» (convertida posteriormente en «Ensayistas»), «Cuadernos Taurus» y «Ser y tiempo», que datan de los años cincuenta, son colecciones de pensamiento que darán a la editorial su sello propio. En 1962 creará «Persiles», una colección que —en palabras de Francisco Pérez Gutiérrez— «obliga al traspaso reiterado de las fronteras entre literatura y pensamiento», proponiendo en su catálogo «una crítica literaria fronteriza» (2004:95) en la que aparecerán desde *Las fronteras infernales de la poesía* (1959) de José Bergamín hasta los tres volúmenes de las *Iluminaciones* (1971, 1973 y 1975) de Walter Benjamin. Dentro de esa misma colección se incluyó, desde su misma creación, la serie «El escritor y la crítica», dirigida por Ricardo Gullón, profesor en los Estados Unidos al que nos hemos referido cuando hablábamos de Lázaro Carreter, que presentaba volúmenes monográficos dedicados a la vida y obra de escritores españoles o hispanoamericanos considerados, desde un punto de vista u otro, actuales.

Taurus es una de las principales responsables de la edición de los libros de los autores de la Escuela de Frankfurt, así como de la incorporación de la obra de Cioran y de Bataille. Aunque Ariel había publicado ya en 1962 *Prismas y Notas sobre literatura* de Adorno en traducción de Manuel Sacristán, Taurus continuará esa labor al publicar en «Ensayistas de hoy» su volumen *Sociológica*, escrito con Horkheimer, y *Tres estudios sobre Hegel* en 1966, seguidos de *Teoría estética* (1971), *La ideología como lenguaje* (1971), *Dialéctica negativa* (1975), *Terminología filosófica I y II* (1976) y *Mínima moralia* (1987). En 1969 aparece el único libro de Herbert Marcuse que publicará la editorial (*Ética de la revolución*, en «Ensayistas de hoy») y a lo largo de los años setenta las traducciones en «Persiles» de algunas obras de Walter Benjamin: los tres volúmenes de *Iluminaciones* (1971, 1973 y 1975), *Discursos interrumpidos I* (1973) y *Haschisch* (1974) y, ya en los ochenta, *Diario de Moscú y Correspondencia 1933-1940*, *Walter Benjamin / Gershom Scholem* en 1987, así como el libro de Martin Jay titulado *La imaginación dialéctica: una historia de la Escuela de Frankfurt* (1984).

Es importante también —además de la publicación de libros como *Crisis de la República* (1973) y *Los orígenes del totalitarismo* (1974) de Hannah Arendt— el interés por el pensamiento nietzscheano que aparece en la editorial, si bien este tiene que emparentarse más bien con las reinterpretaciones del pensador alemán que se están dando en Francia por aquellos años. En ese sentido, el volumen colectivo *A favor de Nietzsche* (1972) —al que sucederá la publicación de dos libros del filósofo alemán: *Inventario* (1973) y *El libro del filósofo* (1974)— es importante no tanto para los especialistas de Nietzsche sino —como ya se observa en su título— como gesto de una joven generación de filósofos españoles que afirman su diferencia, apoyándose en la lectura del llamado estructuralismo francés, y que encuentran en Taurus tanto lecturas como una valiosa plataforma de promoción.

La editorial concederá un lugar al pensamiento francés, donde cabe destacar la solitaria traducción de *L'amitié* de Maurice Blanchot bajo el título de *La risa de los dioses* (1976), así como las publicaciones de Georges Bataille, de quien Taurus ya había publicado *La literatura y el mal* en 1959, obra que reeditaría en 1971. Además de ese libro, la editorial publicó *La experiencia interior* (1973), *El culpable* (1974), *Sobre Nietzsche* (1986) y *Teoría de la religión* (1975), libros todos ellos traducidos por Savater por petición de Jesús Aguirre. Además, publicó los siguientes libros de Cioran: *Breviario de podredumbre* (1972), *La tentación de existir* (1973), *El aciago demiurgo* (1974) y *Del inconveniente de haber nacido* (1981), así como el *Ensayo sobre Ciorán* (1974) de Savater, fruto de su tesis doctoral. Por lo demás, Taurus también publicó a Jean Starobinski: *La relación crítica. Psicoanálisis y literatura* (1974), *La posesión demoníaca* (1976), *J.J. Rousseau: la transparencia y el obstáculo* (1983) y *Mil setecientos ochenta y nueve, los emblemas de la razón* (1988).

Otros autores publicados por Taurus fueron Paul Ricœur (*Finitud y culpabilidad*, 1969), Merleau-Ponty (*La prosa del mundo*, 1971), Jean-Pierre Faye (*Los lenguajes totalitarios*, 1974), Clément Rosset (*La anti-naturaleza*, 1974), Gilles Deleuze (*Presentación de Sacher-Masoch*, 1974) y Pierre Klossowski (*Tan funesto deseo*, 1980) y, con relación a los autores españoles, publicó a Lázaro Carreter (*Estudios de poética*, 1976), Savater (*La infancia recuperada*, 1976) y Benet (*En ciernes*, 1976), entre otros.

Por otra parte, José María Gelbenzu fundará en 1977 la serie «Maior» dentro de la colección «Ensayistas» en que publicará el *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas* (1983) de Émile Benveniste y *La distinción* (1988) de Pierre Bourdieu. A él se debe también la creación en 1985 de la sección «Teoría y crítica literaria» dentro de la colección «Persiles», donde se publicaron libros de Walter Benjamin y vio la luz la *Teoría y estética de la novela* (1989) de Mijail Bajtín.

Otra editorial importante fue Tusquets, fundada en 1969 por Beatriz de Moura y Óscar Tusquets, que publica textos de Artaud (*Carta a la vidente*, 1970), Joyce (*Giacomo Joyce*, 1970), Malcolm Lowry (*El volcán, el mezcal, los comisarios: dos cartas*, 1971), Mallarmé (*Dos poemas dramáticos. La siesta del fauno. Las nupcias de Herodias*, 1972), Roussel (*Cómo escribí algunos libros míos*, 1973) y Michel Leiris (*La literatura considerada como una tauromaquia. Gran escape de nieve*, 1975). En esta editorial se publicará también *¿Por dónde empezar?* (1974) de Barthes y *El orden del discurso* (1974) de Foucault. Esther Tusquets creó en Lumen la colección «Palabra en el tiempo» en la que, tras la publicación de *Un cuarto propio* (1967) en Seix Barral, emprendió en 1972, por sugerencia de Antonio Vilanova, la publicación, en traducciones de Andrés Bosch, de las obras de Virginia Woolf, cuyas últimas ediciones en España databan de los años cuarenta (Simó-Comas, 2019:201). En esa misma colección se publicaron, de modo casi inmediato, los libros de Umberto Eco. Así, *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*, cuya versión italiana es de 1964, se publica en España en 1968.

Cabe citar también Kairós, creada en 1969, donde publican Vázquez Montalbán (*Manifiesto subnormal*, 1970), Terenci Moix (*El sadismo de nuestra infancia*, 1970), Pere Gimferrer y Salvador Clotas (*30 años de literatura*, 1971) y José Luis Guarner (*30 años de cine*, 1971), así como un volumen con poemas e ilustraciones de Lewis Carroll (*Lewis Carroll*, 1970), y donde en 1978 se publicaría *Roland Barthes por Roland Barthes*. Fue especialmente importante la serie La Gaya Ciencia (1970–1983), en Edhasa, que se inauguró con la publicación de *Metodología del pensamiento mágico* (1970) de Eugenio Trías, libro al que siguieron, entre otros, el *Angelus novus* (1971) de Benjamin, *Lacan* (1971) de Anika Riffet-Lemaire, algunos libros de Benet (*Un viaje de invierno* —1972—, *5 narraciones* —1972— y *2 fábulas*, *Sub rosa* —1973— y, en la «Biblioteca de divulgación política», *¿Qué fue la guerra civil?* —1976—), *Happy end* (1974) de Vázquez Montalbán, *Ensayo sobre las categorías de la economía política* de Gustavo Bueno, *Travesía del horizonte* (1973) de Javier Marías y *Relato de la utopía* de Julio Ortega. Por otro lado, el primer libro de crítica literaria publicado por Alianza Editorial, que pone la literatura y el pensamiento al alcance de los lectores desde 1966 por 50 pesetas, es *Criticar al crítico y otros escritos* (1967, nº 65) de T.S. Eliot. Dicha editorial publicará también en 1969 *El estructuralismo*, de Jean-Marie Auzias (nº 176, sección «Humanidades»).

En relación directa con el marxismo —del que en esta investigación nos ocupamos solo de modo tangencial— es fundamental la labor llevada a cabo por Ariel donde, bajo la dirección de Manuel Sacristán, se publicarán títulos como *Revolución en España* (1960, traducido por él mismo) de Marx, *El*

final de la utopía (1968) y *Ensayos sobre política y cultura* (1970) de Marcuse, *La responsabilidad de los intelectuales y otros ensayos históricos y políticos* (1969) de Chomsky, *Crítica, cultura y sociedad* (1969) de Adorno, *Inquisición, brujería y criptojudaimo* (1970) de Julio Caro Baroja, *La práctica del arte* (1971) de Antoni Tàpies y tantos títulos más. Es también importante la editorial Martínez Roca, donde se publicarán en 1969 *Estética y marxismo*, *Estructuralismo y marxismo* y *Literatura y sociedad. Problemas de metodología en sociología española* (que recogía las actas del Coloquio Internacional de Literatura celebrado en París en 1964), libros que incluyen textos de Sartre, Fischer, Garaudy, Scarpit, Goldmann y Barthes, entre otros, así como Siglo XXI, que publicó entre otras cosas en 1968 una *Polémica sobre marxismo y humanismo* (1968) que incluía textos de Althusser, Horge Semprún, Michel Simon y Michel Verret. Respecto a Sacristán, cabe recordar que participó de la creación de dos revistas: *Materiales* (1977–1978) y *Mientras tanto* (1979 hasta hoy), fundada con su mujer, Giulia Adinolfi, profesora de Teoría Literaria de la Universitat Autònoma de Barcelona, quien formó parte de las redes de la «filología antifascista italiana» junto a Rosa Rossi, y a Giuliana di Febo, siendo estas tres autoras responsables de la publicación de algunos de los textos pioneros en el estudio de la historia de las mujeres y en el campo del feminismo que se publicaron en España.³⁹ Ahora bien, entre todas estas editoriales destaca, tanto por su labor de promoción del marxismo como por el trabajo de edición de textos formalistas y estructuralistas, la editorial Alberto Corazón, de la que a continuación nos ocuparemos.

Esas editoriales contribuirán, junto con las revistas del período, a la constitución de un espacio crítico a través de un conjunto plural de propuestas culturales que, en el marco de la dictadura, se convertían inmediatamente, tanto desde el marxismo como desde fuera de él, en políticas.

2.3.2. La renovación estructural del marxismo: Ciencia Nueva (1965–1970) y el Equipo Comunicación (1969–1979) de Alberto Corazón

La dictadura acabó considerándola una verdadera amenaza, no solo porque acabó cerrándola, sino porque en 1972, dos años después de su eliminación, todavía seguía incluida en las listas negras del Ministerio de Información y Turismo.

Francisco Rojas Claros

39 Debo esta información a Anna Gargatagli, a quien agradezco su atenta lectura. Sobre Giulia Adinolfi puede consultarse el nº 94 de *Mientras tanto*, primavera de 2005 (<http://mientrastanto.org/sites/default/files/mt94.pdf>).

La misión ineludible del crítico contemporáneo consiste en rescatar ese trabajo ingente de la esterilidad de la academia y de la vaciedad formalistas en la que ha sido sumido, tanto por la crítica oficial como por la frivolidad oficiosa.

Equipo Comunicación

Hasta ahora nos hemos ocupado de las lecturas llevadas a cabo desde la universidad, y asociadas —con excepción del planteamiento sociológico de Vidal Beneyto y del marxismo estructural de Juan Carlos Rodríguez— de un modo u otro a la ascendencia de la estilística. En este segundo apartado vemos cómo, desde una plataforma editorial marxista, se dio publicidad desde la colección «Comunicación» a los avances formalistas y a la vanguardia estructural aunque fuera, como se verá, para criticarlos.

Ciencia Nueva (1965–1970) fue una editorial pionera en España en la publicación de obras políticas abiertamente opuestas a la ideología del franquismo. Fundada en Madrid por doce estudiantes universitarios, la mayoría de Filosofía y Letras, estaba estrechamente vinculada al Partido Comunista Español (Rojas Claros, 2006:70–71). María Teresa Bort León, Pepe Esteban, Valentina Fernández Vargas, Javier Gallifa Olive, Rosario de la Iglesia Ceballos, Albert Méndez Borra, Luis Lorenzo Navarro, María Rosa de Madariaga Álvarez Prieta, Jesús Munárriz Peralta, Lourdes Ortiz Sánchez, José Carlos Piera Gil y Rafael Sarró Iparraguirre eran sus miembros. Como ha indicado Francisco Rojas Claros, «el “hombre fuerte” del PCE dentro de Ciencia Nueva era Jaime Ballesteros y, antes de su detención, a través suyo se habían afiliado algunos de los que algo más tarde fundarían la editorial» (Rojas Claros, 2005:104).

Ciencia Nueva introdujo en España, a través de su colección del mismo nombre, a autores marxistas extranjeros, especialmente a «los marxistas ingleses de los años treinta», pero también a Galvano Della Volpe, a Goldmann, a Althusser, a Ernst Bloch, a Paul M. Sweezy o a Ernst Fischer. La editorial publicó veintitrés obras en dicha colección, pero su labor quedó amputada por la censura y el cierre ministerial. Como explica Francisco Rojas, «solo pudo publicarse lo más abstruso o genérico de los autores citados, aquello que, a juicio de los censores, fuera de más difícil comprensión» (Rojas Claros, 2006:71). En la colección «Los complementarios», de inequívoco nombre machadiano, dirigida por Jaime Ballesteros, se publicaron ensayos escritos por autores españoles, como Manuel Sacristán, Valeriano Bozal, Joan Fuster, Gustavo Bueno, Max Aub y César Santos Fontela, promoviendo a través de ella «la doctrina de la reconciliación nacional» (71). La colección «Los clásicos» recuperó textos prohibidos desde 1939 que criticaban su propio tiempo. Aquí se publicó a Larra, Diderot, Voltaire, Robespie-

rre y varios libros de Marx y Engels (*Formaciones económicas precapitalistas* —1967—, *Las luchas de clases en Francia* —1967—, *Anti-Düring* —1968— y, el más importante para el recorrido que aquí abordamos, *Sobre arte y literatura* —1968—). Como ha estudiado Francisco Rojas, Ciencia Nueva tuvo muchísimos problemas para recibir autorizaciones para editar las obras que quería. Desde 1965 hasta 1970, presentó unos 200 libros a consulta voluntaria (excluidas las obras de poesía), de los cuales 46 fueron denegados y 34 fueron parcialmente censurados (Francisco Rojas, 2006:72). En 1969, y coincidiendo con el estado de excepción, se le impuso un primer cierre administrativo antes de sufrir, en 1970, un segundo cierre definitivo.

El Equipo Comunicación, que tiene en Valeriano Bozal a uno de sus miembros más activos, surge de la antigua editorial Ciencia Nueva⁴⁰ (1965), reconvertida en Alberto Corazón (1969), y se interesará por el estructuralismo al tiempo que tratará de señalar sus límites⁴¹ en la colección «Comunicación». Como ha señalado Carmen Martínez Rubio, «el propósito del equipo no era contribuir a esta divulgación, antes bien su máximo interés era cuestionar los temas del estructuralismo que, según ellos, evidenciaban las limitaciones teóricas del movimiento» (Martínez Romero, 1987:190). Se trata, así, de un núcleo importante en la introducción de las perspectivas lingüísticas y formalistas, formado por marxistas cercanos al PCE, que contribuirá a la difusión de los textos de las vanguardias lingüísticas del siglo XX antes de su disolución en 1979.

Así recordaba Alberto Corazón en 2012 su fundación:

Fraga Iribarne, ese ilustre padre de la democracia —según algunas necrológicas que recientemente hemos tenido que sufrir—, clausuró la editorial Ciencia Nueva a pesar de que pasaba la censura previa de textos, traducciones y portadas. Era la única editorial que estaba publicando los textos que necesitábamos, no como una actividad revolucionaria, sino como simple demanda de libertades fundamentales. Entonces, tomamos la decisión —junto con otras personas

40 Formada por Jesús Muñárriz, Jaime Ballesteros, Alberto Méndez, Lourdes Ortiz y Valeriano Bozal. Sus principales asesores son Méndez y Bozal. Como ha señalado Francisco Rojas Claros, «las obras de Ciencia Nueva gozaron de inmediato de gran aceptación, con una tirada de entre tres y cuatro e incluso cinco mil ejemplares por edición, alcanzando algunos títulos las tres ediciones consecutivas. Desde el principio podría verse que aquello era algo nuevo, y de gran calidad. No es extraño que, a los pocos meses de su reciente creación, empezaran a aparecer críticas, comentarios y recensiones favorables en las principales revistas de corte progresista del momento» (Rojas Claros, 2006:106).

41 Como ha señalado Carmen Martínez Romero, «el propósito del equipo no era contribuir a esta divulgación, antes bien su máximo interés era cuestionar los temas del estructuralismo que, según ellos, evidenciaban las limitaciones teóricas del movimiento» (1987:190).

como el mismo Valeriano [Bozal] o Miguel García Sánchez— de continuar la labor en una nueva editorial en la que tuvieran continuidad esos aspectos colectivos de Ciencia Nueva. Se trataba de hacer una editorial de acumulación primitiva de capital. Miguel se ocupaba de la distribución y adelantaba los pagos de producción. Nosotros no cobrábamos nada e íbamos recuperando el dinero a medida que se iban vendiendo libros. El funcionamiento era colectivo, por eso, aunque la editorial se llamaba Alberto Corazón, siempre nos referíamos a las colecciones de Comunicación. Inicialmente el grupo estaba formado por Valeriano, Miguel García Sánchez, Juan Antonio y Alberto Méndez y yo mismo. El funcionamiento era realmente insólito. Desde los primeros libros escribíamos introducciones colectivas, que no iban firmadas, en las que a veces cuestionábamos y criticábamos el mismo texto. Me gustaría recalcar un aspecto. Publicábamos textos sobre economía, pensamiento político, pero fuimos la primera editorial que publicó textos sobre estructuralismo, semiótica, etc. En Comunicación confluyán sin problemas la vanguardia política y la vanguardia lingüística o científica, y eso le da un carácter especial. En la selección de los textos fue esencial el trabajo de Valeriano. (Bozal *et al.*, 2012:287)

Por lo demás, el Equipo Comunicación promovió la creación de seminarios. Recuerda Valeriano Bozal que estos surgieron de sus relaciones con Alberto Corazón y con Ludolfo Paramio:

Iniciamos un trabajo colectivo con el objetivo de publicar los resultados. Eso nos condujo a montar unos seminarios. Como siempre pasa, el resultado es complicado, también es algo complicado explicarlo. Los seminarios se celebran en mi casa. En un principio eran algo muy reducido, pero el número de participantes fue aumentando considerablemente hasta alcanzar más de cuarenta personas: era imposible mantener la actividad de una forma privada, sin ningún soporte institucional, quizás, estoy seguro, con exceso de voluntarismo; así se vio y así reconoció, por tanto nos «disolvimos».

Se hicieron dos tipos de textos. Uno se tituló *Teoría práctica teórica y Alienación e ideología*. El primero era un libro colectivo pero tradicional, cada uno de los autores firmaba su texto y Alberto hizo la que, en mi opinión, es una de las mejores intervenciones o planificaciones gráficas de un libro, yo nunca he visto nada igual. En ese momento la idea era que la gráfica no era ajena ni a la ideología ni al desarrollo de la teoría. Por tanto, nos exigíamos una gráfica acorde a nuestros planteamientos intelectuales. Ahí firmó un artículo Leopoldo Lovelace —que después se fue a Estados Unidos—, Carlos Piera —con el que también teníamos una relación complicada porque estaba constantemente yendo y viniendo de Estados Unidos—. El segundo volumen, *Alienación e ideología*,

sí fue un volumen colectivo, por eso está firmado por un número amplio de personas. Era el resultado de un trabajo en seminarios y entraba dentro de una de las líneas básicas de Comunicación, la crítica del estructuralismo marxista —de Althusser, fundamentalmente—. La idea central era que el estructuralismo marxista prescinde del sujeto revolucionario, el sujeto que tiene que hacer la historia, y nosotros pensábamos que el marxismo tenía que centrarse, no en la vieja teoría del partido ni nada por el estilo, sino en la configuración de un sujeto de su propia historia. Eso nos llevó a estudiar a los clásicos, filosofía marxista italiana sobre todo —ahí los Méndez tuvieron un papel decisivo—. *Alienación e ideología* iba en esa dirección. Con el tiempo, ya lo he dicho, los seminarios crecieron. Hubo que terminar con los seminarios por razones prácticas. (Bozal *et al.*, 2012:288–289)

Las críticas con las que introducen las propias publicaciones son, de hecho, muy comunes en la colección. Ya el primer volumen (*Ideología y lenguaje cinematográfico*, Serie A, 1, 1969), que reúne trabajos de Pasolini, Struska, Eco, Metz, Barthes y Della Volpe, entre otros, se abre con un texto que justifica la publicación por «la importancia objetiva del intento, a saber: conferir un carácter científico a la crítica cinematográfica» (Equipo Comunicación, 1969b:8), al tiempo que acusa a muchos de esos trabajos de convertir la crítica en «ideología», es decir, en «falsa conciencia». Se trata, pues, de introducir el estructuralismo incorporando en él la crítica marxista.

Ese mismo año publican *Ajuste de cuentas con el estructuralismo* (Serie B, 2), que reúne dos textos de Henri Lefebvre y Galvano Della Volpe. El texto de los editores presenta como valiosos esos textos por tener «una actitud crítica, cuando no escéptica» con relación al estructuralismo; «escepticismo nacido de la *crítica interna* de dicho fenómeno intelectual» y «formulada desde los esquemas del marxismo» (Equipo Comunicación, 1969a:7). El grupo Comunicación toma, de hecho, elementos del estructuralismo científico para criticar abiertamente al estructuralismo filosófico o literario («cuánta diferencia, por ejemplo, entre Saussure, Lévi-Strauss, por un lado, y el Foucault ideólogo, divagador inteligente, palabrero, que se afirma en cierto modo continuador suyo y suscriptor del método de aquellos» —8—, se lee). La crítica formulada por el grupo aparece en el texto de Lefebvre: «El dogmatismo de la estructura desemboca en un idealismo (en el sentido clásico) bastante asombroso. Por un viejo procedimiento, el del idealismo, pone al mundo del revés. Ve en la vida social la obra del lenguaje, en lugar de concebir el lenguaje como una obra de la sociedad» (1969:61).

El siguiente número de la colección, *Formalismo y vanguardia. Textos de los formalistas rusos* (Comunicación, Serie B, 3, 1970) incluye textos de Ty-

nianov, Eikhenbaum y Shklovski y se pregunta por el interés que estos autores despiertan en la actualidad y por la disyuntiva entre «sociologismo» y «formalismo». Tomando partido por una sociología no «contenidista», en la línea de Galvano Della Volpe y su escuela, para el grupo Comunicación «el estudio de los formalistas rusos es una exigencia histórico-científica, no la erección de una bandera polémica». Se trata, pues, de proponer una lectura «serena» y «crítica» (Equipo Comunicación, 1970e:9). Esa crítica sirve tanto para los formalistas como para el presente, y va ligada a las relaciones entre arte y sociedad y entre vanguardia y mercado:

En ambos casos [el de los formalistas y el de las vanguardias actuales] se pretende realizar un arte nuevo, distinto en cuanto que no esté integrado en la sociedad. (...) Parecía (...) que la vanguardia instauraba el reino de la novedad, y con él el de la libertad. Mas hoy día ha podido verse que la vanguardia tradicional (¡qué contradicción de términos!) era incapaz de una labor radical en ese campo. Las novedades instauradas eran asimiladas rápidamente, digeridas, por el mercado de arte y las clases sociales que lo manejaban. (...)

El error de la vanguardia consistía en no advertir esta contigüedad, esa relación entre infraestructura (mercado) y superestructura (museo), y esa inadvertencia la hacía caer en una contradicción de la que no había escape: tratando de luchar contra el museo mediante la innovación, la novedad, etc., se instalaba en el dominio del mercado, y con ello se encaminaba directamente al museo. La vanguardia era así asimilada y el arte que en *principio* iba contra la integración terminaba en la integración, precisamente porque desde el *principio* la aceptaba a nivel de mercado. (10-II)

Esa crítica, como tendremos ocasión de ver más adelante, va dirigida tanto a los neonietzscheanos como a los *novísimos* y el grupo de Castellet.

Ese mismo año la editorial publica *Elementos de semiología* de Roland Barthes, en traducción del novelista Alberto Méndez (Serie B, 6). En la presentación del texto el Equipo Comunicación se propone

el estudio del pensamiento de Barthes hasta que lleguemos a alcanzar sus limitaciones, único medio de poder superarlo, en estricto sentido hegeliano (y pensamos que es buena esta aproximación hegeliana a un pensamiento tan furibundamente anti-hegeliano como el de Barthes y el estructuralismo), es decir, único medio de poder conservarlo —en lo que de científico posea— y a la vez superarlo. (1970c:9)

En esta lectura, en que se criticará el interés de Barthes por el significante sobre el significado,⁴² se rescatan algunas aportaciones barthesianas, ya que su teoría

posibilita una crítica histórico–materialista científica como la que el estructuralismo francés no ha llevado a cabo (...) mediante el análisis de la estructura sincrónica que nos orienta más allá de ella, precisamente por ese elemento permanente en función del cual tal estructura se dispone en concreto de la manera en que lo hace, insertándose en una totalidad que el especialista no percibe. (12–13)

Ese mismo año publican *Semiotica y teoría del conocimiento* (Serie A, 5, 1970), de Reznikov, libro que —a pesar de sus limitaciones, ligadas al «materialismo mecanicista del autor» (Equipo Comunicación, 1970a:12)— es valioso para la construcción de una «semiótica materialista» (10) que se opone a la de unos «estudiosos burgueses» que «suelen apoyarse en unos fundamentos epistemológicos idealistas» (9) y que incorpora el estudio de «la significación —esa gran olvidada en la semiología de Barthes» (10). «Comunicación» publica también *Arte y semiología* (Serie B, II, 1971) de Jan Mukarovsky, que incluye «El arte como hecho semiológico» y «El estructuralismo en la estética y en la ciencia literaria».

El volumen *Literatura e ideologías* (Serie A, 18, 1972) recoge textos de Sollers, Houdebine, Kristeva, Baudrey, Faye, Cristine Glucksmann y Ronat, entre otros, y presenta de ese modo las perspectivas telquelianas junto con las críticas de *Change*. La introducción, una vez más, es crítica con el grupo, pero en este caso se exacerba, ya que sus comentarios muestran una distancia que linda con la ironía y con el desinterés.

A partir de 1973, y después de haber publicado unos cincuenta volúmenes, se considera concluida la divulgación formalista y estructuralista y la editorial pasa a interesarse en exclusividad por el materialismo (Martínez Romero, 1987:205; Equipo Comunicación, 1973a). La posición de Valeriano Bozal respecto a la renovación filosófica —de la que después hablaremos— es reveladora. Su reseña de 1970 a *La filosofía y la sombra* de Eugenio Trías da cuenta ya de su actitud ante las corrientes «neonietzscheanas» de la época y ante el estructuralismo filosófico (Bozal, 1969b). Las siguientes afirmaciones de Bozal, en un artículo de 1975, sugieren la relación de tensión que se mantiene en el seno de este grupo con las corrientes de la época asociadas a la renovación estructural y posestructural proveniente de la crisis que en Francia se abre en

42 «Es menester prestar más atención al significado y no quedarnos solo en los significantes, vicio del estructuralismo en general y de Barthes en particular» (Equipo Comunicación, 1970c:10).

el seno de la filosofía y de las ciencias humanas a finales de los sesenta. En él se refiere a «un tipo de pensamiento a primera vista total y anarquizante, pero en la realidad fácilmente digerible por el sistema», un pensamiento de «carácter pequeño burgués» que no supone más que una ampliación del «mercado de productos culturales» gracias al que «la burguesía tiene ya su filosofía de oposición, como en Francia, como en Alemania, como en Europa» (1975:106). Como se ve en el fragmento citado, las nuevas perspectivas son criticadas como ideología de clase. Con todo lo visto, se observa cómo el Equipo Comunicación no se presenta a sí mismo, ni piensa su labor, como un trabajo al servicio del formalismo. Se trata, más bien, de una labor necesaria que no tiene su fin en sí misma, ya que el punto de llegada del grupo no es el de unas perspectivas lingüísticas que rechazan en último término, sino el de un marxismo informado de las diversas corrientes del pensamiento contemporáneo y consciente del lugar que ocupa con relación a ellas.

Merece la pena detenerse sobre un último prólogo de 1973. *Los sistemas de signos. Teoría y práctica del estructuralismo soviético* (Madrid, Alberto Corazón, «Comunicación. Serie A») presenta un conjunto de trabajos semióticos que «han logrado un notable prestigio colectivo». Esa

«escuela joven de semiótica» soviética disfruta de muy buena acogida en lugares tan diversos (desde varios puntos de vista) como la Universidad de Moscú, la de Harvard y la redacción de «Tel Quel». Esto no es cosa frecuente cuando se trata de «rusos». Pues bien, el lector notará en este libro uno de los factores de la posible explicación, un factor digno de consideración por distintas razones: la asepsia. (Equipo Comunicación, 1973b:6)

El diagnóstico de Comunicación es claro: «Las actitudes desideologizadas son las más fácilmente internacionalizables en este terreno». Se trataría, por lo tanto, no de «valorar esa asepsia en abstracto», sino de «hacer sociología con ella» (6). Con ello, se entiende cómo el grupo —que sostiene que «el eclecticismo que acumula referencias a métodos dispares no puede dar resultados firmes» y defiende por encima de todo «una actitud científica» (7) como el único camino posible— da a la prensa estos textos con una voluntad informativa y crítica al mismo tiempo.

Por lo demás, el cierre de la editorial va ligado a las transformaciones del campo cultural y editorial que se producen en la segunda mitad de los setenta. Así narra Bozal la desaparición de la colección, haciendo referencia al tópico de la «normalidad democrática»:

Vivíamos en una situación de anormalidad política, económica y social. Cuando la normalidad empezó a llegar, nuestro papel dejó de tener sentido y fueron otras editoriales y otras iniciativas las que hicieron lo que nosotros habíamos estado haciendo. Lo hicieron con mucho más poder, con más fuerza, jugándose sus capitales. Y no tenía sentido que siguiésemos en ello. Nosotros teníamos nuestros trabajos, no éramos editores profesionales. Éramos aficionados y Comunicación se disolvió. Nuestro trabajo tomó otras direcciones, aunque, en mi caso, no he dejado de editar. (Bozal *et al.*, 2012:293)

Y Alberto Corazón:

Comunicación desaparece en el momento en que dejamos de hablar con los autores y los traductores, con nuestros amigos, y tuvimos que empezar a hablar con el director de la sucursal bancaria. Entonces decidimos que aquello no tenía sentido, a no ser que se profesionalizase. En esos momentos, comenzamos a tener dificultades para publicar textos que antes editábamos sin dificultad. Había que discutir con otras editoriales por los derechos. Descubrimos también que el trabajo que habíamos estado haciendo tenía ya una vida normal, se había creado un mercado normalizado relacionado con el cambio democrático y el desarrollo de las industrias de la cultura. De modo que fue una muerte natural. Es verdad que, viéndolo con perspectiva, sí es cierto que ha caído un silencio sobre Comunicación. Cuando leo textos sobre las editoriales bajo el franquismo, en general, suelen dejar a Comunicación un poco de lado. Supongo que es cuestión de tiempo. (Bozal *et al.*, 2012:292)

Por lo demás, los volúmenes de «Comunicación» serán importantes no solo por España, sino también en otros países por los que circularán, como Argentina. Como afirmaba María Teresa Gramuglio, en una entrevista de 2013:

Cuando salimos de la universidad, en el 66, recién recibidos, empezaban a aparecer las nuevas metodologías, los formalistas rusos, que empezaban a desplazar a la estilística, que era lo más parecido a un método en la que nos habíamos formado, más allá del marxismo.

Esas líneas divergían. No había una dirección única. En mí siempre pesó el pensamiento marxista y la sociología de la literatura, con toda la insatisfacción que eso siempre produce, hasta que después... el conocimiento de los primeros formalistas, más que Bajtin al principio que yo no le prestaba mucha atención, era Tinianov, Echembaum... Eso empezaba... Fue viniendo de a poco, pero empezó cuando nos vamos de la universidad y empieza todo esto... Lo hacemos solos, en grupos de estudio.

Recuerdo que nos reuníamos a leer *La antropología estructural* de Lévi-Strauss, *Los anagramas* de Saussure... Todo eso venía de la compra de revistas... Hasta entonces leímos las revistas más tradicionales de filología, pero después empezamos a comprar *Communications*... Yo *Tel Quel* no, nunca fui muy telqueliana. Recuerdo el «Análisis estructural del relato» en *Communications*... Y mucha *Poétique*. El que tenía el estante lleno de *Poétique*, el que tenía toda *Poétique*, era Nicolás [Rosa]. Se compraban aquí en Buenos Aires. A finales de los sesenta, en la colección *Comunicación* que sacaba Alberto Corazón, leí a los primeros checos. Unos libros con tapas duras negras. Eso estaba traducido al castellano, mal o bien no sé. (Gramuglio, 2013)

2.3.3. Vanguardias filosóficas: la heterodoxia neonietzscheana

Gracias a los contactos derivados de un importante capital social, estos autores encontraron acomodo laboral, antes que en los escalafones universitarios, en el mundo editorial o colaborando en la prensa escrita. A la vez estos vínculos se reinvertieron, más tarde y con mucho provecho, para obtener reconocimiento institucional. Por eso se da la paradoja de unos filósofos que, menospreciando el academicismo, han tendido a alcanzar con bastante precocidad las mieles de la cátedra. Se trata de un destino vivido como si fuese cuasinatural, una situación no deseada pero inevitablemente sobrevenida y considerada incluso como una potencial carga —de obligaciones burocráticas y docentes— que podía mermar el propio proyecto creativo.

Francisco Vázquez García

Hasta el día de hoy no contamos en España con un estudio sistemático de la crítica literaria de los sesenta y setenta ni en términos sociológicos de campo ni en términos discursivos. Ahora bien, en lo que toca al ámbito filosófico, estudiado de modo convincente por Francisco Vázquez García en lo que refiere al primer aspecto, hubo

dos grandes redes de pensadores que obedecen a formas diferenciadas de socialización filosófica: la llamada «red oficial» (los «herederos»), que se identifican con el tipo de filosofía predominante, tras la guerra civil, en las instituciones de investigación y educación superior, y la denominada «red alternativa», que se vincula a una filosofía subordinada en el ámbito académico pero que acabó convirtiéndose en hegemónica en el plano de la consagración intelectual. La

«transición filosófica», esto es, la homologación de la filosofía que se practicaba en España con las corrientes que conocían su pleno desarrollo en el mundo occidental del último tercio del siglo xx, habría sido el resultado de un encuentro entre la propia deriva interna de la red oficial, en la que algunos sectores iniciaron una apertura a la modernidad filosófica, y la gestación de nuevos nódulos de pensadores en el interior de la red alternativa. (Vázquez García y Marqués, 2015:3–4)

Cabe establecer una comparación de ese campo filosófico con el de la crítica literaria, en que la «red oficial» será la que, en gran medida, medie en la renovación teórica, al tiempo que es desbordada por propuestas dominadas desde el punto de vista académico pero más prestigiosas desde el punto de vista intelectual. Vázquez García, al que debemos haber hecho inteligible desde un punto de vista sociológico el campo filosófico de la transición, ha estudiado tanto en *La filosofía española: herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963–1990)* (Abada, 2009) como en *Hijos de Dionisos. Sociogénesis de una vanguardia nietzscheana (1968–1985)* (Biblioteca Nueva, 2014) la trayectoria de los principales agentes renovadores y su proceso de institucionalización en el ámbito de la Filosofía. Presentados —en contra de «analíticos» y «dialécticos»— como «filósofos neonietzscheanos» (2009:263), representan la renovación de la Filosofía a través de las lecturas nietzscheanas provenientes de Francia. Como señala Vázquez García, «la dimensión «artística» de esta filosofía tiene que ver con su estilo y escritura pero también con el capital cultural detentado por sus productores» (265). Con relación a esa escritura, Eugenio Trías afirmaba al final de sus memorias: «Como escritor desearía ser conocido y reconocido; o si quiere decirse así, como literato; pues toda la vida no he hecho otra cosa que tratar con letras y escrituras» (2003:454). El filósofo recuerda en otro momento cómo su relación con la escritura le supuso problemas en la universidad, precisamente por «escribir bien»:

Cuando hacíamos primer curso de carrera lo tuvimos [a Francesc Gomá] de profesor de filosofía; era de los mejores: un excelente expositor de doctrinas de entonces, como el psicoanálisis o las filosofías de la existencia. Le hice un examen brillante, en el que desplegué toda mi artillería retórica. Eso no le gustó nada y me lo reprochó de forma hiriente en público. Me dijo que yo tenía muchas disposiciones y una pluma fácil, pero que había optado por la facilidad, aguando en retórica cualquier cala profunda en las materias. Confesó que solo podía darme dos posibles calificaciones: o matrícula de honor o suspenso; y había optado por lo segundo con el fin de que no me dejase llevar por mis propios talentos literarios (algo «orteguianos», apostilló).

Al parecer escribir bien era un obstáculo; algo contraindicado. De hecho, hasta la década de los setenta tuve que soportar una y otra vez, como reproche, la objeción más grave con relación a mi filosofía que podía hacerse: que estaba bien escrita. («Eso no es filosofía; eso es literatura», llegó a decir cierta vez un colega refiriéndose a mis libros). (269)

Esa crítica del ensayismo sostenida por las instituciones académicas supone, de hecho, el rechazo de un cierto modo de vida filosófico que conseguirá introducirse en la universidad española en los años ochenta a través del legado de los neonietzscheanos. La reivindicación de la forma tentativa del ensayo como modo privilegiado del pensamiento filosófico sostenida por autores como Miguel Morey da cuenta, precisamente, de esta tradición que conecta con las transformaciones filosóficas de principios de los setenta (1992:259–261).

Por lo demás, y volviendo a los casos de Trías y Savater, las predisposiciones de estos autores están también asociadas a un capital cultural ligado a sus orígenes sociales (Vázquez García, 2009:265–270 y 316–321), el cual ha determinado una relación solo en apariencia paradójica entre heterodoxia y academicismo. El caso de Trías, que bien podría considerarse el principal representante del llamado neonietzscheanismo, ejemplifica un recorrido académico profundamente atípico y heterodoxo:

Hice una carrera de lo más irregular, cambiando constantemente de universidad y hasta de país (tres años en Barcelona, uno en Pamplona y Zaragoza, otro en Madrid, y dos y medio en Alemania, primero en la Universidad de Bonn y luego en la de Colonia). Como consecuencia de ello mis calificaciones eran francamente desoladoras; hoy me hubieran supuesto un serio inconveniente para cualquier posibilidad de iniciar la carrera profesional. (Trías, 2003:19)

Esta introducción de un Nietzsche mediado por Francia arranca en el mismo momento en el que comienza la nueva ola crítica y literaria de la segunda mitad de la década de los sesenta. Gonzalo Sobejano, autor de *Nietzsche en España* (Gredos, 1967), no podía imaginar cuando escribía su libro esta reappropriación de Nietzsche por parte de la vanguardia filosófica. En efecto, su libro acababa con esta afirmación: «Las promociones jóvenes españolas están muy lejos de Nietzsche. Entre los grandes forjadores espirituales del mundo moderno —Marx, Nietzsche— prefieren al primero» (2004:664). Sin embargo, en ese mismo momento estaba a punto de irrumpir en España un Nietzsche francés disfrazado de estructuralista. El propio Sobejano volvía sobre sus propias palabras en un comentario publicado en 1973 en *Revista de Occidente*:

te para reconocer «la curiosidad de una parte de la juventud intelectual española» y «una vivificación de la curiosidad lectora y estudiosa en torno a Nietzsche» (669). Es fundamental, en ese sentido, y más allá del trabajo de los llamados neonietzscheanos, la publicación de las obras de Nietzsche, en traducción de Andrés Sánchez Pascual, en la colección de bolsillo de Alianza, que arranca con *Ecce homo* (1971). Como ha señalado Vázquez García,

esta filosofía desempeñó un papel simbólico importante en la legitimación de ciertos movimientos sociales de los 70 y 80, cuyos efectos llegan hasta hoy: pacifismo, antimilitarismo, contestación carcelaria, antipsiquiatría, despenalización del consumo de drogas, reivindicación de gais y lesbianas, protestas antinucleares. (2014:82)

Por todo ello, un estudio de la renovación crítica y literaria no puede olvidar este momento en el que las fronteras entre campos y disciplinas, sin llegar a borrarse, eran sacudidas y puestas en cuestión por los agentes más vanguardistas del campo.

Los principales autores del llamado neonietzscheanismo se articulan en torno a dos núcleos: el barcelonés (en que destacan Eugenio Trías y Xavert Rubert de Ventós) y el vasco-madrileño (formado por Fernando Savater, Javier Echeverría, Víctor Gómez Pin y Mary Sol Mora). A estos nombres cabe añadir, entre otros, los de Rafael Argullol, Jordi Llovet, Josep Ramoneda, Josep Sarret y Miguel Morey, así como los de escritores y críticos como Azúa, Castellet, Gabriel Ferrater y Juan Benet y los de mediadores culturales como Barral, Rosa Regás, Alberto González Troyano, Jesús Aguirre, Javier Pradera y Salvador Pániker (Vázquez García, 2014:99–100). La revista *Cuadernos de la gaya ciencia* (1975–1976) es, por lo demás, una plataforma destacada de este grupo surgida en el seno de la editorial La Gaya Ciencia, fundada por Regás en 1971 después de que Barral rompiera con Seix Barral, que Regás abandona con él. Esta revista, que seguía en su formato a la francesa *Critique* fundada por Georges Bataille —pues tenía a presentar artículos en forma de comentario o derivación a partir de otros libros— constituyó, según Trías, «un insólito experimento de revista filosófico-literaria (...) que a través de sus cuatro únicos números presentó las primicias mejores de la “nueva generación” de ensayistas, filósofos y escritores de lo que acabaría siendo la gran transición española» (2003:336). En sus cuatro números —que trataron de «Lectura y crítica» (I), «Arte y verdad» (II), «La acción, el narrador, la ideología» (III) y «Las ciencias ornamentales» (IV)— se publicaron textos de Azúa, García Calvo, Gómez Pin, Savater, Trías, Benet, Cioran, Antonio Escobar, Erwin Panofsky, Rubert de Ventós, Pierre Aubenque, Ma-

nuel Ballesteros, Gabriel Ferrater, Novalis, Victoria Camps, Joseph Rykwert y Eduardo Subirats. Otro núcleo importante de apertura de esta aventura intelectual será la editorial Anagrama, que jugará un papel importante tanto en la renovación teórica como en la promoción de este grupo.

2.3.3.1. Dos maestros de la heterodoxia: Agustín García Calvo y Rafael Sánchez Ferlosio

Antes de abordar la obra de los neonietzscheanos, conviene que nos detengamos en dos autores que han ejercido la función de maestros de toda una generación de escritores y ensayistas (Gracia y Ródenas, 2011a:678) no solo por su escritura y pensamiento sino también por su ejemplo y su actitud, cabría decir, de negación radical: Agustín García Calvo (192–2012) y Rafael Sánchez Ferlosio (1927–2019). Dos nombres a los que bien podría añadirse el nombre de Juan Benet, que sin duda tiene un papel fundamental en la renovación literaria desde *Volverás a Región* (1967) y que participa con García Calvo en los *Cuadernos de la gaya ciencia*. Como afirma Azúa, «para los de mi grupo (...) no cabía duda de que el único escritor que se saltaba todas las convenciones artísticas en la España de los años sesenta era Benet, junto con alguien que de un modo igualmente heterodoxo debía ser adscrito a la vanguardia, muy a su pesar, Rafael Sánchez Ferlosio» (2018:251).⁴³

Sin embargo, lo que ahora nos ocupa principalmente es el lugar que conceden al lenguaje en sus reflexiones teóricas, lo que no aparece de modo tan evidente en Benet, y sí en Ferlosio y García Calvo, quienes dedican una parte importante de su obra a la reflexión lingüística y a una labor crítica que tiene el problema del lenguaje en su centro. Ahora bien, los tres comparten una actitud, sobre la que volveremos, que tiene que ver con lo que Nora Castelli ha descrito en *Juan Benet. Guerra y literatura* (2015) como «un anacronismo característicamente hispánico»:

Un adamismo que en Europa es extravagante y que más bien hace pensar en los dos [se refiere a Benet y a Ferlosio] como en americanos transplantados. Contra la característica continuidad de las literaturas nacionales europeas, en la cultura española no hay continuidades legítimas reconocibles, dice una y otra vez Benet; y como él, otros muchos pertenecientes a la generación de menores perpetuos que maniató el franquismo (...). De allí su voluntad —tan americana— de la fundación, su permanente recurrencia a lo más antiguo en fricción con lo moderno. (2015a:146)

43 Añade Azúa: «Mío y de mis amigos fue Benet maestro consciente, voluntarioso y gratuito» (2018:259).

Catelli sostiene en ese libro que «Benet inventó un registro radicalmente original dentro de la novela castellana moderna: una prosa imperial para un imperio extinto» (15). Podríamos preguntarnos, en esa misma línea, si la escritura de Ferlosio (que no por casualidad se peleó en sus escrituras con lo que podríamos llamar la opción de Confucio y la de Lao-Tse, tomando partido en último término por un compromiso intelectual sin fe ni esperanza —Sánchez Ferlosio, 1992c—) y la palabra viva de García Calvo apuntaban a través de una escritura excesiva a un público inexistente y a través de un habla viva y la apelación a un pueblo que no existe a una comunidad por venir.

2.3.3.1.1. El lenguaje en García Calvo y Sánchez Ferlosio

Agustín García Calvo es presentado en 1978 por José Luis Abellán como «hombre clave dentro de las actuales tendencias anarquistas» (56–57) en filosofía y por Aranguren como «el maestro nada académicamente pero quizás presocráticamente “filósofo” de los neonietzscheanos (1979:158). Sus escritos lingüísticos y políticos, sus lecturas y traducciones de autores griegos y romanos —que incluyen, entre muchos otros, a Parménides, Heráclito, Lucrecio y la *Ilíada* de Homero— y sus poemas —entre los que destaca en esa época el extenso *Sermón de ser y no ser* (Visor, 1972), poema didáctico en trímetros yámbicos en el que se reflexiona sobre la identidad, la realidad y el ser desde una negación anarquista y que, en 2003, Savater seguía considerando «una de las obras más notables y menos conocidas de la literatura española de la segunda mitad del siglo xx» (2003:181)— son tan solo una parte de una actividad intelectual que realizó paralelamente, y en gran medida, de modo oral a través de tertulias y encuentros públicos.⁴⁴

Cabe recordar que García Calvo, que entra como catedrático en la Universidad Complutense de Madrid en el curso 1964–1965, fue desposeído de su cátedra y expulsado de la universidad en febrero de 1965 junto con José Luis López Aranguren y Tierno Galván a raíz de los sucesos universitarios de comienzos de ese año, lo que permitió una comunicación entre el adentro y el afuera de la universidad que desde entonces sería un rasgo peculiar de su trayectoria. Tras su expulsión, abrió en octubre de 1965 la Academia Elba, situada en la calle del Desengaño de Madrid, donde dio clases de filología latina y lecturas públicas de los filósofos presocráticos (Amorós, 2018:35). Posteriormente, se trasladó a París, y no volvió a incorporarse a su cátedra madrileña hasta 1976 (Savater, 1976a:29). La dimensión oral de su pensamiento se fra-

44 Sobre García Calvo cabe consultar Lázaro (2013) y, desde una mirada actual, el libro de Jordi Carmona (2022), *Cómo matar a la muerte. Agustín García Calvo y la filosofía de la contracultura* (Madrid, La Oveja Roja), que está a punto de ser editado.

guó largamente, desde la academia de la calle del Desengaño, pasando por los encuentros en la Boule d'Or de París, hasta las asambleas multitudinarias del 15-M en las que participó activamente en sus últimos años de vida. Cabe destacar que, fruto de sus relaciones con Tierno Galván, le fue encargada en 1983 la composición del himno de la Comunidad de Madrid, un himno anarquista en que se burla del Estado y de las Comunidades y en el que presenta a Madrid como «metropol ideal/ del Dios del Progreso». Igualmente, promoverá la fundación de una Escuela de Lingüística, Lógica y Artes del Lenguaje que llegará a funcionar entre 1988 y 1991, año en que desaparecerá por falta de respaldo institucional (Rodríguez Marcos, 2010).

Tanto García Calvo como, de modo diferente, Rafael Sánchez Ferlosio —quien después del éxito del *Jarama* («por nihilismo y por prurito muy español de fastidiar y fastidiarse» —1965:285—, según Gil de Biedma) abandonó la literatura para dedicarse a estudiar lingüística e historia—⁴⁵ llevan a cabo una reflexión lingüística importante más allá de los cauces académicos establecidos. Escribía Ferlosio recordando su participación en el llamado Círculo Lingüístico de Madrid, efímera tertulia madrileña celebrada en casa del escritor que, bautizada con ese nombre, se inscribía en una tradición que remitía a otros «círculos» y que reunió por un tiempo a Ferlosio, Carlos Peregrín Otero, Isabel Llácer, Carlos Piera y Víctor Sánchez de Zavala,⁴⁶ un autor importante en la introducción del generativismo en España:

45 «Fue Castellet el que, con una crítica pronta, autorizada y entusiasta, levantó esa liebre ficticia de canódromo como una liebre viva, saludándola como la gran novela realista del antifranquismo. Por eso digo que *El Jarama* es, en verdad, una invención de Castellet. Me dieron hasta un banquete en el Café Varela, y, tal vez ya semiconsciente del enorme *bluf*, sentí tanta vergüenza y tanta agorafobia que incurri en la terrible grosería de no levantarme a dar las gracias por el homenaje y por los varios discursos. Quizá en aquel momento fue cuando se me apareció por vez primera la amenazadora sombra del grotesco papelón del literario; así que, obispo de mí mismo, me mandé retirar, para dedicarme a “altos estudios eclesiásticos”» (Sánchez Ferlosio, 1997:80–81). Y: «Tras escribir *El Jarama* —entre octubre de 1954 y marzo de 1955—, agarré la *Teoría del lenguaje*, de Karl Bühler, y me sumergí en la gramática y en la anfetamina. Cuando un clérigo da lugar a algún escándalo, la discretísima Iglesia Católica, experta en tales trances, lo retira rápidamente de la circulación, y al que pregunta por él, tras haber advertido su ausencia, se le contesta indefectiblemente: “Oh, el padre Ramoneda se ha recogido para dedicarse a altos estudios eclesiásticos”; a mí no me hizo falta ningún obispo que me retirase, sino que me bastó con el inmenso genio de Karl Bühler y la irresistible sugerencia teórica y expositiva de su obra —y quizá algo de horror o repugnancia por el grotesco papelón del literato que, tras el éxito de *El Jarama*, se cernía como un cuervo sobre mi cabeza— para retirarme de la circulación y consagrarme a “altos (o bajos) estudios gramaticales” durante 15 años» (74–75).

46 «Cuando Carlos Peregrín Otero vino de California con la Buena Nueva del chomskismo (Víctor [Sánchez de Zavala] y yo ya habíamos leído juntos un opúsculo de Chomsky), a Víctor se le ocurrió organizar en mi casa, semanalmente, una pequeña tertulia gramatical, que a él le dio por denominar «Círculo lingüístico de Madrid» y al que, además de Sánchez de Zavala, Otero y yo, asistían Carlos Piera e Isabel Llácer; las reuniones no pasarían de 7 u 8» (Sánchez Ferlosio, 1997:75).

Yo era, sin duda, académicamente muy indisciplinado; había empezado por Bühler y ya me adentraba por la gramática histórica del griego y el latín o por los estudios de Gelb y Goldstein sobre las afasias, desde los cuales salté a estudiar la «psicología de la Gestalt», un verdadero paraíso para el anfetamínico, con apenas rudimentos de la gramática escolar. Sería quizás un verano lo que interrumpió nuestras sesiones, pero en septiembre nadie volvió más. Un día Carmen Martín Gaite se cruzó en la calle con Víctor Sánchez de Zavala, que le dijo que estaba estudiando lingüística con Carlos Piera, Isabel Llácer y otros más; «es que no se puede trabajar con aficionados» —explicó. Aquella especie de expulsión académica me produjo rencor, pero lo peor fue que condicionó, condenándolos al solipsismo, los restantes 12 o 13 años de mis «altos estudios eclesiásticos». No obstante, la pasión gramatical no logró abandonarme, sino que «se creció con el castigo», como suele decirse de los buenos toros bajo el varilarguero. No quiero ni pensar en lo que pueda haber quedado en aquellas decenas de millares de páginas de apuntes, probablemente crípticos hasta para el mejor y más voluntarioso entendedor. (Sánchez Ferlosio, 1997:75)

Ferlosio no volverá a publicar un libro hasta 1974, cuando dará a la prensa los dos volúmenes de *Las semanas del jardín* (1974 y 1975) en Nostromo. «La predestinación y la narratividad» (1992a), escrito entre 1968 y 1969 e incluido en dicho volumen, presenta reflexiones narratológicas sobre personaje y acción, las cuales cuajarán en «personajes de existencia» y «personajes de manifestación», que pasarán a ser, después de leer *Destino y carácter* de Walter Benjamin, «personaje de destino» y «personaje de carácter» (1997:87–89), lo que constituirá, a fin de cuentas, el núcleo central de su discurso de recepción, en 2014, del Premio Cervantes. Y en 1986 publicará tres libros de ensayos (*Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado*; *Campo de Marte I. El ejército nacional* y *La homilia del ratón*) y la novela *El testimonio de Yarfoz*, una parte de las inéditas *Guerras Barciales*.⁴⁷

Ambos autores podrían constituir, en España, el caso del *escritor puro* (que escribe desde la soledad) y del *orador puro* (que habla para la comunidad, tal como hizo García Calvo en Zamora y Sevilla en los años cincuenta y sesenta, en La Boule D'or en el barrio latino en sus años parisinos, y tal como hará, desde 1997 hasta su muerte en 2012, en la Tertulia Política del Ateneo

47 «De la *Historia de las guerras barciales*», escribía Ferlosio, «hay escrito quizás dos o tres veces más; no sé si podré editarlo nunca porque tendría que trabajar muchísimo para sacar de todo aquello algo en limpio» (1997:758). Escribe Nora Catelli al respecto: «*El testimonio de Yarfoz* plantea de modo muy interesante, al recurrir a géneros arcaicos con un tono que rechaza cualquier atisbo de tratamiento paródico, la cuestión de la excentricidad en la literatura castellana y, también, la excentricidad de toda ella» (2015a:122).

de Madrid y, fugazmente, en la Puerta del Sol a raíz del 15-M en 2011). Escribía Ferlosio:

Como estoy irrecuperablemente anclado en el *Ancien Régime* y todavía escribo con el anticuado deseo de tener razón y de convencer a alguien de algo que me parezca cierto, tanto la duda de todo «tener razón» como el descorazonamiento de no lograr convencer a nadie de nada me animan cada vez menos a publicar, aunque siga escribiendo y escribiendo eternamente. (1997:79)

Esa relación pulsional con la escritura —que dice no tener su fin en la publicación, sino en la escritura misma, de modo que la escritura publicada cobra sentido en función de un fondo impublishedo que tiende hacia el caos y la subtiende— le lleva en alguna ocasión a *volver a escribir lo mismo, nuevamente*, como si se tratara de algo nuevo. Así, en una nota al pie de *God & Gun*, Ferlosio escribe:

Me acordaba de que la comparación entre Polibio y Hegel y un comentario sobre el ara sacrificial de este —aunque entonces no conocía la *Filosofía de la Historia* más que por citas— estaban ya apuntados en otro texto mío del 86, que solo al llegar aquí se me ha ocurrido compulsar: no estaban «apuntadas» sino desarrolladas en lo sustancial. Tanto a mi mala memoria como a la condición, no sé si innata o adquirida, de volver siempre, con obsesiva recurrencia, a los pocos parajes a los que estoy queriendo se debe el que haya vuelto a hacer ahora, como *ex novo*, aquel mismo trabajo. (2008:80)

Por lo demás, en estos autores puede encontrarse una veta hispánica que reniega, de modos diversos, de todo aquello que tenga que ver con la modernidad y con las «modas» extranjeras. Así, Ferlosio —además de declararse, como hemos visto, «irrecuperablemente anclado en el *Ancien Régime*»— afirmaba: «Apenas leo ya literatura y menos moderna» (1997:81). Y García Calvo, quien actualiza en su obra la forma del tratado o la del sermón (tal como ocurre en *Sermón de ser y no ser*, Visor, 1972), afirmaba en 1972 al ser preguntado por los neonietzscheanos:

No soy un filósofo, por fortuna puedo decirlo bastante tranquilamente, y mi relación con las personas que citas se reduce a una tierna amistad con Savater (...). A Nietzsche lo conozco poco, y aunque de vez en cuando pueda haber encontrado en él algunas vibraciones, digamos, que me tocan de cerca, hay también al mismo tiempo una cierta antipatía, que no me ha dejado penetrar mucho en su lectura. Por otra parte, respecto a la filosofía en general, pienso que todo lo que se llama

filosofía es algo así como la Ciencia y como la Religión; es decir, formas, partes del aparato ideológico destinado a conseguir que el Ser sea el que es, que las cosas sean lo que son. (Chao, 1972a:43)

Cabe decir, en ese sentido, que hay una *política del anacronismo* tanto en García Calvo como en Ferlosio por la cual Parménides (con Luis-Andrés Bredlow, *Parménides*, Lucina, 2018) y Heráclito (*Razón común*, Lucina, 1985; y en edición corregida en 1999) pueden comparecer al lado de Georges Brassens (*19 canciones*, Lucina, 1983) o de Giuseppe-Gioachino Belli (*47 sonetos romaneskos*, Lucina, 2006) para plantear una crítica política y la lectura atenta de Karl Bühler, Plutarco y Hegel puede arrojar luz sobre un presente teñido de sombras.⁴⁸

Lalia, ensayos de estudio lingüístico de la sociedad (Siglo XXI, 1973), reseñado elogiosamente por Savater⁴⁹ y, poco después, por Aranguren en su primera colaboración en *Triunfo* («Celebración de Agustín García Calvo», —1973—), es un libro importante a la hora de pensar el fundamento lingüístico de lo social. El libro, sin embargo, apenas presenta referencias explícitas a los estructuralismos franceses, con los que el autor estaba en contacto directo en París. García Calvo lo abre con un epígrafe en griego, con la consiguiente traducción, en que se denuncia cómo los hombres esclavizan en sus tratos cotidianos el lenguaje y las palabras («pero ellas, con todo, incorruptas y benignas») y se canta su liberación, pues si «es cierto que por ellas/ este orden o cosmos está tejido, engaños variopintos todo él», también es cierto que «si, analizándolas y soltándolas, las deja uno obrar como libres alguna vez,/ en

48 Escuchemos el testimonio de Jorge Alemán: «El talentoso delirio de Ferlosio era pensarlo todo y especialmente, aunque de un modo distinto al de Agustín; pero tenían eso en común, obtener un gran control del aparato del lenguaje y el habla. García Calvo y Ferlosio eran distintos estilos de cultivar con una precisión superlativa el modo de hablar nuestra lengua. En este aspecto ambos son inmenos en el modo de habitar la lengua española. Para mí esto constituía una auténtica novedad, escuchar la perfección de una oratoria marcada por acentos distintos al del Río de la Plata. Pero a Agustín, a diferencia de Ferlosio y por supuesto de Panero, le disgustaban los autores contemporáneos, se mostraba reticente con los “intelectuales de la tertulia”; era como si deseara una lengua sin referencia a nada contemporáneo. Salvo “lo griego”, algunos poetas y, por supuesto, Marx, Freud y Wittgenstein, que se salvaban, el de él era un ejercicio radical de anarquismo lingüístico, donde una instancia que él denominaba de distintas maneras —“pueblo”, o “los de abajo”, o “la Razón común”— hablaba a través de él (...). Él y la entonación de nuestra propia lengua, que él ejecutaba con tanta maestría, constituyeron una señalada hospitalidad para mi desarraigo de entonces» (en Alemán y Cano, 2016:28–29).

49 La reseña se abre con estas palabras: «El descubrimiento o la convicción de que el lenguaje es el problema central que afronta cualquier especulación acerca del mundo y el único camino válido, tanto para la crítica como para la consolidación de lo real, es el núcleo del pensamiento occidental del siglo XX» (Savater, 1973b:62).

sentido inverso van destejiendo sus propios engaños ellas». Este es, de hecho, el horizonte que presidirá el conjunto de la obra de García Calvo: la denuncia de la falsedad de la realidad. Por eso sus libros se titulan *Historia contra tradición. Tradición contra Historia* (Zamora, Lucina, 1983), *Contra la Paz. Contra la Democracia* (Barcelona, Virus, 1993), *Contra el Tiempo* (Zamora, Lucina, 1993), *Contra la Pareja* (Zamora, Lucina, 1994) y *Contra el Hombre* (Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 1996), donde las mayúsculas apuntan al Poder contra el que se combate.

Lalia, cuya «Presentación» —en la que agradece «señaladamente» la ayuda de Rafael Sánchez Ferlosio, «de cuya compañía en la reflexión sobre cuestiones como estas he gozado a lo largo de ya trece o catorce años» (García Calvo, 1973b:22)— data su autor entre mayo de 1969 y noviembre de 1970, parte de la constatación de la crisis epistemológica del estructuralismo:

Va haciéndose evidente que lo que domina en las formas de ciencia más avanzadas entre nosotros es una cierta conversión de esa situación tradicional, en el sentido de que no sea ya la ciencia lenguaje acerca de un objeto, sino que objeto de ella sea la relación entre su objeto y su lenguaje (el de la ciencia y el del objeto mismo, según como se mire), y ella, por lo tanto, al no versar ya sobre cosas o fenómenos, o fuerzas o ideas, o ni siquiera causas, sino más bien sobre relaciones entre lenguaje y cosas, venga a ser una especie de metalenguaje. (1)

De ese modo, el lingüista y filólogo clásico descubre cómo «la cuestión del significado, apenas en otro tiempo sección de las disciplinas gramaticales, descuidada, por otra parte, prudentemente, está viniendo a ser la cuestión por excelencia de las ciencias todas» (1–2). De ese modo, hechos y eventos pasan a ser «interpretables para la ciencia como si fueran una especie de lenguaje» (2). El propósito del libro, que engarza la disparidad de temas en él tratados (las reflexiones lingüísticas de Stalin, la historia de la traducción, la relación entre fonema y sonido y entre fin y causa, entre los cuantificadores y las palabras de contenido semántico, la totalidad, el ateísmo, el estatuto de las palabras y las cosas, la posibilidad de decir cosas como «nos amo» y «me amamos», la publicidad y, finalmente, la racionalidad y la locura), es «poner en evidencia, con motivo de muy varios incidentes, la falsedad real de las concepciones de la dualidad de lo social y lo lingüístico». En ese empeño es fundamental en García Calvo la búsqueda de una «manera de hablar, por inventar aún» (17).

Esa manera de hablar, aún tanteante en la escritura de *Lalia*, se irá haciendo cada vez más reconocible, a través de un estilo de pensamiento que privilegiará la oralidad y el borrado de los nombres propios (cuyas mayúsculas se trans-

ferirán a los diversos nombres del Poder: Estado, Familia, Pareja, Bienestar, Tiempo, Hombre, Democracia, Realidad, todas ellas formas de la Unidad) y de las referencias culturales y bibliográficas para dirigirse —a través del diálogo unas veces, otras a través de una forma cercana al tratado, y, si se puede decir así— directamente «a las cosas mismas» y, entre ellas, a la cosa por excepción: el problema del lenguaje en la constitución (falsa) de la Realidad.

Las *Cartas de negocios de José Requejo* (Nostromo, 1974) son una recopilación de cartas de José Requejo, en la tradición de lo apócrifo, de las que García Calvo aparece como editor. Requejo, quien habría ingresado en una institución psiquiátrica en febrero de 1974, le permite a García Calvo iniciar un diálogo consigo mismo⁵⁰ y, mezclando registros, plantear, de modo cruzado, análisis lógicos y una crítica, anclada históricamente, de la vida cotidiana y de sus instituciones. El libro —cuyos «negocios» se refieren a la vida privada de Requejo, en la que se incluyen las circunstancias amorosas— acaba con un poema a un burro escrito en hexámetros dactílicos por el propio Requejo, que habría aprendido ese arte de García Calvo.

Entre esas cartas hay cuatro destinadas a Caruso:

Primero, en las congojas de su servicio militar, después en el trance de adoptar una postura filosófica de temple, a lo que se deduce, nietzscheano o de algún modo irracionalista o, mejor acaso dicho, supraracionalista, luego en la tercera, en el ambiguo duelo de haber sido expulsado, a lo que parece, de alguna Universidad, y en fin, en la cuarta (que es por cierto la última en fecha de las que aquí publico de Requejo), en la hora de tentación de componer un libro de exaltación del politeísmo; algo hay al mismo tiempo de común entre las cuatro, sin duda lo que la identidad del correspondiente imponía de unidad al tono del remitente (...).

Del destinatario, por lo demás, bien podría añadir aquí por mi parte algunos ilustres y pintorescos trazos que redondearan su figura, ya que, siendo él, por una parte, hombre bastante público, y de cuyo ameno trato, por otra parte, disfruté en conversaciones de amistad y de colaboración en la lectura de ciertos enrevesados textos, dable me sería presumir de tener noticia de ambas faces suyas, que en él por cierto se confundían o confunden asaz armoniosamente en una misma. (1974:153–154)

50 «Cuentan algunos que por acá llegan que se te ve ahora a menudo mohín y cabizbajo en tu calle del Desengaño y que te quejas de que hay por ahí unos cuantos y cuantas que pretenden haber deducido de tu trato y conversaciones una especie de nihilismo barato o de credo de “Todo es mentira”, que les sirve para hacer el gilipollas a troche moche, sobre la bien fundada convicción de que ni esa misma calificación ni otro juicio ninguno puede fundarse en ningún criterio que valga, ya que todos son falsos y que, por tanto, todo da lo mismo. Te doy el pésame más sincero, y aunque bien podía sugerirte que tú te lo has ganado un poco....» (García Calvo, 1974:25).

Ese Caruso, como puede inferirse del fragmento, es un *alter ego* de Savater, con quien trató mucho en aquella época García Calvo. En esas cartas, Requejo se refiere a la actualidad filosófica, reprendiéndole por formar parte de ella. Es, de hecho, posible ver ahí el comienzo de un distanciamiento intelectual entre ambos que no hará más que ahondarse con el tiempo: «A mí qué cominos me importa que a los barbuditos leídos y a las pelurdías esribidas de Madrid les haya dado por sacaros ahora motes nuevos ni, después de todo, que vosotros mismos os dejéis llamar neonietzscheanos o cosas por el estilo sin que siquiera se os caigan por ello los anillos. Allá vosotros» (carta de Requejo a Caruso, París, madrugada del 31 de julio de 1972 —1974:162—).

En la última de las cartas, Requejo se refiere al «peligro de positivación de lo negativo, como el año pasado cuando tu libro de exaltación e historia de la nada» (Carta de Requejo a Caruso, París, 11 de enero de 1974 —1974:178—), y le previene de nuevo: «Mucho me temo que todavía creas en (no hace falta complemento: porque no hay más que uno para este verbo) mucho más de lo que tú te crees, y que los restos de fe te sequen un tanto para la piedad, por más claro que tus propios ojos hayan visto (y benditos por ello) la incompatibilidad entre ambas cosas» (181–182). La carta se despide con un abrazo y con la formulación de un deseo de descreimiento: «Que los dioses te guarden del Amor y de la Idea» (182). No está de más recordar que la relación entre Requejo y Caruso, y su correspondiente destino, podría asemejarse a la relación que establecieran Hölderlin y Hegel en su juventud en Iena. El uno (Hölderlin–Requejo), hundido en la locura; el otro (Hegel–Caruso), como catedrático de Filosofía proveyendo la justificación filosófica del Estado de Derecho (Duque, 1998:322–323).⁵¹ Por lo demás, Germán Labrador retoma esta estructura, en las figuras de Valentín Zapatero de la Cuesta (muerto en 1990 a los 31 años) y de Andrés Trapiello, para presentar los destinos opuestos de una misma generación en *Culpables por la literatura* (2017:31–34).

Savater responderá a esa última misiva, que oblicuamente le señala a través de la ficción, en «Una carta de Caruso a José Requejo» que el filósofo donostiarra data, imaginariamente, entre 1974 y 1975 (probablemente, añade, en marzo de 1974 —1976b:15—). El joven filósofo la presenta como «un desahogo íntimo» de Caruso, que probablemente «nunca pensase en enviar la carta» (16). Esa misiva nunca enviada, pero dada a publicidad por Savater, es la respuesta de Caruso a la crítica que le hacía Requejo en la última carta con relación a su posible creencia en Dios. Como se verá, es una carta de despedida que concluye con un «hasta siempre» (26):

51 Se entiende que en este caso la relación sería entre Requejo y Caruso y no entre Savater y García Calvo.

Fuiste tú quien me enseñó a creer en Dios... Tú pusiste nombre al despeñamiento de mi vida: para aborrecerle, para blasfemar o luchar contra él, tú me enseñaste el nombre del Señor. Ciento que en ti la fe toma forma de desengaño, que me forzaste a despertar de los dulces sopores que me hacían creerme inmortal. Nunca te olvidaré, pues nadie olvida a quien le enseñó irrefutablemente que ha de morir. (19–20)

En ella, Caruso le dice adiós a Requejo al deshacerse de su fijación en la idea de Dios:

Yo no he tenido otra época de creyente en Dios que esta fe blasfematoria que impone, por un lado, la constatación del aplastante triunfo del Dios único y, por otro, el desesperado *non serviam* contra su inmensidad, prometeica postura de la que eres —mal que te pese— adalid desconsolado.

(...) Como la tarea de demolición es infinita, pues nunca faltan nuevas teorías que corroer, y por otro lado relativamente sencilla, pues todas pueden reducirse a ciertos mecanismos elementales de producir ilusión, uno se encuentra más o menos confortablemente instalado en un proceso intelectual inacabablemente gratificador. (20)

No quiere decir esto que Savater y García Calvo rompan definitivamente, pues puede verse en su obra todavía puntos en común en la segunda mitad de los años setenta —y, como se ve en la entrevista conjunta publicada por *El Viejo Topo* en septiembre de 1978, siguen compartiendo espacios de discusión (García Sánchez, 1978)—, pero sí que indica la distensión de sus relaciones y, sobre todo, la afirmación ya sin ambages de la autonomía intelectual de aquel que bajo cierto punto de vista podía ser calificado hasta entonces como discípulo del maestro.

Por lo demás, la creación en 1979 de la editorial Lucina, destinada principalmente a dar salida a las escrituras de García Calvo, contribuirá paulatinamente al cierre de un discurso que irá asumiendo unos rasgos formales y temáticos en los que acabará estabilizándose y haciéndose reconocible una voz. De ese modo, si en *Del Lenguaje* —primer ejemplar de la editorial Lucina (1979)— todavía podía aparecer una mayúscula en el «Lenguaje», este uso de las mayúsculas quedará rápidamente confinado al Poder contra el que el lenguaje, cuando se lo deja suelto, está siempre en guerra. Ese volumen, destinado a la reflexión lingüística, y que tendrá su continuación en dos volúmenes más en 1983 y 1999, es un estudio en forma de diálogo de reminiscencias socráticas entre Lina, Trino y Rueda en el que, precisamente, *se habla de lo que habla* y constituye al sujeto hablante. En esa constitución,

de la que se estudian los niveles y los modos de funcionamiento, juega un papel muy importante, aunque generalmente velado, el problema del ritmo, al que García Calvo dedicó enormes esfuerzos, tanto en su vertiente poética como en su dimensión lingüística y sus modos de manifestación generales. Ya *Del ritmo del lenguaje* (La Gaya Ciencia, 1975) es un librito temprano escrito en París y reeditado en 1989 en *Hablando de lo que habla. Estudios de lenguaje* (Lucina) en el que se pregunta por el ritmo de las cosas, del lenguaje y de la poesía. En ese sentido, y como acontece tantas veces con la obra de un autor que se negó a conformarse a los protocolos de escritura y pensamiento de las disciplinas establecidas, cabe sostener que su monumental *Tratado de rítmica y prosodia y de métrica y versificación* (Lucina, 2006), de 1600 páginas, no ha recibido la atención merecida ni desde el hispanismo ni desde las otras filologías. Por lo demás, a pesar de haber sido una figura de referencia para autores como Savater o Félix de Azúa, entre muchos otros, y de sus importantes aportaciones en los más diversos campos, su obra sigue ocupando un lugar incómodo y extraterritorial en los campos literario y académico españoles.

Cabe, por lo demás, recordar el trabajo de traducción llevado a cabo con Jenofonte (1967), Plauto (1971), Platón (1972), Virgilio (1976), Aristófanes (1981), Sófocles (1982), Heráclito (1985), Homero (1995), Lucrecio (1997) y Parménides (2018, con Luis-Andrés Bredlow), entre otros. Esa labor de traducción, atenta e indisciplinada, daba a pensar desde el presente unos textos que muchas veces habían quedado fijados a través del comentario y del resto de protocolos académicos. Es destacable, en ese sentido, la traducción y edición crítica de Heráclito, donde, en vez del *panta rei*, traduce «en unos mismos ríos entramos y no entramos, estamos y no estamos» (Heráclito, 2017:184–198).

Tanto la obra de Ferlosio como la de García Calvo están atravesadas por una reflexión crítica sobre el lenguaje que, yendo mucho más allá de la tradición estilística local, se interroga por su condición de mediación fundamental. Ambos autores tienen una fuente principal en la *Teoría del lenguaje* de Karl Bühler (1934), publicada en traducción de Julián Marías en *Revista de Occidente* en 1950. Ese libro, que coloca en su centro la distinción entre campo mostrativo y campo simbólico del lenguaje y, a través de ella, la cuestión de la deixis, permite pensar la centralidad de la teoría de la enunciación antes de Jakobson, quien de hecho retoma a Bühler, y de Benveniste. Las reflexiones de Ferlosio sobre los tiempos verbales y sobre el verbo «haber» como un problema ligado no al tiempo real sino al modo en que el hablante sitúa la acción respecto a sí mismo (2000) —problema que pone en práctica en el relato «Y el corazón caliente», incluido en *El geco* (2005)— y el acer-

camiento de García Calvo al problema del tiempo real a partir de la enunciación —que, entre muchas otras cosas, le permitirá repensar los tiempos verbales en una suerte de manual de gramática para los institutos (2009:49–57)— se hacen posibles, en un primer momento, a través de la lectura del libro de Bühler, de cuya distinción entre campo mostrativo y campo simbólico del lenguaje García Calvo, dando un giro no psicológico a sus planteamientos, toma la distinción entre *mundo en que se habla* y *mundo de que se habla*. A partir de esta, a su vez, planteará otra fundamental entre *tiempo en que se habla* y *tiempo de que se habla*, cuyo juego recíproco —juego entre el tiempo de la representación y el tiempo de lo representado— constituiría en gran parte el arte del teatro y la poesía (García Calvo, 1990).

Ahora bien —Ferlosio remitiendo a su autodidactismo y a su pereza y García Calvo a sus estudios clásicos y su desinterés por las modas—, ambos van a negarse a conectar sus reflexiones lingüísticas y sus modos de crítica cultural con el pensamiento contemporáneo.

Por último, cabe destacar otro rasgo que los emparenta: su insistencia en la negación o en la negatividad. Ferlosio escribirá un «Villancico» en 1972 que dice:

Nazca el niño negativo,
nadie, nunca, nada, no.

Si amanece la arrogancia
de la fuerza y el valor,
niño débil y cobarde,
niño noche y deserción.

Nazca el niño negativo,
nadie, nunca, nada, no.

Si relumbran los fusiles
de la blanca afirmación,
niño oscuro, niño inerme,
niño niebla y evasión.

Nazca el niño negativo,
nadie, nunca, nada, no.

Si los médicos prescriben
la alegría y la salud,

niño triste, niño enfermo,
sin niñez ni juventud.

Nazca el niño negativo,
nadie, nunca, nada, no.

Si en el quicio de la carne
la palabra se escindió,
niño niño, niño niña,
niño luna, niño sol.

Nazca el niño negativo,
nadie, nunca, nada, no.

Si a la luz de la justicia
toda culpa se aclaró,
niño bueno, niño malo,
sembrador de confusión.

Nazca el niño negativo,
nadie, nunca, nada, no.

Si la lógica decide
de la verdad y el error,
niño cierto, niño falso,
blanco de contradicción.

Nazca el niño negativo,
nadie, nunca, nada, no.

Si entre la carne y el verbo
imposible fue el amor,
niño nadie, niño nunca,
niño nada, niño no. (1972:154-155)

Y el primero de los dos sonetos teológicos de García Calvo dice así:

Enorgullécete de tu fracaso
que sugiere lo limpio de la empresa:

luz que medra en la noche, más espesa
hace la sombra, y más durable acaso.

No quiso Dios que dieras ese paso,
y ya del solo intento bien le pesa;
que tropezaras y cayeras, esa
es justicia de Dios: no le hagas caso.
¿Por lo que triunfo y lo que logro, ciego,
me nombras y me amas?: yo me niego,
y en ese espejo no me reconozco.

Yo soy el acto de quebrar la esencia:
yo soy el que no soy. Yo no conozco
más modo de virtud que la impotencia. (1973a:15)

Esa crítica de lo existente será la que, con el paso de los años y la afirmación de la razón democrática, dejará atrás Savater, quien escribía al respecto en 1997:

De la letanía fúnebre de agravios contra la existencia y del nihilismo como *pose* pedantemente metafísica que todo lo iguala en su derogación (del primero apenas se libra ni Cioran, del segundo frecuentemente no se libra García Calvo) escapa sin cesar Ferlosio por el milagro de una escritura demasiado sabrosa para no ser constantemente cómplice de la vida y por una reflexión demasiado atenta a la minucia de lo que pocos saben ver como para contentarse con esquemas de refutación universal. Todas sus requisitorias aciertan en lo literario y muchas también en la denuncia concreta de peligrosas rutinas tiranizantes (*v. gr.*: la insuperable página sobre el «merecido descanso» y la «sana alegría»). Sin embargo, tan intelectualmente perversa es la mera negatividad que hasta él finalmente comete un comprimido literalmente *imperdonable*, una concesión de este gran debelador de tópicos al más viejo, más ocioso, más insincero de todos ellos: «(*Al Creador.*) Señor, ¡tan uniforme, tan impasible, tan lisa, tan blanca, tan vacía, tan silenciosa, como era la nada, y tuvo que ocurrírsete organizar este tinglado horrendo, estrepitoso, incomprendible y lleno de dolor!». Tantas páginas contra el engaño impío de la eficacia no evitan esta triste zalema traídora a la única eficacia universal que todo lo tritura, contra la cual alienta —en el gozo dolorido de lo infructuoso— nuestro empeño finito. Por una vez, pero cuán significativa, vemos a Ferlosio del lado de lo más fuerte y de lo más cruel. (1997:25–26)

Ni probablemente Ferlosio, que se consideraba irremisiblemente anclado en el *Ancien Régimen* y que dedicó libros y artículos a denunciar las celebraciones espectaculares del «descubrimiento de América» y del «encuentro» de culturas, con Exposición Universal (en «la Disneylandia sevillana» —1992b:523—) y Juegos Olímpicos incluidos, ni de modo evidente García Calvo, que participó activamente en 2011, ya con 84 años, en las asambleas del 15-M de la Puerta del Sol para denunciar la mentira de un Régimen (el democrático) que condena la vida al Futuro es, decir, a la Muerte, fueron, críticos reformistas que confiaron en las bondades autoevidentes de la razón democrática. Por ello, son sumamente problemáticas afirmaciones como ésta de Gracia, en la que sostiene que «cuando Savater o Azúa, Ferlosio o García Calvo han defendido posiciones fuertes en el escenario político no ha sido en clave de redención global de una sociedad sino de diagnóstico de males concretos con causas concretas e imputando defectos y miopías reparables con buen tino y lucidez racionalizadora» (Gracia y Ródenas, 2011a:266), ya que, al hacer eso, aplica retrospectivamente un relato basado en una cierta idea de razón sobre dos de los autores que más la habrán problematizado desde los años setenta.

2.3.3.2. Un Nietzsche francés y estructural

La ruptura filosófica asociada al neonietzscheanismo tiene como máximos propulsores a los jóvenes filósofos Eugenio Trías y Fernando Savater, así como a un grupo de editoriales de vanguardia que darán salida a esas nuevas escrituras filosóficas ligadas a un antiautoritarismo irreverente y a nuevas formas de vida. La presentación editorial del llamado neonietzscheanismo la constituyen los primeros libros de Trías (*La filosofía y su sombra* —Seix Barral—, de 1969; *Filosofía y carnaval* —Anagrama—, *Teoría de las ideologías* —Península— y *Metodología del pensamiento mágico* —Edhasa, «La gaya ciencia»—), los tres de 1970; y *La dispersión* —Taurus—, de 1971) y de Savater (*Nihilismo y acción*, de 1970; *La filosofía tachada*, de 1972; y *Apología del sofista*, de 1973, todas ellas en Taurus). A estos libros hay que sumar el volumen colectivo *A favor de Nietzsche* (Taurus, 1972), resultado de un seminario sobre el filósofo alemán organizado por el Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid en el curso académico 1971–1972 (Vázquez García, 2009:263–264). Taurus, Península, Edhasa, Anagrama y Seix Barral son, así, las primeras editoriales que publican y promocionan a estos autores.

No por casualidad, el joven filósofo que era Trías en 1969 veía a Seix Barral —la única consolidada del grupo— como la editorial deseada para *La filosofía y su sombra*: «Nada hubiera deseado más ardientemente que la pu-

blicación de esa *opera prima* en la mejor de todas las editoriales de entonces. Pero no me hacía ilusiones; me parecía *demasiado*» (2003:335). No solo lo consiguió por mediación de Rosa Regás, sino que acabó formando parte de su consejo editorial, «donde fui aconsejando la publicación de algunos de los libros que me habían guiado en mi aventura “estructuralista”» (242). Posteriormente, la muerte de Víctor Seix hizo que Regás saliera del proyecto y fundara una nueva editorial: La Gaya Ciencia (336), fundamental en la renovación filosófica de esos años, y que Barral fundara Barral Editores. El primer libro de Savater fue publicado en Taurus, otra editorial importante para el movimiento —en su caso, según sus propias palabras, porque era la editorial que quedaba más cerca de su casa (2004:305).

Las plataformas periodísticas, como la revista *Triunfo*, en que colaboraban tanto Trías como Savater, serán importantes para la propagación de un pensamiento filosófico que, como tendremos ocasión de ver, establecerá una alianza íntima con las vanguardias críticas y literarias del momento, cuyas plataformas editoriales y periodísticas comparten en gran medida. De ese modo, si aquí nos centramos en Trías y en Savater, y a Llovet solo lo estudiaremos con más calma en el apartado sobre textualismos, se debe tanto a sus objetos de estudio como a su inscripción institucional, pero es evidente que en esos años participan de unas mismas redes y se enfrentan a problemas análogos.

La importancia de la renovación teórica en estos jóvenes filósofos se deja apreciar en la mirada retrospectiva de Trías, cuando se refiere a su «estreno en la sociedad filosófica española» (2003:305) a comienzos de 1966 en el Congreso de Filósofos Jóvenes con una intervención sobre «El problema de Dios en la filosofía contemporánea».⁵² Esta fecha es importante en la construcción cronológica, porque Trías *todavía no* conocía —lo haría inmediatamente después— el estructuralismo ni las nuevas corrientes francesas, que irrumpen efectivamente en España justo después. Merece la pena reproducir por lo largo su «cuento» (Gerbaudo, 2017, 2018):

Estaba claro que yo no disponía aún, en esta conferencia, del utilaje filosófico que me permitiría enfrentarme a este problema. Un problema que se dibuja a contraluz, con diáfana claridad, a lo largo y ancho de ese escrito: el problema de la subjetividad, o la exigencia de repensar desde nuevos horizontes filosóficos la idea de sujeto. Precisaba conocer a fondo la literatura estructuralista, que todavía ignoraba, para que ese problema hallara una forma fecunda de posible relación. El asombro que me produjo el enfrentamiento con esa corriente, y la

52 Francisco Vázquez García ha estudiado la importancia de esta conferencia (que fue publicada posteriormente en la *Revista de Filosofía* del CSIC) como «ritual de consagración» (2014:40–52).

lectura sucesiva (y entusiasmada) de los trabajos de Lévi-Strauss, de Benveniste, de Jakobson, de Foucault o de Roland Barthes, estaba bien fundamentado en el carácter del problema filosófico que por entonces me estaba planteando.

Intuía y barruntaba que la «muerte de Dios», proclamada por los teólogos de entonces, exigía también un replanteamiento radical de la idea filosófica de sujeto (y en general del concepto de hombre). Ya por entonces comenzaba a desconfiar de toda suerte de «humanismos» en boga: los que procedían de tradiciones existencialistas, como el sartreano, o de tradiciones marxistas, como los característicos de los teóricos de la «enajenación». Era preciso romper con esa suerte de concepciones del sujeto, y de la condición humana, que procedían de las tradiciones filosóficas heredadas, especialmente «continentales»; pero era importante evitar una pura y simple devaluación de estas cuestiones al modo de las banalidades analíticas o neopositivistas «anglosajonas».

Mi descubrimiento de la literatura estructuralista fue, a este respecto, el hallazgo de una providencial y venturosa «tercera vía» entra la gazmoñería humanística de la literatura piadosa o beata de los marxismos y existencialismos de entonces, y la cínica y banal liquidación de toda verdadera cuestión filosófica que proponían los anglosajones analistas o positivistas. La cuestión relativa a la condición humana, y al *sujeto* que pudiera dar sentido a ésta, era, y sigue siendo, *el problema primero y último de toda filosofía*. Era necesario plantearla con radicalidad, aun arriesgando a que arrastrara en su caída todos los conceptos disponibles de lo humano y de lo divino, de la sustancia y del sujeto. (Trías, 2003:303–304)

Dentro del propio campo español, la crítica a los «humanismos» suponía una puesta en cuestión de los planteamientos estéticos y políticos de toda una generación de antifranquistas que, por lo menos desde 1956, había reivindicado el compromiso de la literatura en términos sartreanos o lukacsianos, cuando no a través de la actitud moral de un «marxismo de tradición oral» (Equipo Comunicación, 1970d:33) desprovisto de referentes teóricos. Lo significativo es que, como veremos, esa crítica surgirá, en algunos miembros de la generación anterior a la de los neonietzscheanos, de los antiguos defensores del compromiso en la literatura. Me refiero, sin ir más lejos, a Juan Goytisolo (que facilitaba la publicación en francés, en Gallimard, de la novela comprometida española) y a José María Castellet (que defendió no solo el compromiso de la prosa, sino también el de la poesía), pero también a Carlos Barral, editor primero de Seix Barral y luego de Barral Editores. Tanto Barral como Castellet —que es desde 1964 director literario de Península— acompañarán esta evolución, abriendo el camino a esta nueva generación. Continuaba Trías:

Poco a poco fuimos descubriendo el «estructuralismo». Hicimos un interesante seminario sobre *Las estructurales elementales del parentesco*, de Lévi-Strauss, una obra que me impresionó hondamente y me influyó de manera poderosa; está muy presente en mis primeros libros (...). También hicimos un seminario sobre el *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure. Nos iniciábamos en el ámbito en el cual el estructuralismo había surgido: la lingüística.

Cuando llegaba a mis habitaciones me sumergía en la lectura de todo lo que encontraba sobre «estructuralismo» en las librerías de entonces, donde comenzaban a aparecer libros de importación, o que había obtenido a partir de alguna escapada a Montpellier o a París. Me leí entero a Lévi-Strauss: *Tristes trópicos*, *El pensamiento salvaje*, *Antropología estructural*, algunos de cuyos ensayos también fueron objeto de seminario; o *Lo crudo y lo cocido*, que acababa de aparecer.

Leí con verdadera fascinación y asombro la *Historia de la locura* de Michel Foucault, uno de los libros que más me han marcado en mi formación. Tanto me gustó ese libro que poco después de leerlo preparé una crítica para la revista *Destino*, que fue quizás mi primera intervención en el género periodístico. Se llamaba *El loco tiene la palabra* [ver Trías, 1970b].

Se la envié a Foucault, de cuya dirección me agencié (no sé cómo), y este tuvo la delicadeza y la deferencia de contestarme con una carta muy amable en la que ponderaba y agradecía la manera como había sabido penetrar en su obra. También caló en mi ánimo profundamente *Las palabras y las cosas*, un libro que revolucionó toda mi manera de orientarme históricamente hacia el pasado de las ideas y de las creencias; y que, además, planteaba de forma original, mi preocupación en torno al método y al objeto de las «ciencias humanas». Me daba además vuelo en mis pesquisas en torno a la formación de ideas e ideologías. Leí a Roland Barthes, a Lucien Sebag, a Louis Althusser (*Pour Marx*, *Lire le Capital*). Y finalmente topé con el más difícil de todos, Jacques Lacan, desesperándome por entender o por descifrar el galimatías de su voluminoso libro titulado *Écrits*. (Trías, 2003:313–314)

Ese fin de los sesenta y comienzos de los setenta anunciaba la irrupción de nuevos modos de pensamiento que ponían en crisis las compartmentaciones disciplinarias recibidas. Leer conjuntamente a un lingüista como Saussure, a un crítico literario y de la comunicación como Barthes, a antropólogos como Sebag y Lévi-Strauss, a un marxista como Althusser, a un psicoanalista como Lacan y —la gran referencia del momento para Trías— a un historiador de las ciencias humanas como Foucault, quien rompía en su obra con la historia de las ideas tal como se había practicado hasta entonces, solo se hacía posible desde la gran crisis epistemológica que supuso el estructuralismo en su sentido ontológico o radical.

La filosofía y su sombra tenía en su centro una «idea-fuerza» según la cual toda filosofía es normativa, con lo que Trías resaltaba «*el carácter pugnaz, belico, constitutivamente conflictivo de todo filosofar*» (1981:8). Y los dos grandes enemigos de ese libro eran la filosofía analítica y el marxismo, dos filosofías cuya razón proyectaba la sombra de «irracionalismo» sobre un conjunto heterogéneo de filosofías entre las que se incluía, por supuesto, la del propio Trías. Mientras los analíticos se limitaban a llevar a cabo «un análisis extrínseco» de los discursos que criticaban y a los que acusaban de metafísicos (sin entrar, por lo tanto, en su propia racionalidad y estructura), los marxistas tendían a reducir el discurso «a un nivel diferente», correlacionando a «un orden conocido de fenómenos (...) un orden que está por conocer» (Trías, 1969a:21). El objetivo de Trías era destruir esos discursos señalando cómo toda filosofía genera una sombra que, lejos de serle meramente exterior, es el resultado de una exclusión interna a dicha filosofía:

Toda filosofía produce de forma inconsciente una problemática y una estructura que articula un conjunto de opciones relacionadas entre sí. Así mismo, «escoge» y eleva al nivel consciente una de las dos series de opciones, e inhibe la restante, que solo aflora a la conciencia como *referencia negativa*. La filosofía se halla relacionada, ante y sobre todo, con el reverso mismo de lo que enuncia, y que ella misma articula sin darse cuenta; y, de este modo, *inventa* ese «otro gemelo» que es aquello que *denuncia*. (36–37)

Los diversos «racionalismos» combaten «con todas sus fuerzas» la irracionalidad de otras filosofías porque necesitan «conjurar ese fantasma, esa sombra» (37). Aquí se entiende que la *filosofía lúdica*, el *neonietzscheanismo* y el *irracionalismo* de Trías, Savater y compañía sería, antes que nada, un *invento* de las otras filosofías que de ese modo se constituyen y justifican a sí mismas proyectando un afuera de irracionalidad, un no-saber que tiene un puro «*carácter fantasmal*» (Trías, 1969a:72).

Trías se preguntaba en ese libro nada más y nada menos que por la unidad fundamental del discurso filosófico (*qué es y qué no es filosofía?*), el cual sería «el semáforo del saber» (50), es decir, aquello que legisla sobre el discurso del saber, generando una estructura de inclusión/exclusión que sería, por lo tanto, el fundamento mismo del discurso filosófico. «La filosofía y los filósofos», escribía Trías, «constituyen un cuerpo de cancerberos, de “perros guardianes” (en el sentido platónico) del saber. Su función, en cualquier caso, es decididamente policíaca» (68). Cabe señalar, en ese sentido, que la crítica literaria participaría de ese discurso filosófico (Derrida, 2017:131–132). De ese modo, la estructura de exclusión que hemos visto, y que continuaremos

viendo, en torno a los textualismos y la deconstrucción —cuando no, en el Hispanismo, de la teoría en general, es decir, de la posibilidad misma de que la crítica reflexione sobre sí misma y se vuelva verdaderamente crítica— constituiría una marca local del discurso crítico español.

El método de Trías es, por lo demás, estrictamente estructural, y se presenta a través de una combinatoria y un esquema de sustituciones establecidos a partir de una problemática. El filósofo catalán establece ahí, en lo que constituye un criterio de evaluación, una relación de correspondencia inversa entre el valor de una filosofía y el grado de sombra que proyecta: «Cuanto mayor es la “sombra” de una filosofía, mayor es también su debilidad; la capacidad de verdad de una filosofía puede medirse de forma inversamente proporcional a la magnitud de la “sombra” que proyecta» (1981:9). Toda Razón proyecta una irracionalidad; y, sin embargo, el valor de una filosofía —que hay que entender como histórico y relativo— consistiría en la capacidad de volver inteligibles *otras rationalidades*. El fondo de este planteamiento, como se ve, sigue siendo estructural, y se emparenta, por vía foucaultiana, con la afirmación de Barthes según la cual «la crítica no es un “homenaje” a la verdad del pasado» (que caería de ese modo del lado de una verdad objetiva que el positivismo historicista se encargaría de restituir), ni un homenaje «a la verdad del otro» (que serviría de ese modo para restituir una verdad subjetiva que el autor habría depositado en el texto), «sino que es construcción de lo inteligible de nuestro tiempo» (1967a:307). En ese sentido, Marx, Freud y Nietzsche, poniendo en cuestión los parámetros de racionalidad de sus épocas, habrían sido profundamente racionalistas, pues «*interesarse por lo irracional, investigar sus leyes ocultas, es una operación altamente racionalista*» (Trías, 1981:12–13). Desde este punto de vista, se entiende que lo que ahí estaba en juego era, en primer lugar, transformar la estructura del pensamiento filosófico (y del pensamiento en general) y, en segundo lugar y con relación a eso, desplazar las fronteras de lo inteligible para hacer pensables toda una serie de fenómenos y de problemáticas que la razón escolástica, pero también la analítica y la dialéctica, habían excluido hasta la fecha.

Filosofía y carnaval (1970) continuaba explorando esta vía abierta por *La filosofía y su sombra*, colocándose ya a sí mismo y a los suyos, después de las polémicas suscitadas por la publicación de su primer libro, en el mapa. El irracionalismo no es, así, nada en sí mismo, sino el efecto imaginario de otro discurso: «*Toda filosofía encubre otra filosofía: su sombra. Con el fin de definirse a sí misma, con el fin de autoafirmarse, toda filosofía requiere un marco de referencia: una referencia negativa.* Esa sombra es aquello que una filosofía rechaza, expulsa, excluye o *enuncia en forma de denuncia*» (Trías, 1970b:71–72). Partiendo de la muerte del hombre foucaultiana, Trías preten-

día radicalizarla trasladándola del terreno epistemológico al ético para mostrar cómo la muerte del hombre significa «la disolución de esa identidad y la liberación de una profusión de máscaras o disfraces». El carácter contracultural y subversivo de ese planteamiento radicaría en la transformación de la vida cotidiana a través de una «liberación de todas las máscaras y disfraces que reprimimos, conversión de la vida en común en una fabulosa mascarada». Esa «filosofía carnavalesca» sería así una «*filosofía de la disolución de la persona humana*» (1970c:15) en que «la idea de “persona” debería sustituirse por la idea de “máscara” o “disfraz”: pues la persona o el yo esconde, bajo su aparente unidad, una multiplicidad. Bajo el yo indiviso se esconde Multitud» (1970d:86).

Las referencias y el planteamiento de esos libros eran, como estamos viendo, claramente estructuralistas. En *Metodología del pensamiento mágico* (1970g, con prólogo sin firmar de Gustavo Bueno) Trías movilizaba el pensamiento de Jakobson, Benveniste, Lévi-Strauss, Foucault, Barthes, Eco y Althusser. Y es justamente retomando la vuelta a Marx de este último autor al que, por otro lado, criticaba cómo plantearía en *Teoría de las ideologías* una crítica a la distinción entre base y superestructura que permitiría al marxismo reducir la segunda a la primera a través de la remisión de diversos fenómenos culturales (artísticos, literarios o filosóficos) a «un nivel diferente de aquel al que pertenecen: un nivel privilegiado que constituye la *infraestructura* (socioeconómica)» (Trías, 1970f:5). El libro proponía así, frente a «la servidumbre de la filosofía hegeliana» de la sociología del conocimiento y de las corrientes marxistas (incluida aquí la althusseriana), «una teoría de las ideologías que se inspira directamente en los textos del propio Marx» (6). Para ello, Trías proponía, a la manera de Saussure, «restituir el *paradigma* en el que se inscribe el término» (1970e:19) (que no el concepto), para llevar a cabo la crítica del mismo.

La dispersión (1971) suponía un paso más allá con relación a los libros de 1970, en el sentido en que el problema del *estilo* en filosofía pasaba aquí a primer plano al asumir la forma del fragmento. De clara inspiración nietzscheana, con accesos ditirámnicos, presentaba una sucesión de aforismos que pretendían dar cuerpo a una práctica de pensamiento anunciada en *Filosofía y carnaval*, pero que no encontraba continuación en su obra, ya que poco después se darían un giro en su trayectoria, tal como ha comentado el propio Trías en sus memorias:

En el curso de mi trayectoria filosófica protagonicé, en mis primeros libros, la *pars destruens*: una general demolición de ídolos relativos a las ideas tradicionales de sujeto y humanidad. Pero desde que terminó ese aquelarre destructor, o ese

carnaval orgiástico de demolición de ideas y creencias, una vez culminé el primer ciclo de mi obra, o mis primeros ensayos filosóficos (desde *La filosofía y su sombra* hasta *La dispersión*), se me fue imponiendo la exigencia de una reconstrucción general de la idea de sujeto y de la idea de hombre, o del concepto que podemos formar relativo a nuestra condición humana. (2003:304)

Es así como Trías se alejaría tempranamente de esta perspectiva, como ya se aprecia en *Drama e identidad*, un libro en el que «las referencias al estructuralismo brillan por su ausencia, o solo se producen de forma irónica», que empezó a escribir entonces y que acabó a finales de 1973, antes de viajar a Sudamérica. En él, continuaba Trías, «asumía, ciertamente, mis ideas de los libros anteriores; pero ya no me eran incondicionalmente *evidentes*. No, no *creía* en ellas, o por lo menos había sembrado sobre esas ideas (dispersión, carnaval, máscara) la semilla de la duda (...). Quizás había que rectificar, más que mi vida, mi propio modo de *pensar filosóficamente* ésta» (2003:381–383). En esas mismas memorias afirmará de Derrida, de quien había prologado un volumen titulado *Dos ensayos* en 1972: «Me pareció un brillantísimo pelmazo, por mucho que lo presenté en español en Cuadernos Anagrama» (380). Ese giro intelectual, cuya cronología debería establecerse con más precisión más allá de los cuentos de Trías, y que es algo más tardío en la mayoría de autores, no es ni mucho menos aislado. Trías no es un caso aislado, ya que muchos de los protagonistas de la renovación tanto en el ámbito filosófico como en el de la teoría literaria empezarán a distanciarse de sus posturas de juventud a partir de la segunda mitad de los años setenta o a inicios de los ochenta. Tal es el caso de Savater, Azúa, Llovet o Jiménez Losantos, de quienes a continuación reproduczo algunos testimonios o cuentos al respecto. Savater escribe en sus memorias:

Hubo un momento en Francia, justo después del mítico sesenta y ocho parisino, en el que los jinetes que montaban a pelo sobre Nietzsche galopaban en todas direcciones y a distintas velocidades... algunos al trote remolón. También en España varios nos subimos a ese potro salvaje, que a pesar de sus corvetas nos proporcionó lo que un jockey inglés llamaría *a good ride*. Más tarde no hubo otro remedio que cambiar de cabalgadura. (2003:171–172)

Jordi Llovet, en *Adiós a la Universidad*, afirma: «Els estudis cursats a París van agradar-me en la mesura que en aquella època jo tenia una tirada a l'estructuralisme i a la semiòtica que avui em sembla gairebé incomprendible» (2011:82). De Félix de Azúa —además de sus memorias (2018)— puede consultarse su artículo «Borrón y cuenta nueva», publicado en *El País* en

2005, donde atribuye la irresponsabilidad política de su generación a la lectura de autores como Barthes:

No estoy negando el interés, sea de curiosidad o de documentación, que pueda llevar a la lectura de Barthes, ni la desaconsejo, Dios me libre; solo me asombro de la ligereza, la liviandad de un mundo intelectual, el de la Francia posterior a mayo del 68, tan evidentemente irresponsable, y me maravilla que Barthes, o Bataille, o Blanchot mantengan su presencia en la Universidad. Como lectura privada, casi diría «poética», y aunque el estilo almibarado, refitolero y pedantesco de estos manieristas pueda atacar los nervios, se comprende. Como pensamiento serio es imposible.

(...)

De Francia, sin embargo, mi generación aprendió la irresponsabilidad elegante, la inmoralidad chic, una premonición de la «vida cultural» como espectáculo de masas. Quizás esa debilidad, en un país como Francia, de soberbia tradición intelectual, viniera causada por la imposibilidad de juzgar públicamente la colaboración de las clases cultas con el invasor alemán. Al desprestigio de los intelectuales durante la ocupación siguió una política de sacratización indiscriminada. (Azúa, 2005)

En esta misma línea va su otro artículo publicado en *El País*, «No me lo puedo creer» (2006a), en el que habla de Foucault y la política contemporánea, al que replicó Fernando Álvarez-Uría con una breve nota aconsejándole que reservara «la sátira, la ironía y la maledicencia» para otras causas (2006). Azúa, a su vez, volvió a escribir un breve texto presentando su réplica como un caso perfecto de «intoxicación sociolingüística» (2006b). Aunque aquí aparece de modo claro el diferendo que separa a unos pensadores de otros, no puede hablarse propiamente de polémica, ya que se trata apenas del intercambio de unas pocas palabras.

Estos casos son unas pocas muestras que señalan cómo esa época de juventud fue dejada atrás por la mayoría de autores y hasta qué punto, según sus propias declaraciones, no dejó ningún poso de experiencia en ellos más allá del pasaje que les permitió llegar a ser lo que son. La cercanía de ese gesto con el de Julia Kristeva (1990 y 2016), Phillippe Sollers (1983) o —de modo sin duda diferente— el propio Todorov (2003) merece que los cuentos de unos y de otros sean leídos de modo paralelo.⁵³

53 Puede leerse también el relato de Compagnon (2013). Para todos ellos, puede verse Hidalgo Nácher (2019b:107).

Ahora bien, no todos renunciarán a lo aprendido o presentido en esos años. Puede destacarse, más allá de este relato, la labor de Miguel Morey en la transmisión del pensamiento de Foucault —que continúa el trabajo llevado a cabo por Trías—,⁵⁴ concretada a través de cursos, reseñas,⁵⁵ conferencias y múltiples textos —de los que en 2014 se publicó una recopilación bajo el título de *Escritos sobre Foucault*, Sexto Piso— y de un libro muy importante en su momento que daba una visión de conjunto de Foucault hasta el final de los setenta, *Lectura de Foucault*, publicado en 1983 (Taurus) —fruto de una tesis doctoral dirigida por Francisco Gomá y defendida en 1980 en la Universidad de Barcelona ante el director, Jacobo Muñoz, y Alejandro Sanvicens, Ramón Valls y José María Valverde— y no vuelto a publicar hasta el 2014, también por Sexto Piso. Como afirma Morey en el prólogo a la segunda edición de dicha obra, «no se pretendía en ella llevar adelante ni un trabajo crítico ni un despliegue hermenéutico. Eran tareas para las que entendía por entonces que todavía no estaban establecidas las condiciones de posibilidad» (2014b:13). Esas condiciones de posibilidad se han conquistado, en gran medida, a través del trabajo de edición y de lectura de Morey y de algunos otros, el cual nos permite a día de hoy —una vez establecido en sus propios términos el proyecto foucaultiano— no solo hacer uso de su «caja de herramientas», sino entender en qué sentido es una «caja» (es decir, tiene una cierta lógica interna) y hasta qué punto los usos que se hacen hoy en día de ella son estratégicamente pertinentes y productivos (para la distinción entre lecturas académicas y extra-académicas de Foucault en España, ver Galván 2010). La reciente tesis doctoral de Ester Jordana (*Être Autrement. El ser como transformación en Michel Foucault* —2017—, dirigida por Santiago López Petit y, a título nominal y dado que López Petit ya se había jubilado, Manuel Cruz, en el doctorado de Filosofía Contemporánea y Estudios Clásicos de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona, y en cuyo tribunal estuvo el propio Morey) prolonga y actualiza ese trabajo llevado a cabo por Morey en su tesis doctoral. Esta investigación propone, una vez los

54 Eugenio Trías prologa *Nietzsche, Freud, Marx de Foucault* (Anagrama, 1970), donde se incluye «Nietzsche, Freud, Marx: ¿revolución o reforma?». En 1972 aparece en Taurus la obra colectiva *En favor de Nietzsche*, resultado del seminario en torno al filósofo que se organizó en la Universidad Autónoma de Madrid en el curso 1971–1972, en el que colaboraron Trías y Savater, entre otros. La muerte del hombre anunciada por Foucault atraviesa el ensayo de Trías *Filosofía y carnaval*, publicado en Anagrama en 1970, que incluye el artículo «El loco tiene la palabra», donde presenta el pensamiento arqueológico de Foucault. Ese artículo ya había sido publicado con el título «Presentación de la obra de Michel Foucault» en la revista *Convivium* (nº 30) en febrero de 1969.

55 Miguel Morey reseña varias obras de Foucault en *El Viejo Topo*: «Moi, Pierre Rivière», nº 4, enero de 1977, p. 50; «Los presos toman la palabra», nº 7, abril de 1977, p. 63; «Michel Foucault: Vigilar y Castigar», nº 30, marzo de 1979, pp. 63–64.

seminarios de Foucault y sus escritos dispersos han sido publicados, leer de modo cronológico y sistemático el conjunto de su obra a partir del problema de la transformación.

Al contrario que muchos otros «neonietzscheanos», Morey, quien escogió como tema de su tesis de licenciatura el *Anti-Edipo* de Deleuze y Guattari —y que prologaría en 1989 el *Foucault* de Deleuze (Paidós)— nunca ha reñegado de la crisis de pensamiento que se abrió en los años sesenta. Como escribía refiriéndose a la aparición del libro recién citado:

Por un lado los radicales encarcelados a resultas del Mayo habían amotinado las prisiones en todo el país. Deleuze, Foucault, Genet y muchos otros estaban en eso. Pero, por otro, los carteles lacanianos comenzaban una ofensiva que daría como resultado la integración masiva de toda la antigua progresía en un sofisticado sistema de nuevos rediles, confortables y perfumados. Poco tiempo después, aquí, cuando murió el Caudillo, nosotros conoceríamos una invasión análoga, al tiempo que nos llegaban las primeras obras de sus cachorros más tempranos: los nuevos filósofos. La postmodernidad estaba decididamente muy cerca, y el pensamiento a punto de confesar su rendición, a punto de declararse inofensivamente débil. (Morey, 2014a:66)

Por lo demás, la larga reflexión que abre *Psiquemáquinas* (Montesinos, 1990), «Del pensar como forma de indisciplina», es una aproximación a la tarea filosófica de la mano de Nietzsche. En ese texto, firmado en París en la primavera de 1989, Morey presenta una imagen excesiva del pensamiento que rescata precisamente uno de los núcleos del llamado neonietzscheanismo al sostener que «el pensar no puede ser, así y siempre, sino una forma de indisciplina»: «Engendrado como un salto involuntario en el trazado mismo del proceso, el pensamiento, disciplinado y metódico, el pensar, es un acontecimiento que irrumpre en su curso para imponer un quiebro: nos obliga a mutar de umbral» (1990a:11). Morey será fiel, en ese sentido, al gesto disruptivo que inauguran estos pensadores y sostendrá que «pensar no puede ser entendido, en ningún caso, como una estrategia de legitimación de las razones de este Mercado —sino como pasión por el Afuera, como indisciplina» (16), al tiempo que presenta el estilo como problema filosófico y la tarea filosófica como «un ejercicio de problematización de lo presuntamente obvio, natural y razonable» (22 y 60).

La segunda parte del libro, en la que se propone pensar la ética desde el punto de vista de la narrativa —para lo cual, sostiene en su presentación, «la literatura nos es imprescindible» (Morey, 1990b:123)— se vuelve sobre Beckett, Artaud, Genet, Michaux, Strindberg, Bataille, Conrad, Morgan Foster,

Burroughs, Kafka y Lowry para pensar la ética desde el punto de vista de la narrativa. El deseo literario atraviesa unos textos filosóficos atentos precisamente a aquello que pudiera desbordar el pensamiento.

Pequeñas doctrinas de la soledad (Sexto Piso, 2007), el cual se propone con «la intención de presentar una muestra significativa de mi trabajo a los lectores mexicanos» (439) y en el que Morey sigue reivindicando, como gesto filosófico fundamental, el compromiso con el estilo («me recuerdo como escritor, a pesar de que son ya treinta años como profesional de la filosofía» —447—) y en el que, en la línea de las experiencias del Col·legi de Filosofia y en el nuevo contexto de burocratización y de gestión neoliberal de las disciplinas, afirma: «No somos filósofos propiamente sino amigos, aficionados, amantes de la filosofía» (448). En ese texto, por lo demás, Morey reconstruye su biblioteca filosófica, dividiéndola en tres tramos —presididos por la figura de Nietzsche—: Platón y Plotino; Kant y sus críticos (de Schopenhauer a Benjamin); y, finalmente, Giorgio Colli, Gilles Deleuze, Michel Foucault y María Zambrano (450).

La recepción de Foucault, por lo demás, ha sido estudiada por Valentín Galván (2010, 2007a, 2007b). Como señala Vázquez García en su prólogo, en los 80 la obra de Foucault empezó a leerse en España desde el paradigma de lo moderno y lo posmoderno, leyendo sus escritos «a la luz de las críticas vertidas por Habermas contra los “jóvenes conservadores”» (Vázquez García, 2010:8).

Por otro lado, José Luis Pardo, uno de los filósofos de mayor prestigio de la España contemporánea, puede considerarse también el principal introductor de Deleuze en este país y autor, entre otros, de *Transversales. Textos sobre textos* (Anagrama, 1977), *La banalidad* (Anagrama, 1989), *Deleuze: violentar el pensamiento* (Cincel, 1990), *Sobre los espacios: pintar, escribir, pensar* (Serbal, 1991), *Las formas de la exterioridad* (Pre-Textos, 1992), *La intimidad* (Pre-Textos, 1996), *La regla del juego* (Galaxia Gutenberg, 2004, Premio Nacional de Ensayo 2005), *La metafísica: preguntas sin respuesta y problemas sin solución* (Pre-Textos, 2006), *Nunca fue tan hermosa la basura. Artículos y ensayos* (Galaxia Gutenberg, 2010), *Estética de lo peor* (Pasos Perdidos/Barataria, 2011), *El cuerpo sin órganos. Presentación de Gilles Deleuze* (Pre-Textos, 2011) y *Estudios del malestar. Políticas de la autenticidad en las sociedades contemporáneas* (Premio Anagrama de Ensayo, 2016). Por lo demás, *A propósito de Deleuze* (Pre-Textos, 2014) es una reedición de *Violentar el pensamiento* en la que se incluyen textos posteriores en los que reflexiona sobre el filósofo francés. Los dos libros publicados sobre Deleuze —y el tercero, en que, junto con el primero, se incluyen tres artículos dispersos—, separados por veintiún años de diferencia, son dos hitos importantes en la recepción del pensamiento deleuziano en España. El primero de ellos, *Deleuze. Violentar*

el pensamiento (1990) —resultado de una tesis doctoral defendida en 1986— es la primera y más importante introducción sobre el pensamiento de Deleuze publicada en España. El suicidio de Deleuze, en 1995, coincidió con la incorporación de Pardo a la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid y a una serie de escritos que suponen un paso importante en la «normalización» de la obra deleuziana en España, al tiempo que una transformación de la relación de Pardo con el pensamiento del filósofo francés, la cual pasa a ser «en algunos puntos abiertamente crítica» (Pardo, 2014:10). «Mi propio trabajo», afirma ahí, «me había llevado a una concepción de la filosofía —centrada en el problema del juicio y en las ontologías de corte categorial— que en buena medida era divergente de la de Deleuze» (10). Esas divergencias, que pueden seguirse a lo largo de su obra filosófica desde mediados de los noventa, se dejan resumir en dos puntos. Por un lado, una crítica a las *filosofías de la diferencia* (216); por otro lado, y a través de la conexión entre esas ontologías con unas políticas de la diferencia —y unas *políticas de la identidad* fruto de su migración norteamericana (317–319)— basadas, según Pardo, en «una autenticidad insobornable» (248), en una política crítica con un Estado de Derecho que, sin embargo, y siempre según el filósofo español —quien publicará en 2003 un intercambio de correos electrónicos con Fernando Savater en *Palabras cruzadas. Una invitación a la filosofía* (Pre-Textos)—, es aquello que se tendría que proteger (378). La crítica a las micropolíticas guattari-deleuzianas (317–378) se inscribe en una línea de defensa del Estado de Derecho y de las categorías fundamentales del pensamiento liberal que no deja de concretarse políticamente en la crítica a Podemos en su ya mentado Premio Anagrama de Ensayo de 2016: *Estudios del malestar. Políticas de la autenticidad en las sociedades contemporáneas*. Todo ello no es óbice, sin embargo, para reconocer en Pardo al principal introductor de Deleuze en el campo filosófico español.

La Banalidad, finalista del premio Anagrama en 1988, del que afirmaba en 2003 que se trataba de volver sobre el final de los años setenta y ver cómo una producción cultural «de dudosa factura» que, sin embargo, era necesaria y saludable en su momento, fue consolidándose, de modo que «muchos de aquellos productos culturales de bajo perfil (y algunos de sus productores) fueron convertidos poco a poco en árbitros y autoridades de la vida cultural, y sancionados oficialmente con las más altas distinciones y privilegios» (Pardo, 2003:11). Ese libro irá seguido de *La intimidad* (1996), un estudio en el que Pardo se pregunta por el pliegue de la lengua y de la experiencia, no equiparable en ningún caso a la privacidad, en el que se daría lo íntimo. El gesto filosófico consiste en dirigirse a un objeto tradicionalmente pensado desde categorías como la conciencia y la temporalidad —ancladas «en las

pretendidas evidencias del yo» (Lévi-Strauss, 1964:361)— para interrogarlo desde el giro ontológico del (pos)estructuralismo. De ese modo, Pardo concluye que «la intimidad de la lengua es una propiedad *del lenguaje* en cuanto tal (no de la intencionalidad de sus usuarios), que resulta del trabajo de las palabras sobre sí mismas en la medida en que son dichas». El interior al que remiten es, pues, un espacio en el que «no hay nadie» (1996:299). De ahí Pardo extrae una conclusión con relación a la propia filosofía (la cual permite entender, entre otras cosas, por qué es fundamental el estilo en la filosofía): «El propio lenguaje de la filosofía no es (al menos no lo es exclusivamente) una jerga técnica sino un lenguaje histórica y geográficamente construido de cuya densidad forma parte el “trabajo sobre sí mismas” de las expresiones filosóficas» (302).

Por lo demás, *Estructuralismo y ciencias humanas* (2001) es una brillante introducción a las problemáticas del estructuralismo situándolas en el marco de las discusiones filosóficas de la modernidad y señalando en qué sentido redefine un tablero que estaba conformado por los polos antitéticos de la referencia y del sentido, de la naturaleza y el hombre, de la necesidad y el sentido y, en fin, de la objetividad y la subjetividad. La aparición del lenguaje no ya como una realidad particular, sino como fundamento mismo de lo real (Milner, 2008b:352–353) supone un hecho sin precedentes que obliga a reformular el campo del saber poniendo en crisis los protocolos establecidos en sus diferentes regiones. Escribía ahí Pardo:

El hecho de que el lenguaje haya entrado en escena —o, como antes decíamos, se haya constituido en escenario— en el siglo xx no es ni casual ni inmediatamente evidente. Aunque podemos considerar que los conocimientos filológicos son muy antiguos, y que la filología como ciencia estaba ya enteramente cimentada en el siglo XIX, la pregunta por el lenguaje ha adquirido el espesor o la densidad de un cuerpo real, acontecimiento que coincide con su entrada en el campo epistemológico y, por tanto con su *objetivación*, lo que provoca una auténtica conmoción en la coyuntura intelectual del siglo XX, que por primera vez dispone de un utilaje conceptual para determinar qué es y qué no es lenguaje (y no ya esta o aquella lengua). (2001:10)

El llamado «posestructuralismo» —que, en los años sesenta y primeros setenta, era llamado simplemente «estructuralismo»— sería el encargado de reflexionar sobre el «giro ontológico» (54) que el estructuralismo implicaba a nivel práctico. Como ya hemos dicho en varios lugares de este estudio, ese giro ontológico será fuertemente resistido tanto desde el campo académico como desde el campo intelectual español.

El libro de Pardo —casi con toda certeza la mejor introducción al estructuralismo que se haya escrito en España— se publicaba, sin embargo, a des tiempo, en 2001, cuando el estructuralismo filosófico y sus implicaciones hacía ya mucho tiempo que habían sido abandonados por la mayoría de filósofos y críticos españoles. Como veíamos antes, en el último cuarto del siglo xx muchos de los protagonistas de esta historia se separarían de sus primeras posiciones transgresivas, de modo que «la estética de la “transgresión” que había marcado a la bohemia tipo *gauche divine* en 1970, se convertía en una estética del “cultivo de sí” a la altura de 1990» (Vázquez García, 2009:285). En este punto cabe formular una hipótesis: si la crisis de la teoría literaria que se produce en los años sesenta y principios de los setenta no ha sido tan importante en España como en Argentina es porque en el desbordamiento disciplinario que se produce desde finales de los años sesenta la crítica literaria y la Filología resistirán el embate sin reformular, en la mayoría de los casos, ni sus prácticas ni sus fundamentos. Nora Catelli ha afirmado, como veíamos antes, que «España es el único país europeo (...) donde la “Teoría de la Literatura y Literatura Comparada” es un área de conocimiento específica, lo cual se debe, precisamente, al rechazo de la teoría. Al no poder suprimirla, la universidad española la encapsuló» (2015b:131). Esta particularidad, que España comparte con Brasil y otros países, puede leerse en el caso español como un rechazo y una resistencia a la teoría, sobre el que habremos de volver más adelante. Las relaciones de intimidad entre literatura y pensamiento que se postulan en aquellos años serán incorporadas con más vehemencia por los sectores renovadores de la filosofía —aunque no por ello dejarán de representar sectores dominados en el seno de la universidad española— que por los sectores de la crítica literaria y la enseñanza de la literatura, los cuales estarán más cercanos, en la Filología, a los modelos historicistas del positivismo y, en la Teoría, a un estructuralismo no especulativo de raíces estilísticas.

2.3.3.3. Núcleos de institucionalización del neonietzscheanismo

Las fases de institucionalización de la renovación filosófica ligada al grupo neonietzscheano han sido estudiadas por Vázquez García. Hay una primera fase pre-institucional entre finales de los sesenta y principios de los setenta. A finales de 1976 Xavier Rubert de Ventós, Eugenio Trías, Jordi Llovet y Antoni Vicens (psicoanalista miembro de la escuela de Oscar Masotta) fundan en Barcelona el Col·legi de Filosofia,⁵⁶ el cual constituirá la primera institu-

⁵⁶ Así escribía Antoni Vicens en 1978: «En el propósito de definirla de una vez, dimos al curso primero, que tuvo lugar en el primer trimestre de 1977, el objeto de mostrar lo que significaba para nosotros la filosofía. Ocupando el amable ámbito que nos ofrece la escuela de diseño Eina,

cionalización del grupo. Y, por el otro lado, el grupo madrileño y vasco funda en 1978 la sección de Filosofía del campus de Zorroaga, que se constituirá en un nuevo espacio de irradiación institucional del grupo.

El Col·legi de Filosofía, inspirado en el Collège de Philosophie y el Collège de Sociologie (1937–1939) franceses, ofreció entre 1977 y 1987 cursos de libre acceso. Por él pasaron, entre otros, Aranguren, Lledó, Calsamiglia, Oriol Bohigas, Martí de Riquer, François Châteléat, Jean Baudrillard, Carlo Ginsburg, Richard Sennett y Christian Delacampagne (Vázquez García, 2014:159–160). En 1988 el curso fue sustituido por ponencias seguidas por intervenciones de respuesta y en 1989 la institución pasó a formar parte del Institut d'Humanitats, vinculado al Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (156). De los cuatro cursos impartidos en el Col·legi que se publicaron, tres lo fueron en Edicions 62, cuyo director editorial era desde 1964 Castellet.

«La idea de fundar el Col·legi surgió de la exigencia de encontrar un espacio propio para la filosofía, espacio que ya no existe en la Universidad o que está ocupado (mal ocupado, como dice Trías)» (en Morey y Sarret, 1977:15), se lee en *El viejo topo* en enero de 1977. Así reconstruía Trías el encuentro: «El año pasado conocí a Antoni cuando hacía su tesis. De esta relación y de la que tenía Antoni con Xavier y Xavier con Jordi se fue fraguando algo difícil de dibujar, hasta confluir en una cena mítica en la que surgió la idea». En la entrevista de Miguel Morey y Josep Sarret a los fundadores, que se presentan como herederos de Pep Calsamiglia, se anuncia el proyecto, asociado a su vez a la Escuela Eina, a la cual algunos de esos autores atribuyen la función que tendría que ocupar la Universidad. «Nosotros no queremos ofrecer una alternativa que posibilite una elección sustitutoria», afirmaba ahí Antoni Vicens, «sino algo que la Universidad ya no ofrece y pienso que nunca más podrá ofrecer, que es una especie de crisis constante como la que ha estado atravesando Eina desde que existe. Y ya son diez años» (15).

En ese contexto, en el que se ve cómo se presenta el proyecto bajo la forma de los lazos informales de la amistad, Llovet aporta una teoría de la escritura que desborda el marco tradicional de la filosofía:

empezó a rodarse la expresión plural que nos había reunido. Las lecciones, que aparecerán próximamente en un volumen de Tusquets Editores, tuvieron los títulos siguientes: Toni Vicens, *El concepte de sistema*; Eugenio Trías, *La filosofía y el poder*; X. Rubert de Ventós, *Filosofía i desigualtat*; Jordi Llovet, *Els límits literaris de la filosofía*. Además de ello, recibimos las visitas de los profesores José Luis L. Aranguren, Pep Calsamiglia y François Châteléat».

Analizar la materialidad de la filosofía cuando se practica como texto es ya aportar algo a la historia del materialismo dialéctico. Frente a Marx, que decía que no había más ciencia que la de la Historia, Freud —que en principio no tenía nada contra Marx— decía que había dos ciencias: las naturales y las psicológicas, las de lo objetivo y las de lo subjetivo. Creo realmente que uno de los pocos espacios donde ambas pueden sintetizarse es el de la escritura. (Morey y Sarret, 1977:17)

Tras 1982, pasan a formar parte de él Josep Ramoneda, Miguel Morey, Antoni Marí, Jaume Casals y Pep Subirós entre otros. Por lo demás, en 1986 se funda, con el apoyo del Ayuntamiento y la Diputación de Barcelona, el Institut d'Humanitats, que absorverá los cursos del Col·legi de Filosofía en 1989 y que, a partir de 1994, se instalará en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB) (Vázquez García, 2009:278–287).

Por su parte, el campus de Zorroaga, en la Universidad del País Vasco (UPV/EHU), fue un proyecto iniciado en 1978 por el catedrático de la Universidad de Barcelona Ramón Valls Plana. Javier Echeverría fue nombrado Vicedecano de la Facultad en 1979 para convertirse en Decano al poco tiempo. Echeverría y Mary Sol de Mora, como ha explicado Vázquez García, reclutaron al profesorado de una Facultad que tuvo entre sus docentes a Fernando Savater, Javier Echeverría, Félix de Azúa, Víctor Gómez Pin, Vicente Molina Foix, Juan Aranzadi, Aurelio Arteta, Ferrán Lobo, Javier Fernández de Castro y Tomás Pollán, muchos de ellos antiguos alumnos de García Calvo, y Miguel Sánchez-Mazas, Víctor Sánchez de Zavala y Julio Caro Baroja. El campus contó con la presencia frecuente de García Calvo, Emilio Lledó, Eduardo Mendoza y Rafael Sánchez Ferlosio, entre otros, y con la participación de destacados especialistas como Pierre Aubenque o Jacques Derrida, quien dictó un curso entero sobre «La Filosofía como institución». La facultad «adoptó como modelo pedagógico el definido por la Universidad parisina de Vincennes» (Vázquez García, 2014:177). En ella, como afirmó Emilio Alfaro, profesores y estudiantes «dieron cuerpo a una aventura intelectual irrepetible. Y fugaz» (Alfaro, 2004).

El proyecto, sin embargo, comenzará a disolverse a mediados de los años ochenta, en gran medida debido al conflicto político y al terrorismo de ETA, pero también, cabe pensar, a dinámicas que exceden con mucho esos problemas. Es posible, en ese sentido, que el proceso de institucionalización de dichas vanguardias filosóficas tenga alguna relación, aunque sea lejana, con ello, pues en la segunda mitad de los años ochenta algunas de las propuestas del grupo accederán a «una plena institucionalización» a través del reconocimiento en la Ley de Reforma Universitaria de 1983 del área de conocimiento —diferenciada de la de Filosofía— de «Estética y Teoría de las Artes». Esa

reforma educativa, como veremos en su momento (apartado 3.3), es la que permitió también la institucionalización de la Teoría de la Literatura en la universidad española.

Dos han sido básicamente las interpretaciones que se han dado retrospectivamente del neonietzscheanismo. La primera, sustentada por sectores próximos al PSOE y a la revista *Sistema* (entre los que se cuentan Elías Díaz y José Luis Abellán), pero también por algunos de los protagonistas de este recorrido, lo presenta como un movimiento juvenil y contracultural ligado a la moda que se diluyó en la segunda mitad de los setenta y, sobre todo, después del golpe de Estado del 23-F. La segunda, de raigambre marxista y sostenida por el Equipo Comunicación, presentaría a estos autores como representantes de un elitismo conservador y antidemocrático. Como señala Vázquez García, «la retórica neolukacsiana se intenta validar aludiendo a la conversión conservadora o neoliberal de muchos de los representantes del neonietzscheanismo español. Estos filósofos se habrían quitado la piel del cordero radical y nihilista revelando lo que siempre habrían sido: lobos o perros de presa del orden capitalista vigente» (2014:81). Frente a ambas interpretaciones, Vázquez García presenta este pensamiento como «una sublimación o puesta en forma filosófica del “humor antiinstitucional” promovido en ese contexto y concretado en una ideología que combinaba los impulsos de la contracultura, la crítica libertaria y el arte *underground*». Y, más allá de esa interpretación sociológica, constata cómo, lejos de ser en su propio contexto reaccionaria, «esta filosofía desempeñó un papel simbólico importante en la legitimación de ciertos movimientos sociales de los 70 y 80, cuyos efectos llegan hasta hoy: pacifismo, antimilitarismo, contestación carcelaria, antipsiquiatría, despenalización del consumo de drogas, reivindicación de gais y lesbianas, protestas antinucleares» (82).

2.3.3.4. Fernando Savater: una trayectoria paradigmática

Para acercarnos de modo crítico a la trayectoria de estos intelectuales, proponemos centrarnos en uno de especial importancia: Fernando Savater, cuyo recorrido puede reconstruirse —tomando una cierta distancia respecto al relato autobiográfico de *Mira por dónde* (2003)— a través de la tesis doctoral de Marta Nogueroles Jové (*La trayectoria intelectual de Fernando Savater: un pensamiento crítico de un «joven filósofo»*, 2010) y de diversos artículos de Francisco Vázquez García, así como mediante *La filosofía española: herederos y pretendientes* (2009) e *Hijos de Dionisos* (2014).

El antiacademicismo es la marca principal del primer período de Savater (Vázquez García, 2015:126–129), una actitud de desprendimiento respecto

a las formas y formalidades académicas que ya ha sido estudiada por Vázquez García:

La convergencia de ambas frustraciones, la de los profesores no numerarios por la quiebra de las expectativas de carrera y la de los estudiantes por la devolución de títulos y el probable freno de la promoción social, contribuyó sin duda a intensificar y radicalizar la movilización estudiantil desde la segunda mitad de la década de los 60, destruyendo las pretensiones de despolitización y legitimación modernizadora introducidas por la Ley de Villar Palasí (1970) y acrecentando, tanto en el alumnado como en el profesorado de rango inferior, las disposiciones antiinstitucionales. (122)

En la portada de la primera edición de *La filosofía y su sombra* (Seix Barral, 1969), de Trías, aparecían los rostros de Kant, Epicuro, Hegel y Bergson ataviados con gafas, barbas, bigotes o parches en el ojo, lo que retoma de algún modo tanto el gesto de Andy Warhol con *La Gioconda* como la propuesta filosófica de Deleuze, tal como la leerá al año siguiente Foucault en «*Theatrum Philosophicum*».⁵⁷ El propio Trías recuerda sus primeras publicaciones filosóficas de vanguardia en sus memorias de este modo:

Ya el título [*Filosofía y carnaval*] era una soberana provocación. Mis colegas filosóficos más académicos no daban crédito. Debía tener cuidado. Debía acordarme de lo que me había dicho mi padre poco antes de morir (...); desde el cielo se debía hacer cruces por mi insensatez temeraria, o por ese desafío entre ingenuo e insolente. «Cuidado, Eugenio; esto el gremio académico nunca te lo perdonará».

No di ocasión a ese gremio a que me pillara en falta ni a que me perdonara la vida. Por el momento tenía aparcada mi decisión de llevar a cabo la tesis doctoral (y de seguir una carrera universitaria convencional). No tenía la más mínima prisa. Quería mantenerme el máximo tiempo posible en una especie de perpetua

57 Escribía Foucault en esa reseña de *Différence et répétition y Logique du sens* publicada en *Critique* en 1970: «Diferencia que no dejaba prever nada y que sin embargo hace volver como máscaras de sus máscaras a Platón, Duns Scoto, Spinoza, Leibniz, Kant, todos los filósofos. La filosofía no como pensamiento, sino como teatro: teatro de mimos con escenas múltiples, fugitivas e instantáneas donde los gestos, sin verse, se hacen señales: teatro donde, bajo la máscara de Sócrates, estalla de súbito el reír del sofista; donde los modos de Spinoza dirigen un anillo descentrado mientras que la substancia gira a su alrededor como un planeta loco; donde Fichte cojo anuncia «yo fisurado/ Yo disuelto»; donde Leibniz, llegado a la cima de la pirámide, distingue en la oscuridad que la música celeste es el *Pierrot luna*. En la garita de Luxemburg. Duns Scoto pasa la cabeza por el anteojo circular; lleva unos considerables bigotes; son los de Nietzsche disfrazado de Klossovski» (2005:47).

bohemia vital e intelectual que me permitiese, dentro de lo posible, no depender exclusivamente de carreras y escalafones universitarios; en aquel mundo tardofranquista esa rueda académica era escalofriante; una pesadilla kafkiana. (2003:347)

Savater se refiere de modo parecido en sus memorias a sus estudios en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, que comenzó en 1964 y que encontró, al llegar a ella, «tomada por efectivos de la policía», y aprovecha para señalar un interés por la literatura al que no respondería la oferta formativa del franquismo:

Durante los dos primeros años de carrera, comunes a todas las especialidades, tuve ocasión de enterarme de que no existían los estudios literarios al modo en que yo los había soñado. Lo más parecido que había era Filología Románica, la cual incluía materias tan poco apetecibles como latín vulgar —en la que contaba ya con un suspenso en mi primer año de universidad, yo que había hecho todo el bachillerato sin dejar nunca ninguna asignatura para septiembre— y diversas gramáticas, semióticas o jeroglíficos semejantes. Detesto los análisis gramaticales, las declinaciones, los aoristas y el complemento indirecto (este último creo que ya ha sido suprimido por decreto de la autoridad competente). (Savater, 2003:160)

«He vivido de la Universidad», escribe, «pero nunca para la Universidad ni siquiera realmente en ella. Al margen, en los intersticios, fingiendo una convicción profesional que jamás he sentido: temiendo ser alguna vez descubierto» (160). Esta actitud de quien sería nombrado catedrático de Ética en 1984 en la Universidad del País Vasco, en Zorroaga, y desde comienzos de los noventa en la Universidad Complutense de Madrid, puede verse en las primeras páginas de su primer libro, *Nihilismo y acción* (Taurus, 1970):

En la Universidad, que parecía decididamente condenada a ser tan solo una dócil oficina de administración de los espíritus, destinada a fabricar auténticos y literales desalmados, gente sin alma ni ganas de tenerla, surgen brotes negativos que realizan ciertas probabilidades improbables. Esto hace concebir la esperanza de que la Universidad pueda salvarse de su burocrático destino y purificarse, desapareciendo. (Savater, 1970:17)

El carácter irreverente de esa primera etapa filosófica —que comparte con otros autores como Trías o Llovet— es, sin duda, uno de sus rasgos más destacables. Escribía Savater en una reseña de *La ideología como lenguaje* de Adorno (Taurus, 1971), en *Triunfo*: «La inexistencia de pensamiento filosófico

en España constituye una dificultad no pequeña para que se consolide una auténtica crítica de la filosofía española» (1971:51). Y en «Prólogo y reverencias al uso» de *La filosofía tachada* (Taurus, 1972), después de haberse referido a la posibilidad, yendo más allá de Platón y de Hegel, de «un pensar contrario al concepto»: «todo esto es puro academicismo, reverencia formal a una cultura que desprecio desde mi fondo más íntimo, con todas mis fuerzas» (Savater, 1972a:II). Su relación con García Calvo —a quien dedica el libro y de quien afirmará retrospectivamente refiriéndose a sus años de juventud: «yo profesaba el culto de Agustín García Calvo» (Savater, 2004:305)— es, por lo demás, fundamental en la escritura de esos años, en los que la muerte de Dios —y, con ella, la del Hombre— son temáticas centrales.

En *Apología del sofista* (Taurus, 1973), retomando el argumento de la crítica reseñada en *Triunfo*, escribe que la «crítica filosófica» como tal «no existe actualmente en España» (Savater, 1973a:82) debido a una triple ausencia: la falta de obras filosóficas españolas, de publicaciones periódicas y de críticos. En el esfuerzo de colmar ese hiato, Savater da una importancia fundamental a la búsqueda de un *estilo filosófico* del que carecería el grueso de publicaciones contemporáneas. Él y Trías serían, de hecho, los principales encargados de realizar esa tarea. Reseñando *La Dispersión* de Trías —alguien que está «más cerca del pirata que del filósofo, como debe ser»— Savater afirma que «la presencia, no sea más que editorial, de Eugenio Trías en el yermo de las ánimas de la filosofía española, es indudable» (1973a:115).

2.3.3.4.1. La crítica al marxismo, el giro ético y la razón democrática

Si Trías, como hemos visto, databa en 1973 el fin de su etapa destructora, en Savater se aprecia un desplazamiento respecto a sus primeros planteamientos de vanguardia en *La infancia recuperada* (1976), que se abre con un prólogo que presenta la obra como «un libro deliberadamente subjetivo» que se opone al intento de llevar a cabo «una labor científica sobre textos literarios, de esas que tanto entusiasman a quienes fascina lo aparatosamente vano. La ignorancia me resguarda —aunque no tanto como yo quisiera— de la lingüística, la informática o la sociometría»: «quien se interese prioritariamente por el significante y el significado, por la literalidad, la enunciación, la prosopografía y los ejes connotativos, ha llegado a su Desierto de la Muerte» (Savater, 1994:15). Savater se separa de «los científicos de la literatura», los «sintomatólogos» (que leen las obras para encontrar alguna profundidad) y los «desmitificadores» (que hacen crítica ideológica a través de la lectura de las obras) y propone, en su lugar, «reconstruir —evocar— el nivel ético de la narración» (17). Un cambio se ha operado aquí, como se ve, respecto al Savater

que celebraba con entusiasmo la aparición en Barral del *Anti-Edipo* en 1974 (Savater, 1974:45–46) y del que escribía en 1972 en «Actualidad de Saussure»:

Si es preciso señalar dos nombres de creadores de nuevas disciplinas que, en los comienzos de este siglo, hayan renovado fundamentalmente el concepto, ambiguo y decimonónico de «ciencias humanas», la elección no ofrece dudas: Sigmund Freud y Ferdinand de Saussure. Si la teoría general del hombre ha sufrido alguna modificación fundamental respecto a la vigente en el siglo pasado, es debido a ellos dos más que a ningún otro de sus contemporáneos. (1972b:56)

El *Panfleto contra el Todo* (Dopesa), de 1978, con el que gana el Premio de Ensayo Mundo, se presenta explícitamente como «una derivación de la reflexión ética y política de Federico Nietzsche» (Savater, 1978a:11) y se inspira al mismo tiempo en algunos aspectos —entre los que se incluyen el uso de las mayúsculas— del pensamiento de su maestro García Calvo, quien en 1977 había publicado el *Manifiesto contra el despilfarro* (La Banda de Moebius) y *¿Qué es el Estado?* (La Gaya Ciencia, 1977) y publicaría posteriormente libros como *Historia contra tradición. Tradición contra Historia* (Lucina, 1983), *Contra la Paz. Contra la Democracia* (Virus, 1993), *Contra el Tiempo* (Lucina, 1993), *Contra la Pareja* (Lucina, 1994) y *Contra el Hombre* (Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 1996). Ese libro de 1978, que será atacado frontalmente por algunos sectores marxistas,⁵⁸ va acompañado de un apéndice en que se recogen artículos recientes en los que Savater se hace eco de las críticas al marxismo de los *nouveaux philosophes*. Como plantea Glucksmann en *La cocinera y el devorador de hombres. Ensayo sobre el estado, el marxismo y los campos de concentración* (Mandrágora, 1977), «los campos de concentración no son un accidente en el camino abierto por el “Manifiesto Comunista”, sino una consecuencia» (Savater, 1977a:28; 1978a:182). En «Nuevos filósofos, viejos inquisidores», Savater sostiene que «los mecanismos de “denuncia” que se ponen en marcha contra ellos confirman sus protestas contra el Gulag teórico de la izquierda más eficazmente que cualquier otro alegato» (1978b:185). Los nuevos filósofos, aunque no sean «ni lo más atinado ni lo más profundo de tal esfuerzo por desmentir la Voz del Amo» (187), cumplirían una labor higiénica más que loable, consistente en reconocer que —a pesar de que «la buena conciencia de la izquierda marxista, ortodoxa o herética», sea «inalterable» (Savater, 1978e:195)— «el marxismo está agotado». «Marx diagnosticó certeramente», sigue Savater, «una enfermedad

58 La publicación del libro dará lugar a una polémica con el socialista Ignacio Sotelo en *Triunfo*, quien publicará «Panfleto contra el Todo» (1978), respondida por Savater en «La lucha contra el Todo» (1978c).

para la que propuso un remedio tan íntimamente unido al mal mismo que debía combatir que solo acertó a agravarlo» (192).

Aunque el filósofo donostiarra intenta separarse retóricamente de esos nuevos intelectuales, reconoce que lo más interesante en ellos es «su papel de caja de resonancia para que se aireen de nuevo y más extensamente temas que uno lleva perfilando desde hace ya bastante tiempo: ante todo y principalmente, la denuncia del marxismo como ideología del poder» (Savater, 1978a:199). La lección que extrae de ellos Savater es clara: «Es preciso acabar con todo romanticismo de la acción que tenga ideales estatales —la violencia administrada y el terror utilizado— como metas» (202). Como dirá en un artículo en *El País* poco después, «su mayor logro ha sido, quizás, el desenmascaramiento de los inquisidores que se han desatado contra ellos» (Savater, 1977b).

Savater, quien recuerda en sus memorias que se abstuvo de votar en el referéndum por la Constitución de 1978 (2003:271), va a dar un claro giro político a partir del golpe de Estado del 21 de febrero de 1981. Como ha señalado Marta Nogueroles, este acontecimiento «impulsa a Savater y a otros muchos intelectuales a abandonar el apoliticismo de su etapa anterior para adquirir un serio compromiso a favor de la democracia» (161) (donde por apoliticismo hay que entender, en verdad, no tanto un desinterés por la política como unas claras reservas ante los protocolos de la democracia formal). Escribe Savater en sus memorias:

Lo que nos despertó a bastantes de nuestras quimeras revoltosas y nos propulsó decididamente a apoyar la democracia constitucional por encima de cualquier otra consideración fue el intento de golpe de Estado de Tejero y compañía, en febrero de 1981. Queriendo abolirlo, aquellos chapuceros indecorosos hicieron mucho por nuestro sistema democrático: nos demostraron fehacientemente a los más remolones por qué era realmente necesario pese a sus deficiencias y quizás gracias a ellas. (2003:272)

En abril de 1981 el filósofo da la mano, por primera vez, al Rey de España —héroe de la restauración democrática según la versión oficial—. «La estabilidad democrática», escribe Savater, «era más importante que la intranigencia de mis principios igualitarios» (277). Y el 16 de abril, dos días después del cincuenta aniversario de la II República, publica un artículo en *El País* titulado «Carta a un amigo escandalizado», donde afirma que «apoyar la democracia y la Constitución no es extender un certificado de salud política a lo que hoy tenemos, sino mantener expedito y válido el cauce para cambiarnos» (Savater, 1981a). De ese modo, en contraposición a otros intelectua-

les del momento que Savater sin duda apreciaba, como Bergamín (a quien le dedica desde el diario *El País* una felicitación navideña con motivo de la no concesión del Premio Cervantes en 1980), Savater sostiene que la única vía democrática posible en España es la monarquía constitucional. Por lo demás, la interpretación de los acontecimientos del 23-F («los ominosos acontecimientos de aquel 23 de febrero me enseñaron el papel que lo privado y lo público ocupan en mi vida» —Savater, 2003:272—) desemboca en la restauración de categorías liberales, y se articula con la nueva crítica a los «nacionalismos periféricos» que, con ETA y más allá de ella, amenazan la convivencia democrática («Barcelona y otras capitales alternativas sufrían los males casposos del regreso al terruño nacionalista» —283—). Ese giro coincide, finalmente, con el paso de un pensamiento político a uno ético, el cual se apreciaba ya, como vimos, en *La infancia recuperada* (1976) y se profundizará en *La tarea del héroe* (1981), Premio Nacional de Ensayo, e *Invitación a la Ética* (1982), X Premio Anagrama de Ensayo. Estas dos últimas obras se sitúan, explícitamente, en el marco de una democracia que pretenden fundamentar filosóficamente (Nogueroles, 2010:234). Como sostiene el propio Savater respecto al «héroe» —cuya figura aún ocupa el centro de la escena, tras el aprendizaje de la decepción, tanto en la figura del narrador de *Soldados de Salamina* (2001) de Javier Cercas como en la reivindicación crítica sostenida por Jordi Gracia (2001)—, su «más sincera intervención política, paternalista a veces e impaciente casi siempre» consiste «en impulsar a sus conciudadanos a la libertad» (1981b:127); en este nuevo contexto, la tarea del intelectual pasa a consistir en «propugnar la obligación de profundizar inacabablemente la democracia» (183).

Poco a poco, ese espacio democrático se irá imponiendo como el único horizonte histórico, no solo posible, sino también deseable. Savater, que había defendido hasta entonces algunas de las reivindicaciones del nacionalismo vasco, lo confrontará explícitamente a partir de mediados de los años ochenta en el marco de la Universidad de Zorroaga, oponiéndose de forma tajante a los atentados terroristas de ETA. Como explica Marta Nogueroles.

Savater se convierte así en uno de los personajes públicos más amenazados por la banda terrorista ETA y tendrá que ir acompañado por escoltas de las fuerzas de seguridad del Estado. Desde ese momento empezará a concentrar todos sus esfuerzos en la movilización ciudadana, no solo contra esta organización sino también contra los partidos políticos que la respaldan. Participará activamente en organizaciones contra la violencia como «Movimiento por la Paz y la No Violencia», «Gesto por la Paz», «¡Basta Ya!», y el «Foro de Ermua». Y su discurso en referencia a los nacionalismos dará un giro importante. (2010:325)

En ese contexto se establece el nuevo marco político del pensamiento del filósofo donostiarra, que escribirá en 1988: «La superioridad del sistema democrático y pluralista ya no es seriamente discutida por casi nadie, sea aceptada con entusiasmo o con resignación. Los derechos del hombre van siendo asumidos como un esbozo regulativo de la futura Constitución de un orden público unificado a escala planetaria» (en Nogueroles, 2010:241). *Contra las patrias* (1984) —dedicado a Rafael Sánchez Ferlosio («el menos nacional de los clásicos castellanos»), Félix de Azúa («poeta y torpedero») y Belén Altuna y Lourdes Auzmendi («quienes para mí representan lo libre, bonito y valiente de Euskadi»)— supone una abierta toma de partido en el contexto del conflicto vasco. Su introducción («Para entender mi compromiso personal») es ya elocuente: «Aquí me comprometo en el doble sentido de la palabra, es decir, tomo partido y me pongo en un brete» (Savater, 1984:11). El libro aborda «las identidades colectivas y su relación con la perpetuación y legitimación de la violencia» (12) con motivo del «problema vasco» (15) que no dejará de ocupar a Savater desde entonces. En el nuevo diagnóstico de Savater, la democracia aparece como aquello que tiene que ser defendido y, por lo tanto, la reflexión se dirige a diagnosticar riesgos. «Las mayores amenazas que pesan sobre el sistema democrático español», escribe, «son principalmente tres: terrorismo, golpismo y autoritarismo» (83).

La segunda mitad de los años ochenta y los noventa suponen, por lo demás, la consolidación en la trayectoria de Savater de un humanismo ilustrado que defiende los valores democráticos y los derechos humanos contra los totalitarismos nacionalistas y terroristas que acechan al pluralismo y a la libertad. *El jardín de las dudas* (finalista del Premio Planeta en 1993) es una declaración de fe ilustrada en la que poco queda a nivel teórico de su época ácrata y de su antiguo neonietzscheanismo. Esa nueva etapa empezaría con *Ética como amor propio* (1988), donde defiende los derechos humanos como «una propuesta de generalización internacional de los principios que idealmente fundan las constituciones liberales de aquellos países que reaccionaron contra el absolutismo monárquico en el siglo XVIII» (1988:185). Como ha escrito Marta Noguerol:

Desde finales de los años ochenta, se le puede considerar con pleno sentido un pensador humanista pues toda su obra estará volcada en desarrollar un humanismo racional, laico y hedonista, empeñado en no descartar la libertad «como un espejismo anticuado o una posibilidad irrealizable», en definitiva, un humanismo ilustrado. Este humanismo ilustrado tendrá como instrumento principal la educación; como punto de partida, el pesimismo; como fundamento el individualismo; como sistema político el proyecto democrático y apostará, en definitiva, por una filosofía universalista y civilizadora. (2010:243–244)

Humanismo impenitente (1990) supone, en ese sentido, toda una declaración de intenciones. En su «Introducción» se vuelve sobre su primer libro, *Nihilismo y acción*, publicado veinte años antes: «Cuando se publicó yo tenía veintitrés años recién cumplidos, aunque varias partes de ese texto habían sido escritas mucho antes. ¡Veintitrés años! Los he conocido más imbéciles que yo a esa edad: no más ingenuamente fervorosos ni más ilusionadamente desesperados» (Savater, 1990b:11). Ahí sostiene: «Me atreveré a ser consecuente sin ambages: reivindico el humanismo. Nada de una ética del desinterés, sino la ética como máximo interés en la humanidad de los humanos, en la humanidad que me humaniza» (14). Savater critica «el desvanecimiento del sujeto en el pensamiento posterior» a Sartre y Heidegger, «sobre todo francés», el cual «no solo comporta la imposibilidad de pensar la libertad en cuanto autonomía moral y política sino que también bloquea la relación intrínseca, imprescriptible, entre libertad y responsabilidad» (1990a:92). Esa restauración del humanismo como gran problema de la filosofía contemporánea ya había sido planteada en Francia, entre otros, por Luc Ferry y Alain Renaut en *La pensée 68. Essai sur l'anti-humanisme contemporain* (1985:33), un libro en el que se hacía un repaso somero y condenatorio del pensamiento de Foucault, Derrida, Lacan y Bourdieu, liquidando de un plumazo el hilo que podía conectar con el presente esa tradición de pensamiento.

Por lo demás, *Ética para Amador* (1991) —un libro didáctico en forma de tratado de ética dedicado a su hijo, Amador Fernández Savater— se inserta en el debate en torno a la reforma educativa de la LOGSE y acabará implantándose en muchos institutos como lectura obligatoria en las asignaturas de Ética. Este libro tendrá su continuación en *Política para Amador* (1992) y *Las preguntas de la vida* (1999), trilogía a través de la que Savater se constituye en educador civil de la juventud española.

Llegados a este punto, podemos preguntarnos qué queda en esos libros —escritos justo antes de que Giorgio Agamben emprenda su revisión crítica del pensamiento político contemporáneo en la serie del *Homo sacer*, que arranca en 1995 y concluyó en 2015— del gesto de pensamiento y de las teorías y problemas de 1970. Las memorias de Félix de Azúa, que presentan el pensamiento de aquellos años como «una burda desfiguración de la teoría del lenguaje de los románticos de dos siglos atrás» (2018:197), pueden ser un resumen de lo que se aprendió en esos años, un *aprendizaje de la decepción* que se plasma en relatos paródicos que constituyen el suicidio de la teoría:

Panero ha sido el más acabado ejemplo de cómo algunas de las teorías más avanzadas de la época podían convertirse en trampas mortales para quienes ya venían inclinados a la autodestrucción desde la cuna. Bataille, Blanchot,

Barthes, Foucault habían puesto en claro el valor de las voces externas a la sociedad: los locos, los enfermos, los parricidas, los marginados, los salvajes y los excéntricos. Fue entonces cuando se reivindicó de tal modo a los locos como ciudadanos de peculiar valía que en algunos hospitales italianos, allí donde tenía predicamento un orate llamado Battaglia (*sic*), los soltaron y no volvieron a encerrarlos hasta que el índice de criminalidad dio un salto vertiginoso. La voz de los salvajes, de los primitivos, de los locos, un invento de la *Sezession* alemana y de los surrealistas, llegó a su paroxismo en estas fechas y comenzó su declive cuando Althusser, uno de sus defensores desde el marxismo–lacanismo, asesinó a su mujer a martillazos, Deleuze se mató tirándose por la ventana y Foucault murió de sida jurando que era un invento del Pentágono para oprimir a los homosexuales. (201)

Palabras que, sin necesidad de más comentarios, evocan la voz de M. de Charlus en *Le temps retrouvé*, clausurando un tiempo perdido sin posibilidad de recobrarlo:

D'ailleurs, continuant à me parler du passé, sans doute pour bien me montrer qu'il n'avait pas perdu la mémoire, il l'évoquait d'une façon funèbre, mais sans tristesse. Il ne cessait d'énumérer tous les gens de sa famille ou de son monde qui n'étaient plus, moins, semblait-il, avec la tristesse qu'ils ne fussent plus en vie qu'avec la satisfaction de leur survivre. Il semblait en rappelant leur trépas prendre mieux conscience de son retour vers la santé. C'est avec une dureté presque triomphale qu'il répétait sur un ton uniforme, légèrement bégayant et aux sourdes résonances sépulcrales: «Hannibal de Bréauté, mort! Antoine de Mouchy, mort! Charles Swann, mort! Adalbert de Montmorency, mort! Boson de Talleyrand, mort! Sosthène de Doudeauville, mort!». Et chaque fois, ce mot «mort» semblait tomber sur ces défunts comme une pelletée de terre plus lourde, lancée par un fossoyeur qui tenait à les river plus profondément à la tombe. (Proust, 1989:169)

2.3.4. Vanguardias críticas y literarias

En el apartado 2.2 nos hemos ocupado del polo oficial y académico que, desde el franquismo, y en conexión con el poder político y religioso de la época, fue elaborando una teoría literaria que en los años sesenta empezó a desgajarse parcialmente de dicho poder sin por ello dejar de registrar sus efectos en el propio discurso crítico. La estilística, como hemos visto, habrá sido el discurso vertebrador a partir del cual se habrá establecido dicho campo crítico en un contexto en el que, por lo demás, el positivismo sigue

ejerciendo sus derechos en su versión nacional–católica, en la línea de Menéndez Pelayo.

Ahora vamos a ocuparnos del polo de vanguardia que va a disputarle la legitimidad a «una crítica muy ligada a la Universidad» que, como decía el Equipo Comunicación en 1970, «opta, en un momento determinado, por el encierro en los “laboratorios”». Los tres rasgos de esa escuela crítica —que se quiere muy informada, que justifica la propia labor científicamente y que está efectivamente desconectada de la contemporaneidad— conformarían un cóctel que «degenera en *erudición*» (1970d:31). Si seguimos las trayectorias de los agentes más destacados de este polo de vanguardia veremos que provienen, en la mayoría de ocasiones, del compromiso literario y evolucionan desde mediados de los años sesenta a una nueva concepción de la literatura que coloca en su centro, a partir de diversas modulaciones, un problema de lenguaje que los continuadores de la estilística —y, por lo tanto, lo que hemos denominado *estructuralismo católico o espiritualista y semiótica española*— nunca llegan a plantear.

Ahora bien, en ese contexto tanto la crítica oficial como la comprometida se darán a partir de los parámetros de la autarquía impuestos por el régimen franquista. Como se lee en el prólogo a *Las ínsulas extrañas* (2002), antología de poesía en castellano de la segunda mitad del siglo xx:

La larga noche del franquismo no solo sumió a España en un serio empobrecimiento cultural, sino que también aisló al país respecto a Europa y cortó los lazos y las relaciones internacionales imprescindibles para la vitalidad cultural de cualquier nación. Las consecuencias fueron exactamente las contrarias a las que habían marcado los decenios anteriores a la guerra: interrupción del proceso de europeización, nacionalismo cultural, supresión de la libertad de expresión, etcétera. (Milán *et al.*, 2002:21–22)

En ese contexto, la política literaria que practicarán los escritores de izquierdas estará asociada a un «marxismo de tradición oral» (Equipo Comunicación, 1970d:33) que a duras penas podrá construir una teoría crítica en diálogo con la contemporaneidad, ya que las fuentes le son hurtadas. Ese compromiso literario, que beberá muchas veces de Sartre y de Lukács, se sostendrá así principalmente en el voluntarismo y el compromiso moral. Libros como *Drama y sociedad* (Taurus, 1956) de Alfonso Sastre, *Problemas de la novela* (Seix Barral, 1959) de Juan Goytisolo y *Poesía y verdad (papeles para un proceso)* (Litoral, 1959) de Gabriel Celaia indican el estado de ese com-

promiso en teatro, novela y poesía en la segunda mitad de los cincuenta.⁵⁹ El problema del realismo será, así, crucial, como testimonian de modo evidente los libros de crítica literaria y las antologías publicadas por Castellet hasta mediados de los años sesenta, desde *Notas sobre literatura contemporánea* (1955) hasta *Poesía, realisme, història* (Edicions 62, 1965), donde cabe destacar *Veinte años de poesía española (1939–1959)* (Seix Barral, 1960) —reditada en 1965 como *Un cuarto de siglo de poesía española (1939–1964)*—, libro en el que se decreta de modo unilateral que el realismo es el horizonte literario de la contemporaneidad y el simbolismo es apenas un residuo del pasado. Si alguien como Sastre, que en 1965 publicaba *Anatomía del realismo* (Seix Barral), seguirá fiel a unos principios revolucionarios —de los que testimonia *La revolución y la crítica de la cultura* (Grijalbo, 1970)— y pasará a criticar a sus antiguos compañeros (Castellet y Barral), como tendremos ocasión de ver cuando abordemos las polémicas de 1970 entre vanguardias marxistas y culturalistas, Castellet y Goytisolo, por su parte, evolucionarán hacia nuevas posiciones en las cuales ya no será posible sostener una literatura comprometida sin pensar un compromiso con la literatura que rehúya cualquier tipo de instrumentalidad. Castellet como crítico y Goytisolo como escritor serán dos agentes importantes de esta transformación, así como dos mediadores fundamentales de dicha renovación de las prácticas críticas y literarias. El hecho de que estos autores provengan del compromiso literario y que sus relaciones con la universidad sean periféricas los coloca en el polo opuesto al de la ortodoxia estilística y sus renovaciones estructurales.

Es preciso, por lo tanto, insertar las propuestas literarias de *novísimos* como Gimferrer o Panero, así como las de autores como Julián Ríos y Andrés Sánchez Robayna, con relación a ese giro en que emerge la materialidad de la escritura imponiendo un problema lingüístico tal como, por lo demás, también harán las nuevas tendencias textualistas y psicoanalíticas que se difundirán en la segunda mitad de los años setenta. Una diferencia fundamental entre ambas generaciones es que si los miembros de la primera —de la que participan Castellet y Goytisolo— atravesaron de modos diversos en sus recorridos el compromiso literario, eso ya no puede aplicarse a los nuevos autores.

59 Antonio Chicharro ha estudiado el pensamiento literario de Celaya y su evolución en *El pensamiento literario de Gabriel Celaya* (1983) y en *La teoría y crítica literaria de Gabriel Celaya* (1989).

2.3.4.1. Castellet y Goytisolo: transformaciones críticas y literarias

Para presentar la renovación teórica de las prácticas críticas posterior a 1966 seguiremos la trayectoria de José María Castellet (1926–2014), probablemente el crítico literario más atento a las novedades teóricas del período, cuyo papel de mediador fue crucial, y de Juan Goytisolo (1931–2017), un escritor que fraguó desde 1966 un proyecto de transformación de la narrativa española en contacto con las novedades teóricas francesas y las novedades literarias de Latinoamérica.⁶⁰ Estos dos autores, que venían de una tradición literaria ligada al compromiso político, abrieron la puerta para que los escritores más jóvenes emprendieran nuevos rumbos literarios. De ese modo, tras presentar sus recorridos, abordaremos el encuentro de Julián Ríos (1941) y de Pere Gimferrer (1945) con Octavio Paz (1914–1998), lo que posteriormente nos permitirá conectar con el trabajo llevado a cabo por Ríos en *Espiral* y sus propuestas literarias, así como con el proyecto de renovación de la crítica y la literatura española emprendido desde Canarias por Andrés Sánchez Robayna (1952) con la revista *Syntaxis* (1983–1993) (apartado 3.2.3).

60 Afirmaba Carlos Barral en una entrevista de 1970: «Ninguno de los escritores españoles de la misma generación tiene por ahora la altura de los cuatro o cinco líderes de la generación latinoamericana» (Tola de Habich y Grieve, 1971:11). Castellet se refería en ese mismo libro a «las especiales repercusiones que este boom ha tenido sobre la literatura española, y no solo en la literatura en cuanto proceso de creación, sino también como fenómeno sociológico entre los lectores españoles. Es decir, en un momento en que la novela española, por muy diversas causas difíciles de analizar, estaba en una situación de baja producción y calidad, es decir, con muy pocas obras, y de poco nivel artístico, se proyectan sobre el público español y sobre los escritores españoles una serie de obras escritas en su misma lengua, que causan un efecto sorprendente por su novedad y calidad. Entonces se produce un fenómeno doble que es el siguiente: los lectores encuentran a unos autores propios que, sin embargo, les eran desconocidos, y hay que decir que el público lector español se lanza con avidez sobre ellos; los editores nos podrían confirmar con cifras el buen consumo que la literatura latinoamericana, la del boom, ha tenido en los últimos años en España. Por otra parte, esta aparición de novelistas latinoamericanos provoca en los escritores españoles una serie de mecanismos de reacción de muy diverso orden; en primer lugar, creo que hay una sorpresa admirativa y son, antes que nadie, los escritores españoles los mejores propagandistas de los novelistas latinoamericanos en España. Pero más tarde se produce un fenómeno, que puede ser, si se quiere, muy humano pero injusto, y es el de empezar a minusvalorizarlo porque los escritores españoles se sienten en inferioridad ante el boom; entonces es cuando empiezan una serie de polémicas, especialmente en Madrid (dados que Barcelona es una ciudad mucho más receptiva, desde este punto de vista, de la literatura latinoamericana, y también porque parte de ella ha sido editada en Barcelona misma), que se manifiestan en una serie de artículos airados que pretenden reducir el valor de los escritores latinoamericanos. Yo creo que no hay que hacer demasiado caso de esto, pero sí me preocupa en tanto que es una demostración de la impotencia actual de la literatura española y especialmente de sus novelistas» (Castellet en Tola de Habich y Grieve, 1971:69).

2.3.4.1.1. Josep María Castellet: una ética de la infidelidad

En aquella época [mediados de los cincuenta] se estaba gestando la Biblioteca Breve de la editorial Seix Barral, con el joven Carlos Barral al frente, los Premios Formentor, la llamada Escuela de Barcelona (luego matizada como Grupo) de poetas —Gil de Biedma, Barral, José Agustín Goytisolo—, y junto a ellos, como en la cúspide, en el imaginario colectivo de la época (seguramente bastante desnutrido, ¿unas docenas de personas interesadas en el tema?), figuraba Castellet: el Ideólogo, el Mandarín supremo, il Consigliere de los alegres poetas «mafiosos», a veces impacientes (...). En resumen, Castellet como responsable del Canon.

Jorge Herralde

Las diversas concepciones que han venido caracterizando sucesivamente el pensamiento literario de J.M. Castellet convierten su obra en un auténtico crisol de los distintos planteamientos de crítica literaria que se han venido desarrollando en España durante la segunda mitad del siglo xx.

Eduardo A. Salas Romo

Lo importante es la fidelidad a lo vivo, al presente (...). Yo creo que habría que hablar de una ética de la infidelidad.

José María Castellet

Si tuviéramos que buscar una figura en el campo crítico español que haya seguido y acompañado las transformaciones de la crítica contemporánea del tercer cuarto del siglo xx, se impone el nombre de José María Castellet, sin duda uno de los mediadores culturales más importantes en la renovación teórica de la crítica literaria desde por lo menos mediados de los cincuenta. Su trabajo como asesor literario en Seix Barral (donde llegó a figurar fugazmente como director de «Biblioteca Breve»), como fundador de la colección de poesía «Fe de vida» en 1956 y como director de la colección de poesía «Colliure» entre 1961 y 1966, así como su labor como director literario de Península y de Edicions 62 desde 1964, son algunas de las labores editoriales que harán de él un destacado mediador cultural (Salas Romo, 2003:165–169). Además, participó, entre otros, como jurado del Premio Boscán de poesía desde 1949, otorgado por el Instituto de Cultura Hispánica; de 1956 a 1976, del Lletra d'Or; y durante algún tiempo del Premi Ciutat de Barcelona de novela (109).

Castellet llegó a publicar una veintena de artículos para las dos primeras revistas con las que colaboró: *Estilo* (1944–1957), de la que fue redactor en jefe, y *Quadrante*. En diciembre de 1949 publicó en *Estilo* una reseña sobre *Le deuxième sexe* de Simone de Beauvoir en la que se leía: «Hoy, ahora, finalizando el año 1949, la mujer está apartada totalmente de la vida pública española como lo está de su vida intelectual y cultural. ¿Las causas? Es difícil averiguarlas, y una vez conocidas es posible que sea mejor callarlas» (Castellet, 1949:9). Si bien podemos dudar del desconocimiento de las causas aludidas no cabe hacerlo en relación con la conveniencia de guardar silencio al respecto, pues la sola publicación de ese texto estuvo a punto de suponer el cierre de la revista y le acarreó al autor, además de amenazas de expulsión de la universidad, la prohibición de seguir escribiendo en ella.

Un episodio como este muestra ya algunos de los límites de la publicidad impresa y de la libertad de expresión, relativos, como se ve, no solo a lo político, sino también a la propia esfera cultural en la España del momento. Así se referiría muchos años más tarde Castellet a dicho incidente: «Desde aquellos momentos vivía ya en una cierta inquietud inconformista sin que tuviese ideas políticas claras. Esta posición se mantuvo en mí durante mucho tiempo y quiero subrayarlo porque mi politización fue bastante tardía». Castellet recuerda que su «punto de vista moderadamente inconformista», «más que promovido por cuestiones políticas estrictas era promovido por mi conciencia de la opresión cultural» (Castellet en Marsal, 1979:86).

Los artículos que Castellet escribió para *Estilo*, de muy poca divulgación e impacto, le sirvieron, sin embargo y según su propio testimonio, como banco de pruebas para empezar a pensar y a cobrar conciencia de los límites de la situación cultural del país (Salas Romo, 2003:25). Más tarde pasó a escribir para *Laye*, revista ligada a miembros del SEU y del Frente de Juventudes de Barcelona surgida en marzo de 1950 y desaparecida en 1954 después de veinticuatro números. Propulsada por iniciativa de Eugenio Fuentes Martín, delegado de Educación en Barcelona, por Francisco Farreras y por Pedro Gómez de Santamaría, aparece como boletín cultural del Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y Ciencias de Cataluña y Baleares. Era así una revista oficial, editada por la Delegación Nacional del Movimiento y, por ese motivo, no estaba sometida a censura previa (27). *Laye*, cercana al falangismo, se oponía en aquel momento —en un diferendo interno al franquismo— a *Arbor*, ligada al CSIC y al Opus Dei. Como ha afirmado Salas Romo, «*Laye* tuvo (...) una clara evolución hacia la crítica sociológica de la literatura que va a desembocar en una obsesión y defensa de la literatura *engagée*, de la literatura llamada “social” y en una preocupación e interés por la filosofía marxista» (33), proceso en el que Castellet, que publicará veinticin-

co artículos en la revista, jugará un papel fundamental. Sin embargo, a tenor de las publicaciones de algunos de sus miembros, el Ministerio de Información y Turismo acabará por decretar el paso de la revista por censura, ante lo cual el consejo de redacción decidirá cerrarla, publicando en su último número, el 24, a modo de protesta, el siguiente verso de Garcilaso de la Vega: «Sufriendo aquello que decir no puedo» (34).

En ese contexto, el compromiso de Castellet será antes cultural que político, y pasará por la lectura de Sartre, al que descubrirá en el sanatorio de Puig d'Olena (Barcelona), donde pasó casi un año tras ser diagnosticado, en mayo de 1950, de tuberculosis (Broch, 2001:134). Ahí leyó por vez primera *Qué es la literatura* (1947):

Jo tenia, aleshores, vint-i-quatre anys. Cap llibre de teoria literària no m'havia colpit com aquest. Vaig esdevenir, de la nit al dia, un sartreà convençut. El que Sartre deia en aquest llibre corresponia exactament al que em convenia de llegir a l'Espanya franquista d'aquells anys; em donava el que necessitava, sense saber-ho amb precisió. Era el que em calia per tal de muntar la petita trinxera de la resistència personal. (en Salas Romo, 2003:84)

De las colaboraciones de Castellet en *Laye* surgió *Notas sobre literatura contemporánea* (Laye, 1955), un libro —posible en gran medida gracias a una beca que le permitió viajar a Francia en 1953— en que el autor defiende, en términos sartreanos, el compromiso en literatura, y que fue secuestrado por las autoridades a los tres meses de su publicación. En aquel momento, Castellet ya se declaraba sartreano, pero había leído poco al filósofo francés, ya que era muy difícil encontrar sus libros en España. Será en París, pues, donde el crítico se hará con la obra de Sartre y se politicará efectivamente —pues, hasta entonces, su militancia (que no por ello dejaba de ser igualmente problemática en la España de esos años) había sido meramente cultural—. Así narraría el autor retrospectivamente su «ruptura» de 1953, asociándola al establecimiento de «contactos internacionales»:

El año 1953, precisamente, me dieron una beca. Había sido convocada por la Delegación Nacional de Educación y creada por Ruiz Giménez para escritores jóvenes. Entonces sí que podemos hablar claramente de ruptura. El descubrimiento de Francia y de Inglaterra me hizo volver completamente cambiado. Recuerdo que al volver di unas charlas en colegios mayores de Barcelona y Madrid en las que ya expresaba una ruptura absoluta, hasta el punto de que hubo incidentes. Los directivos de un colegio mayor donde di la conferencia se quedaron muy cabreados y dejaron de saludarme. Pasé entonces a ser consi-

derado un descarado antifranquista. Por tanto, si me he de fijar en el momento de una ruptura clara (la ruptura gradual se había ido produciendo poco a poco) es al final de 1953 y a principios de 1954, que es cuando hice el viaje a Francia e Inglaterra a que me he referido.

Fueron pues en definitiva los contactos internacionales los que precipitaron la ruptura. (Castellet en Marsal, 1979:88–89)

Castellet insistía, por lo demás, en que su compromiso fue, hasta 1953, cultural y no político:

Recuerdo (...) que mis actitudes eran básicamente intelectuales y que lo eran en protesta contra no solamente la existencia de la censura, sino por el peso de la opresión religiosa, de la represión cultural y social generalizada; por otra parte, la falta de unos ideales políticos determinados se traducía en que mis manifestaciones no eran nunca directamente políticas, sino que eran siempre a través de motivaciones culturales.

El proceso de politización vino (...) después del viaje que hice en diciembre de 1953. Entonces sí que se abre un proceso de concienciación política (...) que representaba un paso hacia la izquierda y hacia un marxismo carente de conocimientos teóricos. (91)

Se lee en un texto de 1990, en una nueva versión del mismo relato:

Cuando llegué a París —a finales de 1953, con una flamante beca para escritores jóvenes— yo era un sartriano convencido, a pesar de que mis lecturas de Sartre habían sido escasas a causa de la dificultad de encontrar en España sus libros y, aun, en las reboticas de unas pocas librerías progres. Uno se convierte a lo que está predispuesto. Yo había leído ya *Situations II* y, ¿qué mejor regalo para un joven literato antifranquista e izquierdoso que aquel volumen que ofrecía nada menos que la «Presentación de Temps modernes» y «¿Qué es la literatura?». Maná caído del cielo o cosquilleo intelectual venido de las llamas del averno: lo que ustedes quieran... (...). Había, pues, que escoger, primero y comprometerse, luego, con la opción adoptada. Así fue de simple mi adscripción a un cierto sartrianismo al que fui fiel durante muchos años —una quincena, quizás— y del cual se encuentran algunas referencias en mis libros, especialmente, claro está, en *La hora del lector*. (Castellet, 1990:2)

Cabe señalar una ligera contradicción en el cuento (Gerbaudo, 2017, 2018) que aparece en este fragmento, en el que afirma que llegó a París como «joven literato antifranquista e izquierdoso», y el anterior, más vero-

símil, en el que reconoce que su politización no fue en ningún caso anterior a ese viaje, pero en ambos casos se constata que el existencialismo francés fue la vía que encontró Castellet para conectar sus inquietudes personales y culturales con la política.

2.3.4.1.1.1. Lecturas heterocrónicas de Sartre y Robbe-Grillet

La publicación de *La hora del lector. Notas para una iniciación a la literatura narrativa de nuestros días* (Seix Barral —«Biblioteca Breve»—, 1957)⁶¹ supone un paso más en la defensa de la línea sartreana al incorporar tres elementos fundamentales: la importancia del lector, tal como aparece ya en el título;⁶² el papel fundamental de la técnica literaria, que Castellet extrae del primer libro de *Situations* de Sartre, anterior a su compromiso literario;⁶³ y la defensa de una literatura objetiva que quedaría plasmada en *El Jarama* (1956) de Rafael Sánchez Ferlosio, pero cuyo modelo es en verdad, para Castellet, Robbe-Grillet.

Llama la atención, en ese sentido, la amalgama de tres filiaciones teóricas, tres diferentes temporalidades en la lectura ecléctica de Castellet. En primer lugar, el rescate de un Sartre fenomenológico que piensa la contingencia, anterior a su período de *engagement*. Ese Sartre que todavía no se ha abierto a la dimensión colectiva de la Historia piensa la técnica con relación a una metafísica y reivindica el «espíritu» de la obra de Kafka y la técnica literaria de Faulkner y Dos Passos (Sartre, 1947:7–24 y 65–75).

61 La traducción italiana de 1962, en Einaudi, lleva el subtítulo de *Il manifesto letterario della giovane generazione spagnola*. La edición catalana aparece en 1987 en Edicions 62, seguido de *Poesía, realisme, història*.

62 «No hay obra de arte literaria acabada sin que haya existido antes la recepción de la obra por el lector. El arte literario será entonces una operación realizada por dos sujetos polarizados alrededor de un objeto, en nuestro caso la novela. Así, pues, el arte literario ya no será solo un simple acto creador del escritor, sino ante todo una doble operación que se realizará según el siguiente esquema: el escritor crea para el lector una obra que este acepta como una propia tarea a realizar. Concretamente, en el caso de la novela, el autor revelará un mundo que el lector se comprometerá a poblar activamente, poniendo de su parte todo aquello que el autor ha omitido u olvidado» (Castellet, 1957:51).

63 «Escribir hoy representa un esfuerzo incommensurablemente superior al del escritor del siglo pasado. Al escritor actual no le basta con poseer una gramática suficiente y otra tanta imaginación creadora. A ellos ha de añadir un conocimiento histórico y técnico de la novela que los escritores de anteriores generaciones no precisaban. Escribir una novela consiste, hoy, en resolver un intrincado problema estético» (Castellet, 1957:57). La «oscuridad expresiva» («consecuencia directa de la pérdida de su punto de vista absoluto, divino») y la «complejidad narrativa» (59) son consecuencias de ello.

Esa preocupación por la técnica quedará en un segundo plano en la obra de Sartre desde 1939, cuando introduzca su teoría del compromiso a través de la distinción entre la prosa y la poesía como modalidades del lenguaje y presente a los poetas como unos irresponsables para, precisamente, defender el compromiso de la prosa (Hidalgo Nácher, 2013:227–264). Esta es la segunda veta del discurso de Castellet del momento: *l'engagement*. El escritor sabe lo que quiere decir y busca el mejor modo de transmitirlo (así es como se expresa, comunica y revela la realidad para transformarla).⁶⁴ Cabe señalar, por lo demás, que esta etapa llega hasta 1952, momento en el que Sartre empieza a desconfiar de los poderes del compromiso literario para comenzar a pensar la literatura como una actividad privada ligada a una neurosis pequeño–burguesa, tal como sostendrá en 1972:

Bien que j'aie toujours contesté la bourgeoisie, mes œuvres s'adressent à elle, dans son langage, et —au moins dans les plus anciennes— on y trouverait des éléments élitistes. Je me suis attaché, depuis dix-sept ans, à un ouvrage sur Flaubert qui ne saurait intéresser les ouvriers car il est écrit dans un style compliqué et certainement bourgeois. Aussi les deux premiers tomes de cet ouvrage ont été achetés et lus par des bourgeois réformistes, professeurs, étudiants, etc. Ce livre qui n'est pas écrit par le peuple ni pour lui résulte des réflexions faites par un philosophe bourgeois pendant une grande partie de sa vie. J'y suis lié. Deux tomes ont paru, le troisième est sous presse, je prépare le quatrième. J'y suis lié, cela veut dire: j'ai soixante-sept ans, j'y travaille depuis l'âge de 50 ans et j'y rêvais auparavant. Or, justement, cet ouvrage (en admettant qu'il apporte quelque chose) représente, dans sa nature même, une frustration du peuple. C'est lui qui me rattache aux lecteurs bourgeois. Par lui, je suis encore bourgeois et le demeurerai tant que je ne l'aurai pas achevé. Il existe donc une contradiction très particulière en moi: j'écris encore des livres pour la bourgeoisie et je me sens solidaire des travailleurs qui veulent la renverser. (Sartre, 1972:61–62)

En tercer lugar, junto a esos dos Sartres (el de la contingencia y el del compromiso) el crítico reivindica a un Robbe-Grillet que ya ha publicado *Les gommes* (1953) y *Le voyeur* (1955) pero aún no *Pour un nouveau roman* (1963), una recopilación de sus reflexiones literarias que elabora, precisamente, contra la literatura del absurdo y la del compromiso, es decir, contra las dos modalidades del humanismo existencial. El artículo «De la objetividad al objeto. A propósito de las novelas de Alain Robbe-Grillet», publica-

64 «Su trabajo de escritor se orienta a un objetivo que él conoce y quiere. Este objetivo es revelar unos hechos y proponérselos al destinatario de su obra —lector— para que este los conozca, primero, y se los apropie para trabajar con ellos después» (Castellet, 1957:60).

do en *Papeles de Son Armadans* (nº xv, junio de 1957), señala la nueva centralidad de Robbe-Grillet, leído en parte por la mediación de Barthes, en el pensamiento del crítico catalán.⁶⁵ Es así como en Castellet, contra la ahistoricidad de la literatura y contra una concepción autoritaria de la lectura, podían darse la mano esas tres dimensiones que en el campo francés eran, efectivamente, contradictorias.

2.3.4.1.1.2. Por un realismo poético

El pensamiento crítico de Castellet evoluciona, sin embargo, rápidamente, y desde finales de los años cincuenta centra sus intereses en la poesía. *Veinte años de poesía española (1939–1959)* (Seix Barral, 1960) —reditada y actualizada como *Un cuarto de siglo de poesía española (1939–1964)* por la misma editorial en 1965— marca ese giro. Publicada en la colección «Biblioteca Breve», la selección de los poemas fue decidida por Castellet, Gil de Biedma, Barral y José Agustín Goytisolo (Salas Romo, 2003:179–180). Antonio Machado —cuya tumba visitaron los antólogos en 1959— es su figura tutelar. En su «Justificación» Castellet, frente a una «concepción estática de la literatura» —que bien puede emparentarse, a grandes rasgos, con el nacional-catolicismo y la estilística dominantes—, proponía, «una concepción dinámica, histórica de la literatura y el arte» tal como, según él mismo decía, era común «desde hace más de dos siglos» (1960a:13):

Hoy, no es posible ya intentar seriamente un estudio crítico filosófico, literario o artístico, si no es partiendo de una base histórica, construyendo la interpretación de los fenómenos culturales sobre un análisis de los hechos sociales, económicos y políticos que han rodeado, determinándola, la gestación de la obra. Hasta tal punto se ha hecho habitual en nuestros días la interpretación histórica de la literatura y el arte que se puede afirmar, con Lucien Goldmann, que «nadie se sorprende hoy de encontrar un análisis de la vida económica en un estudio sobre filosofía, literatura o arte». (14)

A nivel epistemológico se trataba, por lo tanto, de hacer remontar la literatura a sus condicionamientos sociales;⁶⁶ a nivel estético, de reivindicar el realismo como forma por excelencia de la poesía. Lo que solo podía conse-

65 Cabe señalar que se conserva una separata de dicho artículo en la Biblioteca de Catalunya con correcciones manuscritas presumiblemente de la mano del propio autor.

66 «Se trataría, en definitiva, de concebir la literatura como una estructura significativa comprensible a través del análisis de las relaciones constitutivas entre los elementos que la componen y como elemento constitutivo de otras estructuras más vastas que la abarcan y la integran (Goldmann)» (Castellet, 1965:14–15).

uirse, según la perspectiva adoptada, a través de un relato histórico que justificara su preeminencia sobre el simbolismo (que será el gran Otro, la sombra de la antología).

En *Poesia, realisme, història* (Edicions 62, 1965), obra ligada a las ideas expuestas en *Veinte años de poesía española (1939-1959)* (1960) y en *Poesia catalana del segle XX* (con Joaquim Molas, Edicions 62, 1963), Castellet propondrá un canon poético centrado en el realismo. Según dicho relato, «l'èxit positiu del simbolisme i el seu monopoli poètic durant el període que s'escola de 1870 a 1930 han produït —a causa de la seva durada— una entrebancadora confusió en allò que concerneix el mateix concepte de poesia» (1987b:184). El realismo, sin embargo, supondría la opción adecuada para superar el aislamiento del poeta y reconectarlo con el público. Como afirmaba Castellet, y frente al idealismo de la estilística que ahí se emparentaba implícitamente con el simbolismo, se trataría «d'una poesia que, en lloc de concentrar l'atenció damunt la subjectivitat o de presentar-se com una emanació més o menys espontània d'aquesta subjectivitat, tendeixi cap a la coneixença i l'experiència artística d'una realitat objectiva independent de nosaltres» (188). Cercano a las reflexiones luckacsianas en este punto y citando a Goldmann en su argumentación, Castellet entendía que el simbolismo y los movimientos de vanguardia que lo atravesaban desembocaban en una primacía de la subjetividad que no daría cuenta de la objetividad social, sino simplemente de su efecto subjetivo:

L'autenticitat subjectiva fou sobrevalorada pel moviment romàntic (...) i va donar pas a la deshumanització i a l'irrealisme del moviment simbolista (...). La subjectivitat exasperada del surrealisme —*automatisme psíquic pur*— va ésser la fi d'una època que amb ell exhaurí tots els extremismes estètics de la subjectivitat. Per això, la poesia va haver de tornar a les velles deus [sic] de l'objectivitat per a renovar-se, per a reviure, per a descobrir de nou el sentit, l'autèntica funció creadora de la poesia. (189)

Como se ve en la cita, Castellet retrotraía esa genealogía hasta el romanticismo —construyendo una cadena que va del romanticismo al simbolismo y de este al surrealismo— y absolutizaba el criterio comunicativo de la prosa sartreana y el cognoscitivo de la novela lukacsiana para aplicarlos a la poesía. Así es como el crítico trazaba un eje temporal en el que se disponía un pasado y un futuro para la poesía actual de 1965, la cual bascularía así entre un «realismo épico» y un «realismo narrativo de tono menor», sin por ello haber podido «encara deslliurar-se d'alguns residus formals del llegat del simbolisme» (203).

2.3.4.1.1.3. *De Poesia, realisme, història* (1965) a *Nueve novísimos poetas españoles* (1970)

Es significativo que Castellet publique *Poesia, realisme, història* en 1965, un año de transición en el que aparecen los primeros destellos de lo que será la explosión de la renovación teórica y en el que dicha propuesta pasará a ser descartada por el propio autor prácticamente de modo automático. Cabe detenerse, en ese sentido, en la publicación, ese mismo año, de *Un cuarto de siglo de poesía española (1939–1964)*, reedición aumentada del libro de 1960 en la que ya desaparecía la frase final del prólogo, en que se lee: «A él [al lector] concierne, ahora (...) tratar de comprender esa evolución, que a nosotros nos parece evidente y que va desde los residuos de la tradición simbolista, en la poesía de veinte años atrás, hasta la actitud realista de la poesía de hoy» (Castellet, 1960b:105).

En ese contexto, Castellet, atento a las novedades teóricas y literarias, abandonará el existencialismo y el compromiso literario para interesarse por la teoría crítica de Marcuse (*Lectura de Marcuse* se publicará paralelamente en catalán y en castellano en 1969 en Edicions 62 y Seix Barral) y, más en general, por las nuevas tendencias teóricas del momento. Como ha afirmado el propio Castellet, «entre 1965 i 1967, em vaig dedicar més a llegir que a escriure» (1987a:65), dando un giro radical a su orientación: «El año 1968 fue para mí particularmente revelador en el terreno de la política —y en otros más o menos conexos» (1988:141). Su libro de 1969 sobre Marcuse puede entenderse como el resultado de ese viraje. En él el crítico encontraba la idea de que «el arte será subversivo o no será» (1969:125), frase en la que, como ha visto Túa Blesa, «se sintetizan en una visión única y última los dos campos de especulación y vitales de Castellet: la política y la estética» (Blesa, 2001:119), dos campos que Castellet pensará siempre conjuntamente, y a partir de la segunda mitad de los sesenta desde las bases de un pensamiento estético no instrumental.

En su reedición conjunta en catalán de 1987 de *L'hora del lector* y de *Poesia, realisme, història* el crítico catalán se distanciará explícitamente de sus propios libros. El primero, afirma ahí, «va ser escrit amb una candorositat —com diria Josep Pla— absoluta» y «pasar-ho al català era incorporar a la tradició indígena una curiositat d'època». Respecto al segundo, que se publicó en catalán en su momento y no en castellano, comentaría:

Tenia ja compromesa la versió castellana quan em va semblar que tornar a parlar de *realisme històric* en el moment de la davallada d'aquest no tenia gaire sentit. Així que vaig deixar correr l'edició castellana i quan el llibre es va exhaurir en

català, no vaig pensar en reeditar-lo. Ara ja han passat més de vint anys: si és que a algú li pot interessar podrà fullejar-lo, també com a curiositat d'un moment determinat de la crítica literària del país. (Castellet, 1987c:15–16)

Se trataba, pues, de un libro publicado en un momento ya residual de dichas teorías. Las perspectivas emergentes en ese nuevo contexto, ligadas al estructuralismo y a la cultura de masas, pasaban así a un primer plano, tal como se aprecia en el libro sobre Espriu que publicaría en 1971 (*Iniciació a la poesia de Salvador Espriu*, Edicions 62; *Iniciación a la poesía de Salvador Espriu*, Taurus), ya claramente estructuralista. El crítico, que arrancaba su «Justificació» con una cita de Barthes, presentaba su libro «com una temptativa necessària d'explicació al lector de determinats plantejaments de la crítica moderna» y, a través de ella, como un «intent de superar el marc metodològic» (Castellet, 1971:9) en el que su autor se había movido hasta el momento. El crítico citaba en el segundo párrafo de su texto un fragmento de «¿Qué es la crítica?» de Barthes —también citaría «L'activité structurale», ambos de *Essais critiques* (Seuil, 1964, traducido para Seix Barral por Carlos Puyol en 1967)— en el que se afirmaba que la crítica «ha d'incloure en la seva exposició (...) un discurs implícit sobre si mateixa» y que «tota crítica és crítica de l'obra i crítica d'ella mateixa» (9). Esta reflexividad de la crítica —que problematizaba el propio acto crítico— sería una de las aportaciones más valiosas de Barthes y del estructuralismo en este período. El autor no dejaba de recordar «les limitacions» que la crítica «ha tingut sempre entre nosaltres» (10); y, tras hacerlo, afirmaba que su lectura se apoyaba en Lévi-Strauss y el resto de autores citados en el prólogo. En ambos casos se dirigía la atención hacia una misma problemática: la inteligibilidad de la obra («no cal dir que aquesta “intel·ligibilitat general” era allò que ens temptava, davant el descobriment de la nostra incomprendió básica —estructural— de la poesia espriuana» —16—). Parafraseando las ideas de Barthes, afirmaba: «Es tractaria, en definitiva, d'establir les bases metodològiques d'una crítica que procedís d'igual manera que la literatura de creació, és a dir, actuant com una mimesi fundada no pas sobre l'analogia de les substàncies (com en l'anomenat art realista), sinó sobre la de les funcions, la dels sistemes o la de les estructures, segons com es vulgui anomenar» (17).

Por lo demás, y atendiendo a su antología poética de 1970, conviene situar *Nueve novísimos poetas españoles*, volumen inspirado en *I novissimi. Poesie per gli anni '60* (1961, editorial Rusconi e Paolazzi; reeditado en 1965 por Einaudi, en la serie de antologías protagonizadas por Castellet —Benéitez—). Tanto *Veinte años de poesía española (1939–1959)* como *Veinticinco años de poesía española* apuntaban al realismo histórico como horizonte de la nueva

poesía española. La nueva antología suponía no solo una crítica a dicha concepción, sino —a través de la repetición del mismo procedimiento— una ruptura radical respecto a la misma. Así presentaba Castellet a los poetas novísimos: «Más que en contra, de espaldas a sus mayores. Y ahí residía no la polémica, sino la ruptura» (2011:25), a través de la cual afirmaba una «dinámica vanguardista en las estancadas aguas de la cultura española» (36). Esa «ruptura del realismo retórico y moralista tradicional» que se daba, en palabras de Miguel Casado, en la antología, «se producía en el único ámbito en que una *ruptura poética* puede producirse: en el seno del trabajo lingüístico» (2005e:130–131). Aunque volveremos sobre esta cuestión más adelante, cabe señalar que esa ruptura suponía en el panorama de la poesía española de la época —sobre el que, poco años antes, Octavio Paz había emitido un juicio lapidario (1999:21–24)— una nueva conciencia lingüística al tiempo que una apertura a la lógica de las vanguardias, las cuales hacían comunicar los diversos campos de lo social, y del mercado (ver apartado 2.3.4.3).

Para legitimar la nueva poesía, el antólogo citaba a Susan Sontag (*Contra la interpretación*), Roland Barthes (*Mitologías*) y Umberto Eco. Y no solo eso, sino que el gesto de apropiación llegaba hasta el punto de que algún fragmento del texto de Castellet estaba calcado casi literalmente del texto de Barthes, que había sido publicado por Barral en esos años. Es lo que ocurre cuando Castellet afirma que los jóvenes «reclaman un derecho inalienable: el de vivir en libertad y sentimentalmente las contradicciones de su tiempo histórico, las cuales pueden hacer de un sarcasmo la condición de su verdad» (Castellet, 2011:32), frase que es una traducción o reescritura del final del prólogo de las *Mitologías* de Barthes, un texto de 1957 en que se lee: «Je réclame de vivre pleinement la contradiction de mon temps, qui peut faire d'un sarcasme la condition de la vérité» (1957:676).

Como señala Juan José Lanz, a partir de todo ello

Castellet podría extraer un ensamblaje teórico que le permitía superar el realismo histórico de base marxista sobre el que había construido su antología poética de 1960, reeditada en 1964, adoptando ahora una perspectiva estructuralista, formal y semiótica, que integraba tanto una interpretación social y cultural de la influencia de los mass-media como la aparente desideologización de algunos de los modelos culturales triunfantes, entre los que se contaba la estética camp. (2011:164)

La polémica que suscitó esta antología ha sido ampliamente estudiada. Túa Blesa se ha referido al «juicio sumarísimo» (2001:107) con el que se pretendió condenar a la antología y, particularmente, al antólogo, acusado de «traidor» (III; ver también Blesa 2013). Ahora bien, como se lee en el mismo artículo,

en su quehacer no hubo traición, no hubo deserción ante la realidad, (...) no hubo abandono de las posiciones de izquierda, sino todo lo contrario, actualización del pensamiento y atisbos de lo que era revolucionario «en el sentido más genuino de la palabra», lo que se trasladaría a su tarea de crítica literaria presentando a unos poetas, cuya escritura liberada de cargas y represiones encarnaba el proyecto de destrucción de la lengua literaria heredada, de la tradición y de la falsa realidad: «Hem de fer foc nou», ¡todo al fuego! Muerte y regeneración. En tal programa está lo esencial de la poética novísima. (122)

Ese *fuego nuevo* abría un nuevo tiempo: un tiempo de destrucción.

2.3.4.1.1.4. Tiempo de destrucción

La destrucción de los viejos mitos debe partir del análisis y denuncia del lenguaje. Solo se puede violar el orden moral impuesto por las clases dominantes, violando su canon literario, sacrificado.

José María Castellet

Así se titula, justamente, un artículo de Castellet, «Tiempo de destrucción para la literatura española» (1968), que da cuenta de la evolución que desembocará en la afirmación de la poética de los novísimos. En este caso, ocupándose de la prosa, pasaba a reivindicar la nueva narrativa española aunque —como tantos otros— el artículo, publicado en *Siempre* (Méjico) el 29 de mayo de 1968, difícilmente podría ser leído en España hasta su recopilación en el volumen de 1976. Ahí Castellet parte de la respuesta que dio Luis Martín-Santos a una encuesta poco antes de su muerte en enero de 1964. «Por el momento mi obra tiene un sentido claramente destructivo», escribía Martín-Santos: «Espero que en el futuro y por cierto tiempo, siga siendo destructiva. Prácticamente, en nuestra realidad espiritual española, está todo por destruir» (Castellet, 1976c:135). Castellet asociaba esa destrucción con la empresa novelística de Goytisolo (de quien se había publicado una entrevisa bajo el título de «Destrucción de la España sagrada», el mismo que Martín-Santos había proyectado para la trilogía que abría con *Tiempo de silencio*) y con un verso de Cernuda que era el título original de *Señas de identidad* («Mejor la destrucción, el fuego»), y recordaba que «uno de los títulos que Martín-Santos tenía previstos para la novela que su muerte dejó inacabada era: *Tiempo de destrucción*» (135–136). De ese modo, Castellet colocaba la literatura española contemporánea bajo el signo de la destrucción.

Una destrucción que se afirmaba como respuesta al «desierto cultural de la España de la posguerra» (136) y que pasaba por una autocrítica a «los buenos

propósitos y las mejores intenciones» de una generación que pretendió «buscar toda una literatura —bajo capa de *realismo*— en los tradicionales buenos sentimientos de una izquierda tan inconformista como ingenua» (141). Se trataba, pues, de quitarse de encima los efectos de un «difuso marxismo» que provocó la adhesión «a los principios de la estética del realismo, como un reflejo, esencialmente, de las teorías de Brecht y de Lukács» y que, acompañado de un decidido «voluntarismo político», «convertía a la literatura en un instrumento de substitución de lo que no existía: una vida política consciente, de combate, de lucha civil eficaz contra el Régimen» (141).⁶⁷

A comienzos de los sesenta se habría puesto en evidencia, según Castellet, «la extrema fragilidad ideológica de la izquierda intelectual española» (142) al tiempo que se iniciaba la renovación de dicho pensamiento. En la genealogía de la renovación novelesca, Castellet partía de Rafael Sánchez Ferlosio (con *Andanzas y desventuras de Alfanhuí*, 1951, y *El Jarama*, 1956), y de *Tiempo de silencio* (1962) de Luis Martín-Santos, constituyendo este último «el esfuerzo más notable —y más eficaz— para desmitificar el mundo de la posguerra española, tanto desde un planteamiento temático, como desde un intento de renovación del lenguaje» (145). A ellos seguía Juan Goytisolo, quien ponía en práctica en su escritura una triple crítica a la lengua, a la tradición cultural y a la realidad política y social españolas (152). El artículo concluía con una nueva propuesta, que contrastaba con su anterior defensa del realismo:

En este programa hay una misión específica para los escritores: hay que destruir y aventar, definitivamente, el cadáver de la lengua, los despojos de la tradición y el fantasma de la falsa realidad del país. Hay que acabar de derruir y hay que limpiar los escombros del derribo. «Hem de fer foc nou», decimos en Catalunya. Un «fuego nuevo» que nos alumbe y nos reforzante a todos.⁶⁸ (156)

67 Germán Labrador se ha referido a esa misma cuestión en *Culpables por la literatura*: «Las nuevas formas de representación rompían, al mismo tiempo, con la concepción de la cultura propia de la izquierda antifranquista (la del *arte comprometido*) y con la “poética oficial” del franquismo, en tanto que representantes de un nuevo estilo. De los tachados de Ullán (1975, 1976) a los *versi-culos* de Irigoyen (1982); de las coplas brechtianas de Massiel (1972), dedicadas “a los hombres futuros”, o de Vázquez Montalbán, para la cantante Guillermina Motta (1973), a los ritmos *logofágicos* de Leopoldo María Panero (1973), lo que hacen, o se proponen hacer, estos poetas cae fuera de los límites del orden establecido. Sus formas están lejos de los códigos propios del franquismo. No pueden ser traducidos desde su poética, que los desborda a través de toda suerte de estrategias deconstrutivas» (2017:272).

68 Para el estudio de este texto me he valido de los análisis de Túa Blesa (2001).

Además de dedicar un artículo a Lukács (1976a, un texto publicado originalmente en 1967), en «Recuerdo de Elio Vittorini y de Lucien Goldmann: la creación literaria en la sociedad industrial» Castellet mostraba, glosando a Goldmann, cómo «la preocupación esencial de la literatura llega a ser, entonces, la misma literatura o, mejor aún, el lenguaje, que es su “materia prima”» (1975:33). Castellet prologaría, por lo demás, *Don Julian*, la traducción francesa del libro de Juan Goytisolo publicada en 1971 en Gallimard, donde plantearía cómo ese libro suponía una crítica no solo a la historia de España sino también a su lenguaje:

Siempre a lo largo de una profunda meditación sobre su historia y sobre su lengua, Goytisolo se une a la búsqueda metódica y formal de los escritores contemporáneos para forzar, para violar las viejas estructuras lingüísticas que no solo son reflejo de un mundo acabado, sino también obstáculo primero para la imposición de una verdadera semántica revolucionaria. (1976b:89)

Esta problemática lingüística y el modo de formularla eran nuevos en el campo español. Y, de hecho, para leer a Goytisolo recurría —además de a Carlos Fuentes— a la crítica de la transparencia del lenguaje de Todorov y a la intertextualidad de Julia Kristeva, citando también a Philippe Sollers, haciendo así posible pensar el *collage* que configura la novela. Continuaba Castellet:

La tentativa de Goytisolo consiste, en definitiva, en denunciar los cambios aparentes de las cosas, reduciéndolas a una problemática de lenguaje y demostrándonos que, del falangista José Antonio al socialista Blas de Otero o, si se quiere, de Unamuno a Machado, todos escriben igual, es decir, que aunque no quieran decir las mismas cosas, la entraña del lenguaje les obliga a una complicada retórica para evitar acabar por decir lo mismo: la lengua que emplean y que imponen como *koiné* es el monopolio y la característica de la espiritualidad cristiana vieja que ha impregnado la historia de España desde hace doce siglos. La destrucción de los viejos mitos debe partir del análisis y denuncia del lenguaje. Solo se puede violar el orden moral impuesto por las clases dominantes, violando su canon literario, sacrificado. (94–95)

Aquí se aprecia de manera brutal la autocrítica. La forma del lenguaje de franquistas y antifranquistas estaría cortada por un mismo patrón y se hacía necesario, pues, llevar a cabo un ejercicio arqueológico, un trabajo de anamnesis para arrancar esa raíz oculta a través de un trabajo de escritura que liberara a la izquierda de la tiranía de su «superyó» (Alemán y Cano 2016:16). La

conclusión de Castellet redundaba en el carácter inasimilable de la propuesta de Goytisolo como anuncio de una novedad radical:

Juan Goytisolo, con *Reivindicación del conde don Julián*, se convierte en el gran escritor *maldito* de la España de nuestros días. Después de este libro, un gran silencio, desde la derecha hasta la izquierda, se abatirá sobre él. Si su anterior novela *Señas de identidad* había motivado infinitad de irritaciones, la presente no puede provocar más que silencio: un silencio momentáneo, mientras germinan las ideas de destrucción y «traición» que contiene. (Castellet, 1976b:95)

Un fuego nuevo. Un tiempo de destrucción. Una escritura como ruptura y traición que anunciaba un porvenir. Merece la pena pues, y llegados a este punto, volver sobre la trayectoria de Goytisolo para ver en qué punto converge con la de Castellet y cómo, a partir de él y de algunos otros escritores, se abrió un nuevo espacio, aunque excéntrico, vinculante para la literatura española.

2.3.4.2. Juan Goytisolo: traición, exilio y literatura

El caso de Juan Goytisolo (Barcelona, 1931 – Marrakech, 2017) da cuenta de una transformación en la concepción de la escritura y del compromiso literario ligada a la incorporación de unas formas de la crítica y unas corrientes literarias que, sin embargo, no dejarán de ocupar una posición periférica en España. Goytisolo, como es común en este tipo de escritores, será reconocido antes en el extranjero que en su propio país. Así, en 1985 recibirá el premio Europaía, en 1993 el Nelly Sachs, en 2002 el de Ensayo y Poesía Octavio Paz, en 2004 el Juan Rulfo y solo en 2014, apenas tres años antes de su muerte, será galardonado tardíamente, en su propio país, con el Premio Cervantes.

Su recorrido parte de una literatura comprometida y desemboca en un compromiso con la literatura. En ese proceso, en que se produce un giro fundamental en 1965, se transforma el modo en que la literatura da a pensar las relaciones entre lenguaje, historia y subjetividad. Su trayectoria es, en este sentido, paralela a la de Castellet, si bien puede afirmarse, por lo que se verá, que la apuesta de Goytisolo es más sólida en sus presupuestos y más radical en sus implicaciones.

A finales de los cincuenta, tras leer a Marx, Lukács y Gramsci (Goytisolo, 2015:25), instalado en París y trabajando como asesor literario para Gallimard desde 1957, Goytisolo defendía una literatura realista y comprometida. El artículo «Para una Literatura Nacional Popular», publicado en *Ínsula* en enero de 1959 (nº 146) y en el nº 10 del *Boletín de Información. Unión de intelectuales*

españoles en México (1956–1961), es una muestra clara de sus ideas literarias de la época. Por entonces, el escritor barcelonés defendía, como se lee en el título referido, una estética nacional y popular (1959d).⁶⁹ Ahí el escritor denunciaba la colonización cultural y literaria de España desde el final de la Guerra Civil, y anunciaba que esta hegemonía de las literaturas extranjeras estaba tocando a su fin y abogaba, contra las teorías de «la deshumanización del arte» herederas de Ortega y Gasset —las cuales llevarían a «una literatura esteticista y egocéntrica, ajena por completo a la realidad contemporánea» (1959d:15)—, por «la formación de una literatura verdaderamente nacional» (14). «Salvo raras excepciones», escribía, «los jóvenes novelistas no han estado a la altura de su misión», lo que «impone una revisión total de nuestra idea de literatura. Para volver a ser universal, nuestra novela debe ser nacional y popular. Para reanudar su contacto con el público ha de esforzarse en reflejar la vida y problemática del hombre español contemporáneo, tal como hicieron, en su día, Baroja, Galdós y los grandes maestros de la novela picaresca» (15).

Guillermo de Torre publicaría su réplica en la misma *Ínsula* en mayo de ese mismo año (nº 150). En «Los puntos sobre algunas “íes” novelísticas (réplica a Juan Goytisolo)», De Torre presentaba el texto del escritor barcelonés como un «manifiesto». Ocurría, sin embargo, que Goytisolo y su generación, por mucho que se opusieran al franquismo, seguirían siendo víctimas de él:

Se resienten, fatalmente, de un lamentable hiato cultural originado por las consecuencias de la guerra de España. De ahí, por consiguiente, que la ruptura que marcan no desemboque precisamente en una inauguración, sino en todo lo contrario, en una vuelta atrás, o suponga, en un último término, una reanudación; en este caso, algo ya tan olvidado, a fuerza de consabido en nuestras letras, como el realismo. Sucecede, además, que estos jóvenes escritores adolecen en ocasiones —aunque sea involuntariamente— de cierta fatal amnesia, y movidos

69 En *Ínsula* el artículo iba acompañado del siguiente aviso: «La publicación de este artículo que nos envía el joven novelista Juan Goytisolo no significa que INSULA comparta ni suscriba las tesis y opiniones en él sustentadas. Si lo acogemos en nuestras páginas es porque tales opiniones, de las que en parte discrepamos —especialmente al hacer responsable a Ortega de una situación novelística— plantean unos problemas y revelan una actitud crítica que pueden y deben ser discutidos, pero no soslayados. / Nuestras páginas están abiertas al diálogo, porque cuando este se produce con honestidad y buena fe, es siempre fecundo. Esperamos que algunos de nuestros colaboradores habituales, estimulados por el aire polémico de este artículo, quiera comentar en estas mismas páginas las opiniones críticas de Juan Goytisolo y su defensa de una literatura nacional popular» (1959d:6). Como afirmaba en otro artículo, «olvidando que solo al nacionalizarse adquiere una literatura interés universal, los escritores se quieren universalizar, desnacionalizándose. La consecuencia —dificilmente habrá quien me contradiga— es un común denominador de vaciedad, amaneramiento, hermetismo y monotonía» (Goytisolo, 1958c:84).

por la saludable intención de descubrir tierras incógnitas, no pueden soslayar el tropiezo con mediterráneos archidescubiertos... (De Torre, 1959:1; 2013:278)

La atalaya del exilio le ofrecería así a De Torre una perspectiva que no tendrían los jóvenes escritores españoles. De Torre se permitía, además, recomendarle la lectura del *Discurso de la novela española contemporánea* (1945) de Max Aub, donde, afirmaba, «encontraría buen número de sus puntos de vista expuestos catorce años antes, pero sin arrogancia y con mejor buen humor» (De Torre, 1959:2; 2013:283).

Por otro lado, Goytisolo sería acusado por el periódico *Pueblo*, directamente vinculado al Sindicato Vertical, de promover en Gallimard únicamente la traducción de autores asociados a «la tramoya de la internacional marxista de las letras». Frente a ello, Goytisolo sostenía que las obras incriminadas por dicha publicación «no tienen ningún carácter político. Simplemente se limitan a describir la realidad. Si esta realidad desagrada al editorialista es asunto distinto. Los escritores les responderemos que nosotros no la hemos inventado». Su tesis era clara: la ausencia del principio liberal básico de la libertad de información obligaba a los escritores a realizar el trabajo que en un país libre llevaría a cabo la prensa. La novela española, para Goytisolo, no podía ser entonces experimental porque no se daban las condiciones sociales adecuadas para ello, lo que le autorizaba a afirmar que «en España, coger la pluma para escribir lo que se ve, es soñar todavía en voz alta» (1960:8).

El *Boletín* en el que Goytisolo publicó estas reflexiones fue, de hecho, una publicación exiliada que da cuenta de la concepción literaria mayoritaria del antifranquismo de la época. La revista, que supuso un viraje en las políticas del exilio al sumir que la lucha política no podía ya hacerse prescindiendo de las escrituras del interior, privilegiaba así para la poesía y la novela las vías del compromiso y la denuncia social. La mayoría de autores que participaron en ella compartía una misma convicción: la necesidad de una literatura realista que fuera vehículo de una crítica humanista. La publicación privilegió así, tanto para la poesía como para la novela, las vías del compromiso y la denuncia social mostrando, al mismo tiempo, un interés renovado por la producción del interior, gesto que ya se aprecia en el primer número, donde se reseñan *El extraño* de Leopoldo de Luis, *Pido la paz y la palabra* de Blas de Otero y *Cantos íberos* de Gabriel Celaya (Hidalgo Nácher, en prensa a).

Cabe destacar de esa publicación la promoción, desde su primer número, de los premios literarios Nueva España, cuya concesión, anunciada en el sexto número, supuso una inflexión definitiva en las ideas de los exiliados respecto a la literatura peninsular. El premio de poesía fue concedido a

Ángela Figuera Aymerich por *Belleza cruel*, el de novela a Victoriano Crémér por *Libro de Caín* y el de teatro fue declarado desierto. Esa concesión, y los prólogos que los presentan (firmados respectivamente por León Felipe y Max Aub, y reproducidos en el nº 8 de la revista), señalan un cambio de actitud de los exiliados respecto a la literatura peninsular. León Felipe había escrito en un célebre poema: «Hermano, tuya es la hacienda.../ la casa, el caballo y la pistola.../ Mía es la voz antigua de la tierra». En él, retomando la oposición entre fuerza y razón, entre poder y poesía, terminaba affirmando: «Y ¿cómo vas a recoger el trigo/ y a alimentar el fuego/ si yo me llevo la canción?». En este prólogo, sin embargo, rectificaba:

Yo no me llevé la canción. *Nosotros* no nos llevamos la canción. Tal vez era lo único que no nos podíamos llevar: la canción, la canción *de la tierra*, la canción que nace *de la tierra*, la canción *inalienable de la tierra*. Y nosotros, los españoles del éxodo y del viento... ¡ya no teníamos tierra!

Vosotros os quedasteis con todo: con la tierra y la canción (...)

Esa voz... esas voces... Dámaso, Otero, Celaya, Leopoldo de Luis, Eugenio de Nora, Hierro, Cremer, Ángela Figuera Aymerich... los que os quedasteis en la casa paterna, en la vieja heredad acorralada... vuestros son el salmo y la canción... (Felipe, 1959:2)

Desde entonces se pasaría a reconocer un posible porvenir poético dentro de la España franquista y se tendería a fomentar, desde el exilio, el conocimiento y reconocimiento de ese bloque de la poesía española. En cuanto a la novela, el prólogo de Max Aub, menos enfático que el de León Felipe, destacaba la vinculación de los nuevos escritores con la generación del 98 y con el «prosaísmo», al tiempo que resaltaba la temática cainita del libro y destacaba cómo, en la poesía contemporánea, «de nuevo importan, ante todo, los destinos de la patria amenazada» (Aub, 1959:3).

2.3.4.2.1. Por una novela humana y nacional

El libro que recoge el pensamiento literario de la época de Goytisolo es *Problemas de la novela* (Biblioteca Breve, 1959), recopilación de los artículos que enviaba al semanario *Destino* desde 1956, publicada junto a un apéndice de textos de André Malraux («Novela y cine»), Georges Lukács («La falsa vanguardia»), Bernard Pingaud («Novela y realidad»), Bertold Brecht («Las sutilezas del escritor») y Elio Vittorini («Coloquio en Sicilia»). Goytisolo partía ahí de la contraposición entre dos tipos de obras: aquellas que, «no pretendiendo ser otra cosa que un objeto de contemplación, se dejan encerrar en

el dominio de la literatura» y aquellas otras que «buscan su razón de ser fuera de la literatura» (1956:9–10). El escritor barcelonés se refería a Unamuno y a Baroja valorando al segundo sobre el primero ya que Unamuno usaba la novela «como vehículo para expresión de sus ideas» mientras que Baroja, «como todo novelista verdadero, deja al lector la responsabilidad de enjuiciar a sus criaturas» (11), en lo que radicaría su superioridad. Goytisolo defendía una literatura al servicio de la toma de conciencia social; y esa toma de conciencia, en España, pasaría por la reivindicación del «método objetivo» en la novela, el cual es a su vez, como indicaba citando a Castellet, *el tiempo del lector* (1957c:41). En ese contexto, los modelos literarios franceses tradicionales representarían un psicologismo que habría que dejar atrás. En ese sentido, Goytisolo tomaría partido por la novela americana, no sin desplazar la problemática, pues no se trataría tanto de dos tradiciones nacionales —la novela francesa frente a la americana— como de dos modos contrapuestos de lo novelístico: el uno sintético, el otro burgués y analítico (1957d:53). De hecho, sus referencias a «las mejores novelas aparecidas en Francia estos últimos años (las de Butor, Robbe-Grillet, Marguerite Duras, etc.)» (1957a:57) permitía ver que la novela francesa estaba en trance de transformación. Aunque Goytisolo se refería al «interés apasionado» (1958a:66) con el que había leído *El Mirón (Le Voleur)*, se percibía cómo el lugar que otorgaba a Robbe-Grillet en ese contexto era estratégico, pues permitiría, frente al «descuido y facilidad de los demás escritores», reivindicar «una forma minuciosa, donde la utilización de cada palabra está cuidadosamente medida», oponiendo «a la ignorancia técnica de “los novelistas sociales” (...) un procedimiento narrativo que es el rigor mismo». Su lugar sería dialéctico, ya que «con él, la novela francesa ha encontrado el antídoto necesario para salir de su estancamiento actual. Indefendible *como fin* su preocupación técnica lo es *como medio*, en cuanto sirve de antítesis a una literatura social ineficaz y permite enfrentarse a la realidad con un enfoque nuevo» (1958a:67–68).

Tanto Robbe-Grillet como Marguerite Duras —a quien prefería— mostrarián que «La novela analítica, incluso en su último bastión —Francia— está en vías de desaparecer. Y una nueva novela nace —mejor, más profunda, más rica». A Robbe-Grillet le faltaría, sin embargo, «la intención a la vez estética y social, la unidad de forma y fondo, que constituye el valor y da un alcance universal a obras aparentemente tan dispares como *El Simplón guña un ojo al Frejus* y *La Condición Humana*, *El sol también se pone* y *Les petits cheveaux de Tarquinia*» (1958a:69–70).

Junto al modelo norteamericano, el caso italiano —con Pavese, Vittorini, Carlo Levi— sería también importante, ya que, frente a los procedimientos narrativos heredados, «la situación italiana de la anteguerra imponía al nove-

lista una escuela de disciplina y rigor, le obligaba a mostrar, indirectamente, su pensamiento e intenciones, en el enfoque, en la perspectiva tomada en la narración» (Goytisolo, 1958b:76–77). En su intento por «elevarse (...) de lo particular a lo general», el novelista español bien podría encontrar un modelo en «la experiencia italiana», pues «como en Italia, se impone una nacionalización de nuestra novela, un retorno a la tradición realista de Baroja, Galdós y Alemán. Solamente así, podrá el novelista abordar el rico y complejo material de la sociedad de su tiempo, con un valor, un criterio, verdaderamente universales» (1958b:78).

En este contexto, Ortega y Gasset aparecía como un adversario destacado. Retomando sus reflexiones sobre la novela —que este consideraba entrada en su última etapa— y oponiéndose a ellas, Goytisolo sostenía que la muerte de la «novela psicológica» no implicaba la desaparición de la novela, sino, al contrario, su enriquecimiento (1956:18). De hecho, la clave «de la moderna técnica novelística» sería «el enfoque o ángulo de visión del narrador, difícil problema, en cuya resolución estriba, a mi modo de ver, el mérito principal de *El Jarama*» (22). Un mérito técnico que tendría consecuencias políticas y cognoscitivas.

El crítico catalán apostaba por nacionalizar la novela y humanizarla, hablando de la realidad y conectando de nuevo al escritor con el público para posibilitar una toma de conciencia en un contexto en que «salvo raras excepciones, los novelistas no han estado a la altura de su misión. Las obras de algunos son leídas por el pueblo, pero no se dirigen a él. Y las que se dirigen a él —consecuencia paradójica de tantos años de abandono— no suelen ser leídas». Goytisolo proponía «una revisión total de nuestra idea de literatura», la cual «para volver a ser universal (...), debe españolizarse. Para reanudar su contacto con el público debe esforzarse en reflejar la vida del hombre español contemporáneo, tal como hicieron en su día, Baroja, Galdós y los grandes maestros de la Picaresca». Para ello era preciso, «volviendo resueltamente la espalda a las teorías orteguianas», apostar por una rehumanización del arte: «*Hay que humanizarse o perecer*. En lugar de aspirar a una revolución estética como sus colegas del año veinte, el novelista debe tener presente el aforismo que *también la verdad es revolucionaria*» (1958c:86).

En ese momento, Goytisolo defendía que «la misión del artista» era «mostrar que el destino del hombre es el hombre: transformar el destino en conciencia», para lo que los escritores contemporáneos deberían inspirarse en los autores de la novela picaresca. De donde se extraía que la vía del realismo era la única digna del escritor contemporáneo (1957e:106):

Se requiere más valor para hablar de las cosas y hechos de la vida corriente, que para embriagarse en la evocación de empresas sublimes y nobles. El coraje no consiste en cerrar los ojos ante nuestros propios defectos (pequeños o grandes, qué más da), sino en luchar contra ellos, reconociéndolos. La verdad debe revelarse siempre por dura que sea. Escamotearla no me parece empresa digna de escritores. (1957b:94)

De ese modo, «la novela objetiva, basada en una apreciación sintética y real de su conducta, se ha convertido, quiéranlo o no escritores y críticos, en el único medio eficaz de novelar de nuestro tiempo» (1957a:62). Esa novela humanista y revolucionaria prestaba atención a la técnica solo en cuanto podía modularla para representar adecuadamente una realidad que merecía ser denunciada y que, a través de su plasmación literaria, podía provocar una toma de conciencia en los lectores. Nada podía hacer sospechar entonces que, desde 1966, Goytisolo rompería con este modelo literario para afirmar —en un proyecto sostenido en el exilio y la traición— una aventura literaria basada, ya no en la nacionalización de la literatura, sino en el rechazo de España, y en la cual la literatura ya no sería medio para otra cosa, sino espacio de libertad, experimentación y transformación subjetiva, lo que abría nuevos modos de pensar las relaciones entre política, lenguaje y subjetividad.

2.3.4.2.2. Exilio y traición

Don Julián y Juan sin Tierra ponen al descubierto no solo la naturaleza represiva del lenguaje literario y coloquial hispánico —un lenguaje fundamentalmente colonizado por la secular usurpación de las derechas—, sino, lo que es aún más decisivo, los mecanismos de autorrepresión que pueden hallarse profundamente anclados en la conciencia de los lectores.

Pere Gimferrer

Poco o nada en aquellas palabras del Goytisolo de los años cincuenta hacían presagiar que aquel que las escribió sería uno de los principales renovadores de la literatura española unos años después. Goytisolo daría un giro radical a sus concepciones literarias y emprendería un singular periplo de exilio y traición con *Señas de identidad* (publicado por Joaquín Mortiz en México en 1966), una novela con la que, según el propio autor, se propuso «una destrucción de todos los mitos que envuelven el término España» (1967d:55). La trilogía novelesca que entonces comenzaba (y que tendría su continuación en *Reivindicación del conde don Julián* —Méjico, Joaquín

Mortiz, 1970—y en *Juan sin Tierra*—Seix Barral, 1975, pero destinada a la exportación por secuestro ministerial—) se acompañaría de una revisión crítica (*El furgón de cola*, París, Ruedo Ibérico, 1967; Seix Barral, 1967). Como el propio autor ha narrado en su volumen autobiográfico *En los reinos de taifa* (Barcelona, Seix Barral, 1986), ambos giros respondieron a una ruptura política y a una crisis personal que encontrarían su razón de ser en una nueva concepción de la vida y de la escritura. Desde entonces, el escritor pasaría a presentar una

indiferencia amable a cuanto no forma parte de mis afectos, obsesiones y gustos personales; conciencia apremiante de que solo la emoción amorosa, sexo y escritura son reales, de que el mundo social burgués y ordenado perturba o interrumpe esa autenticidad subjetiva que, con el poder absorbente de una vorágine, me sumiría en adelante en los sustratos de la creación literaria, comunicación personal o sumisión corporal consentida. Frente a estos dominios pacientemente conquistados, lo demás —vínculos sociales, intervención en la vida cultural y literaria, vanidad, fama— carecía de importancia, no justificaba ningún derroche de energía. Mi moral sufrió un cambio y se hizo más pragmática: la busca de la intensidad en el triple ámbito ya mencionado se trocaría desde entonces en el objeto fundamental de mi vida. (1986:292–293)

Los textos contenidos en *El furgón de cola* dan cuenta del paso de una concepción nacional–popular a una renovación crítica de esos postulados teniendo siempre, como telón de fondo, la especificidad de la historia española y de su presente. Goytisolo calificaba de «sumamente peligrosa» la influencia de «la sugestiva obra de Lukács», ya que «su concepción unilateral del realismo» llevaba a rechazar por «formalistas y decadentes» algunas de las obras más relevantes de la literatura europea del siglo xx, oponiendo a Thomas Mann (modelo del «gran realismo» según el filósofo húngaro) a Proust, Joyce y Kafka, acusados de plasmar subjetivamente el efecto que la objetividad provoca en ellos, y no la objetividad misma, lo que le llevaba a reflejar la obra literaria «en una especie de espejo deformante» (Goytisolo, 1967c:95–96).

En «Los escritores españoles frente al toro de la censura» y «La literatura perseguida por la política», incluidos en el libro, Goytisolo elaboraba una nueva concepción de la literatura y, con ella, otorgaba una nueva función al escritor. En España la literatura seguía cumpliendo una función subsidiaria de documento social debido al régimen imperante de ausencia de libertades. De ese modo, esos textos ilustraban parcialmente los efectos de la censura franquista en la evolución de la serie literaria, estableciendo positivamente el campo de los posibles, desconectando a la literatura española de las prácticas

críticas y literarias contemporáneas y reservándole, según el propio Goytisolo, el papel que en otras sociedades tendría el periodismo («la novela cumple en España una función testimonial que en Francia y los demás países de Europa corresponde a la prensa» —1967a:34—), al tiempo que hacía inviables las propuestas de la novela contemporánea. Así, afirmaba en «La literatura perseguida por la política»:

En los países subdesarrollados o en la fase preliminar de su desarrollo —como lo es actualmente España— la literatura se esfuerza en reflejar la realidad política y social (...) con olvido de su evolución en cuanto técnica, lo que propicia, como es lógico, el desenvolvimiento de una literatura que, al enfrentarse a la realidad con esquemas viejos y fórmulas gastadas, lo hace conforme a un enfoque anacrónico, remedio del naturalismo de nuestros abuelos. Sobre este punto la insistencia de Robbe-Grillet en señalar la importancia del factor arte–técnica en sí me parece válida no solo para la literatura de su país sino para la de todas aquellas literaturas que, por razones diferentes y a veces opuestas, sacrifican la técnica artística a la reproducción —convencional y, por lo tanto, falsa— de la realidad. (1967b:39)

Esa reproducción convencional de la realidad a la que se subordinaría la literatura estaría asociada en la crítica literaria española contemporánea a una defensa del realismo que el propio Goytisolo había subscrito, y que aquí podría problematizarse a través de los textos de Jakobson y Sklovski publicados en Francia por Todorov⁷⁰ y, sobre todo, a través de las reflexiones de Barthes sobre «la *realidad irreal* del lenguaje» (Goytisolo, 1967a:36), extraídas directamente de «*La littérature, aujourd’hui*» (1961). Esa irrealidad del lenguaje es, precisamente, la que permitía agujerear las certidumbres del realismo de unos escritores cuyo compromiso político, en España, «viene determinado de antemano por la situación particular del artista dentro de la sociedad» en un contexto en que «la política destiñe entonces sobre el arte y el escritor, independientemente de su voluntad» (1967b:40). Esto implicaba, para Goytisolo, que en España —un país que vivía una situación de *heteronomía* del campo cultural— el *nouveau roman* no podía tener seguidores, ya que «cuando no hay libertad política todo es política y el desdoblamiento entre escritor y ciudadano desaparece» (41). Lo que no le impedía, por otro lado, afirmar que «no resulta aventurado profetizar que el compromiso del futuro será menos de orden político que de índole artesanal, en el plano de la escri-

⁷⁰ Escribía el 8 de mayo Gabriel Ferrater a su hermano Joan: «T’envio una copia de la carta que vaig escriure l’altre dia a Jakobson (...). Ara es veu que s’ha convertit en el *joujou* del París literari. Fins el Juan Goytisolo, me’l vaig trobar llegint Jakobson!» (Ferrater, 1986:404).

tura y de la técnica» (42). Por eso podía afirmar en «La actualidad de Larra» que «la negación de un sistema intelectualmente opresor comienza necesariamente con la negación de su estructura semántica» (1967e:19).

Ese porvenir anunciado era, precisamente, el que estaba abriendo Goytisolo con su propia obra narrativa. Vale la pena citar un largo fragmento de su autobiografía *En los reinos de taifa* en que refería su viaje a la URSS en 1965 y, con él, evidenciaba sus nuevas posiciones literarias, insertándose a sí mismo en una tradición moderna o de la ruptura en que la tradición es pensada a partir de la novedad y de sus posibles transformaciones:

Fuera del campo de los clásicos universales, los gustos literarios de mis anfitriones revelaban la amalgama de una increíble ignorancia, un dogmatismo obtuso y una satisfecha, desoladora mediocridad. Ninguno o casi ninguno de los escritores modernos que más admiraba merecía su aval: ni Proust ni Joyce ni Kafka ni Svevo ni Borges circulaban vertidos al ruso ni se hallaban entonces en curso de traducción. Los consejeros de la sección española divulgaban la obra de Celaya y Marcos Ana pero no la de Cernuda; la de Dolores Medio pero no la de Martín-Santos. Me acuerdo de que pregunté a uno de ellos por qué no publicaban *Tiempo de silencio*. La réplica de mi interlocutor o, por ser más exacto, interlocutora me causó estupor. Se trataba, me dijo, de una novela demasiado compleja y el lector soviético no la entendería. Debí contestarle —ya que no lo hice— que con tal criterio el progreso intelectual y literario resultaba imposible y el público de su país seguiría aún en el año dos mil en un estado de minoría legal, privado de las obras más enriquecedoras y significativas. (...) Entre todas las doctrinas literarias y artísticas formuladas en los dos últimos siglos, la del realismo socialista se distingue en verdad por un rasgo verdaderamente excepcional: no haber producido una sola obra de valor en el terreno de la novela, poesía, música ni pintura. Cuando los colaboradores de Tvardovski me preguntaron mis preferencias respecto a la moderna literatura rusa, la lista de autores que mencioné —Blok, Essenin, Babel, Ajmátova, Mandelstam— les hizo sonreír: todos ellos habían compuesto su obra al margen y a contrapelo de la doctrina oficial y algunos habían pagado con la vida su atrevimiento. (1986:313–315)

El principio paternal del realismo socialista era nefasto tanto a nivel político como estético, ya que condenaba a los lectores a una permanente minoría de edad, reduciendo la escritura a la reproducción de modelos estéticos preformados, en último punto instrumentales. La salida de ese modelo pasará en gran medida por el contacto que el escritor barcelonés tendrá con la obra

de Barthes, Todorov o Benveniste, tal como reconocería en una entrevista a *Le Monde* en septiembre de 1970 (Couffon), en que se observa claramente la imbricación entre crítica y literatura.

2.3.4.2.3. Por una literatura crítica: historia y discurso en la novela

En la obra de Goytisolo posterior a 1966 empieza a abrirse un espacio de pensamiento y de creación en el que los registros crítico y literario pasan a comunicar de un modo diferente a como lo habían hecho hasta entonces. El eje que permitirá caracterizar ese registro transversal —y que irá modificando su sentido desde la concepción del compromiso del Sartre de *Qu'est-ce que la littérature* (1947) y los planteamientos marxistas y fenomenológicos de *Le degré zéro de l'écriture* (1953) de Barthes al textualismo del grupo Tel Quel— es el pensamiento de la *escritura*. La comunicación de teoría y literatura en la práctica de la escritura será así un motivo fundamental que atraviesa tanto el proyecto literario de Goytisolo como el de una constelación de escritores que de un modo u otro se le asocian, como es el caso de Severo Sarduy y Octavio Paz,⁷¹ a los que se refiere en «El lenguaje del cuerpo (sobre Octavio Paz y Severo Sarduy)» (Goytisolo, 1975a:609), y, en España, de Julián Ríos, Pere Gimferrer y Andrés Sánchez Robayna. Se lee casi al final de «El novelista: ¿crítico practicante o teorizador de fortuna?»:

La antinomia desdichada del novelista que teoriza y el crítico practicante de la ficción nos debería poner en la pista del ideal que nos obsede: el del crítico-creador o creador-crítico que, a la manera de Cervantes, introdujera genialmente en el ámbito de la obra novelesca todo el *corpus* teórico de la época: novelista que escribiera no sobre personajes y cosas, sino personajes y cosas; crítico que novelara su doctrina y ficcionalizara su glosa. Este híbrido monstruoso aunaría el saber y recursos de ambos al servicio de una propuesta que sería a la vez crítica y creación, literatura y discurso sobre la literatura. (1985a:940)

En este giro será fundamental la incorporación desde la segunda mitad de los años sesenta de los conceptos y la mirada de la renovación teórica francesa, tal como reconoce en ese mismo artículo:

71 «En *El mono gramático*, Octavio Paz ha logrado perfectamente, bajo la apariencia “normal” del ensayo, el texto total (crítico, narrativo, poético) que admite y exige pluralidad de lecturas. Bajo este concepto lleva todavía más lejos la tendencia, visible en algunos escritos de Barthes, Sollers y otros autores, de “poetizar” el pensamiento crítico» (Goytisolo, 1975a:614).

La influencia que ha ejercido sobre mí la obra de Benveniste no es un secreto para nadie puesto que me he extendido en ella a lo largo de ensayos, entrevistas, cursillos y conferencias. Mi afición a los estudios de lingüística y poética no data de hoy ni de ayer, y se manifiesta claramente en los progresos de mi novelística de los últimos años. En una charla pronunciada en Columbia University en 1970 e impresa en la revista *Libre* dos años más tarde, creo que sugerí por primera vez entre nosotros la posibilidad de enjuiciar la evolución de la novelística española de hoy —de *El Jarama* a *Don Julián*, pasando por la obra de Martín-Santos— a partir de las categorías literarias abstractas de *histoire* y *discours* establecidas por Benveniste en su célebre volumen *Problèmes de linguistique générale*. (936–937)

Esa charla en cuestión es la que daría lugar a «La novela española contemporánea», artículo publicado en *Disidencias* (1977) en el que la distinción de Benveniste le serviría para explicar la evolución de la novela española. Desde esa perspectiva, *Tiempo de silencio* sería la primera obra de la literatura española de valor que rompería de modo radical con un realismo social marcado por problemas propios de un régimen autoritario. Trazando una cronología similar a la expuesta por Castellet, *Tiempo de silencio* supondría el comienzo de una novela de *discurso*, mientras que *El Jarama* representaría el fin de la novela de *historia* (1977).

En la apuesta literaria de Goytisolo cobrará cuerpo así una política de la literatura basada en una crítica del lenguaje que había tenido hasta entonces un espacio muy minoritario en España y que, sobre todo, no disponía de los instrumentos de una conceptualización epistemológica que pudiera ligarlo a una política de izquierdas. Sin embargo, ahora se hacía posible afirmar que la crítica lingüística era en sí misma política y emancipatoria y que «nuestro anquilosado lenguaje castellanista exige —lo repito desde hace tiempo— el uso de la dinamita o el purgante» (1977:607), ya que «en el mundo capitalista actual no hay temas virulentos o audaces; el lenguaje y solo el lenguaje puede ser subversivo» (606). Como afirmaba en «Destrucción de la España sagrada», una entrevista con Emir Rodríguez Monegal publicada en *Mundo Nuevo* en la que reflexionaba a partir del giro de *Señas de identidad* (y en el que se refería a su libro como «un ladrillo» —1967d:44—),

en España hay una tendencia excesiva hacia el purismo del idioma, una tendencia que siempre he combatido (...) que dificulta probablemente la búsqueda de nuevos lenguajes. Se ha creado un lenguaje codificado, un lenguaje embalsamado. Hay una tradición de la prosa española, que va desde Quevedo a Valle-Inclán y de la que Cela es el epígonos más claro, que es la que gusta a los académicos y que ellos consideran como la quinta esencia del Buen Decir, como el canon

literario español. A mí esta prosa me parece cadavérica, me parece un simple excremento idiomático. En algunos autores el grado de putrefacción del idioma es enorme. Se diría que hasta huele mal. (47)

Siendo así, la renovación literaria y lingüística habría que buscarla abriendose a nuevos horizontes, especialmente a los latinoamericanos, cuyos escritores, en las últimas dos décadas, «ya no se preocupan de mantener una pureza académica ni de perseguir este sabor típico costumbrista, sino que han trasladado el interés del léxico a la semántica, es decir, a la estructura narrativa, a la estructura rítmica de la frase, adaptándolo a las corrientes lingüísticas argentinas, mexicanas, cubanas, peruanas». Los novelistas latinoamericanos habrían creado «una prosa nueva en ruptura con la norma académica española, una prosa que se apoya en una corriente lingüística real» (48) que podría servir de inspiración y estímulo a la producción peninsular. Aunque, es cierto, con una pequeña diferencia, ya que, según Goytisolo, «el escritor español, cuando quiere romper con esta tradición, no se puede apoyar en una corriente lingüística popular; tiene que hacer un acto de violación individual, lo cual es mucho más difícil. Por eso, no puedo apoyarme en nada; tengo que hacer una operación solitaria, una traición personal, una violación propia» (48). Y esa traición se desplegaría, como veremos a continuación, sobre el significante España.

2.3.4.2.4. Pasado presente de España

Cabría comparar el proyecto literario de Goytisolo con el de Benet respecto a su relación con el significante España y con el Otro latinoamericano, con la propia tradición y la pérdida de la centralidad española en el ámbito de las literaturas en español. Si, tal como ha mostrado Nora Catelli, la escritura de Benet se despliega como «una prosa imperial para un imperio extinto», con la firme voluntad de «ser decisivo en el campo literario en castellano para después proyectarse hacia la sociedad literaria europea desde un lugar que no fuese latinoamericano» (2015a:15), la de Goytisolo se abre precisamente hacia todo aquello que excede esa historia, de modo que, donde la primera aparecía como un ejercicio melancólico de vuelta sobre el pasado, en Goytisolo —incluso cuando se dan esas excavaciones— no puede hacerse sin una veta de entusiasmo.

La escritura en Goytisolo pasa por todo un trabajo de anamnesis que —remontándose mucho más allá del franquismo— descubre cómo muchos de los males de la contemporaneidad provendrían de una cerrazón histórica que dataría de 1492. *España y los españoles* (Lumen, 1979) fue escrito en 1969,

pero Goytisolo solo pudo publicarlo en 1979, a causa de la censura. El libro perseguía minar el «mito de España», un mito presente que imposibilitaría la comprensión cabal del pasado. En sus primeras páginas presentaba su labor:

No se podría definir mejor y con menos palabras la tarea a que se enfrenta el escritor: luchar sin piedad contra el mito, contra todo lo que envejece y se convierte en mito, contra toda información histórica y cultural que se pega a la piel del hombre, y lo entorpece, lo petrifica, lo falsifica. Amargo destino de las palabras: su aparente salud no es más que una grosera ilusión. A medida que lentamente pasan los siglos se va esfumando su contenido original, su significación primera y real. Como ocurre con algunas estrellas, la luz que recibimos de ellas no existe ya: el astro que la emitía ha muerto hace muchos años. No queda más que la forma vacía, la sombra de algo que existió. España, el término «España», no abarca por entero la realidad proteiforme de la Península. También es un mito, una palabra que ha envejecido y contra la cual el escritor debe emprender la guerra: una guerra desigual, un combate contra las quimeras parecido al que libró el caballero Don Quijote contra los amenazantes molinos de viento. (Goytisolo, 1979:7)

Mediante ese mito, del que no es difícil constatar la vigencia en la política contemporánea, «la casta militar de Castilla se impuso a las minorías divergentes y a las zonas periféricas de la Península a finales del siglo xv» (7). El año 1492 aparecía así como un año fundador marcado por un triple acontecimiento: el comienzo de la conquista de América, la toma de Granada (que, tras 800 años de dominio musulmán, puso fin a la llamada Reconquista) y la expulsión de los judíos de España —a los moriscos se les expulsaría en 1610: solo entonces, «desembarazada de moros y judíos, España recupera su identidad, deviene de nuevo España» (22). Este mito de España supondría así la proyección de un cuerpo externo —de una «sombra»— que, sin embargo, sería interior a ella: «Cuando los Reyes Católicos acaban con el último reino moro de la Península y decretan la expulsión de los judíos asistimos al primer acto de una tragedia que, durante siglos, va a determinar, con rigurosidad implacable, la conducta y actitud vital de los españoles» (24). Actitud ligada a una sociedad de castas, en la que los cristianos se ocuparon de lo militar, los hebreos de las labores intelectuales y financieras y los moriscos de los oficios mecánicos y artesanales y donde, a partir de 1492, surgía el *cristiano nuevo*, que se diferenciaba del viejo por la pureza de sangre. Como recordaba Goytisolo, los cristianos despreciaban a las otras castas y encontraban su honra y orgullo «en su limpieza de origen, en su pertenencia a la casta guerrera que hizo posible la Reconquista y la prodigiosa expansión imperial»

(29), eran conscientes de su «hombría» y defendían el «honor castellano». Los cristianos viejos despreciaban, por ello, las tareas técnicas e intelectuales, «consideradas infamantes desde la época de los Reyes Católicos por ser privativas de los españoles de casta hebrea y morisca». De ese modo, «la escasa contribución de los españoles a la ciencia y técnica modernas» (30) sería el resultado de esa sociedad de castas en la que «el comercio, las investigaciones científicas, los oficios manuales son tenidos por viles y deshonrosos» y en la que «la pobreza, el analfabetismo llegan a ser preferibles a cualquier actividad que ponga en duda la pureza de sangre» (32). En este contexto, los personajes del teatro de Lope de Vega celebrarían un analfabetismo directamente asociado a la pureza de sangre.

La Inquisición velaba, por lo demás, por la pureza de la fe y ordenaba denunciar los delitos contra la fe común, convirtiendo al pueblo en delator y promotor de la acción inquisitorial en el marco de una sociedad escindida, con una casta dominante y dos dominadas. Lo que en el siglo XVI era visto como el temor al contagio judío o árabe pasaría a ser vivido en el siglo XVIII como la necesidad de defenderse frente al afrancesamiento. De hecho, yendo más allá del libro de Goytisolo, es posible ver cómo esos mitos fueron reactivados por los sectores conservadores españoles en los años treinta del siglo XX para dirigirlos contra las izquierdas y cómo, a día de hoy, siguen teniendo éxito, aunque de otro modo, en libros como *Imperiofobia y Leyenda Negra* (Siruela, 2016), de María Elvira Roca Barea, convenientemente desarrollado por José Luis Villacañas en *Imperiofilia y el populismo nacional-católico: Otra historia del imperio español* (2019) y por Edgar Straehle en una serie de artículos (2019a, 2019b, 2019c).

Paul Preston ha mostrado cómo el mito de la amenaza de la Anti-España se fue extendiendo a través de la influencia de libros como *Los protocolos de los sabios de Sión* y el trabajo de propaganda llevado a cabo por autores como Juan Tusquets Terrats —de quien Franco «devoraba con entusiasmo sus diatribas contra los masones y los judíos» (Preston, 2011:74)— u Onésimo Redondo (71–92). De ese modo, «la identificación de la clase trabajadora con los enemigos extranjeros se basaba en una retorcida lógica, por la cual el bolchevismo era una invención judía, y los judíos eran indistinguibles de los musulmanes, de modo que los izquierdistas se proponían someter a España al dominio de elementos africanos» (88). Así, concluía Preston:

De manera colectiva, las ideas de Juan Tusquets, Francisco de Luis, Enrique Herrera Oria, Onésimo Redondo, Emilio Mola, Julián Mauricio Carlavilla, la prensa carlista y todos los que creían en la existencia de un contubernio judeomasónico y bolchevique, se sumaron y desembocaron en una teoría que

justificaba el exterminio de la izquierda. Tanto las reformas de la República como los violentos ataques que sobre ella vertieron los anarquistas fueron tomados indistintamente como prueba de que la izquierda era una corriente impía y antiespañola. En consecuencia, las conspiraciones militares, las actividades terroristas de los grupos fascistas y la brutalidad de la Guardia Civil al reprimir huelgas y manifestaciones se consideraron siempre esfuerzos legítimos para defender a la verdadera España. (92)

Es esa «verdadera España» la que habría ejercido un tutelaje sobre los españoles que, según Goytisolo, llegaría hasta el momento en el que escribía. En efecto, su libro concluía con un diagnóstico del presente con relación al pasado, señalando los efectos que «una perpetua minoría legal» (1979:207) tendría todavía por entonces; una situación que, durante mucho tiempo, habría puesto a los españoles en «el dilema de emigrar o transigir con una situación que exigía de nosotros silencio y disimulo, cuando no el abandono suicida de los principios, la resignación castradora, la actitud cínica y desengañada» (206–207). Por todo ello, se hacía necesaria una ruptura.

El trabajo de anamnesis promovido por el escritor catalán iba ligado, en el presente, a la crítica de las instituciones culturales españolas en las que se encarnaría esa herencia nacional. Así, se entiende que las críticas mordaces de Goytisolo al mundo o «mundillo» académico, literario e intelectual español hayan sido un bajo constante en su escritura. Afirmaba en su entrevista con Rodríguez Monegal de 1967 para *Mundo Nuevo*, refiriéndose al clientelismo vigente en el mundillo literario:

Lo que se llama crítica, entre nosotros, prácticamente, no existe; es decir, por lo menos lo que yo entiendo como crítica. Uno de los escasos críticos dignos de este nombre es Luis Cernuda, y es una cosa muy sintomática que haya vivido la mayor parte de su vida fuera de España. Porque los críticos españoles suelen ser, y este es el caso más normal y corriente, unos analfabetos totales, unos analfabetos voluntarios y satisfechos. En lo que sobresalen más es en la alabanza. Si me alabas, te alabo; si me lees, te leo... (1967d:48)

En *Contracorrientes* compararía el silencio con que eran recibidos los *Tres estudios sobre Góngora* de Andrés Sánchez Robayna, de quien hablaremos más tarde, con los elogios que recibía una edición muy defectuosa de Henri Michaux (Goytisolo, 1985e). Cabría reflexionar aquí sobre las formas y estrategias del silencio en la crítica española, un silencio que, en palabras de Antonio Chicharro, «dice una valoración y dice un ocultamiento» (2004d:290–

291), y que funcionará muchas veces —tal será el caso de la deconstrucción en el primer congreso de semiótica que se dio en España— como forma de exclusión. Silencio que va ligado, por lo tanto, al ejercicio de un poder y a la conciencia de una cierta centralidad.

La confusión entre el mundo y el mundillo, entre la gloria y la glorieta, era la que autorizaba a Goytisolo a burlarse en «Albricias filosóficas» de las pretensiones filosóficas de Madrid, que seguiría reproduciendo el antiguo provincialismo español:

Madrid no sería tan solo el núcleo irradiante de la postmodernidad, tras desbarcar así a metrópolis tan encumbradas como Nueva York o París, sino también —agárrese aquí el lector y abróchese el cinturón de seguridad como al cruzar en avión una zona de turbulencias— una de las luminarias del pensamiento filosófico actual, con una concentración de filósofos por metro cuadrado netamente superior a la de las demás ciudades del planeta. (1985b:1003)

Para el escritor catalán, la nueva generación de filósofos españoles no enlazaría con Sartre o con Foucault, sino con los *nouveaux philosophes*, banalizando el pensamiento al confundirlo con la mera opinión. Con relación a la Universidad, la crítica de Goytisolo era también frontal. En dicha institución primaria, ya en plena democracia, lo que Nietzsche llamó, en su segunda intempestiva, el saber de anticuario (Nietzsche, 1988), un saber erudito que olvida el valor de la historia para la vida y no se deja afectar ni por su objeto ni por la contemporaneidad:

Las universidades y los estamentos culturales de España son una rica almáciga de anticuarios de diferentes ramas y saberes. A fin de preservar la necesaria quietud de sus verdades incontrovertidas y la imagen de la España occidental cristiana, y a fin de cuentas nacional–católica, forjada por Menéndez Pelayo y sus sucesores y epígonos —imagen irremediablemente dañadas hace medio siglo por los planteamientos innovadores de Bataillon, Américo Castro y Domínguez Ortiz—, los anticuarios, luego de arremeter a lo «Santiago y cierra España» contra un grupillo de perturbadores (...) han optado por obviar al fin, como si no existiese, la constante multiplicación de pruebas y argumentos que contradicen sus tambaleantes doctrinas y el precario edificio de sus ideas. Como los buenos frailes que me enseñaron en mi niñez unas nociones filosóficas recalentadas después de una centenaria conservación en nevera, nuestros anticuarios prosiguen su encomiable labor didáctica... (...)

Los anticuarios, citándose unos a otros, apuntalándose unos a otros, siguen exponiendo como vivas y fecundas unas «verdades históricas» que en países menos conformistas e intelectualmente menesterosos que el nuestro habrían sido condenadas desde hace tiempo a acumular el polvo. (1985b:1004)

Merece la pena tensar estas declaraciones de Goytisolo tanto con el prólogo italiano —y catalán— de 1968 de Barthes a *Crítica y verdad*⁷² como con el polo de poder temporal académico español y comprobar el difícil diálogo entre ambos polos, lo que el escritor atribuía a

una concepción patrimonial de la cultura y sus instituciones por parte del gremio de sus titulares, celosos guardianes de sus privilegios y de un saber a menudo vetusto y precario, amenazado por la falta de respeto y «rareza» de cuanto acaece fuera de sus bastiones y prolifera extramuros, bosque de letras en movimiento como el profetizado por las hechiceras de *Macbeth*. (1237)

El escritor se refería a «esta vieja tradición hispana del saber oculto», un saber que tendría que ocultar lo que sabe, que disimularse en otros saberes más «antiguos» u oficiales —modelo que se adivina en algunos giros retóricos ya estudiados en los que, en España, el nuevo estructuralismo rendía pleitesía a la antigua estilística—. Esa vieja tradición del saber oculto, seguía Goytisolo,

no murió como creen muchos con el fin de la Inquisición ni, salvando de un vuelo más de siglo y medio, con el *exit* de Franco. Subsiste disfrazada, con caracteres menos dramáticos, en numerosos departamentos de humanidades en los que la clerescia que los ocupa se aferra a conocimientos y métodos estériles y ve con alarma, como una potencial amenaza, cualquier innovación exterior. (1999b:1237)

72 «La Universitat: aquesta paraula, a França, es declina en singular: la Universitat francesa, malgrat les localitzacions regionals, és —o era, almenys, fins aquests últims anys— una institució unitària, definida per un cos i per un esperit, conjunció que denominen precisament un *esperit de cos*. El cos de la Universitat, és el conjunt dels seus professors, marcats essencialment per un grau: el doctorat en lletres. Aquest doctorat, del qual se'n parla molt avui per reconèixer-ne les molèsties, però que ningú no sembla dispost a suprimir ni tan sols a alterar, aquest doctorat està sotmès, per obligació de l'ús, a un cert *llenguatge*: aquest llenguatge, que podríem anomenar l'escriptura universitària, és fet d'una censura generalitzada» (Barthes, 1969a:9). Se trataría, según Barthes, de «assegurar del costat de la institució universitària, una protecció vital contra els llenguatges nous que corren periòdicament el risc d'alterar el sistema dels cursos, dels exercicis i dels exàmens» (11).

Ahí el escritor apuntaba al tradicionalismo y conservadurismo de una institución universitaria que habría seguido reproduciendo, en democracia, prácticas informales heredadas del franquismo. Y, haciéndose eco de una precariedad laboral que no ha dejado de crecer desde la fecha en la que escribió el artículo, daba cuenta del

estimonio anónimo de una de las víctimas de esta situación de prepotencia y censura que, por sus efectos en las actuales generaciones de universitarios sometidos a un régimen de restricción mental y de saber tullido, podría ser calificada sin exageración de *nueva forma de calamidad pública* (...). Todavía continúa siendo tristemente habitual en el ámbito universitario español la ocultación o no desenvolvimiento de ideas propias, más o menos críticas respecto a las de quienes son los guardias y jueces en el cruce de fronteras llamado entre nosotros oposiciones, paso necesario para «llegar» a ser funcionario, esto es, profesor titular o catedrático y gozar de una privilegiada posición de relativa independencia. Hasta entonces, se hacen «méritos» en calidad de profesores contratados (en la actualidad se denominan *Asociados y Ayudantes*) en condiciones de auténtica miseria económica (el sueldo mensual de un profesor asociado a tiempo parcial es de 40.000 o 78.000 ptas.) e intelectual (a la sombra del cátedro o mandarín de turno, esperando se digne «sacar» a concurso-oposición «tu» plaza, sin apenas opción a ayudas y becas de investigación). En ese atolladero, resulta en extremo contraproducente y arriesgada la exposición y publicación de ideas originales y críticas. Los puestos de poder y responsabilidad siguen ocupados en gran parte por personas y personajes en su mayoría ineptos o maleables. (1238)

Goytisolo describía una universidad feudal en que las relaciones de vasallaje imposibilitarían en la práctica la libertad intelectual, reproduciendo en el campo universitario la «minoría de edad» que durante el franquismo había denunciado en el conjunto de la sociedad española. Con esas, el juicio del escritor sobre la academia española era implacable:

El desconocimiento y menosprecio de muchas obras «molestas» de nuestra tradición unidos al de cuanto se produjo o produce fuera generan por desgracia una mediocridad satisfecha alrededor de los caciques encastillados en la fortaleza, a veces ruinosa, de su *especialidad* (...). Los efectos de treinta y cinco años de franquismo subsisten así dos décadas después de la muerte del dictador: las estructuras patrimoniales no han cambiado y, en términos generales, los dueños de prebendas y parcelillas de poder tampoco. (1238–1239)

2.3.4.2.5. Porvenires críticos de la literatura

El proyecto literario de Goytisolo se presenta, así, como una vía de acceso a una modernidad a la que España habría resistido desde antiguo. Tres serían los modos principales de acceder a ese espacio que supondría, por decirlo en términos de Octavio Paz, el descubrimiento de la «expulsión del presente» y, con él, la búsqueda de «la puerta de entrada al presente» (1990:663): la revisión del propio pasado (del que se rescataban los sustratos judío y musulmán, comúnmente reprimidos, y las aportaciones de los *heterodoxos*, entre los que se incluían los exiliados); la atención crítica hacia las novedades de los centros intelectuales del momento (las cuales ligaban el futuro de la novela española al pensamiento crítico francés); y, finalmente, el interés por ese *otro* de la literatura española que es la literatura latinoamericana («como en la poesía en tiempos de Darío», escribía Goytisolo en los setenta, «la brisa en el campo de la narrativa sopla hoy del otro lado del Atlántico» —1977:607—). Ese proyecto histórico y literario no puede desgajarse, así, en ningún caso de una reflexión crítica y teórica abierta al pensamiento contemporáneo,⁷³ ya que la recuperación del propio pasado estaría íntimamente asociada al porvenir. Escribía Goytisolo en «El lenguaje del cuerpo (sobre Octavio Paz y Severo Sarduy)»:

Si por un lado hallaríamos en Francia muy pocos nombres que oponer a la lista de los Borges y Paz, Carpentier y Lezama, García Márquez y Fuentes, Vargas Llosa y Cabrera Infante, por otro, nos veríamos igualmente en un aprieto si pretendiéramos buscar en el mundo de habla hispana los equivalentes de un Benveniste, un Blanchot, un Lévi-Strauss o un Barthes: a la penuria multisecular del pensamiento crítico de que adolece nuestra lengua (penuria cuyas raíces se remontan a la quiebra de la convivencia intercastiza medieval y la persecución intelectual «antijudaica») corresponde un auge espectacular de la creación poética y narrativa; a la singular «creatividad» del ensayo y la crítica en Francia, una anemia e inseguridad muy marcada en el campo tradicional de la poesía y la novela. (1975a:609)

73 Paz escribe a Gimferrer (carta del 16 de noviembre de 1974) en una sucesión de paréntesis encajonados: «Muy bueno tu ensayo sobre “el nuevo Goytisolo” ((nuevo sí, pero a medida que es más nuevo ((a medida que, como tú dices, el *discurso* suplanta a la *historia*))) su exploración se aleja de lo nuevo, la España contemporánea del viejo Goytisolo, y se interna en la historia enterrada, en la geología histórica de España —¿no es extraño? las novelas del viejo Goytisolo tenían por tema la superficie, la actualidad de la España contemporánea, mientras que las del nuevo son una perforación en el subsuelo, en los más antiguos—)) una verdadera conversión de posiciones que es al mismo tiempo una subversión de perspectivas y valores» (Paz, 1999:71).

El proyecto literario de Goytisolo anunciaba así en el campo de la novela una apertura y unos modos de lo literario que problematizaban el campo nacional al ponerlo en tensión con una cierta idea de *lo contemporáneo* que, enunciando la conciencia de una privación, lo desbordaría.

2.3.4.3. Cosmopolitismos de una España fuera de sus castillas

Partiendo del espacio de crítica y creación abierto por Juan Goytisolo se hace posible prestar atención a un grupo de escritores que, en continuidad con su labor, apostaron de modo consciente y sistemático por una estrategia de internacionalización o remisión al «gran contexto» en contraposición al «pequeño contexto» o al espacio nacional, tramando redes materiales que los han conectado con otros escritores modernos o de vanguardia que ocupan posiciones análogas, cuando no homólogas, respecto a sus propios contextos nacionales. Las imágenes de la literatura que trazarán estos autores se autorizan, de modos diversos, a través de la crítica de una cierta tradición nacional, pensada desde la falta y la cerrazón, y en nombre de una idea de cosmopolitismo entendido, comúnmente, como el espacio abierto y en constante transformación de la modernidad.

Esta imagen de la modernidad como tradición de la ruptura aparece, con diferentes modulaciones y como tendremos ocasión de ver más adelante, en los autores aquí estudiados. Escribía Goytisolo con relación a esa idea de literatura moderna, que ahí oponía a la práctica dirigista de la URSS y al modelo pedagógico del realismo socialista:

Cuando en las lecturas o actos culturales en los que hoy intervengo algún asistente me plantea la socorrida pregunta de por qué escribo textos tan sibilinos y herméticos como *Don Julián* o *Makbara* si el lector medio no alcanza a comprenderlos, saco a relucir esta anécdota como recordatorio del menosprecio real y profundo a las posibilidades de mejora del gusto público implícito en la actitud demagógica y paternalista de quienes deciden rebajar por su cuenta el nivel de la creación y se arrogan el derecho de decidir lo que el pueblo entiende o no entiende en achaques de arte y literatura.

La historia de ésta —como la de todas las manifestaciones del espíritu humano— se compone de una sucesión de empresas difíciles, a menudo ignoradas en sus orígenes: para ser captada en su hondura y complejidad, toda obra innovadora y original exige un lapso a veces muy largo durante el cual pueda abrirse camino. El caso de la gran poesía de Góngora, asequible tan solo a los lectores tres siglos después de haberse creado, es un ejemplo extremo de lo que digo. Pero bastaría con extender al ámbito de las ciencias el criterio discriminador adaptado por

los burócratas al campo de la literatura para revelar al punto la burda patraña de su postura: puesto que el pueblo tampoco entiende, pongamos por caso, los descubrimientos de la física, el Estado, en buena lógica, debería prohibirlos también. Si no lo hace, ello responde, claro está, a motivos de estricta rentabilidad: la ciencia, en sus aplicaciones concretas, puede ser movilizada a su servicio; la literatura en cambio no lo es ni lo será jamás. Los principios de utilidad o función político-social del arte acaban fatalmente con este. (1986:313–315)

La apuesta estética que se haya contenida en estas palabras apuesta por la defensa de una tradición cosmopolita, cuyos autores escriben una obra —tal como se lee en el subtítulo del Zarathustra nietzscheano— «para todos y para nadie» a través de una escritura intempestiva que tiene que engendrar un público por venir que no existe en ningún caso antes de ella.

2.3.4.3.1. El pequeño y el gran contexto: la gloria y la glorieta

Me pareció que su obra tiene algo de nuevo y de subversivo. Y me atrevería a decir que un español no podría escribir ese libro, porque supone un coeficiente de liberación subjetiva, personal, a la vez que una convergencia de estratos culturales diferentes. La revolución del idioma español, hablado por unos doscientos millones de personas, llegará en su día y será muy importante.

Philippe Sollers sobre Severo Sarduy

Las críticas de Juan Goytisolo a España que hemos visto anteriormente se hacen posibles en nombre de un contexto mayor, al que los autores se refieren de diversas maneras pero que siempre tiene que ver con la puesta en crisis de las instancias de consagración y de reparto de poder nacionales. De ese modo, para criticar la temporalidad nacional tiende a indicarse una supratemporalidad, un «presente real» por el que, como señalaba Octavio Paz, «ser de mi tiempo y de mi siglo»: «Quise ser un poeta moderno. Comenzó mi búsqueda de la modernidad» (1990:664–664).

Ahora bien, ese gran contexto —que sin duda está formado por instituciones y relaciones materiales objetivables y analizables desde la sociología— no es algo puramente objetivo, sino también el resultado de deseos y proyecciones, de lecturas y montajes armados desde una geografía y cronología determinada.⁷⁴ Se trata de un principio de legitimación que no deriva di-

⁷⁴ Mariano Siskind se ha referido al deseo de los escritores periféricos para pensar este problema en términos de significante (2014). Nora Catelli ha recordado que «no hay lectura que no sea, a la vez, una localización y, por encima de cualquier otra cosa, una fecha» (2018a:195). Y Raúl

rectamente de los grandes centros intelectuales del mundo contemporáneo, sino que se establece como un proceso electivo por el cual entran en relación grupos y escritores de diferentes geografías que van a constituirse en pares a través de la creación de redes materiales y de lecto–escritura. La red o constelación que van a constituir Octavio Paz y Carlos Fuentes (Méjico); Juan Goytisolo, Julián Ríos, Pere Gimferrer y Andrés Sánchez Robayna (España); Severo Sarduy y Guillermo Cabrera Infante (Cuba); y Haroldo de Campos (Brasil), por citar solo algunos nombres de una red mucho más vasta, constituye la promoción de un circuito de intercambios y lecto–escritura articulado básicamente por revistas y editoriales y que da lugar a redes de sociabilidad. Tal es el caso de las redes que conectan *Mundo Nuevo* (1966–1971), dirigida por Emir Rodríguez Monegal entre 1966 y 1968; *Plural* (1971–1976) y *Vuelta* (1976–1998), dirigidas por Paz en Méjico; la editorial *Espiral* (1976–1980), junto con la revista del mismo nombre, dirigidas por Ríos, y la revista *Syntaxis* (1983–1993), dirigida por Sánchez Robayna, en España; la editorial Perspectiva en Brasil, de la que participa Haroldo (Andrade, 2010); y *Tel Quel* (1960–1982), con Sollers y Kristeva en el centro, y *Change* (1968–1983), surgida como escisión de la anterior y dirigida por Jean-Pierre Faye, Jacques Roubaud y Maurice Roche, en París. A esta serie podría añadirse, con algunas especificaciones, Roman Jakobson, profesor en Harvard y en el MIT y presidente de la Asociación Internacional de Semiótica en 1970, y al que Eco y Haroldo llamaban el «Pai Jakobson» (Hidalgo Nácher, 2019c:48).

De hecho, es posible establecer algunas características compartidas por la mayoría de estos autores. En primer lugar, transitan entre diversas lenguas y literaturas. Muchos de ellos son nómadas o exiliados y, cuando no es así, se apoyan en ese imaginario para presentarse a sí mismos. Tal es el caso de Ríos, que vivió en Londres y vive en París; y el de Sánchez Robayna que, desde las Islas Canarias, reivindica su condición insular y transatlántica. En segundo lugar, comparten una cierta idea de modernidad o de vanguardia como *tradición de la ruptura* (Paz), *poética sincrónica* (Haroldo), *relación de lecto–escritura* (Ríos) o *reinvención de la tradición desde el presente* (Sánchez Robayna). Como escribe Robayna:

La idea —y la práctica— de la universalidad, el diálogo con otras lenguas y otras culturas, lo que cabría llamar la *despragmatización* del signo, la transgresión, la invención, la conciencia de sí misma de la literatura como lenguaje («la literatura habla del lenguaje hablando de otra cosa, no habla de otra cosa más que hablando del lenguaje», ha escrito el poeta Jacques Roubaud) (1986:33)

Antelo ha presentado la ficción crítica como una operación que se produce en la «mesa de montaje» (Antelo, 2015:9–37 y 263–265).

es, para Robayna, «uno de los rasgos constitutivos de la modernidad literaria, la lectura crítica, “sincrónica”, de la tradición, la singularidad» (33).

En tercer lugar, para todos ellos es fundamental la conexión íntima entre pensamiento y literatura, crítica y creación (la poesía de la gramática y la gramática de la poesía en Jakobson, el poema crítico en Paz, la crítica al servicio de la creación en Haroldo —de Campos, 1984:252—). Además, todos son críticos-escritores —incluso, aunque de modo desplazado, el propio Jakobson, que fue un joven poeta futurista—. En cuarto lugar, se definen dentro de sus campos nacionales por oposición a otros sectores o fuerzas más conservadores desde el punto de vista crítico o literario, presentándose como cosmopolitas. Finalmente, participan de instituciones y de redes de sociabilidad alimentadas por la correspondencia y los viajes que los convierten, en el más estricto sentido de la palabra, en mediadores culturales. De ese modo, pertenecen a redes concomitantes y la mayoría de ellos publicaron en las mismas revistas.

Doy simplemente unos casos relevantes al respecto, que muestran cómo se fueron tejiendo dichas redes. En la revista *Plural*, Haroldo y Augusto de Campos presentaban la poesía concreta (nº 8, mayo de 1972) y Julián Ríos, Pere Gimferrer y José María Castellet la «Nueva literatura española» (nº 25, octubre de 1973). Al mismo tiempo, en España se daba visibilidad a la obra de Paz en la colección «Espiral» y en la revista del mismo nombre, dirigidas por Ríos, y en la revista *Syntaxis*, dirigida por Sánchez Robayna. Además, Ríos publicaría en su editorial *Solo a dos voces* (1973) y *Teatro de signos/transparencias* (1974), dos libros escritos en colaboración con el poeta mexicano, y Gimferrer —quien recibió el reconocimiento poético de Paz—, facilitó la publicación de sus libros en Seix Barral (Paz, 1999) y recibió el premio Anagrama de ensayo en 1980 por su *Lectura de Octavio Paz*. Por otro lado, el volumen crítico *Palabras para Larva* (Llibres el Mall, 1985) —operación crítica para dar visibilidad y valorizar *Larva* (Llibres del Mall, 1983) de Ríos (del que ya se habían publicado anteriormente algunos fragmentos en *Plural*, *Espiral*, *Vuelta* y *Syntaxis*)— se abría con un texto de Haroldo («Larvario barroquista» —de Campos, 1985—).

Es posible, a su vez, reconstruir cómo se fueron tejiendo algunos de estos encuentros. Ríos, que vivía en Londres, conoció en 1971 a Paz, que vivía en Cambridge (Inglaterra). Paz dio una conferencia en Institute of Contemporary Arts y al acabar Ríos se le acercó para proponerle una conversación que podrían tratar de publicar en la *Revista de Occidente* (Ríos, 2017). Emir Rodríguez Monegal ha evocado su primer encuentro con Ríos, por la mediación de Cabrera Infante, en Madrid en marzo de 1974, tras el cual escribió:

«Hablando con Julián Ríos, descubrí que detrás de la fachada oficial de la cultura española existía verdaderamente una nueva cultura en espera de tener la oportunidad de ser reconocida» (1985:162). Monegal refería también un segundo encuentro, nuevamente en Madrid, en 1978, y comentaba que «semanas después, en el Café de Flore, tuve la oportunidad histórica de presentarle a Julián Ríos uno de sus antepasados, Severo Sarduy». A su vez, Ríos conoció por mediación del especialista joyceano David Hayman a Haroldo, quien se interesó inmediatamente por el proyecto de *Larva* y de *Auto de Fé-nix* (Ríos, 2017).

Por su parte, Sánchez Robayna conoció a Octavio Paz en 1974 («desde 1974 hasta hoy mismo, la amistad de Octavio ha sido para mí un don inestimable» —2002:154—, se lee en una anotación de sus diarios de abril de 1998). El contacto con la obra de Haroldo fue, si cabe, más importante aun para el poeta canario, que recuerda que la primera carta que recibió de Haroldo fue a raíz de una reseña de *Macunaíma*, de Mario de Andrade, que Sánchez Robayna publicó en *Destino* (1977), y que Gimferrer le hizo llegar a Haroldo, quien había colaborado en la traducción:

La primera carta que recibí de Haroldo creo que fue a raíz de la reseña que escribí, para la revista *Destino*, de *Macunaíma*, de Mário de Andrade (Sánchez Robayna, 1977), una reseña que a él le interesó mucho. Haroldo le había enviado a Gimferrer la traducción de *Macunaíma* hecha por Héctor Olea, poeta mexicano radicado entonces en São Paulo, una traducción muy creativa realizada en estrecha colaboración con Haroldo. Se publicó en Barcelona y yo hice una reseña entusiasta de esa novela impresionante del modernismo brasileño, que había sido completamente ignorado en España (de nuevo: con la excepción de Ángel Crespo). Con el tiempo acabé incluso traduciendo yo mismo a Oswald de Andrade, su precioso y fundamental *Pau Brasil* (de 1924; ver Andrade, 2009). Escribí con tanto entusiasmo aquella reseña de *Macunaíma*, creo que remitida luego por Gimferrer a Haroldo, que éste me escribió un par de semanas después dándome las gracias y con un libro suyo recién publicado, *Ruptura dos gêneros na Literatura Latino-Americana*, con una bella dedicatoria.⁷⁵ Me hizo mucha ilusión recibir esa carta. Esto debió de ser más o menos hacia 1977. Yo le envié también *Literradura*.

Ése fue el principio de una larga relación, de un diálogo muy intenso que duró hasta el momento mismo de su muerte. Él me enviaba todos sus libros, yo le

⁷⁵Ese texto se publicó por vez primera en un volumen colectivo en 1972 (*América Latina en su literatura*, organizado por César Fernández Moreno, México, Unesco). La versión en portugués se publicó en 1979 en *América Latina em sua Literatura* (São Paulo, Perspectiva) y en *A ReOpe-ração do texto* (São Paulo, Perspectiva, 2013).

enviaba los míos. Nos veíamos en Madrid, en París o incluso en São Paulo. Cada publicación de Haroldo era una especie de parteaguas. Doy simplemente un caso: el libro titulado *Ideograma: lógica, poesia, linguagem* me parece que todavía no ha sido leído de veras, empezando por el propio Brasil. Haroldo toma ahí el ensayo de Fenollosa *El carácter de la escritura china como medio poético* y lleva a cabo una síntesis cultural, en la línea de Pound, que no se ha vuelto a dar desde entonces. Tenía una capacidad asombrosa para las grandes síntesis, para los «intercambios» entre lenguas y culturas. Nunca le pagaremos del todo a Haroldo ese trabajo. Y luego, entre otras muchas cosas, publicó aquel estudio y traducción de algunos fragmentos del *Fausto* de Goethe... Yo traduje muchos ensayos de Haroldo en revistas: el diálogo con Celso Lafer sobre Octavio Paz para *Cuadernos Hispanoamericanos* (De Campos y Lafer), o un fragmento sobre el *Fausto* en los *Cuadernos de traducción e interpretación*, y muchos más en *Syntaxis*.⁷⁶ También muchos poemas (*La educación de los cinco sentidos*, *Crisantempo*, etc.) y su ensayo sobre João Cabral de Melo.⁷⁷ Siempre procuré reseñar tanto sus libros como aquellos otros que me enviaba organizados o prologados por él. Fue él quien me presentó al poeta Nelson Acher, que también colaboró en *Syntaxis* y con quien hice mucha amistad. (Sánchez Robayna, 2018b)

Por su parte, comentaba Haroldo de *Macunaíma* y de Sánchez Robayna:

A tradução para o espanhol do Macunaíma foi feita graças à minha revisão. Arranjei como editora a Seix Barral de Barcelona, através da minha amizade com Pere Gimferrer, e acompanhei pessoalmente a tradução. Se não fosse a minha revisão pessoal, Héctor Olea não teria conseguido traduzi-lo como o fez. O seu original foi objeto de uma profunda revisão de minha parte, porém não uma

76 Las publicaciones de Haroldo de Campos en *Syntaxis* son las siguientes: «Poemas», trad. Andrés Sánchez Robayna y Haroldo de Campos; «Conversación con Haroldo de Campos» (con Julio Ortega) y «Traducción: fantasía y fingimiento (*Papyrus*, de Ezra Pound)», trad. Andrés Sánchez Robayna, así como una triple crítica de *Galáxias* por parte de Andrés Sánchez Robayna, Nelson Ascher y Paolo Leminski, en el nº 8/9 (primavera–otoño 1985); «El geómetra comprometido», sobre João Cabral de Melo, nº 12/13 (otoño 1986–invierno 1987); «Octavio Paz y la poética de la traducción», trad. Andrés Sánchez Robayna y Haroldo de Campos, nº 15 (otoño 1987); «Finismundo: el último viaje», versión de Andrés Sánchez Robayna, nº 25 (invierno 1991); «Sor Juana Inés de la Cruz, la fénix mexicana», trad. Andrés Sánchez Robayna, nº 27/28 (otoño 1991–invierno 1992); «Cinco poemas», trad. Andrés Sánchez Robayna, nº 30/31 (otoño 1992–invierno 1993).

77 «El geómetra comprometido», incluido en *Syntaxis*, nº 12/13 (otoño 1986–invierno 1987). Por toda esta labor, Xosé Manuel Dasílva, de la Universidad de Vigo, afirma que Sánchez Robayna es «la persona que con mayor esfuerzo ha difundido en España la obra poética de Haroldo de Campos, [y] se ha ocupado, por otra parte, de analizar el perfil poliédrico de Haroldo de Campos en tanto que ensayista» (2008:225).

revisão, digamos assim, do ponto de vista extensivo, e sim do ponto de vista da orientação, indicando as coisas a fazer, os jogos de palavras a preservar, a maneira de proceder (...).

Andrés Sánchez Robayna, poeta espanhol muito identificado com os poetas da América Latina, diretor da revista *Syntaxis*. Ele é um interlocutor tanto de Sarduy quanto meu, a quem conheço desde muito jovem. Eu escrevi o prefácio de *Tinta*, seu primeiro livro, e sou membro do conselho da revista *Syntaxis*, desde que ela foi criada há cerca de dez anos. (Mata, 1994:s/p)

Desde entonces, ambos autores establecerán un contacto que se prolongará hasta la muerte del poeta paulista en 2003, como testimonian las veintiséis publicaciones dedicadas que —sin contar los ejemplares de *Syntaxis*— se conservan en la biblioteca de Haroldo, cuyos dos primeros, de 1977, son *Miraje* (ejemplar fechado en noviembre donde se lee: «Para Haroldo de Campos, celebrando su iluminador “Ideograma, anagrama, diagrama”, com um cordial abraço de Andrés», ítem 18880) y *Abolida* (en que se lee: «Para Haroldo de Campos, por el verdadeiro regalo, verdadeira iluminación que es *Xadrez de Estrelas*, com um cordial abraço, Andrés Sánchez Robayna», ítem 6201), y el último es *El libro, tras la duna* (2002), en cuya dedicatoria se lee: «Para Haroldo, de cuyo amado magisterio algo se dice aquí, y para Carmen e Iván, por una amistad sin tiempo, de su Andrés. Tegueste, 12 de febrero de 2002» (ítem 6167). El valor que otorga a su obra Sánchez Robayna —quien formó parte del jurado que le concedió en 1999 el Premio de Poesía y Ensayo Octavio Paz (Sánchez Robayna, 2002:211)— está fuera de toda duda:

Con Haroldo tuve un epistolario intenso, muy fructífero y enriquecedor para mí, y descubrí uno de los focos de creación poética más interesantes que ha habido en el siglo xx, el foco brasileño. Creo que nadie ha ido tan lejos como Haroldo y el grupo concreto en materia de traducción y de traductología, por otra parte. No me canso de reivindicarlos. Pienso que hay mucho que hacer todavía en la difusión internacional del gran grupo de creación brasileño compuesto por los hermanos Campos y por Décio Pignatari. Los traté a todos —sobre todo cuando estuve como profesor invitado en la Universidade de São Paulo—, pero con quien más relación tuve fue con Haroldo. (Sánchez Robayna, 2018b)

Merece la pena, por lo demás, reconstruir su primer encuentro personal:

A Haroldo lo conocí ya personalmente en Madrid, en 1978. Yo había acabado mis estudios y mi tesis doctoral en Barcelona y, pendiente del servicio militar,

vivía temporalmente en Madrid. Un día me llamó Julián Ríos para decirme que iba a venir Haroldo, cosa que él mismo me anunció al poco tiempo por carta. Fue para mí un encuentro fundamental. Hablamos sin parar. Lo acompañaban en ese viaje su mujer, Carmen, su hijo Iván, muy joven, y Héctor Olea. Haroldo era desbordante, y de una simpatía a flor de piel. Él ya había estado en Madrid a finales de los años cincuenta, me parece. En otro viaje posterior, hacia 1981 o 1982, me llevó a un sitio de Madrid que le gustaba mucho, la ermita de San Antonio de la Florida, donde están los frescos de Goya, y donde están también los restos del pintor, un lugar por el que él tenía verdadera devoción y que aparece en las *Galaxias*. Un fragmento de mi poema *El libro, tras la duna* evoca esa visita. (Sánchez Robayna, 2018b)

El testimonio de esa complicidad intelectual se prolongaría por un cuarto de siglo a través de correspondencias, encuentros, poemas, traducciones y colaboraciones. Uno de los muchos puntos en común entre el poeta canario y el paulista —rasgo que ambos comparten a su vez con el resto de autores de esta constelación— es su crítica a una idea esencialista de lo nacional basada en el tradicionalismo. Es sabido que el cosmopolitismo bascula entre dos polos: por un lado, la tendencia a un universalismo unilateral que —tal como aparece en el acercamiento de Pascale Casanova— borra las diferencias y las múltiples temporalidades en pos de la postulación de una única temporalidad que los países periféricos intentarían conquistar en un movimiento infinitamente infructuoso (Hidalgo Nácher, 2019d, 2020c); por el otro, a través de la multiplicación de las diferencias y la atención a la especificidad de los contextos en un ejercicio doble de crítica o diferencia respecto al particular (nacional) y al universal. «Cabe sospechar que no hay universo», escribía Borges en «El lenguaje analítico de John Wilkins». Esta segunda actitud que descree de la existencia de un solo mundo es propia de muchos «cosmopolitas periféricos» (Catelli, 2015d:33–34), acostumbrados a vivir una no solo doble, sino múltiple relación de exclusión o invisibilización respecto a los diferentes contextos en los que participan. En ese sentido, en esa segunda actitud la crítica del horizonte nacional se deja declinar a través de la remisión a «lo contemporáneo» de alguien como Agamben (2008), a las «heterocronías» de Antelo o al problema del «exceso de la nación» de Mari Paz Balibrea (2007:84). Pues en todos esos casos lo que está en juego es la puesta en crisis del «pequeño contexto» —ya sea por la introducción del «gran contexto», ya sea por la toma en consideración de los *restos*—. Siguiendo esas vías —o, como Haroldo diría, «anticipándolas»—, el poeta brasileño diferenciará en 1980 entre un «nacionalismo ontológico», que merecía ser combatido, y un «nacionalismo modal» que debería ser reivindicado para mostrar la diferencia de las naciones periféricas (De Campos,

1980:236–237). Así, escribía en «Poesia e modernidade: da morte do verso à constelação. O poema pós-utópico», estableciendo una diferencia entre Jauss y la perspectiva de Paz en *Los hijos del limo* (uno de los libros, por cierto, más anotados de la biblioteca de Haroldo):

O poeta latino-americano de hoje, diversamente, é levado a pensar a modernidade por uma assunção de sua universalidade enquanto poeta (seu nacionalismo, agora, não é mais ontológico, «substancialista», mas modal, vale dizer, simultaneamente diferencial e dialógico – ubicado, desubicado e ubíquo) (...). À evolução, por estágios sucessivos e funcionalmente diversos, do conceito de «moderno», proposta por Jauss, Octavio Paz prefere um modo de ver o problema que desvele, antes do que as suas nuançadas gradações semânticas, o seu paradoxo central, para nós imediatamente relevante. (1984:250)

En una modulación diferente de ese mismo pensamiento cosmopolita, escribía Sánchez Robayna en *Syntaxis*, en un texto surgido de un encuentro sobre «La modernidad literaria» celebrado en el Palacio de Bellas Artes de Bruselas el 18 de octubre de 1985, en el que participaron, junto al poeta canario, Antonio Saura, Juan Goytisolo, Julián Ríos, Eduardo Arroyo, José Ángel Valente y Gérard de Cortanze:

La idea de lo «nacional» considerado en sí mismo es idea combatida en el interior mismo de la modernidad. La universalidad —el diálogo con otras lenguas y otras culturas— es un principio moderno (...). Se ha producido en España, en efecto —y a pesar de algunas excepciones que vienen a confirmar la regla—, una suerte de gestualidad de lo moderno, una penosa caricatura cuyo síntoma más grave es, en mi opinión, la programación historicista de un supuesto cambio (de una supuesta *ruptura* moderna) en torno a 1970 (...). La inercia mental, la ausencia de crítica, el conformismo, y lo peor de todo: un lamentable gregarismo, están, me parece, entre las causas determinantes de esta situación. En la novela, por lo demás, todavía se oyen risibles ataques a Joyce o se habla de las páginas que sobran (casi todas, se dice) en las grandes novelas hispanoamericanas de este siglo... (...). Soy partidario de las excepciones... Creo que ha correspondido sobre todo a algunos escritores españoles ausentes de España durante los últimos años el papel de artífices de aquel diálogo, de la comunicación que define a la modernidad. (Sánchez Robayna, 1986:32–33)

El juicio crítico de Sánchez Robayna era claro: lo mejor de España estaba, paradójicamente, ausente de ella. En su caso, como en el del resto de autores citados, está en juego una política literaria e intelectual por la que estos

críticos creadores se apoyaban en los que consideran los sectores más innovadores de los diferentes campos y espacios nacionales con los que entraban en contacto para producir transformaciones paralelas que fecundaran los propios proyectos y pudieran introducir y legitimar dichas diferencias en sus propios contextos nacionales.

Afirmaba Julián Ríos en *Quimera* en 1987: «Los escritores que me interesan, por ejemplo Juan Goytisolo, suelen ser francotiradores. Parece como si hubiese en cada idioma o en cada país tres, cuatro escritores... Pero, en el fondo, entre todos ellos hay una especie de red invisible que los relaciona» (1988:42–43). Esa misma perspectiva se observa en la teorización de la condición insular en Sánchez Robayna, quien a partir de ella trazaba la figura de la soledad compartida del escritor y de la insularidad canaria como espacio de comunicación entre España y Latinoamérica. No por casualidad, al consultar los fragmentos anotados de la biblioteca de Haroldo se ve cómo el escritor brasileño se interesaba por las referencias a las «voces solitarias y libres» que abren, en la página cinco, el primer número de la revista *Vuelta*. Cuando leía en esa misma revista a Paz, marcaba en el lateral las últimas palabras, que decían así: «A veces sueño con una historia de la literatura hispanoamericana que nos contase esa vasta y múltiple aventura, casi siempre *clandestina*, de unos cuantos espíritus en el espacio móvil del lenguaje» (1977:24). Y, en fin, leyendo a José María Castellet, resaltaba «la búsqueda de modelos extranjeros» (1973:4), una búsqueda en la que jugaría un papel destacado en esta constelación la conexión mexicana con Paz, de la que a continuación nos ocuparemos.

2.3.4.3.2. Octavio Paz y la literatura contemporánea

La manera en que cada cultura y cada escritor construye el horizonte de lo visible —dejando fuera lo que no puede ver, lo que no le enseñaron a ver— es una de las marcas justas de lo central y lo periférico.

Nora Catelli

Junto a la nueva novela latinoamericana, Paz fue un autor fundamental en esta renovación crítica, tanto en lo que concierne a su propia obra crítica y de creación como al lugar institucional que ocupaba y a las redes en las que se insertó. Como ha quedado indicado en el apartado anterior, Paz (1914) encontraría en Ríos (1941) y en Gimferrer (1945) a dos jóvenes que estaban renovando la literatura española en sus vertientes narrativa y poética, los cuales, además, contribuyeron con sus escritos y sus conexiones editoriales a darlo a conocer como crítico y poeta en España.

Como acabamos de ver, Castellet, Ríos y Gimferrer coordinarán en 1973 un número de *Plural* sobre «Nueva literatura española». Escribía Paz a Gimferrer, dos años antes, el 14 de junio de 1971:

Pedro: probablemente haremos, si no se viene abajo todo, una revista mensual en México, un poco como *The New Yorker Review of Books* pero menos bibliográfica. Quiero decir, una revista de crítica pero asimismo de creación, discusión e invención. Apenas si necesito decirte que una de las colaboraciones de España que más *me interesan es la tuya*. Al mismo tiempo, quisiera pedirte un consejo: uno de los propósitos de la revista es convertirla en un lugar de confluencia de los escritores latinoamericanos y españoles —no en el sentido de un museo de notabilidades sino en el de un espacio en el que se desplieguen las corrientes vivas, lo mismo en el campo de la poesía y la ficción que en el de la crítica literaria, artística, filosófica y política. ¿Podrías sugerirme *diez* nombres de escritores españoles (inclusive catalanes)? Poetas, novelistas, ensayistas... No te pido diez nombres de *jóvenes* ni tampoco de gente *consagrada*, sino de autores vivos, que comparten nuestras preocupaciones... (1999:21)

De hecho, Paz quería, en 1972, poner en contacto a Gimferrer con Ríos: «Nos gustaría consagrar parte de un número venidero [de la revista *Plural*] a la nueva literatura española. Se me ha ocurrido que tú y Julián Ríos —no sé si lo conoczas— podrían encargarse de la recopilación y selección del material» (24 de agosto de 1972, —en Paz, 1999:38—). Y el 8 de junio de 1973, ante lo que podrían ser dudas o reticencias de Gimferrer, le escribía: «Me parece indispensable que tu nombre figure entre los colaboradores» (45). Paz apostaba así por esos jóvenes escritores en quienes encontraba aquellos interlocutores que no encontrara treinta años antes entre los exiliados que proyectaron *Laurel*. Los papeles, por lo demás, se habían invertido: ahora él era el mentor que escribía a jóvenes que habían escrito sobre él y le habían abierto las puertas de la edición en España a través de las editoriales Fundamentos y Seix Barral. Una vez preparado el número, así le escribía Paz a Gimferrer el 20 de agosto de 1973: «Ante todo: gracias a ti, a Julián Ríos y a los demás colaboradores del “número español” de *Plural*. Creo que será una verdadera revelación, no solo para el lector hispanoamericano sino también para los críticos y los escritores» (49). Y, en fin, en una carta del 24 de noviembre reiteraba la importancia de ese *número español*: «El número español —a pesar de las erratas, plaga de *Plural*— me sorprendió de veras. Estoy seguro —lo creo a pesar de tu pesimismo— de que en España se prepara algo. Y ustedes son los que preparan ese algo» (55).

2.3.5.3.3. Gimferrer, Paz y la renovación poética

Parece claro que toda poesía viva, toda poesía nueva debe fundarse en la refutación, en la negación de su precedente: en su destrucción, en su contradicción, en su escarnio —ya sea por la vía indirecta de acudir a unos maestros postergados o insólitos, ya por la directa de descomponer y barrenar el lenguaje imperante.

Pere Gimferrer

La poesía española fue terriblemente amputada con la guerra civil. Como se lee en el prólogo de *Las ínsulas extrañas*, una importante antología de poesía en lengua castellana de la segunda mitad del siglo xx publicada en 2002, de la que nos ocuparemos más adelante:

La historia de la poesía española de la segunda mitad del siglo xx está marcada por la dura realidad del franquismo y sus consecuencias. El país, culturalmente aislado y empobrecido, hubo de interrumpir su diálogo vivo con la poesía hispanoamericana —un diálogo que había sido muy fecundo en los años anteriores a la guerra—, y puso en práctica un pseudo-realismo (...) tan bienintencionado como estéticamente regresivo. Tras la marea de endecasílabos «garcilasistas» que llenó aún buena parte de los años cincuenta, el pseudo-realismo acabó por dominar la escena literaria. (Milán y otros, 2002:22)

Como ya hemos visto antes, entre 1956 y 1963 se constituyó una teoría literaria que, tomando el polo de lo social como núcleo, elaboró una poética social-realista a partir de una teoría literaria del reflejo. En el campo poético, las polémicas de esos años giraron en torno a la idea de poesía como comunicación y al compromiso literario. El bloque de mayor prestigio en el campo cultural planteaba que la literatura y el arte, en tanto que reflejo de lo real, eran capaces de operar una función de intervención transformadora y política. El escritor social —eufemismo, en un país sin libertad, para referirse a su vocación de intervención política— debía focalizar su atención de manera expresa en la sociedad y orientar su producción hacia un lector anónimo identificado en último término con las masas. El arte tenía que ponérse al servicio de una transformación social que solo sería posible a través de una toma de conciencia llevada a cabo gracias al poder cognitivo del arte. En ese contexto imperaba, de ese modo, una lógica del contenido según la cual el compromiso literario reposaba en el tema y en un cierto tratamiento comunicativo del mismo.

La polémica entre poesía como comunicación y poesía como conocimiento de los años cincuenta da testimonio de ese estado de cosas, en el que Carlos Barral y José Ángel Valente aparecían ya como voces discordantes en un espacio en el que predominaba la idea de la que la poesía es comunicación. Así, Valente se refería en *Ínsula* en noviembre de 1961 a un «antiformalismo» que habría «venido a parar en un formalismo de la peor especie: el de los temas o el de las tendencias» (1994b:26). Ese énfasis en el contenido sería, paradójicamente, una forma extrema de formalismo que habría jugado en detrimento del problema crucial del estilo. En tanto que la obra literaria no se dejaría reducir «a un parvo esquema ideológico», la crítica de tendencias sería «superficial y formalista» (28) al no ver la obra más que como el reflejo o la representación de algo dado previamente en la realidad. Ahora bien, en tanto la realidad es problemática y, por lo tanto, tiene que ser desvelada, «muchas de la poesía que se escribe entre nosotros carece de esa raíz última de necesidad que da existencia al estilo: la conversión del lenguaje en un instrumento de invención, es decir, de hallazgo de la realidad. Y solo de esa raíz o ley que hace de la realidad centro y destino único del acto creador nace la verdadera poesía» (29). El mismo Valente, en un texto publicado en 1963 pero escrito en 1957, presentaba «una inversión de perspectiva» respecto a la idea aceptada de que la poesía es comunicación para presentarla como «un medio de conocimiento de la realidad» (1994a:19). A través de un acercamiento de fondo fenomenológico que destacaba la singularidad de la experiencia artística, Valente insistía en el hecho de que el conocimiento poético «se produce en el mismo proceso creador» (21) y nunca está antes de dicho proceso. El poeta llevaría a cabo «un sondeo en lo oscuro» (22) a través del cual le sería comunicado a él mismo un conocimiento «en el acto mismo de la creación» (25). Esa perspectiva insistía, como se ve, en la singularidad del acto poético, que descentraba al poeta como garante consciente de su obra, al poema como instrumento al servicio de la comunicación de un mensaje conocido previamente y, al hacer eso, ponía en cuestión la propia *comunidad lingüística* al apuntar a sus fundamentos infundados.

Ahora bien, más allá de estas problematizaciones, la teoría poética dominante en los años cincuenta fue la de la poesía como comunicación. Las teorías de la poesía como comunicación, ligadas por lo común al compromiso y planteadas, por lo tanto, desde la postulación de la función social de la obra, asociada a la crítica política o político-cultural, partían de presupuestos epistemológicos similares a los de la estilística y, en ese sentido, la contraposición entre lectura interna y externa que cabría atribuir a una y otra visión se deja amalgamar en una misma visión instrumental y representativa del

lenguaje, en la cual la distinción entre expresión (estilística) y comunicación (poesía social) formaban parte, en último término, de un mismo paradigma discursivo que tenía al Hombre en su centro. En la *Antología consultada de la joven poesía* (Valencia, Bello, 1952) Gabriel Celaya sostenía el carácter instrumental de la poesía, llevando los planteamientos del compromiso literario sartreano, en su caso relativos a la prosa, también al discurso poético. La realidad histórico-social obligaba así al poeta, en tanto que hombre ya desde siempre comprometido (*compromis*) en una Historia que le precedía y conformaba, a comprometerse (*s'engager*) efectivamente en un proyecto existencial de transformación.

Vicente Aleixandre, como es sabido, serviría de paraguas y referencia a dicho grupo de poetas, mientras que Carlos Bousoño confeccionaba, desde la academia, una teoría que conectaba con los planteamientos de su maestro Dámaso Alonso. Así, se lee en la tercera edición de *Teoría de la expresión poética* de Bousoño: «Poesía es la comunicación, establecida con meras palabras, de un *conocimiento* de muy especial índole: el conocimiento de un contenido psíquico tal como es: o sea, de un contenido psíquico como un todo particular, como *síntesis* única de lo conceptual-sensorial-afectivo» (1962:18). Esta cita, y la idea de comunión que la subtiende, basta para comprobar cómo la poesía como comunicación —y, en este sentido también, esa teorización de la así llamada poesía social— se hallaba en línea de continuidad, por mucho que pudiera pretender lo contrario en el plano político, con los postulados epistemológicos de la estilística. La idea de la *poesía como conocimiento* a la que nos hemos referido antes surgió en esos mismos años como reacción a estos autores, y a través de ella se quería incidir precisamente en la especificidad de la escritura poética, la cual pasaba por un trabajo y una transformación. Así, escribía Carlos Barral en 1953:

Los poetas de la generación hoy dominante (nacidos entre 1906 y 1921, según nuestra cuenta) han dado lugar a una concepción viciosa y regresiva de lo lírico que baña la mayor parte de su obra y un sector importante de lo que debiera ser vanguardia más joven.

La ambición social —preocupación por el destinatario poético—, con el consiguiente confinamiento de la poesía oscura, el abandono de toda preocupación estructural —substitución de la unidad crítica poema por la unidad crítica libro—, la poesía anecdótica y el coloquialismo, son a mi parecer, los datos más evidentes de esta situación. La poesía religiosa, puramente confesional o con tardías resonancias rilkianas, la de presunto tema social, o la puramente narrativa y doméstica se nos aparecen como muy próximas y desembocando en un nuevo

momento campoamoriano. Y todo ello implica la existencia de una serie de fantasmas teóricos: el mensaje, la comunicación, la asequibilidad a la mayoría, temas de nuestro tiempo que coartan la vocación creativa. (Barral, 1953:24)

Barral sostenía ahí, frente a la idea de que el poema comunicara algo previo, que «el poeta ignora el contenido psíquico del poema hasta que el poema existe» (25). En términos parecidos intervino Valente en el debate, una década más tarde, en el texto de 1963 ya referido, al defender «una inversión de perspectiva» que permitiera comprender la especificidad «del proceso creativo» asociado a la poesía, la cual sería por encima de todo «un medio de conocimiento de la realidad» (1994a:19). Este conocimiento, que nunca estaría dado de antemano, estaría ligado, al «carácter único, no legislable» de la experiencia; así pues, lejos de remitir a la claridad y universalidad del concepto al que aspiraría la ciencia, apuntaría a lo que en ella hay «de irrepetible y fugaz» (21). El poeta no partiría de unos contenidos dados que tendría que plasmar, en un segundo momento, a través de un uso instrumental del lenguaje —a esa concepción y práctica de la poesía Valente le llamaba «el tiránico formalismo de la tendencia», según el cual «el antiformalismo ha venido a parar en un formalismo de la peor especie: el de los temas o el de las tendencias» (1994b:26), «no opera sobre un conocimiento previo del material de la experiencia, sino que ese conocimiento se produce en el mismo proceso creador» (1994a:21), el cual supondría, más que la comunicación de saberes previas, «un sondeo en lo oscuro» (22)—. Aquel ensayo de Valente acababa con la siguiente afirmación, en la cual se aprecia un desplazamiento del argumento de la poesía como comunicación para señalar cómo el poeta, a través de la creación, pondría en crisis el fundamento tanto de su propia subjetividad como del circuito de la comunicación: «El poeta no escribe en principio para nadie y escribe de hecho para una inmensa mayoría, de la cual es el primero en formar parte. Porque a quien en primer lugar tal *conocimiento se comunica* es al poeta en el acto mismo de la creación» (1994a:25).

Siguiendo estos mismos planteamientos, y apoyándose en su caso en la distinción entre poesía ingenua y poesía sentimental de Schiller, en la poesía de la experiencia de Langbaum y en el ejemplo de T.S. Eliot, que permiten pensar la poesía asociada a la finitud y a la producción, escribiría Gil de Biedma:

La poesía consiste en integrar hechos y objetos de un lado y significaciones por otro, e integrarlos en una identidad que es a la vez el hecho, el objeto y la significación. Eso también lo hacían los poetas clásicos, pero ellos se apoyaban en una visión supuestamente universal de la naturaleza que el poeta moderno

no tiene. Por tanto, lo que debe hacer un poeta moderno es mostrar los límites subjetivos de esa integración entre hechos, objetos y significaciones. Es decir, solo una vez que en el poema estén claramente expresos los límites subjetivos de la integración de valores y significaciones con objetos y hechos el poema será válido. (1976:340)

Aunque, como acabamos de ver, hubo otras voces como la de Valente —y, en ese sentido, será muy importante la *Teoría del poema* (Seix Barral, 1957) de Joan Ferraté—, el estado de la poesía en 1965 era, para Jaime Gil de Biedma, el siguiente:

El panorama literario español resulta forzosamente mortecino. El desdén de la realidad y una embarazosa convicción de estar defendiendo la buena causa mantienen todavía a una parte de los escritores en las posiciones de hace unos años. Sus poemas, novelas y ensayos —la censura consiguió hace muchos años liquidar toda posibilidad de un teatro vivaz e independiente— adolecen de lo que un buen poeta, José Ángel Valente, llama formalismo temático (...). Pero no sería extraño que dentro de muy poco se desencadenase una intransigente reacción contra la literatura social que ha predominado, bajo diversas etiquetas y con varios matices, durante los últimos quince años. En los poetas más jóvenes, ese movimiento ya empieza a dibujarse. (1965:284)

En ese artículo, que no pudo leerse en España, Gil de Biedma atacaba la poesía social por ineficaz al sostener que

para las clases universitarias e intelectuales, la literatura *engagée* ha sido un poco lo que la devoción a este o aquel equipo de fútbol para las masas urbanas: un sucedáneo de la pasión y de la acción política (...). El desahogo que el escritor y sus lectores pueden dar a los instintos políticos es de carácter tan privado e imaginario que apenas suele traer otra consecuencia que el falseamiento de las obras literarias y de las ideologías. (281)

Esa crítica al *engagement* sartreano —que el propio Sartre había hecho, aunque en términos muy diferentes, ya a comienzos de los cincuenta—, compromiso que en España se trasladaba también a la poesía, se hacía aquí en nombre de una doble tara ligada a su ineficacia política y a su nulidad artística, y era condición necesaria para abrirse a otras poéticas, que Gil de Biedma exploraba con ayuda de T.S. Elliot. Por lo demás, conviene recordar lo que, muchos años después, sostendría Antonio Gamoneda:

La poesía social comportaba grosura y límites en el orden de la creación poética. Fue, sin embargo, necesaria. Necesaria como antídoto de la poesía fundamentada en la falsedad. Me refiero a la poesía de la «felicidad» consagrada por los vencedores de la guerra civil. En ellos, el mundo aparecía perfectamente claro, redondo y ordenado; era un mundo —sobre todo en su parcela— por el que «había que dar gracias a Dios», y así se hacía al celebrarlo. La llamada poesía social disiente de esta conducta y solo por ello ya es una poesía legítima, lo cual no quiere decir que sea la suya una fórmula poética consistente. (1997:171–172)

Para valorar el estado de la poesía española en relación con el contexto internacional en lengua castellana merece la pena volver sobre la correspondencia de Paz con Gimferrer, que arranca en 1966.⁷⁸ Mientras que en su primera carta del 17 de abril de ese año Paz elogiaba vivamente *Arde el mar* (1966) por la ruptura que suponía respecto a la tradición española, en su carta del 23 de abril de 1967 sus *Tres poemas* le merecían un juicio muy diferente por el nuevo proyecto poético que encarnaban:

Arde el mar fue inactual en España porque usted escribió un libro de poesía contemporánea y con un lenguaje de nuestros días, hacia adelante, en tanto que la poesía de la España actual es inactual por ser una poesía pasada (...). Los poetas contemporáneos en todo el mundo —excepto en España, en donde el realismo descriptivo, nostálgico y didáctico sigue imperando como si viviésemos a finales del siglo XIX— están fascinados por las relaciones entre realidad y lenguaje, por el carácter fantasmal de la primera, por los descubrimientos de la lingüística y la antropología, por el erotismo, por la relación entre las drogas y la psiquis y, en fin, por construir o destruir el lenguaje. Pues lo que está en juego no es la realidad sino el lenguaje. (Paz, 1999:21)

Continuaba en la siguiente carta, del 27 de mayo de 1967:

Mi crítica a gran parte de la poesía española contemporánea es una crítica de orden lingüístico-poético. Me parece demasiado subjetiva: más hecha de intenciones y declaraciones que de poemas. Ese subjetivismo la vuelve verbosa y sentimental, imprecisa y sin rigor. (...)

El poeta español cree todavía que el lenguaje le pertenece. Por eso lo usa, a veces con descuido, como si fuese un bien personal. Sospecho que la poesía española contemporánea no se ha planteado con entero radicalismo esto del lenguaje.

78 Sobre Gimferrer cabe destacar el reciente ensayo de Eloi Grasset (2020), que he leído una vez acabado este libro y del que puede leerse mi reseña (Hidalgo Nácher, 2021b).

Es lástima porque este es el tema de la poesía moderna, lo que la distingue de las otras épocas (...): no es el hombre el que constituye al lenguaje sino este al hombre. (23–24)

Estas contundentes afirmaciones de Paz señalaban un núcleo de las poéticas contemporáneas que la poesía española habría escamoteado: el problema del lenguaje, que en Paz se convertirá por esos años en una afirmación de una *es-criatura* general, tal como se ve en *El mono gramático* (Seix Barral, 1974), libro que el poeta mexicano había ya publicado en 1972 en francés en la editorial Skira («Les sentiers de la création») bajo el título de *Le singe grammairien*. Es este problema el que Gimferrer volvería a colocar sobre la mesa con sus primeros poemarios, por los que Túa Blesa lo considera como un «“segundo [Rubén] Darío”, artífice de un “cambio radical” en la poesía española» (2012a:72).

Siguiendo el razonamiento de Gil de Biedma y de Paz, y profundizándolo, escribía Gimferrer en 1971:

Por lo que hace a las promociones [*poéticas*] surgidas después de la guerra civil, [*la poesía viva*] ha vivido hasta ahora en la clandestinidad (...). Se trata de imponer una poesía «oficial» —no sustentada en una presión directa del sistema sino en un estado de opinión elegido quién sabe si como consecuencia del trauma de la guerra, por la intelectualidad más conservadora y unánimemente impermeable a cualquier exploración vanguardista que ha podido hallarse en Europa (...). No deja de ser sintomático el hecho de que las sucesivas «escuelas» se apropiaran indefectiblemente, con júbilo totémico, del consabido fetiche machadiano. Este estado de opinión imponía, no solo un rechazo de «lo que no debe hacerse» —estableciendo en este respecto fronteras tan tajantes y punitivas como las que Foucault ha podido detectar en la sociedad postrenacentista entre Razón y Sinrazón, e igualmente ficticias— sino también una determinada *lectura* de los autores existentes. Se proscribía a Gómez de la Serna; el Juan Ramón de *Espacio o Dios deseado y deseante* o de *Españoles de tres mundos* era relegado al ghetto en beneficio de *Platero y yo*; incluso en los poetas admitidos por el «establishment» se operaba esta «selección» en aras de una lectura ortodoxa, con un criterio parecido al que presidía las purgaciones de Dostoievski en el período estaliniano. Así, se ignoraba al Cernuda de *Un río, un amor y Los placeres prohibidos*. Cernuda se había crecido como poeta en la experiencia del exilio, al beber en las fuentes de la poesía inglesa y olvidar su juvenil surrealismo. Igualmente, *Pasión de la tierra*, *Espadas como labios* e incluso *La destrucción o el amor* eran tributos del joven Aleixandre a las modas de la época: Aleixandre era «el poeta de *Sombra del paraíso*». *Poeta en Nueva York* se consideraba un error de Lorca, un tanteo en caminos extraños y peligrosos. Y, por supuesto, Gerardo Diego era el poeta de

los sonetos y los romances, no el autor de *Imagen y Biografía incompleta*. Y si un poeta —Larrea—, al interrumpir su obra poética en 1932, no posibilitaba esta distinción, se le daba su merecido: permanecía inédito y ausente de las antologías. Esta lectura se extendía asimismo a los poetas latinoamericanos: Neruda y Vallejo eran «poetas comprometidos» casi exclusivamente, y un vasto olvido rodeaba a Oliverio Girondo y a Huidobro. Los nuevos poetas que perseveraban en el camino «erróneo» eran silenciados: vigilantes espadas se alzaban para cerrar el paso a Octavio Paz, a Nicanor Parra, a Lezama Lima. El criterio respecto a qué era «la buena poesía» no resultaba menos claro y preciso que en tiempos de Alberto Lista. Si en 1970 han podido ver ya la luz los poemas de Ory o de Larrea y la poesía joven optar en cierta medida por «la Sinrazón», habrá que creer que aquella poesía secreta empieza al fin por salir de su reclusión en «las habitaciones de atrás». (1971:93–95)

El gran referente en este contexto era el poeta exiliado Luis Cernuda. Gil de Biedma criticaba en «El ejemplo de Luis Cernuda» (1962) cómo la reacción contra los llamados poetas del 27 se había limitado a «la aparición de una temática nueva y a una cierta despreocupación, cuando no desdén, por las cuestiones de orden formal» y que, por ello, «la poesía que venimos haciendo —esa poesía humana, social, realista, o como queráis llamarla— adolece de una inconsistencia que a la larga es imprescindible remediar» (1962:129). Y ese remedio lo encontraba, justamente, en Cernuda:

Es necesario (...) buscar una tradición, unos maestros a imagen y semejanza de los versos que intentamos hacer. En ambos respectos, Luis Cernuda es el ejemplo más próximo, la más inmediata cabeza de puente hacia el pasado (...). Cernuda es hoy por hoy, al menos para mí, el más vivo, el más contemporáneo entre todos los poetas del 27, precisamente porque nos ayuda a liberarnos de los grandes poetas del 27. (130)

Valente, por su parte, sostenía en «Luis Cernuda y la poesía de la meditación» que «la obra de Cernuda no solo nos ofrece un cuerpo poético de desusada calidad, sino que acarrea al propio tiempo una renovación del espíritu y la letra del verso castellano» (111) y se refería insistente a él en «La poesía: conexiones y recuperaciones» (1970). Y ya en el siglo XXI, refiriéndose a la crítica, afirmaba Miguel Casado en las primeras líneas de *Los artículos de la polémica* (2005): «Hay un libro que debería releerse continuamente, porque en él se encuentran las claves de un pensamiento actual acerca de lo poético; se trata de *Estudios sobre poesía española contemporánea*, que Luis Cernuda publicó en 1957» (2005b:19).

Casado ha estudiado, por lo demás, cómo la llamada *generación del 70*, surgida como movimiento publicitario a través de la antología de Castellet, apareció como una ruptura que ponía en el centro el problema del lenguaje señalado por Paz pero, en la revisión de Luis Antonio de Villena, la cual —siendo la interpretación canónica, en la estela de los planteamientos de la antología *Nueva poesía española* de Enrique Martín Pietro (Madrid, Scorpio, 1970)—, «elude de modo expreso» toda discusión en torno al lenguaje y, «mientras pulveriza a Castellet, se presenta como su desarrollo lógico» (Casado, 2005d:84). Así, se da la paradoja de que «el relato hoy dominante se presenta como continuista con el de Castellet y, en realidad, es contradictorio, antagónico con él» (77), gesto que Casado denuncia bajo el nombre de *tradicionalismo* al producirse «un giro fundamental hacia la tradición y el continuismo». Puede afirmarse así que en las lecturas hegemónicas de los novísimos «lo anecdotico, lo extraliterario, los gestos y posturas personales, los contenidos se han situado en el centro, mientras el trabajo lingüístico, la única realidad poética posible, ha sido enviado a la periferia y la marginación. Y ello se ha hecho mediante una sistemática y publicitaria defensa de lo contrario» (79). De ese modo, según esa interpretación, «con el rótulo *novísimo*, que había nombrado —salvando sus vetos y sus incoherencias— la ruptura poética más real en varias décadas, se designaría ahora la *restauración*, convirtiendo el grupo refundado en peldaño de una tradición inerte» (Casado, 2005e:132).

Volviendo al texto anteriormente citado de Gimferrer, este rescataba del «sistema de expresiones viciadas puesto en circulación por el academicismo» (1971:91) la poesía de Claudio Rodríguez, Jaime Gil de Biedma y José Ángel Valente. Y, en cuanto a los modelos extranjeros, afirmaba que «estamos aún en el momento de Rimbaud» —poeta que, como es sabido, otorgó a la poesía la misión de «transformar la vida»— y de Isidoro Ducasse. El resto, seguía Gimferrer, serían «manifestaciones de una estética anterior, epifenómenos en suma. No es de extrañar la esterilidad de tres cuartas partes de la lírica actual» (107). Gimferrer insistiría en esa poética rimbaudiana en su conferencia de 1991 *Rimbaud y nosotros*, donde presentaría al poeta francés como horizonte de la poesía contemporánea. Su obra «representa aún una lección, un reto y es un ejemplo para nosotros. Es más particularmente una lección o un reto —y ahora sí hablo de poetas españoles— para los que escribimos en nuestra península» (2005:57). La aportación de Rimbaud consistiría en «la igualación de poesía y música en cuanto artes abstractas» (27) y en haber llegado a través de ello «al máximo de autonomía verbal y al máximo de autonomía literaria» (46), y «cualquier poeta que escribe en la actualidad, sabiendo que no alcanzará más que una aproximación, tiene que

tratar de ser digno de esta herencia de Rimbaud» (62). Retomando *Arde el mar*, Túa Blesa señalaba cómo en dicho poemario ya se abría un horizonte rimbaudiano, el cual también aparecía en las lecturas críticas de Gimferrer: «Tiempo nuevo, nueva poesía y también una crítica nueva, pues eso es «Notas parciales sobre poesía española de postguerra», esto es, una relectura de la tradición próxima que debía alterar las valoraciones de las obras poéticas» (Blesa, 2012a:84).

Frente a esos planteamientos, *Cuadernos para el diálogo* publicaba en noviembre de 1970 un número extraordinario titulado «Literatura española a treinta años del siglo XXI», una «Mesa redonda: poesía» en que participaban Carlos Bousoño, Gabriel Celaya, Ángel González, José Hierro, Blas de Otero, Luis Rosales y Antonio Martínez Sarrión. Tanto la nómina de autores invitados como las declaraciones de los mismos —que se ocupaban de temas como poesía y música, arte popular y poesía y sociedad, y apenas hacían alguna referencia externa a los «novísimos»— presentaban un futuro como mera prolongación del presente («la poesía del futuro», decía Rosales, «continuará siendo exactamente lo es» —1970b:60—).

Sin duda, no fue el caso. Y, sin embargo, algo de ese pasado sobrevive hoy en día. Los textos que escribió Miguel Casado en la primera mitad de los años noventa, retomando esa misma problemática, buscaban, en sus propias palabras,

cuestionar los criterios básicos que han guiado la elaboración de la historia de la poesía española, al menos desde la guerra civil, y los métodos y convicciones críticas que la sustentaban; me parecía precisa una labor de *crítica de la crítica* para deconstruir un relato repetido con mínimas variaciones durante cinco décadas, una doctrina *oficial* que ha llevado la poesía española a un absoluto aislamiento respecto a los modos de pensar lo poético contemporáneo. (2005a:14)

La historiografía poética española se habría constituido a través de una historia lineal que privilegia las tendencias por encima de los textos y, mediante la aplicación de criterios generacionales, distribuye las posiciones y los valores a través de su adecuación a una «*estética dominante*» (Casado, 2005d:75) a la que se subordina la lectura de los textos.⁷⁹

79 Son en ese sentido pertinentes las reflexiones de Germán Labrador respecto a las nuevas poéticas de finales de los sesenta y principios de los setenta y las transformaciones del campo cultural: «Se ha querido entender la coincidencia compleja de estos fenómenos propios de los finales de la década prodigiosa desde el marco conceptual de la posmodernidad. Con este rótulo se han estudiado las formas de escritura experimentales producidas en aquel momento o la despolitización de las industrias culturales españolas de la década siguiente. Sin embargo, la asimilación

El aislamiento poético que Paz refiere a Gimferrer se doblaría aquí en una autarquía teórica —pues, según Casado, «ni en el franquismo ni en la democracia ha existido debate teórico serio» (74)— que hace que los conceptos utilizados por la crítica española compongan «una cadena de lagunas y tópicos, ajenos a la reflexión habida en el último medio siglo de poesía» (2005b:19). Esos textos dan cuenta de la persistencia de un paradigma hegemónico de lectura proveniente de prácticas heredadas del franquismo, que Casado cifra en una historia de más larga duración, aislando cuatro problemas de la poesía y crítica españolas: la ausencia de «un auténtico Romanticismo»; la no asunción de las vanguardias en la renovación de la idea de tradición; la separación clara y tajante entre poesía y pensamiento; y, finalmente, «el aislamiento respecto a las más recientes prácticas de la poesía en Latinoamérica y en los países de nuestro entorno cultural» (20).

La poesía moderna irrumpía como tradición de la ruptura (Paz),⁸⁰ como una herencia no precedida de testamento (Char),⁸¹ como brecha entre pasado y futuro (Arendt, 1968). Era esa tradición antitradicionalista la que le permitía afirmar a Bergamín en los años veinte que «toda tradición verdadera suele parecer revolucionaria» (1923:241). Sin embargo, tras la Guerra Civil, en España esa tradición quedará rota, dando forma a un *continuum* en la literatura que Dámaso Alonso definía en los siguientes términos: «Hay un tejido continuo por debajo y muchos elementos que sirven de laña o ensambladura. Nunca, un desgarrón definitivo. ¡Nunca, una protesta fundamental contra lo inmediatamente anterior!» (en Casado, 2005b:22). De ese modo, en España se habría producido una renovación poética limitada a algunos autores, la cual no habría permeado a la crítica y a los modos de lectura establecidos salvo en casos excepcionales:

Completamente desconectada de los procesos creativos que tienen lugar en Latinoamérica (...), faltan algunos de los elementos decisivos de una escritura contemporánea. Esto no se cumple en el caso de los mejores poetas; pero sí

del término “posmoderno” legitima una comprensión de la cultura setentera vista como antesala de las políticas oficiales de Javier Solana —ministro de Cultura entre 1982 y 1988, y Mr. PESC en 1999—, pero no sirve para explicar las diversas mutaciones sucedidas en el contexto transicional. Porque los modos culturales propios del tardofranquismo no responden a la definición de *posmodernidad* que ofrece Jameson (1984) —la de una lógica cultural hegemónica propia del capitalismo avanzado—, pero tampoco se pueden entender desde el sentido provinciano que se le dio al término en los años ochenta, convertido en la etiqueta filosófica perfecta para elogiar la inconsistencia, el hedonismo y la banalidad reinantes de una cultura–espectáculo al servicio de la *normalización*» (2017:199–200).

80 Ese es el título del primer capítulo de *Los hijos del limo* de Paz.

81 «Notre héritage n'est précédé d'aucun testament» (Char en Arendt , 1968:3).

afecta a las circunstancias de su recepción, al discurso habitual sobre la poesía y al horizonte de expectativas de los lectores. (Casado, 2005b:25)

España seguiría empeñándose en ser la misma dentro de sus castillas aunque, como veremos en el apartado 3.2, lo cierto es que, más allá de los sectores académicos y críticos dominantes, irán abriéndose dentro de ella desde entonces nuevos espacios atentos a la contemporaneidad.

2.3.5. Vanguardias marxistas y culturales en 1970: una polémica

El año 1970 es un momento de especial efervescencia intelectual en el cual se hace posible dirimir, a través de toda una serie de polémicas, las tensiones entre el marxismo y las nuevas tendencias ligadas al estructuralismo, el neonietzscheanismo y las vanguardias literarias y culturales. Coincidien en él varios fenómenos de renovación, entre los que destacan el surgimiento de la filosofía lúdica o neonietzscheana, con Eugenio Trías a la cabeza, y la intervención poética con la publicación de la antología poética de los *Nueve novísimos* por parte de Castellet. Además, Manuel Vázquez Montalbán publicaba su *Manifiesto subnormal* y *Cuadernos para el diálogo*, en diciembre, un número extraordinario sobre «Literatura española a treinta años del siglo XXI» (nº XXIII) motivado por la publicación de uno anterior, de mayo de 1969 (sobre «Treinta años de literatura española. Narrativa y poesía española (1939-1969)»), «que levantó cierta polémica periodística» (*Cuadernos para el diálogo*, 1970a:3). Ese nuevo número, aprovechando el centenario de Bécquer y el cincuentenario de Galdós, partía de la constatación de una crisis: «Derecha e izquierda, vanguardia y realismo, crítica oficial y crítica marginada, literatura de masas y literatura de minorías, arte popular y arte elitista, incluso literatura burguesa y literatura de contestación, son ya contraposiciones inútiles, referencias que no sirven, líneas de demarcación que ya no demarcan nada» (4). La publicación de la «Defensa apresurada del realismo» (1970) de Isaac Montero tras la mesa redonda con Juan Benet testimoniaba de una crisis ya insoslayable del realismo en la novela.

Esos acontecimientos se daban en una variedad de campos y remitían a diferentes problemas, pero supusieron movimientos críticos análogos en el campo de la filosofía y de la crítica literaria, y provocaron una polémica pública en la que los diferentes sectores de vanguardia —marxista por un lado, representada por el Equipo Comunicación, y «culturalista» por el otro, representada por novísimos y neonietzscheanos, dirimirían sus diferendos—. En ese sentido, tanto los neonietzscheanos como los novísimos serían acusados

desde el marxismo de ser una falsa vanguardia que será asociada a la *gauche divine* y a la Escuela de Barcelona. No hay que desconocer, por lo demás, que esa polémica se encabalgaba con una lucha entre las dos capitales culturales del momento: Barcelona y Madrid. Se trataba, en palabras de Vázquez Montalbán, de una «guerra cultural» (1970b:26) cuyo estudio, a través de la revista *Triunfo* y de algunas otras plataformas, nos da la pauta de una lucha por conquistar la legitimidad intelectual y literaria en el campo de vanguardia.

La polémica de *Triunfo*, que incumbiría tanto a las vanguardias literarias como filosóficas, arrancó con la publicación de una carta al director firmada por Luis («muy probablemente un pseudónimo del propio [Alfonso] Sastre» —Pecourt, 2006:225—) y titulada «Imperialismo cultural catalán». En *La revolución y la crítica de la cultura* (Grijalbo, 1970), Sastre, desde el campo marxista, se preguntaba por «los problemas de la creación cultural comprometida o sedientemente interesada en la revolución o, por lo menos, en el «progreso» de las sociedades humanas, y sus relaciones con la crítica de la cultura» (1970:9), y en su prólogo atacaba a ciertos «*progresistas*» que vendrían a cumplir, «más o menos conscientemente, sus compromisos de clase con la derecha declarada» (10). Esa crítica sin nombres iba dirigida especialmente a los catalanes Castellet, Barral y Goytisolo, quienes, como hemos visto, habían revisado sus postulados estéticos y, junto con ellos, sus planteamientos políticos en la segunda mitad de los sesenta (Pecourt, 2008:110–III). En ese libro criticaba, entre otras cosas, cómo

una mayor comunicación con el exterior ha producido, paradójicamente, en lugar de una mayor liberación, una mayor dependencia, que en ocasiones llega a ser sumisión, a las leyes del mercado literario y artístico euroamericano: «occidental». En cuanto a la crítica literaria y artística, el pensamiento quasi autodidacta anterior a 1962 está siendo sustituido hoy por una ficción de pensamiento progresoidé, compuesto de tics modernamente «a la izquierda» o utópicamente «radicales», y que no es sino un reflejo del pensamiento dudosamente inconformista que se está produciendo en el área «neocapitalista», en la que somos una colonia económica y, en definitiva, cultural. (Sastre, 1970:76)

La carta de Luis a *Triunfo*, que retomaba estos temas, presentaba a «toda esa farándula que forman poetas de medio pelo, filósofos de tres al cuarto, mercachifles en general de las ideas como una exudación primeriza e infantil de un gran país (Cataluña) que entra decididamente por la senda del capitalismo desarrollado y científico (?). Esas vanguardias no serían así más que un «epifenómeno» resultado de un «montaje económico»: un «síntoma» que «como tal debe ser estudiado» (Luis, 1970:35). Vázquez Montalbán, retomando el título

de la carta al director firmada por el anónimo Luis, respondería a las críticas en el mismo número afirmando que no había una tal unidad en los autores criticados: «Esta inexistente escuela» —compuesto de «irracionalismo, integracionismo, irrealismo y neocapitalismo»— «ha sido inventada por una mecánica similar a la que crea todos los “enemigos necesarios”» (1970a:32). Se trataría, así, de un *cliché* que pretendería anular la diferencia de unas novedades que, lejos de responder a un único patrón, serían plurales. Trías, por lo demás, ya había planteado el problema en *La filosofía y su sombra*, el cual desarrollaría en *Filosofía y carnaval*: «Todo racionalismo ha sentido siempre la necesidad de supurar una sombra mediante la cual definirse a sí mismo. El irracionalismo no es otra cosa que un *fantasma*: esa presencia esquiva mediante la cual, al conjurarla, evocarla y rechazarla, el racionalismo basa su seguridad y su esplendor». Ahora bien, «el irracionalismo no existe» (1970d:72). De ese modo,

el problema no es, por tanto, si la juventud actual o algunos grupos o agentes de ella, o las nuevas generaciones o los grupos marginados son irracionalistas. El problema importante es otro: si quienes usan este término no caen en la trampa (su propia trampa) de producir una imagen invertida de sí mismos: advertir, fuera del estrecho coto de su racionalismo, un reverso en negro que condenan y expulsan. El verdadero y alarmante problema es este: el de las buenas conciencias. (73)

El equipo editorial de Comunicación, asentado en Madrid, publicaría poco después el artículo «Otra alternativa cultural» (Equipo Comunicación, 1970b). En él pretendía dar razón de las acusaciones de «imperialismo cultural, snobismo, etc.» (56) vertidas por Luis contra la producción cultural catalana. Según Comunicación, estaríamos ante un fenómeno cultural eminentemente catalán, ya que «los movimientos de subnormalismo, novísimos, Carnaval filosófico, etc...; las actividades ínfimas de Tusquets, Anagrama, Lumen, Barral Editores, etc., son movimientos y actividades que aparecen en Barcelona y no tienen igual en la Meseta» (55–56).

En la polémica estaba en juego una disputa de campo, como se ve en los dos argumentos esgrimidos contra ellos:

La pretensión de esos movimientos y actividades de, por una parte, llevar a cabo una crítica de la situación social y cultural; por otra, la de convertirse en vanguardia innovadora e, incluso, en arte de «contestación». Lo primero puede advertirse en los textos de V. M., Terenci Moix, E. Trías, etc., con las diferencias de rigor; lo segundo, en la obra de los novísimos, el Carnaval filosófico, la escuela cinematográfica y la mayor parte de las publicaciones ínfimas (e ínfimas publicaciones). (56)

Con esas afirmaciones, Comunicación les disputaba el lugar de la legítima vanguardia. Les acusaba de *aparentar* simplemente la «contestación» y de no serla; de estar sometidos a la moda (ser un mero producto de la industria cultural) y de llevar a cabo una crítica puramente cultural («solo se percibe un cambio cultural, dicho con otras palabras: ninguno» —56—). El grupo Comunicación apostaba por la ciencia («esta penosa situación podría paliarse de alguna manera si la actividad cultural produjese una ciencia real» —56—). Ahora bien, continuaban, si el estructuralismo ha sido «la principal aportación» filosófica del momento («publicaciones sobre lingüística estructural y sobre el estructuralismo foucaultiano y lacaniano»), ocurre que, a su modo de ver, habían sido

siempre publicaciones ínfimas, mínimas, no libros básicos para ayudar al conocimiento crítico del estructuralismo científico en nuestro país, sino pequeños ejercicios en los que sacrifica todo en aras de la brillantez. ¿Ha pensado alguien seriamente que el Carnaval puede ser una respuesta filosófica a la situación, tiene alguna operatividad no comercial este concepto? (56)

El juicio era rotundo: «No hay una verdadera aportación vanguardista en el campo de la expresión ni un intento serio por contribuir a la configuración de una ciencia no académica y trasnochada, pero sí hay la apariencia de todo esto» (56). Los miembros de la «Escuela de Barcelona» —agrupados de ese modo bajo una etiqueta reconocible— serían, así, unos mistificadores.

En esta polémica se percibe cómo marxistas y neonietzscheanos se disputaban las posiciones de vanguardia del momento. El artículo de Comunicación, que criticaba al mismo tiempo «la insuficiencia de la crítica comprometida y la banalidad de la crítica académica», no hallaba en la llamada Escuela de Barcelona una salida satisfactoria al problema. La propuesta del grupo Comunicación, y las contraposiciones que construían su argumentación, eran claras: frente a apariencia, verdad; frente a la mistificación de un falso radicalismo verbal, trabajo riguroso; frente a la moda, elaboración científica (56). El artículo se oponía así a las nuevas tendencias a través de las que «la cultura se ha convertido en la forma habitual —mediante la retórica, el formalismo, el radicalismo verbal, etcétera— de mistificar la realidad» (57). Quizás no sorprende a estas alturas que uno de los grupos más importantes en la publicación del formalismo y las corrientes semióticas y estructuralistas en España usara el término «formalismo» como acusación.

Eugenio Trías, por su parte, respondería desde *Triunfo* con el artículo «Comunicación y su sombra», en el que planteaba precisamente aquello que la filosofía del Equipo Comunicación, que criticaba a la llamada «Escuela de

Barcelona», les impedía pensar. El filósofo catalán había publicado en 1969 una «Presentación de la obra de Michel Foucault» en *Convivium* (nº 30 1969/II), republicada en 1970 bajo el nombre de «El loco tiene la palabra» (1970b) en *Filosofía y Carnaval*, así como algunos artículos en *Tele/eXpres* que acabarían engrosando el libro recién citado, pero era conocido, sobre todo, por haber publicado *La filosofía y su sombra* (1969), libro que suponía la irrupción en España de un estructuralismo filosófico inspirado en *Las palabras y las cosas* de Foucault, y publicaría en ese mismo año, como veremos, *Teoría de las ideologías* (1970), obra en la que atacaba, precisamente, los procedimientos discursivos que subtendían la crítica de un cierto marxismo en el que cabía incluir al Equipo Comunicación. La acusación de este grupo —reconstruida por Trías— era que la crítica del grupo de Barcelona se llevaría a cabo en el «nivel estrictamente cultural»: «en su enfoque no hay más que elementos culturales, sin “solicitar ayuda” de otros elementos; es decir, sin vislumbrar un verdadero cambio; solo se percibe un cambio cultural, dicho con otras palabras: ninguno». Trías reconstruía el argumento del artículo para criticar sus presupuestos:

Veamos cómo se produce la operación que yo consideraría específicamente hegeliana: inicialmente tenemos unos escritos que se inscriben en campos diferentes: los «Novísimos», dentro del campo de la poesía; el «Manifiesto subnormal», a caballo entre la reflexión crítica y la narrativa; «Filosofía y Carnaval», en clara relación de continuidad y ruptura con algunas tesis del estructuralismo, etc. Por otra parte, tenemos diferentes editoriales. Mas he aquí que: 1) hacemos un solo paquete con «Novísimos» y «Manifiesto y Carnaval» y lo bautizamos de algún modo; 2) correlacionamos ese paquete 1 con un paquete 2, constituido por varias editoriales. (¿Y por qué esas que cita el articulista? ¿Por qué no añadir, por ejemplo, «Comunicación», que tan bien se halla caracterizada en ese artículo? Pues esa colección publica notoriamente «publicaciones ínfimas, mínimas; no libros básicos para ayudar al conocimiento crítico del estructuralismo científico en nuestro país, sino pequeños ejercicios». Véase a este respecto, como botón de muestra, «Arreglo de cuentas con el estructuralismo»). (1970a:34)

La crítica al grupo Comunicación era clara: su marxismo —se decía en el artículo, de estirpe lukacsiana— «recaba el error metodológico en que una cierta tradición marxista ha insistido una y otra vez, a saber: la erección de un nivel considerado privilegiado como único nivel en el que se dice operan los cambios efectivos o “reales”». El artículo le servía a Trías para anunciar la próxima aparición de *Teoría de las ideologías* (Península), al que ya nos hemos referido de pasada, y en el que precisamente atacaría «este vicio congé-

nito de un cierto marxismo (en el que nunca incurrieron Marx, ni Lenin, ni Mao en sus análisis concretos) que consiste en el sistemático desplazamiento del nivel de análisis a otro que se supone nivel privilegiado». A continuación, Trías señalaba la que sería la contradicción fundamental de Comunicación: afirmaba, *al mismo tiempo*, la especificidad de los dominios y la reducción de los dominios a un dominio último, de modo que

bascula entre un marxismo renovador, capaz de reconocer la autonomía relativa de «todas» las diferentes instancias o niveles, un marxismo inspirado en los famosos textos teóricos de Mao sobre la «práctica» y sobre la «contradicción» —un marxismo teorizado por la escuela althusseriana, por Polanzas, por Godelier y demás marxistas que han sabido aprovechar la renovación metodológica producida por el llamado «estructuralismo»—, y otro marxismo de corte tradicional (iba a decir reaccionario), de inspiración hegeliana, cuyo mejor y más interesante exponente lo constituye «Historia y conciencia de clase», de Lukacs. (34)

Y así concluía su crítica, inscribiéndose en una tradición filosófica que desembocaría en los estructuralismos franceses:

Para evitar esas facilidades hay que leer, por ejemplo, a Foucault, a Lacan, a Derrida, a Deleuze, a Lévi-Strauss, a Althusser. Y también a Platón, a Descartes, a Hegel, a Wittgenstein, a Nietzsche, a Marx (al Marx de «El Capital»). Y eso cuesta horas y esfuerzo. Pero es la única forma de entender un libro de filosofía, como el mío, por muy «carnavalesco» que este sea en el estilo y en la escritura... (34)

Por lo demás, la crítica de Comunicación a Castellet en diciembre de ese mismo año en las páginas de un número extraordinario de *Cuadernos para el diálogo* sobre «Literatura española a treinta años del siglo XXI» estribaba en que su compromiso «no pasó nunca de ser una actitud relativamente ética, es decir, acientífica, y de un materialismo para andar por casa» (Equipo Comunicación, 1970d:33), lo que explicaría sus *novísimas* conversiones. El «frente realista» conformado entre 1957 y 1962 y la crítica lukacsiana española —pero no Lukács— serían así los principales enemigos de Comunicación en el campo marxista:

Quizás haya sido injusto añadir la palabra «marxismo» al hablar de las fuentes. Injusto en la medida en que lo que verdadera y, repetimos, clandestinamente llegó a divulgarse fue un Lukács voluntarista y sociólogo, el Lukács de «Situación presente del realismo crítico» que no solo no es todo Lukács, sino, naturalmente, tampoco todo el marxismo. (Equipo Comunicación, 1970d:33)

La crítica de Castellet a esa etapa comprometida tendría que ver, pues, con «una concepción mecanicista de las relaciones entre la sociedad y la cultura» que propondría

una concepción contenidista del arte y la literatura que centraliza lo específicamente artístico sobre el eje forma–contenido, siendo este una *representación* de la realidad que aquella debe elaborar. Ahora bien: esta realidad *representada* se dividía esquemáticamente en niveles relacionados según criterios de prioridad causal, de tal modo que los considerados más profundos (o infraestructurales) determinaban *inmediatamente* a los concebidos como superficiales (o superestructurales), según las disyuntivas expuestas por Lukács en su *Situación presente del realismo crítico*, que corregirá en su obra fundamental, por entonces no conocida en España: *La estética*. (33)

Según Comunicación, en su giro teórico Castellet se dedicaría a «contestar un esquematismo con otro» (34). De hecho, tanto él como los neonietzscheanos serían en último término —y aquí es donde se reconoce el procedimiento discursivo señalado por Trías— simples productos de la moda y del mercado al asociarse a una «crítica más ligada a la industria de la cultura que a la cultura misma»; una crítica que, al margen de la universidad y sus plataformas, se ejercería en los suplementos literarios de los diarios y en las revistas:

En el campo abonado para la degradación que supone la información a medias, esta crítica nace ya viciada. Y cuando el léxico cosmopolita se impone en los niveles políticos, los críticos culturales de la gacetilla aprovechan inmediatamente la ocasión para lanzar un lenguaje esotérico de fórmulas vacías, fáciles de aplicar a cualquier acontecimiento cultural que se produzca en el país. Esta crítica nace como consecuencia de un pseudo-aperturismo que trata de imponer aunque no sea más que las formas lexicales de una actitud europeizante que no desentonara con los criterios de integración que el desarrollismo impone. (34)

Caracterizada por «*su verborrea*» («pues esta crítica usurpa un léxico que no corresponde ni a la metodología ni al criterio que aplican en su labor crítica») y por «*su incapacidad* para realizar una crítica que no se base en las solapas y contraportadas de los libros criticados (...), convirtiéndose en ancillares gacetilleros de las modas que la industria cultural impone», estos autores «suelen considerar cumplida su labor crítica al identificar la novela realista con el pasado y a Juan Benet con el futuro» (37). Ambos grupos serían culpables, por lo tanto, de snobismo, mercantilismo y deserción política.

La polémica con el Grupo Comunicación se encabalgaría, por lo demás, con la acuñación del marbeté *gauche divine*. Vázquez Montalbán —quien en

1976 se referirá a Althusser a propósito de su visita a Barcelona como el «Jaimito» (1976) del Partido Comunista Francés— escribía el 30 de enero de 1971 en *Triunfo* «Un informe subnormal sobre un fantasma cultural» para espantar ese otro fantasma que caía sobre los intelectuales barceloneses de vanguardia. Como había escrito ya Trías en 1969, esas calificaciones no serían más que una proyección, una sombra, del pensamiento de sus enemigos intelectuales:

El irracionalismo no es otra cosa que un *fantasma*: esa presencia esquiva mediante la cual, al conjurarla, evocarla y rechazarla, el racionalismo basa su seguridad y su esplendor (...). El irracionalismo (...) solo existe en la mente del «racionalista»: es una invención suya, del mismo modo como las falsas brujas son invención de una conciencia devota, en la que estarían en juego «falsos fantasmas o brujas (que nada tienen que ver con los verdaderos, muy respetables) mediante los cuales se asegura una conciencia, una bella conciencia» (1969b:73).

Vázquez Montalbán retomaba así el argumento de *La filosofía y su sombra* para indicar que no era evidente ni la existencia de ese fantasma, del que llevaba a dar un «retrato robot (...) creado por la delirante imaginación de sus soñadores» (1971:23). De hecho, según el escritor, serían las derechas quienes habrían creado ese término para atacar a algunos intelectuales que habrían participado «en el encierro de Montserrat, en el ayuno—protesta del club de amigos de la ONU y en otros acontecimientos del agitado mes de diciembre de 1970» (22). Ocurre, pues, que «la mayor parte de los supuestos miembros de la llamada “gauche divine” no sabían que ésta existiera hasta que empezaron a lanzarles el adjetivo con agresividad», «porque “gauche divine” era poco más que eso, un mero nombre puesto a un fantasma al que nadie se había enfrentado con lucidez, solo con emotividad, debido al aspecto atildado del fantasma, a su blancura de biodetergente y a sus bromas algo pesadas» (23–24). Desde entonces, «cada cual puede dar gracias a sus dioses por ser menos culturalista que Eugenio Trías, menos social—demócrata que los social—demócratas, menos chulo que Juan Benet, menos cantante que Serrat y menos estructuralista que Gabriel Celaya».

El artículo se cerraba señalando cómo ese marbete servía para esconder los verdaderos problemas de la sociedad española, ligados a su conservadurismo y a su ideología de extrema derecha: bajo el marbete de la «gauche divine» habría quedado sepultado «otro vocabulario más representativo»: «reaccionarismo, parafascismo, maniático—represores, inmovilistas...: ese es el vocabulario que merece un lugar en nuestros periódicos y un lugar en nuestras oraciones divinas o satánicas» (25).

3. Las vanguardias críticas e intelectuales tras la muerte de Franco y la teoría en la posdictadura

Las transformaciones políticas y sociales que se darán en España desde mediados de los años setenta y en los ochenta con la consolidación de la democracia alterarán profundamente las dinámicas del campo cultural. En este apartado nos ocuparemos de la importancia de las revistas culturales y contraculturales durante la transición y de cómo los movimientos contestarios, contraculturales y de vanguardia que cobran forma a mediados de los setenta tenderán a normalizarse a finales de la década. La proliferación de revistas y de editoriales durante esa década, ligada muchas veces a las luchas políticas, dará paso a un espacio cultural en el que el diario *El País* y las políticas del PSOE desde su llegada al poder en 1982 adquirirán una nueva centralidad y en el que el polo económico tenderá a independizarse del político, fomentando una nueva heteronomía del campo cultural. El agotamiento de las vanguardias francesas y la restauración humanista y (neo)liberal que ahí se da desde la segunda mitad de los años setenta es fundamental también para entender un cambio de dinámica que en el mundo editorial se plasmará en el cierre o la reconversión de muchas de las editoriales de vanguardia de los setenta, así como en un proceso —que desde entonces no ha dejado de profundizarse— de concentración empresarial que ha ido asimilándolas en grandes grupos multimedia.

Tras este apartado, desplegaremos una serie cuyo momento de emergencia coincide con la muerte de Franco y que consiste en la introducción de las perspectivas textualistas, lacanianas, telquelianas y deconstrutivas, las cuales no siempre llegarán desde Francia sino, como veremos, muchas veces por mediación argentina. Esta sección estudiará así una veta textualista y psicoanalítica de la crítica literaria y, junto con ella, la introducción de las perspectivas telquelianas y deconstrutivas. Estudiaremos así la entrada del psicoanálisis lacaniano en España de la mano, principalmente, de Oscar Masotta y de exiliados argentinos, así como su incidencia en las tendencias textualistas cercanas a la revista *Diwan*. Tras ello, abordaremos algunos de los usos más destacados de la deconstrucción desde la crítica literaria a través del estudio de la obra de Nora Catelli y de Túa Blesa para acabar siguiendo la estela de la apertura hacia las literaturas modernas que ya se anunciaba en la obra de Juan Goytisolo y en el diálogo de Octavio Paz con Pere Gimferrer y —como veremos— con Julián Ríos. Tras ello, concluiremos provisionalmente esta investigación con unos apuntes para la construcción de un mapa de la teoría en España desde los años ochenta y, más concretamente, desde 1984.

3.1. El campo intelectual tras la muerte de Franco y en la posdictadura

El campo cultural e intelectual español experimentará profundas transformaciones en la segunda mitad de los años setenta y la primera mitad de los ochenta. Aun sin pretender estudiarlo en profundidad, es conveniente reconstruir algunos aspectos del mismo para entender mejor una dinámica que permite explicar parcialmente las trayectorias de algunos de los autores que ya hemos estudiado o a los que nos referiremos. En Trías, Savater, Azúa, Llovet y Jiménez Losantos, por citar solo a unos pocos, se ve un primer momento de afirmación política revolucionaria —a través de la militancia comunista— o, en la mayoría de casos, de una actitud transgresiva, libertaria o contracultural que posteriormente dará paso a posiciones humanistas y liberales, cuando no abiertamente reaccionarias, como en el caso del último autor citado. Esas trayectorias, que pueden considerarse análogas a las de algunos autores franceses (entre los que destacan Kristeva y Sollers), no pueden ser interpretadas sin más a partir de una lectura que remitiera a la unidad sustancial de dichos individuos. Aunque, por supuesto, en sus respectivos recorridos está en juego la elección de los sujetos, esos trayectos dan cuenta de las transformaciones efectivas de todo un sistema cultural en el que la imposición del criterio económico —que en los sesenta y setenta se entrecruza con el político y de vanguardia— desembocará en muchos casos en una despolitización cultural promovida por una cultura del consenso con la que España ingresaría finalmente, según un relato hasta hace poco hegemónico, en la modernidad.

3.1.1. Las revistas culturales durante la Transición

Juan Goytisolo se había referido en *El furgón de cola* (1967) a los cambios socioeconómicos de los sesenta que provocaron el surgimiento de un mercado cultural de masas cuando afirmaba:

Para bien y para mal España avanza por el camino de su integración en la familia industrial europea (...). Pese a la aparente inmovilidad de nuestra corteza política (superestructura) el período que atravesamos pasará a la Historia como uno de los más ricos y decisivos en cambios profundos (estructurales). Con bastante retraso en proporción de los demás países europeos España se adentra por un camino conocido (el de su industrialización por obra del capital monopolista) sin que quienes estando obligados a preverlo por vocación e ideología nos hayamos ocu-

pado en atender al ejemplo de nuestros vecinos y en sacar de él las consecuencias necesarias. (1967f:3)

Esas transformaciones posibilitaron tanto el surgimiento de nuevas editoriales como de revistas culturales y políticas destinadas a ese nuevo público. Como ha estudiado Francisco Rojas Claros (2005:103), en ese proceso cultural fue fundamental la labor de algunas editoriales de vanguardia, así como de revistas de gran tirada como *Triunfo* (que tuvo su etapa más importante entre 1969 y su cierre en 1982) y *Cuadernos para el Diálogo* (1963–1978) junto con otras de menor tirada. De hecho, desde la muerte de Franco en 1975 hasta el fallido golpe de Estado del 23 de febrero de 1981 se produjo cierta eclosión y florecimiento de un notable número de revistas políticas y de crítica cultural. Basta con dar una ojeada a la cronología de las siguientes publicaciones para comprobarlo: *Tiempo de Historia* (diciembre de 1974–julio/agosto de 1982), *Ajoblanco* (octubre de 1974–mayo de 1980), *Ozono* (1975–1979), *Negaciones* (octubre de 1976–verano de 1979), *Cuadernos del Ruedo Ibérico* (1965–1979), *El Cárobo* (julio/agosto de 1976–finales de 1980), *Teoría y Práctica* en su primera época (noviembre de 1976–1978), *Saida* (1977–1978), *Materiales* (enero/febrero de 1977–noviembre/diciembre de 1978), *Taula de canvi* (1976–1981), *Bicicleta. Revista de Comunicaciones Libertarias* (noviembre de 1977–mediados de 1982), *El Basilisco* (en su primera época, 1978–1984), *Zona Abierta* (en su primera época, de octubre de 1974 hasta 1976) y *En Teoría* (abril/junio de 1979–1982), a las que habría que sumar revistas humorísticas como *Hermano Lobo* (1972–1976) y *El Papus* (1973–1986). Revistas de especial interés para la renovación teórica son, en ese contexto, la incipiente y universitaria *Quert Poiuy. Revista de Literatura* (1974–1977), la neoinietszscheana *Cuadernos de la gaya ciencia* (1975–1976), la telqueliana *Diwan* (1978–1982) y las literarias *Espiral* (1976–1980), *Camp de l'Arpa* (1972–1982), *Quimera* (desde 1980 hasta hoy) y *El Viejo Topo* en su primera época, de octubre de 1976 a julio de 1982.

Triunfo publicaba en 1976 el artículo «Y ahora los mensuales» (Alonso de los Ríos, 1976b:18), donde se refería a «la explosión de revistas teóricas», «un fenómeno tan previsible como necesario» en una España que empezaba a dar voz a través de ellas a una cultura «en buena parte reprimida». Estas revistas cumplirían una «función crítica», fomentando «el debate y la clarificación» en un contexto de «explosión editorial» que habría llevado, según el articulista, a que la producción editorial fuera «indiscriminada y caótica». Estas publicaciones supusieron, además, la apertura y pluralización de un espacio cultural hasta entonces mucho más homogéneo, pero su existencia fue efímera. Como se ve en el anterior listado, una parte importante de estas

revistas desaparecieron entre 1977 y 1979, y otras apenas resistieron unos pocos años más. Las transformaciones políticas (con el triunfo del PSOE en las elecciones democráticas de octubre de 1982), mediáticas (con la nueva centralidad del diario *El País*) e intelectuales (con el giro liberal y neoliberal de una parte de la intelectualidad antifranquista) que se operaron en esos años tienen mucho que ver con ello.

Como explica Juan Pecourt, «las publicaciones en las que escribían los intelectuales (...) se verán obligadas a competir, en desigualdad de condiciones, con una prensa de masas cada vez menos interesada por las cuestiones ideológicas de fondo y más abierta a las exigencias del consumo cultural» (2012:185). Muchas de esas publicaciones de tiradas y alcance desigual contribuyeron, de un modo u otro, a la renovación teórica y a la legitimación de una nueva generación de intelectuales que en muchos casos tuvo a la literatura como un motor privilegiado. En los años setenta, como ha señalado Germán Labrador en *Culpables por la literatura*, «mientras un mundo antiguo, el del franquismo, colapsaba y otros mundos luchaban por surgir de su ruina, la literatura fue el territorio privilegiado —y la materia— donde ciertas metamorfosis culturales y políticas pudieron darse, precisamente porque literaria fue también la forma de las vidas en transición que las protagonizaron» (2017:34). Y tal como ha afirmado José Manuel Hernández refiriéndose a Barcelona,

la novedad, profundamente marcada por los efluvios que la libertad de prensa iba a acabar definitivamente imponiendo, es que desde la muerte de Francisco Franco hasta la configuración del primer gobierno de la Generalitat de Cataluña elegido democráticamente en las elecciones al Parlamento de 1980, van a ir surgiendo una serie de plataformas discursivas, de vida más o menos efímera, pero de gran importancia en la configuración cultural de la ciudad de Barcelona. Promovidas por jóvenes intelectuales nacidos durante la posguerra (...), vivirán la Transición con el afán propio de los fundadores. (19–20)

Entre estas nuevas publicaciones ya nombradas destacan por su tirada dos publicadas en Barcelona: *Ajoblanco* (1974), revista libertaria y contracultural impulsada por José Ribas, y *El viejo topo* (1976–1982), fundado por Claudi Montañà, Miguel Riera y Josep Sarret, y dirigido por Francisco Arroyo, que planteaba una crítica de la cultura desde un espacio de pluralidad en que convivían las tendencias marxistas con las libertarias. Formaron parte del consejo de redacción de *Ajoblanco* hasta 1982 Luis Racionero, Quim Monzó, Santiago Soler Amigó, Juanjo Fernández, Ramón Barnils y Federico Jiménez Losantos, entre otros. Con relación a *El viejo topo*, colaboraron entre mu-

chos otros, también hasta 1982, Eugenio Trías y Fernando Savater. La pretensión de esta segunda revista, que vendió una media de 23 900 ejemplares por número entre 1977 y 1978 (Mir García, 2006:8), era «competir abiertamente, reivindicando el recambio generacional en las élites intelectuales del país, por el espacio que ocupaban revistas como *Cuadernos para el diálogo* y *Triunfo*, plataformas de amplia difusión que habían aglutinado la resistencia cultural al franquismo» (Hernández, 2013:20).

Ajoblanco publicaba textos tanto en catalán como en castellano y en su segundo número afirmaba que «AJOBLANCO ha sido parido en Barcelona, capital a pesar de quien le pese de una cultura catalana. Una cultura que puede hipotéticamente alcanzar las cotas de la normalización en cualquier momento» y que «un medio de comunicación como este debería ser un muro en el que todo aquel que cree que la imaginación es una cosa importante pueda escribir espontánea y libremente. Que para eso están los muros» (*Ajoblanco*, 1974:3). La revista —sobre la que puede consultarse el libro de Germán Labrador (2017:41–46)— se ocupaba de arte, cine, cómic, teatro, música y contenidos culturales de todo tipo y, además de incluir un disparatado e inverosímil apartado de anuncios, se interesaba por la antipsiquiatría, el movimiento gay, el antimilitarismo y el ecologismo. Sus planteamientos respecto a la literatura, donde reivindicaban la literatura *beat*, aparecen en el número tres, en «El fraude literario o en busca de literatura castellana» (1975), donde Pepe Ribas presentaba la revista como un «nosotros» ajeno a los círculos culturales, situándose de ese modo, como la publicación contracultural que era, en el margen del margen:

Nosotros, la gente joven, la gente que no se cree importante, no descubrimos en nuestra literatura actual, más que aburrimiento, vacío y desolación (...). Estamos rotos y sin pasado. La nueva generación, menos oportunista, más idealista y con ansias de presente para poder actuar con otra concepción, está sola, completamente sola. Sin guías, sin editores, sin crítica, sin profesores, sin cauces. No es de extrañar, por lo tanto, este notable desinterés que la juventud en general muestra ante la literatura que hoy publican las mal llamadas editoriales vanguardistas. (Ribas, 1975:6)

Se trataba, así, de hacer *tabula rasa* con lo que había, ya que

no existe nueva literatura. Ni los restos de la generación del 27, ni la escuela realista u oportunista de posguerra, ni las generaciones de los Benets, Goytisoles, Martín Santos, García-Hortelanos, Gil de Biedmas, etc., han sabido remontar el desastre del 36, ni han tenido la suficiente fuerza para iniciar a la desamparada

cultura española. ¿Quién se ha comprometido? ¿Quién ha llegado hasta sus últimas consecuencias?

Por ello, inscribiendo una marca de clase que acusaba a la burguesía «progre», su propuesta era de ruptura: «Destrocemos el pasado que no nos sirve y creemos nuestros propios canales, nuestros medios, nuestras contraeditoriales» (6). Así es como presentaba a las editoriales de vanguardia del momento:

El flujo barraliano ha dado luz a distintas editoriales. Alianza Editorial: un paso. Gracias. Lumen: una llamita que puede darnos alguna esperancita. Alberto Corazón: pirata o camaleón. Anagrama: poquito a poquito. Tusquets: somos o no somos snobs. Cuadernos: ¿habrá apertura? Kayros: tú que puedes, ¡por qué no te dejas de puñetas, te lanzas y eres? La Gaya Ciencia: ??? Seix-Barral: crepúsculo de valores. Ariel: ensayo ... ensayo ... ensayo ... etc., etc., etc. Vemos que ninguna de estas editoriales tiene interés alguno en descubrir o promocionar a las nuevas generaciones. Queda muy claro que no desean arriesgarse y que les importa un pimiento. (Ribas, 1975:7)

Ahora bien, esa caracterización irreverente no tiene que hacernos perder de vista que algunas de esas editoriales se publicitaban en *Ajoblanco* y que presentaban, de ese modo, claros puntos de intersección con la revista.

Con relación a *El viejo topo*, participaba de una órbita cercana a la de *Ajoblanco*, pero menos militante y más plural. La revista pagaba las colaboraciones, encargadas a autores que daban voz a un variado espectro ideológico, y —sin seguir el formato *fanzine* de *Ajoblanco*— su diseño era rompedor, haciendo un uso del color muy distinto al habitual en las revistas comprometidas políticamente, mucho más sobrias y austeras (Fernández Buey, 2006:15). En ese sentido, se trataba de una revista destinada a un nuevo público que tenía a la profesionalización relativa de sus colaboradores, lo que incidía en la pluralidad de la revista, que se constituyó así en punto de cruce y encuentro de ideologías y perspectivas diversas. Como ha señalado Francisco Fernández Buey (recordando que *El viejo topo* no tenía un consejo de redacción), «todos escribíamos en otras revistas en cuyos consejos de redacción estábamos (*Materiales*, *Zona Abierta*, *Argumentos*, *El cárabo*, *Negaciones*, *Saida*, *Revista Mensual*, *Ajoblanco*, *Taula de canvi*, *Teoría y práctica* y otras), pero solo coincidíamos aquí, en las páginas de *El Viejo Topo*, para dialogar, discutir o polemizar». Eso permitió, como ha señalado él mismo, «un interesante diálogo entre marxismo y libertarismo» (16).

El viejo topo se abría en diciembre de 1976 lamentando la muerte de Mao-Tsé-Tung y con un fragmento que remitía al «viejo topo del que hablaba

Marx», el cual motivaba el nombre de la revista, antes de dar el primer texto de Francisco Fernández Buey en que repasaba la historia del marxismo («Los herederos de Marx»). Ese primer número dedicaba una sección a «Droga y literatura», en que aparecía una colaboración de Octavio Paz («Cada uno tiene el paraíso que se merece») y en que Biel Mesquida participaba ya con dos textos («Perversetpolimorfbloq» y «Rosas rojas y/o negras para una propagandista: Teresa Pàmies», una entrevista crítica y provocativa a la autora, cuyas opiniones aparecían puestas en duda de modo sistemático). Igualmente, Octavi Martí escribía sobre la película *El desencanto* de Jaime Chávarri («El lento ocaso de la familia Panero») y Tomás Delclos sobre *Saló* de Pasolini («Saló. Breviario de podredumbre»). Se trataba, pues, de una revista que, participando del campo marxista y del libertario se abría, desde una perspectiva crítica y plural, a «la crítica de la cultura y de la vida cotidiana» (Mir García, 2006:7).

La revista se ocupaba de drogas, sexualidad, antipsiquiatría y cárceles y se hacía eco de las novedades teóricas francesas. Publicó textos de Althusser, dando voz a los neonietzscheanos y haciéndose eco de los debates telquelianos protagonizados por Alberto Cardín y Federico Jiménez Losantos y de las teorías lacanianas de Oscar Masotta. Igualmente, dedicó una atención especial a *Fragments d'un discours amoureux* con «Barthes, amor y discurso marginal» (1977a) de Joaquim Sala-Sanahuja. Escribieron en ella, entre otros, Fernández Buey, Carlos Trías, Miguel Morey, Fernando Savater, Luis Racionero, Tomás Delclos, Nora Catelli, Álex Broch, Alberto Cardín, Marcelo Cohen y Josep Sarret. Por dar una breve caracterización de qué podía leerse en esta revista —caracterización que, por cierto, contrasta con la recopilación, de carácter eminentemente político, hecha en su antología por Jordi Mir (2006), y así la complementa—, aquí presento una breve selección de algunos textos de los primeros números de la misma. Mesquida entrevistaba a Leopoldo María Panero (nº 5, febrero 1977) y el argentino Marcelo Cohen reivindicaba la importación a España de los talleres literarios argentinos («Talleres literarios: el fin del aislamiento»); se tradujo «Un diálogo sobre el poder» de Foucault y Deleuze (nº 6, marzo 1977); Mesquida y Leopoldo María Panero entrevistaban a Jaime Gil de Biedma, Paco Fernández Buey escribía sobre Gramsci, Narcís Aragay y Miguel Morey reseñaban *Meditación sobre el Poder* de Eugenio Trías y se daba cuenta de las novedades de García Calvo (nº 7, 1977); Josep Sarret entrevistaba a Régis Debray, Josep Alberti presentaba la obra de Octavio Paz y Alberto Cardín escribía sobre Klossowski (nº 8, mayo 1977); Morey escribía sobre los inéditos de Nietzsche mientras la revista celebraba las primeras publicaciones de Pre-Textos (nº 9, junio 1977); Antoni Vicens entrevistaba a François Châtelet y Jorge A. Marfil a Juan Benet, Ma-

riano Antolín Rato escribía sobre Robbe-Grillet y Jordi Llovet sobre Mesquida y Monzó (nº 10, julio 1977); los nuevos filósofos merecían la atención de Joaquim Sala-Sanahuja, se reproducía una conferencia de Savater sobre la enseñanza de la filosofía al lado de textos de Althusser, Gabriel Albiac y Joaquim Jordà sobre la dictadura del proletariado, Antoni Munné escribía sobre Marcel Duchamp, Cardín sobre el caso Schreber de Freud y Tomás Delclos se ocupaba de cine porno (nº 11, agosto 1977); en el número 12 Javier García Sánchez entrevistaba a Fernando Savater (septiembre 1977) y en el nº 14 se publicaba un especial sobre la actualidad de Gramsci, una entrevista a Cabrera Infante y una reseña de Joaquim Sala-Sanahuja de *Fragments d'un discours amoureux* de Barthes (noviembre 1977), lo que muestra cómo en *El viejo topo* confluían una disparidad de campos y perspectivas ligadas a una nueva relación con lo político y lo cultural.

Por lo demás, si en ese primer período que llega hasta 1978 la revista todavía se articulaba en el horizonte de una posible ruptura radical con el orden franquista, a partir de 1978 y 1979 asistimos a «la descomposición de esta izquierda» (Mir García, 2006:9). Como afirma Pecourt refiriéndose a *Leviatán*, fundada por el PSOE en 1978, y a *Década*, de UCD, «los únicos proyectos de revista de intervención política que se materializaron después de 1978 fueron los intentos de los dos mayores partidos políticos de crear publicaciones teóricas que trabajaran para definir de manera más precisa su posición en el espacio parlamentario» (2008:251).

3.1.2. El fin de las vanguardias, la conversión a la razón democrática y la vía del consenso

En el caso de los campos editorial y mediático (...) lo decisivo ha sido la transición, a veces en las mismas editoriales, de una producción de vanguardia muy ligada a la radicalización intelectual antifranquista —como se advierte en el boom editorial del ensayo a partir de mediados de los 60, tras la Ley de Prensa de 1966— a una producción más comercial donde la filosofía funciona como un sucedáneo «chic» de la autoayuda (las obras de Marina, los infinitos ensayos sobre «saber vivir» al estilo de Sádaba, los artículos de Ángel Gabilondo en *Psychologies*) o como una elaboración teóricamente prestigiosa de los temas de actualidad social y política (las virtudes públicas y la ciudadanía, el nacionalismo, el multiculturalismo, la incidencia de los medios de comunicación en la vida cotidiana, etc.). En el transfondo de esta transición se sitúa la

crisis económica iniciada a mediados de los 70, la elevación de los costes financieros y la tendencia creciente —desde los años 80— a la concentración empresarial en grandes grupos editoriales de carácter multinacional. En esta misma deriva hay que subrayar la expansión de una «filosofía mediática», destinada a los profanos.

Francisco Vázquez García

La muerte de Franco en 1975, la fundación de *El País* y la aprobación de la Ley por la Reforma Política de 1976, las elecciones democráticas, la legalización del Partido Comunista Español y la Ley de Amnistía de 1977, así como la Constitución aprobada el 6 de diciembre de 1978 marcaron el camino de la transición política española estableciendo, en palabras de Mari Paz Balibrea, «las condiciones legales de posibilidad de la amnesia del Estado español democrático con respecto al pasado de Guerra Civil y dictadura» (2017c:301). Ese estado de cosas hizo posible que desde el 2011, y tras las protestas surgidas a raíz de la así llamada «crisis económica» y englobadas en torno al 15-M, cuajara una crítica —que, por otro lado, ya existía con anterioridad y que puede rastrearse en el seno mismo de la transición— a un discurso hegemónico sobre la transición —al que se ha llamado en ocasiones, siguiendo una acuñación difundida por Guillem Martínez, el «Régimen del 78» y, en el campo cultural, «la Cultura de la Transición» (Acebedo, 2012)— un espacio político y cultural que, construyendo un relato que tiene en su centro —como punto de llegada— la «normalidad democrática», estableció el marco discursivo del debate político en España.¹

El fin de las vanguardias, la caída del interés por el ensayismo y las publicaciones políticas, la nueva centralidad de *El País* y la crisis de las publicaciones periódicas de crítica política y cultural marcan un cambio de época. La crisis y el cierre de *Triunfo* son, en este sentido, paradigmáticos. Habiendo sido suspendida a finales de junio de 1971 por cuatro meses por una infracción «muy grave» del artículo segundo de la Ley de Prensa de 1966 y en septiembre de 1975 por cuatro meses más por otra infracción del mismo tipo, tal como explica su exdirector José Ángel Ezcurra, «la reaparición de *Triunfo* en enero de 1976 —con el título “La respuesta democrática” en su porta-

1 «Después de 1978, y hasta la victoria socialista, la esfera de la cultura se verá sometida a una tensión estructural que la vertebrará a partir de dos polos opuestos; de un lado, la radicalización ciudadana trabaja en favor del reforzamiento de la autonomía de la cultura; de otro, la búsqueda de una sincronía en relación con las instituciones y el mercado favorece lo que Bourdieu llamaría *heteronomía o subordinación*. En los años ochenta ese proceso puede darse por consumado: del underground se avientan las cenizas y el campo cultural mantiene relaciones orgánicas con las nuevas instituciones democráticas, ideológicamente reguladas desde el modelo que Martínez ha identificado como CT» (Germán Labrador, 2017:384).

da— fue un acontecimiento. Se agotaron los ciento sesenta mil ejemplares de su tirada». Sin embargo, a partir de ahí la revista fue perdiendo lectores, «como si la libertad de expresión que avanzaba en España empujase contradicoriamente a un retroceso irreversible de la publicación que tanto había luchado por ella» (Ezcurra, 1995a:53). Como indica Annelies Van Noortwijk, «en 1977 la tirada había bajado a 99.863, en 1978 a 77.168, en 1979 a 63.180. Cuando la situación económica de *Triunfo* se hace realmente precaria la dirección decide, en noviembre de 1980, cambiar el semanario en mensual» (1995:81). El número 911 fue el último de *Triunfo* como semanario, pasando a publicación mensual. Esos números mensuales tuvieron las siguientes tiradas: 59.850 el primero; 65.790 el segundo; 55.160 ejemplares el doble número de verano (julio-agosto 81). El último número, también doble (21-22 julio/agosto 82), bajó a 47.800 ejemplares (Ezcurra, 1995b:680). Afirmaba el ex-director de *Triunfo* al respecto:

La amplia y continua atención a la cultura en sus diversas manifestaciones que mostró desde sus inicios, situó enseguida a *El País* en privilegiado lugar de atención, especialmente para amplios sectores de las nuevas generaciones que buscaban y valoraban esa inclinación por lo cultural. Aspecto al que obviamente éramos especialmente sensibles en *Triunfo*, porque precisamente esa fue una función periodística que hasta entonces, durante buena parte del largo precedente franquista, solo en *Triunfo* se podía encontrar, en cuanto a publicaciones mayoritarias se refiere. (640)

Y Annelies Van Noortwijk:

Parece probable, como afirman algunos colaboradores, que la publicación que absorbió el mayor número de lectores de *Triunfo* haya sido *El País* cuyo primer número salió el 4 de mayo de 1976, y que tuvo alguna inspiración aparte de ejemplos extranjeros como *Le Monde*, *The Guardian*, etc., en *Cuadernos para el diálogo*, *Triunfo* o *Informaciones*. También se llevó las firmas más importantes de estas publicaciones. (1995:81)

Así interpreta por su parte Juan Pecourt un fenómeno extensible a la proliferación de pequeñas y medianas revistas políticas y contraculturales del período:

Los primeros campos culturales relativamente autónomos surgieron, en los años sesenta, en el contexto del desarrollo de la economía de mercado. Quince años más tarde, las mudanzas internas del capitalismo avanzado provocaron la

clausura de los espacios que facilitaran el desarrollo de las subculturas del antifranquismo. Al final del franquismo y la primera transición, en el mundo de la cultura, los campos restringidos habían coexistido, aunque fuera en equilibrio precario, con los campos comerciales; cada uno de ellos dirigía su producción simbólica hacia audiencias específicas y diferenciadas. (2008:243)

Como podrá verse más adelante, cuando nos ocupemos de las transformaciones editoriales que arrancan en el último cuarto del siglo XX, la heteronomía política dominante en el franquismo —que posibilitaba, sin embargo, la construcción de proyectos culturales que se volvían, por su sola existencia, inmediatamente políticos— será sustituida por una heteronomía económica que acabará redundando muchas veces en la neutralización de la crítica en un espacio basado en el consenso. Como ha explicado el propio Pecourt, «el trayecto del campo especializado al comercial», que tuvo en *El País* «el foco de atracción principal sobre el que convergían estas migraciones», «tendría repercusiones inevitables en el trabajo simbólico realizado por los intelectuales. Muchos de ellos dejaron atrás las pesadas cargas ideológicas que habían caracterizado el ejercicio de la resistencia frente al franquismo y asumieron las pautas generales del discurso del consenso y los parámetros impuestos por la economía de mercado» (2008:247).

La fundación del diario *El País* en 1976, con su posterior consolidación, participa de una mutación fundamental del campo cultural español. Esta publicación aglutinará las voces de la heterodoxia que se habían estructurado a través del campo de las revistas y, sustituyéndolas, se convertirá en la «referencia dominante» (Imbert y Vidal Beneyto, 1986) del nuevo espacio público, liquidando el espacio de las revistas representado por una multiplicidad de publicaciones que tenía sus ejemplos más destacados en *Cuadernos para el diálogo y Triunfo*, desaparecidos ambos, como ya hemos visto, en 1978 y 1982. Como ha indicado Herralde, *El País* fue «un proyecto que se asentó con gran rapidez y que, en el ámbito de los libros, tuvo funciones de mandarinate. Y que —por razones de difusión y prestigio— colaboró, involuntaria pero inevitablemente, en la desaparición o arrinconamiento de semanarios o mensuales con estructuras en precario» (2019e:52). Aunque no cabe aquí un estudio detallado de los procesos asociados a esa transformación, cabe recordar, con Albert Jornet, cómo «el diario madrileño tendrá la habilidad de fagocitar el capital simbólico acumulado por estas publicaciones a través de la captación de sus principales colaboradores, desde Haro Tecglen a Pedro Altares, pasando por Vázquez Montalbán, Manuel Vicent o Ramón Chao» (2019:65). De este modo, *El País* iba a convertirse en el diario de referencia que daba acceso al espacio público, presentándose en un primer momento como aban-

derado de un proyecto democratizador y posteriormente como uno de los principales agentes periodísticos de unas políticas del consenso —estudiadas discursivamente por Gérard Imbert, quien ve cómo la cultura pública del consenso tiende a relegar el conflicto al *off the record* y a lo privado (Imbert, 1990:25–30)— sin por ello dejar de estar asociado a unos intereses políticos y económicos determinados, ligados al PSOE y al Grupo PRISA. Para decirlo en los términos de García Calvo (1993a), quien acabaría escribiendo a partir de 1999 para el diario *La razón*, *El País* fue el «medio de formación de masas» dominante desde su fundación hasta por lo menos 2008, y cuya influencia sigue siendo notable hoy en día (basta estudiar los titulares y los editoriales con motivo de algunas coyunturas políticas de nuestra historia reciente para ver cómo *El País* fue y sigue siendo un agente capaz de dar instrucciones a los políticos del PSOE y de formular profecías que su propia acción contribuye a cumplir). Escribía Gérard Imbert en 1986, poco después de aludir al texto de Pierre Bourdieu titulado «La opinión pública no existe» (1973):

Como dispositivo de producción de la realidad *El País* actúa como «preboletín oficial» (J. Vidal Beneyto), antesala del poder (que, para mí, incluso en su modalidad política, es un poder—decir más que el decir mismo) que hace existir públicamente los actores que en él escriben, que los erige en representantes formales de la Opinión. Pero que también «expulsa de la realidad», según la expresión de Jesús Ibáñez, a los que no figuran en sus páginas. Es su poder discriminante, de exclusión: «Nada de lo que no es reflejado en sus páginas tiene reflejo en la realidad y los políticos o intelectuales que no aparecen en él son expulsados de la realidad» (J. Ibáñez). Poder explícito de la representación y de su reverso implícito: el no decir tan importante como el decir... (Imbert, 1986:43)

Como señalaba Alberto Cardín, «los editores, autores y jóvenes noveles de toda España (...) saben que aparecer en sus páginas no es solo promesa de venta segura, sino, sobre todo, garantía de existencia, certificación ontológica» (1981:XXIII). *El País*, en tanto que diario de referencia, llegaría a funcionar a su vez como «grado cero de la ideología» (Imbert, 1986:46; sobre esa expresión y sus implicaciones, ver Delgado, 2014:44), en el sentido en que fue un «aparato productor de referencia» que, al delimitar un campo cultural y al consagrarse simbólicamente a los agentes, se consagraba a sí mismo como «fuente del saber colectivo» (46–47) dibujando el espacio de lo enunciable. Como ha señalado Albert Jornet, dicho diario

atraerá y concentrará afiliativamente en su polo a toda una constelación de escritores, artistas y pensadores, estableciendo con ellos una relación simbiótica:

entregarán su firma (su capital simbólico) a la causa del periódico a cambio de un espacio de visibilidad y de repercusión central para los intereses de cualquier agente del campo que tenga aspiraciones de subsistir en el cambiante marco de posibilidades posfranquista. (2019:68)

Cabe recordar, por lo demás, que esta publicación que se presentará y representará a sí misma desde bien pronto como garante de la pluralidad y de la democracia nació ligada a figuras que formaban parte del «sector aperturista del último franquismo» (Jornet Somoza, 2019:64; ver Morán, 2015:92) y que, por lo tanto, no estaban asociadas de ningún modo a una cultura progresista. PRISA, de que forma parte *El País*, fue creada en 1972 y, como ha señalado Jordi Gracia, se hallaba directamente vinculada al reformismo franquista de Fraga, José María de Areilza y de otros franquistas (2019). Fundada por José Ortega Spottorno, Darío Valcárcel y Carlos Mendo, a quienes se sumaron Manuel Fraga y Jesús Polanco, Gracia la presenta como una extensión natural de las buenas relaciones que habían mantenido Ortega Spottorno y Polanco con los sectores más aperturistas del franquismo. Esos orígenes se plasman tanto en el accionariado (en el que irá asumiendo cada vez una mayor centralidad Polanco) como en la jerarquía administrativa (dirigida por Ortega Spottorno, Polanco y Cebrián). Ahora bien, la evolución de *El País* y las luchas internas por el poder harán que la parte más conservadora del accionariado acabe siendo reducida a minoría (Bustamante, 1986:57).

Juan Luis Cebrián publicaba en 1980, retomando un verso de Machado para su título, *La España que bosteza*, un libro en el que presentaba de modo crítico la labor llevada a cabo por la Unión de Centro Democrático (UCD) en el poder, la cual, afirmaba, «amenaza con consolidar una democracia controlada y obsoleta», y a la que oponía «una democracia joven, progresista y nueva» (1980:141). Como escribía ahí Cebrián, «por su estructura generacional, por su historia y por su configuración interna, el PSOE es la formación política más preparada para acoger en su seno una corriente de este género» (143). De ese modo, el diario tratará en esos años una alianza con el partido de Felipe González, que llegará al poder, con ayuda del diario, en 1982, un proceso en el cual la agrupación —que se definía como marxista en el xxvii Congreso de diciembre de 1976— renunciará a dichos postulados. Ya Felipe González había propuesto abandonar dicha definición en abril de 1978 y, tras las elecciones de 1979 y apenas unos días antes de la celebración del xxviii Congreso del PSOE donde este rechazo del marxismo se haría efectivo, *El País* publicaba dos editoriales en los que señalaba la línea que debería seguir el partido. En el primero, del 13 de marzo, titulado «El futuro del PSOE», se lee:

Un partido que aspira a gobernar en 1983 con respaldo democrático, forzosamente tendrá que abandonar, para que los defiendan otros partidos y grupos, los proyectos y las causas que quizá serán realizables a lo largo del siglo XXI, pero que no lo son ni hoy ni mañana. Y tendrá, desde luego, que renunciar a regresar al siglo XIX y a montar un estéril debate sobre cuestiones que ni siquiera pueden bautizarse como ideológicas. El utopismo ético de algunos líderes socialistas no debe por eso convertirse en utopismo político. (*El País*, 1979a)

El segundo, más explícito si cabe, se titula «¿Qué es el marxismo?» y se publicaba quince días antes del comienzo del Congreso:

El abandono del término marxista para calificar al PSOE es, desde un punto de vista teórico, un paso obligado para la clarificación de una organización política en la que militan hombres y mujeres de muy diversas concepciones ideológicas, que busca los votos de millones de ciudadanos que se limitan a desear una sociedad más justa y más libre y que se alimenta de ideas y teorías procedentes no solo del legado del marxismo. La definición del PSOE como marxista no solo es la respuesta a una pregunta que carece de sentido, sino también un gratuito regalo a sus adversarios. (1979a)

Por lo demás, desde el XXVII Congreso del PSOE —el primero celebrado en España después de la Guerra Civil— de 1976, el partido empezó a interesarse por la política cultural. Las revistas *Sistema* (1973), *Zona abierta* (1974) y *Leviatán II Época* (1979) tras la creación en 1977 de la Fundación Pablo Iglesias fueron núcleos de reflexión del socialismo democrático.² EL PSOE celebró en 1978 su Primer Simposio Cultural, del que participaron Aranguren, Barral y Debray, y en el que Felipe González sostenía que «la cultura entendida como instancia crítica» era un medio apropiado para la construcción del «ideal político» (Quaggio, 2014:177) del PSOE. Ahora bien, serían las resoluciones del XXIX Congreso del PSOE, de octubre de 1981, las que definirían las directrices del partido en materia cultural, las cuales promoverán «movilizar a los artistas e intelectuales atrayéndolos a su órbita» (181), lo que llevará a Rafael Sánchez Ferlosio a publicar en *El País* «La cultura, ese invento del Gobierno» (1984), un artículo en el que criticaba profundamente las nuevas políticas culturales de los socialistas. Como ha señalado Giulia Quaggio al respecto, «el “reformismo revolucionario” del partido, línea programática a través de la cual se habían recogido muchas de las reivindicaciones de la nueva izquierda de los años sesenta, dejó paso al pragmatismo político» (179).

2 En 1976 salen de *Zona abierta* Valeriano Bozal, Alberto Corazón y José Luis Acero y pasan a formar parte de él Fernando Claudín, Francisco Fernández Buey, Joaquín Leguina y Carmen Martínez Ten (*El País*, 1976b).

En esos años se dio forma a un discurso de la *reconciliación nacional* basado en lo que «suele llamarse *pacto de olvido, de silencio o de mordaza*» (Clavero, 2014:22), que para Bartolomé Clavero, jurista e historiador de la Universidad de Sevilla, supondría «un acuerdo de giro de espaldas en redondo, no solo en el campo del ordenamiento, a la existencia de la Dictadura; acuerdo, para decirlo de forma más realista, de estorbar al máximo su indagación y conocimiento con el fin de que se ignorase por los restos su existencia a cualquier efecto mínimamente jurídico» (23). Dicho pacto de la transición marcaría así la posdictadura desde su propia ley fundamental. «En España hubo amnistía y hay amnesia» (243), escribe Clavero, «el olvido sobre olvido que ni se reconoce a sí mismo. Ni siquiera tiene a la vista su imagen en ningún espejo». Las implicaciones de «negacionismo institucionalizado» saltarían a la vista ya que, tal como recuerda el propio Clavero, «una cultura negacionista es caldo de cultivo fácil para nuevos negacionismos» (247).

Como ha afirmado Quaggio, «buena parte del mundo de la cultura, junto con los líderes económicos y políticos, asumió un papel activo en esta ceremonia colectiva de reconciliación nacional, mientras que la ciudadanía permaneció, en general, en actitud de espectador o, a lo sumo, representando el coro de los acontecimientos» (2014:243). La cultura del consenso construida en la transición desde el horizonte único del neoliberalismo —el cual se distingue hoy, probablemente, con muchísima mayor nitidez que en su momento— postulará un espacio político que, identificándose imaginariamente con una mítica ideología liberal (de la que Dardot y Laval han mostrado todo lo que las separa, 2009), se presentará a sí misma como «grado cero de la ideología» (Delgado, 2014:44) desde el cual asegurar el ejercicio de una pluralidad ideológica que, en los términos de Rancière, correspondería, más que a la «política», a la «policía» (2012:3–60). Un espacio político que «presupone que todas las partes están de hecho incluidas en el diálogo», de modo que «no permite contar a los que, de entrada, no cuentan» (63). Se entiende, a partir de aquí, cómo el proyecto de promoción estatal de la cultura habrá implicado, en muchos casos, una desproblematización de la cultura, transformando la función crítica o transgresiva que tuvo una parte de la misma en su inmediato pasado en una función representativa, tal como la definiera Habermas (1981) en su clásico ensayo sobre la historia de la publicidad. Por todo ello, el lugar oficial atribuido a la cultura será el de acompañamiento y refrendo de las políticas de Estado durante buena parte de los gobiernos socialistas que se sucederán en España entre 1982 y 1996. Un papel que sin duda pasó a ser ciertamente residual con las políticas del Partido Popular y, posteriormente, con la crisis de 2008.

3.1.3. Más allá de los Pirineos: repercusiones locales de la vida intelectual francesa

En la segunda mitad de los años setenta se produce un desplazamiento en el campo intelectual francés que, mostrando algunos paralelismos con los procesos aquí estudiados, no carece de consecuencias para la evolución del pensamiento español, en tanto una parte de las vanguardias intelectuales españolas (sobre todo, las neonietzcheanas y las textualistas) se había apoyado en las vanguardias francesas para legitimar su labor. Ahora bien, ocurre que en este período esas vanguardias se disuelven como tales y algunos de sus principales agentes, como Julia Kristeva y Philippe Sollers, imprimen un nuevo giro político y discursivo a su obra que bien puede ser considerado como restaurador, al tiempo que comienzan a formularse críticas de conjunto al marxismo (Hidalgo Nácher, 2017a). En 1977, los miembros de *Tel Quel* —que ya habían transitado por el comunismo oficial y el maoísmo— vuelven los ojos hacia los Estados Unidos al tiempo que emerge en Francia un nuevo grupo de pensadores mediáticos, conocidos como los *nouveaux philosophes*, profundamente críticos con Marx.

El giro que ahí se produce supone un cambio en la concepción, la función y la propia forma del discurso filosófico y de la intervención intelectual. Afirma Patrice Maniglier, quien ha esbozado, a través de su propia biografía, la historia de este problema:

On pourrait opposer les maîtres aux *professeurs*, lesquels se voudraient uniquement les détenteurs d'un savoir qu'il s'agirait de transmettre, ou éventuellement de créer mais pour le transmettre. Si on voulait parler grec, on pourrait dire que le professeur s'occupe des *mathemata*, ce mot désignant en grec tout ce qui s'enseigne, alors que le maître s'occupe de l'*ethos*, autrement dit des manières de vivre (...). Aujourd'hui il faut bien reconnaître que les ponts entre les deux espaces sont très endommagés et que le champ est déchiré (...). On a donc un refus des maîtres du côté de l'université. Mais on a aussi, corrélativement, de l'autre côté, la montée de figures publiques totalement étrangères au monde du savoir, des gens comme Michael Onfray aujourd'hui ou Bernard-Henri Lévy et Alain Finkielkraut depuis la fin des années 1970, qui ne sont en somme que des idéologues. (2019:102)

Si bien la situación española es diferente en su historia y concreción, en ella también puede apreciarse en los ochenta la progresiva escisión entre discurso académico y discurso periodístico, la cual había sido parcialmente inquietada durante un breve lapso de crisis en la década de los setenta. El gesto

que lleva a cabo el nuevo «intelectual» consiste no tanto en proponer problemas —tal era uno de los elementos fundamentales de la labor filosófica para Deleuze (Maniglier, 2019:52–57)— como en dar respuesta a los problemas preformados de la actualidad (105). De ese modo, la posibilidad de comunicación entre campos, que siempre amenazaba con ponerlos mutuamente en crisis, desemboca en una reestabilización de los mismos al tiempo que pasa a emparentarse muchas veces el pensamiento crítico con la autoayuda.

Por otro lado, y a nivel práctico, ese nuevo movimiento intelectual supondrá a la larga, en la mayoría de los casos y a nivel general, una recusación del legado intelectual de los años sesenta y setenta. Esa deriva intelectual francesa, que bien puede ser interpretada como una restauración humanista (Hidalgo Nácher, 2019b), tiene repercusiones en España. De hecho, teniendo en cuenta las especificidades de nuestro propio contexto, puede trazarse, como comentábamos, un recorrido paralelo en las trayectorias intelectuales de autores como Savater o Azúa, quienes empiezan abrazando posiciones vanguardistas cercanas al estructuralismo literario y filosófico para acabar reivindicando las virtudes del liberalismo democrático. Puede seguirse, en ese sentido, la recepción que hace Savater de los *nouveaux philosophes* en *Triunfo*, a la que ya nos referimos en el apartado dedicado a la trayectoria del filósofo. De hecho, Savater y Josep Ramoneda trataron lazos de amistad con Bernard-Henri Lévy —quien participaría en 1979 en uno de los debates televisivos de *La Clave*, transcritos en el número 878 de la revista *Triunfo* (Pecourt, 2008:249–251)— y con Glucksmann durante los años setenta, y llegaron a colaborar con la revista *La Règle du Jeu*, dirigida por Bernard-Henri Lévy.

Muchos son los intelectuales españoles, entre los que se cuenta Jiménez Losantos, que se vuelven con interés hacia los *nouveaux philosophes*. Es destacable, en este sentido, que *El viejo topo* publicara en su número 16 (enero de 1978) un fragmento de la reseña que Fraga Iribarne publicara en *El País* el 17 de enero de ese mismo año sobre *Barbarie con rostro humano*, de Bernard-Henri Lévy. En dicha reseña («En el principio era el estado»), Fraga presentaba el libro de Lévy —«reciente e importante»— como «una de las obras más pujantes que se han escrito contra el socialismo marxista», y se leía:

Levy entiende que la técnica, el deseo y el socialismo son las tres figuras clave de la tragedia contemporánea, «las tres amenazas que pesan sobre el destino de Occidente»; fuente de tres totalitarismos, el tecnocrático, el sexual y el revolucionario. Los tres son versiones de lo que, desde el iluminismo dieciochesco se llama el progreso, al cual se ha sacrificado todo, hasta llegar a los campos de concentración siberianos.

A través de ello, el secretario general de Alianza Popular y exministro franquista proponía volver «al Estado no totalitario, con cuanta autoridad sea necesaria; pero en el cual se reconozcan límites, los que se derivan de la imposibilidad humana de alcanzar el cielo en la tierra» (1978). Ante ese artículo, comentaba el consejo de redacción de *El Viejo Topo*: «Ya sabe B.H. Lévy dónde encontrar aliados para su “Rebeldía”, para su “lucha” intransigente contra todas las formas de opresión existentes» (*El viejo topo*, 1978:71).

Por otro lado, Félix Duque se ha referido más recientemente al nuevo credo humanista en su panfleto *Contra el Humanismo* (2003). Como indicaba Duque, «una manifiesta autorreferencialidad y una —más o menos solapada— instancia superior de valoración serán los dos atributos esenciales de todo “humanismo”» (2003:12). De ese modo, el Humanismo, lejos de remontarse hasta los diálogos de Sócrates, residiría en una concepción muy determinada de lo humano, pues «basta un breve repaso a la historia de la filosofía para constatar que el humanismo *sensu stricto* (...) no ha echado raíces en ella. Todos los grandes pensadores —con la excepción quizá del período “humanista” de Sartre— han seguido una vía *antihumanista*» (62). Ni Sócrates ni Kant pueden hacerse caber en esa definición del Humanismo que, no obstante, sí es aplicable tanto a Sartre como al humanismo renovado de los *nouveaux philosophes* de los años ochenta. Pues «el “yo” kantiano (este “hombre”), lejos de ser *determinante*, está determinado, acotado en todas direcciones». Kant conseguía, de ese modo, no ya darnos al hombre como fundamento de..., sino —a través de la caída de un principio externo trascendente que diera unidad al mundo— marcar una analítica de la finitud. La divisa secreta del antihumanismo es así el rumor que desprende la frase *Dios ha muerto*. De ese modo, el sujeto kantiano no puede ser «un *fundamentum inconcussum*, como era la *res cogitans* en Descartes» (72). Las propuestas humanistas —que no pertenecen en propiedad ni al ámbito de la teoría ni al de la filosofía— se basan en cambio en dos supuestos: «Frente al *fundamentalismo religioso* (el más severo y radical de los *antihumanismos*) y la doble *tiranía de la máquina y del mercado*, es urgente restablecer —se dice— el sentido del hombre, hay que devolverle su “dignidad”» (63). Con ello, y a través del Humanismo actual, «aquellos que comenzó siendo un movimiento pedagógico para remediar los males sociales mediante una vuelta a valores perennes (...) se presenta actualmente como la Filosofía por antonomasia» (139).

El Humanismo —tal como lo exponían ya Ferry (1985) o Todorov (1998)— supone una restauración de los valores en nombre de la legalidad y de la convivencia democrática contra los abusos del fanatismo y los excesos del mercado. El juego democrático, preferible en cualesquiera de los casos al totalitarismo religioso o comunista, es la condición misma de posibilidad de rea-

lización del ideal humano de autonomía y libertad. En cambio, el así llamado *pensamiento del 68* está regido, en toda su heterogeneidad, por una crítica de la modernidad que estos autores verían como extraña al proyecto moderno. La labor de los teóricos, en este caso, pasaría no por propugnar una vuelta a un pasado en que reinaban los valores democráticos —lo que, dicho sea de paso, no llegó a ocurrir nunca en España— y se tenía fe en el sujeto —fe que, como enseguida veremos, sigue alejando hoy en día en una parte de la crítica—, sino por tratar de pensar lo impensado; no por dar respuestas a las preguntas existentes, sino por la capacidad de plantear nuevos problemas.

3.1.4. Trasformaciones editoriales e intelectuales desde los ochenta

El panorama editorial e intelectual se transforma enormemente entre finales de los setenta y principios de los ochenta. El campo editorial muestra cómo la llamada transición política fue precedida y acompañada de una «transición cultural» que se desarrolló desde los años sesenta, y que de hecho encontrará un punto de llegada, que constituye también el fin de una dinámica de vanguardia, con la «normalización» democrática de 1982 y el ascenso al poder del PSOE. Jorge Herralde, editor de Anagrama, distinguía dos etapas con relación a la política, las cuales no dejarían de tener sus efectos sobre el campo de la edición: «la euforia hasta el 77 y el desencanto posterior» (2019e:45). Ese «desencanto» —al que remite el título de una célebre película de Jaime Chávarri (1976) que retrata a la familia Panero y que se formula desde un prisma eminentemente subjetivo que ha dado mucho que hablar (puede verse al respecto, entre otros, Vilarós —1998—) — se articula políticamente con la victoria de Adolfo Suárez en las elecciones de junio de ese año. Escribía Herralde al respecto:

(1978–1980) El desencanto resultó muy duro para las editoriales que dedicaban buena parte de sus publicaciones a los libros políticos. Muchos títulos del catálogo quedaron, de golpe, obsoletos, así como libros contratados para publicar en un futuro próximo. Dicho desencanto resultó directamente letal para las revistas progresistas. Así, desaparecieron revistas antifranquistas con un historial tan importante como *Triunfo* y *Cuadernos para el Diálogo*, y también *La Calle*, que se había desgajado de *Triunfo*. (52)

La renovación teórica y los discursos asociados a la misma también pasaron a un segundo plano en ese contexto, lo que tendría efectos tanto en el campo editorial como en el de las revistas. Ahora bien, antes de ocuparnos

de esas transformaciones, conviene, sin embargo, añadir una nueva editorial a la nómina de editoriales presentadas en el apartado 2.3.1.2, y detenerse en Pre-Textos, una editorial valenciana fundada en 1976 y que ha llevado a cabo una importante labor desde entonces hasta hoy en día. Como ha afirmado su director, Manuel Borrás, esta se propuso en un primer momento

abrir dos líneas de actuación: la de la traducción, en principio, de filósofos franceses, y otra de recuperación de la memoria literaria de la última República española. En aquel momento nos interesaron muchísimo las ideas de Deleuze y Guattari, que fueron los primeros en contravenir y rebelarse contra el flujo ortodoxo lacaniano-freudiano. Una traducción existente del «Antiedipo» que dejaba mucho que desear fue el detonante para empezar nuestra aventura editorial. (Borrás, 2016)

De ese modo, la editorial promovía, junta a una recuperación del propio pasado, una apertura hacia el pensamiento contemporáneo. Pre-Textos comenzó publicando en 1976 —junto a unos *Materiales para la historia de las ciencias en España. Siglos XVI-XVII* de Eugenio Portela— *Rizoma (introducción)* de Gilles Deleuze y Félix Guattari y *Posiciones* de Jacques Derrida. En 1977 publicó el volumen colectivo *Artaud*, de clara impronta telqueliana, *La escritura y la experiencia de los límites* de Philippe Sollers (en traducción de Manuel Arranz), *Falsos pasos* de Maurice Blanchot (en traducción de Ana Abar Guerra), *El jabón* de Francis Ponge, *Teoría y práctica revolucionaria* de Jean-Louis Houdebine, el *Lautréamont* de Marcelin Pleynet, *El cuerpo lesbiano* de Monique Wittig y *Para acabar con los números redondos* de Enrique Vila-Matas, entre otros. Al año siguiente editó *Sobre el materialismo* de Philippe Sollers, *Ghostkeeper y relatos de juventud* de Malcolm Lowry y un estudio crítico sobre *William Burroughs* a cargo de Eric Mottram, así como *Soldadesca* de José-Miguel Ullán en 1979, *El Baphomet* de Klossowski en 1980, *Como si nada y Despojos* de Alberto Cardín en 1981, *Acaso acoso* de Saúl Yurkievich y el *Epistolario general* de César Vallejo en 1982, *El aposento en el aire* de Nigel Dennis y *Para ti* de Ignacio Prat en 1983, los *Prólogos epilogales* (1985) de José Bergamín y, en fin, una gran cantidad de títulos importantes en una serie que llega hasta la actualidad. Cabe destacar, en este sentido, además del importante trabajo de edición de la obra de Giorgio Agamben, la publicación de las siguientes obras de Deleuze: *Diálogos* (1980), *Mil mesetas* (1988), *Pericles y Verdi: la filosofía de François Châtelet* (1989), *Conversaciones* (1995), *La isla desierta y otros textos* (2005) y *Dos regímenes de locos* (2007).

Volviendo a los años setenta, puede observarse la crisis de la que hablábamos anteriormente siguiendo el caso de Anagrama, que tuvo un crecimiento

sostenido precisamente hasta 1977, publicando 30 novedades en 1973, 43 en 1974, 56 en 1975, 57 en 1976 y 61 en 1977. Los siguientes tres años supusieron un período «de gravísimas dificultades económicas» que obligó a reducir el volumen de novedades en los años siguientes: 29 en 1978, 25 en 1979 y 19 en 1980. En 1981 empezó la recuperación (Herralde, 2019e:45), ligada a una transformación de las líneas editoriales. Se observa, así, cómo «Cuadernos Anagrama» publicó en 1977 todavía 17 títulos, pero al año siguiente —en una caída estrepitosa— solo tres, y ya solo un título anual entre 1979 y 1981 y dos en 1982, fecha de su desaparición efectiva.

El arco temporal de la dinámica de vanguardia no llegó, de ese modo, a cubrir una década en Anagrama. Herralde sostiene, refiriéndose a ese proceso que estuvo a punto de acabar con la editorial: «Al parecer, de golpe y porrazo, buena parte de aquellos lectores inquietos que se interesaban por *todo* dejaron de leer no solo textos políticos sino también libros de pensamiento, de teoría, lo cual provocó la desaparición de la totalidad de las revistas políticas y el colapso de la mayoría de las editoriales progresistas» (2019a:19). Esta situación no solo afectó a Anagrama sino que fue generalizada: «A la “huída” de los lectores de libros políticos se une una serie de factores negativos, como la crisis de Distribuciones de Enlace y las dificultades de casi todos sus socios. En poco tiempo desaparecen Barral y Cuadernos para el Diálogo, mientras que Tusquets y Laia buscan otros distribuidores» (2019e:45). Barral, en efecto, también había visto cómo decaía su ritmo de publicaciones a finales de los setenta hasta producirse la desaparición efectiva de la editorial en 1982 (Bonet y Toledano, 2019).

En Anagrama, la nueva colección de referencia desde 1981, la cual posibilitaría una reactivación a través de un cambio en la línea editorial, será «Panorama de narrativas». Como explicaba Herralde en 1994 con motivo de los veinticinco años de la editorial,

en 1981, la literatura, que había tenido un papel secundario en la editorial, aunque presente desde la temprana «Serie Informal», empezó a tomar la posición predominante que luego ha ocupado. Yo mismo, como lector, había vuelto a devorar narrativa, como en los tiempos de juventud, y me dispuse a reorientar la editorial en ese sentido. (2019a:20)

Algunos de los textos publicados en esa colección (en cuyos primeros años se cuentan obras de Patricia Highsmith, Joseph Roth, Thomas Bernhard, J. Rodolfo Wilcock, Colette, Paul Bowles, Samuel Beckett) fueron prologados por autores como Carlos Barral, Luis y Juan Goytisolo o Esther Tusquets. Desde comienzos de los ochenta, esa nueva colección se convirtió en fun-

damental para la editorial, y marcó un cambio de horizonte discursivo de la literatura. Escribe Herralde, en un tono reconocible en las declaraciones de otros autores sobre la década de los setenta: «Al igual que en otros países, los años 70 se habían caracterizado por el terrorismo intelectual de la Teoría, del Experimentalismo, por el Desdén o el Horror respecto a contar una historia. Pero, tras los imposibles mamotretos textualistas, parecía posible o cuando menos deseable un resurgir de la narración» (20).

Ahora bien, ante ese nuevo estado de cosas no todos los autores responderán de modo eufórico o entusiasta. De ese modo, reaccionaba Juan Benet en *El País* contra las transformaciones que se estaban dando en 1981 en el campo cultural, en las que detectaba un aumento de peso específico del polo comercial en detrimento del de vanguardia:

Un considerable sector de las letras españolas y, diré más, uno de los sectores hasta hace poco más dinámicos y estimulantes, buena parte de una generación que al friso ahora de los cuarenta años, más que cualquier otra da el tono cultural de un país que afortunadamente carece de grandes glorias, ha decidido (desde hace el suficiente tiempo como para atribuir al fenómeno el carácter de una corriente, algo más que una moda para la próxima estación) volver a cantar las delicias del pan y chocolate, acaso con el firme propósito de poner en circulación esa clase de merienda cultural (...). La rápida deshidratación de la cultura politizada no parece ajena a este retorno a la cultura adolescente. (Benet, 1981)

No es casualidad, pues, que en 1983 se concediera por vez primera el Premio Herralde de Novela a Álvaro Pombo por *El héroe de las mansardas de Mansard*, y que este se acompañara del lanzamiento de la colección «Narrativas hispánicas» que, junto con «Panorama de narrativas» (1981), otorgaban una nueva centralidad a la literatura. Una literatura que, lejos de «la autofagia verbosa del *Finnegan's Wake*» y de «los gruñidos y balbuceos de los personajes de Beckett» (Savater, 1994:227), tendería a convertirse en narración, según quería el Fernando Savater de *La infancia recuperada*.

De ese modo, en los ochenta, sin abandonar el ensayo, se dio un cambio de foco hacia la narrativa, con las colecciones citadas, que complementaron y posteriormente absorbieron la colección «Contraseñas» creada en 1977. En ese nuevo contexto, la función aglutinante que ocupaba el Premio de Ensayo se transfirió al Premio Herralde de Novela y el ensayismo y la crítica pasaron a un segundo plano en favor de la literatura. Así presentaba Félix de Azúa en sus memorias su giro narrativo: «Llegó un momento, hacia 1984, fecha orwelliana, en que me pareció que aquel juego lírico con la prosa ya no tenía nin-

gún sentido. Entonces comencé de nuevo» (2018:265).³ Y ese recomienzo tenía como guía al Eduardo Mendoza de *La verdad sobre el caso Savolta* (1975). Como escribe Domingo Ródenas refiriéndose a dicho proceso,

el experimentalismo de los primeros setenta fue perdiendo fuelle y, diez años después, sus bondades —las tuvo sin duda en el rigor compositivo, en el inquieto brujuleo en busca de nuevos lenguajes, en el rechazo de la literatura esclerotizada— habían sido asimiladas a fórmulas de mayor transparencia discursiva y mayor complejión narrativa. (Gracia y Ródenas, 2011a:787)⁴

Dos autores importantes para la editorial, en el plano del ensayo, habrán sido Jean Baudrillard, de quien publicaban *La génesis ideológica de las necesidades* (1976) y que pasó a colaborar asiduamente en la editorial —en la que publicó trece títulos— desde que publicara en ella en 1984 *Las estrategias fatales*, y Gilles Lipovetsky, un autor del que, desde su primer libro de 1986, *La era del vacío*, han publicado hasta la fecha catorce títulos («Anagrama fue mi primera editorial extranjera», comenta el autor, «y también la única editorial que ha traducido y publicado todos mis libros» —Herralde, 2019c:141—). Junto con ellos, una de las apuestas más fuertes de la editorial, desde mediados de los noventa, habrá sido el sociólogo Pierre Bourdieu. Aunque aquí no nos quepa hacerlo, sería interesante analizar el papel liminar que ocupa su obra respecto al legado francés de los sesenta y setenta que nos ocupa y el papel ambiguo que otorga a la literatura (Hidalgo Nácher, 2016a). La primera obra del sociólogo francés publicada por Anagrama fue su monumental

3 Así presentaba su obra narrativa anterior: «Como mi caso es extensivo a muchos otros escritores aprendices de los años setenta, diré sin el menor pudor que mis tres primeras novelas, *Las lecciones de Jena* (1972), *Las lecciones suspendidas* (1978) y *Última lección* (1981), eran un híbrido de Benet, Ferlosio y *Tel Quel*. La hipotaxis, el párrafo rapsódico, la divagación, el simulacro de *grand style*, el disparate lingüístico, el propósito de que la escritura se buscara a sí misma, el desprecio absoluto por las coerciones del argumento, personaje, psicología o suspense, y en general un evidente menospicio del lector, tales eran sus caracteres principales, porque lo propio de ese momento, como ya dije hablando de poesía, era el elitismo y la pulsión aristocrática frente a las masas lectoras. Eran experimentos vanguardistas en su acepción clásica» (Azúa, 2018:264).

4 Según el relato de Ignacio Echevarría, en el campo literario español se habría producido desde comienzos de los años noventa el desarrollo de las tendencias de los años ochenta, en lo que califica de una «reacción conservadora» por la que se volvería «con alivio» a «un cierto gusto por las viejas convenciones del realismo y del costumbrismo» (30) en un contexto en el que «el corte con la tradición fue tan profundo, tan tajante, que se olvidó que la única tradición a la que tenía sentido reengancharse era la que, desde tres décadas atrás, se venía esforzando por ensanchar y por problematizar aquella, precisamente, que terminó por recuperarse». Según Echevarría, fue así como «el mercado terminó por llenar el vacío creado por el corte con la tradición» (2005:32).

Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario, de 520 páginas, que vendría seguida de *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción* (1997), *Sobre la televisión* (1997), *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal* (1999), *Meditaciones pascalianas* (1999), *La dominación masculina* (2000), *Contrafuegos 2. Por un movimiento social europeo* (2001), *Lección sobre la lección* (2002), *Las estructuras sociales de la economía* (2003), *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad* (2003), *El baile de los solteros. La crisis de la sociedad campesina en el Bearne* (2004), *Autoanálisis de un sociólogo* (2006) y *Sobre el Estado. Cursos en el Collège de France (1989–1992)* (2014). En lo que respecta a la recepción y los usos de Bourdieu en España, cabe destacar el proyecto de reconstrucción del campo filosófico español que han llevado a cabo, como hemos visto, Francisco Vázquez García y José Luis Moreno Pestaña, trabajo que no cuenta con un paralelo en el campo literario. Del mismo modo, es reseñable, en el área de la teoría literaria, la publicación de la antología *Bourdieu después de Bourdieu. Hacia un nuevo rumbo de la teoría de los campos* en Arco/Libros en 2014, editada por Diana Sanz Roig.

A Giorgio Agamben lo publicaría desde 2005 con *Profanaciones*, al que siguieron *La potencia del pensamiento. Ensayos y conferencias* (2008), *Signatura rerum. Sobre el método* (2010), *Desnudez* (2011) y *¿Qué es un dispositivo? Seguido de El amigo y de La Iglesia y el Reino* (2015). Anteriormente, sin embargo, ya lo habría hecho Pre-Textos, que es sin duda su principal editorial en España, con *Estancias. La palabra y el fantasma en la cultura occidental* (1995), *La comunidad que viene* (1996), *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida* (1998), *Lo que queda de Auschwitz* (2000); su ensayo sobre «Bartleby o de la contingencia» en *Preferiría no hacerlo* (2000), un volumen colectivo en el que la contribución de Agamben aparece al lado de textos de Deleuze y de Pardo; *Lo abierto. El hombre y el animal* (2005), *Medios sin fin* (2001), *El lenguaje y la muerte* (2003), *Estado de excepción* (2004), *El reino y la gloria. Por una genealogía teológica de la economía y del gobierno* (2008), *Ninfas* (2010), *El sacramento del lenguaje* (2011), *Opus Dei* (2013), *Altísima pobreza* (2014), y *El uso de los cuerpos* (2017). A Agamben lo ha publicado también Áltera (*El hombre sin contenido*, 2005), Trotta (*El tiempo que resta. Comentario a la carta a los Romanos*, 2006) y Sexto Piso (*El fuego y el relato*, 2016).

Con relación al premio de ensayo de la editorial, y prolongando de un modo u otro la línea inaugurada en 1973, otros premios destacables en nuestro recorrido fueron el de Víctor Gómez Pin con *Filosofía* (1989), el de Miguel Morey con *Deseo de ser piel roja. Novela familiar* (1994), el de Javier Echeverría con *Cosmopolitas domésticos* (1995) y el de Manuel Delgado por *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*. En el 2001 conseguiría el premio la argentina Nora Catelli con *Testimonios tangibles*.

Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna, obra marcada por el cruce de feminismo, psicoanálisis y deconstrucción.

La concesión del premio a Jordi Gracia en 2004 por *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España* supuso la convalidación de un relato que puede conectarse con el giro ideológico de Fernando Savater de 1982 —y, posteriormente, con la concesión del premio en 2016 a José Luis Pardo por *Estudios del malestar. Políticas de la autenticidad en las sociedades contemporáneas*— y asociado en gran medida a un discurso sostenido desde el diario *El País*. Por otro lado, la concesión del premio a Eloy Fernández Porta en 2010 por su ensayo *€ºOs. La superproducción de los afectos* —del que quedó finalista Paul B. Preciado por *Pornotopía*—, un año después de que Agustín Fernández Mallo fuera finalista con *Postpoesía. Hacia un nuevo paradigma*, marca el reconocimiento tardío del grupo de los «Nocilla», con quienes puede asociarse también el nombre de Jorge Carrión (finalista en 2013 por *Librerías*).⁵ Por último, la concesión en 2017 del premio a Remedios Zafra por *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital* avala una perspectiva crítica que incorpora las problemáticas de las nuevas generaciones nacidas a partir de los años setenta, ligadas a la vulnerabilidad y a la precariedad laboral (Jornet, 2019).

Por lo demás, desde la segunda mitad de los años setenta —y encabalgándose con el fin de las vanguardias— arrancó a nivel internacional, como es sabido, un proceso de concentración empresarial en el mundo de la edición que iba a provocar importantes transformaciones, y que llevaría a que Bourdieu postulara en la segunda mitad de los años noventa «una revolución conservadora» en el mundo de la edición francesa, asociada, en gran parte, a la introducción de la lógica financiera (1999a:21) y, a través de ella, a la imposición de criterios heterónomos en el campo literario. Por un lado, muchas de las editoriales de vanguardia desaparecieron a finales de los setenta o a comienzos de los ochenta (algunas de ellas, por problemas económicos, como es el caso de La Gaya Ciencia en 1983 o de Bruguera, que entró en suspensión de pagos en 1982 y quebró en 1986). Por otro lado, se iniciaba el proceso de concentración referido, el cual llega hasta hoy en día. Plaza & Janés fue vendida a Bertelsmann entre 1977 (el 40 %) y 1982 (el 60 % restante) antes de que grupo alemán adquiriera el 80 % de Lumen en 1996 y, en 1998, compra Random House, convirtiéndose en la mayor empresa editorial de libros comerciales del mundo, y el 60 % de la editorial Sudamericana. Planeta, por su parte, compró el 70 % de las acciones de Seix Barral en 1982 y en 1983 se

5 Para un análisis de las prácticas críticas de algunos de los miembros asociados al grupo, puede leerse Max Hidalgo Nácher (2017b).

fusionó Joaquín Mortiz, de la que compró el 60 % de las acciones en 1986. Posteriormente adquirió, en 1989, Ediciones Deusto y el 50 % de Destino, así como, en 1991, el 50,01 % de Espasa–Calpe. Compraba Crítica en 1999, Emecé en 2000, Minotauro en 2001 y Paidós en 2003. Sin embargo, la adquisición en 1995 del 40 % de Tusquets se saldó en 1998 con la recuperación de esas acciones por parte de la editorial. El grupo Santillana —que forma parte de PRISA, grupo creado en enero de 1972 al que, como ya hemos señalado, también pertenece el diario *El País*—, por su parte, compró Taurus en 1974, y llegaría a poseer, entre otras, Alfaguara (1980) y Aguilar (1986). En 1988 Grijalbo pasaba a manos de Mondadori antes de que esta última firma fuese adquirida por Finivest, propiedad de Silvio Berlusconi, en 1991. En 1989 Alianza era vendida a Anaya —que también adquiriría Cátedra—, que a su vez sería comprada por el Grupo Havas en 1998. En 2010 Anagrama se integró en la editorial italiana Feltrinelli, que llegaría a adquirir en los cinco años siguientes el 49 % de capital de la empresa, en 2012 se fusionaron Random House y Penguin y en 2014 Santillana vendió sus ediciones no destinadas a la educación a este nuevo conglomerado (de Diego, 2006, 2008, 2019). Por lo demás, en ese mismo año Círculo de Lectores fue comprado por el Grupo Planeta, que en 2019 decidió liquidarlo (Riaño, 2019) y, con el cierre de la prestigiosa colección de «Obras completas» de Galaxia Gutenberg, llevar a cabo una «destrucción parcial» (Ruiz Mantilla y Geli, 2019) de sus ejemplares.

Estos cambios tendrán, claro está, sus consecuencias en las políticas editoriales de la mayoría de los sellos que continúen adelante. Así, la nueva Alfaguara que surge en 1994 dirigida por Juan Cruz es ya muy diferente a la antigua. Integrada en el grupo PRISA, y teniendo a su servicio el diario *El País* (en el que escribe también su director), tendrá una plataforma promocional de primer orden en dicho diario, lo que no dejará de generar polémicas entre sus propios colaboradores. El caso más sonado será, sin duda, la exclusión de Ignacio Echevarría del suplemento cultural «Babelia» de *El País* después de escribir en 2004 una crítica demoledora sobre *El hijo del acordeonista* de Bernardo Atxaga, libro de Alfaguara que había sido ya programado como éxito de ventas. La polémica que se generó entonces, que dio lugar a un escrito de la defensora del lector (Aznarez, 2004) en el que descartaba que se tratase de un caso de censura, podría ser estudiada como un fenómeno de colisión de los intereses económicos y los criterios literarios ligada a la concentración económica de las plataformas críticas y editoriales en el campo cultural español de comienzos del siglo XXI.

Trazando un panorama general de la situación, así concluía José Luis de Diego en 2008 un estudio sobre la edición en la España de comienzos del siglo XXI:

En síntesis, cuatro grupos se llevan la parte del león de la edición de literatura en español en la actualidad: el grupo Planeta (Espasa Calpe, Destino, Seix Barral, Crítica, Emecé, Ariel, la cadena Casa del Libro), el grupo PRISA–Santillana (Alfaguara, Taurus, Aguilar), el grupo Random House–Mondadori (Plaza & Janés, Lumen, Grijalbo, Sudamericana) y el grupo francés Havas (Alianza, Cátedra, Tecnos, Siruela). Y la reciente adquisición de Santillana por parte del grupo Penguin–RH parece confirmar que la concentración se consolida aún más. (de Diego, 2019:194–195)

Si pasamos de las editoriales a las revistas, más allá de *Diwan* (1978–1982), *Espiral* (1976–1980) y *Syntaxis* (1983–1993), volcadas —sobre todo las dos últimas— a lo literario, y de las que nos ocuparemos posteriormente con más detalle, cabría indicar el nombre de algunas revistas importantes del período, como *Cuadernos del Norte* (1980–1990). Ahora bien, entre las revistas del campo intelectual de la posdictadura española hay que reservar un lugar de excepción a *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura* (1988–2008), en torno a la que se congregaron al menos tres generaciones asociadas, a su vez, a tres diferentes tendencias intelectuales. La primera es heredera directa de la obra de Agustín García Calvo y de Rafael Sánchez Ferlosio, que colaboraron en la revista, y que en sus primeros números presentaba un claro componente ácrata y contracultural, con números dedicados a «El poder del discurso» (nº 1, 1988), «El peso de la justicia» (nº 2 y 3, 1989), «Crisis, fractura, revolución» (nº 4, 1990), «Educar, ¿para qué?» (nº 4, 1991), «De la paz y la guerra» (nº 5, 1991), «Ecología o barbarie» (nº 8, 1991), «La ilusión democrática» (nº 9, 1992) o «Pensar el tiempo, pensar a tiempo» (nº 10/11, 1992). La segunda generación, que se entronca parcialmente con esa misma tradición, es la de aquellos escritores, como Savater y Azúa, que a comienzos de los ochenta empezaron a defender un pensamiento liberal y democrático (y con quienes contrastan otros colaboradores como Isabel Escudero, Tomás Ibáñez o Fernando Álvarez-Uriá). La tercera tendencia se concreta con la entrada de Amador Fernández-Savater en el consejo de dirección de la revista en 2002 (nº 53), al lado de Isabel Escudero y de Joaquín Rodríguez López. Ello posibilitó la apertura a nuevas tendencias, como el pensamiento posautónomo de Toni Negri o la producción crítica del núcleo barcelonés de Santiago López Petit, así como sobre la ciudadanía o mayo del 68. Así, ese nº 53 se titulaba «Problemas de subversión», con artículos de miembros del grupo de Espai en Blanc —entre ellos, López Petit y Marina Garcés—, además de un dossier sobre «Sociología crítica. Teoría y práctica de la libertad».

En sus páginas —en las que se trató de filosofía, sociología, literatura, crítica social y un largo etcétera— escribieron, entre tantos otros, Félix de Azúa,

Giorgio Agamben, Fernando Álvarez-Uría, Ramón Andrés, Xavier Bermúdez, Fina Birulés, Ignacio de Llorens, Juan Díaz del Corral, Félix Duque, Isabel Escudero, Michel Foucault, Agustín García Calvo, Alfons Garrigós, José Ángel González Sainz, Tomás Ibáñez, Emmanuel Lizcano, Juan Martínez Alier, Miguel Morey, José Manuel Naredo, Juan Ramón Netchaiev, José Luis Pardo, Javier Sáez, Rafael Sánchez Ferlosio, Fernando Savater, Jordi Terré, Julia Varela y Miguel Ángel Velasco y, en el ámbito específico de la teoría literaria, Túa Blesa y Nora Catelli, lo que indica la pluralidad de perspectivas de una publicación comprometida con el pensamiento y que puede considerarse quizás la revista más importante de la democracia en la que cuajó el poso crítico del trabajo intelectual llevado a cabo desde los años setenta.

Su primer consejo de redacción, formado por J.A. González Sáinz, Emmanuel Lizcano y Tomás Ibáñez, pasó a estar integrado posteriormente por Julia Varela, Isabel Escudero y J.A. González Sáinz. En el nº 53 (2002) figuraba ya Amador Fernández-Savater —quien escribía su primer artículo para el número 39— en sustitución de J.A. González Sáinz en el consejo de redacción, lo que daría lugar a la apertura de la revista a nuevas perspectivas de filosofía política. En el nº 55 (2003) desapareció Julia Varela y entró Joaquín Rodríguez López, de modo que, hasta el nº 69, siguieron siendo Amador Fernández-Savater, Joaquín Rodríguez López e Isabel Escudero hasta el final de la publicación (nº 83/84, 2008). Ese último volumen de *Archipiélago* estuvo dedicado, justamente, a la crisis de 2008 que acabaría con ella. En el mensaje de despedida de la revista se leía: «Quizá en otra autonomía distinta a aquella en la que desde siempre hemos tenido nuestra sede, Cataluña, y en otro país con menos modorra intelectual que la imperante en España hubiéramos podido capear el temporal. Pero no aquí».

3.2. Inscripciones de la escritura: subjetividad, texto, literatura

Las transformaciones teóricas de la crítica que se dan desde la segunda mitad de los años setenta, y que atravesarán los años ochenta con diversas modulaciones, están asociadas en gran medida a las tendencias psicoanalíticas, al textualismo y a la deconstrucción, así como a una apertura no solo a las vanguardias literarias, sino a una modernidad que no había conseguido impregnar de modo profundo y duradero el panorama crítico y la creación literaria españolas hasta la fecha. Y, como veremos, en esos procesos serán fundamentales tanto las conexiones latinoamericanas como las francesas. El primer apartado se encargará de estudiar la entrada del psicoanálisis lacaniano, principalmente en Barcelona y a través de la llegada del argentino Oscar

Masotta, así como de la movilización de las perspectivas textualistas cercanas a *Tel Quel*, donde será importante la revista *Diwan*. El segundo se ocupará de estudiar la introducción de las perspectivas deconstrutivas a través del estudio de las aportaciones de Nora Catelli y de Túa Blesa, las cuales permiten medir las relaciones que ha establecido el campo literario español desde mediados de los ochenta con la retoricidad del lenguaje y, a través de ello, con lo legible y lo ilegible. El tercer apartado, retomando lo expuesto en los apartados 2.3.4.2 y 2.3.4.3, explorará una vía de creación y de crítica asociada al cosmopolitismo de Juan Goytisolo y Octavio Paz a través de la labor crítica, editorial y de creación de Julián Ríos, que dirigirá la colección «Espiral» en la editorial Fundamentos, y de Andrés Sánchez Robayna, que editará desde Canarias la revista *Syntaxis*.

3.2.1. Psicoanálisis lacaniano, textualismo y vanguardia

Para simbolizar todo esto, tomemos la muerte de Franco, que es un acontecimiento, de todos modos, muy pero muy interesante por los valores simbólicos que pone en juego, dado que muere quien ejerció el derecho soberano de vida y de muerte con el salvajismo que ustedes conocen, el más sangriento de los dictadores, que durante cuarenta años hizo reinar de manera absoluta el derecho soberano de vida y de muerte y que, en el momento en que va a morir, entra en esa especie de nuevo campo del poder sobre la vida que consiste no solo en ordenarla, no solo en hacer vivir sino, en definitiva, en hacer vivir al individuo aun más allá de su muerte. Y mediante un poder que no es simplemente proyección científica sino ejercicio efectivo de ese biopoder político que se introdujo en el siglo XIX, se hace vivir también a la gente que se llega incluso a mantenerlos vivos en el momento mismo en que, biológicamente, deberían estar muertos desde mucho tiempo atrás. De tal modo, quien había ejercido el poder absoluto de vida y de muerte sobre centenares de miles de personas cayó bajo el peso de un poder que ordenaba tan bien la vida y miraba tan poco la muerte que ni siquiera había advertido que ya estaba muerto y se lo hacía vivir tras su deceso.

Michel Foucault

El dictador Francisco Franco, que muere en su cama en 1975, caudillo de España por la Gracia de Dios, habrá cumplido para varias generaciones de españoles la función de un Padre Simbólico que, una vez muerto en su cuerpo real, una vez cesadas sus funciones vitales, perpetúa infinitamente su mandato. Ese designio se lee en los relatos de muchos escritores españoles. Adelaida García Morales construye en *El sur*, publicado en 1985, la relación de un vínculo incestuoso que sella la imposibilidad de vivir en el mundo, en un relato destinado a un padre muerto («mañana, en cuanto amanezca, iré a visitar tu tumba, papá», son las primeras frases de la novela encabezada por una cita de Hölderlin en que se lee: «¿Qué podemos amar que no sea una sombra?» —1985:5—).⁶ Víctor Erice, casado en aquel momento con la escritora, ha hecho lo propio tanto en su versión cinematográfica del relato (1983) como en *El espíritu de la colmena* (1973) y *Alumbramiento* (2002), obra esta última en la que aparece inscrita —en un periódico que anuncia la llegada de «La cruz gamada en el puente de Hendaya» el 28 de junio de 1940, dos días antes del nacimiento de Erice— una fecha de nacimiento que es fecha de muerte, por la que se escapa la vida bajo un cielo sin Dios, en una hemorragia solo apaciguada por la nana que duerme a un niño en ausencia de un padre («*agora non*») todopoderoso o ausente que da la textura de su cinematografía. Por su parte, Alfons Cervera presenta en *Otro mundo* (Piel de Zapa, 2016) un largo monólogo con su padre muerto, en el que le cuenta todo aquello que su padre no le contó.

Max Aub encabezó *La gallina ciega*, el diario que escribió en su visita a España en 1969, con un «Texto que debe leerse en filigrana a través de todas las hojas de este libro» —texto que, a fin de cuentas («aquí está presente quien (...) durante más de 30 años supo llevar a España por el camino que le señaló, en 1936, su ex jefe, en Salamanca; el del silencio y la ignorancia» —1995:103—), remite a Franco. Y Juan Goytisolo, por su parte, pudo afirmar: «Lo que hoy soy, a él se lo debo». Así escribía en 1975, con motivo de la muerte del dictador, un artículo titulado «In memoriam F.F.B., 1892–1975» en el que lo presentaba como «un padre castrador y arbitrario» (1975:162):

6 Así concluye el relato que, como el de Erice que a continuación comentaremos, recalca su carácter autobiográfico al nombrar, en un desplazamiento significante del nombre real de la autora, a su narradora como Adriana: «Mañana abandonaré para siempre esta casa, convertida ya, para mí, en un lugar extraño. Ahora no hay luz eléctrica y, desde una oscura desolación, van apareciendo, en el círculo luminoso de mi linterna, los objetos abandonados que la habitaban: un tablero de ajedrez, sillones de terciopelo, rincones vacíos, cuadros, lámparas apagadas, postigos cerrados, desconchados en las paredes... Son objetos indiferentes que ya no pertenecen a ninguna vida. Toda la casa aparece envuelta en el mismo aliento de muerte que tú dejaste. Y en este escenario fantasmal de nuestra vida en común, ha sobrevivido tu silencio y también, para mi desgracia, aquella separación última entre tú y yo que, con tu muerte, se ha hecho insalvable y eterna» (García Morales, 1985:52).

Muchas veces —a medida que se consumaba la ruptura efectiva con mi país y a mi alejamiento físico de él se añadía un nuevo distanciamiento, de orden espiritual— he pensado en este personaje cuya sombra ha pesado sobre mi destino con mucha mayor fuerza y poder que mi propio padre. Un personaje a quien no vi físicamente jamás y que a su vez ignoraba mi existencia, pero que era el origen de la cadena de acontecimientos que suscitaron mi exilio y vocación de escritor: el trauma incurable de la guerra civil y la muerte de mi madre en un bombardeo de su aviación; la versión al orden conformista en que los suyos quisieron formarme y cuyas odiosas cicatrices llevo aún; el deseo precoz de abandonar para siempre un país forjado a su imagen y en cuyo seno me sentía como un extraño. Lo que hoy soy, a él se lo debo. Él me convirtió en Judío Errante, en una especie de Juan sin Tierra, incapaz de aclimatarse y sentirse en casa en ninguna parte. Él me impulsó a tomar la pluma desde mi niñez para exorcizar mi conflictiva relación con el medio y conmigo mismo por conducto de la creación literaria... (163)

Y Antonio Gamoneda, dando un giro radical a su poética y tras diecisiete años sin publicar un libro —el último había sido *Sublevación inmóvil* (1960)— arrancaba *Descripción de la mentira* (1977), escrito entre 1975 y 1976, remitiendo a una desaparición que bien podría estar asociada a esa muerte y al comienzo de una transición política basada —como mostraría Aub de otro modo (Hidalgo Nácher, 2015a)— en el refrendo de una verdad falsa sostenida en un silencio y un olvido (Lanz, 2010):

El óxido se posó en mi lengua como el sabor de una desaparición.
El olvido entró en mi lengua y no tuve otra conducta que el olvido,
y no acepté otro valor que la imposibilidad. (Gamoneda, 1977:235)

Así presentaba Gamoneda su libro en *El cuerpo de los símbolos*:

Descripción de la mentira se escribió después de bastante tiempo que viví negándome a la poesía. Fue una liberación de tensiones, en un año de confusión y lucidez (1975–1976), que se excitaban recíprocamente. El libro (me cito a mí mismo) es «un relato incomprendible» y es también «lo que queda de nosotros», los que «traicionamos a la traición», los que «aceptamos el valor de la imposibilidad». Habíamos llegado a «un país sin verdad». No queríamos llegar a él: era casi el mismo en que habíamos estado siempre. Para nosotros (hablo de la gente que, arriba o abajo, tiene los mismos años que yo), la verdad no existió nunca. Lo que se ha extinguido no es más que la conciencia errónea y deseante de una verdad «que iba a venir». Entonces, las palabras ya no son más que el

canto de la desaparición, es decir, de «lo que queda de nosotros»: la perplejidad de contemplar nuestros actos (que pensábamos revolucionarios) «en el espejo de la muerte». A esto y solo a esto hemos llegado. (1997:177)

Y escribiría más de dos décadas después Teresa M. Vilarós en *El mono del desencanto*:

La pobre identidad española dolorosamente acuñada en el metal del militarismo anti o profranquista se desmorona a la muerte del dictador. Franco muere y con él se da fin al franquismo. Pero con él también se va nuestra identidad y ninguna otra hay en aquel momento disponible para reemplazarla. La identidad, personal o nacional, como la social y la política, se escribe. Necesita, nace y depende de una narrativa histórica. Cuando Franco muere, o cuando Panero padre muere, se quiebra la narrativa oficial y aparecen, ominosas, las fisuras y grietas de un discurso obsoleto que ya no puede protegernos. La sintaxis histórica se rompe y desde las fisuras narrativas saltan a la palestra viejos gritos y dolorosas ausencias. (1998:54–55)

Germán Labrador (2017:171–177) se ha referido recientemente al caso Panero a partir de esa misma coyuntura. Ese pasado que no deja de pasar, ese tiempo congelado que no deja de no inscribirse en el presente, se encaballa con la llegada a España de discursos que abren nuevas temporalidades y modos de inteligibilidad. En ese sentido, coincidiendo con la muerte del Dictador —y en lo que José Bergamín llamó «el franquismo sin Franco»—⁷ desembarcará, desde Argentina, el psicoanálisis lacaniano en España, el cual no dejará de tener sus repercusiones en el campo literario en su cruce con las corrientes textualistas y deconstructivas.

3.2.1.1 Inmigrantes, exiliados

Los encuentros literarios no son cordiales; en la mayoría de los casos se producen por imperio de una energía superior, insoslayable; como una invasión, como algo indeseado y fatal.

Nora Catelli

⁷ Título de un artículo de Bergamín publicado en *Sábado Gráfico* (nº 979) el 3 de marzo de 1976 (1976a) por el que el escritor fue llamado a comparecer ante el Juzgado de Orden Público.

La renovación teórica en España está atravesada por una veta argentina ligada en gran parte a un exilio provocado por la dictadura militar instaurada con el golpe de Estado de Videla el 24 de marzo de 1976, que se prolongaría hasta 1983, y el terror como política de Estado. Muchos de los argentinos que lleguen a España traerán en su viaje transatlántico un bagaje teórico estudiado por Analía Gerbaudo en el otro volumen que conforma esta publicación. En Argentina, la renovación teórica, que desde 1966 tuvo que darse fuera de la universidad, llegó sin embargo a entrar fugazmente en la primera mitad de los años setenta (coincidiendo, por ejemplo, con el nombramiento de Nicolás Rosa como decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Rosario entre mediados de 1974 y 1975, cuando renunció ante las amenazas de muerte) antes de ser expulsada por el terrorismo de Estado. De ese modo, desde 1975 muchos fueron los intelectuales argentinos que desembarcaron en España, los cuales habían ya tenido un contacto prolongado con los nuevos discursos. Alejandrina Falcón, que ha estudiado el papel que jugaron los traductores argentinos en España desde 1974 a 1983 —una cuestión que, hasta la publicación de su libro, no había sido estudiada de modo sistemático (2018)—, constata la importancia de España, y concretamente de Barcelona, como destino de los profesionales argentinos de la cultura exiliados:

España fue una de las sedes de exilio argentino más importante en términos cuantitativos; entre los motivos de la elección, cuando la hubo, suelen mencionarse tanto la cercanía lingüística y cultural, cuanto los vínculos creados por las grandes migraciones de finales del siglo XIX y comienzos del XX, reactivados por el entonces reciente exilio republicano español en América. Sin embargo, en el caso de agentes culturales —entre los que figuran traductores con trayectoria previa, profesional u ocasional, y futuros traductores—, a esas motivaciones lingüístico-culturales podrían añadirse factores económicos y profesionales: las dos grandes ciudades españolas que fueron sede de exilio, Barcelona y Madrid, eran florecientes capitales de la edición. (Falcón, 2013:63)

Ahora bien, como ha señalado la propia Falcón (63–64), estos exiliados, aunque muchas veces trabajarán de manera informal y tendrán una presencia importante en el campo editorial, encontrarán muchas trabas para incorporarse formalmente al mercado de trabajo español (España no firmó el Estatuto del Refugiado de la Convención de Ginebra de 1951 hasta 1978, aunque postergó su aplicación hasta 1984). Respecto a la universidad, cabe decir que, salvo excepciones —como la de Anna Gargatagli, que se incorporará a la Universitat Autònoma de Barcelona el 15 de septiembre de 1976, y

algunos otros—, raramente incorporará a estos profesores que llegaron huyendo de la persecución política, tal como recordaba José-Carlos Mainer en un seminario de la Universidad Autónoma de Barcelona en 2015: durante los años setenta la universidad española, en lo que fue un aspecto siniestro del período, mostró una absoluta cerrazón ante los profesores latinoamericanos, especialmente argentinos y chilenos, arribados a España en la gran mayoría de casos huyendo de la violencia política de sus países (Mainer, 2015).

En los últimos años se han dado algunas señales de una cierta apertura y permeación del campo español por parte del argentino al tiempo que ha empezado a haber un interés creciente por la historia de esas relaciones y el reconocimiento del valor de algunas figuras destacadas de la cultura argentina en España. Por dar algunas muestras, podemos recordar las dos exposiciones que el MACBA (Barcelona) ha dedicado a Osvaldo Lamborghini («Osvaldo Lamborghini. Teatro proletario de cámara», 30 de enero – 1 de junio de 2015) y a Oscar Masotta («Oscar Masotta. La teoría como acción», 23 de marzo – 11 de septiembre de 2018), esta última comisariada por Ana Longoni. En un orden de cosas muy diferente, el Seminario «Hacia un marco metodológico y teórico para la historia de la edición», organizado por Fernando Larraz, Josep Mengual y Mireia Sopena y celebrado el 24 y 25 de noviembre de 2016 en la Universidad de Alcalá, partía de una insatisfacción teórica y encontraba en algunas aportaciones argentinas un modelo de referencia para renovar el estudio de la edición.

Nora Catelli —quien está, en gran medida y por múltiples motivos, en el origen de las investigaciones que se presentan en este libro— es un agente importante en la renovación teórica española, tanto a través de sus lecturas deconstructivas y feministas como de su introducción de la obra de Edward Said y su traducción de *Cultura e imperialismo* (Anagrama) en 1996, llevando a cabo estos trabajos al margen de una universidad a la que, como veremos, solo se reintegró en 1997, año en que publicaba la traducción de *Solos en la ciudad* (Debate), de Raymond Williams, una obra fundamental en la introducción en España de las aportaciones crítico-literarias, y no solo políticas, de los estudios culturales. La traducción de *Historia y valor. Ensayos sobre literatura y sociedad* (Península, 1990) de Frank Kermode, libro que pone en tensión valor estético y contenido histórico-político, es otra aportación importante de la crítica rosarina que, además, permite reconocer sus intereses.

Catelli abandonó Argentina en barco, huyendo con Jorge Belinsky de las amenazas de la triple A en diciembre de 1975, y llegó a Barcelona en enero de 1976. Aunque era profesora en la Universidad Nacional de Rosario, en Barcelona trabajó, como ella misma narra,

de profesora de inglés en una academia, de secretaria bilingüe en una empresa de sulfato de aluminio que sirve para depurar el agua y de secretaria de Jorge Edwards en una editorial de libros de venta a domicilio. Desde 1980 hice, como *free-lance*, las siguientes cosas: coordiné una enciclopedia —que no salió— para México, redacté fascículos, corregí traducciones, traduje, escribí centenares de biografías para anuarios, actualicé diccionarios y trabajé como redactora-asesora en una revista femenina. (2003b:8; ver también 2015b:130–131)

Desde 1978 empezó a escribir, por mediación de Ernesto Ayala-Dip, para *El viejo topo*, y para *La Vanguardia* gracias a Ana Basualdo, quien le presentó a Robert Saladrigas, coordinador del suplemento. Puede consultarse un auto-retrato de Catelli, quien entró como profesora de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Barcelona en 1997 en el equipo de Jordi Llovet, en la revista *Nueve perros*, donde se lee:

En 1978 había intentado hacer la tesis, pero eran años demasiado difíciles. Cuando volví a emprender todo, a principios de los 90, *La expresión americana* de Lezama surgió casi con naturalidad como tema y también como formato —una «close-reading» de un solo texto— quizás como compensación de esa especie de dispersión de intereses en la que de hecho vivía y vivo. (2003:9)

Así narraba Catelli, en otro texto, su relación con la universidad española y su entrada en ella:

La universidad argentina que había abandonado a los veintinueve años era «enciclopédista» y la especialización en literaturas nacionales no existía; al contrario, la carrera de letras en Barcelona estaba completamente separada por lenguas a partir del segundo año. A pesar de que yo no estaba en la universidad, me encontré con esta característica en los cursos de doctorado. Decidí hacer una tesis sobre José Lezama Lima (una lectura de *La expresión americana*). La única intervención de mi director, el poeta Luis Izquierdo, que me dio una libertad irrestricta, tuvo lugar el día anterior a que yo imprimiera la tesis: me llamó aterrado para señalar («no por mí, sino por los otros, los de la Comisión de Doctorado») que yo utilizaba demasiados americanismos. Me señaló uno especialmente radical. No había advertido que era una cita extensa del propio Lezama. Lo tranquilicé. Sin embargo, me intranquilicé: a pesar de que ya habían pasado quince años desde mi llegada a Barcelona, ¿continuaría siendo mi lengua académica «americana» o «americanista»? En realidad, nunca lo he sabido. En 1991, aún *free lance*, había publicado *El espacio autobiográfico*, que es, visto ahora, un trabajo universitario sin universidad, un libro de teoría literaria, emergido

de los nombres y las posiciones que había aprendido (y entusiásticamente enseñado) en los años de Rosario. Cuando en Barcelona volví a la universidad en 1997, gracias a Jordi Llovet, lo hice en un espacio de «especialización» cuyo sustrato epistemológico propone la antiespecialización: «Teoría de la Literatura y Literatura Comparada». (2015b:131)

En este fragmento se aprecia la conciencia de ser un cuerpo extraño en una institución que, en el momento de su desembarco y del de tantos otros inmigrantes latinoamericanos que huían de las dictaduras del cono sur en los años setenta, los rechazó. Barthes se refería a ese carácter institucional de la universidad en su prólogo italiano de 1968 a *Crítica y verdad*, que acompañó la traducción catalana del libro en 1969. «*La Universitat*», escribía ahí Barthes, «aquesta paraula, a França, es declina en singular: la Universitat francesa, malgrat les localitzacions regionals, és —o era, fins aquests últims temps— una institució unitària, definida per un cos i per un esperit, conjunció que denominen precisament un *esperit de cos*». Ese *espíritu de cuerpo*, para Barthes, pasaba por la obligación del uso de un cierto lenguaje («aquest llenguatge, que podríem anomenar l'escriptura universitària, és fet d'una censura generalitzada» —1969b:9—). Catelli considera que la universidad española —la cual, creando un área de conocimiento separada del resto, «encapsuló» la teoría literaria para protegerse de ella (2015b:131)— ha sabido defenderse de los nuevos lenguajes críticos («llenguatges nous que corren periòdicament el risc d'alterar el sistema dels cursos, del exercicis i dels exàmens» —Barthes, 1969b:11—). Y, en esa defensa, se incluye también la protección respecto a *los españoles del español*, es decir, los otros dialectos del español que señalan un exceso con el cual ha intentado lidiar la universidad española, la Real Academia Española de la Lengua y la Marca España. Afir maba Catelli en otro lugar, volviendo sobre su recorrido e insistiendo tanto en su deuda con la universidad argentina en la que se formó como en el choque lingüístico que supuso la llegada a Barcelona:

La disposición intelectual crítica es el resultado de un aprendizaje: en primer lugar, debo a la extraordinaria universidad argentina en la que me formé, y en la que enseñé hasta 1975, el interés y la curiosidad por las modas y las distintas corrientes y el inagotable entusiasmo por plantearse problemas y enigmas literarios. También le debo la irrefrenable afición a establecer conexiones y el gusto por las analogías y los choques críticos dramáticos. En segundo término, al llegar a Cataluña aprendí, casi inadvertidamente, que yo pertenecía a un orbe lingüístico triunfante y por lo tanto irreflexivo. Y que, a partir de ese hecho histórico, yo atribuía, sin más legitimación que la que daba aquel triunfo, la

más completa y única vigencia literaria a una tradición —la castellana— que solo era una, entre otras posibles, *en el mismo territorio*. Para alguien que viene de un país, la Argentina, construido sobre la idea de que hay que unificar lingüísticamente el territorio o morir, esa puede ser una revelación traumática o la fuente de un modo distinto, quizás más libre, de pensar nuestras literaturas. Es un consuelo suponer que, al menos en mi caso, esa libertad haya sido resultado del hecho irreversible de no pertenecer ya del todo a un solo medio y a una única historia. (1995:13)

La trayectoria extra-universitaria de Catelli, tanto como la condición americana desde la que piensa y escribe, son dos rasgos que marcan la singularidad de un recorrido y un pensamiento al que tendremos ocasión de acercarnos con más detenimiento cuando nos ocupemos de la retoricidad del lenguaje y de la deconstrucción (apartado 3.2.2).

Por su parte, Enrique Lynch, fallecido en 2020, se exilió en España en 1976 tras haber acabado la licenciatura de Filosofía en la Universidad de Buenos Aires un año antes. Además de seguir con su carrera universitaria, Lynch fue director editorial de Gedisa, asesor de la editorial Argos–Vergara para Carlos Barral, director de Muchnik Editores y miembro del consejo editorial de Destino. Tradujo, además y entre muchas otras, obras de Michel Foucault (*La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, 1980), François Lyotard (*La posmodernidad (explicada a los niños)*, Gedisa, 1987), Paul de Man (*Alegorías de la lectura*, Lumen, 1990) y Clément Rosset (*Lo real y su doble*, Tusquets, 1993), fue finalista del Premio Anagrama de Ensayo y del Premio Nacional de Ensayo por *La lección de Sheherezade: filosofía y narración* en 1987 y publicó libros como *El mero-deador: Tentativas sobre filosofía y literatura* (Anagrama, 1990) y una lectura del Nietzsche que pensaba la retoricidad del lenguaje en *Dioniso dormido sobre un tigre: A través de Nietzsche y su teoría del lenguaje* (Destino, 1993).

Desde Argentina se importaron también los talleres de escritura tanto a Madrid como a Barcelona. Clara Obligado ha narrado cómo comenzó a impartir en 1980 talleres literarios en Madrid. Conviene rescatar aquí las palabras con las que abre su relato:

Había escuchado hablar de los que daba José Donoso en Barcelona y alguien me comentó que había dado algún curso en Madrid, aunque puede que el dato sea erróneo. Los primeros talleristas fuimos casi todos hijos del exilio, jóvenes con entusiasmo egresados de la carrera de Letras y con ganas de seguir participando en la construcción del tejido cultural. La universidad (imaginemos la universidad post-franquista, a finales de los 70) no era una propuesta apetecible para nosotros y, más que un doctorado, necesitábamos ganarnos la vida y establecernos

en un país en el que no había siquiera un estatuto de refugiado. Creo que esta situación de desamparo, nuestra edad y nuestra experiencia fueron el motor que «inventó» los talleres de escritura. Es bueno reconocer que, en el tejido socio-cultural de la transición española, fue muy importante el aporte de este amplio grupo de exilados latinoamericanos que pocas veces se menciona. (2014:102)

En una conversación reciente con Joan Aldavert —a quien agradezco el acceso a la entrevista—, refería la autora:

Yo era militante en Argentina, tenía veinticinco años. No soy una gran empresa, como las que hay ahora, un empresario que viene aquí y monta su taller. No, yo era una chica exiliada y me habían matado a todo el mundo que había a mi alrededor. Tenía mucha experiencia de relación con distintas clases sociales debido a mi militancia. De trabajar con mujeres... Todo eso que después se va a desarrollar como ideología de género...

Yo llego aquí a finales de 1976. Yo vengo por el golpe, directamente. Y la mayoría de los argentinos que llegamos estábamos relacionados con el exilio. Somos parte del exilio. Entonces no es que hayamos traído los talleres. Esto es como muy institucional. Los talleres no surgieron de manera institucional, sino como la necesidad de una gente que tenía una profesión que era la literatura, más una experiencia social muy potente, de hacer algo fuera del contexto universitario que era franquista. Yo traté de hacer el doctorado y dije no. Yo en esto, no... Tenía que ganarme la vida, tenía que pagar una matrícula... En Argentina la universidad es gratis.

El nivel era muy bajo en España, las cosas como son. Porque la universidad pos-franquista tenía un nivel muy bajo. Entonces digo no. Toda esa gente fue como expulsada de lo institucional y formamos algo no institucional.

Di el primer taller en 1979–1980, muy al principio, de manera muy intuitiva. Éramos muy pocos los que dábamos talleres: estaba Mario Merlino y Norma Estrada, que murió muy pronto. Éramos gente que veníamos con una experiencia de lo social muy fuerte. En general, veníamos de la militancia política. Y de la literatura. Los tres éramos argentinos. Entonces yo misma empecé a dar estos talleres como de manera casual. No hay otra palabra que lo defina. Me junté con un grupo de amigos e hicimos un libro conjunto. Y yo, naturalmente, mandaba, porque yo había hecho literatura, porque me gustaba dar clases... Y ahí surgió el primer taller. Creo que fue el primero en Madrid, prácticamente. Y después Mario Merlino se especializó más en poesía. Norma hacía mucho cuento. Y después hice los talleres en la Universidad Popular, donde pasó lo mismo: yo era la única que sabía algo. Porque, claro, era el período de posdictadura. Y también hicimos unos talleres maravillosos. Con un corte popular, totalmente distinto. Más abierto. Eso modificó la manera de estudiar. (Obligado, 2020)

Por lo demás, en el nº 5 del *Viejo Topo* (febrero 1977), ya el argentino Marcelo Cohen reivindicaba la importación a España de los talleres literarios argentinos (1977:63). En esta investigación no podemos ocuparnos en detalle de estas problemáticas, por lo que nos centraremos, retomando una veta fundamental, en las aportaciones argentinas al lacanismo a través de la figura de Oscar Masotta, las cuales intersectan con el telquelismo y el textualismo a través, entre otros, de Osvaldo Lamborghini y de Germán García.

3.2.1.2. Oscar Masotta y el desembarco del psicoanálisis lacaniano en España

El nombre de Masotta designa hoy, para un cierto número de personas que están en el psicoanálisis de orientación lacaniana en lengua española, un lugar de enunciación que ha marcado un corte en esta historia, un corte que ha significado para muchos una suerte de punto cero, un punto de origen con un antes y un después.

Miquel Bassols

En España el discurso psicoanalítico ha sido insoportable o se ha concebido como resistencia: se lo ha incorporado encapsulándolo; por eso quienes lo practican —casi siempre fuera de la psicología, la psiquiatría y la medicina; casi siempre fuera de la universidad— lo hacen de un modo partisano. Sigue siendo una práctica escasa; por eso, cuando en España se invoca hoy —minoritariamente— a Jacques Lacan se lo hace con la misma euforia con que los lectores de principios del siglo xx vieron la llegada de los primeros libros de Freud, con un rechazo y una fascinación notorias. Casi podría decirse que en España el psicoanálisis conserva su característica inicial de subversiva radicalidad; sigue siendo minoritario, asombroso, visto como irreducible.

Nora Catelli

Las relaciones de dominancia Norte–Sur que suelen postularse, generalmente de modo acrítico, en la circulación internacional de las ideas encuentran en la introducción del psicoanálisis lacaniano en España un caso claro de inversión, cuando no subversión, de esos modelos. Como ha señalado Catelli, «en la primera mitad del siglo xx Argentina recibió de España las traducciones iniciales de Freud y algunos de los primeros psicoanalistas como consecuencias del exilio del 36–39. En la segunda mitad se dio el caso

inverso» (2017a:12). En ese proceso, Oscar Masotta —principal introductor de Lacan en Argentina y en España— jugó un papel fundamental. Tal como ha estudiado A.C. Druet, «Barcelona se constituye en la vía de entrada, durante los años de la Transición, de ideas y conceptos con relación al psicoanálisis en general y al lacanismo en particular» (2006:212). En España, esa tradición psicoanalítica había quedado cortada con el franquismo. La obra de Francesc Tosquelles —quien ya en los años treinta había introducido y movilizado la obra de Lacan— y la visita de Lacan a Barcelona con motivo del *IV Congreso Internacional de Psicoterapia* de 1958, donde presentó una ponencia sobre «El psicoanálisis verdadero y el falso» (Lacan, 1992), y en 1972, donde dio una conferencia de dos horas en la Academia de Ciencias Médicas y —a decir de Catelli— «se marchó sin pena ni gloria» (1983a:43), no tendrán continuidad ni un espacio de resonancia propio en la España franquista.⁸ Francesc Tosquelles, convertido en François desde 1939, defenderá su tesis doctoral en la Faculté de Paris (*Essais sur le sens du vécu en psychopathologie: le témoignage de Gérard de Nerval*, 1948) y pasará a ser un psiquiatra francés que solo recientemente comienza a ser estudiado y reivindicado desde Cataluña (Masó, 2019).⁹

En mayo de 1964 Masotta ya había pronunciado una conferencia, posteriormente publicada en la revista *Pasado y presente* bajo el título «Jacques Lacan o el inconsciente en la filosofía», considerado el primer texto en castellano dedicado al psicoanalista francés. Como afirmó una vez Alberto Cardín —alguien que, en palabras de Catelli, «quiso intervenir sobre la literatura española a partir de la lectura de Lacan» activando así «el diálogo o la confrontación entre lectura psicoanalítica y lectura literaria» (Catelli, 2017a:11)— «no es que a Lacan no se le conociera, o no se le leyera antes de la venida de Oscar Masotta a Barcelona va a hacer ahora casi tres años. Pero es cierto que solo se le conocía como parte del hinchado pandelarvum de los “estructuralistas” que Trías, Aranguren y tutti quanti se encargaron de entregarnos refritos y en abundante morralla» (Cardín, 1978b:71–72). De ese modo, sus nuevas lecturas hacían posible entenderlo, más allá del marco general del estructuralismo periodístico y filosófico, en su propia especificidad.

8 Escribía Nora Catelli en 1983: «En 1959, después de haber integrado la Sociedad Luso-Española de Psicoanálisis, un grupo funda el Instituto de Psicoanálisis, también adherido a la Asociación Psicoanalítica Internacional, descendiente de la creada por Freud a principios de siglo» (1983a:43).

9 Agradezco estas referencias a Joana Masó, que actualmente trabaja en la recuperación de la obra de Francesc Tosquelles. Mientras corregíamos las galeras de este libro la autora ha publicado el libro *Tosquelles. Curar les institucions* (Arcàdia, 2021).

Miquel Bassols, coordinador de la Sección Clínica de Barcelona de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis desde su fundación en 1988 y presidente de la Asociación Mundial de Psicoanálisis entre 2014 y 2018, señalaba en 2010 lo paradójico de esa recepción lacaniana:

Momento cero, pues, del psicoanálisis de orientación lacaniana en lengua castellana, momento que tuvo que cruzar el Atlántico desde Argentina para poder encontrarnos aquí con lo que sucedía más allá de los Pirineos, en el país vecino. Hay cierta paradoja en este cruce de discursos, de lenguas y fronteras, con la serie de encuentros y desencuentros que implica, cierta paradoja que tiene ya un rasgo decididamente masotiano, si me permiten decirlo así. Nada estaba, en realidad, donde se lo esperaba, nada estaba en su lugar sino en otro lado, como en los happenings que realizaba Oscar Masotta en los años sesenta, en el prolífico ambiente de vanguardia generado alrededor del Instituto Di Tella de Buenos Aires. (2010)

Masotta llegó a Barcelona en 1975, donde dio sus primeras clases en octubre, poco antes de la muerte de Franco, después de haber pasado algunos meses en Londres. Como recuerda la psicoanalista Carmen Gallano,

en Londres, en 1974, donde yo asistía a la *Philadelphia Association* de Laing, el azar de los encuentros hizo que dos amigos psiquiatras me llevaran a conocer a Masotta, recién exiliado. Junto con Marcelo Ramírez Puig, luego tuvimos el deseo de hacer venir a Masotta regularmente a Barcelona, a ayudarnos a leer a Lacan. Sin Marcelo, que se hizo su secretario y organizó los grupos de estudio, jamás la enseñanza de Masotta hubiera prosperado en España. En la Universidad pública, la enseñanza de Masotta, incluso a final del franquismo, no hubiera tenido cabida. Lo interesante en aquellos años transcurría en los bordes marginales de la Universidad. Estábamos acostumbrados a la clandestinidad. (Gallano, 2019)

En Argentina fue un crítico profundamente innovador, un devorador de las novedades francesas: Sartre, Merleau-Ponty, Blanchot, Lévi-Strauss y Barthes son algunos de los nombres que atravesaron, uno detrás de otro —y, por momentos, simultáneamente— su escritura (Hidalgo Nácher, 2015c). Lacan fue su último descubrimiento, que Masotta trasladó a Barcelona principalmente a través de su labor en la Biblioteca Freudiana de Barcelona —primera institución lacaniana de España—, que fundó en 1977 y que dio lugar a la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis y a la Biblioteca del Campo Freudiano. El crítico argentino, que también fundaría el Instituto Gallego de Estudios Freudianos, será el principal difusor en el país del pensamiento

lacaniano y publicará en Barcelona *Ensayos lacanianos* (Anagrama, 1977) y *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (Granica, 1977). La tradición de los grupos de estudio argentinos es fundamental para entender la dinámica que imprimirá en Barcelona a su enseñanza, dando sus cursos en el estudio del pintor Josep Guinovart, haciendo converger en torno a sí, no solo al círculo psicoanalítico, sino también a «los letrados barceloneses atravesados por la urgencia de esos años singulares» (Catelli, 2014). El psicoanalista argentino, que frecuentaba Barcelona desde 1974, escribía a sus colegas de la Escuela de Buenos Aires el 16 de julio de 1976:

Creo que a partir de septiembre iré a vivir a Barcelona. Estoy creando allí un verdadero grupo (...). Estoy fantaseando, pero de manera bastante seria, conectar el grupo psicoanalítico de Barcelona con el nuestro en Buenos Aires. Podría haber en Barcelona una cierta institución psicoanalítica (...) Podríamos entonces estrechar relaciones con la Escuela ahí y asegurar entre otras cosas visitas recíprocas (...). Quisiera estar en contacto permanente con ustedes. (Masotta, 1976:9)

Masotta pasaría a vivir en Barcelona desde esa fecha hasta su muerte, en 1979, año en que Germán García se instalará en Barcelona hasta 1985 para continuar su labor.¹⁰ Otros psicoanalistas argentinos, como Jorge Alemán (exiliado en Madrid en 1976), asistente asiduo a las tertulias de García Calvo desde su vuelta a Madrid en 1977 (en las que participan también Savater, Ferlosio, Tomás Pollán y, en ocasiones, Leopoldo María Panero —Alemán y Cano, 2016:28—), contribuyeron a la difusión del lacanismo en España, cuyas flexiones psicoanalíticas de la teoría literaria fueron registradas con cierta extrañeza e incomodidad en el campo académico e intelectual español. Afirmaba recientemente Alemán respecto a la llegada a España de muchos argentinos exiliados: «Había que aceptar que éramos intraducibles, no encajábamos en los casilleros que previamente ya tenía el escenario político español de la izquierda ya constituida. Por ejemplo, la mía era un tipo de izquierda construida entre Althusser y Lacan, pero también la corriente histórica de izquierda vinculada al peronismo. En fin, el *collage* era imposible de ser presentado en aquel entonces» (16–17). Es significativo, en ese sentido, lo que comenta Alemán del poeta Leopoldo María Panero:

10 Para la relación de Eugenio Trías con Germán García en la estancia del primero en Buenos Aires, cf. Trías (2003:435–442).

Él fue el primer interlocutor con el que me encuentro en España con quien pude mantener una conversación sobre Lacan, en la medida en que era posible denominar conversación a lo que sucedía entre Leopoldo Panero y yo, ya que no era la conversación que recorre los cauces tradicionales. Era el primero que conocía el texto de Lacan, había hecho un prólogo a *Alicia en el país de las maravillas* donde Lacan era central. Luego escribió un libro de cuentos con un personaje que se llama Jorge, que es psicoanalista, donde me incorpora tal como puede incorporar él a alguien dentro de una escritura. (26–27)

Será, de hecho, Germán García quien publique en *El País* el 23 de octubre de 1981, en tanto que presidente de la Escuela de Psicoanálisis, un artículo en respuesta al texto que poco antes había publicado Castilla del Pino con motivo de la muerte de Lacan lamentando, precisamente, la recepción española de su pensamiento: «A la deficiente cobertura informativa mostrada por la Prensa española en ocasión de la muerte de Jacques Lacan (al parecer, nadie tenía datos de archivo, las referencias bibliográficas eran equivocadas y los especialistas consultados no sabían de qué estaban hablando) se suma el *abuso de autoridad* de un psiquiatra que desconoce el tema» (1981). Un par de años antes, era Cardín quien presentaba la importancia de Masotta en España —que solo en los últimos años ha empezado a ser reconocida de modo público más allá de los círculos estrictamente psicoanalíticos, como muestra la exposición del MACBA de 2018 ya referida— con motivo de su muerte:

Con una coherencia tan fatal como el destino que el psicoanálisis atribuye a cada individuo, la muerte vino a sellar con el derrumbe biológico, la muerte simbólica que, con la mudez, sobrevolaba desde hace aproximadamente un año la vida de Oscar Masotta, maestro y máximo exponente del psicoanálisis lacaniano en lengua española (...). Establecido desde 1975 en Barcelona, Masotta, ayudado por un grupo de psicoanalistas discípulos suyos, venidos de Argentina, fue impartiendo de esta manera por diversas ciudades de España su enseñanza de Freud y Lacan. A su muerte, deja tras de sí dos instituciones, desconocidas para la gran masa, pero de gran prestigio en medios especializados: *La biblioteca freudiana de Barcelona* y el *Instituto gallego de estudios freudianos*, así como la organización de los dos únicos congresos freudianos celebrados hasta la fecha en España. Si su semilla prende, el tiempo lo dirá. (1979:45)

Todo ello hará que al final de la transición democrática el psicoanálisis lacaniano, a pesar de las resistencias, pase a ocupar un lugar reconocible en el campo cultural español (y, especialmente, barcelonés), tal como atestiguaba Catelli en *La Vanguardia* en 1983:

Absolutamente *diferente*, el psicoanálisis se obstina, con admirable terquedad, en mantener esa diferencia como su tesoro más preciado. Así, sus relaciones con la psiquiatría, la psicología y la medicina son una fuente permanente de conflictos. Porque el psicoanálisis parece ponerlas todas en cuestión, parece hostigarlas, acosarlas y, finalmente, acusarlas. ¿De qué? La respuesta es complicada. Pero la discusión está abierta y el debate —con las posibilidades de acuerdos en algunos campos— empieza, en Barcelona, a ser parte del horizonte cultural. (1983:43)

Ahora bien, ¿cómo se articulará ese lacanismo con el campo crítico y literario? ¿Cómo contribuirá a transformar las prácticas críticas?

3.2.1.3. Textualismos telquelianos

Nosaltres escollim la barra entre la teoria i la pràctica literària (...). Aquesta idea que la crítica és teoria i que la creació és pràctica ha desaparegut en la gent que no se fica cotilles ni fa comportaments tancats. Ha desaparegut la distinció entre gèneres i ha desaparegut la poesia, el teatre, la novel·la. Avui dia tot és poesia si la gent viu avui, si no la gent viu en el segle XIX o a la prehistòria literària.

Biel Mesquida

Encabalgándose con el psicoanálisis lacaniano, irrumpirán también desde mediados de los setenta, cobrando mayor presencia a finales de la década, las perspectivas textualistas y telquelianas, que serán las que permitirán, en gran medida, conectar el psicoanálisis con la crítica literaria. En dicha introducción va a jugar un papel destacado Jordi Llovet quien, como hemos visto en el apartado sobre la renovación filosófica, fundará a finales de 1976, en compañía de Xavier Rubert de Ventós, Eugenio Trías y Antoni Vicens, el Col·legi de Filosofia. El recorrido intelectual de Llovet, un importante mediador de la renovación teórica, le llevó a estudiar en París en 1972-1973 con Julia Kristeva —de quien tradujo en 1974 *El texto de la novela* para Lumen— y, posteriormente, en Berlín. Escribiría muchos años después —ya, como tantos otros, desde un desapego crítico y desencantado respecto a las aventuras teóricas de los años setenta— en su libro de memorias *Adiós a la Universidad*:

Tot i que a Franfurt vaig fer-hi moltes amistats, al cap de tres semestres de ser-hi vaig decidir traslladar la beca (i la meva persona) a París, perquè em venia de lluny una gran admiració per Julia Kristeva i, en general, pels membres de la revista *Tel Quel*, de gran anomenada en el meu cenacle privat de Barcelona

durant els anys d'estudi de la carrera de Lletres: Biel Mesquida, el desaparegut Alberto Cardín i el foraviat Jiménez Losantos, entre altres. A París vaig seguir els cursos de la Kristeva amb atenció; vaig veure Roland Barthes —només això— just en el moment en què penjava una informació al tauell d'anuncis d'un passadís de l'École Pratique des Hautes Études, a la Rue de Tournon; vaig anar a les classes de Gérard Genette —el més semblant a Quintilià que hi ha hagut al continent al segle xx— i de Tzvetan Todorov —que ja aleshores em va semblar un home displicant i molt pagat de si mateix—; vaig participar força activament en un seminari *à la marxiste* de Pierre Macherey; vaig anar a veure Jacques Lacan fent comèdia a l'amfiteatre de la Facultat de Dret, a la Rue d'Assas; vaig assistir a un seminari catastròfic de Gilles Deleuze i Félix Guattari plegats —un dia es van passar tota una hora de classe preguntant-se l'un a l'altre: «La vérité... qu'est-ce que c'est, la vérité?», com Ponç Pilat, sense arribar, naturalment, a cap conclusió, però sense condemnar tampoc ningú a la creu—; vaig començar a fer-me amic de Pierre Vidal-Naquet —que durant un dinar al barri de Saint-Germain va qualificar el *nouveau philosophe* Bernard-Henri Lévy de «grande imposteur», amb la severitat moral pròpia d'un home que va sobreviure miraculosament a la França ocupada pels alemanys: a l'adolescència sortia de la casa en què l'havia acollit i amagat una família cristiana de Marsella, i, després de comprovar tot al voltant seu si hi havia policies de la Gestapo, obria la motxilla i llançava a l'aire un plec d'octavilles de propaganda antifeixista—; vaig anar a alguna classe de Nilos Poulantzias —que després es va suicidar—, a unes quantes de Louis Althusser —que després va escanyar la seva dona—, a unes altres de Michel Foucault —que uns quants anys més tard va morir de sida—, i alguna cosa més. (Llovet, 2011:75–76)

Así presentaba Castellet a Llovet en su dietario de 1973:

28 juny, dijous. M'ha vingut a veure Jordi Llovet, un llicenciat en lletres que ara estudia a París sota la direcció de Julia Kristeva perquè aquí no ha trobat literalment ningú a la universitat que li pugui dirigir la tesi. És un xicot estranyament interessat per la crítica literària i, pel que sembla, al dia dels nous corrents. Dic 'estranyament' perquè, en aquest país, descobrir algú que s'interessi per la crítica literària és, per als de la professió, és a dir, mitja dotzena, no ens hem d'enganyar, una troballa que caldrà cuidar. Ens entenem ràpid —les claus que obren el pany són els formalistes russos, els estructuralistes francesos...— però d'entrada l'adverteixo que no es faci il·lusions, que jo sóc un autodidacte, potser només un «amateur». (2007:112)

La obra de Llovet que condensará las ideas del período es *Por una estética egoísta (esquizosemia)*, por la cual recibió el Premio Anagrama de Ensayo 1978. Se trata de un ensayo freudo–marxista en la estela del grupo Tel Quel en el que se combinan las referencias a Cortázar, Kafka y Artaud con las reflexiones sobre Marx, Nietzsche y Freud. Este libro puede ser visto como uno de los momentos culminantes, en España, de lo que Manuel Asensi llamó en el contexto francés «los años salvajes de la teoría» (2006): un momento en el que, borrándose las fronteras disciplinarias, se apostó por los poderes revolucionarios de la escritura. El ensayo de Llovet —presentado por Jordi Gracia y Domingo Ródenas, incomprensivamente, como un reflejo claro de una supuesta tendencia de la época ligada a «la variedad y hasta el pintoresquismo empeñosamente moderno en que anduvieron a veces los autores con combinados de fuentes» (2015:195)—¹¹ se inspiraba, en múltiples niveles, en el modelo de Kristeva —su retórica y sus conceptos, su apuesta decidida por una política textual y el índice y la datación finales remiten a *Semeiotike* (1969) y a *La révolution du langage poétique* (1974)— y ya desde su propio título aparecía como una toma de partido por una estética que apostaba por «*la práctica del lenguaje*» de «un sujeto en proceso» (Llovet, 1978:18). Coinciendo históricamente con los trabajos de Leyla Perrone-Moisés en Brasil (*Texto, crítica, escritura* es precisamente de 1978), Llovet afirmaba el pensamiento Tel Quel y repetía la tesis de Kristeva según la cual «a partir del siglo XIX» se produjo una ruptura por la cual se convertía «la literatura en *texto*, en una práctica significante que remite a una génesis del sentido y un proceso del sujeto» (20).

Llovet (quien traduciría en 1987 *Incidents*, de Barthes, al castellano) prologaba en 1985 *El bell país on els homes desitgen els homes* de Biel Mesquida (que traducirá ese mismo libro de Barthes al catalán en 1987), libro que presentaba como un «intent de posar l'entremat lingüístic de la literatura al servei de la subversió radical de tots els ordres pels quals estan constituïdes les nostres fratries en totes les seves manifestacions» (Llovet, 1985:15). Ahí, en un relato en el que el crítico ya toma cierta distancia respecto a sus planteamientos de los años setenta, se lee:

Mesquida (...) forma part d'una generació d'escriptors que, a causa potser de la proximitat de la capital de França i moguts per una clara necessitat d'importar nous models per a la seva literatura, van pouar de la teoria literària que es prac-

11 Los autores remiten ahí a *Adéu a la Universitat* de Llovet y afirman que este libro «debe entenderse nacido de un magma ideológico atropellado (la inconsistencia del sujeto, la verdad o el lenguaje, la impugnación de la sociedad burguesa con todos sus valores, el recurrente llamamiento a la disolución, desarticulación, *deconstrucción* de lo establecido) en que la visibilidad pública de algunas manifestaciones colectivas fue muy alta» (Gracia y Ródenas, 2015:196).

ticava a París cap als anys seixanta i començaments dels setanta, els ingredients fonamentals per bastir la seva obra. (8–9)

L'adolescent de sal, censurado en un primer momento, fue escrito en 1973 y premiado ese mismo año con el Premi Prudenci Bertrana. Lacanismo y textualismo se daban la mano en una escritura que exploraba libremente la homosexualidad, y que tuvo otras de sus primeras publicaciones en 1978, con *Detrás por delante de Cardín y Puta Marès (ahí)* de Biel Mesquida, ambas en la editorial Ucronía. En la entrevista que Jiménez Losantos hizo a ambos escritores en enero de 1978 en *El viejo topo* Mesquida afirmaba la libertad textual frente a las «animaladas y solidaridades (de solideces) y de grupos de escritores “redentoristas–nacional–izquierdistas”» (1978a:14). La actitud textual anarquizante de Mesquida —que aparecía en esas mismas fechas en su primer artículo para *Diwan*: «Babel catalana, on no ets?»— intersectaba en ese contexto, aunque desde presupuestos diferentes, con la militancia española de Jiménez Losantos, tal como constataba Llovet en su reseña del *Viejo topo* de *Self Service* (Ucronía, 1977), el libro de Mesquida y Monzó:

Quién sabe si al vanguardismo catalán le ha tocado en suerte avanzar al tiempo —que no al mismo paso— que los preceptistas y gramáticos establecen, sólida, una ley simbólica nacional.

Por eso atentar contra las Bellas Letras (que aquí van de la *Renaixença* al *Noucentisme*) es, en Cataluña, sinónimo de anti–patriotismo. Craso error o verdad dolorosa para el hijo enclaustrado. (Llovet, 1977:48)

Sometiendo a crítica la normalización lingüística del catalán desde los postulados de *La révolution du langage poétique* de Kristeva, escribía ahí Llovet: «Extraña aventura la del vanguardismo *en catalán*, que no vanguardismo catalán», dado que en él estaba en juego «el asesinato de la frase paterna, de la frase patria» (Llovet, 1977:48). La reseña se cerraba en tono profético:

Las Historias de la Literatura agonizan hoy al mismo ritmo que las nacionidades. En el lugar de las literaturas nacionales, los vanguardismos del siglo xx siguen construyendo desde el subterráneo, viejo topo, un edificio simbólico muy pretencioso: quieren arrastrar, en su desorden, todas las órdenes que dicta el Nombre–del–Padre. Algo importante se gesta —esta vez tenemos la garantía de que, por lo menos, tal gestación se realiza desde un cuerpo pulsional, fálico, oculto pero no encerrado, y ajeno a toda complicidad con la Matria solícita, engullidora, castrante. (48)

En esta misma línea, Mesquida afirmaba en una entrevista en el *Viejo topo* con Jiménez Losantos:

Lo interesante para mí era continuar, claro, este tipo de trabajo sobre el significante, más que restaurar Grandes Escenas Patrióticas (...). Mi aislamiento en las Letras Catalanas lo he tratado en una meditación solitaria y muy divertida y gozosa, que es el artículo que aparecerá en *Diwan* y que figura también al final de mi libro, sobre mi vida después del *Adolescent*. Yo no me he parado nunca, lo que más «marcha» me ha dado ha sido contradecir a estos sectores izquierdosos. Yo creo que he hablado con todos y he recorrido todos los grupos y capillas de la literatura catalana y los grupos de jóvenes *writers* (Masculino & Femenino) dispuestos a crear la literatura nacional–popular catalana. Íbamos a dar charlas y mesas redondas, discusiones de política, etc. Poco a poco mi relación con ellos fue refiriéndose cada vez más a una palabra: fascismo. (Jiménez Losantos, 1978a:14)

Ahora bien, como ha estudiado Margalida Pons (2007b), esas posiciones de Mesquida durarían poco. Concretamente, hasta la publicación del libro de Jiménez Losantos *Lo que queda de España* y —a pesar del apoyo que Mesquida le dio a través de la redacción de un manifiesto a favor de la libertad de expresión— hasta ser expulsado de la revista por él.

3.2.1.4. De *Qwert Poiuy. Revista de Literatura* (1974–1977) a *Diwan* (1978–1982): telquelismos y lacanismos españoles

La llegada de Masotta a Barcelona fomentó, a través del psicoanálisis y de la tradición argentina de los grupos de estudio, la creación de seminarios y espacios de encuentro. Su presencia tuvo de hecho una clara incidencia en la evolución de *Qwert Poiuy. Revista de Literatura* (1974–1977), cuyo nombre proviene —como ha señalado Jiménez Losantos— de «las primeras diez letras que se aprende a escribir a máquina» (2007:114). Vinculada a la Facultad de Filología de la Universidad de Barcelona, pasaría a reducir su título simplemente a *Revista de Literatura* en su segunda etapa. Formada por estudiantes de los últimos cursos de Filología, la revista —estudiada por Anne-Cécile Druet (2008) y, en el trabajo más completo que hay hasta la fecha sobre el textualismo catalán, por Margalida Pons (2007a)— se interesó por el Barroco, publicó traducciones de Mallarmé, Lautréamont, Joyce y *Tel Quel* y dio protagonismo desde su sexto número al pensamiento lacaniano. Junto a otros autores de diversas tendencias, participaron en ella Alberto Cardín, Federico Jiménez Losantos y Biel Mesquida —los tres alumnos de Masotta—, quienes posteriormente fundarían *Diwan*, así como Jordi Llovet, quien pu-

blicaría, en dos partes, «Estética, marxismo, semiótica» (nº 3, noviembre 1974, y nº 4, febrero 1975), un texto en que se preguntaba por cómo sería posible «la constitución de una estética materialista» que, en términos telquelianos, reuniera «a un sujeto significante con la propia práctica significante del arte». Ese «sujeto de la significación, sujeto de la génesis de sentido» habría escapado hasta la fecha «a la formulación marxista» (1974:30), heredera en este punto de acercamientos idealistas. El número 6/7, un «Extraordinario sobre Freudomarxismo» (1974) dirigido por Cardín, Jiménez Losantos y Álex S. Valero, fue importante en este sentido porque indicaba cómo la revista iba a ir concediendo cada vez más espacio al psicoanálisis lacaniano. En uno de sus números se publicaría «Psicosis», el texto de una conferencia de Masotta pronunciada el 2 de abril de 1976 en el Departamento de Psiquiatría de la Facultad de Medicina de la UB. Así presentaba entonces Cardín al psicoanalista argentino: «Oscar Masotta no es un nombre que resulte familiar al público universitario español. Sus trabajos, publicados hasta ahora en editoriales argentinas, solo son conocidos de un no muy amplio círculo de iniciados (...). Se trata sin embargo del más grande lacaniano del ámbito hispánico» (1976:23). En esta misma línea, afirmaban Mesquida y Cardín en una entrevista de 1977 con Concepció Pons que «“abrochar” la literatura con el sicoanálisis» era «la única forma productiva de dar cuenta del texto moderno y, recurrentemente, de la literatura anterior, “lisible”, como diría Barthes» (Cardín y Jiménez Losantos, 1977:162).

La revista, que tendría su continuación en *Diwan*, perseguía inscribir la perspectiva psicoanalítica como modo de pensar la cultura y, especialmente, la literatura. En el número 4 del *Viejo topo* (enero 1977) Mesquida entrevistaba a Jiménez Losantos, Cardín y Alex S. Valero como miembros del equipo de redacción de *Revista de Literatura*, y escribía como presentación:

La proliferación de revistas teóricas es un hecho incuestionable. Si lo son o no realmente, es otro problema. La aparición de cada una de ellas se ve confirmada en su status por ese conjunto de mini-mandarines de la cultura que sustituyen al filtro académico en bancarrota. Son la parodia de esa comunidad científica que para algunos representa la única garantía de objetividad científica de la ciencia, con un poder de control si cabe, mayor. (Mesquida, 1977:47)

La entrevista perseguía dar publicidad a una revista que, desde su número cuatro y como sosténía Cardín, no hacía diferencias entre «el campo del lenguaje y de la literatura (...) porque es el campo mismo de lo simbólico, y un trabajo actual sobre el lenguaje, sobre la práctica de la escritura no puede ser sino un atravesamiento simbólico» (47). La retórica telqueliana impregnaba

el discurso de unos autores que se preguntaban por «un área de trabajo que es la práctica específica de la escritura, y un área de intervención que es el de la lucha ideológica en el campo de la teoría». Continuaba Jiménez Losantos:

El psicoanálisis, más que la lingüística, es la teoría del significante. La lingüística está preocupada únicamente por el campo de la comunicación eficaz, el campo del enunciado/enunciación. El psicoanálisis, en cambio, concibe la enunciación productora del mensaje como ella misma enunciada por un sujeto del inconsciente (...). Decir significante es decir representación del deseo. Por eso para Lacan el significante es el representante del sujeto para otro significante, mientras que para la lingüística es el correlato del significado. (48)

Así es como se abría un campo en que comunicaba la teoría del sujeto lacaniano con la teoría del lenguaje de *Tel Quel*, que tendría en Llovet —de quien ya hemos hablado— a su representante más importante en el campo de la teoría literaria. Por lo demás, el tono polémico de los promotores de la revista se observa en su manera de referirse a sus contemporáneos. Así, de entre los escritores contemporáneos, Cardín solo rescataba a Juan Goytisolo; y, de entre los críticos, a Jenaro Talens. En la siguiente cita se aprecian los diferentes sectores de los que el grupo trataba de distinguirse (un estructuralismo científico y académico, que se articulaba institucionalmente con el bloque de la estilística, y un marxismo renovado que tuvo a su máximo representante en el grupo Comunicación):

Hay estructuralistas clásicos, como los que suelen publicar en *Prohemio*, en torno a Prieto, algún generativista, sobre todo aquí en Barcelona, y los glosemáticos de toda la vida, como Alarcos o Gregorio Salvador. Críticos que hayan oído hablar de Lacan, Sollers, Kristeva o similares (oír en sentido eficiente, claro está. Se oyen muchas cosas), prácticamente ninguno. En cuanto a los marxistas, ahí los tenemos, coleando entre Della Volpe y Lukács, a veces con algunos toques de semiología equiana o reznikoviana. (...) A la busca del mirlo blanco de la crítica hemos descubierto hace poco a Agustín Vera Luján. Solo conocemos su artículo sobre Barthes aparecido en *Prohemio*, pero nos parece una crítica muy ajustada. (Cardin en Pino Estivill, 2018:270)

En cuanto a los neonietzscheanos, de los que aquí no se hablaba, aparecerían también como rivales directos en el campo de una vanguardia que, en esos años, estaba en trance de acomodación a unas nuevas reglas de juego.

3.2.1.4.1. España Una en *Diwan*

En 1977, Cardín y Losantos dejaban la *Revista de Literatura* para fundar, junto a Mesquida y Javier Rubio, *Diwan* (1978–1982), revista que, desde su primer número, aparecía asociada al nombre de Lacan y al telquelismo, y atacaba a sus detractores españoles, los cuales, según la revista, criticarían lo que no comprendían o ni siquiera habían leído. Así denunciaban en su primer número la falta de lecturas teóricas en España:

¿Para qué pues escuchar otros discursos? ¿Para qué intentar leer? Lo dice Semprún en entrevista reciente (*Por favor*, núm. 177), para quien evidentemente sus razones son mejores que las de Carrillo, y lo que Federico Sánchez fuera no presenta la más mínima opacidad a su autoanálisis: Barthes es un cretino. Y lo repiten todos a coro: y Lacan, y Sollers, y Lardreau-Jambet. Que los hayan leído, eso ya es otra cosa. Se lee aquello que ya se sabe: Garaudy, Bloch, Cioran... Para lo que, evidentemente, la lectura está de sobra. (Diwan, 1978a:121)

La revista, que editó su primer número en enero de 1978, presentaba pocas afinidades con la argentina *Literal*, con la que compartía además colaboradores: Germán García publicaba ya en el segundo número su artículo «Jung pierde Freud» (149–155) y Luis Gusmán participaría en el número 8/9, coordinado por Germán García. En el número 12, tras el texto «Jacques Lacan. Dicho de otra manera» (73–77) de Germán García, se publicaba el «Hiatus irrationalis» (78–79) de Lacan, soneto en francés y en versión castellana de Germán García escrito por Lacan en 1929, y que ya había sido publicado previamente en *Literal* (nº 2/3, mayo 1975, 6–7). Por lo demás, en *Diwan* colaboró también la argentina Sara Glasman. Como ha afirmado Juan J. Mendoza señalando las continuidades entre *Literal* y *Diwan*, «el horizonte teórico-ficcional del barroco invade las páginas de esta imaginaria *Literal* 6/7 que en efecto es el número 8/9 de *Diwan* y se impone como una prolongación de la flexión argentina en la España posfranquista» (Mendoza, 2011:13).

Literal surgió en 1973 como una escisión de *Los libros* (1969–1976) en el momento de máxima politización de la revista. «Es sabido», se lee en la propia revista, «que *Literal* surge de la ruptura con el fracaso de la divulgación estructuralista frente a los embates del contendismo y el populismo» (*Literal*, 1977:11). Aunque Germán García insistiera en múltiples ocasiones sobre sus diferencias con la francesa *Tel Quel* es obvio que, junto al psicoanálisis, las escrituras de la revista francesa aparecían como un intertexto fundamental de *Literal*. Su cierre en 1977 estuvo directamente asociado, después de tan solo cinco números, publicados en tres volúmenes, al advenimiento de la

dictadura militar. «Qui de uno dicit, de altero negat» (lo que se dice de uno, se niega del otro), se lee al comienzo de su último número, en clara alusión a la censura y al terror que iban a acabar con la revista.

Cabe recordar, por lo demás, que Eugenio Trías participó en el número 2/3, fechado en mayo de 1975, con «La filosofía como drama». Trías había viajado a Buenos Aires en 1974 después de pasar por Rio de Janeiro (Trías, 2003:432–442; Strafacce, 2008:395–399). Respecto a su estancia porteña, escribía Trías en sus memorias:

Ese hermoso mundo que se me fue creando como el mejor *habitat* para mi estancia allí (donde sobrevivía a base de cursos o cursillos de formación libre, al estilo de los que todavía son de rigor entre psicoanalistas) tuvo un origen afortunado. Y sobre todo tuvo un responsable; una persona que se desvivió para hacerme posible el fácil discurrir de mi estancia en esa ciudad de ensueño. Esa persona fue Germán García. (Trías, 2003:435)

Así rememoraba Trías su encuentro (sobre el que puede consultarse también a Strafacce, 2008:395–399):

Un par de semanas antes de llegar a Buenos Aires, Germán acababa de escribir una carta a un joven filósofo barcelonés cuyos libros comenzaban a difundirse también por Argentina. Había leído *La filosofía y su sombra*, *Filosofía y carnaval* y *Teoría de las ideologías* y había quedado seriamente impactado. Sentía que una corriente solidaria de proximidad filosófica e intelectual existía entre ese filósofo y sus propias búsquedas literarias, intelectuales y psicoanalíticas. Antes de mandar la carta hizo referencia, ante un grupo de incondicionales que seguían sus cursos (y sus correrías por la ciudad), a la existencia de ese personaje y de sus libros; y ponderó la importancia que tendría tratar contacto y comunicación con ese joven filósofo español (o «gallego», para hablar con propiedad porteña). No necesitó que nadie le contestase esa carta que nunca llegaría a mandar. En lugar de una carta como respuesta se encontró con el personaje en vivo, materializado delante de él. (Trías, 2003:436)

En 2013 pude entrevistar en Buenos Aires a Germán García, quien reconstruía así los años previos a su llegada a Barcelona:

Yo, aquí, en el año 73 saqué *Literal*. En esa época vino Eugenio Trías. Me hice amigo de él. También Carlos Trías, quien hizo acá una obra de teatro muy moderna. Me acuerdo de que también vino Herralde, que dice en sus memorias que nos conoció

acá... y no pasó nada. Buenos Aires era un lugar donde García Márquez había publicado *Cien años de soledad*. Cortázar publicó *Rayuela*.

Tuve una cuestión de simpatía personal, sobre todo con Trías, pero no se nos ocurrió en aquel momento que pudiera tener un proyecto... Barcelona empezó a visualizarse como un lugar posible con la dictadura, cuando se fue Masotta... Barcelona era entonces para mí el lugar donde se editaba el *boom* de la literatura y ya: era Barral. Carlos Fuentes y todos estos los había leído a través de Barral. Y Anagrama nos gustaba por su colección ensayística. Pero no nos parecía que una actividad editorial por sí valiera por un campo intelectual. No visibilizábamos gente de allá que... Supongo que en la poesía y eso sí: Ferrater y esos tipos. Pero yo los conocí después. Y luego tengo ese libro de Alianza: *Ocho años de poesía catalana...* [Castellet y Molas, 1969]. Y ahí descubrí todo eso. Pero no... Y eso que yo era el más españolizante de todos. Siempre estuve mirando los clásicos... Pero bueno, eran los clásicos.

Siempre hacíamos el chiste: si Goya no hubiese pintado el *2 de mayo*, el psicoanálisis de Lacan hubiera llegado a España desde Francia... Sin embargo, hubo que sacarlo de Francia 14.000 kilómetros para llevarlo de vuelta a través de los primos argentinos como una cosa afrancesada, particularmente a través de Barcelona...

Germán García relataba cómo a su llegada a Barcelona se dio cuenta de las diferencias sociales que le separaban de Eugenio Trías y de su grupo:

Trías, en *Meditación sobre el poder*, dice que aprendió Lacan en Buenos Aires con Germán García¹²(...) Pero cuando fui a Barcelona vi que había un problema, como se decía en la época del marxismo clásico, de clase. Me decían: «¿Querés venir a jugar a la pirámide?». Iban en fin de semana, no sé, a la costa, todas unas virquerías... Yo llegaba ahí con dos hijos, tenía que armar una economía, y la vida que llevaban no era un tipo de vida que yo podía llevar... (García, 2013)

Por su parte, ya había escrito Trías en sus memorias, refiriéndose a su encuentro en Buenos Aires: «Era impensable un contraste mayor. Germán pro-

12 En su prólogo Trías agradecía los cursos de García sobre Freud y Lacan, de los que decía haber tomado «múltiples ideas». Comentaba García al respecto: «La referencia de Trías es a unos grupos de estudios que yo realizaba (...) intentábamos leer en francés el Seminario XI, un verdadero misterio (...) Trías ayudaba porque sabía más francés que nosotros, pero nosotros sabíamos algo más de psicoanálisis que él (...) era un buen intercambio» (García, 1995:s/p). Así escribía Trías en el prólogo referido: «Mi deuda mayor no es de lecturas sino de personas. Concretamente de dos de mis mejores amigos de Buenos Aires, Germán García y Osvaldo Lamborghini, con quienes mantuve durante siete meses una relación intelectual de una intensidad desacostumbrada. Especialmente los cursos de Germán García sobre Freud y sobre Lacan me sugirieron múltiples ideas que, obviamente, en todo lo que he escrito desde mi vuelta a Barcelona se reflejan» (1977:9).

cedía del arrabal; yo era una hoja caída de las más sofisticadas estirpes de la burguesía barcelonesa» (2003:438).¹³ La diferencia entre ambos no era solo económica sino también de *habitus*, de sensibilidad («se veía el peso brutal de la educación religiosa en España», «no teníamos sensibilidades parecidas») y de cultura lectora. En ese sentido, García recuerda cómo, a nivel editorial —tal como ya hemos visto, por ejemplo, a propósito del caso de Juan Goytisolo—, «los catalanes y españoles pactaron con los últimos franquistas agónicos: publicaban en España pero vendían en Latinoamérica. Se publicaba en España pero allí no se leía».

El interés principal de García en España fue, claro está, la promoción del psicoanálisis: «Creo que me fui con 15 000 dólares. Me gasté 6000 de los 15 000 que tenía para hacer la primera revista de psicoanálisis» (García, 2013): la revista *Sínthoma* —que apareció con el subtítulo de *Revista analítica* en el número 1, en 1981, y con el nombre de *Sínthoma de la cultura* en el número 2/3, en septiembre de 1983—, surgida en el marco de la Escuela de Psicoanálisis de la Biblioteca Freudiana, la cual sería, como ha afirmado Anne-Cécile Druet (2007:116), la primera revista de psicoanálisis de España.¹⁴ Así, continuaba García su cuento:

Como yo seguía ahí detrás de la cuestión del psicoanálisis, el intercambio con el grupo de Alberto Cardín radicaba en su interés por el psicoanálisis lacaniano y mi interés por el tipo de vanguardia cultural que yo podía ver en ellos. Ahí fue más o menos donde nos encontramos. Habíamos leído todos el estructuralismo y todas esas cosas. En *Literal* hablábamos de una literatura de la dispersión, que

13 Añadía ahí Trías: «Había un tercero que añadía el toque lírico y poético. Ese tercero en nuestras correrías porteñas de aquellos meses era un poeta trágico, un verdadero poeta maldito, que murió en Barcelona víctima de una enfermedad letal (y de sus propios excesos líricos y etílicos). Era un grandísimo personaje y un lírico de primera calidad (dentro del género marginal; aunque en la lírica ese género es, muchas veces, el único y el verdadero). Era Osvaldo Lamborghini. En una ocasión Oscar Masotta, a quien conocí también en esos meses (era el indiscutido maestro de Germán), proclamó a viva voz que Osvaldo era el mejor poeta argentino existente. Lo hizo en una especie de encuentro entre poetas, filósofos y psicoanalistas del que tengo un recuerdo algo confuso. Mi amigo Jorge Alemán, psicoanalista, presente en el acto, me lo recuerda muchas veces» (Trías, 2003:439).

14 Para un estudio de las revistas de psicoanálisis en España, cabe consultar Anne-Cécile Druet (2007), quien se refiere a la revista, cuyo primer número fue presentado por Germán García el 19 de marzo de 1981, del siguiente modo: «*Sínthoma* es una revista española por su lugar de edición, pero representa ante todo el resultado de una colaboración entre Barcelona y Buenos Aires, en la cual los argentinos de ambas capitales tienen una función primordial. El anclaje barcelonés es sin embargo claramente patente, no solo por la participación de los miembros de la Escuela, sino porque la lengua catalana hizo, por medio de la revista, acto de aparición en la producción teórica escrita de la misma» (2007:119).

quiere decir diáspora. Estábamos un poco en contra del *boom* latinoamericano, de las grandes novelas. Hacíamos una especie de literatura del desperdicio: textos breves, textos raros.

La conexión psicoanalítica pasaba por el Campo Freudiano de Barcelona, en cuya fundación había participado Masotta:

Ahí hay tres personas de las que estoy más cerca. Yo les decía la *troika*: Vicente Palomera, Miquel Bassols y Rosa Calvet. Hicimos una amistad, trabajamos mucho juntos. Hicimos una revista en catalán. A mí me traducían ellos. El nombre lo encontré yo, que no sabía catalán, pero agarré el Pompeu Fabra y le puse *L'acudit*. Era perfecto. Lo que acude, ¿no? El ingenio. Tuvo como cinco o seis números. Era muy linda, estaba muy bien hecha. Después me ligué a la crítica a través de la revista *Diwan*. Se hacía en Zaragoza, en el culo de todo. Alcrudo editor. Yo ahí publiqué un libro, *Psicoanálisis, política del síntoma*. El ideólogo de eso era Alberto Cardín, un tipo muy erudito y muy sabio. Tenía un socio que se volvió un mutante: Jiménez Losantos. (García, 2013)

La revista tenía en su centro los problemas lacanianos en torno al significante y se preguntaba —de modo sumamente polémico— por el estado del campo intelectual español, que consideraba muy precario. Más allá de los juicios emitidos por la revista (especialmente en la sección «Otrosí. Diario de lecturas»), sus posicionamientos sirven para reconstruir parcialmente —aunque sea bajo el modo de la caricatura— el campo intelectual de vanguardia del momento. Presentándose en una situación de extraterritorialidad respecto a las categorías políticas establecidas («com desbarrotar (fer desbarrar) el codi de comunicació de les ideologies *anomenades* de dreta i Esquerra (la seva propaganda)?», se preguntaba Biel Mesquida en «Babel catalana, on no ets?» —1978a:44—), *Diwan* adoptaba ya desde el primer número una posición polémicamente combativa —que podría calificarse de *terrorista*— contra Jorge Semprún, los neonietzscheanos (Savater, al que también llamaba Savatrágulas, y Trías) y el marxismo (representado en este caso por «el Prof. Jetanguren» —Cardín, 1978a—).

Su nombre provenía, como ha narrado Jiménez Losantos, de su interés por el poemario de Goethe *Diwan de Oriente y Occidente* y del de Cardín por la referencia al diván del psicoanálisis. «Tanto a Cardín como a mí», sostenía retrospectivamente el fundador de la revista, «que salía de la tesis de licenciatura atiborrado de semiolotodo y parafarmacia estructuralista, nos gustaba también el guiño sutil a Jacques Derrida, tan de moda entonces con su “différance”» (2007:196). *Diwan* combinaba creación y crítica y, sobre todo, daba salida a

textos de difícil adscripción genérica: la transcripción de una conferencia llena de provocaciones o de un film de Margarite Duras convivían en ella con fragmentos de Biel Mesquida, ensayos críticos, poemas y, en el apartado final («Otrosí. Diario de lecturas»), pequeñas notas críticas de estilo libre, generalmente sin firmar, bajo la triple autoría de Alberto Cardín, Veneranda Cuahutemoc (pseudónimo del mismo Cardín) y Federico Jiménez (Losantos).

Diwan presentaba además dos vías principales que responden a la idiosincrasia de dos de sus fundadores. Por un lado, Cardín y la vía de un homoerotismo textual y lacaniano; por el otro, Jiménez Losantos y «el problema de España». El artículo que abría la revista —que solo publicó un editorial en su segundo número—, firmado por Jiménez Losantos y titulado «El desdén con el desdén: M. Azaña», fundamentalmente polémico, reflexionaba —citando a Azaña, Cernuda y Bergamín— sobre el problema de España, su cultura y su tradición. En las pocas páginas del artículo —en el que comparecían, además, Lacan, Bajtín, Bataille y Nietzsche— se leía:

La situación es grave hoy para la cultura española, aunque solamente en España, ya que sus brotes más pujantes son americanos y nómadas y en ellos no se advierte rencor cultural alguno, antes al contrario, y no cabe duda que los verdaderos continuadores de la tradición, de la renovación cultural española de la preguerra, del exilio y de la posguerra, los que han prolongado la tradición castellana y española del Siglo de Oro, decimos, son Lezama y Borges, tanto como Bergamín o Rosa Chacel, por citar algunos de los que viven aún entre nosotros y no son —menos mal— del 27. Nuestra cultura no depende de España. ¿Y al revés? (1978c:19)

Este juicio, provocativo, señalaba la sequía cultural española y apuntaba hacia la riqueza tanto de la tradición exílica como de la latinoamericana. El segundo número (nº 2/3) se abría con un editorial en el que la revista se sumaba al Manifiesto del Comité de Intelectuales por la Europa de las Libertades, que a continuación reproducía. Firmado, entre otros, por Jean-Louis Houdebine, Eugène Ionesco, Philippe Jaccottet, Julia Kristeva, Claude Mauriac, Jean-François Revel y Claude Simon, se defendía en él una Europa de las libertades que suponía, en su defensa del individualismo, una crítica al bloque comunista:

Demasiados entre nosotros olvidan también, instalados en el confort o la indignación locales, que Europa no se limita a su occidente. Detrás del muro, la voz de los pueblos de Europa central y oriental nos falta y nos requiere. El silencio que se les ha impuesto querría negarlos, pero los trae a nuestras memorias de nuevo fraternales. Esperan otra cosa que un banal consuelo y una puntillosa

diplomacia. También para ellos nuestra obligación es no callar. Y dejar de perdernos en disputas de lujo. (1978e:12)

Se trataba de un manifiesto humanista promovido desde Francia y en el que se veía la impronta de los *nouveaux philosophes*, el cual no escondía que lo que estaba ahí en juego era, en gran medida, la confrontación con el comunismo. Igualmente, el editorial de la revista matizaba la adscripción europeísta de la revista señalando la singularidad española:

La tensión europea de España no nace solo del deseo de adecuación y equiparación de un sistema democrático de gobierno, sino, acaso más profundamente, de la asunción de su papel histórico de adelantado de Europa (proa de la proa europea) que le llevó al otro lado del Océano para constituir lo que hoy es su única fortuna: la comunidad cultural y lingüística con los pueblos de América Latina. Esa es también la mayor *razón de ser* europea de España. (1978d:9)

Esa inscripción política de la revista, impulsada por Jiménez Losantos, es la que hará que lo que podría entenderse como una disidencia contracultural en el seno de la izquierda se vaya definiendo progresivamente, y cada vez de modo más claro, como un proyecto político en clave nacionalista y conservadora. En ese sentido, junto a su voluntad de situarse «a contrapelo del discurso “de izquierdas”» (Bonet, 1978), el horizonte de la hispanidad —y el carácter imperial que la subtiende— será un rasgo destacado de la revista. La referencia de Juan Manuel Bonet recién citada, publicada en un artículo de *El País* en el que además remitía al «mimetismo» francés de la revista, daría lugar a una respuesta de *Diwan* que, al no ser publicada por el diario en cuestión, la revista publicaría en su segundo número afirmando su independencia y retando a Bonet «a que nos señale una publicación del mismo género donde se traten, no ya más temas de la cultura española, sino, lo que es su esencia misma, sobre el sentido actual de la cultura española» (*Diwan*, 1978i).

Cabe ver, sin embargo, cómo en la revista convivieron tendencias diferentes que permiten leer de modos diversos números como los dedicados al Barroco, un movimiento artístico en el que se cruza por un lado la referencia a la contra-reforma española y un estilo de amplia influencia en Latinoamérica y, por el otro, una reflexión sobre los códigos, las textualidades y el desplazamiento que desemboca en el neo-barroco, un movimiento el cual subvierte cualquier idea sobre una pretendida centralidad española. Una interpretación melancólica (*lo que queda de...*) y otra entusiasta (*Babel catalana, on no ets?*) que, por un tiempo y desde el malentendido, pudieron darse la mano en el *Diwan* español.

Ahora bien, puede verse, con relación a todo ello, cómo el españolismo de Jiménez Losantos fue cobrando cada vez más presencia en la revista al tiempo que el ímpetu de las vanguardias iba cediendo. El número 7 se abría con un intercambio epistolar entre este autor y Cardín con motivo de la actividad política del primero en «la organización del Partido Socialista de Aragón en Cataluña» y «la formación de una coalición electoral de grupos de la emigración española en Cataluña para defender en su Parlamento los derechos culturales de la población de lengua castellana o española» (Cardín, 1980:7). En esa carta, Jiménez Losantos declaraba renunciar temporalmente a la dirección de *Diwan* en favor de Cardín para pasar a ser un miembro más del consejo de redacción «mientras dure mi actividad política» (8). La respuesta de Cardín (1980) daba cuenta de que ambos tenían dos concepciones muy diferentes de la revista. Si bien en ese número 7 Jiménez Losantos desaparecía de la dirección de la revista (apareciendo solo junto con el resto de la «Redacción»), sorprendentemente, en el siguiente número (número 8/9) volvería a figurar como director y —desaparecida la «Redacción»— Cardín pasaría a ser «Secretario de Redacción». Aunque, es cierto, por poco tiempo, pues en el número 10 Cardín saldría de la revista, quedando, hasta el cierre de la misma, el siguiente organigrama: Federico Jiménez Losantos como director y, como miembros de la redacción, Juan Manuel Boneto, José Manuel Broto, Mario Hernández, Luisa Jordá, José Luis Orozco, Francisco Rivas, Javier Rubio Navarro y Andrés Trapiello.

En ese número 10 se publicaba una «Controversia», con carta de Cardín y respuesta de Losantos, motivo por el que —junto a la publicación de *Lo que queda de España* por parte de Jiménez Losantos— Cardín abandonaría la revista. Escribía Jiménez Losantos en ese número, resumiendo sus diferencias:

Diwan empezó con mi artículo sobre España y la cultura española a propósito de Azaña y a continuación escribías tú sobre locas de Florida. El primer texto que publicaste, si no recuerdo mal, en *Revista de Literatura* ya iba precedido de uno mío: «La ideología hispanista». Comprendo que mi pertinacia nacional te irrite y hasta que no hayas querido continuar la *Suite Española* que tras *Lo que queda de España* empezaste a publicar aquí. Se ve que no es lo tuyo, como tampoco es cosa mía ni lo ha sido nunca —y eso lo sabes tú muy bien— el loquerío, ni creer que en su moda o modistería había automáticamente «modernidad». Lo único que sobre el rollo *gay* he escrito ha sido una entrevista a Mesquida y a ti para el *Topo* cuando sacasteis vuestros últimos libros. (1981:132–133)

Ahí la ruptura ya se había hecho evidente, tal como constataba Jiménez Losantos al afirmar: «Una cosa es atacar a cualquiera con *alguna* razón y otra atacar a alguien que nos molesta con *cualquier* razón» (134).

Más allá de estas polémicas, cabe destacar el notable interés que la revista presentó por el barroco y el neobarroco a través de un «Homenaje a Lezama Lima» (nº 2/3) y de dos entregas dobles especiales sobre el barroco (nº 5/6 y 8/9) en las que se publicaron, entre otros, textos de Bergamín, Severo Sarduy, Germán García, Luis Gusman y Macedonio Fernández. Por lo demás, junto con los textos de inspiración lacaniana y el de Duras (1978), la revista publicaba dos artículos de Kristeva sobre Céline con motivo de un dossier sobre el escritor francés (1980a y 1980b) y una mesa redonda en la que participara Foucault (1978). La importancia del telquelismo era, por lo demás, patente. Biel Mesquida publicaba en el primer número un texto en catalán titulado «Babel catalana, on no ets?» en el que planteaba un contra–proyecto babélico y de vanguardia. Dos fragmentos del mismo permiten entender qué estaba en juego en él:

M'agradaria fer un paisoscatalanicidi, un pamphlet de traïció anostrada i explosiva de virus d'un desordre concret (in-senyats!) que dins els seus àcids nucleics duguéssin ben rabioses les proteïnes d'una pesta que per la lectura destruïssin la llengua normativa i quatrebarra que em-mare la closca de les paraules. (Llengua ferida i triomfant-provisional ix —«torrentada democràtica»— com un crit viu i comunitari dels cors units en el Destí de la Pàtria Catalana). (Mesquida, 1978a:39)

Les policies culturals (i les altres?) se posen en marxa (els dóna marxa !) quan qualcú pinta damunt el Fabra autopsiat un graffiti amb verrim: *Infectam el llenguatge per canviar la vida.*

(...)

—Què hem de fer —demana l'al·lot, l'al·lota, el noi, la noia, el xiquet, la xiqueta, etc— per fer la Bona Obra amb la llengua catalana?

—Cal recollir el llegat dels nostres avantpassats, arrodonir-lo, pulir-lo, fixar-lo, donar-li lluentor de diamant preciós. Cal normalitzar el català, netejar-lo dels castellanismes, els gal·licismes, els basquismes, els anglicismes, els usismes, els xinismes, els conixinxinismes, els babilismes, els aragonesismes, els andalucismes, els xavismes, els uniorepubliquessocialismes etc i així amb tots els motismes estrangers. Formosetjar i il·luminar la llengua pàtrica de qualsevol impuresa. Només així serem bons catalans, bons patriotes, bons religiosos. (41)

La destrucción de la lengua normativa, lengua nacional, era condición de posibilidad de un uso de la lengua en que lo semiótico no quedara fijado bajo la ley de lo simbólico (Kristeva), y en que un sujeto en proceso se pusiera en juego en la escritura: *infectamos el lenguaje para cambiar de vida*. En ese texto se reivindicaba, en la línea telquiana, el valor político de la teoría:

Els escriptors catalans que diuen que només fan creació i no els interessa la «teoria» (això pels crítics: escriptors frustrats), s'entenen que a la seva «obra literària» ens donen la «teoria» de la ideología en el Poder? Una «teoria» que brolla en els seus escrits *atada y bien atada*. En l'escriptura no hi ha atzar. Si l'escriptor no fa una tria —lligada sempre a una teoria— en fer les seves línies, l'inconscient triarà per ell: la teoria dels sistemes de representació que a Occident dominen des de fa 2 segles i que anomenen *ideología burguesa*. (44)

Como se ve en esta cita, la teoría no se consideraba como algo externo o posterior a la escritura, sino que investía su propia práctica desde siempre, de modo que, desde esta perspectiva, rechazar la teoría equivaldría a condenarse a repetir la ideología (burguesa). La presencia del Barthes de los años setenta se hacía evidente en ese texto, en el que Mesquida recordaba, sin citarlo, un fragmento de *Le plaisir du texte*:

Cal llegir-ho *tot* (en l'obra clàssica botàvem alguns trossos: descripcions, monòlegs, llargs, etc perque volíem sobre que passaria) i *lamentament* perque mos doni plaer: el plaer de recórrer i respirar les vores d'un trencament, la frescor de les falles, les escletxes de la significació, l'oratge de l'incendi d'un breser de mots, la deriva de la llengua esmorrellada: «pura» alhora, desfeta i ravissant d'Eros i Dyonisos (Apolo queda lluny). I assaborir l'esbucament dels estereotips, l'habilitat dels jocs i dels esqueixos *per no res*, la fireria insòlita, la poeticitat, l'absència d'una anècdota embafadora en primer terme, la torrentada de neologismes (mot nou, mot d'una recerca espeleològica, aèria, d'efectes i afectes, de drague, de lligue, pràctica de la «sensibilitat» del lector/escriptor: que ens posen en crisi la nostra relació amb el llenguatge.

—¿On és XCBH?

—¿On és? —digué la veu de totes les classes populars catalanes— la literatura nacional-popular? (43)

Poco después, en ese mismo texto, Mesquida se hacía eco de las fórmulas barthesianas de la *Leçon*, sostenida en diciembre de 1977 en el Collège de

France y publicada ese mismo 1978, en la que Barthes tematizaba la intimidad que ligaba la lengua al poder y afirmaba que toda lengua es fascista:¹⁵

—Ah! Sé que tot llenguatge, TOT, és poder. No mos enganàssim.

—La Llengua és un vehicle opressor (feixista). Ho sé. Ho dic. (45)

La patria con su pueblo, como en *Literal*, aparecía como el gran enemigo.¹⁶ Y, para atacarla, en su texto, conjunto de fragmentos, se mezclaban los idiomas y las variantes del catalán:

NO escriure *en* un idioma

SI escriure *un* idioma. (48)

Mesquida publicaría también una entrevista, hecha conjuntamente con Cardín, a Severo Sarduy (1979) y el texto «En Zama la mà. La meva pica amb un bell seductor» (Mesquida, 1978b). Ahora bien, en los últimos números de la revista, en los que ya no estaba Cardín, se observa cómo las provocaciones vanguardistas y la temática lacaniana y telquelianas cedieron espacio —a pesar de la publicación en el número 12 de un texto de Germán García seguido por un soneto de Lacan— a colaboraciones nacionales y de temática nacional. Así, el número 11 —en el que se publicaron textos de Ortega y Gasset, Gómez de la Serna, José Luis Abellán, Juan Ramón Jiménez, Manuel Andújar, Azaña y Rosa Chacel, entre otros— estaba dedicado a la Segunda República. La trayectoria posterior de Jiménez Losantos ha mostrado, por lo demás, que de su experiencia en ese singular *Diwan* solo retuvo la defensa paranoica del significante España, que desde entonces no ha dejado de insistir.

15 «La langue, comme performance de tout langage, n'est ni réactionnaire, ni progressiste; elle est tout simplement fasciste; car le fascisme, ce n'est pas d'empêcher de dire, c'est d'obliger à dire. Dès qu'elle est proférée, fût-ce dans l'intimité la plus profonde du sujet, la langue entre au service d'un pouvoir. En elle, immanquablement, deux rubriques se dessinent: l'autorité de l'assertion, la grégarité de la répétition» (Barthes, 1978:432).

16 *Literal* se desmarcaba, como señalábamos antes, del «contenidismo» y del «populismo» (*Literal*, 1977) partiendo, desde su primer artículo, de la afirmación de que «la literatura es posible porque la realidad es imposible» (1973a:4). En «El matrimonio entre la utopía y el poder» se refería el proceso por el cual «una imagen del pueblo toma el lugar del pueblo. La otra cara de esa imagen es el Orden que toma el sitio que se le promete al pueblo. El orden, en el lugar del pueblo, pone al pueblo en el lugar del orden. / Cuando la operación fracasa surge el caos que, como se sabe, es el efecto de un orden que no se comprende» (1973c:37). Frente a «la pre-potencia del referente» (1973a:7), «la literatura insiste en el lenguaje, en la mediación que la palabra instituye, afirmando la imposibilidad de lo real» (6) y apostando por prestar atención a «un resto no totalizable», ya que eso que se llama «el “desperdicio” del texto: es en realidad su potencia» (1973c:47).

3.2.1.4.2. Polémicas de una revista atópica

Diwan se presentaba en sus primeros números como una revista de vanguardia cuya auto-figuración era exterior al campo en el que intervenía. En ese sentido, en algunos de los ataques sostenidos desde la revista se señalaba a los dos grupos de vanguardia del momento ya estudiados que se disputaban la hegemonía intelectual dentro de ese sector, los cuales ocupaban indiscutiblemente una mayor centralidad que el propio grupo, ya que, si *Diwan* hablaba de ellos, ellos no necesitaban hablar de *Diwan*. Me refiero a los «lúdicos» (neonietzscheanos) y a los marxistas. Y, en el campo crítico y literario, y a pesar de las afirmaciones anteriormente citadas de Cardín, se separaban —sin duda, por la cuestión nacional— de la figura de Juan Goytisolo.

Savater y Trías eran vistos como los grandes representantes de la filosofía lúdica. Así se ve en «La pitanza pensionada», donde se reseñaba *La piedad apasionada* de Savater (1977c):

La religión es un tema de moda en la filosofía «inconformista» de hoy día. Y, en esto de las modas, hay que reconocer que Savater es un lince: es como las máquinas de hacer chorizos del TBO. El cerdo entra por una parte, entero, y por la otra sale toda la charcutería. Solo que algo debe fallar en la caja negra de esa maquinaria, ya que lo que el out-put entrega son tripas y deshechos. ¿A dónde va el magro? ¿quién lo sabe? Tal vez sea un problema de la manufacturación de máquinas teóricas españolas, un defecto de fábrica, como ya se demostraba en el caso de Trías, igualmente programado para estos menesteres. Solo que, a la hora de la reconversión, Savater ha mostrado una mejor adecuación al consumidor, mientras el ramalazo esotérico va perdiendo poco a poco a Trías. Problemas de obsolescencia del equipamiento, que también son clásicos de la industria española, por falta de reinversión. (*Diwan*, 1978c:128)

El estilo sarcástico de este texto, en que ridiculizaba a los dos principales representantes de la *filosofía lúdica*, da el tono de la sección. En «Para Carlos, con amor» (septiembre 1978) se parodiaba el recién publicado *Panfleto contra el todo* (Dopesa) de Savater («El Todo toda, toíuto todo, ¿sabes? Es decir, El Estado, el capital, ¿qué te voy a contar? Todo» —*Diwan*, 1978f:206—); en «Castellote, de la plebe, caballero en la calle» (1978g) se criticaba a Castellet; en «¿Margaritas o perlas?» se refería al «sensiblósofo Trías» (1978h:223); y en «La nueva filosofía francesa y la vieja estupidez española» (1978a) se criticaba la introducción del pensamiento de los *nouveaux philosophes* en España a través del caso de Savater (presentado en ese texto como «Savatrágatas»):

Marxistas y analíticos se alían en esta crítica de la escuela francesa que toma a Althusser como chivo expiatorio, y achaca al brillo del ensayismo francés supuestas deficiencias de rigor. Y, maravilla de maravillas, es decir, perfecta sopa Knorr —juliana, si no yerro—, a esta crítica del ensayismo francés se unen los lúdicos: compárese, si no, el inicio de la réplica a Savater de Freakramio (*Arte y pensamiento*, núm. 5: al significante me remito), con la crítica, hace algunos meses en *El país* del libro de Starobinski: *Tres casos de posesión demoníaca*, por el criticado Savatrágalias: la misma brillantez vacía, «esa vana pedantería *normalienne* que la siempre indulgente *Quinzaine Littéraire* supone siempre “belle écriture, nombreuse et soignée”». Cosa tanto más pasmosa en un defensor del estilo. ¿No es el estilo el guardián de la verdad?

Pero Savatrágalias guarda sus dardos para los estilistas menores, los que estilizan en el vacío. Los «Nuevos filósofos», en cambio, hablan de los grandes problemas de la Vida y la Muerte, la Libertad y la Tiranía (la Política y el Sexo, no: son cosas de idiotas). Ellos, claro, también son «un poco demasiado serios», cuentan «descubrimientos triviales “en terminología pomposa”», y muestran «asfixiantes guiños para entendidos del Barrio Latino, autocomplacencia dolorosa y cierta perceptible mediocridad “ala francesa”» («Nuevos filósofos, viejos inquisidores», *El País*, 31.7.77), pero al menos «forman parte de este combate contra el cierre del horizonte teórico» (Ibid.). Cierre que como nadie contribuye a echar Savatrágalias al presentarse como única alternativa válida al rigor totalitario del marxismo. Como peculiar traducción española sin duda del ángel neofilosófico (...).

¿Se puede ser escéptico creyendo en la referencialidad del mundo? Cioran y Savatrágalias demuestran que no. Que, a lo más, se puede llegar a payaso, ni siquiera a bufón. (1978a:119–120)

En este escrito atribuido a Cardín se atacaba, como se ve, a Savater por introducir a los nuevos filósofos y su crítica al marxismo (que, sin embargo, Jiménez Losantos también defendería). El procedimiento utilizado era la descalificación general, que no desdeñaba el insulto (así en «Los besugos no dialogan (respuesta abierta al Prof. Jetanguren)»,¹⁷ de Cardín —1978a—), el cual se justificaba en ocasiones como respuesta a un desprecio previo. De ese modo, *Diwan* se revolvía contra el desprecio español hacia el pensamiento francés contemporáneo y contra el funcionamiento de una crítica que, por decirlo con Antonio Machado, «desprecia cuanto ignora». El texto «Los horteras – en la profundidad de su horterez preparaban – su elevación airosa» (*Diwan*, 1978b) era un ataque directo y despiadado a Jorge Semprún

¹⁷ Se lee en nota al pie: «El artículo fue enviado a *El País* como colaboración al diálogo abierto por el Prof. Jetanguren en el número 3 del suplemento *Arte y pensamiento* de dicho periódico. Cualquier parecido con su publicación será pura coincidencia» (Cardín, 1978a:130).

(que expandía la crítica de la cita anterior), quien a su vez había acusado a Barthes y a los «cursis telquelianos pueblerinos, remozados en agua bautismal de borjas freudo-seudo-lacanianas» (125) en la entrevista arriba citada.

Leyendo esa acumulación de críticas e insultos se hace difícil por momentos reconocer en la revista una línea de pensamiento, lo que sin duda va ligado, entre otros aspectos, a los diferendos entre Cardín y Jiménez Losantos, de quien Mario Martín Gijón ha narrado la trayectoria (2011:318–363), y que volvería de modo condescendiente sobre esos años en *La ciudad que fue. Barcelona, años 70* (2007) —libro reeditado en 2019 por La Estafeta de los Libros con el subtítulo «La libertad y la cultura que el nacionalismo destruyó»—. Además de su paso del comunismo —Bandera Roja y el PCE–PSUC— a «su rechazo visceral del catalanismo político y, sobre todo, de la política lingüística en Cataluña» (Martín Gijón, 2011:320) y su conversión de *intelectual* en *propagandista*, Mario Martín destaca la importancia que tuvieron los *nouveaux philosophes* en su giro político e intelectual. Así, en su prólogo a *Discurso, figura* de Jean-François Lyotard (Gustavo Gili, 1979), en el que como se ve ya quedan lejos los comentarios que leímos en el anterior texto de crítica a Savater, afirmaba:

Los «nuevos filósofos» son en cambio, los hijos *desencantados* del 68. Su posición política es como mínimo de reticencia hacia la izquierda, si no defienden claramente posiciones de derecha liberal. El abandono de la imagen de intelectual revolucionario, moda en París desde tiempo inmemorial, es una de las características generales (...). La recuperación del individualismo, la crítica ética de la política profesional, la recuperación de lo «privado» frente a la invasión de lo «público», son algunos de los aspectos comunes de sus posiciones políticas: frente a la igualdad, el derecho a la diferencia. Entre Marx y Freud, lo criticable es el marxismo. (Jiménez Losantos, 1979:13)

El énfasis del prologuista no recaía en la teoría, sino en la política. Ese mismo año fue, de hecho, galardonado con el Primer Premio de Ensayo El Viejo Topo por *La cultura española y el nacionalismo*, libro que tenía que salir en la colección Ucronía, dirigida por Miguel Riera y Biel Mesquida, pero cuya publicación fue anulada. *Ajoblanco*, en su competición con *El viejo topo*, decidió publicarlo. Como ha señalado Mario Martín, *Lo que queda de España* «es el testimonio y testamento de las pretensiones intelectuales de Jiménez Losantos, antes de volcarse en el campo periodístico» (2011:325). «Unas cuantas disidencias con Juan Goytisolo» (nº 2/3, septiembre 1978, 1978b), incluido en el libro, era un largo artículo contra Goytisolo en el que cargaba contra «un desvalidísimo principiante llamado Julián Ríos», el «su-

percrítico Castellet» (Jiménez Losantos, 1978b:108), «las últimas tonterías de Lacan» (119) y el «discurso de [Octavio] Paz», el cual «favorece ese extravío comulgando con todo el freudismo turulato, que del 68 para acá se ha empeñado en convencernos de que existen palabras sexuadas y otras —que suelen ser las nuestras— eunucas» (126–127). En dicho artículo, Jiménez Losantos planteaba una crítica de la crítica de Goytisolo a España para «comenzar a ver el pasado no como hipoteca y agravio del presente, sino como luz amorosa de lo que guardamos sin que nos aguarde» (147). Como ha indicado Mario Martín,

la prometedora revista *Diwan* frustraría su continuidad como órgano cultural autónomo por la inequívoca toma de posición política de su director, Jiménez Losantos, de modo similar a cómo la toma de posición fascista de Giménez Caballero provocara, casi medio siglo antes, la rápida decadencia y disolución de *La Gaceta Literaria*. (2011:329)

El 21 de mayo de 1981 Jiménez Losantos fue secuestrado por la banda terrorista Terra Lliure y recibió un tiro en la rodilla en un descampado a las afueras de Barcelona. En 1982 se trasladó definitivamente a Madrid para consagrarse desde entonces al periodismo y a la propaganda política.

Diwan, al cerrarse, se cerró sobre sí misma, y, desde entonces, no ha encontrado lectores ni ha sido reivindicada en el porvenir, dado lo heterogéneo de su configuración, las transformaciones del campo y la trayectoria de sus máximos impulsores, quedando hasta la fecha, como tantos otros proyectos de la época, como una rareza o monstruosidad del pasado.

3.2.2. La retoricidad del lenguaje: textualismo y deconstrucción

«Un fantasma asola Europa (y América)». Pero el fantasma actual, aquel ante el que se estremecen los Metternich o Guizot de turno, lleva otro nombre: irracionalismo. Quisiera hablar aquí de ese fantasma que, como todo fantasma, tiene por virtud unir a fuerzas dispares que intentan conjurarlo.

Eugenio Trías

Junto con el psicoanálisis lacaniano, la segunda mitad de los años setenta supuso la paulatina incorporación de los planteamientos textualistas y deconstructivos al panorama crítico español. Sin embargo, si observamos su temporalidad, nos daremos cuenta de que su emergencia efectiva no cuajó,

salvo contadas excepciones, hasta los años ochenta. La recepción de Barthes en España, y su única visita a Barcelona en 1969, dan cuenta de una dificultad de absorción, de un problema de inteligibilidad que lo hizo, en un primer momento, ilegible. La reconstrucción histórica de la recepción académica, mayormente filosófica, de la deconstrucción y del pensamiento derridiano, permiten trazar una serie que, desde el punto de vista de la crítica literaria, dio lugar en 1987 a una intervención de Nora Catelli en la que cifraba precisamente los límites de la crítica española contemporánea en sus resistencias a las tendencias deconstructivas. Esta conferencia de Catelli nos permitirá desplegar el trayecto intelectual de esta crítica rosarina afincada en Barcelona, antes de pasar a estudiar algunos usos deconstructivos de Túa Blesa, catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Zaragoza y uno de los críticos que más ha hecho por volver legible la ilegibilidad de la poesía española contemporánea. Con estos críticos, y con algunos otros, se abre en España la posibilidad de una crítica que movilice de modo creativo la herencia de la deconstrucción.

3.2.2.1. Las temporalidades de la crítica: Barthes en España

Una parte importante de las publicaciones formalistas y estructuralistas —a pesar de los esfuerzos de colecciones como «Comunicación» de Alberto Corazón, «Biblioteca Breve» de Seix Barral y tantas otras— vendrá, como ya hemos visto, de Argentina. Y eso afectará también, claro está, a la obra de Barthes. Así, en el libro editado por José Vidal Beneyto titulado *Posibilidades y límites del análisis estructural* (Editora Nacional, 1981) la bibliografía, sobre ocho referencias a Barthes, recogía seis editadas en Argentina.¹⁸

Según las investigaciones hechas hasta el momento, 1965 es la fecha de la primera traducción de Barthes al castellano: un texto publicado en Argentina en el nº 9 de la revista *Airón* en octubre de ese año (Podlubne, 2015:185). En 1967 se publicaba, también en Argentina, *El grado cero de la escritura* en una edición —probablemente pirata— de Jorge Álvarez, traducida por Nicolás Rosa. Desde entonces, como ha señalado Catelli y más allá de algunas lecturas reactivas, «los usos argentinos de Barthes (...) no lo refutan, lo ac-

18 Para comparar las traducciones españolas y argentinas, y su diferente recepción, puede consultarse Pino Estivill (2018:193–194 y 294, especialmente, en lo relativo a las traducciones). Las publicaciones recogidas por Vidal Beneyto eran las siguientes: *Elementos de Semiológia* (Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1967, acompañada de la edición de 1970 de Alberto Corazón); *Introducción al análisis estructural del relato*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970; *Critica y verdad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973; *El grado cero de la escritura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973; *Investigaciones retóricas. I. La retórica antigua*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1974; *El placer del texto*, [s.l.], Siglo XXI, 1975.

tivan y lo extienden: son inclusivos» (2015d:43). Libros como *Roland Barthes, una Babel feliz*, de José Luis de Diego (Buenos Aires, Almagesto, 1993) o *Roland Barthes. Literatura y poder* (Rosario, Beatriz Viterbo, 1995) de Alberto Giordano, pero también un título como *El imperio de los sentimientos* (Buenos Aires, Catálogos, 1985) de Beatriz Sarlo, de indudables ecos barthesianos, muestran que Barthes es un autor *a partir del que* se piensa o se interviene en Argentina. En los términos de Catelli, las relaciones de la crítica argentina con Barthes son «inclusivas» (2018a:194): lo incorporan para pensar. Continúa la crítica rosarina:

Los usos argentinos de Barthes, que son también escenas de traducción, no lo refutan, sino que lo activan y lo extienden: son inclusivos y sirven para discutir sobre lo nacional, lo popular, la lengua, la tradición narrativa, la mirada y hasta la esencia de la literatura cuando la idea misma de esencia tiende a desvanecerse. Hay un Barthes de Beatriz Sarlo, que lo sigue y lo proyecta hacia su propia escritura en varias vertientes. Hay un Barthes blanchotiano, como el de Alberto Giordano, que lo lee para permanecer dentro de los límites de la literatura como ente estético sin que el adjetivo «estético» aparezca. Hay un Barthes a través de cuyos usos se muestra la literatura argentina: José Luis de Diego. Nos incluimos en ellos y lo hacemos revivir. Obramos como los auténticos cosmopolitas, sin justificar nuestra intervención en una escena que no nos incluye. (195)

Como escribía la propia Sarlo con motivo de los veinte años de la muerte de Barthes:

Barthes vuelve barthesianos a sus lectores, del mismo modo en que Proust los hace proustianos. No es una cuestión de gusto, ni siquiera es una cuestión de ideas, ni de estilo. Se trata, más bien, del descubrimiento de una sensibilidad y de sus reflejos, dónde pone los acentos, cuáles son los detalles que le importan. Los que seguimos leyendo a Barthes somos barthesianos de por vida. Se trata, sencillamente, de una conversión. (2005:41)

Barthes funciona así en el campo crítico argentino como una instancia de legitimación y de renovación teórica cuya importancia se plasmó en las múltiples celebraciones del centenario de su nacimiento en 2015, fecha que pasó en España, como veremos después, mucho más desapercibida. Lo que muestra, entre otras cosas, que Barthes ha tenido una menor incidencia en el campo español. Como afirmaba Luis García Soto, «pode dizer-se que houvo inter nos umha “recepçom silenciosa”» de Barthes: «dumha parte, porque hai relativamente poucas publicaçons sobre Barthes; e, doutra, porque nom

houvo “ruído”: nengum escándalo por causa dos seus textos» (1998:92). Ester Pino, al estudiar la recepción barthesiana en España y Argentina, escribía lo siguiente: «Barthes, a España, llega tarde, de forma fragmentada y en barco desde Argentina» (2015b:s/p).

El primer libro de Barthes que se publicó en España fue *Ensayos críticos* y lo editó Seix Barral en 1967 en traducción de Carlos Puyol. Tras él, se publicaría en 1969, también en Barcelona, la versión catalana de *Crítica i veritat*, que incluía el interesante prólogo de 1968 a la edición italiana del libro, el cual no fue recogido en la edición de sus *Oeuvres complètes* en francés. Y, en 1971, Alberto Corazón publicaría en su colección «Comunicación» —que, como vimos en su momento, introducía el estructuralismo con muchísimas reticencias y con su crítica incorporada— los *Elementos de semiología*.

Las diversas temporalidades de la crítica española y la francesa pueden apreciarse, como ha mostrado Ester Pino (2018), a través de esa recepción española de Barthes, uno de los críticos del campo francés más atentos a las novedades teóricas. Presentándose tanto en *Roland Barthes por Roland Barthes*¹⁹ como en sus «Réponses» a *Tel Quel* de 1971 como un intelectual desclasado, como un hombre «sans “milieu”» (Barthes, 1971:1025), el propio Barthes se adelantaba a posibles análisis biográficos, como el de Pierre Bourdieu, quien, en 1984, lo presentaba como paradigma de *miembro dominado de la clase dominante* en su *Homo academicus*:

Il n'est ni normalien, ni agrégé, ni «philosophe»: condensant dans sa personne sociale les tensions ou les contradictions inscrites dans la position en porte-à-faux des institutions universitaires marginales (...), qui tentent de convertir une double opposition, souvent associée à une double privation, en dépassement électif (...), Roland Barthes représente le sommet de la classe des essayistes qui, n'ayant rien à opposer aux forces du champ, sont voués, pour exister, et pour survivre, à flotter au gré des forces externes ou internes qui agitent l'univers, à travers notamment du journalisme. Il évoque l'image d'un Théophile Gautier qu'un contemporain décrivait comme «un esprit flottant à tous les souffles, vibrant à tous les chocs, propre à recevoir toutes les empreintes et à les transmettre à son tour, mais ayant besoin d'être mis en branle par un esprit voisin,

19 «On peut voir l'origine de cette critique dans la situation minoritaire de R.B. lui-même; il a toujours appartenu à quelque minorité, à quelque marge —de la société, du langage, du désir, du métier, et même autrefois de la religion (il n'était pas indifférent d'être protestant dans une classe de petits catholiques); situation nullement sévère, mais qui marque un peu toute l'existence sociale: qui ne sent combien il est *naturel*, en France, d'être catholique, marié et bien diplômé? La moindre carence introduite dans ce tableau des conformités publiques forme une sorte de pli tenu de ce que l'on pourrait appeler la littérature sociale» (Barthes, 1975a:705–706).

cherchant toujours à prendre un mot d'ordre, que tant d'autres sont venus lui demander ensuite»: comme le bon Théo, à qui son ami Flaubert reprochait son manque de «caractère» sans voir que son inconsistance même était un principe de son importance, et dont un autre remarquait qu'il faisait successivement du chinois, du grec, de l'espagnol, du moyen âge, du seizième siècle, du Louis XIII, du Louis XIV, du rococo et du romantique, Roland Barthes exprime instantanément, en donnant l'apparence de les précéder, tous les changements dans les forces du champ et, à ce titre, il suffit de suivre son itinéraire, et ses engouement successifs, pour voir toutes les tensions qui se sont exercées sur le point de moindre résistance du champ, où éclot continûment ce que l'on appelle la mode. (1984:302–303)

Merecía la pena citar este largo pasaje de Bourdieu, situado *sintomáticamente* en las últimas páginas de su libro. Barthes condensaría para el sociólogo la figura del intelectual dominado. Intelectual expuesto, tanto abierto como sujeto, a los embates y a las luchas de poder, presto a aceptar nuevos conceptos y concepciones y a asimilar nuevos discursos, lo mismo que a retomar sus antiguos discursos para criticarlos y actualizarlos constantemente:²⁰ ni escritor ni profesor consagrado, Barthes no tenía títulos de nobleza con los que defender su derecho a hablar en público.

Barthes expresaría así instantáneamente, aparentando precederlas, las transformaciones discursivas del campo, lo que hará que en España, donde desde la academia se privilegiará su período estrictamente estructuralista y tenderá a rechazarse su período textualista (Pino Estivill, 2018:255–263), se produzcan malentendidos y desencuentros cuando, en diciembre de 1969, visite Barcelona. Las relaciones con España de Barthes —un autor que, como es sabido, nunca se interesó especialmente por las lenguas y las literaturas extranjeras— se limitaron prácticamente a atravesar la península para ir de vacaciones a Marruecos, con esa sola excepción en que visitaría Barcelona con motivo de la traducción al catalán de *Crítica i veritat*, publicada en Llibres de Sinera en traducción de Jaume Vidal Alcover tres años antes de la traducción de José Bianco para Siglo XXI y casi veinte años antes que su traducción al inglés (Pino, en prensa) y con motivo de la cual, el martes 3 de diciembre, Barthes daba una conferencia en el Instituto Francés de Barcelona (av. José Antonio, nº 617) (Fernández, 2011:198), invitado por Georges Raillard.²¹

20 Así cuando vuelve en 1956, en la apostilla a *Mythologies*, a las concepciones de *Le degré zéro de l'écriture* para afirmar que ese libro «n'était à tout prendre qu'une mythologie du langage littéraire» (Barthes, 1957:846).

21 J. Benito Fernández se refiere a una segunda visita de Barthes con motivo de la publicación

Se hace aquí posible reconstruir una escena de la teoría (Catelli, 2018a) sintomática de la difícil comunicación de las prácticas críticas barthesianas en el campo crítico español. Tras reunirse con Carlos Barral, José María Castellet y Félix de Azúa (el mismo autor que años después afirmaría que Barthes y sus contemporáneos «influyeron decisivamente sobre mi generación y acentuaron la tendencia a la irresponsabilidad secular en nuestro país» —Azúa, 2005—, y que ese día decidió no acudir al acto),²² a las siete y media de la tarde Barthes presentó su conferencia «De la literatura a la escritura» —que podemos suponer asociada con su artículo del mismo nombre que acababa de publicar el 28 de septiembre de ese mismo año en *Times Literary Supplement* (1967b) así como con *S/Z* (resultado de sus seminarios de 1968 y 1969 en la École pratique des hautes études), a juzgar por la crónica de Alexandre Cirici (1969)— como cierre de un ciclo sobre el estructuralismo organizado por la cátedra de Psiquiatría de la Universidad de Barcelona y el Instituto Francés (Fernández, 2011:199). Como comenta J. Benito Fernández, «el salón de actos estaba rebosante, aunque sus compañeros de mantel al mediodía no estaban presentes» (199). Gabriel Ferrater, profesor de crítica literaria en la Universidad Autónoma de Barcelona fundada ese mismo año, estaba entre el público y, como no se cansan de repetir las crónicas, expuso sus objeciones al discurso recién sostenido por Barthes (201). Así presentaba Azúa la conferencia, dando pábulo al rumor, en 1974: «Por lo que luego nos contaron, tampoco en su conferencia logró Barthes escapar al prólogo, pues Barcelona entera coincidía en señalar que Gabriel Ferrater le había hecho unas preguntas tremendas que lo habían reducido a escombros. Nadie podía repetir las preguntas» (Azúa, 1974:9). Uno de los presentes, Jaume Vidal Alcover —quien era, a la postre, el traductor de *Critica i veritat*— presentaba retrospectivamente el encuentro del siguiente modo:

Va ser molt controvertit, especialment per Gabriel Ferrater. Ell es defensava de les objeccions sense contraargumentar, i es refugiava en un mutisme, entre temorenc i desdenyós, deixant anar per tot dir algun «Peut être», que no responia

de *Critica i veritat* en 1969, aunque sin mayor trascendencia pública (Fernández, 2011:202). Podemos pensar, sin embargo, que esa referencia confunde los dos eventos en los que participó Barthes en su única visita a Barcelona (la conferencia en el Instituto Francés y el encuentro de presentación del libro) con dos visitas diferentes.

22 «Conocí yo a Roland Barthes un día caracterizado por la turbación y la furia, en que se le ocurrió venir a Barcelona a dar una conferencia. Con todo rigor, aquel fue el primer momento del prólogo, porque fuimos a almorzar con él Carlos Barral, José María Castellet, un discreto caballero (¿el cónsul?) y yo, pero no me fue posible llegar a oír a Barthes. (...) Luego, en efecto, Barthes dio su conferencia, a la que no asistimos los de la comida porque supongo que sosteníamos la disparatada idea de “haber oído hablar, ya, a Barthes”» (Azúa, 1974:9).

a res, sobretot en un home que coneixíem d'oïda com a combatiu i més tost intolerant. L'endemà d'aquesta sessió, Joaquim Marco ens va reunir uns quants, en una sessió més íntima, a l'editorial Llibres de Sinera, al seu entorn, i l'home va procedir com en el debat del Liceu Francès: «Oui, peut être». Aleshores l'objector era jo. (Vidal Alcover, 1980:20)

Alexandre Cirici hizo una crónica del acto para *Serra d'Or* en la que se aprecia cómo Barthes habló de las lexias, de la preeminencia del significante sobre el significado, de la deconstrucción de la Metafísica occidental y de una crítica sin fin que rompía con la idea de centro. Un discurso que era difícilmente inteligible en la sociedad literaria catalana del momento. En el acto participaron, tal como recoge la crónica, Maria-Aurèlia Campany, Gabriel Ferrater, Antoni Vilanova, Miquel Siguan, Romà Gubern y el propio Cirici, quien le hizo una pregunta:

Jo li faig notar que em sembla que el sedàs condiciona els elements de l'anàlisi. Atès que el sedàs és una estructura i que ell ha dit que les estructures reflecteixen una determinada situació, al sedàs de l'observador se li escaparan totes les coses que no hi siguin prefigurades. En conseqüència, amb el seu mètode, el crític no pot trobar a l'obra res més que allò que ell mateix hi posa. Barthes restà en silenci i al final digué que sí, que és cert. (1969:54)

Después de que Cirici le preguntara por *El sistema de la moda*, la crónica acababa con las siguientes palabras:

Barthes s'interessà per l'estat d'aquesta mena d'estudis [sobre moda] a casa nostra, els quals, malauradament, han de mantenir les recerques de punta fora de la Universitat. Quant a França, té posades moltes esperances en la nova Universitat de Vincennes, a la qual un grup actiu —al volt del ferment de *Tel Quel*— ha pogut triar lliurement un professorat excel·lent, sense demanar ni tan sols cap títol oficial. La lingüística, la psicoanàlisi, hi tindran un lloc eminent. La inscripció multitudinària d'estudiants és prova de l'interès que presenta per a la problemàtica d'avui.

En resum, Barthes ens ha semblat representar bé aquell estructuralisme que exigeix Henri Lefebvre, que no és una ideología (per força sincrònica, immobilista), sinó una metodología apta per a una funció històrica: la crítica del món present. (55)

A pesar del tono de la crónica de Cirici, cabe ver cómo las lecturas de Barthes en España han sido, por lo general, mucho menos «inclusivas» (Ca-

telli, 2018a:194) que en Argentina. Lo que no impedirá, claro está, que se publicite su figura ni que su pensamiento sea activado aquí o allá por diversos autores, algunos de los cuales le darán un lugar importante en su obra. En la revista *Triunfo* se publicaba en 1972 un fragmento de *Sade, Fourier, Loyola* junto a una extensa entrevista al autor (Chao, 1972b). Una década después, esa misma revista publicaba en el número de julio-agosto de 1981 largos fragmentos de *La chambre claire*, traducidos por Severo Sarduy. Paralelamente, en *El viejo topo* aparecían varios textos sobre Barthes: en el nº 14 se publica una reseña de Joaquim Sala-Sanahuja de *Fragments d'un discours amoureux* de Barthes (noviembre 1977), en 1978 Antoni Munné presentaba la publicación de *Roland Barthes por Roland Barthes* («Barthes: la escritura fragmentada») y en 1979 se publicaba una entrevista de Marcos d'Eramo al crítico francés («Siempre he sido responsable de mi locura»). Por lo demás, José-Miguel Ullán entrevistaba a Barthes y publicaba «Entre Salamanca y Valladolid. Ejercicio escolar» en enero de 1979 en *El País*, una larga entrevista que volvería a aparecer al año siguiente en *Los Cuadernos del Norte* (1980),²³ revista que ya había publicado en su número cero una traducción de su texto sobre «El canto romántico» (Barthes, 1980). Y, con motivo de su muerte en 1980, Andrés Sánchez Robayna escribía un artículo en que reivindicaba *El placer del texto* y conectaba a Barthes con su propia poética, como se aprecia en un libro como *Tinta* (1985f).²⁴ Entre muchas otras publicaciones que podrían destacarse, señalaremos aquí que en junio de 1989 *El urogallo* publicaba una selección de fragmentos sobre Sade de Blanchot, Jean-Jacques Pauvert y Barthes. Estos casos, espigados de acá y de allá (para una bibliografía detallada: Sirvent, 2015 y Pino Estivill, 2018), muestran la amplitud de la circulación de su pensamiento, que también incluye, como vimos en su momento, al Castellet de los novísimos y de *Iniciació a la poesia de Salvador Espriu* y al Juan Goytislo posterior a 1965.

Como ha señalado Ester Pino, que es quien más con detenimiento ha estudiado esta cuestión a lo largo de varios artículos (2015a, 2015b, 2019, en prensa) y de su tesis doctoral (2018), en la valoración académica de la obra de Barthes destaca el trabajo llevado a cabo por Ángeles Sirvent en *Roland*

23 Señalaba Ullán al final del texto: «Esta entrevista con Roland Barthes fue realizada en París para el programa televisivo *Imágenes*, que dirige Paloma Chamorro. Barthes grabó sus intervenciones en off al día siguiente de dicha filmación. Cada uno de los doce capítulos de la entrevista lleva una indicación, aproximativa, escueta y entre paréntesis, de los insertos utilizados, acompañados siempre de música de Bach: *Partitas*, interpretadas por Glenn Gould» (Ullán, 1980:67).

24 Ahí se lee: «Guardo de Roland Barthes una imagen fugaz: París, Café Flore, junio de 1979. Algunos amigos en torno a la mesa (Severo, Julián, Marta y yo). Casualmente entra Barthes en el café, se acerca a la mesa y, tras cambiar algunas palabras con nosotros, se aleja en seguida para sentarse al fondo y sumergirse en la lectura de *Le Monde*» (Sánchez Robayna, 1985f:113).

Barthes. De las críticas de la interpretación al análisis textual (1989), donde propone entenderlo desde una perspectiva textual. Por lo demás, contamos hasta la fecha con ocho tesis doctorales publicadas en España sobre Barthes. *Una Lectura crítica de la semiología europea: Saussure, Barthes y Prieto* (1976), de María Josefa Jovaní Pascual, en la Universidad de Barcelona; *Los signos en sociedad: aportación de la obra de Roland Barthes a la sociología del lenguaje y el conocimiento* (1979), de José Miguel Marinas, en la Universidad Complutense de Madrid; *Sistemática y valoración crítica de los postulados lingüísticos-literarios de Roland Barthes. El proceso textual* (1986), de Ángeles Sirvent, en la Universidad de Murcia; *Una lectura de Barthes* (1986), de Luis García Soto, en la Universidad de Compostela; *Roland Barthes: autoconciencia lingüística* (1992), de Concha Fernández Martorell, en la Universidad de Barcelona. *El deseo de escribir: ética y poética de Roland Barthes* (2002), de Miguel Mesa Heredia, en la Universidad de Granada; *Roland Barthes: el grado cero y claves teórica de su obra crítica* (2015), de María Ángeles Cervilla Gualda, en la Universidad de Málaga; y *Circulación de textos y usos de Roland Barthes en la crítica literaria francesa, española y argentina (1965–2015)*, de Ester Pino Estivill, en la Universidad de Barcelona. Como ha señalado esta investigadora, los espacios principales de recepción de la obra barthesiana «se encuentran en la periferia geográfica española: Galicia, Murcia, País Valenciano y Cataluña» (2015:s/p).

Con motivo del centenario del nacimiento de Barthes, que pasó en España mucho más desapercibido que en Argentina, y que tuvo en São Paulo quizás uno de los encuentros más importantes del año (el Colóquio Barthes Plural, organizado por Claudia Amigo Pino, Eurídice Figueiredo, Laura Taddei Brandini, Leda Tenório da Motta, Maria Elizabeth Chaves de Mello, Márcia Arbex, Márcio Renato da Silva, Márcio Venício Barbosa, Rodrigo Fontanari y Vera Casa Nova, y celebrado entre el 23 y el 26 de junio de 2015 en la Casa das Rosas), se celebró un encuentro en la Universidad de Alicante organizado por Ángeles Sirvent («Actualidad de Roland Barthes. Líneas actuales de la investigación barthesiana en España», entre el 25 y el 26 de noviembre, en el que participaron, junto con la organizadora, Antonella Lipscomb, Ester Pino, Luis G. Soto, Pozuelo Yvanos y J. Benito Fernández) y, en la Universitat de Barcelona, el año anterior, el seminario «Herencias de Roland Barthes» (6 de marzo de 2014), con Robert Caner, Nora Catelli, José Antonio Mayoral, Enric Sullà y David Viñas. Ese mismo año se publicaron también en el diario *El País* dos artículos que dan cuenta de la recepción del crítico francés. El primero, de José Luis Pardo, de tono descriptivo, trazaba una caracterización general de Barthes antes de concluir con la siguiente afirmación: «Quizás podría definirse su huella en la cultura contemporánea,

para lo mejor y para lo peor, con aquello que de sí mismo dijo alguna vez: que solo era capaz de vivir las relaciones sociales en términos de lenguaje» (2015). Esa ambigüedad del «para lo mejor y para lo peor» se convertía en el texto de Nora Catelli, el segundo artículo que nos ocupa, en una reivindicación de la obra barthesiana, para lo cual se desplazaba al escenario de su juventud («quien esto escribe tenía en 1966 exactamente 20 años»): Rosario, y a una edición, probablemente pirata, publicada en Jorge Álvarez con traducción de Nicolás Rosa. En ese desvío argentino recordaba cómo en la Universidad Nacional de Rosario, con la dictadura de Onganía, «se implantó la estilística, no la de Charles Bally o Leo Spitzer, que todos conocíamos, sino su vertiente degradada, católica y meliflu». En ese contexto, en que el pensamiento crítico evacuó la universidad para articularse «en instituciones paralelas y en grupos de estudio», guiados por «una curiosidad inagotable», muchos jóvenes (y ahí la crítica recurría a un «nosotros») descubrieron algo nuevo, «algo que sin saberlo producía una fractura irreversible en el humanismo sartreano y en nuestro humanismo entre marxista y antiimperialista». Ese Barthes, que fracturaba el inconsciente crítico de la época, abría un nuevo horizonte de pensamiento y, de esa manera, inauguraba una nueva contemporaneidad:

Por primera vez aparecía ante nosotros una figura aterrorizadora, ominosa, pétreas, resistente a la voluntad de búsqueda del significado. Ese algo, que *El grado cero* muestra y al que de muchas, muchísimas maneras Barthes permaneció fiel —fiel a la intemperie de esa fidelidad—, no es otra cosa que el lenguaje. El lenguaje: la lengua, los signos, la retórica, la fijeza de aquello que se nos impone. Encontró Barthes para esa fijeza un término inasible pero reconocible, aun hoy, como la marca de todos aquellos que hacen crítica desde la pérdida de la inocencia. Ese término es escritura. (Catelli, 2015c)

3.2.2.2. Presencias de Derrida

Junto con la de Barthes, puede estudiarse la presencia de Derrida en España, la cual, como veremos, estará marcada en el campo de la crítica literaria mayoritariamente por la suspicacia, cuando no por un abierto rechazo, el cual, yendo más allá de la espectralidad, empezará a adquirir a finales de los años ochenta los contornos de una presencia reconocible. Para empezar a acotar esa recepción podemos remitirnos en un primer momento a dos publicaciones. La primera, escorada hacia la filosofía, es el dossier que consagrara *Anthropos* al filósofo francés en 1989 (*Anthropos. Jacques Derrida. «¿Cómo no hablar?» y otros textos*, «Suplementos», nº 13, Barcelona, 1989), en el que se

incluía un artículo de Luis Ferrero Carracedo sobre «La presencia en España de Jacques Derrida»; la segunda, la publicación en la serie Lecturas de Arco/Libros del compendio *Teoría literaria y deconstrucción* (1990), editado por Manuel Asensi, es una muestra clara de que —después de unos veinte años de silenciamiento y de rechazo— la deconstrucción había alcanzado una visibilidad y consistencia propias en los circuitos institucionales de la teoría literaria española. Publicado tres años después de los tres que abrían la serie y que remitían a nuevas vías más allá del estructuralismo —a través de la pragmática, la estética de la recepción y la lingüística del texto—, el volumen era la prueba de que, a pesar de las resistencias, la deconstrucción había accedido a la dignidad académica.

Yendo al estudio de Luis Ferrero, referido al campo filosófico, encontramos un desfase entre la traducción y la introducción del pensamiento del filósofo francés:

La recepción del pensamiento de J. Derrida en España envuelve cierto aire de paradoja: por un lado, las traducciones castellanas de sus obras, aunque en muchos casos no muy brillantes, son a todas luces numerosas; pero, por otro lado, la repercusión real de su pensamiento en nuestro país, si exceptuamos un pequeño número de casos notables cada vez más creciente, es relativamente escasa. (1989:137; ver también Ferrero y De Peretti, 1983)

Según Ferrero, el pensamiento derridiano comenzó a introducirse en España a comienzos de los setenta en círculos restringidos al tiempo que se publicaban, «en editoriales argentinas, las primeras traducciones al castellano de algunos de sus artículos y de una de sus obras fundamentales: *De la gramatología*» (1989:137). En 1972, Eugenio Trías prologaba *Dos ensayos* (Anagrama, 1972) de Derrida.²⁵ En ese mismo año, Jordi Sales presentaba su tesis doctoral, *Introducción a la crítica fenomenológica*, basada en Derrida y dirigida por Francisco Canals. A pesar de ello, como ha señalado Cristina de Peretti, en los años setenta, aunque existían traducciones de sus textos al castellano, «en las aulas universitarias españolas era prácticamente imposible escuchar su nombre» (De Peretti y Rocha, 2015:78–79). Esta autora recuerda en ese artículo que oyó por primera vez el nombre de Derrida por boca de Ángel Currás, por entonces joven profesor en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid (79).

En 1974, M. Maceiras empezó a impartir en sus cursos de Filosofía Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid lecciones sobre él.

²⁵Años después, como ya hemos visto antes, afirmará en sus memorias: «Me pareció un brillantísimo pelmazo, por mucho que lo presenté en español en Cuadernos Anagrama» (Trías, 2003:380).

En el curso 1975–1976, Ángel Currás —muerto en 1979— introducía, en sus lecciones de Ontología y Teodicea en el departamento de Metafísica de la Universidad Complutense, la perspectiva derrideana (Ferrero, 1989:137). Por lo demás, si en 1975 se publicaba en Fundamentos *La diseminación*, en traducción de J. Martín, ya antes había publicado Siglo xxi *De la gramatología* (1971), en traducción de Oscar del Barco y Conrado Ceretti, en Buenos Aires, y en 1977 Pre-Textos publicaría, en traducción de Manuel Arranz, *Posiciones*.

En los ochenta la atención por su pensamiento fue en aumento, «extendiéndose incluso, a veces de una forma difusa, a otros campos distintos de los filosóficos, concretamente a los de la estética y el arte y, como sucedió en EE. UU., a los relacionados con la literatura y la crítica literaria» (138). En esa década se defendieron dos tesis dedicadas al filósofo argelino, firmadas una por Anna Poca y otra por Cristina de Peretti quien, en la Universidad Complutense y luego en la UNED, ha sido una de las principales promotoras de su recepción en España desde que se encontró con su obra a mediados de los años setenta (De Peretti, 1999), y a cuya difusión y conocimiento ha contribuido tanto a través de diversos trabajos —su tesis doctoral fue publicada como *Jacques Derrida: texto y deconstrucción* en Anthropos en 1989— como de seminarios sobre Derrida que ha organizado desde 1985. Otro importante introductor de Derrida ha sido Patricio Peñalver, quien en la Universidad de Murcia impartió ya en 1987–1988 un curso de doctorado sobre «Desconstrucción y polémicas del sentido», y que había presentado en dicha universidad en 1977 una tesis doctoral en que se ocupaba parcialmente de su obra, y que daría lugar al libro *Crítica de la teoría fenomenológica del sentido* (Universidad de Granada, 1979). En la Universidad de Barcelona, además de la tesis de Jordi Sales, cabe destacar la memoria de licenciatura de Ana Palma, bajo la dirección de Miguel Morey, titulada *Lectura de Derrida: la escena de la escritura* (1984). Y, tal como recoge Ferrero, en la Universidad de Valencia trabajó sobre Derrida también Manuel Vázquez (1989:138–139). Estos estudios y testimonios sugieren que en 1989 Derrida todavía no había tenido apenas repercusión en el pensamiento de nuestro país. Entre los motivos de ese estado de cosas, Ferrero señalaba «el prejuicio bastante generalizado (...) dentro de nuestros círculos académicos filosóficos de que los pensadores franceses actuales —sin distinción— se caracterizan por una cierta frivolidad no achacable a otros pensadores sobre todo germanos o anglosajones» (137). Por lo demás, que Derrida no era muy conocido en España a comienzos de los ochenta lo prueba, entre otras cosas, una noticia publicada en *El País* por Feliciano Hidalgo titulada «El filósofo francés Derriba, puesto en libertad en Checoslovaquia» (2 de enero de 1982), y que daría lugar a una carta a la directora titulada «Sobre Derrida» el 21 del mismo mes.

Por lo demás, el filósofo francés impartió un curso de doctorado sobre «La filosofía como institución» en tres sesiones en la Facultad de Filosofía y Letras de Zorroaga en noviembre de 1981, marzo de 1982 —donde comentó, en dos sesiones, *El conflicto de las facultades* de Kant y el *Ecce Homo* de Nietzsche, y donde lo conoció personalmente Cristina de Peretti (1999:106)— y mayo de 1982, donde comentó *Ante la ley* de Kafka (Ferrero, 1989:139). El día 14 de diciembre participó con René Major en un encuentro sobre filosofía y psicoanálisis organizado por El Instituto Francés de Barcelona, que continuó al día siguiente en el Instituto Francés de Madrid, y participó ese mismo día por la mañana en una mesa redonda en el INCIE con profesores de la Universidad Complutense y de la UNED. El 12 de diciembre se publicó una entrevista de Christian Descamps a Derrida en *El País*, que puede consultarse en *A parte Rei* (Descamps, 1982) y el 18 de diciembre una breve nota de Christian Delacampagne, director del Instituto Francés de Barcelona, sobre el encuentro de Barcelona.

En agosto de 1984 *Los Cuadernos del Norte* (año v, nº 26) dedicaron un número al posestructuralismo en Francia y a la deconstrucción en los Estados Unidos y el 9 de mayo de 1987 Derrida volvió a la Facultad de Derecho de la Universidad de Valencia con motivo del Congreso Internacional «La ley» (con presencia institucional del Collège International de Philosophie de París y de la sección de Filosofía de la Universidad de Zorroaga) en una mesa redonda en que participaron, además de Derrida, Francisco Jarauta, Víctor Gómez Pin, Javier Echevarría, Patricio Peñalver y Cristina de Peretti.

En 1989, Cristina de Peretti y José María Ripalda lo invitaron para impartir conferencias sobre Heidegger y Benjamin en la UNED, antes de que diera una conferencia en la Universidad de Barcelona y otra en la editorial Anthropos con motivo de la reciente publicación del monográfico ya citado de la revista dedicado a él. En 1990 y 1994 dio dos conferencias en Murcia y en 1995 estuvo en Madrid hablando del *mal de archivo* y reuniéndose con el Grupo Decontra. En 1997 volvió a Madrid, donde impartió dos conferencias en el Instituto de Filosofía del CSID, participó en dos mesas redondas (una con filósofos y otra con arquitectos) organizadas por la Escuela Técnica Superior de Arquitectos de Madrid y por la Fundación de Investigaciones Marxistas y participó en una reunión en la UNED con el Grupo Decontra. En diciembre de 1998 presidió en Madrid el tribunal de la tesis doctoral de Paco Vidarte «Una tesis en deconstrucción» y clausuró, en Valencia y a invitación de Manuel Asensi, el ciclo de conferencias «El futuro de la Teoría de la Literatura», organizado por el Instituto de Estudios de Retórica de Valencia. En febrero de 1999 rodó algunas escenas del documental *D'ailleurs Derrida* en Toledo y Almería antes de viajar a España por última vez en mar-

zo de 2002 para participar con Hélène Cixous en el primer «Seminario de Barcelona» organizado por el Centre Dona i Literatura de la Universidad de Barcelona, del que surgió el libro bilingüe *Lengua por venir / Langue à venir* (2004), editado en Icària por Marta Segarra. En 2010 se celebró el primer Coloquio Internacional sobre Derrida que se ha llevado a cabo en España (De Peretti y Rocha, 2015:79–81).

Este repaso somero, que no aspira a ser un análisis, muestra que el filósofo de la escritura —al contrario que Barthes— estuvo presente físicamente en España en múltiples ocasiones y tramó relaciones institucionales con algunos núcleos universitarios. Sin embargo, ese listado de fechas y lugares no impide reconocer que su recepción en España —es decir, su lectura— ha sido minoritaria y, como muestra lo anterior, preminentemente filosófica. Algo que no debería de sorprendernos, ya que la difícil incorporación del pensamiento de autores como Barthes y Derrida al campo literario y filosófico español está ligada a un horizonte crítico en el cual no deja de reconocerse la herencia de una larga dictadura que, colocando a Dios en el centro y a través de un circuito de la comunicación autárquico tutelado por el Estado, el cual hacía de los lectores unos menores de edad perpetuos, hacía muy difícil entender unas problemáticas ligadas a unos corpus de textos (literatura moderna, lingüística estructural, filosofía alemana, psicoanálisis), a unos problemas (la muerte de Dios, el sujeto barrado, el lenguaje como materialidad) y a unas prácticas críticas en gran medida desconocidas en España.

En el próximo apartado nos ocuparemos de esos horizontes en los cuales es posible reconocer, mediante la mirada excéntrica de la crítica argentina Nora Catelli, algunos de los límites de la crítica española a mediados de los años ochenta a través, precisamente, del estudio de los procedimientos y de la retórica que esta desplegaba —y, en ocasiones, todavía sigue movilizando— en la práctica crítica.

3.2.2.3. «Retóricas y jergas en la crítica contemporánea» (1987): un diagnóstico

Nora Catelli —de quien en páginas anteriores hemos esbozado la trayectoria— es otro agente importante en la incorporación de las perspectivas deconstructivas en España. Aquí querría detenerme, precisamente, en las aportaciones de la crítica rosarina con relación a la deconstrucción. De hecho, en 1987 Catelli impartía una conferencia sobre «Retóricas y jergas en la crítica contemporánea», publicada de nuevo por la revista *452°F* en 2015 en un número coordinado por mí sobre «Historia y usos hispánicos de la teoría». En el marco de unas jornadas tituladas *En los límites de la crítica*, Catelli se pre-

guntaba tanto por «la situación actual de la crítica en España» (en un momento y un contexto geográfico determinado) como por «los límites teóricos del discurso crítico en la reflexión actual» (es decir, por una situación histórica general que, de algún modo, colocaría a la crítica española *en falta* respecto al horizonte crítico contemporáneo). Ese tipo de mirada que tomaba el discurso de la deconstrucción —tanto en su vertiente derrideana como en los aportes de Paul de Man— como un momento insoslayable de la crítica contemporánea se hacía posible en gran medida gracias a su experiencia de desplazamiento.

En esa conferencia se trataba, así, de diferenciar entre *los límites de la crítica contemporánea* («los límites teóricos del discurso crítico en la reflexión actual») y *los límites de la crítica en España* (los cuales, serían, a fin de cuentas, «los límites de sus críticos»). Catelli señalaba que entre ambas interpretaciones del problema había «un hiato, un auténtico vacío» (1987:30) que remitía, precisamente, al vacío que se abriría entre la crítica contemporánea y los modos de practicarla en España. Acudiendo a un número monográfico de la Asociación Colegial de Escritores de enero de 1987 titulado «La crítica literaria» —y tomándolo como un índice de la crítica española contemporánea—, Catelli señalaba que el lector que así procediera «llegaría a la convicción de que la crítica literaria es una rama menor de la publicidad editorial, de que sus instrumentos teóricos son, desde el punto de vista lingüístico, pre-saussurianos; desde el punto de vista del estudio del sentido y la dimensión del sujeto, pre-freudianos; y desde el punto de vista de la crítica imprecionista, ingenuos». A través de la lectura de ese volumen, de fuentes y referencias dispares, Catelli extraía un rasgo en común: «La sospecha de que si no hemos desarrollado demasiado un buen sentido natural y propio sustentado en un buen gusto también natural y propio acerca de la literatura se debe al “mal uso” de las teorías foráneas».

El diagnóstico de Catelli, («¿cómo dar cuenta de tan descorazonador panorama sin quedar atrapado en las redes de la invectiva?»), proponía tensar el espacio nacional «situando históricamente, con respecto a un patrón de medida, digamos “internacional”, este paisaje peninsular tan decepcionante» (31). En esa conferencia, la crítica argentina adoptaba distinciones provenientes de Edward Said e invocaba la noción de texto de Barthes, Kristeva, Eco y Derrida para abrir un espacio más allá de la «reiteración de la autoridad de aquellos que, a partir de Menéndez Pidal, fijaron el centro del valor literario y, con reverencia, repiten y ajustan el gran discurso conciliatorio». El diagnóstico era tajante: «En nuestro campo, la función de la filología es demostrar, por vía del apaciguamiento de todas las aristas, que todo es legible cuando el sentido común se impone, que ninguna “versión” del texto es

perversa, sino que tan solo se aleja para volver al canon, y que la función del canon, al revés de lo que suele afirmarse, no es la de anatemizar sino la de integrar» (33). El predominio de la Filología haría que las perspectivas formalistas y estructuralistas se convirtieran en último término en una convalidación de la disciplina inscrita en la tradición del comentario de texto: «Las maneras en que se enseña a cómo leer un poema, luego de que la historia literaria haya fijado qué poema, o cómo disfrutar de un concepto, tras que la Academia lo haya formulado en redes coherentes, no se erigen en una construcción que pueda transformar la filología, sino en una glosa de la filología y en un culto reverencial a sus autoridades» (33–34). Por último, Catelli consideraba que, en ese contexto, «el ensayismo, por su carácter incompleto y abierto, correá de transmisión de lo nuevo, en la península se dedica más bien a consagrar lo viejo o a rearmarlo».

La apuesta de la crítica rosarina consistía en colocar en primer plano «el orden retórico», reconociendo que no da forma solo al discurso literario, sino también al resto de discursos. «Lo que esta crítica postula», continuaba Catelli, «no es otra cosa que la *ilegibilidad*» (34). La hermenéutica de Gadamer y Jauss, por un lado, y la deconstrucción de Derrida y de Paul de Man, por el otro, abrirían este horizonte de inquisición apenas explorado en España.

Catelli, para pensar ese problema, se detenía en «Semiología y retórica» de Paul de Man, artículo contenido en *Alegorías de la lectura* (1979), donde el crítico belga «postula una separación profunda y radical de la retórica, tanto de la estructura semántica del texto como de la actividad interpretativa del texto». La apuesta de De Man consistía en mostrar que «la retórica es irreductible, discrepante y heteróclita con respecto a la lógica y a la semiología y con respecto a la paráfrasis interpretativa» (35). En esa intervención, la crítica argentina reconocía una tendencia de la crítica contemporánea que en otros lugares hemos caracterizado como una restauración humanista (Hidalgo Nácher, 2017a y 2019) por la cual, tras la experiencia «claustrofóbica» (Catelli, 1987:36) de la vanguardia literaria, artística y teórica, se recuperaba la distinción entre *lectura interna* y *lectura externa* del texto, la cual reposaba en la creencia de que el texto tiene un *adentro* y un *afuera*. Esa crítica contemporánea se diría a sí misma:

Abandonemos la retórica dura y la escritura dura de su crítica y volquémonos a los remansos de la historia, la biografía, el contexto, donde puede resurgir aquello que una vez conocimos como orden de interpretaciones válidas: sociológicas, históricas o, desde el campo de la semiótica, la reducción de la escenografía de la retórica del texto a su estructura u organización semiótica. (37)

Esas vueltas del humanismo, que se encuentran también —de modos diversos y en función de las historias locales— en otros países, suponían en España «el mito de la correspondencia semántica entre signo y referente», basado en la idea subyacente «de una Naturaleza que dota de sentido a lo natural, a lo “humano”», la cual reaparecería «en los más crudos análisis ideológicos». De ese modo —ya vimos algunas muestras de ello en el apartado 2.2 y veremos otras en el 3.3—, «nuestra crítica española podría ser englobada aquí, porque se apoya en la creencia en un orden natural, en una tradición omnicomprensiva y en un sentido “lógico” o sensato de las cosas» (37). Aquí es donde, en efecto, habría que situar las críticas a la deconstrucción y los posestructuralismos provenientes del hispanismo y del bloque académico de la teoría —críticas que, por lo demás, muchas veces conectan, consciente o inconscientemente, con el nacional-católicismo franquista y, más allá de él, con la gran tradición de Menéndez Pelayo, haciendo de la crítica, por encima de todo, una crítica *española*.

Al separar semiótica y retórica e incorporar el problema de la reflexividad del texto, Paul de Man mostraba cómo el texto se vuelve sobre sí en un movimiento en el que este pierde suelo. La conclusión de Catelli, siguiendo a De Man, era que «no es posible establecer un orden de figuras cuyo sustrato o base sea lógico y lingüístico. El orden de la figuración tiende a la fragmentación y a lo abierto; la síntesis (lo que se llama habitualmente “la profunda unidad del texto”) es otra figura más de nuestro deseo de conciliación» (39). El texto se cerraba con una defensa de la deconstrucción como *puerta de entrada a la contemporaneidad crítica*, ya que en ella se dirimía precisamente el problema de lo retórico de cualquier lenguaje y, por lo tanto, la imposibilidad de tener un acceso a una dimensión natural o verdadera separada del lenguaje que a ella refiere:

No puede negarse que el trabajo sobre la figuración, sobre la retórica, es la puerta estrecha por la que deben pasar los discursos críticos. Los cargos usuales contra la deconstrucción (rigor monótono, circularidad obsesiva, utilización de una jerga) son también síntomas de la conciencia creciente de lo retórico *en* todos los discursos. Y, además, la circularidad de la deconstrucción no es del todo perfecta; pueden describirse sus asimetrías y, en ellas, las figuras que construye para poner en cuestión las nociones dominantes y los valores corrientes dentro de la crítica. (40)

Del artículo de Catelli se desprendería que es el problema de la retoricidad del lenguaje y sus relaciones con la ilegibilidad aquello que la crítica española rechazaba con más virulencia de la deconstrucción.

La crítica argentina retomaría poco después esta cuestión en «Paul de Man y la retoricidad del lenguaje» (1990) donde, planteando el problema de la referencialidad y de cómo la crítica contemporánea había restaurado sus antiguas certidumbres al dejar en un segundo plano las dificultades de la forma literaria, permitía reconstruir cómo la crítica, no solo española, se había dedicado en los últimos años a «tender puentes entre los textos y sus engranajes históricos y sociales». «¿Por qué la tentación del retorno a una jerarquía de significados?» (Catelli, 1990:58), se preguntaba Catelli siguiendo al crítico de origen belga, y afirmaba: «La crítica ha construido un modelo que De Man considera falso: el que propone una imagen de la literatura considerada como recipiente que guarda lo que está dentro, en secreto, y lo separa de lo que está fuera. Y una imagen concomitante: la del lector como quien abre o comunica aquello que permanecía oculto» (59). Este libro de De Man suponía no solo la puesta en cuestión de la vieja crítica referencial y de sus restauraciones contemporáneas bajo la forma banal del positivismo o bajo otra más sutil en la estética de la recepción, sino también la crítica de los modelos semióticos como el de Genette, los cuales perseguían estabilizar una relación en sí misma problemática entre gramática y retórica. Para ello, De Man se volvía sobre Proust —y sobre su lectura genettiana— para proponer «una retorización de la gramática», de donde la crítica extraía que «en todo texto existen dos retóricas» (61). A través de estas reflexiones, Catelli se dirigía hacia una cuestión que ya entonces le ocupaba: las singularidades, y el lugar clave en la contemporaneidad, del género autobiográfico, sobre el que publicaría en Lumen al año siguiente *El espacio autobiográfico*. «Lo escribí», afirmaba,

cuando ni soñaba con volver a la universidad: había traducido un artículo de Paul de Man sobre Walter Benjamin [De Man, (1988)] y había empezado a leer cosas sobre la tradición del culto mariano en español; seguí leyendo a Paul de Man, incorporé Lejeune y desde luego a Bajtin, sobre quien había escrito en 1980 una especie de presentación de la obra para una revista de Madrid, y el cruce produjo, supongo, el libro. (2003b:8–9)

Puede verse, en ese sentido, cómo ese trabajo intelectual se sostuvo al margen de la academia, hasta el punto de que la crítica rosarina ha podido presentarlo, retrospectivamente, como «un trabajo universitario sin universidad»²⁶ (2015b:131). Catelli, volviendo sobre el diferendo entre los hermanos Schlegel y Goethe en torno al lugar de lo autobiográfico, señala-

26 Es interesante, a este respecto, leer las reflexiones de Analía Gerbaudo sobre esta autofiguración (2022).

ba cómo tuvo mayor fortuna la opción de este último, quien consideraba que «el arte y la filosofía podían ser considerados fragmentos de una enorme confesión» (219): «esa cámara de aire, esa impostura, es el espacio autobiográfico: el lugar donde un yo, prisionero de sí mismo, obsesivo, mujer o mentiroso, proclama, para poder narrar su historia, que él (o ella) fue aquello que hoy escribe. Postula, en síntesis, una relación de semejanza» (219)—relación de semejanza que habría dejado de ser obvia, precisamente, en la contemporaneidad—. El movimiento genealógico trazado por Catelli se abría, precisamente, con la crítica demaniana de esa semejanza: «Si el deseo de la semejanza sostiene nuestra convicción acerca del carácter humano del lenguaje, la imposibilidad misma de que la semejanza exista es lo que permite, al contrario, la existencia del lenguaje» (220). La autobiografía, en tanto que prosopopeya de la voz y del nombre, haría que el *yo* no fuera punto de partida, «sino lo que resulta del relato de la propia vida» (226). En lo autobiográfico no asistiríamos, pues, al reconocimiento de una identidad previa sino al «movimiento por el cual lo informe sufre una desfiguración» (227). Esa caracterización de la autobiografía como prosopopeya y desfiguración es la que autorizaría a tomar dicho tropo como «figura de *todo* el lenguaje en su relación con el pensamiento», presentando el lenguaje como «el tejido que permite acceder al pensamiento justamente porque lo vela» (228). En su propio producirse, el texto desbordaría y pondría en cuestión su propia retórica.

Unos años después, en 1998, Catelli publicaba con Anna Gargatagli *El tabaco que fumaba Plinio. Escenas de la traducción en España y América: relatos, leyes y reflexiones sobre los otros* (Serbal), una antología de escenas de traducción representadas en la literatura castellana entre el siglo X y 1925 a través de las cuales las autoras proponían un modo de pensar la historia de la traducción que partía de «la escena de la traducción» como «lugar imaginario donde se enjuicia precisamente la existencia de los otros» (Catelli y Gargatagli, 1998:14). En ella, a través del énfasis en la traducción, se hacía posible empezar a pensar, a lo largo de la historia, las relaciones de España con su origen (un origen, claro está, fabulado) y con la alteridad. Y ahí acudían las aportaciones de la deconstrucción, dado que «las culturas occidentales conciben lo propio —la lengua, la tradición— como inoculado y puro». Ser capaces de asombro ante «las fabulaciones con las que una cultura explica sus orígenes y los de su lengua, la construcción de la nación o la conquista de un territorio» (13) sería condición necesaria para empezar a problematizar «una red ilusoria (y que se quiere perfecta) entre lo propio y lo ajeno», prestando atención, además de a la propia textura de la red, a esos puntos de máxima reverberación de la trama que son «las figuras de los omitidos, los excluidos, los *otros*», de quienes «se nos ofrece siempre la apariencia, pero nunca la voz» (13). El

libro proponía así, cruzando los modos de lectura de la deconstrucción con los de los estudios culturales, un «repertorio de las reflexiones acerca de la traducción en nuestra lengua (...) mostrando las estrategias que nuestra cultura despliega para atribuir o negar a *los otros* (a sus lenguas, a sus culturas) precisamente una relación con el sentido» (14). Origen y alteridad estarían así enlazados en una lógica en la que «el origen no precede a la escena de la traducción sino que es producto de la misma escena» (15). El lugar de España sería paradójico en relación tanto con América como con Occidente. Por un lado, Europa no contemplaría a España para definir la cultura occidental y, por el otro, «España solo se ha hecho cargo de manera desordenada y casual de su choque con las culturas americanas», de modo que «la cultura española aparece, desde el punto de vista histórico de la traducción, como una especie de bisagra entre dos mundos que sucesivamente la rechazan o a los que ella rechaza: Occidente y América» (16). Desde Menéndez Pelayo hasta el presente, «jamás las antologías corrientes» sobre traducción «incluyen el problema, los textos, los documentos, las reflexiones que suscitó América» (17). La actualidad de estas afirmaciones se deja ver asomándonos a la producción académica contemporánea. Así, por dar simplemente un caso, y más allá del campo de la traducción, basta leer el artículo «Los caminos actuales de la teoría literaria en el mundo: España e Iberoamérica» de Garrido Gallardo, en el que el autor, llevando a cabo una reducción respecto a lo propuesto en su título, prácticamente no se refiere a Iberoamérica (Garrido Gallardo, 1994:52).

Con lo dicho hasta ahora, se entiende que la antología se proponía volver sobre unos rastros de alteridades que, «vividas como excesos perturbadores, desaparecieron del discurso de la Historia, pero no de los documentos», por lo que es posible afirmar que «los textos *hablan* contra la Historia» al plasmar «una serie ininterrumpida de estrategias de omisión del *otro*». El libro —que recuerda que «la traducción es sobre todo literatura política, literatura de la *polis*: quiere intervenir sobre la tradición existente, modificarla, negarla, recrearla, alterarla» (19)— pretendía mostrar de ese modo cómo

aquellas omisiones y las singulares distorsiones de la Historia permitieron la construcción de una cultura ficticia —la hispanidad— tan sólida y fuerte como para haber adquirido la forma «real» de un pasado común a España y América, un pasado tranquilizadoramente libre de impurezas de religión y de sangre, un pasado en el que los bárbaros inquietantes habían sido ya expulsados, cristianizados o convertidos al buen mestizo. (18)

En 2001 Catelli ganó el xxix Premio Anagrama de Ensayo con *Testimonios tangibles. Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna*, un libro

que tematizaba, como se aprecia en el título, la función y la representación de la lectura en la narrativa del siglo xx, la cual «se construye sobre la representación de los lectores y la lectura» (15). Catelli presentaba de este modo su propio libro poco después:

Testimonios tangibles fue el producto de otro cruce: la historia de la novela moderna y la cuestión de la crítica feminista. Lo que viene después de la novela moderna está dibujado al final del libro, trabajando con un autor experimental de los sesenta, Juan Benet: ¿cómo pensar en el problema actual de la forma en la literatura contemporánea? Por otra parte, veo la crítica feminista como un horizonte de ajustes históricos más que teóricos. Tiendo a relacionar esto último —la definición teórica del feminismo— con los discursos que han dado sustento a la crítica del género; fundamentalmente, con el psicoanálisis. (Catelli, 2003b:9)

Puede extraerse así un hilo que viene de la deconstrucción y el problema de lo ilegible —que aquí encontraba cauces históricos a través de la sociología del libro y de la historia del libro y de la lectura— y que incorporaba herramientas psicoanalíticas para pensar la representación de la lectura, en su historicidad, no tanto como un puro documento histórico sino como algo ligado al deseo y al miedo en que se hace posible leer «los proyectos, promesas, sueños o temores que ella suscita» (Catelli, 2001:196), de modo que «la ficción del siglo xix proclama como hecho lo que solo era un deseo o un temor» (27), lo que la convierte, más que en «realista», en una novela «profética» (28) en la cual se hace posible leer «la literatura que vendrá» (196). Como señalaba Catelli, «en la narrativa del siglo xix es central la celebración de la lectura; en la de principios del xx aquella cede primero paso a la satanización explícita y, después, al enrarecimiento y a la desaparición, incluso, de sus señales y emblemas» (17). La culminación de la novela del siglo xix se daría, según la autora, con *El caso Dora* (1905) de Freud, «última novela del siglo xix» (136), a partir de la cual se anunciaría la extinción de la lectura. «La narrativa del siglo xx», continuaba Catelli, «tratará, precisamente, de qué hacer con la Literatura —con la novela, con la poesía, con el ensayo— cuando todos y todas pueden acceder a ella. Por eso se vuelve interrogativa, especulativa, oscuramente aprensiva. Por eso las figuras de la pasión de la lectura ceden paso, progresivamente, a las de la extinción» (141).

3.2.2.3.1. Los procedimientos de la crítica: de la fricción a la ilustración

Cuando un texto se resiste a una interpretación la ansiedad del crítico no se calma con otras interpretaciones, sino que se recurre a los hechos. Esto produce un pseudo saber tranquilizador y completo, aunque casi siempre reiterativo.

Nora Catelli

Por lo demás, Catelli —que ha cernido de diversos modos a lo largo de su obra ese exceso no estabilizable en último término que habita los textos en una inquietud en la que se despliega la historicidad— señalaba en 2003 cómo se había producido una transformación en el ejercicio de la crítica contemporánea que tendía a confundir la lectura del objeto estético, con la posmodernidad, con el reconocimiento de una realidad teórica previa. Para hacerlo, Catelli medía la distancia que separa el *acto crítico* en Raymond Williams (donde su nombre era un caso que podía ponerse al lado del de Barthes y tantos otros) de la *ilustración teórica* en Slavoj Zizek (Catelli, 2003a). Como señalaba Catelli, aunque la operación llevada a cabo por Zizek en *El espinoso sujeto* «es una operación conceptual “moderna” respecto de algunos presupuestos filosóficos postmodernos, no se puede negar que sus procedimientos, al revés de los de Williams, son también plenamente postmodernos» (2003a:85). De ese modo, aunque «en *El espinoso sujeto* no se prescinde de lo teórico (...), se lo separa de lo hermenéutico y de lo estético». En este contexto, «el debate filosófico parece bastarse a sí mismo; el arte no es en este caso fuente de problematización de esos contenidos, sino de ilustración de un ámbito que se presenta casi como autosuficiente» (86). En Zizek «la argumentación cede entonces paso a la ilustración» y, con ello y «hasta cierto punto, a pesar de su reivindicación parcial del sujeto universal, Zizek se comporta como un lector (solo) postmoderno, (solo) atento a la búsqueda del rasgo en el que identificar lo pensado, vivido, experimentado como propio». La diferencia entre uno y otro —que sería, a fin de cuentas, la diferencia entre dos modos de la crítica que Catelli historizaba— estribaría en que

para Williams esos documentos son formas complejas, fuente de conocimientos provisорios, paradójicos, inconclusos; para Zizek son refrendos de la teoría. Entre una y otra posición media la distancia que separa la crítica de la ilustración, la argumentación de la aplicación. En esa distancia se juega, hoy, el debate sobre la literatura y el arte: el debate sobre sus fronteras estéticas, sobre su horizonte hermenéutico, sobre su provisoria, histórica, pero necesaria especificidad. (87)

De esa manera, en esas lecturas se perdería la especificidad práctica de la escritura y la atención por la textura lingüística, que aseguraba —más allá de la determinación de una serie literaria— la compleja y equívoca relación entre la multiplicidad de series no-literarias. Como señalaba la crítica rosarina en otro texto, insistiendo en la misma cuestión, los estudios culturales habrían dejado de lado, salvo raras excepciones, el problema de la forma:

Los estudios culturales (...) suponen un retorno de la crítica temática. De hecho, si se revisan atentamente las referencias de películas y textos literarios de un Zizek, por ejemplo, se comprueba que las aproximaciones son eminentemente de asunto, en el sentido clásico. Desde la perspectiva de la historia de las formas en el arte y la literatura contemporáneas, se trata de puntos de vista eminentemente conservadores. (Catelli, 2003b:10)

Con ello quedaría clausurado el problema de la escritura a través del cual el lenguaje era atravesado, de modo complejo y nunca unívoco, en el presente de la lectura, por la historicidad. En ese sentido, «La crítica feminista y el problema de la forma», del mismo año, surgía de ese cruce en el que era la atención a la especificidad de la forma la que abría el terreno para el aislamiento de huellas que remitían a una historia política, social y cultural no totalizable. Escribía ahí Catelli:

Si la literatura existe como problema, según mi perspectiva, para la crítica feminista, esto se debe a que la operación que vincula el concepto de literatura y el de crítica feminista debe necesariamente definirse en relación con un horizonte hoy en retirada, pero cuya crepuscular energía obliga constantemente a apelar a sus herramientas: la estética. (2003c:1)

En este texto, Catelli denunciaba la conversión de la crítica en una «restitución identificatoria plena, entendida no como trabajo sobre la forma, sino como devolución instantánea de satisfacciones psicológicas» (3): «Al revés de los lectores modernos —esforzados buscadores del sentido de las formas y de sus desafíos y rupturas— los circuitos de lectores postmodernos son comunidades sedentarias y narcisistas de especialistas en sí mismos» (2). Frente a esos planteamientos, Catelli proponía lo que podría calificarse de programa para la revista que acababa de fundarse:

La clausura de la crítica valorativa supone un rebajamiento de la teoría: no se puede prescindir, sin consecuencias, de la reflexión sobre los desafíos que plantea la forma. Como los estudios culturales, el feminismo puede ampliar su

influencia institucional evadiendo las aguas tumultuosas de los juicios estéticos; pero empobrecerá sin duda su propia capacidad revulsiva; esa que atravesó, como luz fulgurante, el pensamiento occidental de la segunda mitad del siglo xx. ¿En qué consistía, en qué consiste? En volver visible, de manera episódica, el pliegue que, en las más inquietantes creaciones, une y separa, alternativa y enigmáticamente, el orden simbólico —ontología del género— y la experiencia histórica: ese pliegue no es otro que la forma. Solo así podremos seguir interrogándonos por las categorías con las que operamos. Solo así podremos seguir poniendo en escena los términos del problema y obligándonos a su redefinición. Solo así volveremos estéticamente visible, de vez en cuando, el pliegue de la forma; ese intersticio que oculta y muestra, a la vez, su anudamiento a un sujeto. (5-6)

En 2007 publicaba *En la era de la intimidad* (un libro que enlazaba con las reflexiones del fragmento recién citado y que era acompañado por una reedición de *El espacio autobiográfico*) en Beatriz Viterbo (Rosario), el cual partía de una constatación aporética: «Solo tiene valor de veracidad en el discurso lo que hace evidente a un sujeto, pero no poseemos ningún instrumento definitivo para atrapar a ese sujeto: este es el signo de la era de la intimidad» (Catelli, 2007:9). En ese libro Catelli se proponía abordar una inversión histórica. Si en tiempos de Hermann Broch lo autobiográfico se justificaba en lo histórico, en tanto que formaba parte y daba acceso a ello, actualmente «la Historia se validaría a partir de la escritura autobiográfica» (26) —y, para construir su objeto de estudio, partía de la teoría de «La autobiografía como desfiguración» de Paul de Man, en la cual se formulaba que lo autobiográfico, más que un tipo textual, era un «momento» que podría encontrarse en cualquier texto. La identidad autobiográfica sería el resultado de un recurso retórico: la prosopopeya. Escribía Catelli:

El carácter sustitutivo general del lenguaje —que expresa la alegoría— tiene su expresión más clara en la prosopopeya, límite último del intercambio retórico, ya que escenifica la imposibilidad de un nexo entre significación e interpretación. En efecto, la sustitución se muestra allí naturalmente fallida: poner en escena al muerto y darle una voz es la figura que cubre, y por eso mismo subraya, el vacío tras la máscara. (36)

De ese modo, la crítica rosarina reconocía la lectura como «el momento del vértigo, el instante de la experiencia abismal en cualquier texto» (38), único espacio en el que podría producirse la emergencia del sujeto.

Esas reflexiones sobre lo íntimo —que conectan en un artículo reciente con ese «fetiche del presente» que sería la posverdad (Catelli, 2017b:139)—

desembocan en un diagnóstico sobre su función en la sociedad actual, en la que lo presenta como «un imaginario que, a través de la multiplicación de emisiones subjetivas, ha sustituido cualquier otra forma de autorización de lo que se afirma, propone o informa» (Catelli, 2018b:143). En ese contexto en el que asistimos a «la proliferación de fragmentos de frases, cada una con un yo feliz pero sin atribución genérica: ni información ni ficción, solo expresión», el estudio de la retórica puede cumplir una función valiosa, así como el «obstinarse en seguir utilizando instrumentos de análisis cuyo grado extremo de sofisticación minoritaria (...) los ha vuelto incómodos incluso para nosotros mismos» (152).

3.2.2.4. Logofagias e ilegibilidad

El texto de la logofagia (...) al escribir el silencio remite a un punto en el que los aparatos hermenéuticos tradicionales se muestran inoperantes, sufren un colapso e, inservibles, quedan clausurados. Los trazos del silencio oponen una resistencia tal a la lectura que, definitivamente, la tornan imposible.

Túa Blesa

Otra línea deconstruktiva la encontramos en Túa Blesa, catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Zaragoza, y uno de los críticos que más ha hecho por hacer legible la poesía española experimental y de vanguardia.²⁷ Túa Blesa se ha ocupado con atención de la poesía española contemporánea y, especialmente, de sus escrituras más vanguardistas y transgresivas. En ese sentido, cabe destacar su labor de edición de la obra de Leopoldo María Panero (*Poesía completa 1970–2000 —2001—, Poesía completa 2000–2010 —2012—, Cuentos completos* —Madrid, Páginas de Espuma, 2007— y *Traducciones/Perversiones* —2011—), autor sobre el que publicó en 1995 *Leopoldo María Panero, el último poeta*, y acaba de publicar *Leopoldo María Panero, poeta póstumo* (Visor, 2019), donde le dedica, entre otros artículos, uno titulado «La escritura de Leopoldo María Panero, la literatura orgánica y el postestructuralismo» (2019). Igualmente importantes son, en este sentido, sus estudios sobre Pere Gimferrer, a quien está dedicado *Gimferrerías* (Zaragoza, Eclipsados, 2010), y sobre muchos otros poetas, algunos de los cuales están recopilados en *Tránsitos. Escritos sobre poesía* (Valencia, Tirant lo Blanc, 2004). Sus escritos sobre los novísimos, Jenaro

27 Cabe destacar el número de homenaje a Túa Blesa recientemente publicado por *Tropelías* (Pueo y Saldaña, 2020). En él puede consultarse Hidalgo Nácher (2020a).

Talens, David González, Andrés Sánchez Robayna, Ángel Petisme, José-Miguel Ullán, Eduardo Hervás y tantos otros han hecho legible una poesía que, en algunos casos, cabría decir «que nunca fue escrita, esto es, que es inexistente para el discurso crítico contemporáneo» (Blesa, 2004:55). Un *es* que así pasaba a ser ya un *era*. Por último, cabe destacar —pues no es irrelevante— que el catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Zaragoza es, hasta el día de hoy, cantante y guitarrista del grupo punk Doctor Túa y los Graduados.

Su primer libro, *Scriptor Ludens. Ensayo sobre la poesía de Ignacio Prat* (Zaragoza, Lola, 1990), volvía sobre la poesía de Ignacio Prat (1945–1982), de quien diría en un artículo de 1990 que «leer a IP es (re)leer sus propias lecturas, adheridas aquí y allá a su propio discurso, inexplicable sin las palabras salidas de labios de otros» (1990b:19). La idea de la intertextualidad y el palimpsesto estaban así en la base de una labor que hacía legible a un autor que Túa Blesa reconocía, dado que desafía las concepciones recibidas de lo poético, como de difícil lectura en su momento. El libro de Prat, *Uretra*, de 1970, contenía la palabra *arte* en su título y bien podría leerse como fragmento invertido de *Arte rupestre* (Blesa, 1990a:38) —donde cabe señalar también la aparición de la partícula alemana *Ur* que remite al origen. Como afirmaba Túa Blesa, «Prat pretendía forzar con *Uretra* el límite de lo novísimo, llevar más alta en su vuelo al ala extrema de tal escritura que amenazaba ya (...) con sufrir esclerosis» (46). El poeta aragonés partía de otras escrituras y las recreaba herméticamente en la escritura propia. Tal como leemos al final de *Scriptor Ludens*, «si la patria de un escritor es el lenguaje, entonces Ignacio Prat es un autor expatriado, cuya lengua es la de otro, la voz de lo ajeno —o lo propio alienado—, quizás babólica» (174).

Como se lee en *Lecturas de la ilegibilidad en el arte* (2011), «la ilegibilidad del arte y la literatura, las prácticas logofágicas», sobre las que en seguida hablaremos, «son solo una sinédoque de la ilegibilidad general del arte, que dice cómo todo arte es logofágico, ilegible» (Blesa, 2011a:64). La letra sería, de hecho, «un extraño objeto del mundo» (12), afectado por una ambigüedad fundamental que la haría, en su concreción material, signo de otra cosa, y cuya legibilidad general se da en el marco de lo ilegible. Como señalaba el crítico aragonés, «a la crítica le compete leer esa ilegibilidad, hacerla legible, pero ¿cómo leer la ilegibilidad? Ese malentendido funda la crítica del arte» (64). Y, como afirmaba en «Ilegibilidad y legibilidad», la traducción hacía emerger en los textos una ilegibilidad que —aunque ilegible como tal hasta entonces— ya estaba en ellos. De ese modo, cabe entender que «la ilegibilidad, pues, le pertenecería al texto, a la escritura, a la lectura; textos, escritura y lectura de los que habrá que convenir que están hechos de ilegibilidad y

legibilidad. *Ilegibilidad y legibilidad*, que, cosas de la lengua, dejan oír una doble ilegibilidad» (Blesa, 2018b:397–298).

Estas reflexiones, que colocaban la lectura de lo ilegible en el centro de la tarea crítica, retomaban un trabajo de largo aliento que tuvo un momento importante en la publicación de *Logofagias. Los trazos del silencio* (Anexos de Tropelías, 1998), un libro que proponía la creación de una retórica del silencio en diálogo con los textos poéticos contemporáneos. La logofagia sería el tipo de figura retórica cuya imagen es «un hueco cuyo fondo es un sin-fondo, que deja a la escritura sumida en una reflexión que la acalla, la dobla, la pliega, se la traga» (Blesa, 1998:15). A través de su estudio se trataría de ampliar los márgenes de la retórica clásica —y, con ellos, su propia concepción— para incorporar la textualización del silencio que recorre una parte importante de las literaturas modernas y de vanguardia. Dado que los textos logofágicos resultan del uso de una serie de figuras que no es posible estudiar desde los repertorios retóricos tradicionales, Túa Blesa proponía ampliar sus límites para dar cuenta de esa parte de las textualidades que, de otro modo, quedaría arrojada a lo puramente ilegible. Cinco eran las figuras retóricas que ahí proponía: el *ápside*, consistente en la incorporación de variantes discursivas (y que tendría uno de sus modos, en el que un texto se subordina a otro, en la *adnotatio*); *babel*, figura por la cual la lengua se abriría al multilingüismo y, a través de él, tendería a la ilegibilidad; *criptograma*, por la cual se cifraría la escritura en mayor o menor grado; *óstracion*, por el cual lo que se da a leer aparecería como un fragmento de una totalidad no presente, y que tendría sus variantes en la *fenestratio* (en que se mostraría un texto, de un modo u otro, como inacabado a través de signos de puntuación), *leucós* (que incorporaría el uso del blanco a la escritura), *lexicalización* (por la que se enunciaría explícitamente la fragmentariedad del texto) y *tachón* (por el cual se dificultaría la legibilidad del texto, hasta impedirla, a través de la inscripción de trazos sobre él); y *hápax*, figura consistente en la inclusión en el texto de palabras usadas por la primera vez en la lengua.

La propuesta logofágica de Túa Blesa tiene como mínimo dos consecuencias claras. En primer lugar, la ampliación de la retórica a los problemas lingüísticos, literarios y filosóficos del siglo xx, incorporando las consecuencias de la nueva retórica que, por lo menos desde Nietzsche, irrumpió en el campo del saber, y llega hasta la deconstrucción. Como escribe el crítico: «Los textos de la logofagia reescriben algunos de los indecidibles derridianos (...), ponen en evidencia la imposibilidad de acotar su contexto y su contexto, permiten ver la errancia del sentido y perderlo de vista» (1998:228). Y, en segundo lugar, la toma en consideración de un corpus poético que había sido mayormente tenido por marginal y al que, en consecuencia, no se había he-

cho dialogar con la teoría literaria académica hasta entonces. Más adelante, cuando nos refiramos a la denegación por parte del Ministerio de Ciencia e Innovación de un proyecto de investigación dirigido por Túa Blesa en 2009, se podrá calibrar con más precisión, con relación a este último punto, el lugar que suele atribuirse todavía hoy desde los estamentos académicos de poder tanto a la deconstrucción como a esta poesía (Blesa, 2012b).

En el libro *Tránsitos. Escritos sobre poesía* (2004) puede reconocerse una poética construida en fricción con el corpus de la poesía española contemporánea en la que contrapone a la unidad del «método» la posibilidad de emprender «tránsitos» (Blesa, 2004:11) plurales a partir de la lectura de poesía. En dichos artículos y lecturas —que tienen «no poco de autobiografía», ya que «sin ellos mi vida hubiese sido distinta» (13)— se problematizan las relaciones de la lectura con la escritura. Tal como «en el principio fue la escritura, a la que sucede la lectura», también es cierto que «la escritura solo comienza su arabesco una vez que se ha cerrado el libro» (37), lo que permite ver que «la escritura no puede ser sino reinscripción» (39) y la literatura aparece como una «concatenación de escrituras, cuyo primer eslabón es ya inalcanzable, disuelto por la usura del tiempo» (42). Tal como la escritura puede partir de «un error de lectura» (43), «ese gesto de la doble firma que toda traducción es, un hueco» por el que el escritor se inscribe en un «texto ajeno que, en cuanto se traduce, deja de serlo» (45). La crítica puede pensarse también desde la forma de la traducción y la doble firma, haciéndose cargo de unas experiencias poéticas que, como en el caso de la poesía de Eduardo Hervás, «circula en el intervalo entre la inanidad y el silenciamiento» en tanto que «no ha sido escrita (...) por cuanto carece de lectura», para rescatar cómo dicha poesía «habla de la imposibilidad de lo poético haciéndose posible en la poesía» (64).

En todo ello está en juego «una cuestión política, y no solo literaria» (13). Una cuestión que, en último término, pone en escena una política de la literatura (Rancière), tal como ya indicaba Derrida al referirse a esa extraña institución llamada literatura (Blesa, 2004:76–77; 2011b:93–96), con la particularidad de que, en el contexto de «secuestro de la libertad» (2004:78) del franquismo «la situación general de deterioro de la vida no permitía una literatura particularmente libre» (67). En ese contexto, una poética como la de Gimferrer —que, más allá de una tópica petrarquista que pretende expresar un deseo «por medio de palabras ya inexpresivas, desgastadas, quizá tropos, que ocultan mucho más que dicen» (67), coloca, a través de la invocación del «ángel de la coprofilia», el amor en el lugar del excremento— se convierte «en una habla moral por cuanto se expone como ejemplo de que los límites —todos los límites— prescritos no son las marcas de un final, sino que

son únicamente las fronteras —arbitrarias— tras las cuales se abren otros espacios, quizá sí desiertos, inhóspitos, pero que no por ello habrán de dejar de recorrerse y explorarse» (80).

En la escritura del crítico aragonés puede reconocerse un trazo paródico que lleva al *paper* académico, enlazándolo con el registro coloquial y con otros registros, más allá de sí mismo (siguiendo así, de un modo peculiar, el gesto del texto logofágico, el cual «supone la salida del texto a su afuera, se extralimita de sí mismo hasta exceder la linde misma que lo circunscribe como texto y se expande por el espacio de lo que no es texto, aquello que no puede ser sino el silencio» —Blesa, 2004:200—, fragmento donde, por cierto, el crítico anagramatiza su segundo apellido, generalmente pasado en silencio: Lalinde). En ese sentido, más que escribir *papers* o artículos, podemos ver cómo Túa Blesa cita a comparecer rasgos del género para, a continuación, desplazarlos o desarmarlos (tal como hace en «Barthes, Derrida, etc. y la interminabilidad» —Blesa, 2007— con el uso y la tematización del «etc.»), de modo que, de ser eso cierto, esos textos repetirían «algunos de los constituyentes de otro texto» (el modelo *paper*) «que la parodia, en algunos de sus pasos, simula ser» (Blesa, 1994:57). Ahora bien, con eso, lejos de alejarse de la teoría de la literatura, el crítico nos dirigiría hacia su centro, mostrando que «la literatura no imita a algo como la naturaleza o la realidad, sino a la literatura misma», y recordando que —dado que la parodia «es la oda desmesurada»—, «la escritura paródica hunde la pluma en el centro de lo literario» (58). De ese modo, «la parodia no tiene límites —a no ser los de la literatura—, pues es lo literario en cursiva y se manifiesta en cualquier tipo de componente textual» (58).

Se adivinan en esas reflexiones la importancia del pensamiento derrideano —y sus referencias a «esa extraña institución llamada literatura» de su entrevista de 1989 (Derrida, 2017)—, así como las lecturas de Maurice Blanchot, cuya obra es fundamental para el crítico de Zaragoza, que trabaja sobre él hace años y del que se esperaba hace tiempo un libro, recientemente publicado, titulado *Maurice Blanchot. La pasión del errar* (Universidad de Barcelona, 2020 —Hidalgo Nácher, 2021a—). Con el trabajo crítico de Túa Blesa se hace no solo audible sino también visible el silencio que la literatura inscribe en el lenguaje y en el tejido social. Como afirmaba al final de *Logofagias*, «el discurso se ha vuelto, ahora sí, sobre sí mismo, se ha cerrado en una figura de ouroboros, como en un laberinto que queda sellado tras el primer paso, y ya no remite a nada que esté fuera de él, una vez que el no-discurso, el silencio, ha trazado allí sus signos» (Blesa, 1998:228).

3.2.3 La creación de una constelación en espiral

Creo que ha correspondido sobre todo a algunos escritores ausentes de España durante los últimos años el papel de artífices de aquel imprescindible diálogo, de la comunicación que define a la modernidad.

Andrés Sánchez Robayna

La labor de apertura ensayada por algunos autores como Juan Goytisolo en la narrativa y Pere Gimferrer en la poesía desde la segunda mitad de los años sesenta, la cual tiene uno de sus principales puntos de anclaje en la vinculación de su obra creativa a las poéticas contemporáneas y en un diálogo vivo con algunos de los autores que las representan, va a tener continuidad en los años setenta con autores como Julián Ríos y Andrés Sánchez Robayna. No se trata, en ese sentido, de trazar un relato único —lo que, además de ser en sí mismo problemático, requeriría un despliegue mucho mayor de nombres y de poéticas—, sino de indicar algunas vías de la transformación teórica en la propia creación literaria. Aunque habría mucho que decir de otros autores, como Antonio Gamoneda, quien dio un giro radical a su poética con *Descripción de la mentira* (1977) —pues de lo que se trataría es de hacer legibles la pluralidad de voces y poéticas que habitan la contemporaneidad sin tener que someterlas a un único patrón—, la elección de Ríos y de Sánchez Robayna en esta sección deriva de que la presencia de ambos no será tan solo literaria, sino también editorial, a través de la colección y la revista *Espiral* (1976–1980) en la editorial Fundamentos, en el caso de Ríos, y de la revista *Syntaxis* (1983–1993), en el caso de Sánchez Robayna, y de que a través de ellas se hace posible reconstruir parcialmente un proyecto de apertura al gran contexto, tanto internacional como específicamente latinoamericano, para una literatura que habría establecido históricamente, y en el pasado inmediato, unas relaciones cuanto menos problemáticas con la contemporaneidad.

3.2.3.1. Julián Ríos y los avatares de una galaxia espiral

El joven Julián Ríos fue un agente importante en esa apertura del campo cultural español. Su formación literaria, resultado de una curiosidad omnívora, le llevó a emprender en 1970 una colaboración con Octavio Paz, con quien publicaría la conversación *Solo a dos voces* (Lumen, 1973) —sobre la que merecería la pena volver con calma en otra ocasión— y el «libro libre» *Teatro de signos / Transparencias* («Espiral», Fundamentos, 1974), lecto–escri-

tura creativa montada a partir de fragmentos del poeta en la que se dispone toda una práctica textual.

El mayor testimonio de la voracidad de Ríos —además de su propia obra literaria y crítica— es la labor editorial que ejerció en los años setenta a través de la creación y dirección de la colección «Espiral» de la editorial Fundamentos, de la que se encargó desde aproximadamente 1972 —para publicar sus primeros títulos en 1974— hasta 1985. Comentaba con relación al título de la colección:

La espiral siempre me ha fascinado, quizás porque la he visto desde niño en las piedras célticas. La colección tiene en el lomo una espiral que es una foto que yo di de una piedra celta. La figura de la espiral siempre me ha interesado, porque es volver, pero no de la misma forma. No es la reiteración del eterno retorno. Vuelves, pero distante y distinto. Todas nuestras visitas y revisitadas en la vida, cuando vuelves a un mismo lugar, están presididas por la espiral, porque ya vuelves guardando las distancias. (Ríos en Hidalgo Nácher, 2018:18)

Ríos ya afirmaba cuarenta años antes, con relación a su labor editorial, que

la colección tiene como centro y motor la contemporaneidad (...). Es evidente que hay autores de hoy por completo anacrónicos y autores del pasado que son plenamente actuales, y que incluso —así Sade y Fourier— nos traen las semillas del futuro. La colección sigue un movimiento de espiral creciente para ir recuperando a aquellos autores del pasado que son nuestros contemporáneos, muchas veces incomprensiblemente olvidados o mal conocidos, al tiempo que trata de incorporar a escritores de hoy que ya configuran o empiezan a configurar una nueva cultura. De este modo se intenta también producir un campo magnético, una red de relaciones entre las distintas obras de la colección. (en Parra, 1977)

Ahí publicó, entre otros, a Thomas Pynchon (*La subasta del lote 49*, 1976), John Barth (*Quimera*, 1976) y Severo Sarduy (*Para la voz*, 1978), así como a Novalis (*La Enciclopedia*, 1976), Arno Schmidt (*Momentos de la vida de un fauno*, 1978) y Sade (*Justine*, 1976; *Juliette*, 1977; *Historia de Aline y Valcour*, 1976; *Las 120 jornadas de Sodoma*, 1980). La serie «Figuras» editaría volúmenes colectivos sobre *Guillermo Cabrera Infante* (nº 2, 1974), *Juan Goytisolo* (nº 8, 1975), *Severo Sarduy* (nº 16, 1976) y *Octavio Paz* (nº 47, 1979), y la editorial publicará también guías, como la *Guía del Ulises* (1979) de David Hayman o una sobre Bioy Casares de Suzanne Jill Levine (1982). Además, en la serie «Ensayo» se publicó *La diseminación* (1975) de Derrida y *Semiótica I y Semiótica II* (1978), ambos traducidos por José Martín Arancibia, de

Kristeva (de quien publicarían muchos años después, en 1987, *El lenguaje, ese desconocido*), así como *Estructura de la novela: anatomía de «El Burlón»* (1978) de Díaz Migoyo, *La búsqueda del comienzo* (1974) de Paz y la antología *Diablo Mundo* (1983) de Nigel Dennis sobre los intelectuales y la Segunda República.

Así presentaba Ríos, retrospectivamente, su labor editorial de aquellos años:

Fui curioso lector desde muy joven. Descubrí muy pronto a Joyce y a las vanguardias. Y sabía que en España, por el vacío enorme de la dictadura franquista, quedaba mucho por hacer y por publicar. Había empezado de nuevo el interés por la literatura norteamericana. Sabía que había un campo de autores que todavía no se habían oido los grandes sellos comerciales que se podía explorar. Eso fue muy satisfactorio para mí. Incluso obras como *Sartor Resartus*, de Thomas Carlyle, o *La Enciclopedia* de Novalis: libros ya clásicos, pero que estaban ahí sin que nadie los introdujera en el idioma. Había que abrir también las ventanas del encierro español para que entraran el aire y las novedades.

Yo tenía un lema: una de cal, de calidad, y otra de arena. Aurífera, a ser posible, pero con dignidad. Introduce en España a Leonard Cohen, con *Mi juego favorito* y *Los hermosos vencidos*. Vendió tres o cuatro ediciones rapidísimo. Esas dos novelas me permitían publicar a su vez autores de mucha más difícil salida como Arno Schmidt o Thomas Pynchon o John Barth. El Marqués de Sade no me interesaba demasiado, pero comprendí que había un vacío cultural, debido a la censura, y era necesario hacer asequible su obra. Sade permitía así, con múltiples ediciones y sin pagar derechos de autor, costear otros libros que no eran rentables. Los libros no solo hay que traducirlos, sino también introducirlos: cuando un autor es desconocido, hay que crear un contexto para él. (Ríos en Hidalgo Nácher, 2018:19)

Así se fueron abriendo algunos de los nuevos espacios literarios en la España de los años setenta. Esa galaxia espiral —compuesta, entre otros contemporáneos, por Haroldo de Campos, Severo Sarduy, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Cabrera Infante y Juan Goytisolo— fue uno de los proyectos que puso a navegar por España, y allende sus castillas, a una miríada de autores excéntricos y fundamentales que constituían una «puerta de entrada al presente», si podemos retomar aquí la expresión de Paz en su discurso de concepción del premio Nobel en 1990, donde asociaba sus comienzos en la literatura al descubrimiento de *haber sido expulsado del presente*:

Decir que hemos sido expulsados del presente puede parecer una paradoja. No: es una experiencia que todos hemos sentido alguna vez; algunos la hemos vivido primero como una condena después transformada en conciencia y acción. La búsqueda del presente no es la búsqueda del edén terrestre ni de la eternidad sin fechas: es la búsqueda de la realidad real. Para nosotros, hispanoamericanos, ese presente real no estaba en nuestros países: era el tiempo que vivían los otros, los ingleses, los franceses, los alemanes. El tiempo de Nueva York, París, Londres. Había que salir en su busca y traerlo a nuestras tierras. Esos años fueron también los de mi descubrimiento de la literatura.

(...)

Buscaba la puerta de entrada al presente: quería ser de mi tiempo y de mi siglo. Un poco después esta obsesión se volvió idea fija: quise ser un poeta moderno. Comenzó mi búsqueda de la modernidad. (1990:663)

Comentará Sánchez Robayna, preguntado por hasta qué punto algunos de los autores citados llegaron a constituir una red o constelación:

Un «archipiélago», diría yo. Cada uno de nosotros trabajaba en su propio marco, su propia atmósfera: yo provenía de unas islas atlánticas, Ríos era un celta un poco irlandés, Haroldo venía de un espacio del mestizaje cultural, Octavio Paz estaba enraizado en México y se lanzaba por el mundo entero, estaba también Severo y su mirada cubano–oriental... Era un conjunto de mundos, pero había conexiones entre esos mundos, había una comunidad de actitudes. Y, efectivamente, todo eso luego pasó a *Syntaxis*, porque la mayoría de ellos colaboraron de manera estrecha con la revista. (Sánchez Robayna, 2018b)

Junto a la colección, Ríos emprenderá el proyecto de la revista *Espiral*, una publicación trimestral —«una revista isla en la literatura española» la llamará Rosa María Pereda (1977)— en formato libro que arrancó en 1976 con un número titulado «Liberaciones», en el que participaron, junto con el propio Ríos, Juan Goytisolo, Haroldo de Campos, Octavio Paz, Joan Brossa, José Ángel Valente, Augusto de Campos y Severo Sarduy. Como afirmaba Ríos en 1977, la revista perseguía «establecer una comunicación permanente y efectiva entre las dos orillas del Atlántico», así como «dar a conocer a autores de otros idiomas que también están ampliando las posibilidades de la escritura» (Parra, 1977). El segundo volumen de la revista (nº 28, 1977) estuvo dedicado a *Juan sin tierra* —la novela de Goytisolo de la que el autor había dicho en 1975 que el Régimen solo «admite la glosa de un texto inexistente, pues mis novelas no existen, oficial y administrativamente hablando» (Alonso de los Ríos, 1975:26), debido a la censura—, y en él participaron, junto

al propio Goytisolo y entre otros, Ríos, Linda Gould Levine, Díaz-Migoyo, Gimferrer, Savater, Cabrera Infante, Paz, Sarduy y Castellet. El tercer número se titulaba «La casa de la ficción» (nº 38, 1977), y colaboraban en él Edgardo Cozarinsky, Julio Ortega, Sánchez Robayna, Suzanne Hill Levine, Roberto Echevarren, Guillermo Cabrera Infante, David Hayman y José Miguel Oviedo, entre otros. El cuarto («Avances», nº 42, 1978) incluía textos de Octavio Paz, Haroldo de Campos, Edgardo Cozarinsky, Severo Sarduy, José Miguel Ullán, Octavio Armand y el propio Ríos, mientras que en el quinto («Exploraciones, iluminaciones», nº 45, 1978) participaban, entre otros, David Hayman, Augusto de Campos, Julio Plaza, G. Díaz Migoyo, Julio Ortega y Sánchez Robayna. El sexto estaba dedicado a los «Erotismos» (nº 48, 1979), con textos de Robbe-Grillet, D. Martínez Torró, Sarduy, Cabrera Infante, Héctor Olea y Ríos, entre otros, y el séptimo a «Humor, ironía, parodia» (nº 51, 1980), y en él aparecían textos de Rodríguez Monegal, Linda Gould Levine, Díaz-Migoyo y otros. La revista se cerraría con un volumen dedicado a «Nueva escritura francesa» (nº 55, 1980), entre cuyos participantes se contaron Sollers, Pleynet, Faye, Roche, Butor, Deguy y Roubaud.

Tanto en ese trabajo editorial como en la revista se observa una vocación que conecta con algunos de los principales núcleos discursivos que aparecían en *Solo a dos voces* —las relaciones entre literatura nacional y literatura mundial, la existencia de un único bloque literario en lengua castellana más allá de las naciones, la promoción de un *paideuma*, la necesidad de tomar distancias respecto al propio contexto para pensarlo mejor o, en fin, las relaciones entre literatura y crítica— y que hacían decir a Paz en ese libro: «La literatura moderna no es ni puede ser sino literatura crítica. Crítica del mundo en que vivimos y crítica de la literatura, crítica de la crítica. Y esa crítica es creadora siempre. La crítica del lenguaje se vuelve creación de un lenguaje» (Ríos y Paz, 1973:85). Ese será precisamente uno de los núcleos fundamentales de los que partirá Ríos para proponer, a través de sus múltiples escrituras, una aventura de la lectura en espiral.

3.2.3.1.1. Fábulas del País de Jaula: de la melancolía al entusiasmo

[Benet] estaba encerrado en un campo idiosincrático, en una España que había quedado congelada en una modernidad abortada.

Nora Catelli

Mi gran radicalidad fue arruinar a través de *Larva* el lenguaje del franquismo, que seguía vigente, porque los realismos, aunque fueran críticos, no iban a lo esencial.

Julián Ríos

Paralelamente a la labor editorial recién mencionada, Ríos emprendería un proyecto literario que, según afirmaba Goytisolo en 1977, arrancaba donde él había dejado su escritura:

Toda mi labor de los últimos años ha sido un combate para alcanzar *otros* ámbitos de libertad expresiva, partiendo en cada caso del suelo conquistado en el texto anterior, en pos de esa escritura suelta, descondicionada a que aspira llegar mi último libro. Este trabajo lento, penoso, difícil, visible a lo largo y lo ancho de mi trilogía, debe ser puesto entre paréntesis y dado por supuesto, desde el momento en que abordamos la lectura de la obra en marcha de Julián Ríos. (Goytisolo, 1985c:19)

Ese proyecto tenía en común con el del escritor barcelonés, además del énfasis en la materialidad de la escritura, una crítica al contexto cultural español y a su herencia. «Desde la adolescencia la literatura era algo prohibido que venía de Argentina»²⁸ (2008b:III), escribía Ríos refiriéndose a su adquisición de un ejemplar de *Rayuela*, recién publicada, en 1963. El escritor gallego ya había recreado literariamente en los años sesenta el espacio de opresión que se vivía en España en *Cortejo de sombras*, escrito en Madrid entre 1966 y 1968 pero publicado solo en 2007. Este relato —en que, en palabras del propio autor, se «sintetiza la atmósfera oprimente, deprimente y opresiva de aquellos años del franquismo» (Hermoso, 2008)— constituía la concreción de un primer proyecto literario que narraba el fin de Mortes, quien iba a Tamoga para morir ahogado. Al referirse a la costa de Tamoga, en su prólogo de 2007, Ríos recordaba que dicha costa «también fue muchas veces la de

28 Afirmaba Pere Gimferrer, refiriéndose a su propia formación lectora y al primer impulso mimético que tuvo de escribir poesía como Rubén Darío, con trece años, en 1958, en 1989: «La difusió de la literatura estrangera i, d'altra banda, el coneixement de llengües estrangeres eren molt escassos. La difusió depenia majoritàriament de la pervivència de llibres d'abans de la guerra o bé de la importació de llibres, principalment d'Argentina» (219). Y Sánchez Robayna respecto a sus tempranas lecturas poéticas: «Empecé a escribir poemas a mis catorce años. El azar, bajo la forma de las coincidencias felices, me permitió leer pronto —acaso demasiado pronto— a distintos poetas acerca de los cuales yo lo ignoraba entonces todo, incluso el hecho de que fueran poetas configuradores de la modernidad. En 1967 y 1968, en medio de las obligadas lecturas escolares, leí en ediciones argentinas que en esas fechas circulaban en España a Fernando Pessoa, St.-John Perse, Giuseppe Ungaretti, Ezra Pound» (1984b:187).

la muerte» (2007:11). Ahí afirmaba que se fue a vivir a Londres en 1969 para desaprender su idioma y su pasado, para «desprenderme de un país y de una atmósfera asfixiantes» a través de «la subversión del lenguaje» (9): «Quería sacarme toda esa jaula que me había encerrado. No era el país de Jauja que nos querían presentar: era el país de Jaula. Y ahí estabas deseando salir. Y si eras un Perico Cantor bien disciplinado que cantaba según mandan los cánones, obtenías honores, prebendas. Si no, eras un marginal» (Ríos en Hidalgo Nácher, 2018:18). Escribía el escritor gallego en su prólogo de 2007 a ese libro, encabalgando realidad y ficción:

Una madrugada de enero de 1970 en Londres (...) conocí a un taxista que resultó ser originario de Tamoga, o de un lugar muy parecido y cercano (...). Aquel taxista londinense, algunos años mayor que yo, intentaba reaprender su idioma y su pasado perdidos. Por el contrario, yo en Londres intentaba desaprenderlos, desprenderme de un país y de una atmósfera asfixiantes. El letrero de la estación de Tamoga —con dos letras desdibujadas— viene a indicar con toda propiedad: «Ahoga». Con la perspectiva del tiempo, que es el mejor mirador, puedo ver que trataba de alejarme entonces de una España que me olía a alcanfor, cuando no a chamusquina, y que me dolía sin duda menos que a Unamuno, cuya célebre frase es paraffaseada en farsa y traducida fielmente por el narrador de *Larva* con la exclamación «Spain pains me!». Y me parecía que la subversión del lenguaje era la mejor aspirina para el mal de los Pirineos. (Ríos, 2007:8–9)

En ese comienzo puede constatarse una conciencia de la privación. A partir de ahí, se hace posible pensar esa constelación internacional y cosmopolita que se proyectaba en «Espiral», y que abría nuevos rumbos para la literatura, como una respuesta eufórica a la melancolía patria y a una España que aparecía en la obra de Ríos como sinónimo de lo opresivo, lo estanco, lo muerto. ¿Cómo salir de Jaula? ¿Cómo hacer entrar en ella un poco de aire fresco, abriendo España tanto a la contemporaneidad como a su propio pasado? Ríos no estaba solo en esa empresa:

Sería cuando menos una simpleza creer que a la muerte de Franco, por aquello del Borbón y cuenta nueva..., aparece una nueva novela española como por generación o degeneración espontánea. El «cambio» de nuestra narrativa se produjo bastante antes, desde comienzos de los sesenta, por obra de algún francotirador como Luis Martín-Santos y gracias sobre todo al estímulo renovador de la novela hispanoamericana. (1995:95)

De Hispanoamérica venía, en efecto, *Rayuela*, que leyó en 1963 y que le ayudó —tal como dejó escrito— a «pasarme de la rayuela y salirme de mis

Castillas» (112). Sumándose a ellos, sería fundamental el ejemplo de Goytisolo quien, a partir de *Señas de identidad* (1966), había emprendido una derrota literaria que radicalizaría con *Reivindicación del conde don Julián* (1970) y *Juan sin Tierra* (1975). No bastaba con denunciar la realidad: había que atacar de raíz el lenguaje que la conformaba en un contexto en que el Dictador seguía «dictando el lenguaje de buena parte de nuestra novela, lastrada y castrada por plúmbeas retóricas» (Ríos, 1995:95). Explicaba el escritor gallego recientemente:

Los escritores que queríamos formarnos partíamos de un hándicap terrible. Arno Schmidt hizo un alzamiento del lenguaje que había podrido todo durante el nazismo. Si no vas a la raíz del problema, no comprendes que la mentalidad del español está conformada por ello. (Ríos, 2017)

Ríos profundizó así esta vía descentrando el foco. Si el ciclo novelístico de Goytisolo tenía en su centro, todavía, una *cierta melancolía* de España, Ríos privilegió en *Larva*, y tras el ciclo de *Tamoga*, un descentramiento productivo: pasaría así de la denuncia de una España mezquina y asfixiante a la afirmación de un *certero entusiasmo*. Cabría preguntarse si una diferencia fundamental entre Ríos y Benet, ligada al diferendo entre Faulkner y Joyce (del que puede leerse lo que opina Benet en el prólogo al libro de Stuart Gilbert citado en la bibliografía —1993—), no pasaría precisamente por una relación diferente con el pasado nacional y con el otro americano, cuestiones a las que se ha referido Catelli (2015a) en sus estudios sobre el escritor de *Volverás a Región*.

3.2.3.1.2. La operación *Larva* (1984)

Pese a su atraso, buena parte de nuestra crítica está compuesta de lectores apresurados.

Julián Ríos

De lo premoderno, sin transición, a lo postmoderno. Los idos que creen estar ya de vuelta, en esta guerra de las galaxias de McLuhan, prefieren entrar a saco en la nebulosa postmodernidad. En ese saco sin fondo —y sin forma— cabe todo: cualquier cosa, cualquier caos. No ser pre ni post, sino absolutamente moderno, como quería Rimbaud, he ahí la tarea. Cotidiana. Y el reto, nuevo cada día, sin retorno.

Julián Ríos

Larva. Babel de una noche de San Juan (Llibres del Mall) —fechada en 1983 pero presentada en las librerías en enero de 1984— supuso, acaso, la última gran batalla literaria de nuestro país. Ese *libro en marcha* recorrió la década de los setenta y se diseminó en una multiplicidad de revistas de diversos países: su primera entrega se dio en la revista *Plural*, en México, en octubre de 1973, siguió publicándose en *Espiral* (1978–1979) y en *Vuelta* (1980); y tuvo su última entrega en *Syntaxis*, en la primavera de 1983.²⁹

Ríos, como puede empezar a apreciarse en lo que hemos visto hasta ahora, forma parte de una constelación de autores que tienden a extraer el reconocimiento más de sus pares de otros países que del propio campo nacional. Modulando un tópico ya establecido en la historiografía española, la última historia de la literatura española, publicada en 2011, presentaba a Ríos como «el máximo exponente del experimentalismo tardío» y afirmaba que «*Larva* logró la aclimatación hispánica de un experimentalismo extremoso» (Gracia y Ródenas, 2011a:788–789), afirmaciones que traslucen no solo una descripción sino un juicio de valor negativo. Esa caracterización no es meramente puntual, sino que ilustra la difícil relación del hispanismo español con la modernidad literaria, algo que, por lo demás, ya se anunciaaba en la *operación Larva*.

El libro de Ríos se publicó en Llibres del Mall —«una pequeña editorial periférica y catalana» (Conte, 1985b:180) cuya principal dedicación era la publicación de libros de poesía en catalán, donde fueron muy importantes también las traducciones (Jané-Lligé, 2017)— por la intercesión de Sánchez Robayna, quien a su vez preparó con Gonzalo Díaz-Migoyo, de modo paralelo a la publicación de *Larva*, un volumen de textos críticos (*Palabras para Larva*), ya que «semejante experimentalismo narrativo necesitaba un cierto soporte crítico previo, una cierta contextualización, porque la novela no iba a ser recibida sino como una excentricidad o un puro capricho» (Sánchez Robayna, 2018b), tal como se hiciera mucho antes con el *Finnegans Wake* de Joyce en *Our Exagmination Round His Factification for Incamination of Work in Progress*, volumen divulgado en 1929 antes de la publicación en libro de la obra en marcha de Joyce.

29 El listado completo de publicaciones es el siguiente: *Plural*, nº 25, México, octubre 1973; «Liberaciones», *Espiral/Revistas 1*, Madrid, 1976, pp. 110–163; *Consenso*, vol. 1, nº 2, New Kensington, Pennsylvanie, noviembre 1977, pp. 3–17; «Avances», *Espiral/Revista 4*, Madrid, 1978, pp. 176–198; *Cuadernos Guadalimar*, nº 6, Madrid, 1978, pp. 33–38; *El Viejo Topo*, extra/6, Barcelona, 1979, pp. 46–53; «Erotismos», *Espiral/Revista 6*, Madrid, 1979, pp. 195–222; *La Moneda de Hierro*, nº 2, Madrid, otoño 1979, pp. 35–38; *Vuelta*, nº 43, México, junio 1980, pp. 26–30; *Jornada Literaria*, Santa Cruz de Tenerife, 21 de febrero 1981, p. 12; *Escandalar*, vol. 4, nº 3, New York, julio–septiembre 1981, pp. 27–31; *Eco*, nº 242, Bogotá, diciembre 1981, pp. 124–157; *Hueso Húmero*, nº 14, Lima, julio–septiembre 1982, pp. 53–79; *Syntaxis*, nº 21, Tenerife, primavera 1983. Listado extraído de la tesis doctoral de Stéphane Pagès (2000:483).

La publicación de *Larva* en libro supuso en 1984 un verdadero acontecimiento literario. Rafael Conte lo presentó como «el escándalo más pura y limpiamente literario de las últimas décadas» (1987:38) y Juan Goytisolo como el descubrimiento de un «territorio literario desconocido en nuestro idioma con anterioridad a ella y que ya no podrá ser ignorado después» (45). La publicación, en 1985, de *Palabras para Larva* pretendía promover y visibilizar el libro, así como contribuir a la comprensión de su originalidad. *Larva* proponía, entre otras cosas, una apertura de la literatura española a una cierta modernidad y, también, a una experiencia de *criollización* o *jergarización* del lenguaje que reintroducía en su lengua parte de los legados americanos, «convirtiendo la lengua pura en lengua mestiza» (Fuentes, 2007:23), al decir de Carlos Fuentes. Goytisolo se refería ya entonces a «una guerra o guerrilla de desgaste que, teniendo en cuenta la variedad de armas del enemigo —del silencio hostil al ataque, del elogio huero para salirse del paso a la forja de una imagen—espantajo de presunta *inaccesibilidad*—, puede prolongarse por espacio de varios lustros» (1985d:172). Para darle visibilidad y acompañamiento crítico, la antología crítica proponía un acercamiento plural al libro de Ríos. Haroldo de Campos, cuyo texto abría el volumen, trazaba una genealogía en que inscribía a Ríos en el linaje renovador del César Vallejo de *Trilce* (1922), del Vicente Huidobro de *Altanzor* (1931), del Oliverio Girondo de *En la mas-médula* (1956), del Julio Cortázar que, en *Rayuela* (1963), inventó el «glílico» y de *Tres tristes tigres* (1973) de Cabrera Infante. Andrés Sánchez Robayna ampliaba esa genealogía, tomando precisamente una expresión de Haroldo, a «la *posteridad mallarmeana*» (1985c:21), y otros autores destacaban la ascendencia de James Joyce («*Larva* puede ser saludada como una prolongación del intento de Joyce sobre el castellano» —Martínez Torró, 1985:53—), Arno Schmidt, Lawrence Sterne y Rabelais. Tanto este linaje latinoamericano —que tendría en Haroldo y sobre todo en Paz a dos figuras fundamentales para Ríos— como la asimilación productiva de ese legado literario se haría transitable para el escritor gallego, según Haroldo, gracias a «la insurrección desraigadora de Juan Goytisolo» (De Campos, 1985:14) que desembocaba en *Juan sin tierra* (1975), la cual «propone una verdadera “rebarbarización” del *decorum* castellano, carcomido por “un “habla” (*parole* secuestra, anti-normativa) afro-cubana» (14) y por el árabe. El gesto de escritura de Ríos —que Haroldo acompañaba desde 1973 y que consideraba solidario a las *Galáxias* que desde 1963 él mismo escribía— consistiría en «desenmascarar (en alemán, quitarse la máscara se dice “entlarven”) a la “neutralidad” y a la “pureza” de la lengua-madre» (16). En «un verdadero carnaval lingüístico» en el que «la página tipográfica se abría al grafismo» (Sánchez Robayna, 1985e:167) y el texto a la intertextualidad y al palimpsesto, «Ríos propone *otro* modo de

leer» (168), «haciendo retroceder así un paso más la presunta frontera burguesa de lo “ilisible”» y «postulando un internacionalismo cultural que se sitúa en las antípodas del protecciónismo literario español (ese legado putrefacto del limpia-fija-y da esplendor)» (Goytisolo, 1985c:20). *Larva* de Ríos se hacía legible como núcleo vacío desde la crisis de la representación («la máscara, o *larva*, es algo que (...) se hace pasar por rostro y se toma como tal, pero que por dentro está vacío», «de este sacrilegio de la antigua religión, nació la máscara en el sentido actual, es decir como engaño alrededor de algo que de hecho no existe», escribe Sarduy —1985:36–37—) y como «festín de los significantes» (Yurkiewich, 1985:97) —a través del «arte de la errata» que «singulariza» (117) las palabras—, y como forma embrionaria desde la proliferación del sentido (Díaz-Migoyo, 1985).

Desde entonces, *Larva* —un libro que, «como todo texto del cambio, presupone una biblioteca» (Ortega, 1985:125) y «actúa constantemente como memoria integral del español» (Yurkiewich, 1985:118)— ha permeado la literatura en lengua castellana, convirtiéndose en un clásico moderno, a pesar de haber recibido una atención menor dentro de la crítica universitaria española. Si ya es significativo que, de entre los críticos que participaron en *Palabras para Larva*, solo cinco sobre más de veinte fueran españoles residentes en España, otra muestra de ello es que en nuestro país no haya habido, hasta la fecha y por lo que sepamos, ninguna tesis doctoral consagrada íntegramente a Ríos.³⁰

Ahora bien, la consagración de este tipo de autores que desafían los cánones estéticos establecidos, como Ríos, suele ir ligada a un movimiento a medio plazo de ida y vuelta. En este sentido, apuntaba el escritor gallego: «Es lo que Goytisolo recordaba siempre que decía Kundera: hay el contexto y el gran contexto. La literatura española, como todas las literaturas, está llena de figurones, de grandes personajes, que fuera del ámbito nacional son perfectos desconocidos. Y hay otros escritores que no se miden en un espacio nacional, sino en un contexto más amplio» (Ríos en Hidalgo Nácher, 2018:23).

30 Solo nos consta, desde Francia, la pionera tesis de Stéphane Pagès, *Analyse du discours dans «Larva»* (1984) de Julián Ríos: *le jeu de l'écriture, le jeu du roman* (2000). En España, desde la Universidad de la Laguna, hay una tesis doctoral de Isabel Castells (1997), dirigida por Sánchez Robayna, sobre *Cervantes y la novela española contemporánea* en que le dedica su último capítulo. Confiamos en que la tesis doctoral sobre el escritor gallego que está llevando a cabo actualmente David Torrella Hoyos pueda contribuir a un mejor conocimiento de su obra y a señalar algunos de los puntos de fricción de su propuesta con el campo literario y crítico español. Igualmente, Amaury de Sart está concluyendo en estos momentos su tesis «*Larva* de Julián Ríos à l'épreuve du traduire. La traduction dans le roman, le roman en traductions», dirigida por Guy Rooryck y Ilse Logie en la Universidad de Gante. Por otro lado, a finales de 2021 se publicó un dossier extraordinario de la revista *Tropelías* sobre Julián Ríos con motivo de la reedición de *Larva*, coordinado por mí, Mario Martín Gijón y David Torrella Hoyos (2021d).

3.2.3.1.3. La gran tradición moderna

Julián Ríos, el ninguneado en España o Spanndereta, pero semilla creadora en otros ámbitos más vastos y fecundos que el nuestro, es el mejor ejemplo de una muy deseable guía para perplejos en la encrucijada literaria en la que nos hallamos.

Juan Goytisolo

Una obra literaria realmente nueva tiene que hacer lentamente su propio camino, y a sus propios lectores. He dicho repetidas veces que mi prosa no tiene prisa... (...). Al mismo tiempo que yo proponía, creo yo, una nueva forma de escribir, estaba promoviendo, en cierto modo, una nueva forma de leer.

Julián Ríos

El paso de los setenta a los ochenta supone en el campo literario e intelectual español, como ya hemos visto, el fin de una dinámica cultural de vanguardia. De hecho, el discurso de Ríos en relación con la vanguardia aparece modulado desde muy pronto. Ya escribía Rafael Conte en *Palabras para Larva*:

Naturalmente a Julián Ríos no le gusta la palabra vanguardia, no le gusta la palabra experimento, y a mí tampoco porque en esta historia reciente donde también hasta las vanguardias han estado de moda, y al final han sido recuperadas, utilizar estas palabras ya usadas, y gastadas, supone un peligro de confusión del cual quiere salir absolutamente indemne el propio Julián Ríos. Y yo deseo con él que salga, pero no conozco otras palabras que puedan sustituirlas. (1985a:115)

El problema que ahí surgía era que —coincidiendo con las transformaciones del campo cultural de la primera mitad de los ochenta y como constataba Conte— «la vanguardia ahora está en descrédito y ya no está de moda y es difícil» (115). De ese modo, más que la vanguardia —y sin dejar de recordar que cuando a un escritor lo critican por ser experimental o de vanguardia «lo hace gente que no se considera de retaguardia»—, Ríos reivindicaba, introduciendo un nuevo pliegue más amplio del que también formaría parte la vanguardia, la gran tradición moderna de la literatura:

Me considero un escritor plural. Casi siempre me encasillan como el autor de *Larva*, cosa que asumo encantado pero es como si mi obra se redujera al juego lingüístico cuando tiene otras vertientes. Cuando a uno le llaman vanguardista

o experimental (he llegado a decir: «Sí, experimental como Cervantes»),³¹ suele asegurarlo gente que no admite estar retrasada, en retaguardia. Sin embargo, yo reclamo que vengo de una tradición central de la literatura. (Ríos en Hidalgo Nácher, 2018:23)

Esto ya lo afirmaba, por lo demás, cuarenta años antes, en 1977, cuando —preguntado si luego de *Larva* no sería posible ya escribir literatura— afirmaba:

La literatura se hace en un terreno movedizo y a veces lo que en principio parecía el más allá se queda en retrógrado más acá. Es difícil saber qué es el más allá en literatura, pese a los esfuerzos casi escatológicos de algunos teorizantes. Yo, por lo menos, estoy metido tan de lleno en lo que escribo, como un liliputiense en Brobdingnag, que me falta perspectiva para juzgar... Y ni que decir tiene que les dejo todos los caminos a todos. Y, por mi parte, espero cometer otras novelas muy distintas más adelante. En este sentido, puedo decir que la preparación de *Larva* ha ido aplazando la revisión final de dos libros míos muy distintos, y, en apariencia, mucho más *tradicionales*. (Ríos en Parra, 1977)

Esas palabras de Ríos han quedado confirmadas por su obra posterior, en la que —además de sus escritos sobre o a partir de la pintura, como *Impresiones de Kitaj (la novela pintada)* (Mondadori, 1989) o *Las tentaciones de Saura* (Mondadori, 1991), o su joyceana introducción a la *Casa Ulises* (Seix Barral, 2003)— ha explorado una serie de escrituras que van desde la crítica-ficción de *La vida sexual de las palabras* (Mondadori, 1991) a las trepidantes narraciones breves de *Sombreros para Alicia* (Seix Barral, 1993) y *Nuevos sombreros para Alicia* (Seix Barral, 2001) —en que el sombrero loco ofrece a Alicia y a los lectores un sombrero tras otro, tras un relato otro relato—, pasando por la pasión alfabética y literal de *Amores que atan* (Seix Barral, 1995) o por la más reciente *Puente de Alma* (Gutenberg, 2009), una novela aparentemente realista atravesada por metempsicosis que toma como motivo la muerte de Lady Di.

Con todo ello, Ríos se inscribe explícitamente —como, por lo demás, ya puede verse en el *paideuma* que va tejiéndose en su *Solo a dos voces con Paz* (1973)— en una gran tradición moderna sobre la que volverá en *Quijote e hijos* (2008), y que implicaría, en la sociedad contrarreformista de la Mancha de comienzos del siglo XVII, la posibilidad de *lo nuevo*. Algo que, como mostraba *El Quijote*, bien podría surgir en el intervalo que separa a la letra de lo leído. Ríos volvería sobre esa tradición reconociendo que, «cuando Cer-

31 Por ejemplo, en A.M., «Julián Ríos, experimental como Cervantes», *Público*, 25 de mayo de 2009 (www.publico.es/actualidad/julian-rios-experimental-cervantes.html).

vantes funda la novela moderna con *Don Quijote* y establece lo que se podría llamar el “principio de incertidumbre”, la lectura de aventuras implicará también las aventuras de la lectura», tal como sostiene en «La aventura de leer» (1995:49).

Ahora bien, como explicará en *Quijote e hijos*, los principales continuadores de don Quijote estuvieron *al otro lado del canal de la Mancha*. Fue, pues, la novela inglesa, y especialmente Laurence Sterne (quien «explora, por primera vez en el mundo occidental, el nuevo espacio que es la página» —Ríos, 2008a:24—), la que recogió el legado del caballero «escapado del naufragio para salir del Ebro al orbe entero, dejando atrás a España sola o mal acompañada durante —se dice pronto— casi tres siglos» (16–17). Como afirmaba Ríos en *Álbum de Babel* refiriéndose a ese lapso, «ningún escritor es profeta o profeta, que dirían los esperantistas, en su lengua materna. Hubo que esperar casi tres siglos y medio, hasta la aparición de *Tiempo de silencio* (1962), de Luis Martín-Santos, para que el fantasma del caballero de la Triste Figura, curiosamente de la mano de James Joyce, viniera a rondar por su tierra» (Ríos, 1995:189–190). De ese modo, a Cervantes no se le encontraría en la tradición patrimonial y tradicionalista que pobló España de sus estatuas, sino en un viaje de ida y vuelta por los mares plurales de la literatura en otras lenguas y geografías. Ríos se volvería sobre esa tradición moderna que concibe la escritura como exploración y como exceso para construir con ella su propio *paideuma* personal que, incluyendo a Rabelais («fundador de un lenguaje pantagruélico que mezcla los códigos, mezcla el lenguaje más alto con el más bajo» —en Gazarian Gautier, 1991:23—) y a Burton, desembocaría en Joyce, Schmidt y Guimarães Rosa. Afirmaba en 1991 en *Quimera* respecto a Rabelais, Cervantes y Sterne:

Estos tres autores son los fundadores de mi tradición. O más bien fundidores y refundidores de una tradición que se remonta a *El asno de oro* de Apuleyo o a las sátiras menipeas. Por eso, cuando los críticos hablan de vanguardia, experimentalismo, o de otros términos igualmente vagos, como para echármelos en cara, digo que me parece muy bien, pero siempre y cuando tengan en cuenta que yo vengo de una tradición o «contradicción» tan antigua como la de la novela convencional. (23–24)

Esa relación literaria partiría de la constatación de que toda lectura es ya, relectura; y de que, por lo tanto, para leer hay que releer. La lectura dejaría entonces de ser el reconocimiento de un sentido depositado por una autoridad previa —cuyo acceso tendría que estar mediado, por lo tanto, por instituciones, tal como mostraba el cura del *Quijote*— para convertirse en una

imprevisible aventura de descubrimiento. Así, lectura y escritura pasaban a comunicar entre sí como las dos caras indistinguibles de una misma cinta de Moebius en la que bien podrían estamparse estos dos fragmentos de *Larva*:

El que escribe, lee dos veces. Y el que lee dos veces, escribe... (Ríos, 1983:86)
En el fin de la escritura, empieza el infinito de la lectura. (116)

Por todo ello, la literatura no sería ni podría ser de ningún modo simplemente una actividad intelectual, ni una práctica autónoma sin por lo tanto relación con lo que no fuera ella, sino una experiencia sensible capaz de modificar radicalmente la percepción, el pensamiento y los regímenes de sensibilidad:

Si la novela, tal como la entendemos como el acto solitario de lectura, desaparece, será como si el ser humano perdiera uno de sus sentidos: una facultad sensual de aprehender el mundo. Como si fuera incapaz de saborear un plato porque ha perdido las papillas gustativas por una mutación vírica; o como si hubiera perdido el oído y no pudiera oír una composición de Bach o de Mozart. En la gran literatura la sensualidad del ser humano participa plenamente. No es solo una aventura intelectual ni un simple entretenimiento, sino también una forma más de gozar de la vida. Y eso a veces no se tiene en cuenta. Es lo que pasa con tantos *best-sellers* y el producto editorial, que es en realidad un surimi, un sucedáneo, un *ersatz*. Los historiadores del futuro tendrán que moverse como arqueólogos entre montones de libros para encontrar el ejemplar de la verdadera literatura. Porque, hoy en día, abundan los libros del montón: literatura comercial que dura unas pocas semanas. Y es sustituida por otra muy parecida que tiene también los días contados. Esa producción masiva e invasiva es la que, en realidad, destruye la literatura. Son los libros los que destruyen los verdaderos libros, pues hoy, si el libro no funciona inmediatamente, se destruye. Los textos son exterminados incluso por el propio editor, que se ha convertido en una especie de texterminador. (Ríos en Hidalgo Nácher, 2018:25).

En estas declaraciones se observa la conciencia, a la que ya nos hemos referido y sobre la que en seguida volveremos, de la condición insular de la literatura la cual, en el siglo XXI, no puede pensarse sin unas condiciones comerciales que llevan, efectivamente, a la destrucción de los libros por parte de los propios editores. Un caso sonado, fruto de uno de los procesos de concentración empresarial presentados anteriormente, es el reciente cierre —y anuncio de destrucción de ejemplares— por parte de la editorial Planeta de la colección de obras completas de Círculo de Lectores, en la que se incluyen hasta el día de hoy las de Juan Goytisolo, García Lorca, Gómez de

la Serna, Francisco Ayala, Mario Vargas Llosa, Carmen Martín Gaite, María Zambrano, Julio Cortázar, Vázquez Montalbán, Eugenio Trías, Octavio Paz o José Ángel Valente, pero también de Kafka, Canetti y Nabokov. Dicha colección, creada a mediados de los noventa por Hans Meinke, cuando Círculo de Lectores pertenecía al grupo Bertelsmann, es claramente canonizadora y ha tenido uno de sus modelos en las ediciones de «La Pléiade» de Gallimard. En ella iba a publicar Ríos el conjunto de su obra («ahora que se va a publicar toda mi obra en Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, será una forma de comprobar de dónde vengo y adónde voy», afirmaba en 2008 —Coca, 2008—). Sin embargo, Círculo de Lectores pasó en 2011 a manos de Planeta, que quedó en posesión de 13 autores de la colección, y Galaxia Gutenberg pasó a estar dirigido por Joan Tarrida, que quedó en posesión de los otros 18 autores publicados hasta la fecha, y ha seguido editando volúmenes de la misma (Ruiz Mantilla y Geli, 2019). Cabe suponer que ese percance editorial es el principal responsable de que, desde 2009, cuando se publicó *Puente de alma*, haya cesado la reedición de sus obras, lo que, sin embargo, no impide que la obra de Ríos siga proyectándose hacia el porvenir y hacia un anunciado *Auto de Fénix*.

3.2.3.2. Andrés Sánchez Robayna: *Syntaxis* (1983–1993) y la condición insular

En paralelo a la labor editorial y literaria de Ríos, conviene que nos ocupemos del trabajo crítico y poético llevado a cabo por Andrés Sánchez Robayna, quien fundará en 1983, en Canarias, la revista *Syntaxis*, que durante diez años será un importante núcleo de irradiación de poéticas contemporáneas.

Robayna estudió Filología en la Universidad de Barcelona entre 1972 y 1977, años de los que destaca, retrospectivamente, una formación que «se hizo más amplia de lo que nunca pude imaginar y se enriqueció de una manera por completo insospechada» y de la que resultaría «la casi ilimitada apertura de horizontes entonces conocida» (febrero de 1977, en 2002:80–81). Esa apertura se dio, por supuesto, a través de las lecturas, pero también del contacto con escritores e intelectuales, no solo españoles, sino también de otros países. Entre esos contactos, son especialmente importantes dos entre los latinoamericanos: el poeta canario conoció a Octavio Paz en 1974 —de quien destaca, entre otros aspectos, la lectura de *El arco y la lira* y «la lección moderna del poema crítico» (Sánchez Robayna, 1984b:189) en él contenida— y estableció contacto con Haroldo de Campos en 1977. De Haroldo será importante para Sánchez Robayna tanto su poesía como su teoría y práctica de la traducción, que aparece ya en su ensayo seminal «Da tradução como

criación e como crítica», un texto–manifiesto escrito en 1962 y publicado en 1963, posteriormente recogido en *Metalínguagem* (São Paulo, Cultrix, 1976), en el que proponía la construcción de una teoría de la traducción poética al servicio de la creación partiendo de un modelo teórico inspirado en Max Bense y de una tradición poética heredera de Pound. Bense distinguía entre tres tipos de información: documental, semántica y estética. Frente a las dos primeras, que se caracterizarían por poder codificarse y transmitirse de diversos modos, la información estética sería frágil, dado que estaría asociada a la propia forma de transmisión («a informação estética não pode ser codificada senão pela forma em que foi transmitida pelo artista» —De Campos, 1963:166—). De donde se extraería («em princípio») el postulado de intraducibilidad del texto estético. Con esa inversión, Haroldo planteaba un proyecto: «Admitida a tese da impossibilidade em princípio da tradução de textos criativos, parece-nos que esta engendra o corolário da possibilidade, também em princípio, da recriação desses textos» (167). La traducción de los mensajes estéticos estaba asociada tanto a la traducción del contenido semántico como a la recreación de su forma: a la construcción de una «relação de isomorfia». De ese modo, «para nós, tradução de textos criativos será sempre recriação, ou criação paralela, autônoma porém recíproca. Quanto mais incômodo de dificuldades esse texto, mais recriável, mais sedutor enquanto possibilidade aberta de recriação» (167). El paradigma de ese tipo de traducción–recreación lo encontraba en Pound, con quien sostenía que la tarea del traductor es la configuración de una tradición activa en el presente (176). Haroldo se refería ahí a su convicción

da impossibilidade do ensino de literatura, em especial de poesia (e de prosa a ela equiparável pela pesquisa formal), sem que se coloque o problema da amostragem e da crítica via tradução. Sendo universal o patrimônio literário, não se poderá pensar no ensino estanque duma literatura. Ora, nenhum trabalho teórico sobre problemas de poesia, nenhuma estética da poesia será válida como pedagogia ativa se não exibir imediatamente os materiais a que se refere, os padrões criativos (textos) que tem em mira. (178)

De ese modo, planteaba la imposibilidad de estudiar la literatura sin estudiar la traducción creativa, convicción de la que derivaba un proyecto de colaboración entre poetas y lingüistas que tendría que realizarse en un laboratorio de textos, poniendo de ese modo la crítica al servicio de la creación.

La importancia del artículo radica en que de él derivará en gran medida el Taller de Traducción Literaria creado por el poeta canario, seminario permanente que, los martes de cada semana, se reúne desde 1995 y hasta el día de

hoy en la Universidad de la Laguna, en el cual han traducido poesía, teatro, ensayo y narrativa y que, en palabras del propio Sánchez Robayna, «fue saludado en su momento por Haroldo con la mayor simpatía, porque de hecho en el Taller yo ponía en práctica muchas cosas que había aprendido de él» (Sánchez Robayna, 2018b). A partir de ese taller de traducción colectiva y colaborativa —que publica también un *Boletín del Taller de Traducción*— se han publicado una treintena de libros sueltos de traducciones de autores y muestrarios de poesía moderna.

La amistad del poeta brasileño y del canario se prolongó hasta la muerte del primero. Tres años antes de ella, en agosto de 2000, escribía:

Haroldo está entregado desde hace años a una literalmente asombrosa devoración de lenguas y de culturas —en la estela de Pound, es cierto, pero llevando aún más lejos su exploración, a mi juicio—, una devoración en la que el trabajo del poeta crítico (del poeta-pensador) se vuelve una tarea de hondo significado filosófico, un trabajo doblemente significativo en la época de los neo-nacionalismos y los particularismos polémicos: buena parte de las lenguas europeas, pero también el ruso, el japonés, el hebreo, etcétera, y sus tradiciones culturales (...). De pocas cosas, en verdad, me gustaría ser más digno que del inagotable magisterio de esta obra. (Sánchez Robayna, 2002:313–314)

La labor del poeta canario —a quien *Tropelías* dedicó en su número 29 un dossier coordinado por Claire Laguian y titulado «No digas, pues, que un nombre es solo un nombre: Andrés Sánchez Robayna y su obra» (2008)— recorre múltiples ámbitos, entre los que se incluyen la crítica artística, el trabajo editorial, la poesía, la escritura diarística y la traducción poética. El crítico se ha dedicado también al gongorismo desde sus *Tres estudios sobre Góngora* (Llibres del Mall, 1983) hasta el presente, con la publicación en 2018 de *Nuevas cuestiones gongorinas (Góngora y el gongorismo)* (Biblioteca Nueva), donde señala que «el enfoque esencialmente nacional desde el que se ha abordado en España, hasta el presente, la producción del poeta cordobés ha impedido ver su considerable repercusión tanto en Europa como en América, lo mismo en el siglo XVII que en épocas posteriores» (Sánchez Robayna, 2018a:16). En otro ámbito de cosas, *La luz negra. Ensayos y notas (1974–1984)* (Júcar, 1985) es un libro representativo de la diversidad de intereses del autor, que ahí se ocupaba principalmente de poesía, pintura y traducción, y donde mostraba una asimilación reposada de las perspectivas del textualismo y de los planteamientos de autores como Blanchot, Barthes y Derrida, pero también de Mallarmé, Lezama Lima y María Zambrano, los cuales nutren su propia poética. Así, en un texto de título mallarmeano («Leer, esa prácti-

ca»), remitía a Derrida para sostener que, en la contemporaneidad, gracias a «una superconciencia de la materialidad del signo», «*leer equivale a escribir*» (1985d:121) en un tipo de lectura que es en sí misma, como afirma en otro lugar, (re)«escritura del texto del mundo» (1985a:125).

Por lo demás, junto a su labor crítica y poética, Sánchez Robayna llevará a cabo un importante trabajo de editor de revistas y, antes de *Syntaxis* —la revista que aquí nos interesa especialmente—, ya editó otra de existencia fugaz en Barcelona, *Literradura*, de la que a continuación nos ocuparemos.

3.2.3.2.1. *Literradura* (1976)

La revista *Literradura*, editada en la Universidad de Barcelona con ayuda de la propia universidad por Sánchez Robayna en 1976, cuando el escritor hacía la tesis con José Manuel Blecua, consta de seis volúmenes dobles (doce números) de unas treinta páginas y formato cuarto, con una impresión de 300 ejemplares numerados por volumen. El primero de ellos es un homenaje a Juan Hidalgo. En la revista, que se presentaba como una plataforma de la neovanguardia en que convivía la crítica con la creación, se aprecia un gran interés por la pintura. El número 2/3 (febrero–marzo 1976) arrancaba con un prólogo en el que, citando a Blanchot, se trazaba una genealogía: «Desde Mallarmé somos conscientes de la ausencia y el silencio de una palabra que nombra lo vacío, esto es, que se nombra a sí misma» (*Literradura*, 1976a:3). Pere Gimferrer, por su parte, publicaba «Sobre Novalis», traducción de Antoni Tàpies de su prólogo a los *Himnes a la nit*, que iba a ser publicado poco después en *Llibres del Mall* (1976b). El nº 4/5 (abril–mayo 1976) era un homenaje a Joan Brossa, y en el 6/7 (julio–agosto 1976) Sánchez Robayna traducía fragmentos de «Para una tumba de Anatole», de Mallarmé, y se publicaba «Quince ventanas a los dibujos de Michaux» de Max Bense. El nº 9/10 (septiembre–octubre 1976) estaba «ofrecido a Octavio Paz», y en él Pere Gimferrer escribía sobre *El mono gramático* (Seix Barral, 1974):

Escrito en 1970, publicado por primera vez en traducción francesa en 1972 y ahora finalmente en su texto original castellano (...). Cuando aparece *El mono gramático* la problemática ha cambiado. El surrealismo sigue teniendo un papel esencial, pero otras solicitudes no revisten menos importancia: los problemas del texto y el lenguaje como medio de conocimiento —desde Mallarmé hasta la fenomenología y la moderna lingüística— (y, por supuesto, el conocimiento del propio lenguaje). (1976a:8)

Ahí Gimferrer presentaba la novedad de *El mono gramático* asociándola a la crisis de los géneros y a una genealogía de la poesía moderna:

Desde Villon o Jorge Manrique, la gran poesía lírica occidental es monólogo. En nuestro siglo este monólogo se bifurca: en Pound, en Eliot, en Saint-John Perse, en el Juan Ramón Jiménez de *Espacio* surgen diversas voces hablantes, o más bien diversas zonas de una misma conciencia, mantenidas anteriormente en una cohesión ficticia —la impuesta por las leyes de la gramática y la retórica— irrumpen a un tiempo en el discurso. En algunos poetas hay aspectos de este tema que llegan a convertirse en capitales: los heterónimos de Machado y Pessoa, o, en otro orden, la «crisis de la idea de personalidad» que Gabriel Ferrater señala en J.V. Foix o los poemas dialogados del último Aleixandre. Una disagregación análoga aparece en la novela: en la literatura castellana, libros como *Don Julián*, *Recuento*, *Cambio de Piel* o *Tres tristes tigres* —con las diferencias que deban señalarse entre ellos— coinciden en este sentido. También la novela era monólogo, el del narrador impersonal. Ahora es, más que diálogo, monólogo múltiple. Se ha desvanecido la ficción del hablante único, la del texto unívoco —y con ella la de los géneros literarios, que se sustentaba en una acotación y demarcación de las posibilidades expresivas y semánticas. En cierto modo, cuanto se escribe hoy desde la vanguardia pertenece en verdad a un solo género: todo es poesía, y las mismas artes plásticas confluyen por ello con mayor profundidad con los verdaderos textos creativos. (9)

Este fragmento citado responde a la actitud sostenida por la revista respecto a la crítica y la creación, la cual será continuada y profundizada por *Syn-taxis* (1983–1993), la siguiente revista de Sánchez Robayna (que, por cierto, recuperará esta reseña de Gimferrer en su número 9, «Ofrecido a Octavio Paz», de septiembre–octubre de 1986). Gimferrer, interesado en colocar en primer plano el linaje rimbaudiano, afirmaba: «*El mono gramático* es uno de los pocos libros poéticos de los últimos decenios que nos devuelven aquello que experimentamos ante las *Illuminations*: la confrontación originaria con el material verbal y con la esfera de lo trascendente» (16). De ese modo, en la tradición moderna se revelaría la unidad profunda de la literatura y la crítica, la cual supondría la continuidad entre lectura y escritura: «Una escritura reflexiva y una lectura activa. *El mono gramático* es una operación poética que desemboca en una operación crítica, o una operación crítica que se abre a lo poético. Un texto multidimensional; también un texto único» (17). Como se ve, esos planteamientos radicaban en una incorporación práctica de las contemporáneas teorías de la escritura. En esa misma línea, Sánchez Robayna le dedicaba a Paz «El ser del lenguaje», un artículo en el que cita-

ba a Jakobson y a Barthes para concluir: «Frontera exacta: el lenguaje funda aquí al hombre; el hombre es una latitud del lenguaje, en el que descubre su identidad vacía, la sustancia de todo conocimiento» (*Literradura*, 1976a:22).

El número 11/12 (noviembre–diciembre 1976), dedicado a Juan Ramón Masoliver, arrancaba su prólogo con estas palabras de inequívoco sabor barthesiano:

El lector tiene en sus manos el número final de *Literradura*. Lo que ha sido hasta aquí ha operado para nosotros con el sentido de un paréntesis. *Literradura* es, así, un registro posiblemente fidedigno de cuanto ocurre en algún lado de una práctica que se postula en los términos de una *significación* (una iridiscencia en lo *vacío* de una práctica, un placer, una producción sensual). (*Literradura*, 1976b:3)

La multiplicidad de propuestas de la revista convergía en un centro común: *el texto del mundo*,³² esa textualidad y legibilidad de las cosas que será fundamental en la poética de Sánchez Robayna. Esta revista, y las redes que la subtendían y que continuarán desplegándose en *Syntaxis* (1983–1993), fueron uno de los principales núcleos españoles en que entraron en contacto las modernas teorías del lenguaje y del texto con la creación poética moderna y de vanguardia.

3.2.3.2.2. El texto del mundo y los archipiélagos de *Syntaxis* (1983–1993)

Construir la propia tradición: eso fue, en gran medida, el empeño explícito de *Syntaxis* y la inspiración de su sumario.

José-Carlos Mainer

Syntaxis, dirigida por Sánchez Robayna, con Miguel Martinon como secretario de redacción, y subvencionada por el Aula de Cultura del Cabildo Insular de Tenerife, publicará 31 números entre 1983 y 1993 (Domínguez Ferrer, 2014:272),³³ con una tirada fija de 1500 ejemplares. La condición insu-

32 «Que la orientación es, pues, múltiple, queda evidenciado desde el momento en que desde estas páginas han podido emitirse los zigzagueos, las intermitencias, las señales del farero sobre un tejido plural, una diversificada práctica: *el texto del mundo*, que recibe aquí y allá las señales luminosas descubriendo los lugares de un ajedrez» (*Literradura*, 1976b:3).

33 «En la primavera de 1983, a partir del número 2, aparece un Consejo Asesor formado por Haroldo de Campos, Fernando Castro, Eduardo Milán, Julián Ríos y Jacques Roubaud. En la primavera–otoño de 1985, a partir del número 8/9, se incorpora al Consejo Nilo Palenzuela, y a partir del número 15, en el otoño de 1987, se crea un Consejo de Colaboración formado por Ferdinand Arnold, Fernando Castro, José Herrera, Nilo Palenzuela, Luis Palmero y Pedro Tayó; este Consejo continúa hasta el final de la publicación, en el número 30/31 (otoño de 1992–invierno 1993), a

lar de la revista, a modo de puente entre España y Latinoamérica, es algo que no dejará de reivindicar su director, que promovió, a través de ella, modos de la poética y de la crítica propiamente modernos. Como ha afirmado González Echevarría, «*Syntaxis* surge a medio camino entre España e Hispanoamérica; no es española ni americana, sino ambas cosas» (2014:35). En ese sentido, se entiende por qué Sánchez Robayna presenta como uno de los precedentes de *Syntaxis* a la *Revista de cultura brasileña*, dirigida por Ángel Crespo entre 1962 y 1970, en tanto supuso una apertura de la cultura española a la brasileña y un espacio de contacto de la crítica y de la creación (Sánchez Robayna, 2018b).

La revista se dotó, a partir de su segundo número, de un Consejo Asesor formado por Haroldo de Campos, Fernando Castro, Eduardo Milán, Julián Ríos y Jacques Roubaud. En la primavera–otoño de 1985, a partir del número 8/9, se incorporó Nilo Palenzuela y, a partir del número 15, en el otoño de 1987, se creó un Consejo de Colaboración formado por Ferdinand Arnold, Fernando Castro, José Herrera, Nilo Palenzuela, Luis Palmero y Pedro Tayó. La revista no sufriría más cambios hasta su último número, el 30/31 (otoño de 1992– invierno 1993), en el que ya no aparece el nombre de Fernando Castro (Domínguez Ferrer, 2014:272–273). Por otro lado, a pesar de no figurar en el Consejo Asesor, Juan Goytisolo tuvo desde muy pronto una presencia fundamental como asesor de la revista. Así presenta Sánchez Robayna *Syntaxis* y su modo de funcionamiento, en que destaca precisamente el modo en que sirvió a la creación de redes internacionales, poniendo en contacto y disponiendo en el espacio común de las páginas de la revista a autores anteriormente separados:

Juan Goytisolo, por ejemplo, estuvo siempre muy cerca de nosotros, nos comunicó con Edmond El Maleh, con Adelwahab Meddeb, con Abdelfatah Kilito y otros escritores magrebíes, muy presentes todos en la revista. El pintor Ràfols-Casamada, por su parte, nos trajo a Luis-Pérez Oramas, de quien ya hemos hablado. No son sino dos ejemplos de autores «externos», pero de gran relevancia en los contenidos de *Syntaxis*. Lo mismo podría decir de Severo Sarduy, otro gran animador. Luego, asesores como Haroldo de Campos o Julián Ríos trajeron a otros tantos colaboradores. Se creó una especie de red, de entramado internacional. Cada encuentro con ellos, en Madrid, en París, en São Paulo, lo mismo que con las cartas, significaba nuevos contactos, nuevas colaboraciones. En São Paulo, por ejemplo, Haroldo me presentó a Décio Pignatari, que colaboró en

excepción de Fernando Castro, cuyo nombre no figura en este último número» (Domínguez Ferrer, 2014:273). A partir de un cierto momento, Juan Goytisolo tendrá también mucha presencia en la revista como asesor, a pesar de no figurar en el Consejo Asesor (Sánchez Robayna, 2018b).

el número 19. Julián Ríos trajo a Kitaj, a Jonathan Williams, al poeta y también legendario editor James Laughlin... (en Krawietz, 2014a:49)

El editorial del primer número —en el que participaron Sánchez Robayna, Fernando Castro, Julio Ortega, Haroldo de Campos, Jiri Padra, Miguel Martinon y Alberto Pimenta—, titulado «La sintaxis y el árbol», arrancaba dando cuenta del nombre de la revista: «*Sintaxis*: “acción de disponer conjuntamente”. Se “dispone conjuntamente” un grupo de palabras, un texto; o un grupo de textos, un libro. Una revista es, del mismo modo, una conjunción, una sintaxis. Pero se trata, ahora de una ordenación de la diversidad» (3). «Una revista», afirma Sánchez Robayna, «es una poética. Tiene que tener ciertos principios de estructuración. Cada número tiene que estar tan bien trabado como un soneto. De ahí la idea del título: *Syntaxis* pretendía hacer converger diversos horizontes en el espacio de una revista» (Sánchez Robayna, 2018b). Cabe señalar, por lo demás, la alusión a Mallarmé, quien gustaba de decir: «Je suis un syntaxier». Y, como señala el propio Sánchez Robayna, «la y griega venía a ser la variante específica de nuestra revista, su marca peculiar, su “*différence*”» (en Krawietz, 2014a:45). Esa ordenación de la diversidad, esta convergencia de horizontes, era en sí misma, en la línea de Haroldo de Campos y de Pound, crítica, y perseguía la incorporación de lo mejor de la literatura y la crítica moderna al corpus y la perspectiva españolas. Es significativo, en ese sentido, que más de la mitad de los artículos publicados en la revista fueran traducciones del francés, el inglés o el portugués (Domínguez Ferrer, 2014:278). Así explicaba el poeta canario la necesidad de crear la revista:

Desde finales de la década de 1970 yo estaba interesado en hacer una revista en la que proponer ideas y planteamientos nuevos en relación con el medio español del momento, un medio que me dejaba muy insatisfecho. Una falsa modernidad, puramente epidémica, estaba instalada entre nosotros en aquella época, sobre todo en la creación literaria, y ofrecía una versión absolutamente deformada y mediocre de los grandes hitos del pensamiento y del arte modernos. Recuerdo que un poeta «novísimo» aseguraba que Pound «ya había sido superado en España». Frivolidades de ese tipo eran bastante comunes entonces. Es verdad que, junto a eso, había algunas excepciones, pero estaban marginadas o aisladas. Se trataba de comunicarse con ellas y de combatir por un espacio creador riguroso, y rigurosamente moderno. Se trataba también de ir a las fuentes, a las grandes referencias estéticas, filosóficas y críticas, algunas de las cuales resultaban desconocidas en el medio español. (en Krawietz, 2014a:47)

Se trataba, en fin, de abrir un espacio a la creación literaria contemporánea al tiempo que se daba forma a una tradición que no coincide de ningún modo con un tradicionalismo al cual se oponía de hecho (Sánchez Robayna, 1986:29–30; 1999:157–160). Así, sostenía Sánchez Robayna en los ochenta, refiriéndose a una modernidad que tendría dos siglos y remitiendo a *Los hijos del limo* (1974) de Paz: «En este largo período, la discontinuidad o la ruptura, o si se quiere, la “nueva” relación que el tiempo presente establece con respecto a la tradición, ha sido, ella misma, una tradición. Es lo que Octavio Paz ha llamado la *tradición de la ruptura* y Habermas la *tradición moderna*» (1986:29; 1999:158). Retomando la idea de Pound y de Haroldo de Campos según la cual el gesto crítico arranca con una elección (De Campos, 1968:197), continuaba:

En el seno, así pues, de la idea de *ruptura* se ha forjado, paradójicamente, la idea de *tradición*; mejor dicho, una nueva idea de tradición (...). La construcción del presente necesita contar con la tradición de un modo selectivo; es más: el presente se ve definido por la *elección*. Esto no quiere decir que no subsista una idea negativa de tradición, pero esta no se llama ya tradición, sino *tradicionalismo*: un modo institucionalizado, regresivo, inmovilista, de entender la tradición, de interpretarla como continuidad de unos supuestos valores eternos; un modo, el tradicionalismo, de inmovilidad, opuesto a los valores de cambios y evolución propugnados por la modernidad. (Sánchez Robayna, 1986:30; con variantes en 1999:158–159)

Ahora bien, la coyuntura local, como recogía el editorial del primer número de *Syntaxis*, estaría marcada por la propia historia del país y por un salto brusco de lo premoderno a lo posmoderno sin haber tenido propiamente una modernidad:

Syntaxis se propone, en esa diversidad, un objetivo esencial. Del lado de Jürgen Habermas, que ha hablado de una «modernidad inconclusa», *Syntaxis* quiere detenerse en el significado de esa inconclusión, no solo en la creencia de que, en el ámbito hispánico, la llamada *post-modernidad* es idea que nos enfrenta a una violenta paradoja (sobre todo cuando, como en España, es hecha coincidir con un neoclasicismo caprichoso, acrítico, en todo caso ciertamente «pre-moderno»), sino también en el convencimiento de que lo *post-moderno* así entendido suele ser no menos injustificado pretexto para una negación de la historia. (*Syntaxis*, 1983:3)

La revista publicará, de hecho, diversos artículos sobre el tema. Así, el número 5 (primavera 1984) —que también incluía la reseña de *The Anti-Aesthetic: Essays on Postmodern Culture* (Bay Press, Port Townsend, Washington, 1983) de Hal Foster (ed.), a cargo de Ruth Rosengarten («Salvar la modernidad»)— se abría con «Algo más sobre la melancolía postmoderna», artículo de Sánchez Robayna contra el clima posmoderno que decretaba que «ha fracasado lo moderno mismo» (1984a:3): «Se trata del retorno de un concreto pasado, de un *cierto* pasado, a través de una actitud negadora de las más radicales propuestas modernas (...). Han entrado en crisis, o se pretende que han entrado en crisis, del mismo modo, la estética y la ética de las vanguardias» (4). Igualmente, el número 27/28 incluía un artículo de Ana Nuño (1992:24–37) que trataba críticamente el tema de la posmodernidad.

Cabe mencionar que el 22 y el 23 de junio de 1990 se celebró en Royaumont un encuentro sobre *Syntaxis* del que dio cuenta Miguel Martinon en la propia revista (1990), y en el que participaron —junto a Martinon y Sánchez Robayna— Jenaro Talens, Justo Navarro, Claude Esteban y Severo Sarduy. El encuentro se cerró con un recital poético bilingüe —es decir, con la recitación de los poemas en su lengua original y en la traducción— a cargo de Sánchez Robayna, Jacques Ancet, Martinon, Claude Esteban, Manuel Padorno, Talens, Emmanuel Hocquard, John Taggart y Pierre Alféri (Domínguez Ferrer, 2014:291–292). A esta lista de participantes en el encuentro Sánchez Robayna añade los de Bernard Noël, Gustavo Guerrero y Ana Nuño (Krawietz, 2014a:57).

Por lo demás, tan importante como la literatura fue, para *Syntaxis*, la colaboración de artistas como Ernesto Tatafiore, Eduardo Arroyo, Manuel Padorno, Albert Ràfols-Casamada, Luis Palmero, Nino Longobardi, Pedro Tayó, Antonio Saura, Antoni Tàpies, Joan Brossa y Eduardo Chillida, entre otros. La revista —que tenía su centro de interés en la crítica y la poesía, pero que, mostrando una concepción amplia de la cultura, dedicó muchas de sus páginas también a la prosa, al arte e incluso a la música, por citar solo unos pocos temas, y que «no se ocupó nunca de política ni de sociología» (Sánchez Robayna en Krawietz, 2014a:53)— perseguía así abrir la literatura y la crítica española a una cierta modernidad.

Junto con el papel clave que jugó la traducción en la revista —estudiado por Rut Domínguez Ferrer (2014)— fue fundamental el acompañamiento crítico con el que *Syntaxis* creó un espacio de recepción para los autores que publicaba. Así, era un procedimiento habitual de la revista acompañar los textos creativos de textos críticos que los introducían: Arno Schmidt (nº 2), Juan Goytisolo (nº 3), J.A. Valente (nº 5 y 18), Severo Sarduy (nº 6), Wallace Stevens y Manuel Padorno (nº 7), Haroldo de Campos y Ezra Pound (nº

8/9), João Cabral de Melo (nº 12/13) o Edmond Jabès (nº 16/17), de los que se ocupó la revista, muchos de los cuales presentaban, por lo demás, una característica en común: eran críticos–creadores, categoría a la que se ha referido Leyla Perrone —que también participó en la revista con un artículo sobre *El libro del desasosiego* de Pessoa (1989)— en *Altas literaturas: escolha e valor na obra crítica de escritores modernos* (1998), libro en el que la crítica brasileña interroga el lugar que ocupa la literatura en la actualidad así como las relaciones que establecen con la tradición los siguientes escritores modernos: Ezra Pound, T.S. Eliot, Jorge Luis Borges, Octavio Paz, Italo Calvino, Michel Butor, Haroldo de Campos y Philippe Sollers.

La importancia de esta categoría de críticos–creadores se deja ver repasando la nómina de colaboradores de la revista, que es eminentemente cosmopolita. En *Syntaxis* publicarán, entre los españoles, Juan Goytisolo, Julián Ríos, Juan Antonio Masoliver Ródenas, J.A. Valente, José Miguel Ullán, Ángel Crespo, Claudio Guillén y el propio Sánchez Robayna; entre los hispanoamericanos, Octavio Paz, Severo Sarduy, Gustavo Guerrero, Eduardo Milán, Roberto Echeverría y Juan Gelman; entre los brasileños, Haroldo de Campos, Décio Pignatari, Leyla Perrone-Moisés e Ildemar Chiampi; entre los franceses y francófonos, Yves Bonnefoy, Jacques Derrida, Maurice Blanchot, Henri Meschonnic, Michel Butor, Michel de Certeau, Jean Starobinski y Claude Esteban; y entre los norteamericanos, Ezra Pound, John Ashbery, Wallace Stevens, el franco–americano George Steiner y Harold Bloom.

Así comentaba Sánchez Robayna cómo recibió Haroldo de Campos la noticia del cierre de *Syntaxis*:

Entonces le dije: «Haroldo, tenemos que cerrar la revista, porque es una ruina», y le pedí que me dejara traducir y publicar estos poemas, y aparecieron, antes que en portugués, en una edición no venal hecha para los amigos y los suscriptores de *Syntaxis*, y fue el cierre de la revista, que Haroldo lamentó muchísimo. Para él, cada número era un pequeño acontecimiento. Tengo cartas suyas casi de cada número que recibía, como si fuera una prolongación del mismo impulso, ya que no de las mismas preocupaciones, de *Noigandres* o de *Invenção* —revista, por cierto, de la que me dio algún ejemplar—, que editaban no más de 300 o 400 ejemplares. Es asombroso. Olvidamos que *The Criterion*, la revista de Eliot, tiraba solo 600 ejemplares. La gente no se da cuenta de que la modernidad está hecha de pequeños focos de irradiación, de circulación restringida. Recuerdo el caso de J.V. Foix. Cuando un editor le dijo: «Señor Foix, queremos hacer una edición de 1000 ejemplares». Él dijo: «¿Cómo que 1000 ejemplares? Con 100 ya son suficientes». (Sánchez Robayna, 2018b)

Por lo demás, Juan Goytisolo le escribía, con motivo del cierre de la revista:

Querido Andrés:

La recepción del último número de *Syntaxis* me ha llenado de consternación. Una puerta más que se cierra. Una bocanada de oxígeno que se corta. ¡Solo el criterio inane, la comercialización y la inercia! Tu breve nota es memorable y resume perfectamente la situación. (en Krawietz, 2014b:200)

Esa «breve nota» a la que se refería Goytisolo es la que abría el último número de *Syntaxis*, una revista que, tras llevar a cabo una gran labor de renovación y actualización crítica y literaria, se cerrará, sin embargo, con la constatación de un límite con el que la publicación no habría dejado de topar. Se leía en dicha nota:

Establecer el exacto acorde entre los propósitos con que *Syntaxis* nació en 1983 y la trayectoria de un decenio no es tarea que corresponda llevar a cabo en estas mismas páginas; es el *otro*, el lector, quien debe aquí hacerse oír. Sí toca a esta revista, en cambio, hacer notar que lo que en 1983 decíamos en cuanto a la *excentricidad* de un proyecto intelectual y creador (fundado, por lo demás, en el diorama y la misteriosofía de la insularidad, de la «respiración insular de la cultura») no ha hecho más que chocar una y otra vez contra los muros ciegos de una cultura trivializadora. Si algo ha podido destacarse en claro relieve a lo largo de diez años, ello ha sido el silencio con que nuestra cultura recibe todo ensayo de voluntad crítica, tal vez el más trágico elemento definidor del contexto español contemporáneo: la ausencia, en efecto, de un pensamiento crítico, de un pensamiento capaz de prestar alguna escucha no ya solo a la excentricidad intelectual y creadora, sino también a todo espíritu que no coincida con la chatura de unos valores que han mostrado —las excepciones no han invalidado la regla— estar por debajo de la contemporaneidad. (Sánchez Robayna, 1993:5–6)

Ese «estar por debajo de la contemporaneidad» reivindicaba un cosmopolitismo en la línea del que sostuvo Paz (1990) en su recepción del premio Nobel tres años antes —un cosmopolitismo que, como hemos visto, funciona como rebasamiento crítico del espacio nacional—. En relación con ese punto, cabe destacar el encuentro «La modernidad literaria», celebrado en 1985 en Bruselas y al que nos hemos referido anteriormente. En su intervención, Sánchez Robayna apostaba por entender la literatura española en el marco de la hispanoamericana y al mismo tiempo denunciaba las dificultades que la modernidad cultural y literaria había tenido para arraigar en España. Ahí presentaba la modernidad como un espacio de apertura hacia

lo otro (1999:162) y se preguntaba: «La literatura española actual, ¿es, en este sentido, moderna?» (163). «Creo que ha correspondido», continuaba, «sobre todo a algunos escritores ausentes de España durante los últimos años el papel de artífices de aquel imprescindible diálogo, de la comunicación que define a la modernidad» (164). Ese artículo, publicado en *Syntaxis* bajo el título de «La modernidad literaria: una literatura de las excepciones» (nº 10, invierno de 1986), puede ser tomado como una síntesis de los planteamientos del fundador y principal animador de la revista. Sánchez Robayna se refería ahí a «una suerte de gestualidad de lo moderno, una penosa caricatura cuyo síntoma más grave es, en mi opinión, la programación historicista de un supuesto cambio (de una supuesta ruptura moderna) en torno a 1970» (32–33). Esa alusión remitía, sin duda, a Castellet y a la maniobra editorial de los *novísimos* —a la que dedicaría duras críticas en la conferencia «El lenguaje como problema: aspectos de la poesía española contemporánea» (1989), dada en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, y en una anotación de su diario de noviembre de 2000 (Sánchez Robayna, 2002:337–338)—, pero también podría relacionarse con la presencia pública de los neonietzscheanos que, como hemos visto antes, están íntimamente ligados al grupo de Barral y Castellet.

El gesto vanguardista —que aquí aparece definido como *moderno*— parte del reconocimiento de un vacío para, a partir de él, crear un espacio. La *conquista de la modernidad* sería para estos autores una lucha por hacer comunicar el campo literario y crítico español con la mejor literatura crítica y con la mejor crítica literaria que se estaba dando en otras geografías. Escribía Sánchez Robayna en el *Magazine littéraire* en marzo de 1981 (nº 170):

La poesía y la prosa narrativa de los últimos diez años en España han reproducido en su mayor parte, inconscientemente, el esquema morfológico literario de décadas anteriores: una tendencia general hacia el inmovilismo, una tendencia mayoritaria hacia la condena de todo *desvío* de la norma. Ciertamente, el modelo del realismo social ha sido abandonado, pero lo que en verdad está en juego no es la naturaleza del modelo (baste pensar en la trascendencia estética de realismos como el de Dostoievski o Brecht), sino su resultado estético: los modelos no-realistas acusan ahora idéntico inmovilismo. Pese a la significación de algunas figuras aisladas... una gran parte de la actual literatura española sigue cerrada no solo a las corrientes europeas sino también a las del otro lado del idioma: la literatura hispanoamericana. (en 1986:33; 1999:163)³⁴

34 Por lo demás, en esa conferencia Sánchez Robayna denuncia también —refiriéndose, sin duda, a la antología de Castellet— a una «tergiversación» de lo moderno, «una penosa caricatura» escenificada en torno de un «supuesto cambio (de una supuesta *ruptura moderna*) en torno a 1970» (1999:164).

Comenta Sánchez Robayna al respecto:

Desde un punto de vista general, cabe decir que en la cultura española hay poca permeabilidad, cierto ensimismamiento, una «falsa» modernidad —lo de los novísimos fue para mí, lo he dicho muchas veces, una falsa modernidad— y, de hecho, en *Las ínsulas extrañas* se indica de forma clara cómo la operación castilletiana fue en buena medida un espejismo, un asunto equívoco. Nada apunta a que una cierta modernidad radical, la representada por la vanguardia y las neovanguardias internacionales, haya calado verdaderamente en España. Incluso en la fórmula más concordante, que sería un cierto tipo de literatura de vanguardia representada por la poesía llamada «experimental», tampoco han sido bien interpretados, creo, los signos de la verdadera modernidad. Solo se han tomado elementos muy externos, no se ha ido a las cuestiones esenciales. (Sánchez Robayna, 2018b)

3.2.3.2.3. *Las ínsulas extrañas* y la contemporaneidad poética

Para la tradición moderna que piensa el poeta canario la clave de bóveda de la poesía contemporánea sigue siendo la comprensión del significado de la obra de Mallarmé. Esto, que parece tan claro para poetas como Octavio Paz o Vicente Huidobro, no fue así, en cambio, para ciertos grandes representantes de la cultura española. En ese sentido, la cultura literaria española posterior a la guerra civil ha sido más impermeable, más dura, más reacia a aceptar la gran revolución mallarmeana.
Sánchez Robayna

Frente a esa temporalidad nacional, que considera epidémica, el poeta canario se inscribe en otro tiempo construido a través de una reinterpretación de la tradición que, abriéndose a Latinoamérica en un gesto que se sitúa explícitamente en el linaje de *Laurel* (Méjico, 1941), reivindica una gran tradición en ambas orillas del Atlántico a través de la antología *Las ínsulas extrañas* (Galaxia Gutenberg, 2002).

Laurel surgió a partir de la propuesta que Octavio Paz le hizo a Bergamín, que dirigía la editorial Séneca y, como es sabido, la firmaron Paz, Xavier Villaurrutia, Emilio Prados y Juan Gil-Albert. Ahora bien, según testimonio de Paz, Villaurrutia «fue, primordialmente, el autor de la antología» y él mismo fue «su colaborador más cercano» (1982:725).³⁵ Según Paz —quien sostenía en 1982

35 Escribía Bergamín a Pedro Salinas desde México D.F. el 27 de mayo de 1941: «la Antología la hicieron entre Emilio Prados, Xavier Villaurrutia, Gil-Albert y Octavio Paz, con relativo desacuerdo. Lleva un prólogo de Villaurrutia bastante flojo. Creo que de todos modos quedará bastante bien.

que «no es exagerado ver a *Laurel* como el monumento de una sensibilidad y de una idea de la poesía que, en gran parte, son aún las nuestras» (733–734)—, Emilio Prados «casi nunca asistía a las reuniones y su contribución se redujo a la selección de sus propios poemas», además de encargarse de la tipografía y de la imprenta. Por su parte, Gil Albert «estaba lleno de buena voluntad pero conocía apenas la poesía hispanoamericana, de modo que no pudo ayudarnos mucho en la selección de la obra de los poetas nacidos en América; sin embargo, colaboró con acierto y con gusto en la sección española del libro». Paz señalaba también que «fueron decisivas las observaciones y sugerencias de José Bergamín» (725), quien propuso el título de la antología y el epígrafe de Lope de Vega que la presidió: «presa en laurel la planta fugitiva».

En el caso de *Las insulas extrañas*, como explicaba Nicanor Vélez en la «Nota del editor», «nuestra preocupación ha sido siempre la de tender un puente continuo entre la tradición y lo que, en el siglo xx, los críticos han llamado *vanguardias y modernidad*» (2002:9). Y ese puente implicaba, por fuerza, una atención preferente a las tradiciones latinoamericanas. La antología recogía también algunas traducciones poéticas llevadas a cabo por los poetas antologados, lo que subrayaba su importancia en la creación. Anotaba Sánchez Robayna en su diario, en septiembre de 2000, antes de su publicación: «No hemos buscado el escándalo, pero el resultado de la antología será para muchos una completa provocación. La poesía hispánica de los últimos cincuenta años está llena de falsos valores y de no poco conformismo. Urge una clarificación. Estoy seguro de que este libro va a contribuir a ella» (2002:324).

En su «Prólogo», los antólogos de *Las insulas extrañas* esbozaban las relaciones poéticas cambiantes entre España y Latinoamérica, destacando el momento en el que, con Rubén Darío, el nuevo continente pasó a indicar el nuevo rumbo que tendría que seguir la poesía peninsular. Ahí se lee: «La intención de *Laurel* la expresó claramente Octavio Paz: ese libro pretendía “mostrar la unidad y la continuidad de la poesía de nuestra lengua”. Con ese espíritu ha nacido asimismo la antología que el lector tiene ahora en sus manos, y que aspira a seleccionar la poesía de lengua española escrita en la segunda mitad del siglo xx (autores nacidos entre 1910 y 1959)» (Milán *et al.*, 2002:19). Crítico con el posmodernismo, como ya lo era *Syntaxis*, el prólogo señalaba que dicha corriente

en el mundo hispánico a menudo ha significado menos capacidad de *a apropiación cultural* y eclecticismo que regresión y, en el caso de España, negación de los prin-

Yo creí que no podría ni debía encargarme de esto para no hacer más líos: por eso lo confié a los cuatro poetas» (Archivo Harvard, bMS Span 100[55]).

cipios modernos, ya se trate de la invención o de la indagación como programa intelectual y estético, ya de la transgresión o de la universalidad cultural, entre otros decisivos valores que expresan la significación de lo moderno. (20)

De ese modo, el prólogo reconocía que «los signos más abiertos y renovadores» en la poesía de la segunda mitad del siglo XX se habían dado, casi siempre, en «la orilla americana» (25), mientras que en España habría «aflorado demasiado a menudo la autosuficiencia cultural y el provincialismo, hechos que se dieron, sobre todo, en el período franquista, pero que han vuelto a reproducirse en una buena medida en una fase más reciente». De ese modo, «la renuncia a la herencia de la vanguardia» se habría acompañado, una y otra vez, «por una negación de las líneas mayores de la modernidad literaria, líneas casi siempre asumidas y reelaboradas con brillantez por la poesía hispanoamericana» (33–34). Con ello, el prólogo aprovechaba para denunciar

la aparición en esta orilla de una nueva reacción antimoderna protagonizada por algunos poetas nacidos a partir de la segunda mitad de los años cincuenta y que practican lo que llaman un «nuevo ensayo de realismo», con tendencia al poema *narrado* y a una *tematización* de lo poético que ya resulta muy familiar al lector (no deja de ser un dato significativo el que estos poetas parezcan desinteresarse por los rumbos de la poesía hispanoamericana); en cualquier caso, más que de «nuevo ensayo de realismo» puede hablarse de una reedición del pseudo-realismo naturalista (a la que se añade tan solo una cierta ironía acerca de la *persona* lírica), que pone en práctica una visión prefabricada y sumamente convencional de lo poético. Se trata de un fenómeno —tal vez otro epifenómeno, en el que algunos críticos ven un «nuevo conservadurismo estético»— que no se produce en Hispanoamérica, la solidez de cuya tradición no permite, en rigor, actitudes que supondrían una completa negación de su propia historia poética desde Darío. (34)

En la misma línea que apuntaba la antología, Miguel Casado se ha referido de modo contundente al «nefasto papel jugado por la crítica de poesía española», la cual, «en vez de instrumento de comprensión y análisis», funcionaría como «una cadena de tópicos infundados, un mecanismo de condicionamiento y deterioro de la escritura poética» por el que «se hace así cada vez más difícil leer, pues para conseguir hacerlo libremente parecería necesaria antes una *crítica de la crítica* que dejara en evidencia sus mecanismos» (2005e:129–130). Casado se ha ocupado así de poner en cuestión algunas de las prácticas críticas de la historiografía, como la repetición acrítica del concepto de generación como modo de ordenación del corpus literario («el *método generacional*», escribe, «se ha convertido en un dogma crítico de

predominio absoluto» —2005c:45—), a veces camuflado bajo el concepto de *grupo*. Como indica Casado, el procedimiento crítico consiste en confeccionar un listado canónico de autores, asignarles un núcleo (la llamada «Escuela de Barcelona», por ejemplo) y, finalmente, otorgarles unas características básicas a partir de las cuales serán leídos todos ellos (2005b:19), lo que ha llevado a que «poetas que, por no participar de los rasgos “generacionales” establecidos, no han recibido apenas atención crítica» (2005d:96), lo que hace que los poetas más conocidos sean aquellos que, precisamente, «se sitúan dentro de los límites del dialecto poético heredado» (97). Frente a la pulsión continuista de la historiografía española, la propuesta de Casado consiste en prestar atención a las «*poéticas independientes*» al margen del «*realismo moral*» (2005b:46) y sus criterios de exclusión y, sobre todo, en leer a unos y otros al margen de las categorías solidificadas de la historiografía poética española que permita, precisamente, atender a la singularidad de una pluralidad de voces y poéticas que quedan invisibilizadas o minusvaloradas por un relato lineal extremadamente reductor.

La cuestión —retomando el eje de cuestionamiento planteado por Juan Goytisolo y continuado por Sánchez Robayna— es, por lo tanto, cómo hacerse cargo de nuestro pasado dirigiéndonos, no hacia el peso muerto de la tradición cultivado por la historia de anticuario (Nietzsche, 1988) ni tampoco hacia su imposición autoritaria, practicada por el tradicionalismo, sino relanzándolo hacia el porvenir a través de la singularidad de un proyecto creativo que establezca un recorte singular en la tradición dando a leer de ese modo una constelación de textos que habrán de fijar las coordenadas de nuestra contemporaneidad. Gesto que, como hemos visto hasta ahora, solo se hace posible tomando en cuenta las relaciones que ligan a la crítica y a la creación.

3.3. Apuntes para la construcción de un mapa de la teoría en la España de la posdictadura

Con lo visto hasta ahora, y tomando como eje la transformación teórica de las prácticas críticas ligada a las corrientes estructuralistas, la cual constituye un polo fundamental durante la segunda mitad de los años sesenta y la primera de los setenta, se observa cómo en los ochenta estas nuevas tendencias son incorporadas, con diversas modulaciones, al panorama local. Este proceso de institucionalización de la Teoría de la Literatura privilegiará, siguiendo lo que veíamos en el apartado 2.2, la vía de continuidad con la estilística a través de una interpretación preferentemente instrumental del estructuralismo que no pone en juego sus planteamientos ontológicos y epistemológicos

de base, que de hecho quedan inmediatamente refutados la mayoría de las ocasiones, y que serán dejados atrás con la incorporación de la pragmática o de otras tendencias que inciden en la reconstrucción empírica del contexto. Con relación a esa problemática, pueden trazarse dos polos ideales en la institucionalización de la teoría literaria en España que arranca en los ochenta. El primero se encuentra bien asentado institucionalmente y detentando el poder temporal (es decir, gestionando el acceso a las posiciones que permiten la reproducción universitaria y el control de otras posiciones y de sus ocupantes —Bourdieu, 1984:99— en la mayoría de universidades, así como a las principales plataformas editoriales de carácter académico); el segundo ocupa posiciones dominadas en la universidad y extrae su legitimidad muchas veces de un circuito extra-universitario. Fue precisamente este polo dominado —del cual participan, entre los que acabarían convirtiéndose en catedráticos, críticos como Jenaro Talens (1946), Jordi Llovet (1947), Túa Blesa (1950) o Manuel Asensi (1959)— el que introdujo en la universidad, «de forma múltiple y por caminos inesperados» (Vidal Beneyto, 1981b:19),³⁶ el textualismo y la deconstrucción.

3.3.1. Institucionalización académica de la Teoría de la Literatura

Un observador bienintencionado podía pensar que el rótulo «Historia de la lengua y de la literatura españolas» obedecía a la convicción vossleriana del legislador y si hallaba tal otra cátedra que añadía el remoque de «y universal» se admiraría ante la lozanía de los estudios comparatistas entre nosotros. El mismo ingenuo puede pensar que la actual hegemonía de la denominación «Literatura española» supone haber zanjado en *la Gaceta de Madrid* un pleito inmemorial y la extensión universal del *close reading* en nuestras aulas. Y ¿qué diría al tropezar con el sabroso marbete de «Gramática General y Crítica Literaria» sino que, mucho antes del Congreso de Indiana, el espíritu de Jakobson había soplado en las covachuelas ministeriales? Y, sin embargo, nada salvo el ahorro cicatero de titulares y el arcaísmo legislativo había tras todo esto. Y, por supuesto, la mísera historia de una estructura educativa que ha entrado en la época de su crisis universal —con su parafernalia

36 Vidal Beneyto se refería a la renovación ligada al estructuralismo científico, pero su afirmación es aún más válida para el textualismo.

de diagnósticos y arbitrios...— sin haber llegado a ser aquel ingrediente activo de la revolución burguesa o de la modernidad que fuera en otras partes.

José-Carlos Mainer

...un problema de mucha envergadura que, a su modo y manera, también tiene su dimensión hispánica: el debate sobre el uso de la literatura como gramática o el uso de la literatura como historia (...). ¿Será posible (...) emancipar los estudios literarios de un inmanentismo que, a la larga, acaba en tautología o que se pierde por las nieblas de la moralina? O, por el contrario, ¿dispondremos alguna vez de una historia literaria que no sea proyección deseñida de la Historia?

José-Carlos Mainer

En España, las nuevas cátedras de Teoría de la Literatura surgieron de la escisión de las antiguas cátedras de Gramática General y Crítica Literaria. En 1983, con la reforma universitaria de José María Maravall, los catedráticos de Gramática General y Crítica Literaria tuvieron que escoger entre una de las dos nuevas áreas de conocimiento: Lingüística General (que integraba en su seno la antigua Gramática General) y Teoría de la Literatura (que sustituía a Crítica Literaria). Esta reforma incluía también la creación de una asignatura de Teoría de la Literatura como materia troncal para todas las carreras de Filología (Pozuelo Yvancos, 2011:285). En 1990 se aprobó el Real Decreto 1450/1990, del 26 de octubre, publicado en el BOE (nº 278, 20 de noviembre de 1990, páginas 34.390–34.391), por el que se establecía la posibilidad de cursar una Licenciatura de segundo ciclo en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, y en el año 2001 el área de Teoría de la Literatura se convirtió en área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada.

De ese modo, se crearon desde mediados de los ochenta cátedras y titularidades con el nombre de la disciplina por traslado desde Literatura Española o por oposición a nuevas cátedras. Así, los nuevos profesores del área de Teoría de la Literatura habían sido, en la mayoría de los casos, discípulos de profesores de Gramática General, lo que explica el entronque eminentemente lingüístico del área, el cual remite a su vez a la tradición estilística. Fernando Lázaro Carreter (de cuya obra nos hemos ocupado en el apartado 2.2.5), que llegó a ser director de la Real Academia Española de la Lengua entre 1992 y 1998, no solo fue discípulo de Dámaso Alonso y uno de los principales introductores de Jakobson en el país, sino que cumplió una importante función en la constitución del área, en el diálogo con el Ministerio y llegó a ser uno de los primeros catedráticos del área antes de que pasaran a serlo García Be-

rrio, Garrido Gallardo y Pozuelo Yvancos (Pozuelo Yvancos, 2011:684). Ese momento es fundamental pues supuso la articulación de un campo y, con él, facilitó el contacto entre un grupo diverso de profesores que muchas veces habían llevado a cabo su labor en un relativo aislamiento académico. Como ha explicado Pozuelo Yvancos, las cátedras se fueron cubriendo por traslado desde literatura española (como fue el caso de Jenaro Talens en Valencia) o por oposición directa a cátedra, como ocurrió con Tomás Albadalejo (discípulo de García Berrio, en Valladolid), José Domínguez Caparrós (UNED), Darío Villanueva (Santiago de Compostela) y Antonio Sánchez Trigueros (Granada) (685).

3.3.2. Instituciones semióticas

La «semiótica literaria» en un dominio que casi recubre por entero (y con sus propias lindes) el de la teoría literaria *tout court*, aunque a veces no haya detrás de este cambio más que una transformación terminológica.

Miguel Ángel Garrido Gallardo

El nuevo bloque de la Teoría Literaria se articuló en gran medida a través de la Semiótica, la cual formó un tejido institucional en España en la década de los años ochenta. Aunque su implantación fue algo tardía con relación a otros países, como Italia, Argentina o Brasil, en los años ochenta la Semiótica cumplió en España la función de paraguas de la renovación teórica. Como ya hemos visto, la presencia de Jakobson en España se dio a través de diversas editoriales y sorteando una multiplicidad de problemas, y la semiótica, en lo que concierne a los estudios literarios (pues también fue fundamental en el área de Comunicación, tal como ha estudiado Luis Pablo Francescutti —2020—), se introducirá a través de una tradición lingüística y de la crítica literaria asociada al Hispanismo, la Filología Románica y la estilística. Afirmaba Charo Lacalle, catedrática de Semiótica de la Universidad Autónoma de Barcelona, en 2016:

Lo que pasa con la semiótica en España, y en buena parte en Latinoamérica, a diferencia de Francia e Italia, los otros grandes focos de la semiótica (aquella, n. d. a.) encuentra su espacio en el ámbito de la información–comunicación, no en las facultades o en las licenciaturas de filosofía como en Italia, ni en las de literatura o de sociología como en Francia. (Francescutti Pérez, 2020:400)

La vía dominante en el campo de los estudios literarios, en contraposición a los de comunicación, será la de entender la semiótica, desde el eclecticismo, a partir de una cierta continuidad con las antiguas perspectivas de la estilística.

Para su institucionalización fue fundamental la creación de la Asociación Española de Semiótica (AES), que seguía los pasos de la Asociación Internacional de Semiótica, fundada el 21 de enero de 1969 en París. Dicha asociación, presidida por Émile Benveniste, tuvo como secretaria general a Julia Kristeva, y como vicepresidentes a Cesare Segre, Roman Jakobson, Juri Lotman, Alexander Ludskanov y Décio Pignatari. Ahora bien, el accidente cardiovascular que sufrió Benveniste, por el cual quedaría afásico, hizo que Jakobson ocupara temporalmente la presidencia en 1970.

En Iberoamérica los dos grupos más importantes fueron el argentino, liderado por Eliseo Verón (que fundaría la revista *LENGUAjes* en 1970), y el brasileño. En carta de Kristeva a Jakobson, del 14 de febrero de 1970, la secretaria se refería al estado internacional de la semiótica. Tras dar cuenta de Francia, Polonia, Alemania Occidental y Oriental, Italia, Inglaterra y la Unión Soviética, afirmaba: «Ailleurs, les adhésions sont individuelles. On peut espérer plus d'activité au Brésil [sic]: je viens de rencontrer à Paris [Haroldo] Do Campos [sic], qui envisage de relancer la sémiotique autour de Pignatari» (Archivo Roman Jakobson caja 6 carpeta 6).³⁷ Pignatari, poeta concreto de São Paulo, fue nombrado vicesecretario de la AIS. Según Haroldo, Jakobson llegó a afirmar una vez: «Gosto muito de scholars temperamentais, vou indicar o Décio Pignatari para ser um dos fundadores e Vice-Presidente da Associação!» (De Campos, 2001:72). Y Pignatari escribía a Jakobson el 23 de marzo de 1971, refiriéndose a la revista de la AIS:

cher jakobson,
pour la troisième fois, j'essaie de lire quelque chose dans cette chose appellée §semiotica§, pour la troisième fois je deviens furieux et veux vous écrire comme un fou qui croit avoir quelque chose à dire... semiotica, I can't stand it... je croyais qu'on avait fondé quelque chose ouverte destinée à l'étude véritable de la sémiotique, mais ce qu'on voit c'est une sorte d'académisme up-to-date vis à vis de certaines informations plus ou moins scientifiques et dédié exclusivement à un seul signe du monde sémiotique, le signe verbal écrit, ou mieux encore, le signe verbal écrit occidental. (Archivo Pignatari; Archivo Jakobson MC32 caja 6 carpeta 8)

³⁷ Para la relación de Haroldo de Campos y el grupo brasileño con Roman Jakobson y la semiótica, puede consultarse Hidalgo Nácher (2019c; 2021c). Respecto a la historia de la semiótica, cabe consultar también Max Hidalgo Nácher (en prensa b).

En esa carta, escrita en una mezcla de francés e inglés, Pignatari criticaba con vehemencia las publicaciones de la revista *Semiotica*, en la cual se privilegiaba, según él, la parte menos interesante de la semiótica (la saussureana), olvidando la línea peirceana que él reivindicaba (Hidalgo Nácher, 2019c:45–46).

En la fundación de la AIS se observan así, tal como muestra esta carta, las tensiones internas del propio campo en su período de formación. Es posible reconocer diversos grupos en los que se combinan los diferendos teóricos con las disputas institucionales. Dos son las polémicas que emergen de forma clara consultando la documentación del archivo de Roman Jakobson en el MIT. La primera es la que enfrenta a Jakobson con Greimas cuando este quiere fundar un nuevo centro de semiótica en Urbino (polémica que se encabalgó con la disputa teórica entre dos modelos semióticos: el eminentemente científico de Greimas y el modelo de Jakobson, en el cual se encabalgan de modo mucho más íntimo la crítica y la creación); la segunda, la que abre una auténtica guerra en el campo de la vanguardia teórica francesa entre *Tel Quel* y una escisión de la misma: *Change* (que a su vez se asociará, entre otras cuestiones, a una polémica entre formalismo ruso y estructuralismo de Praga) (Hidalgo Nácher, en prensa b). Ese conflicto es relevante, entre otras cosas, porque Kristeva, miembro destacado de *Tel Quel*, es secretaria de la asociación de semiótica, y porque en esas disputas Jakobson aparece como el «Padre» al que escriben los implicados pidiéndole apoyo y parecer (Hidalgo Nácher, 2019c:46–47).

Por lo que respecta a España —que se mantendrá, por lo general, bastante distante de estos debates—, y como ha mostrado José Romera Castillo, probablemente el principal historiador de la introducción e institucionalización académica de la semiótica en la España contemporánea, a nivel editorial hay que destacar el trabajo pionero llevado a cabo por Antonio Prieto desde la editorial Planeta y de su revista *Promehio* (1970–1975), así como su colección «Lingüística y Crítica Literaria», dirigida por Ángel Valbuena Prat y Antonio Prieto, dentro de «Ensayos/Planeta» —en que se publica, además de a Antonio García Berrio, a Carmen Bobes Naves y al propio Prieto, libros como *Los caminos actuales de la crítica literaria* (1969), coloquio de Cérisy de 1967 dirigido por Georges Poulet; *Crítica bajo control* (1970) y *Las estructuras y el tiempo* (1976) de Cesare Segre; *Sobre la prosa literaria* (1971) y *La cuerda del arco* (1975) de Sklosvki; y *Literatura y significación* de Todorov en 1971— y «Planeta/Universidad» —dirigida por Prieto y Bobes Naves, y que se inaugura en 1975 con *Gramática de «Cántico»*, libro de la propia Bobes Naves—, labor que continuará la editorial Cupsa. Ahora bien, más allá de estas editoriales y como ya hemos visto, en un primer momento esas investigaciones semióticas se apoyaron parcialmente, y de modo plural, en una multiplici-

dad de editoriales no académicas, como Seix Barral, Comunicación, Anagrama, Akal, Gustavo Gili, Fundamentos, Tecnos, Siglo XXI y Alfar.

La AES —que tiene hasta el día de hoy su órgano de expresión en la revista *Signa*, la cual, además de publicar números que contienen un núcleo monográfico acompañado de una miscelánea, recoge el resultado de sus congresos (los cuales no se limitan al campo de la semiótica y cuyo estudio permitiría retrazar una evolución parcial de las transformaciones del pensamiento literario en España)— fue fundada en 1983, y fomentó la internacionalización de la investigación literaria.³⁸ Su primer congreso se celebró en junio de 1983 en el CSIC (Madrid). Coordinado por Miguel Ángel Garrido Gallardo, el «Congreso Internacional sobre Semiótica e Hispanismo» (Madrid, 20–25 de junio de 1983), contó con más de 500 asistentes y dio lugar a dos volúmenes titulados *Teoría semiótica. Lenguajes y textos hispánicos* (CSIC, 1984) y *Crítica semiológica de textos hispánicos* (CSIC, 1986). Además de esas gruesas actas, surgieron dos compilaciones: *La crisis de la literariedad* (Taurus, 1987), en que se incluyen las ponencias de Garrido Gallardo, T. Todorov, Walter Mignolo, Felipe Martínez Bonati, Lázaro Carreter, H. Weinrich, Claude Brémond, S. Reisz de Rivarola, G. Bettetini y J.M. Klinkenberg, y *La moderna crítica literaria hispánica* (Mapfre, 1996). «Me parece innegable», escribía Garrido Gallardo en la nota previa al volumen *La crisis de la literariedad*, «que las cerca de dos mil páginas publicadas constituyen una auténtica *summa* de cuanto hoy se conoce en el mundo hispánico como semiótica en general o crítica literaria semiológica en particular» (Garrido Gallardo, 1987:9). Si bien el paraguas de la semiótica invitaba «a la renovación metodológica y a la interdisciplinariedad» (Garrido Gallardo, 1999:38), el congreso, dirigido a hispanistas, no fue estrictamente semiótico y muchas de sus colaboraciones respondieron teórica y temáticamente a los paradigmas tradicionales del hispanismo. En él hay, junto a propuestas semióticas y otras abiertas a nuevas tendencias, «análisis convencionales (estilísticos, sociológicos, etc.) de textos literarios» (39).

Este volumen, que se quería síntesis del congreso, ilustraba una idea que marcaría el porvenir de los estudios semióticos en España, tal como afirmaba Garrido Gallardo: «Considerar la dimensión pragmática es fundamental en toda investigación semiológica». Se trataba, más allá del «fructífero mito de la obra en sí» (1987:10) y contra la tentación textualista y posestructural, de incorporar a la semiótica esa dimensión que permitía recontextualizar el texto religándolo a las evidencias del circuito de la comunicación. Las actas del congreso, que muestran que no siempre eran perspectivas propiamente semióticas las que se revestían con su terminología, se presentaban del siguiente modo:

38 Ver Romera Castillo (1988), quien incluye en su libro el acta de fundación de la AES y otros documentos institucionales de la asociación.

¿Será inútil lamentar la carencia de instrumental crítico de algunos de nuestros prestigiosos historiadores de la literatura, difusores de la trivialidad más absoluta encubierta, eso sí, en datos eruditos que ninguna otra persona conoce (ni falta que hace)? Me parece que no. Como creo que es de lamentar que la crítica semiológica de la literatura sirva muchas veces para recubrir de terminología pseudocientífica la propia ignorancia, creadora de un nuevo retablo de las maravillas. (Garrido Gallardo, 1986:20)

De ese modo, el congreso se posicionaba tanto contra el historicismo del hispanismo como contra los llamados excesos teóricos —que bien pueden explicar las «presencias y ausencias» (Garrido Gallardo, 1984b:22) del evento. Así presentaba en otro texto la estructura del congreso su organizador:

La selección de los ponentes fue un tanto aleatoria, ya que el primer interviniente previsto, Roman Jakobson, moría un año antes, a I. Lotman no le permitieron acudir las autoridades de la entonces Unión Soviética, Th.A. Sebeok y U. Eco estuvieron ausentes por problemas de calendario y A.J. Greimas no llegó a ser invitado por culpa de un lamentable equívoco. No obstante, el diseño que llegó a ser definitivo tenía algo que ver con el trasfondo filológico de la convocatoria, al resultar vinculada la serie de conferencias plenarias con la tríada de los géneros literarios, más la cuestión del espectáculo cuya inevitable presencia por el género teatral supone además unos de los puntos en que las ventajas de una aproximación semiológica se tornan más evidentes. Lázaro Carreter describió la consistencia de la instancia emisor a propósito de la lírica. (Garrido Gallardo, 1999:41)

Entre los ponentes estuvieron Gianfranco Bettetini, Harald Weinrich, Claude Brémond y Cesare Segre y, según sus organizadores, «el breve repaso de las ponencias pone de manifiesto la superación del paradigma jakobsoniano desde el que se convocabía» (43). El congreso permitió que «filólogos semiotistas» que «permanecían frecuentemente aislados y eran mutuamente desconocidos» (49) se conocieran entre sí y, de ese modo, hizo posible la constitución de redes semióticas en el seno del hispanismo. Sin ir más lejos, en los días del congreso se decidió, por iniciativa de Romera Castillo, la creación de la Asociación Española de Semiótica (AES) (Pozuelo Yvancos, 1999:54),³⁹ de la que fue presi-

39 «Por iniciativa del profesor José Romera Castillo se convocó a una Asamblea constituyente de una Asociación Española de Semiótica celebrada el día 23 de junio de 1983, en la cuarta jornada del Congreso. En esta Asamblea, que contó con la participación del prof. Cesare Segre, ponente del Congreso de Madrid y entonces Presidente de la *International Association for Semiotic Studies* (I.A.S.S-A.I.S), se eligió una Comisión organizadora del Primer Congreso de la A.E.S., que se habría de celebrar en Toledo un año más tarde. Dicha Comisión la formaron Jorge Lozano,

dente Garrido Gallardo y secretario general el mismo Romera Castillo, quien ahí afirmaba:

Para impulsar la semiótica literaria en España —además de este Congreso, venido como *agua de mayo*— sería muy pertinente la creación de una *revista* que sirviera de cauce y difusión a ideas y prácticas de análisis, así como la constitución urgente de la *Asociación de Semiótica Española* —al igual que la mexicana, peruana, brasileña, etc.— que, integrada en la *Asociación Internacional*, promoviese diferentes actividades y luchase, muy especialmente, por la implantación de Cátedras de Semiótica en la Universidad española. (1984:448)

La asamblea constituyente de la AES tuvo lugar —a partir de sus ochenta y cuatro miembros iniciales— en Toledo en 1984, en su Primer Simposio Internacional sobre «Teoría Semótica», que contó con la participación de unos doscientos asistentes,⁴⁰ y que quedaría efectivamente vinculada al Departamento de Literatura Española de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) de Madrid. Entre el 25 y el 28 de noviembre de 1985 se celebró en Oporto el «Primer Coloquio Luso-Español de Semiótica» junto con el segundo coloquio luso-brasileño, organizado por las tres asociaciones, cuyas actas fueron publicadas por la *Associação Portuguesa de Semiótica*.⁴¹

Desde 1984 se celebraron congresos bianuales de la AES, cuyas actas pueden consultarse en la mayoría de casos (Asociación Española de Semiótica 1986a, 1986b, 1988a, 1988b, 1990, 1992, 1994, 1996, 1998, 2000, 2004, 2007, 2009, 2014): «Lo teatral y lo cotidiano» (Universidad de Oviedo, 15–15 de noviembre de 1986, bajo la dirección de Alberto Álvarez Sanagustín y Rafael Núñez Ramos;⁴² «Retórica y lenguajes» (UNED, Madrid, 5–7 de diciem-

Rafael Núñez Ramos, Cristina Peña-Marín, José Manuel Pérez Tornero, José Romera Castillo, Jenaro Talens y Jorge Urrutia» (Pozuelo Yvancos, 1999:55).

40 Las sesiones plenarias corrieron a cargo de Eric Landowsky y Paolo Fabbri y sus actas se publicaron bajo el título de *Investigaciones semióticas I*. «El primer Congreso de la A.E.S. se celebró en Toledo durante los días 7, 8 y 9 de junio de 1984 y eligió la Primera Junta Directiva de la Asociación que formaron: Miguel Ángel Garrido Gallardo (Presidente), José Romera Castillo (Secretario), Alberto Álvarez Sanagustín (Vicepresidente), y Cristina Peña-Marín, José Manuel Pérez Tornero, Lorenzo Vilches y Alicia Yllera (Vocales). Se acordó celebrar en Oviedo, en el año 1986, el II Congreso Internacional, una periodicidad bianual que se ha respetado desde entonces, así como la publicación de las Actas de cada Congreso que son presentadas en el siguiente. También se impuso como práctica científicamente muy provechosa elegir un tema que focalizara las discusiones» (Pozuelo Yvancos, 1999:55).

41 Sus actas fueron publicadas: *Da Semiótica. Actas do I Colóquio Luso-Espanhol e do II Colóquio Luso-Brasileiro*, Porto, 26–28 de noviembre de 1985, Lisboa, Vega/Universidade, 1988.

42 Sus actas fueron publicadas en dos volúmenes en 1988 por la Universidad de Oviedo: *Lo teatral y lo cotidiano* y *Lo cotidiano y lo teatral*. Las sesiones plenarias estuvieron a cargo de M. de

bre de 1988,⁴³ coordinado por Alicia Yllera y José Romera Castillo, con sesiones plenarias de A.J. Greimas, García Berrio, Garrido Gallardo y J.M. Klinkenberg); «Descubrir, Inventar, Transcribir el mundo» (Universidad de Sevilla, 1990);⁴⁴ «Semiótica y modernidad» (Universidad de La Coruña, 1992);⁴⁵ «Mundos de ficción» (Murcia, 1994);⁴⁶ «Mitos» (Zaragoza, 1996);⁴⁷ «Miradas y voces de fin de siglo» (Granada, 1998); «Humanidades, ciencia y tecnología» (Valencia, 2000); «Arte y nuevas tecnologías» (Logroño, 2002);

Marinis, H. Parret, María del Carmen Bobes Naves y Jenaro Talens. «El II Congreso Internacional tuvo lugar en la Universidad de Oviedo entre el 13–15 de noviembre de 1986 y desarrolló el tema *Lo cotidiano y lo teatral*. Se eligió como Presidenta de la Asociación a la profesora Alicia Yllera, permanecieron en sus cargos de Vicepresidente y Secretario los profesores Álvarez Sanagustín y Romera Castillo y fueron vocales: J.M. Pérez Tornero, Lorenzo Vilches, Rafael Núñez y Jenaro Talens» (Pozuelo Yvancos, 1999:56).

43 «El III Congreso Internacional tuvo lugar en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) de Madrid entre los días 5 y 7 de diciembre de 1988, y giró en torno al tema *Retórica y Lenguajes*. Se reelegió a la profesora Alicia Yllera como Presidenta de la Asociación y a Popa-Lisseanu como Secretaria, y completaron la Junta Directiva los Vocales: Román Gubem (Vicepresidente), Jenaro Talens, Rafael Núñez, Antonio Sánchez Trigueros, José María Nadal, y se eligieron dos Vocales representantes de socios alumnos: Alfredo Martínez Expósito y J. Alonso Aldana» (Pozuelo Yvancos, 1999:56). En ese congreso dan ponencias plenarias García Berrio, Garrido Gallardo y Klinkenberg. Como indica Pozuelo Yvancos, «las tres conferencias plenarias son indicativas de las tres principales direcciones que organizarían luego el grueso de comunicaciones» (1999:61).

44 «El IV Congreso Internacional de la AES se celebró en la Universidad de Sevilla entre los días 3 y 5 de diciembre de 1990. Se eligió al prof. José Romera Castillo como Presidente de la AES, al prof. Alberto Álvarez Sanagustín como Vicepresidente y al prof. Mario García Page como Secretario. Completan la Junta Directiva como Vocales: Helena Usandizaga, A. Sánchez Trigueros, Jorge Urrutia, J. Javier Rubiera, Martínez Expósito y Jesús Corriente» (Pozuelo Yvancos, 1999:62)

45 «El V Congreso Internacional tuvo lugar en la Universidad de La Coruña, entre los días 3–5 de diciembre de 1992, sobre el tema de *Semiótica y Modernidad*. Resultaron reelegidos en sus cargos de Presidente y Secretario respectivamente, José Romera y Mario García Page y se incorporaron como Vocales los profesores J.M. Pozuelo Yvancos (Vicepresidente), José María Paz Gago, Sultana Wahnón, Helena Usandizaga, A. Álvarez Sanagustín, J. Urrutia y J. Corriente» (Pozuelo Yvancos, 1999:55–57). «El V Congreso Internacional de la AES (celebrado entre el 3 y el 5 de diciembre de 1992 en la Universidad de La Coruña) contó con una conferencia inaugural de Lotman (que no pudo asistir, pero envió su contribución) y la de clausura de Umberto Eco» (63).

46 «El VI Congreso Internacional se celebró en la Universidad de Murcia, entre los días 20–24 de noviembre de 1994, sobre el tema *Mundos de ficción*. Se eligió como Presidente a José María Pozuelo Yvancos, Vicepresidenta a Sultana Wahnón y Secretario a Francisco Vicente Gómez. Se incorporaron como Vocales a la Junta Directiva los profesores Wenceslao Castañares, Ana Recio y Mario García Page que pasó a Vocal» (Pozuelo Yvancos, 1999:56–57).

47 «El VII Congreso Internacional tuvo lugar en la Universidad de Zaragoza entre el 4–9 de noviembre de 1996 y giró en torno al tema de *Mitos*. Fueron reelegidos Presidente y Secretario, respectivamente, los profesores J.M. Pozuelo Yvancos y F. Vicente Gómez. Se eligió Vicepresidente al prof. Túa Blesa y se incorporaron como Vocales los profesores Fernando Cabo Aseguinolaza, Ana Recio Mir y W. Castañares» (Pozuelo Yvancos, 1999:57).

«Interculturalidad, insularidad, globalización» (La Laguna, 2004); «Intermediaciones» (Vigo, 2007); «Cultura de la Comunicación, Comunicación de la Cultura» (Lisboa, 2009); «Los discursos del poder» (Cuenca, 2011); «Semiótica e historia. Sentidos del tiempo» (Burgos, 2013); «Historias del presente. Del documento al documental» (Bilbao, 2015); «I Congreso Ibérico de Semiótica. Modas, modos, maneras» (Lisboa, 2017). En ese contexto se crearon, junto a los grupos de investigación semiótica de Oviedo, Madrid y Valencia, y la Asociación de Estudios Semióticos de Barcelona (AESBA) —en 1984, en la Universidad Autónoma de Barcelona, por iniciativa, entre otros, de José María Pérez Tornero y de Lorenzo Vilches— y la Asociación Andaluza de Semiótica —en 1985, impulsada por Jorge Urrutia, Antonio Sánchez Trigueros, Antonio Chicharro Chamorro y Manuel Ángel Vázquez Medel— que publican, respectivamente, las revistas *Estudios semióticos* y *Discurso. Revista internacional de Estudios Semióticos*. Por lo demás, la revista *Signa* ha sido hasta el día de hoy, como ya ha quedado señalado, uno de los principales órganos de difusión de la semiótica literaria en España. Romera Castillo —quien, además de uno de sus principales propulsores, ha sido el principal historiador hasta la fecha de la semiótica literaria en España— publicó en 2016, en la propia revista, su estudio «La revista *Signa*: 25 años de andadura científica», donde vuelve sobre esa historia de la que él es a su vez protagonista destacado.

Basculando entre la nominación y el uso, entre el marco teórico y los usos de la teoría, entre el hispanismo, la teoría literaria y las ciencias de la comunicación, el nuevo campo español de la semiótica, marcado en gran medida por la continuidad con la tradición estilística, va a ser un espacio de apertura a los nuevos discursos teóricos. La singularidad de ese campo radica, en contraposición a otras versiones de la semiótica, en su eclecticismo, ya que, lejos de establecer un umbral de científicidad fuerte, la semiótica construyó un espacio plural que, a modo de paraguas, permitía la convivencia de los viejos y los nuevos enfoques. Como concluye Pozuelo Yvancos en su artículo de 1999, «la A.E.S. ha venido a entender la Semiótica cada vez más como campo de confluencia interdisciplinar de diferentes lenguajes que como un lenguaje científico uniforme o unidisciplinar» (1999:66).

Por lo demás, cabe decir que la deconstrucción y el textualismo serán los grandes excluidos de ese consenso semiótico y —cabría decir— los Otros de la teoría en España: su parte de sombra. Pues, como decía Paul Valéry en *Le cimetière marin*, «rendre la lumière/ suppose d'ombre une morne moitié» (2006:24). El texto que abría el primer volumen de las actas del congreso de 1984 era un homenaje de Garrido Gallardo a Jakobson, que había fallecido en 1982. Sus últimas palabras fueron las siguientes:

Creemos que esta situación de nuestros estudios posibilita la confluencia con la otra semiótica invocada con frecuencia en nuestro congreso, la de la Escuela de París, ocupada en un diferente grado de abstracción. La preponderancia que lo contextual toma ahora en la indagación «de superficie» conectada con la línea jakobsoniana parece reclamar cada vez más respuestas sobre las primeras condiciones de discursivización. Este es, me parece, el punto del que ha partido el Congreso. Muchas presencias y ausencias (a la «deconstrucción», por ejemplo, apenas se la menciona ni para polemizar) podrán ser explicadas a partir de aquí. (1984b:22)

De ese modo, se apuntaba un camino para la semiótica y —más en general— para la teoría literaria, la cual, después de haber incorporado el estructuralismo asimilándolo a la perspectiva preestructural de la estilística podía incorporar la perspectiva posestructural de la pragmática, orillando un estructuralismo que aparecía como el fantasma de una amenazante exterioridad sin sentido.

3.3.3. La presencia de una ausencia

Derrida ha divulgado en el terreno de los estudios literarios la crítica antilogocéntrica contra el significado, radicalizando la exigencia al lenguaje de una legalidad inhumana. Estoy persuadido sin embargo de que todo esto ha sido fruto de una crisis honda, pero pasajera y ya superada.

Antonio García Berrio

Como hemos tenido ocasión de ver, la historia del campo teórico español hizo que las versiones textualistas y deconstructivas de la teoría literaria quedaran en un segundo plano cuando no, muchas veces, directamente recusadas no solo por el Hispanismo sino también por una parte importante de la propia Teoría de la Literatura. La deconstrucción ha sido presentada muchas veces desde estos sectores institucionales como un discurso nihilista y relativista que liquida los valores, como un ejercicio vano que arruina el método y la ciencia o como una práctica arbitraria ligada a la moda. En este contexto, ha habido, sin embargo, algunos autores que han incorporado a sus prácticas críticas los procedimientos y la mirada de la deconstrucción y la han transmitido a través de la enseñanza. Sin ánimos de ser exhaustivos, podemos referirnos a la primera etapa de Jordi Llovet, quien ganó el Premio Anagrama con *Por una estética egoísta: esquizosemia* (1978); al trabajo teórico, crítico y

de edición llevado a cabo por Túa Blesa, editor y principal estudioso de la obra de Leopoldo María Panero, quien lee la poesía y el arte contemporáneo pertrechado de las enseñanzas de Derrida y de Blanchot; a Jenaro Talens, cuyos *Elementos para una semiótica del texto artístico* (1978) presentan una perspectiva textual barthesiana; a Manuel Asensi, quien se ha interesado ampliamente por la teoría literaria posestructuralista, a la que ha dedicado especial atención en su *Historia de la teoría de la literatura II: el siglo XX hasta los años setenta* (2003) y en *Los años salvajes de la teoría. Philippe Sollers, Tel Quel, y la génesis del pensamiento post-estructural francés* (2006); y a Nora Catelli, quien —proveniente de la tradición crítica y cultural argentina— ha señalado, a partir de ciertos postulados de la deconstrucción, el psicoanálisis y los estudios culturales, algunos de los límites históricos del campo crítico español. En esta línea cabe destacar también la atención que Pozuelo Yvancos ha dedicado a Roland Barthes en diversos artículos (Pino Estivill, 2018:283), marcando, en los años noventa, una cierta «normalización» —como también muestra el volumen *Teoría literaria y deconstrucción* (1990), coordinado por Asensi para Arco/Libros—, aunque en posición dominada, de la deconstrucción y las perspectivas textualistas en España.

Esta exclusión de la deconstrucción —y, en general, de toda una serie de corrientes calificadas de relativistas, escépticas y nihilistas— será un rasgo relevante de las vías teóricas dominantes del campo de la semiótica y, más en general, del hispanismo. En su *Nueva introducción a la teoría de la literatura* del año 2000, Garrido Gallardo afirmaba, en su repaso a las líneas interpretativas de la literatura, que «solo cabe una exclusión, la Desconstrucción no es una línea más de interpretación, es un alegato *contra la interpretación*» (2004:46). La otra referencia a la deconstrucción que aparece en el libro, tras una presentación sumaria, era también negativa: «Contra esta posición se han levantado hoy día voces tan consistentes como la de G. Steiner en *Presencias reales* (1989). La Metafísica sigue, sin duda, presente como trasfondo de otro modo de concebir la realidad por parte de críticos de diferentes observancias» (82).

Cabe comparar esta obra con su *Introducción a la teoría de la literatura*, publicada un cuarto de siglo antes. Este libro se abría con una cita de Aristóteles y otra de Jakobson. Si la primera refería a la poética, la segunda insistía en la misma vía privilegiada por Lázaro Carreter: la que liga indisociablemente lingüística y literatura. Ahí se lee: «Un lingüista ciego a los problemas de la función poética del lenguaje y un erudito de la literatura indiferente a los problemas que plantea la lengua y que no esté al corriente de los métodos lingüísticos son igualmente un caso de flagrante anacronismo» (Garrido Gallardo, 1975:9). Lo interesante es que, veinticinco años después, se conser-

va la cita de Jakobson, pero esta ya no va acompañada de Aristóteles, sino de George Steiner:

Cualquier comprensión coherente de lo que es el lenguaje y de cómo actúa, cualquier explicación coherente de la capacidad del habla humana para comunicar significado y sentimiento está, en última instancia, garantizada por el supuesto de la presencia de Dios. Mi hipótesis es que la experiencia del significado estético infiere la posibilidad necesaria de esta «presencia real». (2004:5)⁴⁸

Este giro indica el paso a una hermenéutica de la presencia que, como se lee en este fragmento, es, en última instancia, de origen divino.

La opinión que merecía a García Berrio la deconstrucción en su prólogo de 1984 a *La Poética: tradición y modernidad* no era muy diferente:

La ventaja de la concepción romántica sobre la actual de Derrida es a nuestro juicio doble: primero por su positividad, sin la carga de analítica pesimista y escéptica a la que sirve en el pensamiento deconstructivo. En segundo lugar porque en autores como Vico y sobre todo en Herder esa intuición de un espacio de categorías absolutas es atribuida voluntariamente a la poesía. (García Berrio y Hernández Fernández, 1994:38)

Y su monumental *Teoría de la literatura (la construcción del significado poético)* dedicaba bastantes comentarios abiertamente críticos a la deconstrucción, que aparecía como el gran enemigo de la teoría literaria. García Berrio interpretaba tanto la deconstrucción como los otros *posestructuralismos* como una reacción a las pretensiones universalistas del método estructural. De ese modo, en un texto de 1989 sostenía que «el relativismo crítico y teórico (...) se potenció con la crisis de la Poética estructuralista hace diez o quince años, integrando incluso a sus fuentes estéticas tal vez inconscientes los factores útiles del rebrote de escepticismo que significa la deconstrucción» (1994a:9). García Berrio consideraba así el «relativismo» posterior al estructuralismo como un irracionalismo que, abandonando el universalismo y el espíritu de sistema, tendría en la deconstrucción un caso extremo:

No me parece razonable tampoco, ni en último extremo legítima, la auto-complacencia lúdica que se ha generalizado en la mayoría de las «lecturas» críticas actuales que conozco, o en los ejercicios teóricos muy concretos de reflexión

48 Estas dos citas —de Jakobson y de Steiner— serán retomadas en el «Epílogo» de *El lenguaje literario. Vocabulario crítico* (Garrido Gallardo, 2009:1481–1482).

particularizada. Defienden la licitud de su autonomía individualista amparándose en el mal ejemplo dejado atrás por la quiebra en sus esfuerzos globalizadores del método estructural, o mediante el expediente débilmente metodológico del relativismo de la lectura. Incluso en los casos más extremos, con la interposición de las aporías deconstrutivas sobre el significado. (10)

Frente a ello, García Berrio defendía unos universales antropológicos a partir de los cuales se haría interpretable la literatura (10)⁴⁹ y sostenía en el «Prefacio a la primera edición inglesa» (1992) que su «voluntad de sistematización teórica» surgía, polémicamente, como oposición al «predominio en la crítica actual de actitudes relativistas, antitéticas o fragmentarias, e incluso absolutamente escépticas sobre las condiciones y la posibilidad del significado» (1992:13).

En el campo del hispanismo la resistencia a la teoría es, por lo demás, prácticamente general. Es Nora Catelli quien ha afirmado, como ya hemos visto antes, que, al no poder suprimir la teoría, «la universidad española la encapsuló» (2015b:131). Ahora bien, dentro del campo institucional de la teoría va a darse también, como estamos viendo, una resistencia a la teoría en tanto que «resistencia a la necesidad de un pensamiento sobre la literatura como acontecimiento y experiencia» (Dalmaroni, 2014:23) que tendrá diversas modulaciones pero que se mostrará en todos los casos sumamente suspicaz ante la incorporación de las perspectivas textualistas y deconstrutivas al estudio literario. Escribía García Berrio al respecto de Paul de Man:

Determinados entendimientos y versiones de la Teoría pueden ser —y lo son de hecho— menos dignos de creencia y de necesidad. En esos casos la resistencia a tales teorías específicas es materia de obligación; y hacemos muy bien todos resistentes a ellas. Y entre todos los más obligados a la resistencia, por lo que nos va en ello, somos precisamente los que nos consideramos y titulamos teorizadores. Sin salir del caso de Paul de Man, por quien iniciábamos antes esta consideración sobre el síntoma perenne y actual de la resistencia a la teoría, me parece que se dan todas las circunstancias que explican —si no es que justifican— la resistencia. (1994b:65)

El juicio de García Berrio era categórico:

49 «El esfuerzo sintético de esta *Teoría de la Literatura* trata de dejar constancia de las posibilidades que subsisten para seguir afrontando especulativamente el arte como un mensaje reconocible e interpretable de universalidad antropológica» (García Berrio, 1994a:10).

La supuesta teoría de Paul de Man en estos escritos polémicos merece ser resistida a toda costa, precisamente porque no es aquello que, astutamente, trata de pasar por ser; a saber: verdadera Teoría de la Literatura. En todo caso el programa teórico de Paul de Man desde *Visión y ceguera* hasta *Alegorías de la lectura* y esta póstuma compilación de menos interés que es *La resistencia a la Teoría*, es una teoría de la crítica o mejor dicho una teoría de la lectura literaria, que sobrecogida por sus poderosas limitaciones, se ha censurado a sí misma el acceso y la proyección a la Teoría de la Literatura como disciplina más amplia y englobante. (65)

Esta línea, como el propio crítico señalaba, vendría de Nietzsche (642). Por su parte, tal como Félix de Azúa atribuía en un artículo la irresponsabilidad de los políticos españoles del siglo XXI a la lectura de Barthes (Azúa, 2005), Darío Villanueva parecía imputar, en su introducción a su *Curso de teoría literatura* de 1994, la pérdida de peso específico de la literatura en los planes de estudio al éxito —aunque no en España— de la deconstrucción:

Aunque esto apenas si ha afectado a España, sino sobre todo a las instancias académicas norteamericanas, después de que se hayan propalado como teorías literarias canónicas durante los últimos quince años sistemas sofisticados como el de la llamada «deconstrucción», no es de extrañar que ahora los gestores políticos decidan minimizar la presencia de la literatura en el sistema educativo cuando los propios estudiosos han postulado que la literatura no significa nada o lo significa todo, que el texto no tiene ninguna consistencia de sentido, es una caja vacía donde retumban ecos que vienen de las voces que gritan a su alrededor. (1994:12)

Más adelante, refiriéndose a la incorporación de la figura del lector en el estudio de la literatura y a las aportaciones de la teoría de la recepción, afirmaba: «No parece, sin embargo, que salvo en ciertas demasías del deconstructivismo haya ruptura ni contradicción posibles entre la consideración de la literatura desde la perspectiva del mensaje en sí y desde su acogida y recepción» (14).

Todo ello permite ver cómo la deconstrucción ocupa un lugar claramente dominado en el corpus académico de la teoría literaria española. Una última muestra de ello —que podría estudiarse como un caso— es la denegación por parte del Ministerio de Ciencia e Innovación de un proyecto de investigación dirigido por Túa Blesa en 2009, en el que los comentarios de los expertos, hechos públicos por el catedrático de Zaragoza junto con el resto de documentos asociados, muestran la minusvaloración de la deconstrucción en una resolución pública amparada en el secreto en la que se desmerece la

producción teórica, cuando no se excluye del «pensamiento literario», a autores como Gimferrer, Valverde, Antonio Machado, Cernuda o Valente y en la que se lee, entre otras cosas: «Los “teóricos de la literatura” españoles o son filólogos, o son descriptivistas, pero no son de forma efectiva teóricos de la literatura. ¿Cuáles son sus teorías? ¿Qué teorías literarias se han generado en España durante los últimos 18 años, por ejemplo?» (en Blesa, 2012b:472). Respecto a los trabajos ya presentados por el grupo de investigación, se afirma: «Muchos de estos artículos son artículos de prensa. (Confieso que algo así me parece escandaloso). Muchos de estos artículos, buena parte de ellos publicados en la prensa, son de una vulgaridad y de una trivialidad sobresalientes: “Carlos Bousoño: la poesía y el chiste”, “Barthes, la tele, la parodia: Salvador Gutiérrez Solís y la narrativa mutante”, etc.» (473) (donde cabe resaltar cómo el informante en cuestión presenta lo que eran artículos «en prensa», en un desliz sintomático, como artículos «de prensa», o sea, publicados en periódicos.) Y continúan los informes de los evaluadores: «El resto de los artículos, reseñas y contribuciones a congresos que presenta el IP [Investigador Principal] versan básicamente sobre los mismos temas: poesía y deconstrucción» (476), lo que en dicho contexto sugiere, en efecto, una falta, y de donde se concluye que «es un error subvencionar algo de esta naturaleza [el Proyecto FFI2009-13573 que se solicitaba]. Y sorprende mucho que haya podido ser subvencionado durante los últimos tres años [HUM2006-04981]». De hecho, en un último gesto de responsabilidad cívica, el experto, hace tiempo convertido en censor, sostenía que

es en realidad sorprendente que a este equipo [el del Proyecto HUM2006-04981, casi idéntico al de la Solicitud] le haya sido concedido un proyecto de investigación con anterioridad. No se comprende, en términos científicos, semejante concesión. Y, a juzgar por los resultados, sus aportaciones son tales que debería exigírseles la devolución de los fondos entregados en su momento. (477)

Llegados a este punto, no estará de más señalar que, para la escritura de este libro han sido de gran ayuda las investigaciones llevadas a cabo en el marco de dichos proyectos —basta para ello consultar la bibliografía.

Por lo demás, ese informe permite valorar no solo el lugar de la deconstrucción en el campo académico de la Teoría de la Literatura y la Literatura Comparada a la altura de 2009, sino también asomarse al funcionamiento de las agencias de evaluación contemporáneas las cuales, amparadas en protocolos neoliberales, siguen regidas muchas veces por los antiguos señores feudales. Dicho lo cual, es posible constatar cómo estas perspectivas posestructurales, textualistas y deconstructivas han adquirido un espacio propio

sobre todo desde finales de los años ochenta. Si nos fijamos en los manuales y libros de enseñanza de la teoría literaria, las perspectivas deconstructivas aparecen, en la mayoría de los casos, y en un primer momento, como acabamos de ver, tratadas de modo crítico, cuando no están directamente ausentes. Ahora bien, una excepción en este aspecto la constituye *La teoría del lenguaje literario* (Cátedra, 1988) de José María Pozuelo Yvancos, quien presenta un repertorio de puntos de vista sobre el objeto literario, privilegiando —como afirma el propio autor en la introducción— el punto de vista lingüístico. El libro propone así «una síntesis crítica de las principales alternativas teóricas y metodológicas propuestas por la Teoría Literaria actual» (9). Tras un primer capítulo sobre las «Bases retóricas de la poética» (11–17), el libro dedica tres capítulos al estructuralismo —dentro del que se incluye la estilística generativa («Desvío y teoría del estilo» (18–39), «El paradigma jakobsoniano de la función poética» (40–51) y «La teoría de la connotación» (52–61)— y sigue con tres capítulos más que supondrían una crítica a ese estructuralismo («De las poéticas textuales a la pragmática literaria» —62–104—, «Poética de la recepción» —105–127— y «La deconstrucción» —128–158—), mostrando de ese modo una pluralidad de perspectivas posestructuralistas. Los tres otros capítulos que cierran el libro se refieren a la Neorretórica («La neorretórica y los recursos del lenguaje literario» —159–194—), la Teoría del texto y la Pragmática de la lírica («Estructura y pragmática del texto lírico» —195–225—) y la Narratología del discurso («Estructura del discurso narrativo» —226–268—). Aunque sería preciso contrastar esta afirmación, es muy posible que este sea el primer libro de enseñanza de teoría literaria en España en el que la deconstrucción recibe un tratamiento de igualdad con el resto de perspectivas críticas.

En la dignificación de dichas perspectivas posestructurales han jugado un papel relevante revistas como *Tropelías*, publicada desde 1990 —con frecuencia anual hasta 2006 y, desde 2012, momento en el que pasó a ser digital tras seis años sin publicarse, dos veces al año— por el Área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Zaragoza. E igualmente importante ha sido el trabajo llevado a cabo por Manuel Asensi y su equipo desde la Universidad de Valencia, tanto a través de la publicación de libros (como *Los años salvajes de la teoría. Phillippe Sollers, Tel Quel y la génesis del pensamiento post-estructural francés* —Valencia, Tirant lo Blanch, 2006—) como, entre 1999 y 2016, de la revista *Prosopopeya: revista de crítica contemporánea*, que dio espacio también a perspectivas poscoloniales. La deconstrucción y las perspectivas textualistas y posestructurales también aparecen tratadas en la *Historia de la crítica literaria* (Ariel, 2002) de David Viñas y, un año después, Manuel Asensi les presta una considerable atención en el segundo

volumen de su *Historia de la teoría de la literatura (el siglo XX hasta los años setenta)* (Tirant Lo Blanc, 2003). En 2008, en la *Crítica del conocimiento literario* (Arco/Libros), Carmen Bobes Naves dedicaba en las últimas páginas de su libro un largo apartado a las «teorías negativas del conocimiento» en que se incluía un apartado sobre la deconstrucción. Aunque la valoración fuera muy crítica, la necesidad de hablar de ella por extenso indicaba que algo había cambiado en el panorama teórico español.⁵⁰

3.3.4. Creación de SELGyC (1977) y ASETEL (1993)

La creación de asociaciones profesionales, como la Sociedad Española de Literatura General y Comparada (SELGyC), fundada en 1977, y la Asociación Española de Teoría de la Literatura (ASETEL), creada en 1993, serán también fundamentales para la consolidación del área, al tiempo que harán visible parte de las tensiones que atraviesan el campo. La creación de la SELGyC fue impulsada por Lázaro Carreter, Carlos García Gual y Claudio Guillén para dar un espacio institucional al comparatismo en España y ha organizado hasta el día de hoy congresos bianuales y publicado *1616*, revista cuyo nombre remite al año de la muerte de Shakespeare y de Cervantes y que se abre con un primer número (1978) que presenta una selección de las intervenciones en el Primer Coloquio de Literatura Comparada celebrado en 1974 y del Primer Simposio de Literatura Comparada de 1977 (este último ya organizado por la SELGyC). En el coloquio de 1974, patrocinado por la Fundación del Amo y la Universidad Complutense de Madrid y cuya ponencia inaugural corrió a cargo de Marcel Bataillon, participaron, entre otros, Claudio Guillén, Alarcos Llorach, Antonio Prieto, Carlos Bousoño, Francisco Rico, René Etiemble, Lázaro Carreter, Eva Kushner y Cesare Segre.

La revista *1616* surgió con el objetivo de publicar las actas de los encuentros —que han tenido desde 1977 una periodicidad bianual y se han celebrados en Madrid, Barcelona, Zaragoza, Compostela, Huelva, Granada, León, Alcalá de Henares, Lucena, Alicante y Salamanca— que no fueran editados

50 «Estudiar la *dissémination* a fin de tener una lista de ejemplos de textos contradictorios e incoherentes, no parece un deporte que suscite mucho entusiasmo entre los investigadores; renunciar a la esperanza de alcanzar conocimientos verdaderos y generales, se hace muy cuesta arriba para la razón. Y pensar que la historia literaria es una sucesión de reacciones siempre puntuales contra la obra de un escritor anterior, no es muy estimulante, parece que estamos demasiado limitados y que la historia impone sus leyes y las seguirá imponiendo. La originalidad, la belleza y otros valores literarios parecen más autónomos y se liberan de los cauces estrictos que señalan estos críticos» (Bobes Naves, 2008:366–267).

por una universidad, pero en 2011, bajo la dirección de Darío Villanueva y teniendo a César Domínguez como secretario, se convirtió en una revista propiamente periódica y abierta a colaboraciones.

Por su parte, ASETEL se creó en Oviedo en 1993 después de una reunión previa en Barcelona. Sus presidentes han sido, hasta la fecha, Carmen Bobes Naves (1993–1997), Darío Villanueva (1997–2001), Miguel Ángel Garrido Gallardo (2001–2005), José María Pozuelo Yvancos (2005–2009), Sultana Wahnón (2009–2013), Fernando Cabo Aseguinolaza (2013–2017) y Domingo Sánchez Mesa (2017–2021) y Anxo Abuín González (2021 hasta la actualidad). En el año 2013 la asociación publicó un «Informe sobre la situación del área» que permite confirmar la presencia institucional del área en el campo. En 2011 había seis universidades españolas donde se impartían licenciaturas de segundo ciclo de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada (Universitat Autònoma de Barcelona, Universitat de Barcelona, Universidad Complutense de Madrid, Universidad de Salamanca, Universidad de Extremadura y Universidad de Granada). Con el cambio de planes de estudio, en 2013 la UCM había sustituido la licenciatura por un grado de Literatura General y Comparada; la UGR por un grado de Literaturas Comparadas; y la UB por un grado de Estudios Literarios. De las otras tres, la UAB creó una Mención en Literatura Comparada y un Máster; en la de Salamanca se elaboró un itinerario dentro de un Máster; y en la de Extremadura se creó un Máster propio.

ASETEL ha promovido a su vez la celebración de ocho simposios y tres congresos internacionales hasta la fecha. Estos congresos se han celebrado en la Universidad de Granada (2011), en el CSIC (2014) y en la Universidad de Oviedo (2018), y la consulta de sus actas puede dar cuenta de la pluralidad actual del campo teórico español. Paralelamente, cabe constatar cómo los discursos de la teoría literaria han desbordado, con mucho, los márgenes del área, y pueden encontrarse movilizados, aunque aún de modo minoritario, en la obra de profesores y críticos ajenos al campo institucional.

3.3.5. Revistas, editoriales, manuales: lecturas académicas

No es este el lugar para analizar en detalle la teoría literaria de los últimos veinte años, en la que se van incorporando progresivamente los enfoques teóricos y metodológicos contemporáneos. La evolución del campo puede seguirse, sin embargo y parcialmente, a través de algunas publicaciones académicas. En este punto, queremos destacar el trabajo llevado a cabo, en el ámbito catalán, por *Els Marges*, revista cuatrimestral de lengua y literatura catalana fundada por Joaquim Molas en 1974 con vocación no solo académica, sino también intelec-

tual, y cuyo equipo de redacción estaba formado en un primer momento por Josep Maria Benet, Jordi Castellanos, Josep Murgades y Enric Sullà. Destaca en ella un trabajo de traducción destinado a proveer a la teoría literaria catalana de un corpus teórico actualizado. De ese modo, es posible observar la voluntad de renovación teórica ya desde los primeros números, con traducciones de Sullà y de Murgades: el número dos se abría con un artículo de René Wellek sobre «Els principals corrents de la crítica del segle xx» (1974); el tercero incluía «El punt de vista en la narrativa: el desenrotllament d'un concepte crític» (1975), de Norman Friedman; el séptimo «La història de la literatura com a provocació a la teoria literària» (1976), de H.R. Jauss; y el octavo «Marxisme i teoria de la literatura» (1976), de André Gisselbrecht. En el número 15 publicaban el manifiesto «Una nació sense estat, un poble sense llengua» (1979), en el que —al tiempo que se constataba la precariedad de la lengua y de la cultura catalana en el presente— se apostaba por «l'existència viva d'aquesta llengua en virtut de les seves realitzacions presents i no de les d'un passat massa transcendentalitzat» (Els Marges, 1979:13), y afianzaban la publicación de traducciones de textos teóricos: «La noció de literatura», de Todorov (nº 15, 1979); «El novel·lista a la cruïlla», de David Lodge (nº 16, 1979); «La imaginació pornogràfica», de Susan Sontag (nº 21, 1981); «Més enllà de la interpretació», de Jonathan Culler (nº 22/23, 1981); «El marxisme, l'estructuralisme i l'anàlisi literària», de Raymond Williams (nº 24, 1982); «Un antecedent de l'estructuralisme: *La muerte y la brújula*», de Bernard McGuirk (nº 25, 1982); «L'hispanisme britànic, l'ortodòxia crítica i el repte de la teoria literària», de Barry Jordan (nº 26, 1982); «Allò tràgic i allò còmic en la història real» (nº 27/29, 1983) y «Extret de la *Introducció a la crítica de l'economia política*» de Marx; «Nosaltres filòlegs» de Friedrich Nietzsche; «El poeta i el fantasieig» de Freud; «L'ideal de l'home harmònic en l'estètica burguesa» de Lukács; «Lliçons d'estètica» de Wittgenstein; «Primera lliçó del curs de poètica, al Collège de France (10 de desembre de 1937)» de Paul Valéry y «Els problemes dels estudis literaris i lingüístics» de Jakobson y Tinianov; «Autobiografia i història literària», de Philippe Lejeune (1984, nº 32). En febrero de 1991, con el número 43, la revista pasó a ser dirigida por Jordi Castellanos y Josep Murgades, entrando en una segunda etapa (Moret, 1999).

Entre las revistas propiamente académicas, cabe referirse a *1616* (asociada desde 1978 a la SELGYC), *Tropelías* (desde 1990, asociada a la Universidad de Zaragoza), *Signa* (desde 1992, asociada a la AES), *452°F* (desde 2009, asociada primero a la Universitat Autònoma de Barcelona y actualmente a la Universitat de Barcelona y que traducía todos sus textos, hasta 2017, al catalán, al español, al euskera y al inglés) y la reciente *Theory Now. Journal of Literature, Critique, and Thought*, surgida en 2018 en la Universidad de Granada, que se

ha interesado por el pensamiento de autores como Jonathan Culler, Michel Foucault, Jacques Rancière y Georges Didi-Huberman.

Como editoriales importantes de la democracia en el campo de la teoría literaria hay que destacar Paidós, a través de «Paidós Comunicación», y la editorial Cátedra con algunos títulos de «Crítica y estudios literarios» (dirigida por Antonio Domínguez, que fue profesor ayudante de Lázaro Carreter en Salamanca), en que se publicó en 1995 el volumen de Toril Moi *Teoría literaria feminista*, y su colección dedicada a la semiótica filmica y a la teoría de los lenguajes «Signo e imagen», dirigida por Jenaro Talens. Taurus con «Teoría y crítica literaria» (dirigida por Darío Villanueva) o la serie «Lecturas» de Arco/Libros serían las principales plataformas. Junto a ellas cabe destacar la sección «Teoría y crítica literaria» de la colección «Persiles» de Taurus que, fundada en 1985 también por Darío Villanueva, publicó libros como *El camino crítico* (1986), de Northrop Frye; *El acto de leer* (1987), de Wolfgang Iser; *Semiotología de la obra dramática* (1987), de Bobes Naves y *Del formalismo a la neorretórica* (1988), de Pozuelo Yvancos.

Finalmente, encontramos un corpus privilegiado para seguir esa evolución en la serie «Lecturas» que —dirigida en una primera etapa por José Antonio Mayoral y que actualmente tiene en su comité editorial a Fernando Cabo, Cristina Naupert, Domingo Sánchez-Mesa, Amelia Sanz y Enric Sullà— publica Arco/Libros desde 1987, y en la colección de teoría literaria de Síntesis que, bajo la dirección de Garrido Gallardo, editará veinticinco títulos. Arco/Libros publica también la serie «Perspectivas. Biblioteca de Teoría Literaria y Literatura Comparada», dirigida por Bobes Naves (y que, como comenta Pozuelo Yvancos, supone la continuación de «Teoría y crítica literaria» de Taurus —2011:683—). Estas colecciones y series pueden ser consideradas las de referencia del campo, en el sentido en que constituyen el eje cero de coordenadas de la teoría literaria en España. En ella han colaborado una gran cantidad de profesores del área dando forma a aquello que se considera digno de ser transmitido en la enseñanza de la teoría literaria y la literatura comparada. Como dirá Amelia Sanz, los volúmenes publicados por Arco/Libros en su colección «Lecturas» habrían pretendido «dar a leer en español los textos fundamentales de la teoría de la literatura internacional» (Sanz, 2009:7). Es significativo que la serie se abra en 1987 con tres volúmenes sobre *Pragmática de la comunicación literaria* y *Estética de la recepción* (coordinados por José Antonio Mayoral) y *Lingüística del texto* (por Tomás Albadalejo), y un cuarto volumen en 1990 sobre *Teoría literaria y deconstrucción* (por Manuel Asensi), el cual da cuenta de una cierta «normalización» de las perspectivas deconstrutivas en el campo teórico español. Por lo demás, el volumen *Teoría literaria española con voz propia*, coordinado por Amelia Sanz, proponía en 2009 una visión de

conjunto de la colección presentándola del siguiente modo: «Formados en las universidades españolas de la democracia y en las de otros países, estos investigadores han sabido salir y entrar de nuevo, leer y dar a leer, escribir en una y otra lengua, traer y llevar la reflexión internacional en estos últimos veinte años como quizás nunca había hecho la crítica literaria en nuestro país» (Sanz, 2009:7). Más allá de que no sea cierto en ningún caso —en lo que no deja de ser una afirmación significativa— que esos autores se formaran «en las universidades españolas de la democracia», cabe indicar, sin entrar en un estudio detallado de dicha colección, que esas nuevas perspectivas y campos de estudio no borran de un plumazo las antiguas problemáticas, sino que vienen a superponerse a ellas y a encabalgarse con los antiguos discursos. De esta manera, los modos de actualización de la obra de Pierre Bourdieu o de Roger Chartier, por nombrar simplemente a dos autores o, en otro campo muy diferente, el estudio de las nuevas tecnologías, de la historia del libro y de la lectura o de las *digital humanities*, no dejan de adquirir sentido a la luz de la historia que venimos de narrar.

Una última editorial sobre la que es preciso detenerse es Síntesis, que en los años noventa comienza a publicar, bajo la dirección de Garrido Gallardo, una serie de monografías enfocadas a la docencia en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Desde sus primeros volúmenes sobre *La poesía* (Rafael Núñez Ramos, 1992), *La novela* (Bobes Naves, 1993), los *Géneros literarios* (Kurt Spang, 1993), la *Poética de la ficción* (Pozuelo Yvancos, 1993) o *La estilística* (Paz Gago, 1994) hasta la *Nueva introducción a la teoría literaria* (Garrido Gallardo, 2004), la serie dedicará atención a la *Sociología de la literatura* (Sánchez Trigueros, 1996), a *Literatura y filosofía* (Asensi, 1995) y a *Literatura y psicología* (Isabel Paraíso, 1995).

En 2009, a modo de cierre de la serie, se publica *El lenguaje literario. Vocabulario crítico* (Síntesis), un libro que, presentándose como «libro del profesor o suma» (2009b:7), compila publicaciones ya existentes. El volumen se abre con un libro sobre «Fundamentos del lenguaje literario» (Garrido Gallardo) y sigue con dos sobre historia de la Poética (Dolezel) y de la Retórica (Hernández Guerrero y García Tejera). Tras esa historia, se dedica un libro a la Estilística (Paz Gago), fundamental en España, otro a la narración (Garrido Domínguez) y un tercero a la ficción (Pozuelo Yvancos). A la Retórica (Albadalejo) y a la Métrica (Domínguez Caparrós) se les dedican sendos libros, seguidos de otro sobre «Géneros literarios» (Spang), antes de cerrar el volumen con un vocabulario crítico y una bibliografía. Ese libro de libros presenta la Teoría Literaria como una disciplina en continuidad con la gran tradición clásica de la Retórica y de la Poética, cuyo precedente inmediato en la tradición española sería la estilística. Su andamiaje plantea

de ese modo lo que tendrían que ser los conocimientos básicos generales de un estudiante de Teoría de la Literatura de comienzos del siglo XXI. En ese sentido, cabe rescatar una anécdota que el director del libro recuerda en sus primeras páginas y ver cómo coloca la disciplina en continuidad con la gran tradición humanista occidental y en el horizonte de fe del cristianismo:

He contado en otra ocasión la sorpresa que me produjo el cambio que se experimentó entre 1996 y 2001 en las estanterías de la casa central de la librería Barnes and Noble de Nueva York. En la visita que hice en 1996, las novedades de las materias que me interesaban profesionalmente ocupaban anaquel y medio bajo el epígrafe *Literary Criticism*, situado junto a tres anaqueles del epígrafe *Christianity*; en la visita de 2001, tres anaqueles de éstos albergaban libros de *Feminism, Gender Studies, Gay/Lesbian Studies y Queer Theory*. Había uno para *Christianity* y medio para *Literary Criticism*. Tengo la convicción de que, a finales de siglo, seguirán sin duda los anaqueles de *Christianity* y *Literary Criticism* (Retórica y Poética), pase lo que pase con lo demás. Este libro se especializa, pues, en aspectos duraderos del discurrir humano. (Garrido Gallardo, 2009b:8)

Por último, cabe asomarse a las introducciones y a las presentaciones generales y manuales de teoría de la literatura donde reposa, como hemos comentado, aquello que es considerado digno de ser transmitido. Un breve repaso a estas cuestiones puede darnos una idea general del campo. En 1975 Garrido Gallardo publicaba *Introducción a la teoría de la literatura* (Madrid, SGEL), libro que en 2002 sería reemplazado por su *Nueva introducción a la teoría de la literatura* (Síntesis). El libro se abría con dos citas que, como el propio autor afirmaba en la introducción, «ponen de relieve las líneas maestras de mi compromiso» (Garrido Gallardo, 2004:18). Se trataba de una cita de Jakobson, en la que señalaba la centralidad de la lingüística para estudiar la literatura («un estudioso de la literatura indiferente a los problemas que plantea la lengua y que no esté al corriente de los métodos lingüísticos son igualmente un caso de flagrante anacronismo» —5—), y otra de Steiner, en la que se lee (y aquí citamos de nuevo un texto citado unas líneas más arriba):

Cualquier comprensión coherente de lo que es el lenguaje y de cómo actúa, cualquier explicación coherente de la capacidad del habla humana para comunicar significado y sentimiento está, en última instancia, garantizada por el supuesto de la presencia de Dios. Mi hipótesis es que la experiencia del significado estético infiere la posibilidad necesaria de esta «presencia real». (5)

Esta hibridación hispana entre el formalismo jakobsoniano y la herme-

néutica steineriana sirve al autor para plantear un dilema que le permitirá contraponerla frontalmente a su sombra, ligada a una filosofía lúdica o neoneo-nietzscheana y a unas corrientes textualistas y deconstructivas que a duras penas serán incorporadas en la teoría literaria española:

Aquí se abren dos opciones: la pesimista, que cree que el ser humano no tiene posibilidad de conocer la verdad y menos de comunicarla, y la optimista, que sostiene que, a pesar de los pesares, los seres humanos tenemos ambas facultades. Lo que decimos en un momento dado no es necesariamente algo que remite a múltiples sentidos figurados y estos a otros y a otros sin ninguna vinculación ni control, sino que puede ser la expresión de un descubrimiento que nos ayuda a nosotros mismos y a otros a crecer en humanidad. (18)

Esta perspectiva, que hace del concepto de comunicación un punto fuerte, ha sido expuesta por Garrido Gallardo en múltiples ocasiones hasta la fecha y constituye, a grandes rasgos, una crítica al «nominalismo» de la teoría literaria heideggeriana y deconstructiva (2017). Consecuentemente, Derrida —aunque aparece citado en la bibliografía— no ocupa ningún lugar en el libro, y los últimos libros de Barthes en ser citados son *Crítica y verdad* y sus *Nuevos ensayos críticos*.

Si nos ocupamos de otros autores, podemos ver cómo Antonio García Berrio, autor de *Significado actual del formalismo ruso* (1973), publicará en 1989 *Teoría de la literatura: la construcción del significado* (Cátedra), un libro en el que —como en la *Crítica del conocimiento literario* (2008) de Bobes Naves— se percibe una voluntad de sistema que parte de la postulación de unos universales antropológicos. En una línea diferente, el *Curso de teoría literaria* (1994) coordinado por Darío Villanueva (Taurus, «Lingüística y Filología») se presenta como «un testimonio activo del pluralismo teórico y crítico desde el que, creemos, se debe hoy por hoy profesar la literatura» (Villanueva, 1994:II). En la introducción del volumen, Villanueva proponía, más allá de la perspectiva lingüística, «recuperar lo que es la base fenomenológica del hecho literario, es decir, la relación del lector con el texto» (12). De hecho, esa vuelta del lector llevaría asociada «una recuperación homóloga de la figura del autor, cuya larga y solitaria travesía del desierto todo parece indicar que está tocando a su fin en el territorio de la ciencia literaria» (15). El volumen apostaba, por lo demás, por

la concepción de la ciencia literaria como un área interdisciplinar, urgida por la

exigencia de su aplicabilidad a la docencia y el análisis de los textos, necesitada de la máxima coherencia y simplicidad en sus planteamientos como rechazo del narcisismo teórico y la eutrapelia metalingüística que tanto ha perjudicado su credibilidad. (14)

Villanueva destacaba también el lugar institucional de la teoría literaria en el nuevo contexto:

Estamos asistiendo (...) a una reforma de los planes de estudio en las universidades españolas por la que la teoría literaria va a adquirir un nuevo papel en los primeros ciclos de todas las filologías y se reconoce por primera vez la licenciatura de teoría de la literatura y literatura comparada, al tiempo que, paradójicamente, las directrices tecnocráticas y economicistas parecen triunfar en la articulación de nuestras enseñanzas medias y desdibujan peligrosamente la presencia de las letras en ellas. (15)

Tras una introducción del coordinador (11–16) figuran: «La literatura. La ciencia de la literatura. La crítica de la razón literaria» (19–45), de María del Carmen Bobes Naves; «Filología y ciencia de la literatura» (47–68), de Ricardo Senabre; «La teoría literaria en el siglo xx» (69–98), de José María Pozuelo Yvancos, que incluye apartados sobre formalismo y estructuralismo, pragmática, semiótica eslava, Bajtín, estética de la recepción, sociología y psicoanálisis; «Literatura comparada y teoría de la literatura» (99–127), de Darío Villanueva; «El lugar de la teoría de la literatura en la era del lenguaje electrónico» (129–143), de Jenaro Talens. La segunda parte tiene secciones dedicadas a «La comunicación literaria» (147–164), de Ricardo Senabre; «Géneros literarios» (165–190), de Miguel Ángel Garrido Gallardo; y tres apartados dedicados, respectivamente, a la poesía («Teoría de la poesía» —191–218—, de Dolors Oller), la narración («Teoría de la narración» —219–240—, de José María Pozuelo Yvancos) y el teatro («El teatro» —241–270—, de Ma. del Carmen Bobes Naves).

José Domínguez Caparrós, especialista en métrica y en hermenéutica, ha publicado una *Teoría de la literatura* (Centro de Estudios Ramón Areces, 2002) y una *Introducción a la teoría literaria* (UNED/Centro de Estudios Ramón Areces, 2009). Y Jordi Llovet coordinó el volumen *Teoría literaria y literatura comparada* (Ariel, 2005), que recogía trabajos de los profesores de la sección de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universitat de Barcelona que partían de las carencias del «discurso historicista y el estrechamente filológico» para señalar —tal como se lee en la contraportada del libro— cómo «entre la fijación material de un texto y su ubicación en el seno

de una cultura, existen múltiples aproximaciones a la literatura, ofrecidas por disciplinas tan varias como la estilística, la sociología, el psicoanálisis, la hermenéutica o la comparatística».

Este repaso permite ver cómo, además de la raíz lingüística que hemos estudiado —y junto con una apertura plural del campo que la abre a otras vías—, hay una segunda línea que conecta con los estudios clásicos y con la gran tradición greco-romana y cristiana, muchas veces en un marco en el que todavía rige, en el plano nacional, la tradición hispánica del menendezpelayismo, donde el tradicionalismo y la unidad histórica, lingüística y cultural de España son presupuestos aproblemáticos que dirigen el discurso.

3.3.6. Claudio Guillén y los avatares de la Literatura Comparada

...una querella reciente en la academia hispana, en lo fundamental soterrada salvo por la reacción del propio [Claudio] Guillén, quien le ha dado cuerpo y sustancia intelectual.

Fernando Cabo Aseguinolaza

Antes de acabar esta aproximación a los procesos de institucionalización de la teoría literaria en la España de la posdictadura es importante reconstruir la trayectoria de Claudio Guillén para entender algunos avatares del campo, ya que él será el principal representante de la Literatura Comparada en España y hará un gran esfuerzo por incorporar una versión de la misma que, finalmente y en contra de sus deseos, no podrá sino subordinarse, con mayor o menor autonomía, al bloque principal que hasta ahora hemos estudiado.⁵¹

Hijo de Jorge Guillén y de Germaine Cahen, Claudio Guillén (París, 1924), después de vivir en Sevilla, fue enviado a París durante la Guerra Civil a la casa de su abuela. Allí estudió en el Lycée Pasteur (París) hasta reunirse con su familia en Montréal en mayo de 1939. En 1941 se diplomó en el Williams College y comenzó estudios de posgrado de Literatura Comparada bajo la dirección de Harry Levin y Renato Poggio en Harvard, donde se doctoró en 1953. Fue profesor de Literatura Comparada en Princeton hasta 1965, cuando se trasladó al departamento de Literatura de San Diego, fundado por Carlos Blanco Aguinaga, y donde fundó el programa de Literatura Comparada, y, además de participar en la Universidad de California, fue profesor, desde 1978, en Harvard. En 1982 fue nombrado catedrático ex-

51. Agradezco a Margarita Ramírez la autorización para publicar los fragmentos de la correspondencia que aquí se reproduce, así como sus comentarios sobre la misma, que han permitido revisar algunos aspectos de la exposición.

traordinario de Literatura Comparada en la Universitat Autònoma de Barcelona gracias a las gestiones de Francisco Rico (Blecua, 2009:29) y de Antoni Serra Ramoneda, rector de dicha universidad en la que dio clases hasta su jubilación forzada a los sesenta y cinco años,⁵² antes de trasladarse a la Universitat Pompeu Fabra y de pasar a ser miembro en 2002 de la Real Academia Española (Barrachina y Glondys, 2016:15–19). En 1991 contribuyó a crear, como profesor visitante en la Universidade de Santiago de Compostela, el primer programa de doctorado de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en España. Sus tres obras más importantes son *Literature as System* (Princeton, 1971) —de la que retoma algunos textos en la también importante *Teorías de la historia literaria (ensayos de teoría)* por Espasa Calpe en 1989—, *Entre lo uno y lo diverso* (Tusquets, 1985, con reedición en 2005) y *Múltiples moradas* (Tusquets, 1998).

El gran proyecto de Guillén consistirá en introducir el comparatismo, tal cual él mismo lo entendía y practicaba después de una larga experiencia norteamericana, en España, proyecto que es posible remontar hasta, por lo menos, 1975. Cabe evocar al respecto una escena de escritura epistolar, en un epistolario (Harvard, The Houghton Library, bms Am 2461 —385—) que solo ha sido estudiado hasta la fecha, por lo que nos consta, en un artículo de Andrés Pérez-Simón (2014), y en el que se incluye el borrador del programa de doctorado en Literatura Comparada que Guillén preparara en San Diego en 1968.

El 12 de diciembre de 1975 escribe Harry Levin a Guillén para ofrecerle una plaza en Literatura Comparada y Español en Harvard:

Dear Claudio:

The time has come for me to pursue a discussion, which I have broached with you on one or two previous occasions, as to the possibility of your being willing to accept an invitation to come to Harvard as a tenured professor in this department (...). We are thinking of an appointment which would commence in 1977. We are also thinking in terms which would have the concurrence of our Department of Romance Languages, giving you full status there and the opportunity to teach in the Spanish section for up to half of your time.

En esa carta, Levin presenta del siguiente modo su propuesta:

52 Escribía al respecto Guillén a Levin el 20 de abril de 1992: «Two years ago I was retired from Barcelona, abruptly, as the Socialist government ceases everyone at age 65: place aux jeunes! (...). I will teach second semester next year at Santiago de Compostela. I have also taught in Venice, for six weeks, and São Paulo, for two months early this year. Just recently I was appointed to the Advisory Council planning a third, new university for Barcelona. And I enjoy particularly serving this year on the Comisión Asesora for the Humanities of the Fundación Juan March in Madrid, which is the most exquisite institution I know, very active particularly in music and the arts».

Since you are well and justly known to be your own man, and have already accomplished so much in your own right, it would ill become me to speak of succession. I shall merely say that your coming would be the final crown of success on my efforts to rebuild and maintain this department, and that I should retire very happy with the awareness that you were here in the midst of things.

A lo que añade: «We continue to think of your book as one of the most central contributions and of your presence here as the best possible way of our fulfilling that *desideratus*». En respuesta del 30 de diciembre, Guillén agradece enormemente el ofrecimiento pero, presentándose a sí mismo ante un «dilema existencial», solicita una prórroga y pide tiempo para reflexionar:

Dear Harry:

Your all too splendid letter brought me a great deal of satisfaction, pride, an emotion. You could not be kinder, of course, or possibly more generous. Nor could I hope for greater encouragement and recognition.

Ceci dit, and *de tout coeur*, I am writing today to ask for a little time to reach a decision – not too much, but enough so as to be able to give you the firmest answer possible. Another month or month and a half should do. I am faced with what is called, I believe, in academic parlance, an «existential choice».

Levin responde el 7 de enero de 1976 insistiendo en que «all of us here have a strong sense of needing and wanting you» y señalando que «our confidence in what you could contribute to the department is matched with the feeling that your presence would maintain our central role in the field». Igualmente, en esa carta Levin insiste en que Guillén tendrá completa independencia en sus decisiones.

Ante la ausencia de respuesta de Guillén, el 11 de febrero vuelve a escribirle transmitiéndole una invitación para una reunión en Harvard. Finalmente, el 4 de marzo, Guillén enviará su respuesta:

Dear Harry:

After much thought, after what must have seemed like excessive hesitation and delay, I regret deeply that I am not able to accept the opportunity that you offer.

En la carta decía sentirse muy ligado a la Universidad de San Diego y añadía que la oferta le llegaba a destiempo («I should have gone to Harvard, had I achieved enough, ten or twelve years ago, ready to give to my new col-

leagues the kind of drive and imagination that I may have brought to San Diego»), no sin referir al respecto criterios más íntimos:

These decisions ultimately turn, as you know full well, on very personal matters, on emotional attachments, on continuities which an outsider (including Teresa or Steve) can scarcely begin to evaluate. They do not simply translate into reasons, into arguments, pro or con, which can then be refuted or accepted. In my case, probably, the possible return to Boston evokes my adolescence, the difficult years of initial emigration and apprenticeship, in ways that I find difficult to control.

La renuncia de Guillén quedaba en parte justificada por los penosos recuerdos del exilio. Aunque no importa que este fuera o no un argumento de peso, sí es relevante notar que señalaba de modo velado —cabe recordar que Guillén dudó en responder, demorando por tres meses su respuesta— una relación problemática con España y el exilio. No solo con la del pasado —sino también con la del presente—. Pues el ofrecimiento de Levin le llegaba a Guillén poco después de la muerte de Franco, el 20 de noviembre de 1975, en un momento en el que podía abrigar esperanzas de volver a España, con el plausible agotamiento de la dictadura y la presumible apertura democrática, para introducir en ella su magisterio. Escribía Guillén al final de su misiva: «There would be much more to say about other things, including Spain —*tertium datur*—, which I am likely to visit in the future more often than the comparatist at Boylston Hall should. But what I have said already may indicate the extent to which this was a personal, an “existential” decision for me».

Guillén renunciaba y se permitía proponer de pasada a otro candidato, «a younger and stronger person»: Edward Said («I feel certain that you need a younger and stronger person at Harvard at the present time. Some on, say, in Edward Said's phase of development and participation in current movements of thought »). Ambos profesores tenían al menos un rasgo biográfico en común, ligado a desplazamientos fruto de la violencia política del siglo xx. Guillén, comparatista español a todos los efectos, nació sin embargo en París y toda su biografía hasta el momento había transcurrido fuera de España. Hijo del poeta exiliado Jorge Guillén, su formación se dio en Francia y en los Estados Unidos, fue profesor en Alemania, en Princeton, en San Diego y en Harvard y no fue hasta 1982 cuando —después de una serie de visitas, cursos y conferencias— se instaló en España como catedrático extraordinario en Literatura Comparada por la Universitat Autònoma de Barcelona. La familia de Said, por su parte, se vio obligada a ingresar en un campo de refugiados en 1948 por la intervención israelí antes de que Said emigrara a Estados Unidos en 1951.

La respuesta de Levin, escueta y seca, está fechada a 10 de marzo y en ella

se lee: «So be it. I need scarcely say how deeply disappointing your decision is to me and my colleagues». La correspondencia no se reanudaría hasta un año después, con una carta del 4 de marzo de 1977 en que Guillén preguntaba a Levin si todavía seguía en pie la oferta de contratación:

My brother-in-law mentioned over the telephone, shortly before he left, some two months ago, that the possibility of an appointment in Comparative Literature for me might not have disappeared completely at Harvard. If my answer of last year to your very serious pre-offer has canceled this opportunity, I would be the first fully to understand. And I would ask you, in the spirit of confidence and generous friendship with which you wrote to me earlier, not to hesitate in the slightest to tell me that the hour has passed.

En la carta le informaba también de que estaba haciendo gestiones para impartir docencia en la Universidad de Málaga, ausentándose de San Diego, y de que se había creado una asociación española de literatura comparada en octubre de 1976 en Madrid «at a meeting where I was the principal speaker; and I would like to offer some courses in the discipline (which in the Spanish context is truly a liberal and constructive force today) in Málaga —for the first time in the history of the Spanish universities!».

En su respuesta del 9 de marzo de 1977 Levin se mostraba abierto a la posibilidad de hablar sobre la posible contratación de Guillén, que se concretaría en 1978,⁵³ aunque Guillén no dejaría de hacer estancias en España antes de instalarse en ella (Pérez-Simón, 2014:297).

Si nos hemos detenido en esta correspondencia es porque en ella se percibe, entre líneas, el proyecto que Guillén se ha dado a sí mismo: introducir su versión de la Literatura Comparada en España. Desde que se reanudaron sus intercambios epistolares, esa cuestión fue una constante en las cartas de Guillén, quien escribiría a Levin el 4 de marzo de 1980 desde Málaga: «I (...) offered four lectures of Introduction to Comparative Literature in the Fun-

53 Hay una carta de Levin a Guillén del 2 de diciembre de 1977, cuya consulta debo a la generosidad de Margarita Ramírez, en que Levin le anuncia lo siguiente: «I cannot tell you how happy I am to inform you that, with great acclamation, you were nominated at a meeting last Monday for a professorship in Comparative Literature. There are one or two absentee concurrences still to be collected, but I should have been praised by people who knew you or were close to your work is not at all surprising; but it was also gratifying to hear strong expressions of approval from others more tangentially concerned (...). I am beginning to assemble the vast array of documentation which must be presented to the Dean and President (...). Though the ad hoc committee cannot be assembled until March, the Dean assures me that he will make every effort to expedite the actual processes of appointment. Consequently, you may now wish to begin thinking about your courses if you come next fall».

dación March in Madrid, with my usual efforts and doubts. To my great surprise, they were very successful and attracted much attention, proving, I suppose, that some métier comes with age, but particularly that Madrid is a provincial sort of capital».

El 14 de marzo de 1984 le invitaba al coloquio «Bilingüismo y Multilingüismo en la literatura y la cultura», que se celebraría ese mismo año en Barcelona, y aprovechaba para informarle de su enseñanza en la UAB:

Students and professors have received me with warmth and affection. I give a few classes and achieve, frankly, not very much, I fear. Comparative Literature is a few years away still, here, for the simple reason that the modern European literatures are insufficiently taught and must be developed first. A long pull, and it is too late for me to devote my energies to the task.

Y le escribirá el 20 de abril de 1992:

I don't think I was able to accomplish very much in Barcelona, though of course there were a few interested students and colleagues. I was President, though, until recently of the Spanish Comparative and General Literature Association, which held several meetings (and publishes a review) under my direction; and about two years ago the Ministry of Education – worried about the free circulation of students and professors in Europe after next year, and the need to unify degrees and requirements – accepted a B.A. degree in «Teoría de la Literatura y Literatura Comparada» for all Spanish universities. We shall see what happens. The convergence of the two is remote utopia for now. But we are contributing to the entrance of Spain into Europe, which is the principal project, the overarching concern for practically all generations of Spaniards at this moment.

En esos años, como se ve, Guillén abogaba por la convergencia de ambos campos, teoría y comparatismo, en pos de la transformación de la enseñanza y el estudio de la literatura. De hecho, ya escribía en su prólogo de 1989 a *Teorías de la historia literaria*: «Hoy solemos pensar que la teoría de la literatura y el comparatismo tienden a converger y a necesitarse mutuamente. Muchos pensamos que en esta confluencia reside el futuro de los estudios literarios de nuestro país» (Guillén, 1989:13). Ahora bien, una década después, cuando en España el Ministerio plantee incorporar la literatura comparada a los departamentos ya existentes de teoría de la literatura, Guillén se opondrá con todas sus fuerzas. ¿Qué había pasado por el camino? La respuesta se deja adivinar sin mucho esfuerzo: ninguna de las dos versiones de la teoría literaria que es-

taban en vigor a finales del siglo XX le satisfacían. La primera, en clave nacional, era la que había conseguido abrirse un espacio en el seno de la universidad española y que tendía a privilegiar el aspecto lingüístico de la literatura, en continuidad con la tradición estilística. La segunda, la versión de la teoría literaria que empezaba a despuntar en los años noventa en los Estados Unidos tampoco podía agradar a un Claudio Guillén que la despacha sin demasiadas contemplaciones en su prólogo de 2004, en un contexto en el que, sin dejar de reconocer la importancia de ciertas perspectivas ligadas a los estudios culturales y postcoloniales, critica algunos de sus presupuestos —especialmente en el caso de los estudios culturales— y solo salva a Fredric Jameson y a Edward Said (2005:18-24), a quien como ya hemos visto recomendó en Harvard.

De ese modo, la conversión del área de Teoría de la Literatura, en 2001, en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada fue duramente criticada por Guillén, quien había invertido una parte importante de sus esfuerzos durante el último cuarto del siglo XX para conseguir introducir la Literatura Comparada, tal cual la había practicado en los Estados Unidos, en el campo universitario español. El prólogo con que abre *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la Literatura Comparada (ayer y hoy)* —un libro del que le decía a Levin: «The book will no please no one. Too international for the Spaniards, too Spanish for the others» (14 de marzo de 1984)—, fechado a 3 de agosto de 2004, es, entre otras cosas, un alegato desencantado en defensa de la Literatura Comparada y contra el lugar que ocupaba en España (Cabo Aseguiñolaza, 2007). Tras definirla como «el conocimiento sistemático y el estudio crítico e histórico de la literatura en general, a lo largo y a lo ancho de un espacio literario mundial» (Guillén, 2005:11), trazaba un panorama internacional de la misma para desembocar en un diagnóstico sobre su situación española. Y las responsables de esta situación —«anómala»— de la Literatura Comparada en España serían, en último término, la Teoría de la Literatura y las Herencias del hispanismo español. Merece la pena citarlo por extenso:

En este escenario y desde este ángulo, el papel de España es una anomalía. ¿Quién te ha dicho, lector, que España no es diferente?

En nuestro país la Literatura Comparada ha sido absorbida por la Teoría de la Literatura. La historia sería larga de contar y lamentable. Mejor será que no dé nombres y apellidos. Hace unos años unas personalidades relevantes consiguieron que el Ministerio de Educación dotara unas cátedras de «Teoría de la Literatura», que, como se creaban a la sazón muchas universidades nuevas, pronto proliferaron a través del país. Ante semejante crecimiento, a algunos se nos ocurrió que ya era hora de solicitar asimismo la aceptación de la Literatura

Comparada como área de conocimiento. La nueva apertura democrática y el nuevo europeísmo al parecer lo exigían. En España —aclaro para el lector extranjero— no pueden dotarse cátedras ni catedráticos si el Ministerio en Madrid no ha aprobado con anterioridad el «área de conocimiento».

En consecuencia, sucedieron dos cosas. En los nuevos departamentos de Teoría de la Literatura se colocaron multitud de profesores jóvenes y ex jóvenes, que, sin especial aptitud previa ni pericia normalmente en otro terreno que la literatura española u otro campo tradicional, hallaron en ellos un conveniente acomodo y se fueron formando poco a poco en los campos y problemas de esta exigente disciplina. Además, las comisiones ministeriales o las juntas de rectores, no sé bien cuáles, decidieron que ante las presiones de los comparatistas lo mejor sería incorporar las enseñanzas de la Literatura Comparada a los departamentos y titularidades de Teoría. Con arreglo a esta componenda fueron apareciendo departamentos y títulos duales, de «Teoría de la Literatura y Literatura Comparada». Son éstas, como se verá luego en este libro, dos disciplinas distintas, que para ser practicadas requieren, en el caso de la una o de la otra, una preparación intensa, muy particular y adecuada. (14–15)

La absorción de la Literatura Comparada por parte de la Teoría de la Literatura sería una «aberración local» (15) para Guillén, quien tomó parte activamente en el intento de crear un área específica para la Literatura Comparada, participando en dos solicitudes impulsadas por la Sociedad Española de Literatura General y Comparada (SELGYC), en marzo de 1995 y en diciembre de 1998, sin obtener respuesta (2005:393). Ese fracaso es el que le hacía cargar las tintas en su prólogo, en el que afirmaba que «aquí, en nuestro país, esta forma de saber, de pensar y de sentir [ligada a la Literatura Comparada], en cualquier momento amenaza con tropezar frontalmente, como en un accidente de carretera, con el inexorable “hispanocentrismo español”» (16).

Exhumaciones

Quien intenta acercarse a su propio pasado sepultado tiene que comportarse como un hombre que excava. Cava y excava su propio mundo, que no existe antes o más allá de ese gesto. No debe temerle volver siempre a la misma situación y esparcirla como se esparce la tierra, revolverla como se revuelve la tierra.

Raúl Antelo

Esta investigación que aquí queda provisionalmente en suspenso quiere ser una contribución al estudio teórico de las prácticas críticas en su historicidad y problemática efectivas. Si bien la problemática que está aquí en juego es eminentemente discursiva, la investigación no ha rehuído las múltiples dimensiones materiales con las que esta se articula. Como hemos visto, se hace muy difícil entender las transformaciones de la crítica literaria desde la segunda mitad de los años sesenta desgajándolas de la historia política y social de España, marcada en lo más inmediato por la larga dictadura franquista en sus estertores. Ahora bien, la dictadura franquista, al extinguirse por agotamiento biológico del Dictador, además de imprimir la marca de casi cuarenta años de sujeción y minoría de edad, se continuará por lo que José Bergamín llamó «el franquismo sin Franco» (1976a) y que, a través de un discurso de la *reconciliación nacional*, basado en lo que «suele llamarse *pacto de olvido, de silencio o de mordaza*» (Clavero, 2014:22), habría desembocado en «una amnesia constitucionalizada, inmune incluso a despertares de memoria» (125). Por todo ello es posible referirse a la actual democracia, leyendo a contrapelo la llamada Transición —la cual se hizo «de espaldas al pasado» (Balibrea, 2017c:302)—, como *posdictadura* (Gerbaudo, 2016), lo que permite llamar la atención sobre las marcas que la larga dictadura franquista dejó no solo en lo político, sino también en lo económico, social, académico, cultural, crítico, literario y subjetivo; marcas que, aunque denegadas, aún están presentes en los más de cien mil cuerpos sepultados en fosas comunes cuyas exhumaciones no han sido hasta hoy promovidas por el Estado, sino por asociaciones ciudadanas, y las cuales, cuando han podido realizarse, lo han sido sin la presencia judicial y los efectos jurídicos consecuentes. El anteproyecto de Memoria Democrática aprobado en 2020 propone, entre otras medidas, que el Estado se haga cargo por vez primera —más de ochenta años después del fin de la Guerra Civil y más de cuarenta años después del fin de la dictadura— de la exhumación de los cuerpos de las víctimas de la violencia de Estado franquista.

Este estudio quiere colocarse en la línea de un trabajo de «exhumación» entendido como «rescate de géneros o textos rechazados, ocultos, desvalorizados que, como en un bucle extraño, sufren alguna modificación a partir de esa práctica», tal como plantea Analía Gerbaudo (2016:41) en su reconstrucción de las clases de los críticos en la universidad argentina de la posdictadura. El ingente trabajo que ha realizado hasta la fecha la investigadora argentina es, de hecho, el que ha abierto la posibilidad de una investigación como esta que aquí presento, la cual ha alentado infatigablemente, con un entusiasmo infinito, desde la otra orilla.

Nuestro estudio ha mostrado cómo las transformaciones teóricas —tanto académicas como intelectuales— que arrancan en España en la segunda mitad de los sesenta estarán mediadas en gran medida por los sustratos discursivos precedentes (la línea estilística, desde el espacio académico, y la del compromiso y el realismo antifranquista desde fuera de él), que a su vez se articulan con la posición social y el recorrido de los autores. Este estudio pretende dar algunos elementos para entender ciertos límites de la crítica literaria española considerada en su conjunto, así como determinar algunas de sus condiciones históricas de posibilidad. Que ese conjunto no incluya a todos y cada uno de sus miembros no debería sorprendernos, sino hacernos recordar que el espacio de la nación está constituido a través de una *exclusión incluyente* (Agamben, 1998) y cuyo universalismo reposa siempre en una *partición y reparto de lo sensible* que niega el derecho de acceso al espacio político a *los sin parte* (Rancière, 2012:25); y que, en un país que conserva vivas y sin reparar las marcas de la violencia de Estado y que condenó al exilio a medio millón de personas, el pasado no desaparece, sino que, tornándose ilegible, vuelve como un fantasma, como bien sabían José Bergamín y Max Aub.

Con relación a ese punto, este estudio —que no pretende ser de ningún modo exhaustivo, pues no aborda una historia desde una perspectiva positivista, sino de problematización (Said, 2010:39)— no se ha ocupado más que tangencial o puntualmente de autores y problemáticas que bien merecerían ser leídos y actualizados desde la literatura y la crítica del presente. Como escribía Adorno, lo fundamental en la tradición es «lo que ha quedado en el camino», «lo que ha sido dejado de lado», «lo derrotado»: «allí es donde busca refugiarse lo vivo de la tradición» (Jauss, 2012:231). Ahora bien, esta investigación, excavando el pasado, pretendía disponer algunas series históricas que nos permitan reconocer, junto a ciertas vías de apertura al porvenir, algunas herencias denegadas, para ensayar modos de desactivarlas tanto en el terreno de la crítica como en el propio campo historiográfico. Se trata, en este sentido, de un estudio genealógico, en el sentido foucaultiano, que pretende dar herramientas para entender algunos problemas del presente ligados al estatu-

to de la literatura y de la crítica literaria tanto dentro como fuera de la institución universitaria, lo que pasa por el recurso al archivo y por la conciencia de montaje de los corpus y la posibilidad constante de remontarlos. Pues, como escribía Raúl Antelo en «La mesa de montaje»,

en la mesa, como nada se fija en ella de manera definitiva, todo, en rigor, está para ser rehecho, redescubierto, reinventado, de ahí que, abierta a contaminaciones, desplazamientos, accidentes, reinterpretaciones y recontextualizaciones incesantes, la literatura pase a ser el evento de su propia singularización por venir, lo que solo ocurre en la contingencia de la lectura. La teoría, dice Benjamin en el *Libro de los pasajes* (N 1, 10), coincidirá con el montaje, esto es, con la mesa. (2015:37)

Volver sobre esa mesa de montaje es, también, volver sobre este pasado; y, dado que «nunca se repite lo pasado, sino que solo se accede a aquello que de ese pasado camina hacia el futuro» (Antelo, 2015:263), quizás ese gesto, este trabajo, pueda darnos elementos para promover una crítica, una literatura, un pensamiento por venir.

Referencias

Archivos

- Biblioteca y archivo Haroldo de Campos. Centro de Referência Haroldo de Campos. Casa das Rosas. Avenida Paulista, São Paulo.
- Archivo Fundación Max Aub. Carta de José Bergamín a Max Aub (Madrid, 30 de agosto de 1963). Fundación Max Aub, Correspondencia, Caja 2 (23. Bergamín Gutiérrez, José).
- Archivo Roman Jakobson (Massachusetts Institute of Technology, Institute Archives and Special Collections, Cambridge, Massachusetts). MC72, caja 6 carpetas 6, 8; caja JA 49 carpetas 70, 73, 75, 76.
- Archivo Harvard, The Houghton Library. bMS Am 2461(385). Guillén, Claudio (F1–4). Correspondencia con Harry Levin, 1956–1992 / bMS Span 100(55). Bergamín, José, 1895. 26 cartas a Pedro Salinas (1939–1949). (F2).
- Archivo Décio Pignatari.
- Archivo personal de Leyla Perrone-Moisés.

Bibliografía

- [Sin autor] (1969). Síntesis del «Libro blanco». La educación en España. Bases para una política educativa. *Enseñanza media*, (197/198), 45–52.
- AA. VV. (1972). *En favor de Nietzsche*. Taurus.
- Abad, Francisco (2002). Proyección hacia el futuro de la escuela idealista–estilística española. *Anthropos*, (196), 203–205.
- Abellán, José Luis (1976–1978). *El exilio español de 1939*. Taurus.
- Abellán, José Luis (1978). *Panorama de la filosofía española actual. Una situación escandalosa*. Espasa–Calpe.
- Abellán, Manuel L. (1980). *Censura y creación literaria en España (1939–1976)*. Península.
- Agamben, Giorgio (1998). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida* (trad. Antonio Gimeno Cuspinera). Pre–Textos.
- Agamben, Giorgio (2008). *Che cos’è il contemporaneo?* Nottetempo.
- Agamben, Giorgio (2011). ¿Qué es lo contemporáneo? *Desnudez* (pp. 17–29; trad. Cristina Sardoy). Adriana Hidalgo.
- Agamben, Giorgio (2016). Vórtices. En *El fuego y el relato* (pp. 51–54; trad. Ernesto Kavi). Sexto Piso.
- Ajoblanco (1974). Editorial. *Ajoblanco*, (2), 3.
- Alemán, Jorge y Cano, Germán (2016). *Del desencanto al populismo. Encrucijada de una época*. NED.
- Alfaro, Emilio (2004, 4 de enero). Zorroaga, la Academia en medio del infierno. *El País*. https://elpais.com/diario/2004/01/04/domingo/1073191959_850215.html
- Alonso de los Ríos, César (1970). Boom estructuralista. *Triunfo*, XXIV(404), 44.
- Alonso de los Ríos, César (1975). Juan Goytisolo sin tierra. *Triunfo*, XXX(673), 26–28.
- Alonso de los Ríos, César (1976a). El secuestro de una cultura. *Triunfo*, XXX(680), 12–13.
- Alonso de los Ríos, César (1976b). Y ahora los mensuales. *Triunfo*, XXXI(719), 18.
- Alonso, Amado (1932). Propósito. En Vossler, Karl; Spitzer, Leo y Hatzfeld, Helmut, *Introducción a la estilística romance* (pp. 7–15). Universidad de Buenos Aires.

- Alonso, Amado (1945). Prólogo a la edición española. En de Saussure, Ferdinand, *Curso de lingüística general* (pp. 7–30). Losada, 1959.
- Alonso, Dámaso (1942a). *La poesía de San Juan de la Cruz. Desde esta ladera*. Aguilar, 1958.
- Alonso, Dámaso (1942b). Prólogo. *La poesía de San Juan de la Cruz. Desde esta ladera*. Aguilar, 1958.
- Alonso, Dámaso (1950). *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*. Gredos, 1962.
- Alonso, Dámaso (1952). Originalidad de Bécquer. *Poetas españoles contemporáneos*. Gredos.
- Alonso, Dámaso (1961). *La lengua poética de Góngora*. CSIC.
- Alonso, Dámaso (1972). *La poesía de San Juan de la Cruz (desde esta ladera)*. En Obras completas II. Gredos.
- Alonso, Dámaso (1974). Pórtico. En Lázaro Carreter, Fernando (Ed.), *Literatura y educación* (pp. 9–17). Cátedra.
- Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz (2001). *Literatura/Sociedad*. Edicinal (1ra. ed. 1983).
- Althusser, Louis (1965). *Du Capital à la philosophie de Marx*. En Althusser, Louis y Balibar, Étienne. *Lire Le Capital* (pp. 9–86). Librarie François Maspero, 1968.
- Alvar, Manuel (1974). Sin título. En Lázaro Carreter, Fernando. *Literatura y educación* (pp. 25–33). Cátedra.
- Alvar, Manuel (1975). Preliminar. En Bobes Naves, María del Carmen, *Gramática de Cántico. Análisis semiológico* (pp. 9–31). Planeta.
- Álvarez Uría, Fernando (2006, 19 de octubre). Michel Foucault, la verdad y el chismorreo. *El País*. https://elpais.com/diario/2006/10/19/opinion/1161208809_850215.html
- Álvarez, Pilar (2018, 12 de febrero). Profesores universitarios desde 300 euros. *El País*. https://elpais.com/ccaa/2014/04/19/catalunya/1397923655_420335.html
- Ambrogio, Ignazio (1975). *Ideologías y técnicas literarias* (trad. Antonio Sánchez Trigueros). Akal.
- Amorós, Miquel (2018). *Los ácratas en la universidad central (1967–1969)*. La Interna Sorda.
- Anagrama (2019). Cuadros de publicaciones. Anagrama. 50 años (1969–2019). Anagrama.
- Andrade, Gêneze de (2010). Entre a impressão e o inapreensível: Haroldo de Campos segundo Jacó Guinsburg. En Dick, André (Org.), *Sigilâncias: reflexões sobre Haroldo de Campos* (pp. 116–146). Poiesis/Risco Editorial.
- Andrade, Oswald de (2009). *Pau Brasil* (trad. Andrés Sánchez Robayna). Editorial de Arte y Ciencia y Fundación Juan March.
- Antelo, Raúl (2010). *Maria com Marcel. Duchamp nos trópicos*. UFMG.
- Antelo, Raúl (2015). *Archifilologías latinoamericanas. Lecturas tras el agotamiento*. EDUVIM.
- Antelo, Raúl (2016). *A ruinología*. Cultura e Barbarie.
- Aranguren, José Luis López (1953). La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración. *Cuadernos hispanoamericanos*, (38), 123–157.
- Aranguren, José Luis López (1973). Celebración de Agustín García Calvo. *Triunfo*, XX-VII(560), 40–41.
- Aranguren, José Luis López (1979). La nueva filosofía española. *El oficio de intelectual y La crítica de la crítica* (pp. 153–159). Vox.

- Arendt, Hannah (1968). Preface: The gap between past and future. *Between Past and Future. Eight Exercises in Political Thought*. The Viking Press.
- Asensi, Manuel (2006). *Los años salvajes de la teoría. Phillipe Sollers, Tel Quel y la génesis del pensamiento post-estructural francés*. Tirant lo Blanch.
- Asociación Española de Semiótica (AES) (1986a). *Investigaciones Semióticas I (Teoría Semiótica)*. CSIC.
- Asociación Española de Semiótica (AES) (1986b). *Investigaciones Semióticas I (Teoría Semiótica)*. CSIC.
- Asociación Española de Semiótica (AES) (1988a). *Investigaciones Semióticas II. 2 vols: Lo cotidiano y lo teatral. Lo teatral y lo cotidiano*. Universidad de Oviedo.
- Asociación Española de Semiótica (AES) (1988b). *Da Semiótica. Actas do I Colóquio Luso-Espanhol e do II Colóquio Luso-Brasileiro*, Porto, 26–28 de noviembre de 1985. Vega/Universidade.
- Asociación Española de Semiótica (AES) (1990). *Investigaciones Semióticas III (Retórica y Lenguajes)*. 2 vols. UNED.
- Asociación Española de Semiótica (AES) (1992). *Investigaciones Semióticas IV (Descubrir, inventar, transcribir el mundo)*. 2 vols. Visor.
- Asociación Española de Semiótica (AES) (1994). *Investigaciones Semióticas V (Semiótica y Modernidad)*. 2 vols. Universidad de La Coruña.
- Asociación Española de Semiótica (AES) (1996). *Investigaciones Semióticas VI (Mundos de ficción)*. 2 vols. (eds. Pozuelo Yvancos, José Ma. y de Vicente, Francisco). Universidad de Murcia.
- Asociación Española de Semiótica (AES) (1998). *Mitos (Actas del VII Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica)*. 3 vols. (ed. Blesa, Túa). Anexos de Tropelías.
- Asociación Española de Semiótica (AES) (2000). *Miradas y voces de fin de siglo (Actas del VIII Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica)*. 2 vols. (eds. Sánchez Trigueros, Antonio et al.). AES/Grupo Editorial Universitario.
- Asociación Española de Semiótica (AES) (2004). *Arte y nuevas tecnologías* (ed. Muro, Miguel Á.). Universidad de La Rioja.
- Asociación Española de Semiótica (AES) (2007). *Interculturalidad, insularidad, globalización* (ed. Ríos, Félix J.). Universidad de La Laguna.
- Asociación Española de Semiótica (AES) (2009). *Intermediaciones: la medicación en el cine, la novela y el teatro* (eds. Becerra, Carmen y Luna, Carmen). Academia del Hispanismo.
- Asociación Española de Semiótica (AES) (2014). *Los discursos del poder* (eds. Sáinz Echazarreta, Vanesa y López Cepeda, Ana Ma.). Universidad de Castilla-La Mancha.
- Aub, Max (1945). *Discurso de la novela española contemporánea*. El Colegio de México.
- Aub, Max (1950). Carta abierta a Dámaso Alonso. *Sala de espera*, (23), 1–23.
- Aub, Max (1954). Poesía española contemporánea. *Cuadernos americanos*, LXXIII(XIII), 239–254.
- Aub, Max (1959). Prólogo al *Libro de Caín* por Max Aub. *Boletín de Información. Unión de intelectuales españoles en México*, (8), 2–4.
- Aub, Max (1995). *La gallina ciega*. Diario español. Alba.
- Aub, Max (1998). *Diarios (1939–1972)* (ed. Manuel Aznar). Alba.
- Aub, Max (2002). Carta al presidente Vicente Auriol. *Hablo como hombre* (pp. 109–118). Fundación Max Aub.

- Auzias, Jean-Marie (1969). *El estructuralismo* (trad. Santiago González Noriega). Alianza.
- Aznar Soler, Manuel y López García, José Ramón (2017). *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*. Renacimiento.
- Aznar Soler, Manuel y López García, José Ramón (2018). La historia de la literatura española y el exilio republicano de 1939. En López García, José Rampón (Ed.), *La poesía del exilio republicano de 1939. I. Historiografías, resistencias, figuraciones* (pp. VII–XXI). Renacimiento.
- Aznares Torralvo, Malen (2004, 19 de diciembre). La defensora del lector. El «caso Echevarría». *El País*. https://elpais.com/ccaa/2014/04/19/catalunya/1397923655_420335.html
- Azúa, Félix de (1974). Prólogo. En Roland Barthes, *¿Por dónde empezar?* (pp. 7–13). Tusquets.
- Azúa, Félix de (2005, 10 de febrero). Borrón y cuenta nueva. *El País*. https://elpais.com/diario/2005/02/10/opinion/1107990010_850215.html
- Azúa, Félix de (2006a, 14 de octubre). No me lo puedo creer. *El País*. https://elpais.com/diario/2006/10/14/opinion/1160776806_850215.html
- Azúa, Félix de (2006b, 21 de octubre). Más sobre Foucault. *El País*. https://elpais.com/diario/2006/10/21/opinion/1161381608_850215.html
- Azúa, Félix de (2018). *Vida y papel. Autobiografía sin vida. Autobiografía de papel*. Penguin Random House.
- Balibrea, Mari Paz (2007). *Tiempo de exilio: una mirada crítica a la modernidad española desde el pensamiento republicano en el exilio*. Montesinos.
- Balibrea, Mari Paz (2014). La despolitización de la memoria histórica del exilio republicano en democracia: paradojas, excepciones, y el caso de Jorge Semprún. *Historia del Presente*, (23), 119–132.
- Balibrea, Mari Paz (2017a). *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*. Siglo XXI.
- Balibrea, Mari Paz (2017b). Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español. Introducción a modo de manifiesto. *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español* (pp. 13–24). Siglo XXI.
- Balibrea, Mari Paz (2017c). 1977. En Balibrea, Mari Paz (Coord.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español* (pp. 300–307). Siglo XXI.
- Balibrea, Mari Paz (2020). Max Aub y la estética política del Frente Popular: lectura europea del *Discurso de la novela española contemporánea* (1945). *Anuario de El Correo de Euclides*, (13), 44–55.
- Baranger, Denis (2008). La recepción de Bourdieu en Argentina y en Brasil. V *Jornadas de Sociología de la UNLP*. Universidad Nacional de la Plata. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5868/ev.5868.pdf
- Barrachina, Esther y Glondys, Olga (2016). Guillén Cahen, Claudio (1924–2007). En Aznar Soler, Manuel y López García, José-Ramón (Eds.), *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939. Vol. 3* (pp. 15–19). Renacimiento.
- Barral, Carlos (1953). Poesía no es comunicación. *Laye*, (23), 23–26.
- Barral, Carlos (1978). *Los años sin excusa. Memorias II*. Barral.
- Barral, Carlos (1988). *Cuando las horas veloces*. Tusquets.
- Barthes, Roland (1957). *Mythologies*. En *Œuvres complètes I* (pp. 677–870). Seuil, 2002.
- Barthes, Roland (1963). L'activité structuraliste. *Les lettres nouvelles*. En *Œuvres complètes II* (pp. 466–472). Seuil, 2002.

- Barthes, Roland (1964). Je ne crois pas aux influences. *Œuvres complètes II* (pp. 615–618). Seuil, 2002.
- Barthes, Roland (1967a). ¿Qué es la crítica? *Ensayos críticos* (pp. 301–307; trad. Carlos Pujol). Seix Barral.
- Barthes, Roland (1967b). De la science à la littérature. *Œuvres complètes II*. (pp. 1263–1270). Seuil, 2002.
- Barthes, Roland (1967c). *Elementos de Semiología*. Jorge Álvarez.
- Barthes, Roland (1969a). *Crítica i veritat* (trad. Jaume Vidal Alcover). Sinera.
- Barthes, Roland (1969b). Prólogo a la versión italiana. *Crítica i veritat*. (pp. 9–15; trad. Jaume Vidal Alcover). Sinera, 9–15.
- Barthes, Roland (1970a). *Elementos de Semiología* (trad. Alberto Méndez). Alberto Corazón (Comunicación, Serie B, 6).
- Barthes, Roland (1970b). *Introducción al análisis estructural del relato* (trad. Beatriz Dorriots). Tiempo Contemporáneo.
- Barthes, Roland (1970c). S/Z. Seuil.
- Barthes, Roland (1971). Réponses (entrevista con Jean Thibaudeau). *Tel Quel*, (47).
- Barthes, Roland (1973). *Crítica y verdad* (trad. José Bianco). Siglo XXI.
- Barthes, Roland (1974). *Investigaciones retóricas. I. La retórica antigua* (trad. Beatriz Dorriots). Tiempo Contemporáneo.
- Barthes, Roland (1975a). *Roland Barthes par Roland Barthes*. En *Œuvres complètes IV* (pp. 705–706). Seuil, 2002.
- Barthes, Roland (1975b). *El placer del texto* (trad. Nicolás Rosa). Siglo XXI.
- Barthes, Roland (1978). *Leçon*. En *Œuvres complètes V* (pp. 429–446). Seuil, 2002.
- Barthes, Roland (1980). El canto romántico (trad. Eduardo Méndez Riestra). *Los cuadernos del norte*, I(0), 68–70.
- Bassols, Miquel (2006). Oscar Masotta, un lugar de enunciación. *Homenaje a Oscar Masotta*. Maison de l'Amérique Latine, París.
- Bassols, Miquel (2010). Oscar Masotta, yo mismo. Mesa redonda *Psicoanálisis, arte y literatura*. Casa América Cataluña, Biblioteca del Campo Freudiano de Barcelona, Universitat de Barcelona.
- Beauvoir, Simone de (1949). Les structures élémentaires de la parenté. *Les temps modernes*, (49), 943–949.
- Benítez Andrés, Rosa (2015). ¿Algo nuevo con los novísimos? *Bulletin of Hispanic Studies*, 92(5), 551–566.
- Benet, Juan (1981, 24 de abril). Pan y chocolate. *El País*. https://elpais.com/dario/1981/04/24/opinion/356911212_850215.html
- Benet, Juan (1993). Prólogo a *El Ulises de James Joyce* de Stuart Gilbert. En García Tortosa, Francisco y de Toro Santos, Antonio Raúl (Eds.), *Joyce en España. IV Encuentros de la Asociación Española James Joyce. Vol. II.* (pp. 139–152). Universidad de La Coruña.
- Bergamín, José (1923). El cohete y la estrella. En Dennis, Nigel (Ed.), *Obra esencial* (pp. 227–246). Turner.
- Bergamín, José (1976a). El franquismo sin Franco. *Sábado Gráfico*, (979), 21.
- Bergamín, José (1976b). *El pensamiento perdido. Páginas de la guerra y del destierro*. Adra.
- Bergamín, José (1977, 10 de diciembre). Guernica. *Sábado gráfico*. En Penalva Candela, Gonzalo (Ed.), *José Bergamín. Antología periodística II* (pp. 143–146). Litoral, 1984.

- Blanchot, Maurice; Pauvert, Jean-Jacques y Barthes, Roland (1989). Sade. *El urogallo*, (38), 26–39.
- Blecua, José Manuel (2009). La llegada a España. En García Jurado, Francisco; Raders, Margit y Villar Dégano; Juan Felipe (Coord.), *Claudio Guillén lecciones de un maestro* (pp. 29–34). Editorial Complutense.
- Blesa, Túa (1990a). *Scriptor Ludens. Ensayo sobre la poesía de Ignacio Prat*. Lola.
- Blesa, Túa (1990b). Intrigas venecianas o el síndrome Pierre Menard. *Castilla. Estudios de literatura*, (15), 19–32.
- Blesa, Túa (1994). Parodia: literatura. En *Actas del IX Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada. Vol. II.* (pp. 57–64). Zaragoza.
- Blesa, Túa (1998). Logofagías. *Los trazos del silencio*. Anexos de Tropelías.
- Blesa, Túa (1999). Atopías. En Asensi, Manuel; Falcó, José Luis y Richart, Mabel (Eds.), *Prosopopeya. Revista de crítica contemporánea*, (pp. 9–26). Instituto de Estudios de Retórica.
- Blesa, Túa (2001). La destrucción de los viejos mitos. En Salas Romo, Eduardo A. (Ed.), *De sombras y de sueños. Homenaje a J.M. Castellet* (pp. 105–124). Península.
- Blesa, Túa (2004). Tránsitos. *Escritos sobre poesía*. Tirant lo Blanch.
- Blesa, Túa (2007). Barthes, Derrida, etc. y la interminabilidad. En de Peretti della Rocca, Cristina y Velasco, Emilio (Eds.), *Conjunciones: Derrida y compañía* (pp. 219–232). Dykinson.
- Blesa, Túa (2008). Fernando Lázaro Carreter: la literalidad de la literatura. En *Pensamiento literario español del siglo XX, 1* (pp. 43–64). Anexos de Tropelías.
- Blesa, Túa (2010). Gimferrerías. Eclipsados.
- Blesa, Túa (2011a). *Lecturas de la ilegibilidad en el arte*. Delirio.
- Blesa, Túa (2011b). Herencias de Derrida/Héritages de Derrida. *Escritura e imagen*, (7), 91–121.
- Blesa, Túa (2012a). Pere Gimferrer: la escritura como (re)fundación de la escritura. En Blesa, Túa; Pueo, Juan-Carlos; Saldaña, Alfredo y Sullà, Enric (Eds.), *Pensamiento literario español del siglo XX, 2* (pp. 69–86) Zaragoza: Anexos de Tropelías (Trópica, 13).
- Blesa, Túa (2012b). Investigación y mentira. *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, (18), 466–480.
- Blesa, Túa (2013). «Invocación en Ginebra» de Pedro Gimferrer: una lectura (con una carta de Gimferrer a José Ángel Valente). *Tropelías*, (20), 18–38.
- Blesa, Túa (2016). Traducción es traducciones. *Puentes de crítica literaria y cultural*, (5), 16–21.
- Blesa, Túa (2018a). Dámaso Alonso: poesía arrraigada y desarraigada. En Blesa, Túa; Pueo, Juan-Carlos; Saldaña, Alfredo y Viñas, David (Eds.), *Pensamiento literario español contemporáneo, 7* (pp. 37–62). Anexos de Tropelías (Trópica, 18).
- Blesa, Túa (2018b). Ilegibilidad y legibilidad. En AA.VV. *De la escritura como resistencia. Textos «in honorem» Jenaro Talens* (pp. 387–398). Universitat de València.
- Blesa, Túa (2019). La escritura de Leopoldo María Panero, la literatura orgánica y el postestructuralismo. En *Leopoldo María Panero, poeta póstumo* (pp. 53–124). Visor.
- Blesa, Túa (2020). Maurice Blanchot. *La pasión del errar*. Universitat de Barcelona.
- Bobes Naves, María del Carmen (1973). *La semiótica como teoría lingüística*. Gredos.
- Bobes Naves, María del Carmen (1975). *Gramática de Cántico. Análisis semiológico*. Planeta.

- Bobes Naves, María del Carmen (1983). *La semiótica como teoría lingüística*. Gredos.
- Bobes Naves, María del Carmen (1989). *La semiología*. Síntesis.
- Bobes Naves, María del Carmen (1999). Historia y estructuralismo. Los postestructuralismos (semiología y postmodernidad). En de la Fuente, Ricardo (Ed.), *La historia de la literatura y la crítica* (pp. 29–64). Colegio de España.
- Bobes Naves, María del Carmen (2008). *Critica del conocimiento literario*. Arco/Libros.
- Bonet, Juan Manuel (1978, 12 de mayo). Presentación de las revistas *Diwan y Trama. El País*. https://elpais.com/diario/1978/05/12/cultura/263772001_850215.html
- Bonet Mojica, Laureano y Toledano, Cristina Suárez (2019). Semblanza de Barral Editores (Barcelona, 1970–1982). En *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes – Portal Editores y Editoriales Iberoamericanos (siglos XIX–XXI) – EDI–RED*. <http://www.cervantesvirtual.com/obra/barral-editores-s-a-barcelona-1970-1982-semblanza-971023/>.
- Borrás, Manuel (2017). Editorial Pre-Textos (1976–2016). 40 aniversario. https://www.pre-textos.com/prensa/?page_id=3054
- Bourdieu, Pierre (1973, enero). L'opinion publique n'existe pas. Conferencia impartida en Noroit (Arras) en enero de 1972. *Les temps modernes*, (318), 1292–1309.
- Bourdieu, Pierre (1984). *Homo academicus*. Minuit.
- Bourdieu, Pierre (1992). *Les règles de l'art. Génèse et structure du champ littéraire*. Seuil.
- Bourdieu, Pierre (1999a). Une révolution conservatrice dans l'édition. *Actes de la recherche en sciences sociales*, 126/127, 3–28.
- Bourdieu, Pierre (1999b). *Meditaciones pascalianas* (trad. Thomas Kauf). Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (2002). Les conditions sociales de la circulation internationale des idées. *Actes de la recherche en sciences sociales*, 145(1), 3–8.
- Bousoño, Carlos (1962). *Teoría de la expresión poética*. Gredos.
- Bozal, Valeriano (1969a). La edición en España. Notas para su historia. *Cuadernos para el diálogo* (extraordinario sobre «30 años de literatura. Narrativa y poesía española (1939–1969)»), (XIV), 85–93.
- Bozal, Valeriano (1969b, 9 de septiembre). Una propuesta llena de implicaciones: *La filosofía y su sombra*. *Diario Madrid*, p. 11.
- Bozal, Valeriano (1970). *El lenguaje artístico*. Península.
- Bozal, Valeriano (1975). Filosofía e Ideología burguesas en España (1975). *Zona Abierta*, (3), 89–108.
- Bozal, Valeriano et al. (2012). Espacios de tránsito. A propósito de Redor y Equipo Comunicación. En Albarrán, Juan (Ed.), *Mesa redonda Arte y transición* (pp. 293–296). Brumaria.
- Brandini, Laura (2015). *Imagens de Roland Barthes no jornal. O Estado de S. Paulo: 1953–2013*. Nota de Rodapé.
- Broch, Àlex (2001). Los inicios: *Estilo y Quadrante*, o la práctica cinematográfica y los primeros escritos críticos. En Salas Romo, Eduardo A. (Ed.), *De sombras y de sueños. Homenaje a J.M. Castellet*. (pp. 125–144). Península.
- Bustamante, Enrique (1986). «El País»: análisis del poder. En Imbert, Gérard y Vidal Beneyto, José (Coord.), *El País o la referencia dominante* (55–107). Mitre.
- Cabo Aseguinolaza, Fernando (2007). Claudio Guillén o los equívocos de la teoría. En Blesa, Túa; Pueo, Juan Carlos; Saldaña, Alfredo y Sullà, Enric (Eds.), *Pensamiento literario español del siglo XX*, 1 (87–104). Anexos de Tropelías (Trópica, 12).
- Calvo Serer, Rafael (1947). Una nueva generación española. *Arbor*, (24), 333–348.

- Canavese, Mariana (2015). *Los usos de Foucault en la Argentina. Recepción y circulación desde los años cincuenta hasta nuestros días*. Siglo XXI.
- Cardín, Alberto (1976). Presentación de Oscar Masotta. *Revista de Literatura*, (8/9), 23–24.
- Cardín, Alberto (1978a). Los besugos no dialogan (respuesta abierta al Prof. Jetanguren). *Diwan*, (1), 130–135.
- Cardín, Alberto (1978b). Unas jornadas, una biblioteca, y otras cosas no dichas. *El Viejo Topo*, (19), 71–72.
- Cardín, Alberto (1979, 16 septiembre). Obituario de Oscar Masotta. *El País*. https://elpais.com/diario/1979/09/16/cultura/306280810_850215.html
- Cardín, Alberto (1980). También cuenta la sustancia. *Diwan*, (7), 9–11.
- Cardín, Alberto (1981). *Como si nada*. Pre-Textos.
- Cardín, Alberto y Jiménez Losantos, Federico (1977). Un raro ejemplo universitario. Entrevis- ta con la redacción de Revista de Literatura. *Revista de Literatura*, (10/11), 161–167.
- Cardín, Alberto y Jiménez Losantos, Federico (1978). La nueva filosofía francesa y la vieja estupidez española. *Diwan*, (1), 119–121.
- Carmona Hurtado, Jordi (2021). *Cómo matar a la muerte. Agustín García Calvo y la filosofía de la contracultura*. La Oveja Roja.
- Caruso, Pablo (1969). *Conversaciones con Lévi-Strauss, Foucault y Lacan*. Anagrama.
- Casado, Miguel (2005a). Nota previa. En *Los artículos de la polémica y otros textos sobre poesía* (pp. 13–16). Biblioteca Nueva.
- Casado, Miguel (2005b). La pregunta por la poesía (apuntes para trazar un marco). (2002). En *Los artículos de la polémica y otros textos sobre poesía* (pp. 19–28). Biblioteca Nueva.
- Casado, Miguel (2005c). Para un cambio de las formas de atención. Una crítica del con- cepto de Generación de los 50. (1990). En *Los artículos de la polémica y otros textos sobre poesía* (pp. 31–48). Biblioteca Nueva.
- Casado, Miguel (2005d). Relatos críticos y líneas de fuerza en la llamada generación del 1970. (1990). En *Los artículos de la polémica y otros textos sobre poesía* (pp. 71–105). Biblioteca Nueva.
- Casado, Miguel (2005e). Para un debate sobre la crítica de poesía. (1993). En *Los artícu- los de la polémica y otros textos sobre poesía* (pp. 127–138). Biblioteca Nueva.
- Casado, Miguel (2005f). La melancolía como esperanza. Notas para una crítica de la tradi- ción. (2005). En *Los artículos de la polémica y otros textos sobre poesía* (pp. 193–210). Biblioteca Nueva.
- Casas, Arturo (2014): Efectos (pos-)teoría y reflexividad epistemológica. *Tropelías*, (22), 17–32.
- Castellet, José María (1949). Le deuxième sexe. *Estilo*, (3), 8–9.
- Castellet, José María (1955). *Notas sobre literatura contemporánea*. Laye.
- Castellet, José María (1957). *La hora del lector. Notas para una iniciación a la literatura narrativa de nuestros días*. Seix Barral («Biblioteca Nueva»).
- Castellet, José María (1960a). Justificación. En *Veinte años de poesía española (1939–1959)* (pp. 11–24). Seix Barral («Biblioteca Breve»).
- Castellet, José María (1960b). Introducción. En *Veinte años de poesía española (1939–1959)* (pp. 25–105). Seix Barral («Biblioteca Breve»).

- Castellet, José María (1965). Prólogo. En *Un cuarto de siglo de poesía española (1939–1964)* (pp. 11–16). Barcelona: Seix Barral.
- Castellet, José María (1969). *Lectura de Marcurve*. Seix Barral.
- Castellet, José María (1970). El «infiel» Aranguren, por César Alonso de los Ríos. *Triunfo*, XIV(398), 18–20.
- Castellet, José María (1971). Justificació. En *Iniciació a la poesia de Salvador Espriu* (pp. 9–23). Edicions 62.
- Castellet, José María (1973). Encuesta: nueva literatura española. *Plural*, (25), 4–6.
- Castellet, José María (1975). Recuerdo de Elio Vittorini y de Lucien Goldmann: la creación literaria en la sociedad industrial. En *Literatura, ideología y política* (pp. 24–33). Anagrama, 1976.
- Castellet, José María (1976a). Lukács y la literatura. En *Literatura, ideología y política* (pp. 62–81). Anagrama.
- Castellet, José María (1976b). Juan Goytisolo contra la España sagrada. En *Literatura, ideología y política* (pp. 82–95). Anagrama.
- Castellet, José María (1976c). Tiempo de destrucción para la literatura española. En *Literatura, ideología y política* (pp. 135–156). Anagrama.
- Castellet, José María (1979). Entrevista de J.F. Marsal. En *Pensar bajo el franquismo. Intelectuales y política en la generación de los años cincuenta* (pp. 83–93). Península.
- Castellet, José María (1980). El gran enmerdador. *Saber*, (3), 69–70.
- Castellet, José María (1981). La universitat, un record boirós. *L'Avenç*, (39), 13.
- Castellet, José María (1987a). *Memòries poc formals d'un director literari*. Edicions 62.
- Castellet, José María (1987b). Poesia, realisme, història. En *L'hora del lector. Seguit de Poesia, realisme, història* (pp. 131–211). Edicions 62.
- Castellet, José María (1987c). Nota de l'autor a la present edición. En *L'hora del lector. Seguit de Poesia, realisme, història* (pp. 15–16). Edicions 62.
- Castellet, José María (1988). *Los escenarios de la memoria*. Anagrama.
- Castellet, José María (1990, 10 de abril). Una imagen que se aleja. *La Vanguardia. Cultura*.
- Castellet, José María (2007). *Dietari de 1973*. Edicions 62.
- Castellet, José María (2011). *Nueve novísimos poetas españoles*. Península.
- Castellet, José María (2016). Madrid, 1963 (apostilla a la ponencia de Roselyne Chenu). En Hidalgo Nácher, Max; López Cabello, Iván y Santa María Fernández, María Teresa (Eds.), *José Bergamín entre literatura y política* (pp. 221–228). Presses Universitaires de Paris Ouest.
- Castellet, José María y Molas, Joaquim (1963). *Poesia catalana del segle XX*. Edicions 62.
- Castellet, José María y Molas, Joaquim (1969). *Ocho años de poesía catalana*. Alianza.
- Castells Molina, Isabel (1997). *Cervantes y la novela española contemporánea*. Tesis doctoral. Universidad de La Laguna, Tenerife.
- Catelli, Nora (1983a, 17 mayo). El psicoanálisis en Barcelona. *La vanguardia*, p. 43.
- Catelli, Nora (1983b, 24 mayo). Quién es quién en Barcelona. *La vanguardia*, p. 50.
- Catelli, Nora (1987). Retórica y jergas en la crítica contemporánea. *452°F. Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*, (12), 30–40. http://www.452f.com/pdf/numero12/12_452f_Testimonios_orgnl.pdf
- Catelli, Nora (1990). Paul de Man y la retoricidad del lenguaje. *La balsa de la medusa*, (13), 57–66.
- Catelli, Nora (1991). *El espacio autobiográfico*. Lumen.

- Catelli, Nora (1993). Atlántico desdén: la vieja América vista desde la nueva España. En Fleming, Leonor y Bosque Latra, Ma. Teresa (Coord.), *La crítica literaria española frente a la literatura latinoamericana* (pp. 11–18). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Catelli, Nora (1995). A favor de la colisión. *Ínsula*, (587/688), 13.
- Catelli, Nora (2001). *Testimonios tangibles. Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna*. Anagrama.
- Catelli, Nora (2003a). El pensamiento crítico de Raymond Williams a Slavoj Zizek. *Cuadernos hispanoamericanos*, (632), 81–87.
- Catelli, Nora (2003b). Incorporar lo «otro». *nueve perros*, II(2/3), 4–10.
- Catelli, Nora (2003c). La crítica feminista y el problema de la forma. *Lectora*, (1), 1–6.
- Catelli, Nora (2007). *En la era de la intimidad. Seguido de El espacio autobiográfico*. Beatriz Viterbo.
- Catelli, Nora (2014, 12 marzo). Masotta, Lacan, Barcelona. *La Vanguardia*.
- Catelli, Nora (2015a). *Juan Benet. Guerra y literatura*. Libros de la Resistencia.
- Catelli, Nora (2015b). El oficio y la academia: apuntes sobre las modalidades de circulación y producción de los libros. *Orbis Tertius*, XX(21), 128–132.
<http://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTv20n21a13/6821>
- Catelli, Nora (2015c, 20 de agosto). Roland Barthes, el lector irreprochable. *El País*. https://elpais.com/cultura/2015/08/12/babelia/1439394727_834048.html
- Catelli, Nora (2015d). Academia: los equívocos del comparatismo en el mundo (hispánico). *CHUY. Revista de estudios latinoamericanos*, II(2), 34–44.
- Catelli, Nora (2017a). Indiscernible: literatura y psicoanálisis en una orilla atlántica. *El tajo en la brecha*, IV(6), 9–22.
- Catelli, Nora (2017b). Posverdad y ficción. En Ibáñez, Jordi (Ed.), *En la era de la posverdad* (pp. 139–146). Calambur.
- Catelli, Nora (2018a). Asimetría: espectros del comparatismo en la circulación de la teoría. *Badebec*, 8(15), 179–198.
- Catelli, Nora (2018b). Intimidad y posverdad. *Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, (19), 143–153.
- Catelli, Nora (2020). *Desplazamientos necesarios. Lecturas de literatura argentina*. Eduner.
- Catelli, Nora y Gargatagli, Anna (1998). Prólogo. En *El tabaco que fumaba Plinio. Escenas de la traducción en España y América: relatos, leyes y reflexiones sobre los otros* (pp. 13–19). Serbal.
- Cebrián, Juan Luis (1980). *La España que bosteza. Apuntes para una historia crítica de la Transición*. Taurus.
- Cercas, Javier (2001). *Soldados de Salamina*. Tusquets.
- Chao, Ramón (1972a). Entrevista con Agustín García Calvo. *Triunfo*, XXVII(518), 43.
- Chao, Ramón (1972b). Roland Barthes. Sade, Fourier y Loyola, creadores de lenguaje. *Triunfo*, XXVI(488), 20–21.
- Chao, Ramón (1973). Philippe Sollers, la revolución del lenguaje. *Triunfo*, XXVII(550), 44–45.
- Chartier, Roger (1993a). De la historia del libro a la historia de la lectura (1987). En *Libros, lectores y lecturas en la Edad Moderna* (pp. 13–40). Alianza.
- Chartier, Roger (1993b). ¿Qué es un autor? *Libros, lectores y lecturas en la Edad Moderna* (pp. 58–89; trad. Mauro Armiño). Alianza.
- Chartier, Roger (2005a). Prólogo a la edición española. En *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural* (pp. I–XII; trad. Claudia Ferrari). Gedisa.

- Chartier, Roger (2005b). Historia intelectual e historia de las mentalidades. *Trayectorias y preguntas*. En *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural* (pp. 13–44; trad. Claudia Ferrari). Gedisa.
- Chartier, Roger (2005c). El mundo como representación. En *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural* (pp. 45–62; trad. Claudia Ferrari). Gedisa.
- Chartier, Roger y Martin, Henri-Jean (1986). *Histoire de l'édition française*. Promodis.
- Chenu, Roselyne (2016). El segundo exilio de José Bergamín. En Hidalgo Nácher, Max; López Cabello, Iván y Santa María Fernández, Ma. Teresa (Eds.), *José Bergamín entre literatura y política* (pp. 229–242). Presses Universitaires de Paris Ouest.
- Chicharro, Antonio (1981). *Gabriel Celaya, teórico y crítico literario*. Tesis doctoral. Universidad de Granada.
- Chicharro, Antonio (1983). *El pensamiento literario de Gabriel Celaya*. Universidad de Granada.
- Chicharro, Antonio (1989). *La teoría y crítica literaria de Gabriel Celaya*. Universidad de Granada.
- Chicharro, Antonio (1993). *Teoría, crítica e historia literarias españolas. Bibliografía sobre aspectos generales (1939–1992)*. Alfar.
- Chicharro, Antonio (2004a). *Para una historia del pensamiento literario en España*. CSIC.
- Chicharro, Antonio (2004a). Un balance de la teoría y crítica literaria sociológica en España hasta los novísimos. En *Para una historia del pensamiento literario en España* (pp. 95–111). CSIC.
- Chicharro, Antonio (2004b). La teoría literaria de Dámaso Alonso, de ayer a hoy (notas de una revisión historiográfica). En *Para una historia del pensamiento literario en España* (pp. 164–170). CSIC.
- Chicharro, Antonio (2004c). El pensamiento estructuralista genético en el seno de los estudios sobre literatura y sociedad en España. *Para una historia del pensamiento literario en España* (pp. 195–236). CSIC.
- Chicharro, Antonio (2004d). Signos del silencio crítico literario (notas introductorias). En *Para una historia del pensamiento literario en España* (pp. 289–300). CSIC.
- Chicharro, Antonio (2004e). Acerca del comentario de textos como instrumento docente (significación actual y perspectivas de futuro). En *Para una historia del pensamiento literario en España* (pp. 300–309). CSIC.
- Cirici, Alexandre (1969). Converses amb Barthes. *Serra d'Or*, XI(113), 53–55.
- Cisquella, Georgina; Erviti, José Luis y Sorolla, José A. (2005). *La represión cultural en el franquismo. Diez años de censura de libros durante la Ley de Prensa (1966–1976)*. Anagrama.
- Clavero, Bartolomé (2014). *España, 1978. La amnesia constituyente*. Marcial Pons.
- Coca, César (2008, 25 de marzo). Julián Ríos: «El peor enemigo de la literatura es su propio sucedáneo». *Ideal*. <https://www.ideal.es/granada/20080325/cultura/julian-rios-peor-enemigo-20080325.html>
- Cohen, Marcelo (1977). Talleres literarios: el fin del aislamiento. *Viejo Topo*, (5), 63.
- Cohen, Mitchell (1994). *The Wager of Lucien Goldmann, tragedy, dialectics, and a hidden god*. Princeton University Press.
- Compagnon, Antoine (2007). *La littérature, pour quoi faire?* Fayard/Collège de France.
- Compagnon, Antoine (2011). 1966: Annus mirabilis. <https://www.college-de-france.fr/site/antoine-compagnon/course-2011-01-04-16h30.htm>

- Compagnon, Antoine (2013). *Une question de discipline. Entretiens avec Jean-Baptiste Amadieu*. Flammarion.
- Conte, Rafael (1985a). *Larva*: metáfora del mundo. En Sánchez Robayna, Andrés y Díaz-Migoyo, Gonzalo (Eds.), *Palabras para Larva* (pp. 113–116). Llibres del Mall.
- Conte, Rafael (1985b). La noche de San Juan de la vanguardia española actual. En Sánchez Robayna, Andrés y Díaz-Migoyo, Gonzalo (Eds.), *Palabras para Larva* (pp. 179–184). Llibres del Mall.
- Conte, Rafael (1987). Larvadicción. *Quimera*, (76), 38.
- Corvez, Maurice (1972). *Los estructuralistas* (trad. Leandro Wolfson y Andrés Pirk). Amorrortu.
- Couffon, Claude (1970, 12 de septiembre). Entretien avec Juan Goytisolo. Don Julian ou la destruction des mythes. *Le Monde*. https://www.lemonde.fr/archives/article/1970/09/12/entretien-avec-juan-goytisolo-don-julian-ou-la-destruction-des-mythes_3120632_1819218.html
- Cruz y raya (1933). Editorial. *Cruz y Raya. Revista de afirmación y negación*, (1), 7–10.
- Cuadernos para el diálogo (1970a). Editorial: Tiempo de polémica. *Cuadernos para el diálogo* (extraordinario sobre «Literatura española a treinta años del siglo XXI»), (XXIII), 3–4.
- Cuadernos para el diálogo (1970b). Mesa redonda: poesía. *Cuadernos para el diálogo* (extraordinario sobre «Literatura española a treinta años del siglo XXI»), (XXIII), 53–60.
- Cuervo, Javier (2011, 1 de agosto). Mis hijos no me reprocharon que me perdiera su niñez. *La Nueva España*. <https://www.lne.es/asturias/2011/08/01/hijos-reprocharon-perdiera-ninez-21058311.html>
- Curell, Clara (2018). Diálogo con Andrés Sánchez Robayna acerca del taller de traducción literaria de la Universidad de la Laguna. *Tropelías*, (29), 241–249.
- Cusset, François (2005). *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cie et les mutations de la vie intellectuelle aux États-Unis*. La Découverte.
- D'Eramo, Maros (1979). Siempre he sido responsable de mi locura. Entrevista con Roland Barthes. *El viejo topo*, (33), 20–25.
- Daix, Pierre (1969). *Claves del estructuralismo* (trad. Julio Vera). Calden.
- Dalmaroni, Miguel (1997). La moda y «la trampa del sentido común». Sobre la operación Raymond Williams en «Punto de vista». *Orbis Tertius*, 2(5), 1–7.
- Dalmaroni, Miguel (2015). Resistencias a la lectura y resistencias a la teoría. Algunos episodios en la crítica literaria latinoamericana. *452°F. Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*, (12), 42–62.
- Dardot, Pierre y Laval, Christian (2009). *La nouvelle raison du monde. Essai sur la société néolibérale*. La Découverte, 2010.
- Darnton, Robert (2007). «What is the History of Books?» Revisited. *Modern Intellectual History*, 4(3), 495–508.
- Darnton, Robert (2010). ¿Cuál es la historia de los libros? En *Las razones del libro. Futuro, presente y pasado* (pp. 177–204). Trama.
- Dasilva, Xosé Manuel (2008). Reseña de *Crisantiempo* de Haroldo de Campos (trad. Andrés Sánchez Robayna para Acantilado, 2006). *Quaderns. Revista de Traducció*, (15), 225–226.
- De Campos, Haroldo (1963). Da tradução como criação e como crítica. *Tempo brasileiro*, 4/5, 164–181.
- De Campos, Haroldo (1968). Notas à margem de uma análise de Pessoa (carta del 14

- de junio de 1969). En Jakobson, Román, *Lingüística. Poética. Cinema* (pp. 195–204). Perspectiva, 1970.
- De Campos, Haroldo (1980). Da razão antropofágica: diálogo e diferença na cultura brasileira. En *Metalínguagem & outras metas* (pp. 231–255). Perspectiva, 1992.
- De Campos, Haroldo (1984). Poesia e modernidade: da morte do verso à constelação. O poema pós-utópico. En *O arco-íris branco* (pp. 243–269). Imago, 1997.
- De Campos, Haroldo (1985). Larvario barroquista. En Sánchez Robayna, Andrés y Díaz-Miguel, Gonzalo (Eds.), *Palabras para Larva* (pp. 9–18; trad. Héctor Olea). Llibres del Mall.
- De Campos, Haroldo (2001). Semiótica como prática e não como escolástica. En *Depoimentos de oficina* (pp. 71–99). UNIMARCO, 2002.
- De Campos, Haroldo y Lafer, Celso (1996). Conversación sobre Octavio Paz (trad. Andrés Sánchez Robayna). En *Cuadernos Hispanoamericanos*, (558), 7–27.
- De Diego, José Luis (1993). *Roland Barthes, una Babel feliz*. Almagesto.
- De Diego, José Luis (2001). ¿Quién de nosotros escribirá el *Facundo?* *Intelectuales y escritores en Argentina (1970–1986)*. Al Margen.
- De Diego, José Luis (Dir.) (2006). *Editores y políticas editoriales en Argentina (1800–2000)*. Fondo de Cultura Económica.
- De Diego, José Luis (2008). Algunas hipótesis sobre la edición de literatura en la España democrática. En *Siglos XX y XXI. Memoria del I Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas* (pp. 1–12). Universidad Nacional de La Plata. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/16302>
- De Diego, José Luis (2015). *La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición*. Ampersand.
- De Diego, José Luis (2019). La literatura y el mercado editorial. En *Los autores no escriben libros. Nuevos aportes a la historia de la edición* (pp. 185–225). Ampersand.
- De Man, Paul (1988). Conclusiones acerca de *La tarea del traductor* de Walter Benjamin (trad. Nora Catelli). *Diario de poesía*, (10), 12–21.
- De Peretti, Cristina (1999). Mi vida en deconstrucción – erre que erre. *Daimon. Revista de filosofía*, (19), 103–110.
- De Peretti, Cristina (2005). Herencias de Derrida. *Isegoría*, (32), 119–133.
- De Peretti, Cristina y Rocha, Delmiro (2015). Las Spanish-speaking Connections de Derrida. *ALEA*, 17(1), 78–91.
- De Torre, Guillermo (1959). Los puntos sobre algunas «íes» novelísticas (réplica a Juan Goytisolo). *Ínsula*, (150), 1–2.
- De Torre, Guillermo (2013). *De la aventura al orden* (ed. Domingo Ródenas). Fundación Banco Santander.
- Del Pino, Castilla (1981, 16 de septiembre). Jacques Lacan. *El País* («La cultura»), p. 30.
- Delacampagne, Christian (1982, 18 de diciembre). Un reencuentro sorprendente entre filosofía y psicoanálisis. *El País (Cultura)*. https://elpais.com/diario/1982/12/18/cultura/409014007_850215.html
- Deleuze, Gilles (1976). ¿En qué se reconoce el estructuralismo? En Châtelet, François (Ed.), *Historia de la filosofía (tomo IV)* (pp. 569–599; trad. Victorio Peral Domínguez). Espasa Calpe.
- Delgado, Luisa Elena (2014). *La nación singular. Fantasías de la normalidad democrática española (1996–2011)*. Siglo XXI.
- Della Volpe, Galvano (1966). *Crítica del gusto* (trad. Manuel Sacristán). Seix Barral.

- De Marco, Valeria (2021). Ceguera estética e historiografía literaria en la era Franco. En Larraz, Fernando y Santos, Diego (Eds.), *Poéticas y cánones del franquismo* (pp. 27–53). Iberoamericana/Vervuert.
- Derrida, Jacques (1967a). *L'écriture et la différence*. Seuil.
- Derrida, Jacques (1967b). Force et signification (1963). En *L'écriture et la différence* (pp. 9–49). Seuil.
- Derrida, Jacques (1993). *Spectres de Marx*. Galilée.
- Derrida, Jacques (2017). Esa extraña institución llamada literatura. Una entrevista de Derek Attridge con Jacques Derrida (1989) (trad. de Vicenç Tuset). *Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, (18), 115–150.
- Derrida, Jacques (1972). La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas. En Macksey, Richard y Donato, Eugenio (Eds.), *Los lenguajes críticos y las ciencias del hombre: controversia estructuralista* (pp. 269–293; trad. José Manuel Llorca). Barral.
- Descamps, Christian (1982). Jacques Derrida, entre la filosofía y la escritura. *A parte rei*, (71), 1–3.
- Díaz, Elías (1974). *Notas para una historia del pensamiento español actual (1939–1973)*. Edicusa.
- Díaz-Migoyo, Gonzalo (1985). La Palabra de Julián Ríos. En Sánchez Robayna, Andrés y Díaz-Migoyo, Gonzalo (Eds.), *Palabras para Larva* (pp. 39–52). Llibres del Mall.
- Diwan (1978a). La nueva filosofía francesa y la vieja estupidez española. *Diwan*, (1), 119–121.
- Diwan (1978b). Los horteras – en la profundidad de su horterez preparaban – su elevación airosa. *Diwan*, (1), 124–126.
- Diwan (1978c). La pitanza pensionada. *Diwan*, (1), 127–129.
- Diwan (1978d). Editorial. El C.I.E.L. y nosotros. *Diwan*, (2/3), 9.
- Diwan (1978e). C.I.E.L. Comité de Intelectuales por la Europa de las Libertades. Manifiesto. *Diwan*, (2/3), 11–17.
- Diwan (1978f). Para Carlos, con amor. *Diwan*, (2/3), 205–207.
- Diwan (1978g). Castellote, de la plebe, caballero en la calle. *Diwan*, (2/3), 207–208.
- Diwan (1978h). ¿Margaritas o perlas? *Diwan*, (2/3), 222–223.
- Diwan (1978i). Una carta. *Diwan*, (2/3), 224–226.
- Domínguez Caparrós, José (2002). *Teoría de la literatura*. Centro de Estudios Ramón Areces.
- Domínguez Caparrós, José (2009). *Introducción a la teoría literaria*. UNED/Centro de Estudios Ramón Areces.
- Domínguez Ferrer, Rut (2014). Traducción y traductores en la revista *Syntaxis*: una interpretación crítica. *Estudios canarios. Anuario del Instituto de Estudios Canarios*, (LVIII), 263–301.
- Dosse, François (1992). *Histoire du structuralisme* (vol. I: *Le champ du signe*). Le Livre de Poche.
- Dosse, François (1995). *Histoire du structuralisme* (vol. II: *Le chant du cygne*). Le Livre de Poche.
- Druet, Anne-Cécile (2006). *La psychanalyse dans l'Espagne postfranquiste (1975–1985)*. Tesis doctoral inédita. Université Paris IV–La Sorbonne.
- Druet, Anne-Cécile (2007). Estudio descriptivo de las revistas de psicoanálisis en España

- hasta 1985. *Archivos de psiquiatría*, 70(2), 115–130.
- Druet, Anne-Cécile (2008). Ecos socioculturales de la introducción del lacanismo en España. *Cuadernos LIRICO*, (4), 165–174.
- Duque, Félix (1998). *Historia de la Filosofía Moderna. La era de la crítica*. Akal.
- Duque, Félix (2003). *Contra el Humanismo*. Abada.
- Duras, Margarite (1978). El camión. *Diwan*, (1), 53–75.
- Eagleton, Terry (2003). *After Theory*. Penguin.
- Echevarría, Ignacio (2005). *Trayecto. Un recorrido crítico por la reciente narrativa española*. Mondadori.
- El País (1976a, 17 de diciembre). Secuestrado un libro de José Bergamín. *El País*. https://elpais.com/diario/1976/12/17/sociedad/219625207_850215.html
- El País (1976b, 10 de septiembre). Nueva orientación de la revista Zona Abierta. *El País*. https://elpais.com/diario/1976/09/10/cultura/211154405_850215.html
- El País (1978, 28 de noviembre). Denuncian la censura de la editorial Ucrónia. *El País*. https://elpais.com/diario/1978/11/28/cultura/281055605_850215.html
- El País (1979a, 13 de marzo). El futuro del PSOE (Editorial). *El País*.
- El País (1979b, 9 de mayo). ¿Qué es el marxismo? (Editorial). *El País*.
- Els Marges (1979). Una nació sense estat, un poble sense llengua. Autores: Joan Albert Argenter Giralt, Jordi Castellanos Vila, Manuel Jorba, Joaquim Molas, Josep Murgades i Barceló, Josep Maria Nadal Farreras, Enric Sullà Álvarez. *Els Marges: revista de llengua i literatura*, (15), 3–13.
- El viejo topo (1978, febrero). Fraga y los nuevos filósofos. *El viejo topo*, (17), 71.
- Equipo Comunicación (1969a). Texto de presentación de los editores. En Lefebvre, Henri y Della Volpe, Galvano, *Ajuste de cuentas con el estructuralismo* (pp. 7–8). Alberto Corazón (Comunicación, Serie B, 2).
- Equipo Comunicación (1969b). Texto de presentación del «Editor». En AA.VV, *Ideología y lenguaje cinematográfico* (pp. 8–9). Alberto Corazón (Comunicación, Serie A, 1).
- Equipo Comunicación (1970a). Introducción. En Reznikov, Lazar O., *Semiótica y teoría del conocimiento* (pp. 9–13). Alberto Corazón (Comunicación, Serie A, 5).
- Equipo Comunicación (1970b). Otra alternativa cultural. *Triunfo*, XXV(434), 55–57.
- Equipo Comunicación (1970c). Texto de presentación de Comunicación. En Barthes, Roland, *Elementos de semiología* (pp. 7–13). Alberto Corazón (Comunicación, Serie B, 6).
- Equipo Comunicación (1970d). La crítica literaria en España. *Cuadernos para el diálogo extraordinario sobre «Literatura española a treinta años del siglo XXI»*, (XXIII), 31–37.
- Equipo Comunicación (1970e). Comunicación, «sin título». En Tynianov, Yuri; Eichenbaum, Boris y Shklovski, Victor, *Formalismo y vanguardia. Textos de los formalistas rusos* (pp. 7–25). Alberto Corazón (Comunicación, Serie B, 3).
- Equipo Comunicación (1973a). Introducción. En Bense, Max. *Estética de la información. Comunicación*.
- Equipo Comunicación (1973b). Prólogo de «Comunicación». AA.VV. *Los sistemas de signos. Teoría y práctica del estructuralismo soviético*. Alberto Corazón (Comunicación. Serie A).
- Escorial (1940, noviembre). Manifiesto editorial. *Escorial. Revista de cultura y letras*, 7–12.
- Espósito, Fabio (2009). Seix Barral y el boom de la nueva narrativa hispanoamericana: Las mediaciones culturales de la edición española. *Orbis Tertius*, XIV(15). https://www.orbisterius.unlp.edu.ar/article/download/OTv14n15d03/pdf_376/
- Espósito, Fabio (2015). La crítica moderna en Argentina: la revista *los Libros* (1969–1976).

- Orbis Tertius*, XX(21). <http://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTv20n21a13/6821>
- Ezcurra, José Ángel (1995a). Apuntes para una historia. En Altad, Alicia y Aubert, Paul (Eds.), «*Triunfo* en su época (pp. 43–54). École des Hautes Études Hispaniques, Casa de Vélazquez, Ediciones Pléyades.
- Ezcurra, José Ángel (1995b). Crónica de un empeño dificultoso. En Altad, Alicia y Aubert, Paul (Eds.), «*Triunfo* en su época (pp. 365–688). École des Hautes Études Hispaniques, Casa de Vélazquez, Ediciones Pléyades.
- Falcón, Alejandrina (2013). Traductores del exilio: el caso argentino en España (1976–1983). Apuntes sobre el tratamiento de las fuentes testimoniales en historia reciente de la traducción. *Mutatis Mutandis*, 6(1), 60–83.
- Falcón, Alejandrina (2018). *Traductores del exilio. Argentinos en editoriales españolas: traducciones, escrituras por encargo y conflicto lingüístico (1974–1983)*. Iberoamericana/Vervuert.
- Felipe, León (1959). Palabras... Boletín de Información. *Unión de intelectuales españoles en México*, (8), 2.
- Fernández Buey, Francisco (2006). Cuando nació *El Viejo Topo*. Un recuerdo personal. En Mir García, Jordi (Ed.), *El Viejo Topo. Treinta años después* (pp. 13–17). Ediciones de Intervención Cultural/El Viejo Topo.
- Fernández, J. Benito (2011). *Gide/Barthes. Cuaderno de niebla*. Montesinos.
- Fernández-Savater, Amador (2013, 14 de junio). La Cultura de la Transición y el nuevo sentido común. *eldiario.es*. https://www.eldiario.es/interferencias/cultura-de-la-transicion-segunda-transicion_132_5617359.html
- Ferrater, Gabriel (1986). *Papers, cartes, paraules*. Ferraté, Joan (Ed.). Quaderns Crema.
- Fraz, Paulo Procopio de Araujo (2013). «*La Forme et le Contenu*» dans l’œuvre de Lucien Goldmann. Trabajo de Master 2 Lettres. Paris VIII (2012–2013).
- Ferrero Carracedo, Luis (1989). La presencia en España de Jacques Derrida. *Anthropos. Jacques Derrida. ¿Cómo no hablar?* y otros textos, (13), 137–146.
- Ferrero Carracedo, Luis y De Peretti, Cristina (1983). La recepción en España del pensamiento de Jacques Derrida. *Revista de Filosofía* (Instituto de Filosofía «Luis Vives», C.S.I.C., Madrid), 2da. serie, (VI).
- Forri, Yael (2017). Historiografía de Oscar Masotta en España. En *XVIII Encuentro Argentino de la Psicología, psiquiatría y el psicoanálisis*. Escuela de Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de Rosario. <https://www.aacademica.org/yael.ferri/2.pdf>
- Ferry, Luc y Renaut, Alain (1985). *La pensée 68. Essai sur l’anti-humanisme contemporain*. Gallimard.
- Foucault, Michel (1966). *Les mots et les choses*. Gallimard.
- Foucault, Michel (1968). Sur l’archéologie des sciences. Réponse au Cercle d’épistémologie. En *Dits et écrits I (1954–1975)* (pp. 724–759). Gallimard, 2001.
- Foucault, Michel (1969). *L’archéologie du savoir*. Gallimard.
- Foucault, Michel (1971). Nietzsche, la genealogía, la historia. En *Microfísica del poder* (pp. 7–29; trad. Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría). Ediciones de la Piqueta, 1979.
- Foucault, Michel (1977). La vie des hommes infâmes. En *Dits et écrits II (1976–1978)* (pp. 237–253). Gallimard, 2001.
- Foucault, Michel (1978). El juego de Michel Foucault. *Diwan*, (2/3), 171–202.
- Foucault, Michel (2003). *Hay que defender la sociedad* (trad. Horacio Pons). Akal.

- Foucault, Michel (2005). *Theatrum Philosophicum*. En Foucault, Michel y Deleuze, Gilles, *Theatrum Philosophicum seguido de Repetición y diferencia* (pp. 7–47; trad. Francisco Monge). Anagrama.
- Foucault, Michel et al. (1969). *Psicoanálisis, existencialismo, estructuralismo*. Papiro.
- Fraga, Manuel (1978, 17 de enero). En el principio era el Estado. *El País*. https://elpais.com/diario/1978/01/17/opinion/253839601_850215.html
- Francescutti Pérez, Luis Pablo (2020). La semiótica de la comunicación masiva en España: sus avatares académicos contados por sus protagonistas. *Signa*, (29), 391–414.
- Fuentes, Carlos (2007). Una presentación de Julián Ríos. En Pagès, Stéphane (Dir.), *Julián Ríos, le Rabelais des lettres espagnoles* (pp. 21–23). Presses Universitaires du Mirail.
- Galván, Valentín (2007a). La recepción del pensamiento de Michel Foucault en los libros de texto de Bachillerato (1975–2004). *Paideia. Revista de Filosofía y Didáctica de la Filosofía*, XXVIII(79), 293–304.
- Gallano, Carmen (2017). Oscar Masotta, la verdad oculta del saber. En *Colegio de psicoanálisis de Madrid*. 4 de junio de 2017. <https://colegiodepsicoanalisisdemadrid.es/oscar-masotta-la-verdad-oculta-del-saber/>
- Galván, Valentín (2007b). La recepción del pensamiento de Michel Foucault en las tesis doctorales de las Universidades españolas (1979–2005). *Trocadero*, (19), 135–154.
- Galván, Valentín (2010). *De vagos y maleantes. Michel Foucault en España*. Virus.
- Gamoneda, Antonio (1977). *Descripción de la mentira*. En *Edad (Poesía 1947–1986)* (ed. Miguel Casado). Cátedra, 2006.
- Gamoneda, Antonio (1997). *El cuerpo de los símbolos*. Huerga & Fierro.
- García Berrio, Antonio (1973). *Significado actual del formalismo ruso*. Planeta.
- García Berrio, Antonio (1977). *Formación de la Teoría Literaria moderna. La tópica horaciana en Europa*. Cupsa.
- García Berrio, Antonio (1980). *Formación de la Teoría Literaria moderna (2). Teoría poética del Siglo de Oro*. Universidad de Murcia.
- García Berrio, Antonio (1992). Prefacio a la primera edición inglesa. En *Teoría de la literatura (la construcción del significado poético)* (pp. 13–14). Cátedra, 1994.
- García Berrio, Antonio (1994a). Del prólogo a la primera edición. En *Teoría de la literatura (la construcción del significado poético)* (pp. 9–11). Cátedra.
- García Berrio, Antonio (1994b). *Teoría de la literatura (la construcción del significado poético)*. Cátedra.
- García Berrio, Antonio (1994c). Prólogo a la segunda edición española. En *Teoría de la literatura (la construcción del significado poético)* (pp. 15–19). Cátedra.
- García Berrio, Antonio y Hernández Fernández, Teresa (1994). *La Poética: tradición y modernidad*. Síntesis.
- García Calvo, Agustín (1972). *Sermón de ser y no ser*. Visor.
- García Calvo, Agustín (1973a). Aviso de la edición segunda. En *Sermón de ser y no ser* (pp. 11–12). 2da edición. Alberto Corazón (Visor).
- García Calvo, Agustín (1973b). *Lalía, ensayos de estudio lingüístico de la sociedad*. Siglo XXI.
- García Calvo, Agustín (1974). *Cartas de negocios de José Requejo*. Nostromo.
- García Calvo, Agustín (1977a). *Manifiesto contra el despilfarro*. La Banda de Moebius.
- García Calvo, Agustín (1977b). *¿Qué es el Estado?* La Gaya Ciencia.
- García Calvo, Agustín (1979). *Del Lenguaje*. Lucina.

- García Calvo, Agustín (1983). *Historia contra tradición. Tradición contra Historia*. Lucina.
- García Calvo, Agustín (1985). *Razón común*. Lucina, 1999.
- García Calvo, Agustín (1993a). Medios de formación de masas: entrevista con Agustín García Calvo. Entrevista por Xavier Bermúdez y transcrita por Ana Ma. González (7 de Julio de 1993). *ArchipiéLAGO*, (14).
- García Calvo, Agustín (1993b). *Contra el Tiempo*. Lucina.
- García Calvo, Agustín (1993b). *Contra la Paz. Contra la Democracia*. Virus.
- García Calvo, Agustín (1994). *Contra la Pareja*. Lucina.
- García Calvo, Agustín (1995). El tiempo de la escritura. En Bengoechea, Mercedes y Sola, Ricardo (Eds.), *Moral y escritura (1940–1990)* (pp. 153–160). Universidad de Alcalá.
- García Calvo, Agustín (1996). *Contra el Hombre*. Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo.
- García Calvo, Agustín (2009). *Elementos gramaticales. Para niños mayorcitos y para quienes se hagan como niños I*. Lucina.
- García Calvo, Agustín y Belli, Giuseppe-Gioachino (2006). 47 sonetos romancescos. Lucina.
- García Calvo, Agustín y Brassens, Georges (1983). 19 canciones. Lucina.
- García Calvo, Agustín y Bredlow, Luis-Andrés (2018). *Parménides*. Lucina.
- García Morales, Adelaida (1985). *El sur seguido de Bene*. Anagrama.
- García Sánchez, Javier (1978). Una conversación entre Agustín García Calvo y Savater, Fernando (1978). La vida, la pasión y la muerte. *El viejo topo*, (24), 47–51.
- García Soto, Luis (1998). Barthes em español: a recepçom e a traduçom. Ágora. Papeles de Filosofia, 17(1), 89–113. <https://minerva.usc.es/xmlui/handle/10347/1116>
- García, Germán (1981, 23 de octubre). Lacan y Castilla del Pino. *El País*. https://elpais.com/diario/1981/10/23/cultura/372639604_850215.html
- García, Germán (1995). Una larga marcha. Reportaje a Germán L. García. *Analítica del Litoral. Una revista sin fronteras*, (5). <https://www.sinthomaycultura.com/wp-content/uploads/1.-UNA-LARGA-MARCHA-final.pdf>
- García, Germán (2013). Entrevista por Max Hidalgo Nácher (Buenos Aires, agosto).
- Gargatagli, Anna (2017). El fin de la edad de oro: traducción y melancolía. *El tango en la brecha*, IV(5), 305–321.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (1973). *La estructura social en teoría de la literatura*. Tesis de doctorado. Universidad Complutense de Madrid.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (1975). *Introducción a la teoría de la literatura*. SGEL.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (1976a). *Literatura y sociedad en la España de Franco*. Prensa Española/Magisterio Español, Editora Nacional.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (1976b). El estructuralismo genético, cinco años después. *Cuadernos hispanoamericanos*, (313), 140–146.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (1977). 35 años de la teoría de la literatura y de la crítica literaria en España (1940–1975). En Rugg, Evelyn y Gordon, Alan M. (Eds.), *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas* (pp. 301–304). University of Toronto, 1980.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (1980). Rafael Balbín (1910–1987) (necrológica). *Revista de Filología Española*, LX(1/4), 345–353. <https://xn--revistadefilologiaespaola-uoc.revisitas.csic.es/index.php/rfe/article/view/658/760>
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (1982). La Moderna Teoría Literaria en España (1949–

- 1980). En *Estudios de semiótica literaria. Tendencias de la crítica en la actualidad vistas desde España* (pp. 22–47). CSIC.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (1983). Estructura social y forma del contenido literario. En *Serta Philologica: Fernando Lázaro Carreter: natalem diem sexagesimum celebranti dicata. Vol 1* (pp. 239–249). Cátedra.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (Ed.) (1984a). *Teoría semiótica. Lenguajes y textos hispánicos*. CSIC.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (1984b). Jakobson y la semiótica literaria. En *La crisis de la literariedad* (pp. 11–25). Taurus, 1987.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (1986). Presentación. *Crítica semiológica de textos hispánicos* (pp. 19–20). CSIC.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (Comp.) (1987). *La crisis de la literariedad*. Taurus.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (1994). *La musa de la retórica. Problemas y métodos de la ciencia de la literatura*. CSIC («Biblioteca de Filología Hispánica»).
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (Ed.) (1996). *La moderna crítica literaria hispánica*. Mapfre.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (1999). Más sobre el congreso de Madrid. *Signa: revista de la Asociación Española de Semiótica*, (8), 37–52.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (2002). La teoría literaria ante el siglo XXI. *Anthropos*, (196), 35–41.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (2004). *Nueva introducción a la teoría de la literatura. Síntesis*.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (2009a). *El lenguaje literario. Vocabulario crítico. Síntesis*.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (2009b). Introducción. En *El lenguaje literario. Vocabulario crítico* (pp. 7–8). Síntesis.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (2009c). Epílogo. En *El lenguaje literario. Vocabulario crítico* (pp. 1481–1483). Síntesis.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (2012). Tradición, aportes y desafío de la teoría literaria en lengua española. Entrevista a Miguel Ángel Garrido Gallardo. *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 187(758), 1197–1205.
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (2017). Nominalismo y teoría de la literatura. En Alburquerque García, Luis; Álvarez Escudero, Roberto y García Barrientos, José Luis (Eds.). *Ecritura y teoría en la actualidad: actas del II Congreso Internacional de ASETEL. Madrid, 29–30 de enero de 2015* (pp. 19–34). CSIC.
- Gazarian Gautier, Marie-Lise (1991). *Babel de Papel*. Quimera, (106/107), 21–27.
- Gerbaudo, Analía (2017). How Does Literary Theory Cross Boundaries (or Not)? Notes on a Case Study. *Journal of World Literature*, (3), 92–103.
- Gerbaudo, Analía (2016). *Políticas de exhumación. Las clases de los críticos en la universidad argentina de la posdictadura (1984–1986)*. Ediciones UNL.
- Gerbaudo, Analía (2018). El fuego, el agua, la biodegradabilidad. Apuntes metodológicos para un archivo porvenir. En Vigna, Diego y Olga Arán, Pampa (Comps.), *Archivos, artes y medios digitales: teoría y práctica* (pp. 41–66). Centro de Estudios Avanzados/Universidad Nacional de Córdoba.
- Gerbaudo, Analía (2022). Raúl Antelo, la teoría y la periferia. En Klinger, Diana y Cámara, Mario (Eds.), *Raúl Antelo y los estudios latinoamericanos*. Grumo.
- Gil de Biedma, Jaime (1962). El ejemplo de Luis Cernuda. En *El pie de la letra. Ensayos*

- completos (pp. 123–130). Debolsillo, 2018.
- Gil de Biedma, Jaime (1965). Carta de España (o todo era Nochevieja en nuestra literatura al comenzar 1965). En *El pie de la letra. Ensayos completos* (pp. 230–232). DeBolsillo, 2018.
- Gil de Biedma, Jaime (1976). Sobre el hábito de la literatura como vicio de la mente y otras ociosidades (Coloquio: Carlos Barral, Beatriz de Moura, Juan Marsé y Jaime Gil de Biedma). En *El pie de la letra. Ensayos completos* (pp. 330–346). DeBolsillo, 2018.
- Giménez Caballero, Ernesto (2009). Arte y Estado. Biblioteca Nueva.
- Gimferrer, Pere (1971). Notas parciales sobre poesía española de postguerra. En Clotas, Salvador y Gimferrer, Pere, *Treinta años de literatura española* (pp. 87–108). Kairos.
- Gimferrer, Pere (1976a). Convergencias. *Literradura*, (9/10), 8–17.
- Gimferrer, Pere (1976b). Sobre Novalis. *Literradura*, (2/3).
- Gimferrer, Pere (1989). Itinerari d'un escriptor. En *Obra catalana completa 5. Assaigs crítics* (pp. 211–235). Edicions 62, 1997.
- Gimferrer, Pere (2000a). Riesgo y ventura de Juan Goytisolo. En *Radicalidades* (pp. 17–58). Península.
- Gimferrer, Pere (2000b). *Juan sin tierra*: el espacio del texto. En *Radicalidades* (pp. 59–71). Península.
- Gimferrer, Pere (2005). *Rimbaud y nosotros*. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- Glondys, Olga (2016). España A.D. 1963: Bergamín, Fraga y el Congreso por la Libertad de la Cultura. En Hidalgo Nácher, Max; López Cabello, Iván y Santa María Fernández, María Teresa, *José Bergamín entre literatura y política* (pp. 203–220). Presses Universitaires de Paris Ouest.
- Goldmann, Lucien (1967). *Para una sociología de la novela* (trad. Jaime Ballesteros y Alberto Ortiz). Madrid.
- Goldmann, Lucien (1968a). *El hombre y lo absoluto. El dios oculto* (trad. Juan Ramón Capella). Península.
- Goldmann, Lucien et al. (1968b). *Las estructuras y los hombres* (trad. Manuel Sacristán). Ariel.
- González de Ávila, Manuel (2002). Introducción periférica a la teoría literaria. *Anthropos*, (196), 18–34.
- González Echevarría, Roberto (2014). Singularidad de *Syntaxis*. En Krawietz, Alejandro (Eds.), «*Syntaxis*»: una aventura creadora. 30 años del nacimiento de una revista (pp. 35–36). Tenerife Espacio de las Artes.
- Goytisolo, Juan (1956). Sin título. En *Problemas de la novela* (pp. 9–10). Biblioteca Breve, 1959.
- Goytisolo, Juan (1957a). La nueva psicología. En *Problemas de la novela* (pp. 55–62). Biblioteca Breve, 1959.
- Goytisolo, Juan (1957b). La picaresca, ejemplo nacional. En *Problemas de la novela* (pp. 87–94). Biblioteca Breve, 1959.
- Goytisolo, Juan (1957c). Los límites de la novela. En *Problemas de la novela* (pp. 29–43). Biblioteca Breve, 1959.
- Goytisolo, Juan (1957d). Novela francesa, novela americana. En *Problemas de la novela* (pp. 45–53). Biblioteca Breve, 1959.

- Goytisolo, Juan (1957e). La herencia de la picaresca. En *Problemas de la novela* (pp. 95–106). Biblioteca Breve, 1959.
- Goytisolo, Juan (1958a). El caso Robbe-Grillet. En *Problemas de la novela* (pp. 63–70). Biblioteca Breve, 1959.
- Goytisolo, Juan (1958b). La novela en Italia. En *Problemas de la novela* (pp. 71–78). Biblioteca Breve, 1959.
- Goytisolo, Juan (1958c). Ortega y la novela. En *Problemas de la novela* (pp. 79–86). Biblioteca Breve, 1959.
- Goytisolo, Juan (1959d). Para una Literatura Nacional Popular. *Ínsula*, (146), 6 y 11.
- Goytisolo, Juan (1960). *Pueblo y la joven literatura española*. Boletín de Información. Unión de intelectuales españoles en México, (12), 8.
- Goytisolo, Juan (1966). *Señas de identidad*. Joaquín Mortiz.
- Goytisolo, Juan (1967a). Los escritores españoles frente al toro de la censura. En *El furgón de cola* (pp. 29–36). Ruedo Ibérico.
- Goytisolo, Juan (1967b). La literatura perseguida por la política. En *El furgón de cola* (pp. 37–44). Ruedo Ibérico.
- Goytisolo, Juan (1967c). Cernuda y la crítica literaria española. En *El furgón de cola* (pp. 85–97). Ruedo Ibérico.
- Goytisolo, Juan (1967d). Destrucción de la España sagrada. *Mundo Nuevo*, (12), 44–60.
- Goytisolo, Juan (1967e). La literatura perseguida por la política. En *El furgón de cola* (pp. 7–20). Ruedo Ibérico.
- Goytisolo, Juan (1967f). El furgón de cola. En *El furgón de cola* (pp. 2–6). Ruedo Ibérico.
- Goytisolo, Juan (1975a). El lenguaje del cuerpo (sobre Octavio Paz y Severo Sarduy). *Disidencias* (1977). En *Obras completas VI. Ensayos literarios (1967–1999)* (pp. 609–628). Galaxia Gutenberg, 2007.
- Goytisolo, Juan (1975b). In memoriam F.F.B. (1892–1975). *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, (46/48), 160–164.
- Goytisolo, Juan (1976). *Reivindicación del conde don Julián*. Seix Barral.
- Goytisolo, Juan (1977). La novela española contemporánea. *Disidencias* (1977). En *Obras completas VI. Ensayos literarios (1967–1999)* (pp. 593–608). Galaxia Gutenberg, 2007.
- Goytisolo, Juan (1979). *España y los españoles*. Lumen.
- Goytisolo, Juan (1985a). El novelista: ¿crítico practicante o teorizador de fortuna? *Contracorrientes*. En *Obras completas VI. Ensayos literarios (1967–1999)* (pp. 930–940). Galaxia Gutenberg, 2007.
- Goytisolo, Juan (1985b). Albricias filosóficas. *Contracorrientes* (1985). En *Obras completas VI. Ensayos literarios (1967–1999)* (pp. 1003–1006). Galaxia Gutenberg.
- Goytisolo, Juan (1985c). Sobre *Larva*. En Sánchez Robayna, Andrés y Díaz-Migoyo, Gonzalo (Eds.), *Palabras para Larva* (pp. 19–20). Llibres del Mall.
- Goytisolo, Juan (1985d). *Larva. Babel de una noche de San Juan*. En Sánchez Robayna, Andrés y Díaz-Migoyo, Gonzalo (Eds.), *Palabras para Larva* (pp. 171–174). Llibres del Mall.
- Goytisolo, Juan (1985e). Silencio público, regocijo privado. *Contracorrientes*. En *Obras completas VI. Ensayos literarios (1967–1999)* (pp. 999–1002). Galaxia Gutenberg, 2007.
- Goytisolo, Juan (1986). *En los reinos de taifa*. Seix Barral, 2015.
- Goytisolo, Juan (1987). Un lugar aparte. *Quimera*, (76), 45.
- Goytisolo, Juan (1999a). Anticuarios. *Cogitus interruptus* (1999). En *Obras completas VI. Ensayos literarios (1967–1999)* (pp. 1288–1292). Galaxia Gutenberg, 2007.

- Goytisolo, Juan (1999b). Nuestra cultura. *Cogitus interruptus* (1999). En *Obras completas VI. Ensayos literarios (1967–1999)* (pp. 1235–1252). Galaxia Gutenberg, 2007.
- Goytisolo, Juan (1999c). *En los reinos de taifa*. Alianza, 2015.
- Goytisolo, Juan (1999d). Max Aub o el eslabón perdido de la modernidad. *Cogitus interruptus*. En *Obras completas VI. Ensayos literarios (1967–1999)* (pp. 1389–1391). Galaxia Gutenberg.
- Goytisolo, Juan (2006, 8 abril). Más vale pájaro suelto. *El País*. https://elpais.com/dario/2006/04/08/babelia/1144453825_850215.html
- Goytisolo, Juan (2015). *Juan Goytisolo: compromiso y disidencia. Homenaje al Premio Cervantes*. Universidad de Alcalá.
- Gracia, Jordi (1996). *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo (1940–1962)*. Presses Universitaires du Mirail.
- Gracia, Jordi (2001). Epílogo. Las rutinas de la razón. En *Hijos de la razón. Contraluces de la libertad en las letras españolas de la democracia* (pp. 263–276). Edhasa.
- Gracia, Jordi (2004). *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*. Anagrama.
- Gracia, Jordi (2010). *A la intemperie. Exilio y cultura en España*. Anagrama.
- Gracia, Jordi (2014). El compromiso revisionista o cómo volver a contar (Réplica a Sebas-tiaan Faber). En Castilleja, Diana; Houvenaghel, Eugenia y Vandebosch, Dagmar (Eds.), *Ensayo y sociedad. Diálogos de un género en movimiento* (pp. 189–201). Droz.
- Gracia, Jordi (2019). *Javier Pradera o el poder de la izquierda: Medio siglo de cultura democrática*. Anagrama.
- Gracia, Jordi y Ródenas, Domingo (2011a). *Derrota y restitución de la modernidad (1939–2010)*. Crítica.
- Gracia, Jordi y Ródenas, Domingo (2011b). Introducción. En *Derrota y restitución de la modernidad (1939–2010)* (pp. 1–11). Crítica.
- Gracia, Jordi y Ródenas, Domingo (2015). *Pensar por ensayos en la España del siglo XX*. Edicions UAB.
- Gramuglio, María Teresa (2013). Entrevista por Max Hidalgo Nácher.
- Guenoun Pierre (1967). Emilia de Zuleta, Historia de la crítica española contemporánea. *Bulletin Hispanique*, 69(1/2), 300–302.
- Guillén, Claudio (1989). *Teorías de la historia literaria (ensayos de teoría)*. Espasa Calpe.
- Guillén, Claudio (1998). *Múltiples moradas*. Tusquets.
- Guillén, Claudio (2001). *Entre el saber y el conocer. Moradas del estudio literario*. Fundación Jorge Guillén.
- Guillén, Claudio (2005). Prólogo. La Literatura Comparada y la crisis de las humanidades. En *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la Literatura Comparada (ayer y hoy)* (pp. 11–24). Tusquets.
- Gumbrecht, Hans Ulrich et al. (1971). *La actual ciencia literaria alemana* (trad. Hans Ulrich Gumbrecht y Gustavo Domínguez León). Anaya.
- Gumbrecht, Hans Ulrich (2007). *Los poderes de la filología. Dinámicas de una práctica académica del texto* (trad. Aldo Mazzucchelli). Universidad Iberoamericana.
- Habermas, Jürgen (1981). *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública* (trad. Antonio Domènech; colab. Rafael Grasa). Gustavo Gili, 2002.
- Hamacher, Werner (2011). *95 tesis sobre la Filología* (trad. Laura S. Carugati). Miño y Dávila.
- Heráclito, *Razón común (lecturas presocráticas II)* (2017). Edición, ordenación, traducción y comentario de Agustín García Calvo. Lucina.

- Hermoso, Borja (2008, 26 de enero). Cuarenta años en un cajón. *El País*. https://elpais.com/diario/2008/01/26/cultura/1201302001_850215.html
- Hernández, José Manuel (2013). *Una nacional melancolía. Los intelectuales en la Barcelona de la Transición (1975–1982)*. Tesis de Maestría. Universitat de Barcelona.
- Herralde, Jorge (2001). En el principio era el Mestre. En Salas Romo, Eduardo A. (Ed.), *De sombras y de sueños. Homenaje a J.M. Castellet* (pp. 29–33). Península.
- Herralde, Jorge (2019a). Introducción al catálogo histórico de los 25 años (1969–1994) (1994). En *Anagrama. 50 años (1969–2019)* (pp. 17–22). Anagrama.
- Herralde, Jorge (2019b). Barcelona, años sesenta: el despertar de la cultura en España. En *Un día en la vida de un editor y otras informaciones fundamentales* (pp. 26–35). Anagrama.
- Herralde, Jorge (2019c). Nuestros autores y otros cómplices editoriales brindan por el 50 aniversario de Anagrama. En *Anagrama. 50 años (1969–2019)* (pp. 129–163). Anagrama.
- Herralde, Jorge (2019d). Notas sobre Luis Goytisolo, compañero de colegio. En *Un día en la vida de un editor y otras informaciones fundamentales* (pp. 36–41). Anagrama.
- Herralde, Jorge (2019e). Experiencias de un editor durante la transición (1973–1982). En *Un día en la vida de un editor y otras informaciones fundamentales* (pp. 42–58). Anagrama.
- Hidalgo Nácher, Max (2013). *El problema de la escritura en el campo intelectual francés (1945–1975)*. Tesis de doctorado. Universitat de Barcelona.
- Hidalgo Nácher, Max (2014). De una España peregrina a una España fantasmal: las imposibles vueltas de José Bergamín. En Aznar Soler, Manuel et al. (Eds.), *El exilio republicano de 1939. Viajes y retornos* (pp. 626–637). Renacimiento.
- Hidalgo Nácher, Max (2015a). Visión y ceguera de España en 1969. *La gallina ciega de Max Aub. Historia Actual Online*, 42(1), 129–140.
- Hidalgo Nácher, Max (2015b). Los discursos de la crítica literaria argentina y la teoría literaria francesa (1953–1978). *452°F. Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*, (12), 102–131. http://www.452f.com/pdf/numero12/12_452f_Hidalgo_orgnl.pdf
- Hidalgo Nácher, Max (2015c). Oscar Masotta y Roland Barthes. Homologías estructurales de una crítica de vanguardia. *Criação & Crítica*, (14), 27–42.
- Hidalgo Nácher, Max (Ed.) (2015d). «Usos hispánicos de la teoría» (monográfico). *452°F. Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*, (12), 1–153. <https://www.452f.com/452/numero12>.
- Hidalgo Nácher, Max (2016a). Bourdieu y la literatura. *Puentes de crítica literaria y cultural*, (6), 66–68.
- Hidalgo Nácher, Max (2016b). Escrituras del exilio. El problema de la escritura en José Ortega y Gasset, María Zambrano y José Bergamín. *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, (34), 151–180.
- Hidalgo Nácher, Max (2016c). Leyla Perrone-Moisés y algunas modulaciones barthesianas en Brasil en torno a la crítica y la literatura. *Alea*, 18(2), 344–366. <http://dx.doi.org/10.1590/1517-106X/182-344>
- Hidalgo Nácher, Max (2017a). La Teoría de la Literatura: pasado y presente de un problema. *Badebec*, (13), 188–211.
- Hidalgo Nácher, Max (2017b). Poéticas de lo tecnológico. Dispositivos de subjetivación, procedimientos de escritura e imaginarios culturales. En Alburquerque García, Luis;

- Álvarez Escudero, Roberto y García Barrientos, José Luis (Coords.), *Escritura y teoría en la actualidad: actas del II Congreso Internacional de ASETEL* (pp. 355–366). CSIC.
- Hidalgo Nácher, Max (2018). Fábulas del país de Jaula / El porvenir de la literatura. *Quimera. Revista de literatura*, (411), 16–25.
- Hidalgo Nácher, Max (Coord.) (2019a). Dossier sobre «Circulaciones latinoamericanas de la teoría». *Landa*, 7(2).
- Hidalgo Nácher, Max (2019b). La herencia teórica, las vueltas del Humanismo y el dispositivo de la deuda. *El taco en la brea*, VI(9), 103–115. <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/publicaciones/index.php/ElTacoenlaBrea/article/view/8193/11698>
- Hidalgo Nácher, Max (2019c). Redes intelectuais e constelações textuais: a biblioteca de Haroldo de Campos como espacio de crítica e de criação. *Circuladô*, VI(9), 36–54.
- Hidalgo Nácher, Max (Coord.) (2019d). Modelos y problemas en el estudio de la circulación de la teoría literaria (I): Cándido (1959), Haroldo de Campos (1989) y el secuestro del Barroco. *Landa*, 7(2), 219–249. <https://repositorio.ufsc.br/handle/123456789/199544>
- Hidalgo Nácher, Max (2020a). Tradiciones por venir. Pueo, Juan Carlos y Saldaña, Alfredo (2020). La escritura como estuario de la crítica. Textos *in honorem* Túa Blesa. *Tropelías*, (7), 10–27. <https://papiro.unizar.es/ojs/index.php/tropelias/article/view/4802>
- Hidalgo Nácher, Max (2020b). Historia del libro y teoría de la literatura en Argentina y España: un estudio comparado. En Larraz, Fernando; Sopena, Mireia y Mengual, Josep (Eds.), *Pliegos alzados. La historia de la edición, a debate* (pp. 33–50). Trea.
- Hidalgo Nácher, Max (2020c). Modelos y problemas en el estudio de la circulación de la teoría literaria (II): Bourdieu (1989), Casanova (1999) y el secuestro del Barroco. *Alea: Estudos Neolatinos*, 3(22), 17–42. <https://revistas.ufrj.br/index.php/alea/article/view/40466/22126>
- Hidalgo Nácher, Max (2021a). Blanchot entre nosotros. Reseña de Túa Blesa. *Maurice Blanchot. La pasión del errar. Tropelías*, (35), 393–399. https://papiro.unizar.es/ojs/index.php/tropelias/article/w/5081?fbclid=IwAR05XOAmwXsH1iwXPwmPtnkUvuLhDYMUaP2lxOVAx42yno16sWM5zTQd_lg
- Hidalgo Nácher, Max (2021b). Inscripciones de Pere Gimferrer. Reseña de Eloi Grasset de La trama mortal. *Pere Gimferrer y la política de la literatura (1962–1985)*. Renacimiento, 2020. 452°F. *Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*, (12), 267–271. https://revistes.ub.edu/index.php/452f/article/w/33562/33169?fbclid=IwAR0KTsgrGAOB3mbUFy1jdaFs2UIE1f3C2z_1UNdTVFkktMNng6lAxiax8pQ
- Hidalgo Nácher, Max (2021c). La traducción como dispositivo general de la cultura: galaxias y correspondencias desde la biblioteca de Haroldo de Campos y el archivo de Roman Jakobson. *Meta: Translator's Journal*, 66(1), 154–177.
- Hidalgo Nácher, Max (en prensa a). Boletín de Información. Unión de intelectuales españoles. En Glondys, Olga y Yousfi, Yasmina (Eds.), *La prensa cultural de los exiliados republicanos II*. Renacimiento.
- Hidalgo Nácher, Max (en prensa b). La semiótica en circulación: desde el archivo de Roman Jakobson. *DesSignis*, (39).
- Hidalgo Nácher, Max; Martín Gijón, Mario y Torrella Hoyos, David (en prensa). Dossier sobre Julián Ríos. *Tropelías*. Número extraordinario.

- Hidalgo, Feliciano (1982, 2 de enero). El filósofo francés Derriba, puesto en libertad en Checoslovaquia. *El País*. https://elpais.com/diario/1982/01/02/internacional/378774013_850215.html
- Hjelmslev, Louis (1968). *El lenguaje* (trad. María Victoria Catalina). Gredos.
- Hjelmslev, Louis (1971). *Prolegómenos a una teoría del lenguaje* (trads. Diorki). Gredos.
- Hjelmslev, Louis (1976). *Principios de gramática general* (trad. Félix Piñero Torre). Gredos.
- Hjelmslev, Louis (1987). *Ensayos lingüísticos* (trad. Alejandro Cánovas). Gredos.
- Hobsbawm, Eric (1999). *Historia del siglo XX* (trad. Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells). Crítica.
- Iáñez, Eduardo (2011). *No para hasta conquistar. Propaganda y política cultural falangista: el grupo de Escorial, de la ocupación del Nuevo Estado a la posteridad (1936–1986)*. Trea.
- Imbert, Gérard y Vidal Beneyto, José (Coords.) (1986). *El País o la referencia dominante*. Mitre.
- Imbert, Gérard (1986). El discurso de la representación (*El País* y el discurso de la opinión pública). En Imbert, Gérard y Vidal Beneyto, José (Coords.), *El País o la referencia dominante* (pp. 25–52). Mitre.
- Imbert, Gérard (1990). *Los discursos del cambio. Imágenes e imaginarios sociales en la España de la Transición (1976–1982)* (trad. Beatriz Simó). Akal.
- Infantes, Víctor; Lopez, François y Botrel, Jean-François (2003). *Historia de la edición y de la lectura en España (1472–1914)*. Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- Jané-Lligé, Jordi. (Ed.) (2017). *Els Llibres del Mall (1973–1988). Un catàleg de poesia amb mires europees*. Dossier en *Quaderns. Revista de Traducció*, (24), 5–80.
- Jauss, Hans-Robert (2012). *La historia de la literatura como provocación* (trad. Juan Godo Costa y José Luis Gil Aristu). Gredos.
- Jiménez Losantos, Federico (1978a). Literatura y cultura gay. *El viejo topo*, (16), 13–16.
- Jiménez Losantos, Federico (1978b). Unas cuantas disidencias con Juan Goytisolo. *Diwan*, (2/3), 107–145.
- Jiménez Losantos, Federico (1978c). El desdén con el desdén: M. Azaña. *Diwan*, (1), 7–26.
- Jiménez Losantos, Federico (1979). Prólogo a la edición castellana: A la deriva (para reparar en la obra de Jean-François Lyotard). En Lyotard, Jean-François, *Discurso, figura* (pp. 9–26). Gustavo Gili.
- Jiménez Losantos, Federico (1980). Para guardar las formas. *Diwan*, (7), 7–8.
- Jiménez Losantos, Federico (1981). Fatalidad. *Diwan*, (10), 132–135.
- Jiménez Losantos, Federico (2007). *La ciudad que fue*. Barcelona, años 70. Temas de Hoy.
- Jordana Lluch, Ester (2017). *Être autrement. El ser como transformación en Michel Foucault*. Tesis doctoral. Universitat de Barcelona. <https://www.tesisenred.net/handle/10803/461357#page=1>
- Jornet Somoza, Albert (2019). *Un pensar vulnerable. El ensayo de la precariedad en el campo intelectual español de la crisis económica (2008–2018)*. Tesis de doctorado. Universitat de Barcelona.
- Kaufmann, Vincent (2011). *La faute à Mallarmé. L'aventure de la théorie littéraire*. Seuil.
- Krawietz, Alejandro (2014a). *Syntaxis*, razón de ser. (Entrevista a Andrés Sánchez Robayna). En «*Syntaxis*: una aventura creadora. 30 años del nacimiento de una revista» (pp. 45–57). Tenerife Espacio de las Artes.

- Krawietz, Alejandro (2014b). «*Syntaxis*: una aventura creadora. 30 años del nacimiento de una revista». Tenerife Espacio de las Artes.
- Kristeva, Julia (1978a). *Semiótica I* (trad. José Martín Arancibia). Fundamentos.
- Kristeva, Julia (1978b). *Semiótica II* (trad. José Martín Arancibia). Fundamentos.
- Kristeva, Julia (1980a). El demonio literario. *Diwan*, (7), 51–54.
- Kristeva, Julia (1980b). De una identidad en otra (El sujeto del «lenguaje poético»). *Diwan*, (7), 67–76.
- Kristeva, Julia (1990). *Les Samouraïs*. Fayard.
- Kristeva, Julia (2016). *Je me voyage. Mémoires. Entretiens avec Samuel Dock*. Fayard.
- Labrador, Germán (2017). *Culpables por la literatura. Imaginación política y contracultura en la transición española (1968–1986)*. Akal.
- Lacan, Jacques (1992). El psicoanálisis verdadero y el falso. *Freudiana: Revista psicoanalítica*, (4/5), 23–34.
- Lacan, Jacques (2001). Petit discours à l'ORTF. En *Autres écrits* (pp. 221–226). Seuil.
- Lacoue-Labarthe, Philippe y Nancy, Jean-Luc (1978). *L'absolu littéraire: théorie de la littérature du romantisme allemand*. Seuil.
- Lanz, Juan José (2010). Para una lectura de la transición política y su silencio: *Descripción de la mentira* (1977) de Antonio Gamoneda. En Herraiz, Muelas; Atienza, Martín; Atienza, Luján y Luis, Ángel (Coords.), *Antonio Gamoneda. Leer y entender la poesía* (pp. 43–58). Cuenca.
- Lanz, Juan José (2011). Eco en el espejo de Narciso. El diálogo hispano–italiano de la poesía contemporánea (1950–1975). En de las Nieves Muñiz Muñiz, María y Gracia, Jordi (Eds.), *Italia/Spagna: cultura e ideologia dal 1939 alla transizione* (pp. 143–170). Bulzoni.
- Larraz, Fernando (2009). *El monopolio de la palabra: el exilio intelectual en la España franquista*. Biblioteca Nueva.
- Larraz, Fernando (2010). *Una historia transatlántica del libro: relaciones editoriales entre España y América Latina (1936–1950)*. Trea.
- Larraz, Fernando (2014). *Letricidio español: censura y novela durante el franquismo*. Trea.
- Larraz, Fernando (2016). Dos modelos de historia editorial. *Puentes de crítica literaria y cultural*, (5), 44–45.
- Larraz, Fernando (2019). *Editores y editoriales del exilio republicano de 1939. Renacimiento*.
- Lázaro Carreter, Fernando (1972). *Lazarillo de Tormes en la picaresca*. Ariel.
- Lázaro Carreter, Fernando (1973). Cuestión previa: el lugar de la literatura en la educación. En AA.VV., *El comentario de textos* (pp. 7–29). Castalia.
- Lázaro Carreter, Fernando (1974a). Presentación. En Levin, Samuel R., *Estructuras lingüísticas en la poesía* (pp. 11–18). Cátedra.
- Lázaro Carreter, Fernando (1974b). Un soneto de Góngora. En Levin, Samuel R., *Estructuras lingüísticas en la poesía* (pp. 97–106). Cátedra.
- Lázaro Carreter, Fernando (1974c). Con Roman Jakobson en el Escorial. *Triunfo*, XXIX(609), 46–48.
- Lázaro Carreter, Fernando (1974d). Palabras finales. En *Literatura y educación* (pp. 329–339). Cátedra.

- Lázaro Carreter, Fernando (1976a). Introducción: la Poética. En *Estudios de Poética (la obra en sí)* (pp. 9–30). Taurus.
- Lázaro Carreter, Fernando (1976b). La lingüística norteamericana y los estudios literarios en la década 1958–1968. En *Estudios de Poética (la obra en sí)* (pp. 31–49). Taurus.
- Lázaro Carreter, Fernando (1976c). Función poética y verso libre. En *Estudios de Poética (la obra en sí)* (pp. 51–62). Taurus.
- Lázaro Carreter, Fernando (1976d). ¿Es poética la función poética? En *Estudios de Poética (la obra en sí)* (pp. 63–73). Taurus.
- Lázaro Carreter, Fernando (1976e). El mensaje literal. En *Estudios de lingüística* (pp. 149–171). Crítica, 1980.
- Lázaro Carreter, Fernando (1979). Prólogo. En Ynduráin, Domingo, *Introducción a la metodología literaria* (pp. 9–18). SGEL.
- Lázaro Carreter, Fernando (1982). Prólogo. En Tomachevski, Boris, *Teoría de la literatura*. Akal.
- Lázaro Carreter, Fernando (1985). Esbozo de una poética de Ortega y Gasset. *Revista de Occidente*, (48/49), 189–209.
- Lázaro Carreter, Fernando (1990). El poema y el lector (el poema lírico como signo). En *De poética y poéticas* (pp. 15–33). Cátedra.
- Lázaro, José (Ed.) (2013). *Unos y otros. Encuentros con Agustín García Calvo?* Triacastela.
- Lecourt, Dominique (1973). *Para una crítica de la epistemología* (trad. Marta Rojzman). Siglo XXI.
- Lefebvre, Henri (1969). Claude Lévi-Strauss y el nuevo eleatismo. En Lefebvre, Henri y Della Volpe, Galvano, *Ajuste de cuentas con el estructuralismo* (pp. 9–76; trad. María Esther Benítez). Alberto Corazón.
- Lefort, Claude (1951). L'échange et la lutte des hommes. *Les temps modernes*, (64), 1400–1417.
- Lévi-Strauss, Claude (1945). El análisis estructural en lingüística y antropología. En *Antropología estructural* (pp. 31–32; trad. Eliseo Verón). Eudeba.
- Lévi-Strauss, Claude (1964). Historia y dialéctica. En *El pensamiento salvaje* (pp. 355–390; trad. Francisco González Aramburo). Fondo de Cultura Económica.
- Literal (1973a). No matar la palabra, no dejarse matar por ella. *Literal*, (1), 5–13.
- Literal (1973b). El matrimonio entre la utopía y el poder. *Literal*, (1), 35–46.
- Literal (1973c). El resto del texto. *Literal*, (1), 47–52.
- Literal (1977). La historia no es todo. *Literal*, 4/5, 9–18.
- Literradura (1976a). Prólogo. *Literarradura*, (2/3).
- Literradura (1976b). Prólogo. *Literradura*, (11/12).
- Llovet, Jordi (1974). Estética, marxismo, semiótica (I). *Qwert Poiuy. Revista de Literatura*, (3), 23–32.
- Llovet, Jordi (1975). Estética, marxismo, semiótica (II). *Qwert Poiuy. Revista de Literatura*, (4), 28–32.
- Llovet, Jordi (1976). Assassinar l'àvia (per una política dels estudis de literatura catalana). *Revista de Literatura*, (8/9), 35–40.
- Llovet, Jordi (1977). El self-service sin clientes. *El viejo topo*, (10).
- Llovet, Jordi (1978). *Por una estética egoísta (esquizosemia)*. Anagrama.
- Llovet, Jordi (1985). Proemi. En Mesquida, Biel. *El bell país on els homes desitgen els homes*. Edicions 62.

- Llovet, Jordi (2011). *Adéu a la Universitat. L'eclipsi de les humanitats*. Galaxia Gutenberg
- Llovet, Jordi (Ed.) (2005). *Teoría literaria y literatura comparada*. Ariel.
- López Arnal, Salvador (2011). *Entre clásicos. Manuel Sacristán / Gyorgy Lukács*. La Oveja Roja.
- López Cabello, Iván (2012). *José Bergamín, una voz republicana y disidente en la España de la Transición, vol. 1*. Tesis de doctorado. Université Paris Ouest Nanterre La Défense/ Universidad de Cádiz.
- López García, José-Ramón y Larraz, Fernando (Eds.) (2012). Dossier exilio republicano e historiografía. *Iberoamericana*, (47), 84–170.
- Luis (1970). Imperialismo cultural catalán. *Triunfo*, XXV(427), 35.
- M.A.N. (1971, 6 de mayo). La arqueología del saber de Michel Foucault. *Clarín*.
- Macksey, Richard y Donato, Eugenio (1972). *Los lenguajes críticos y las ciencias del hombre: controversia estructuralista* (trad. José Manuel Llorca). Barral.
- Maestro, Jesús G. (2002). La recuperación de la semiótica. En Maestro, Jesús G. (Comp.), *Nuevas perspectivas en semiología literaria* (pp. 11–40). Arco/Libros.
- Mainer, José-Carlos (1971). *Falange y literatura*. Labor. RBA Editores, 2013.
- Mainer, José-Carlos (1981). *La edad de Plata (1902–1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*. Cátedra, 2009.
- Mainer, José-Carlos (1983). Prólogo. En Valls, Fernando, *La enseñanza de la literatura en el franquismo (1936–1951)* (pp. IX–XII). Antoni Bosch.
- Mainer, José-Carlos (1992). Cultura y sociedad. En Villanueva, Darío (Ed.), *Historia y crítica de la literatura española. Volumen IX: Los nuevos nombres: 1975–1990* (pp. 54–86). Crítica.
- Mainer, José-Carlos (1995). La sintaxis del mundo (aproximación a una revista). En *Poesía en el Campus* (p. 31). Universidad de Zaragoza.
- Mainer, José-Carlos (1998). Sobre el canon de la literatura española del siglo XX. En Sullà, Enric (Ed.), *El canon literario* (pp. 271–299). Arco/Libros.
- Mainer, José-Carlos (2003). Tombeau pour Bergamín. *Turia*, (66/67), 14–27.
- Mainer, José-Carlos (2011). Prólogo general a la Historia de la literatura española. En Pozuelo Yvancos, José María (Coord.), *Las ideas literarias (1214–2010). Historia de la literatura española. Vol. 8* (pp. VII–XV). Crítica.
- Mainer, José-Carlos (2015). Mesa Redonda «Historia de un legado. El hispanismo norteamericano y el exilio de 1939». *Coloquio Internacional «El exilio republicano de 1939 y el hispanismo en Estados Unidos»*. GEXEL, Universidad Autónoma de Barcelona.
- Maniglier, Patrice (2019). *La philosophie qui se fait. Conversation avec Philippe Petit*. Les Éditions du Cerf.
- Marco, Joaquín (1980). Poesía. En Ynduráin, Domingo (Ed.), *Historia y crítica de la literatura española, Volumen VIII: Época contemporánea: 1939–1980* (pp. 109–138). Crítica.
- Marsal, Juan F. (1979). *Pensar bajo el franquismo. Intelectuales y política en la generación de los años cincuenta*. Península.
- Martín Gijón, Mario (2011). *Los (anti)intelectuales de la derecha en España. De Giménez Caballero a Jiménez Losantos*. RBA.
- Martinet, André (1965). *Elementos de lingüística general* (trad. Julio Calonge Ruiz.). Gredos.

- Martinet, André (1968). *La lingüística sincrónica: estudios e investigaciones* (trad. Felisa Marcos). Gredos.
- Martinet, André (1971). *El lenguaje desde el punto de vista funcional* (trad. M. Rosa Lafuente de Vicuña). Gredos.
- Martinet, André (1978). *Estudios de sintaxis funcional* (trad. Esther Diamante). Gredos.
- Martinet, André (1983). *Evolución de las lenguas y reconstrucción* (trad. Segundo Álvarez). Gredos.
- Martínez Martín, Jesús A. (2015). *Historia de la edición en España (1939–1975)*. Marcial Pons.
- Martínez Romero, Carmen (1987). *La crítica literaria española ante la renovación teórica (1965–1974)*. Tesis de doctorado. Universidad de Granada.
- Martínez Torró, Diego (1985). «*Larva*»: la escritura crítica. En Sánchez Robayna, Andrés y Díaz-Migoya, Gonzalo (Eds.), *Palabras para Larva* (pp. 53–64). Llibres del Mall.
- Martínez, Ana Teresa (2007). Lecturas y lectores de Bourdieu en la Argentina. *Prismas*, 11(1), 11–30. http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1852-04992007000100001&lng=es&nrm=iso
- Martínez, Guillem (Coord.) (2012). *CT o la cultura de la Transición: crítica a 35 años de cultura española*. DeBolsillo.
- Martínez, Jesús A. (2015). *Historia de la edición en España, 1939–1975*. Marcial Pons.
- Martinon, Miguel (1990). *Syntax en Royaumont. Syntaxis*, (23/24), 155–161.
- Masó, Joana (2019). Tosquelles Llauradó, Francesc/Tosquelles, François (1912–1994). *Sansueña*, (1), 219–226.
- Masotta, Oscar (1976). *Ensayos lacanianos*. Anagrama.
- Mata, Rodolfo (1994). Um Olhar Sobre a América Hispânica Entrevista com o crítico e poeta Haroldo de Campos. *Jornal de Poesia*, s/p. <http://www.jornaldepoesia.jor.br/rmata01c.html>
- Mendoza, Juan J. (2011). El pastiche Literal. *Boletín/16 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, (16), 1–16.
- Meschonnic, Henri (1982). *Critique du rythme. Anthropologie històriques du langage*. Verdier.
- Mesquida, Biel (1977). Cuando los mandarines de la cultura y sus compinches disparan a silenciar. *El viejo topo*, (4), 47–48.
- Mesquida, Biel (1978a). Babel catalana, on no ets? *Diwan*, (1), 39–51.
- Mesquida, Biel (1978b). En Zama la mà. La meva pica amb un bell seductor. *Diwan*, (2/3), 81–102.
- Mesquida, Biel (1979). Taula rodona. El text(isme), una literatura diferente. *Taula de Canvi*, (18), 22–51.
- Milán, Eduardo et al. (2002). Prólogo. En *Las ínsulas extrañas. Antología de poesía en lengua española (1950–2000)* (pp. 15–37). Galaxia Gutenberg.
- Milner, Jean-Claude (2008a). *Le périple structural. Figures et paradigme*. Verdier.
- Milner, Jean-Claude (2008b). Le paradigme: programme de recherches et mouvement d'opinion. En *Le périple structural. Figures et paradigme* (pp. 277–368). Verdier.
- Mir García, Jordi (2006). *El Viejo Topo (1976–1982): cuando la participación es la fuerza*. En *El Viejo Topo. Treinta años después* (pp. 7–12). Ediciones de Intervención Cultural/El Viejo Topo.

- Montero, Isaac (1970, diciembre). Acotación a una mesa redonda (respuestas a Juan Benet y defensa apresurada del realismo). *Cuadernos para el diálogo*, XXIII (extraordinario sobre «Literatura española a treinta años del siglo XXI»), 65–76.
- Montes, Eugenio (1940). El sueño de la razón. *Escorial. Revista de cultura y letras*, (1), 65–76.
- Morán, Gregorio (2015). *El precio de la Transición*. Akal.
- Moreno Pestaña, José Luis (2013). *La norma de la filosofía. La configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil*. Biblioteca Nueva.
- Moreno Pestaña, José Luis (2021). El afuera de la filosofía. Presentación a la nueva edición de La transformación de la filosofía. En Althusser, Louis, *La transformación de la filosofía. Conferencia de Granada* (pp. 9–70; trad. Juan Manuel Azpitarte y Juan Carlos Rodríguez). EUG.
- Moret, Xavier (1999, 7 de junio). 25 años de *Els Marges*. *El País*. https://elpais.com/diario/1999/06/07/catalunya/928717664_850215.html
- Moret, Xavier (2002). *Tiempo de editores. Historia de la edición en España (1939–1975)*. Destino.
- Morey, Miguel (1977a). Moi, Pierre Rivière. *El viejo topo*, (4), 50.
- Morey, Miguel (1977b). Los presos toman la palabra. *El viejo topo*, (7), 63.
- Morey, Miguel (1977c). Para una crítica del pensamiento cómplice. *El viejo topo*, (15), 60–61.
- Morey, Miguel (1979). Michel Foucault: Vigilar y Castigar. *El viejo topo*, (30), 63–64.
- Morey, Miguel (1990a). Del pensar como forma de indisciplina. En *Psiquemáquinas* (pp. 11–115). Montesinos.
- Morey, Miguel (1990b). Una nota previa sobre ética narrativa. En *Psiquemáquinas* (pp. 119–126). Montesinos.
- Morey, Miguel (1992). El aprendizaje del fracaso. En *Pequeñas doctrinas de la soledad* (pp. 259–261). Sexto Piso.
- Morey, Miguel (2007). *Pequeñas doctrinas de la soledad*. Sexto Piso.
- Morey, Miguel (2014a). Para leer *El Anti-Edipo* (1993). En *Escritos sobre Foucault* (pp. 65–80). Sexto Piso.
- Morey, Miguel (2014b). Prólogo a la segunda edición (2013). En *Lectura de Foucault* (pp. 13–31). Sexto Piso.
- Morey, Miguel y Sarret, Josep (1977). Sobre el vicio de filosofar (un diálogo casi socrático). *El viejo topo*, (4), 15–17.
- Morey, Miguel y Sarret, Josep (1978). De nuevo la filosofía (entrevista con Bernard-Henri Levy). *El viejo topo*, (16), 25–29.
- Mounin, Georges (1982). *Introducción a la semiología* (trad. Carlos Manzano). Anagrama.
- Munné, Antoni (1978). Barthes: la escritura fragmentada. *El viejo topo*, (26), 69.
- Munné-Jordà, Antoni (1975). De la ficció com a productora del discurs crític. *Serra d'Or*, (194), 47–49.
- Muñoz Soro, Javier (2006). *Cuadernos para el Diálogo (1963–1976). Una historia cultural del segundo franquismo*. Marcial Pons.
- Nietzsche, Friedrich (1988). *Seconde considération intempestive. De l'utilité et de l'inconvénient des études historiques pour la vie* (trad. Henri Albert). Flammarion.

- Nogueroles Jové, Marta (2010). *La trayectoria intelectual de Fernando Savater: un pensamiento crítico de un «joven filósofo»*. Universidad Autónoma de Madrid.
- Nuño, Ana (1992). Reflexiones acerca de la postmodernidad y otras demisiones posteriores. *Syntaxis*, (27–28), 24–37.
- Obligado, Clara (2014). Talleres literarios, origen y trayectoria. *Puentes de crítica literaria y cultural*, (2), 102–107.
- Obligado, Clara (2020). Entrevista de Joan Aldavert a Clara Obligado (Madrid, febrero de 2020, inédita).
- Ortega, Julio (1985). Transformaciones de «Larva». En Sánchez Robayna, Andrés y Díaz-Migoyo, Gonzalo (Eds.), *Palabras para Larva* (pp. 121–139). Llibres del Mall.
- Pagès, Stéphane (2000). *Analyse du discours dans «Larva» (1984) de Julián Ríos: le jeu de l'écriture, le jeu du roman*. Université de Bordeaux III / Michel de Montaigne, UFR d'Études Ibériques et Ibéro-Américaines.
- Pagès, Stéphane (Dir.) (2006). *Julián Ríos, le Rabelais des lettres espagnoles*. Presses Universitaires du Mirail.
- Parada, Alejandro E. (Dir.) (2013). Introducción. Lo impensado y la realidad: la Historia de la Edición y de la Lectura en la Argentina. En *Cruces y perspectivas de la cultura escrita en la Argentina. Historia de la edición, el libro y la lectura* (pp. 9–26). Editorial Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Pardo, José Luis (1996). *La intimidad*. Pre-Textos.
- Pardo, José Luis (2001). *Estructuralismo y ciencias humanas*. Akal.
- Pardo, José Luis (2003). Prólogo a la segunda edición. En *La banalidad* (pp. I–V). Anagrama.
- Pardo, José Luis (2014). *A propósito de Deleuze*. Pre-Textos.
- Pardo, José Luis (2015, 12 de julio). Los años salvajes del lenguaje. *El País*. https://elpais.com/cultura/2015/07/09/actualidad/1436442392_552588.html
- Parra, Ernesto (1977, 19 de mayo). Julián Ríos publicará por entregas su novela *Larva*. *El País*. https://elpais.com/diario/1977/05/19/cultura/232840803_850215.html
- Paz, Octavio (1974). *El mono gramático*. Barcelona.
- Paz, Octavio (1977). Alrededores de la literatura hispanoamericana. *Vuelta*, (5), 21–24.
- Paz, Octavio (1982). Poesía e historia: *Laurel y nosotros*. En *Obras completas II. Excusiones/Incursiones (dominio extranjero). Fundación y disidencia (dominio hispánico)* (pp. 722–779). Galaxia Gutenberg, 2000.
- Paz, Octavio (1990). La búsqueda del presente (conferencia Nobel, 1990). En *Obras completas II. Excusiones/Incursiones (dominio extranjero). Fundación y disidencia (dominio hispánico)* (pp. 657–672). Galaxia Gutenberg, 2000.
- Paz, Octavio (1999). *Memorias y palabras. Cartas a Pere Gimferrer (1966–1997)*. Seix Barral.
- Paz, Octavio et al. (1941). *Antología de la poesía moderna en lengua española*. Séneca.
- Pecourt, Joan (2006). El campo de las revistas políticas bajo el franquismo. *Papers. Revista de Sociología*, (81), 205–228.
- Pecourt, Juan (2008). *Los intelectuales y la transición política. Un estudio del campo de las revistas políticas en España*. CIS.
- Pecourt, Juan (2012). Activismo, medios y transición política, Juan Albarrán (Ed.). En *Arte y transición* (179–192). Brumaria.

- Pereda, Rosa María (1977, 16 de septiembre). «Espiral», una revista isla en la literatura española. *El País*. https://elpais.com/diario/1977/09/16/cultura/243208803_850215.html
- Pérez Gutiérrez, Francisco (2004). Pensamiento e ideas. En AA.VV. *Taurus: cincuenta años de una editorial (1954–2004)* (pp. 57–197). Taurus.
- Pérez Las Heras, Antonio (2011). José Manuel Blecuia, «maestro de maestros». En Blesa, Túa; Pueo, Juan-Carlos; Saldaña, Alfredo y Sullà, Enric (Eds.), *Pensamiento literario español del siglo XX*, 5 (pp. 153–165). Anexos de Tropelías (Trópica, 16).
- Pérez-Simón, Andrés (2014). A personal history of the «american hour» of comparative literature: Claudio Guillén in conversation with Harry Levin. En *1616: Anuario de Literatura Comparada*, (4), 295–313.
- Perrone-Moisés, Leyla (1978). *Texto, crítica, escritura*. Ática.
- Perrone-Moisés, Leyla (1989). El libro del desasosiego: del mundo en falta a la palabra plena. *Syntaxis*, (19), 19–29.
- Perrone-Moisés, Leyla (1998). *Altas literaturas: escolha e valor na obra crítica de escritores modernos*. Companhia das Letras.
- Perrone-Moisés, Leyla (2019). *Lautréamont Austral: Percalços de um livro*. *Landa*, 7(2), 174–190.
- Perrone-Moisés, Leyla y Rodríguez Monegal, Emir (2014). *Lautréamont austral*. Iluminuras.
- Piaget, Jean (1968). *El estructuralismo* (trad. Jordi García-Bosch y Damià de Bas). Proteo.
- Pino Estivill, Ester (2015a, enero). L'écriture barthesienne contre l'oubli (vue depuis l'Espagne). *452F. Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*, (12), 83–101. http://www.452f.com/pdf/numero12/12_452f_Pino_orgnl.pdf
- Pino Estivill, Ester (2015b). La recepción crítica de Roland Barthes en España y Argentina. *Revue Roland Barthes*, (2), s/p. http://www.roland-barthes.org/article_pino_estivill.html
- Pino Estivill, Ester (2018). *Circulación de textos y usos de Roland Barthes en la crítica literaria francesa, española y argentina (1965–2015)*. Tesis de doctorado. Universidad de Barcelona.
- Pino Estivill, Ester (2019). Barthes en España. *Landa*, 7(2), 312–339.
- Pino Estivill, Ester (en prensa). Roland Barthes a Barcelona. En Martí Monterde, Antoni (Coord.), *Barcelona–París. Relacions intel·lectuals i capitals culturals (1939–1975)*. Edicions de la Universitat de Barcelona.
- Podlubne, Judith (2015). Del lado de Barthes: Oscar Masotta. En Giordano, Alberto (Ed.), *Roland Barthes. Los fantasmas del crítico* (pp. 185–214). Nube Negra.
- Pons, Margalida (Ed.) (2007a). *Textualisme i subversió: formes i condicions de la narrativa experimental catalana (1970–1985)*. Publicacions de l'abadia de Montserrat.
- Pons, Margalida (2007b). Investigació textual i compromís de l'escriptor: Biel Mesquida i l'«afer Ucrònia». En Pons, Margalida (Ed.), *Textualisme i subversió: formes i condicions de la narrativa experimental catalana (1970–1985)* (pp. 155–175). Publicacions de l'abadia de Montserrat.
- Portolés Lázaro, José (1988). *Medio siglo de filología española (1896–1952)*. Cátedra.
- Portolés Lázaro, José (2018). Fernando Lázaro Carreter y el estudio del poema. En *Pensamiento literario español contemporáneo* (pp. 129–149). Anexos de Tropelías (Trópica, 18).
- Pozuelo Yvancos, José María (1988). *La teoría del lenguaje literario*. Cátedra.
- Pozuelo Yvancos, José María (1999). La Asociación Española de Semiótica (A.E.S.): crónica de una evolución científica. *Signa: revista de la Asociación Española de Semiótica*, (8), 53–68.

- Pozuelo Yvancos, José María (Dir.) (2011). *Las ideas literarias (1214–2010). Historia de la literatura española*. Vol. 8. Crítica.
- Preston, Paul (2011). *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*. Debate.
- Primera plana (1966). El arte de ser ilegible. *Primera plana*, (207), 80.
- Primera plana (1969). Reportaje a Levi-Strauss. *Primera plana*, VII(341).
- Proust, Marcel (1989). *À la recherche du temps perdu. Le temps retrouvé*. Gallimard.
- Pueo, Juan Carlos y Saldaña, Alfredo (2020). La escritura como estuario de la crítica. Textos *in honorem* Túa Blesa. *Tropelías*, (7). <https://papiro.unizar.es/ojs/index.php/tropelias/article/view/4802>
- Puxan-Oliva, Marta y Mirizio, Annalisa (Eds.) (2017a). *Journal of World Literature*, 1(2), 1–131.
- Puxan-Oliva, Marta y Mirizio, Annalisa (2017b). Rethinking World Literature Studies in Latin American and Spanish Contexts. *Journal of World Literature*, 1(2), 1–9.
- Quaggio, Giulia (2014). *La cultura en transición. Reconciliación y política cultural en España, 1976–1986*. Alianza.
- Rancière, Jacques (2012). *El desacuerdo. Política y filosofía* (trad. Horacio Pons). Nueva Visión.
- Riaño, Peio H. (2019, 8 de noviembre). Planeta cierra Círculo de Lectores. *El País*. https://elpais.com/cultura/2019/11/07/actualidad/1573116425_650089.html
- Ribas, Pepe (1975). El fraude literario o en busca de literatura castellana I. *Ajoblanco*, (3), 6–7.
- Rico, Francisco (2003). Discurso contra el método. Entrevista con Daniel Fernández. En *Los discursos del gusto: notas sobre clásicos y contemporáneos* (pp. 38–55). Destino.
- Riera, Carme (1988). *La Escuela de Barcelona*. Anagrama.
- Ríos, Julián (1983). *Larva*. Llibres del Mall.
- Ríos, Julián (1988). La literatura como carrera de relevos. Entrevista de Khadim Jihad. *Quimera*, (76), 39–43.
- Ríos, Julián (1995). *Álbum de Babel*. Muchnik Editores.
- Ríos, Julián (2000). El apocalipsis según Juan Goytisolo. En *La vida sexual de las palabras* (pp. 23–44). Seix Barral.
- Ríos, Julián (2007). *Cortejo de sombras*. Galaxia Gutenberg.
- Ríos, Julián (2008a). *Quijote e hijos*. Galaxia Gutenberg.
- Ríos, Julián (2008b). *Rayuela a saltos. Quijote e hijos*. Galaxia Gutenberg.
- Ríos, Julián y Paz, Octavio (1973). *Solo a dos voces*. Lumen.
- Ríos, Julián y Paz, Octavio (1974). *Teatro de signos / Transparencias. Fundamentos*.
- Ríos, Julián y Fernández Porta, Eloy (2013). Una de Calibán y otra de Ariel. *Quimera*, (360), 34–36.
- Rodríguez Marcos, Javier (2010, 23 de febrero). Agustín García Calvo: «En la lengua no manda nadie». *El País*. https://elpais.com/cultura/2010/02/23/actualidad/1266879602_850215.html
- Rodríguez Monegal, Emir (1985). Apuntes para un retrato del autor de *Larva*. En Sánchez Robayna, Andrés y Díaz-Migoyo, Gonzalo (Eds.), *Palabras para Larva* (pp. 159–163). Llibres del Mall.
- Rodríguez, Juan Carlos (2001). *La norma literaria*. Debate.

- Rodríguez, Juan Carlos (1974). *Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas (siglo XVI)*. Akal, 2017.
- Rodríguez, Pau (2020, 9 de marzo). Falsos profesores asociados ganan la batalla a la Universitat de Barcelona: deberán ser contratados como indefinidos. *eldiario.es*. https://www.eldiario.es/catalunya/profesores-universitat-barcelona-contratados-indefinidos_1_1037852.html
- Rojas Claros, Francisco (2005). Una editorial para los nuevos tiempos: Ciencia Nueva, 1965–1970. *Revista Historia del Presente*, (5), 103–120
- Rojas Claros, Francisco (2006). Poder, disidencia editorial y cambio cultural en España durante los años 60. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, (5), 59–80.
- Rojas Claros, Francisco (2013). *Dirigismo cultural y disidencia editorial en España (1962–1973)*. Universidad de Alicante.
- Rojas Claros, Francisco (2015). Una editorial para los nuevos tiempos: Ciencia Nueva. En *Historia del presente* (pp. 103–120). Departamento de Historia Contemporánea de la UNED.
- Romera Castillo, José (1984). Panorama de la crítica semiótica de la literatura en España (1979–1983). En Garrido Gallardo, Miguel Ángel (Ed.), *Teoría semiótica. Lenguajes y textos hispánicos* (pp. 433–454). CSIC.
- Romera Castillo, José (1988). *Semiótica literaria y teatral en España*. Reichenberger.
- Romera Castillo, José (2016). La revista Signa: 25 años de andadura científica. *Signa*, (25), 13–76.
- Rosa, Nicolás (1986). Estos textos, estos restos. En *Los fulgores del simulacro* (pp. 9–18). Cuadernos de Extensión Universitaria, 1987.
- Rosa, Nicolás (1987). La crítica literaria argentina actual. Convergencias / divergencias. En *Los fulgores del simulacro* (pp. 79–93). Cuadernos de Extensión Universitaria.
- Rosell, Teresa (2011). Signo e indicio en la estilística de Amado Alonso. En Blesa, Túa; Pueo, Juan-Carlos; Saldaña, Alfredo y Sullà, Enric (Eds.), *Pensamiento literario español del siglo XX*, 5 (pp. 189–201). Anexos de Tropelías (Trópica, 16).
- Ruiz Mantilla, Jesús y Geli, Carles (2019, 30 de noviembre). Planeta destruye su colección de Obras Completas de Círculo de Lectores. *El País*. https://elpais.com/cultura/2019/11/29/actualidad/1575054003_576681.html
- Said, Edward (2010). *Orientalismo* (trad. María Luisa Fuentes). Presentación de Juan Goytisolo. DeBolsillo.
- Salas Romo, Eduardo A. (2003). *El pensamiento literario de J. M. Castellet*. Universidad de Granada.
- Salas Romo, Eduardo A. (2015). J.M. Castellet: seductor, ilustrado y visionario. En Gallén, Enric (Ed.), *Josep M. Castellet, editor i mediador cultural* (pp. 15–31). Punctum.
- Salas Romo, Eduardo A. (Ed.) (2001). *De sombras y de sueños. Homenaje a J.M. Castellet*. Península.
- Sala-Sanahuja, Joaquim (1977a). Barthes, amor y discurso marginal. *El viejo topo*, (14), 29–30.
- Sala-Sanahuja, Joaquim (1977b). Los nuevos filósofos. Metafísicos contra Marx. *El viejo topo*, (11), 4–6.
- Sánchez Ferlosio, Rafael (2005). *El geco*. Destino.

- Sánchez Ferlosio, Rafael (1972). Villancico. En *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos* (pp. 154–155). Destino, 1993.
- Sánchez Ferlosio, Rafael (1984, 21 de noviembre). La cultura, ese invento del Gobierno. *El País*. https://elpais.com/diario/1984/11/22/opinion/469926007_850215.html
- Sánchez Ferlosio, Rafael (1992a). La predestinación y la narratividad. En *Ensayos y artículos II* (pp. 97–197). Destino.
- Sánchez Ferlosio, Rafael (1992b). Esas Yndias equivocadas y malditas. En *Ensayos y artículos II* (pp. 517–803). Destino.
- Sánchez Ferlosio, Rafael (1992c). O Religión O Historia. En *Ensayos y artículos II* (pp. 311–351). Destino.
- Sánchez Ferlosio, Rafael (1997). La forja de un plumífero. *Archipiélago*, (31), 71–89.
- Sánchez Ferlosio, Rafael (2000). El verbo traspunte. En *El alma y la vergüenza* (pp. 253–269). Destino.
- Sánchez Ferlosio, Rafael (2008). *God & Gun. Apuntes de polemología*. Destino.
- Sánchez Robayna, Andrés (1976a). El ser del lenguaje. *Literradura*, (9), 18–22.
- Sánchez Robayna, Andrés (1977, 7–13 julio). «Macunaíma», de Mario de Andrade. *Destino*, (2074).
- Sánchez Robayna, Andrés (1983). *Tres estudios sobre Góngora*. Llibres del Mall.
- Sánchez Robayna, Andrés (1984a). Algo más sobre la melancolía postmoderna. *Syntaxis*, (5), 3–5.
- Sánchez Robayna, Andrés (1984b). Poesía y poética. En *La sombra del mundo* (pp. 185–207). Pre-textos, 1999.
- Sánchez Robayna, Andrés (1985a). El texto y su negativo. En *La luz negra. Ensayos y notas (1974–1984)* (pp. 125–126). Júcar.
- Sánchez Robayna, Andrés (1985b). *La luz negra. Ensayos y notas (1974–1984)*. Júcar.
- Sánchez Robayna, Andrés (1985c). Larva, concha vacía, nadie. En Sánchez Robayna, Andrés y Díaz-Migoyo, Gonzalo (Eds.), *Palabras para Larva* (pp. 21–25). Llibres del Mall.
- Sánchez Robayna, Andrés (1985d). Leer, esa práctica. En *La luz negra. Ensayos y notas (1974–1984)* (pp. 121–123). Júcar.
- Sánchez Robayna, Andrés (1985e). Palabras para Larva. En Sánchez Robayna, Andrés y Díaz-Migoyo, Gonzalo (Eds.), *Palabras para Larva* (pp. 167–170). Llibres del Mall.
- Sánchez Robayna, Andrés (1985f). Roland Barthes. En *La luz negra. Ensayos y notas (1974–1984)* (pp. 111–114). Júcar.
- Sánchez Robayna, Andrés (1986). La modernidad literaria: una literatura de las excepciones. *Syntaxis*, (10), 29–34.
- Sánchez Robayna, Andrés (1993). Diez años de «Syntaxis». *Syntaxis*, (30/31), 5–6.
- Sánchez Robayna, Andrés (1999). La modernidad literaria: una literatura de las excepciones. En *La sombra del mundo* (pp. 157–165). Pre-textos.
- Sánchez Robayna, Andrés (2002). *Días y mitos. Diarios, 1996–2000*. Fondo de Cultura Económica.
- Sánchez Robayna, Andrés (2018a). *Nuevas cuestiones gongorinas (Góngora y el gongorismo)*. Biblioteca Nueva.
- Sánchez Robayna, Andrés (2018b). Entrevista por Max Hidalgo Nácher (San Cristóbal de La Laguna, 17 de enero de 2018).

- Sánchez Trigueros, Antonio (1989). Prólogo. En Chicharro, Antonio, *La teoría y crítica literaria de Gabriel Celaya* (pp. 9–11). Universidad de Granada.
- Sánchez Trigueros, Antonio (2014). Entrevista por Max Hidalgo Nácher (Granada, diciembre de 2014).
- Santiago Lacuesta, Ramón (Coord.) (sin fecha). Reseña bio-bibliográfica de Fernando Lázaro Carreter. Cervantes Virtual: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/fernando-lazaro-carreter/>
- Santiago, Silviano (1978). O entre-lugar do discurso latino-americano. En *Uma literatura nos trópicos* (pp. 11–28). Perspectiva.
- Santiago, Silviano (1994). Préfacio. En Pedrosa, Celia (pp. 15–23), *Antônio Candido: a palavra empenhada* (pp. 15–23). EDUSP.
- Sanz Roig, Diana (2014). Bourdieu después de Bourdieu. Hacia un nuevo rumbo de la teoría de los campos. En *Bourdieu después de Bourdieu* (pp. 9–47). Arco/Libros.
- Sanz, Amelia (2009). Introducción. En *Teoría literaria española con voz propia* (pp. 7–13). Arco/Libros.
- Sarduy, Severo (1972). El barroco y el neobarroco. En Fernández Moreno, César (Ed.), *América Latina en su literatura* (pp. 167–184). Unesco/Siglo XXI.
- Sarduy, Severo (1974). *Barroco*. Sudamericana.
- Sarduy, Severo (1979). El barroco après la lettre. *Diwan*, (5/6), 87–112.
- Sarduy, Severo (1985). Dhyâna-Mudra (iniciación a *Larva*). En Sánchez Robayna, Andrés y Díaz-Migoyo, Gonzalo (Eds.), *Palabras para Larva* (pp. 35–38). Llibres del Mall.
- Sarlo, Beatriz (2005). Barthesianos de por vida. *452ºF. Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*, (12), 41.
- Sartre, Jean-Paul (1947). *Situations I. Critiques littéraires*. Gallimard, 2005.
- Sartre, Jean-Paul (1972). Justice et état (25 de febrero de 1972). En *Situations X. Politique et autobiographie* (pp. 48–74). Gallimard, 1976.
- Sastre, Alfonso (1956). *Drama y Sociedad*. Taurus.
- Sastre, Alfonso (1965). *Anatomía del realismo*. Seix Barral.
- Sastre, Alfonso (1970). *La revolución y la crítica de la cultura*. Grijalbo.
- Savater, Fernando (1970). *Nihilismo y acción*. Taurus.
- Savater, Fernando (1971). Jerga y Filosofía. *Triunfo*, XXVI(482), 51–52.
- Savater, Fernando (1972a). *La filosofía tachada*. Taurus.
- Savater, Fernando (1972b). Actualidad de Saussure. *Triunfo*, XXVII(530), 56.
- Savater, Fernando (1973a). *Apología del sofista*. Taurus.
- Savater, Fernando (1973b). Un zamorano contra el texto del mundo. *Triunfo*, XXVII(553), 62.
- Savater, Fernando (1974). Deleuze: capitalismo y esquizofrenia. *Triunfo*, XXVIII(594), 45–46.
- Savater, Fernando (1976a). Agustín vuelve a España. *Triunfo*, XXXI(725), 29.
- Savater, Fernando (1976b). Una carta de Caruso a José Requejo. En *La filosofía como anhelo de la revolución y otras intervenciones* (pp. 16–26). Hiperión.
- Savater, Fernando (1977a). El gulag y la revolución. *Triunfo*, XXXII(777), 28.
- Savater, Fernando (1977b). Nuevos filósofos, viejos inquisidores. *El País*. https://elpais.com/diario/1977/07/31/cultura/239148013_850215.html
- Savater, Fernando (1977c). *La piedad apasionada*. Sigueme.

- Savater, Fernando (1978a). *Panfleto contra el Todo*. Dopesa.
- Savater, Fernando (1978b). La filosofía inaccesible o cómo no tomé la Bastilla. *Triunfo*, XXXII(783), 54–55.
- Savater, Fernando (1978c). La lucha contra el Todo. *Triunfo*, XXXII(811), 44–45.
- Savater, Fernando (1978d). Nuevos filósofos, viejos inquisidores. En *Panfleto contra el Todo* (pp. 185–187). Dopesa.
- Savater, Fernando (1978e). Sílogismo en Bárbara. En *Panfleto contra el Todo* (pp. 189–197). Dopesa.
- Savater, Fernando (1980, 23 de diciembre). Felicitación navideña a José Bergamín. *El País*. https://elpais.com/diario/1980/12/23/cultura/346374001_850215.html
- Savater, Fernando (1981a, 16 de abril). Carta a un amigo escandalizado. *El País*. https://elpais.com/diario/1981/04/16/opinion/356220013_850215.html
- Savater, Fernando (1981b). *La tarea del héroe*. Taurus.
- Savater, Fernando (1984). *Contra las patrias*. Tusquets.
- Savater, Fernando (1988). *Ética como amor propio*. Mondadori.
- Savater, Fernando (1990a). *Humanismo impenitente*. Anagrama.
- Savater, Fernando (1990b). Introducción. En *Humanismo impenitente* (pp. 11–16). Anagrama.
- Savater, Fernando (1994). *La infancia recuperada*. Taurus.
- Savater, Fernando (1997). Ferlosio en comprimidos. *Archiipiélago*, (31), 21–26.
- Savater, Fernando (2003). *Mira por dónde. Autobiografía razonada*. Taurus.
- Savater, Fernando (2004). Mi primer editor. Francisco Pérez Gutiérrez. Pensamiento e ideas. En *Taurus: cincuenta años de una editorial (1954–2004)* (pp. 305–308). Taurus.
- Sebeok, Thomas A. (1974). *Estilo del lenguaje* (trad. Ana María Gutiérrez Cabello). Cátedra.
- Segre, Cesare (1993). *Notizie dalla crisi. Dove va la critica letteraria?* Einaudi.
- Selva, Enrique (2009). Introducción. En Giménez Caballero, Ernesto, *Arte y Estado* (pp. 13–71). Biblioteca Nueva.
- Silió, Elisa (2020, 22 de febrero). Manuel Castells: «Hay profesores asociados con salarios de miseria». *El País*. https://elpais.com/sociedad/2020/02/21/actualidad/1582293512_433081.html
- Simó-Comas, Marta (2019). Esther Tusquets: la práctica editorial como praxis feminista. *Lectora*, (25), 197–210.
- Simonin, Anne (1990). La photo du Nouveau Roman. Tentative d'interprétation d'un instantané. *Politix. Revue des sciences sociales du politique*, (10/11), 45–52.
- Sirvent Ramos, Ángeles (1989). *Roland Barthes. De las críticas de la interpretación al análisis textual*. Universidad de Alicante.
- Sirvent Ramos, Ángeles (2015). La recherche barthésienne en Espagne jusqu'en 2014. *Revue Roland Barthes*, (2), 1–44.
- Siskind, Mariano (2014). *Cosmopolitan Desires: Global Modernity and World Literature in Latin America*. Northwestern University Press.
- Sobejano, Gonzalo (1962). La situación actual de la crítica literaria española. *Vereniging van Leraren en Levende Talen. Berichten en mededeelingen van de Vereeniging van Leeraren in Levende Talen Berichten*, (213), 74–90. <http://www.cervantesvirtual.com/obra/la-situacion-actual-de-la-critica-literaria-en-espana-0/>
- Sobejano, Gonzalo (1973). Sobre la recuperación de Nietzsche. En *Nietzsche en España* (pp. 667–683). Gredos.

- Sobejano, Gonzalo (2004). *Nietzsche en España*. Gredos.
- Sollers, Philippe (1983). *Femmes*. Gallimard.
- Sotelo, Ignacio (1978). Panfleto contra el Todo. *Triunfo*, XXXII(810), 53–55.
- Straehle, Edgar (2019a). Historia y leyenda de la Leyenda Negra (I). El retorno de la leyenda negra y Roca Barea. Ctxt, (232). <https://conversacionssobrehistoria.info/2019/07/21/historia-y-leyenda-de-la-leyenda-negra-i-el-retorno-de-la-leyenda-negra-y-roca-barea/>
- Straehle, Edgar (2019b). Historia y leyenda de la Leyenda Negra (II). La respuesta de Villacañas a Imperiofobia. Ctxt, (233). <https://conversacionssobrehistoria.info/2019/07/28/historia-y-leyenda-de-la-leyenda-negra-ii-la-respuesta-de-villacañas-a-imperiofobia/>
- Straehle, Edgar (2019c). Historia y leyenda de la Leyenda Negra (III). Reflexiones finales sobre imperiofobia. Ctxt, (234). <https://conversacionssobrehistoria.info/2019/08/01/historia-y-leyenda-de-la-leyenda-negra-iii-reflexiones-finales/>
- Srafacce, Ricardo (2008). *Osvaldo Lamborghini, una biografía*. Mansalva.
- Suárez, Eugenio (1983, 22 de febrero). Bergamín (Cartas al director). *El País*. https://elpais.com/diario/1983/09/04/opinion/431474409_850215.html
- Sullà Álvarez, Enric (2013). I ara, què fem? Breu història de la Teoria (de la Literatura). *Els Marges: revista de llengua i literatura*, (100), 133–138.
- Sullà, Enric (2015). Esperant els bàrbars. *452°F. Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*, (12), 25–29. http://www.452f.com/pdf/numero12/12_452f_Testimonios_orgnl.pdf
- Syntaxis (1983). La sintaxis y el árbol. *Syntaxis*, (1), 3–4.
- Talens, Jenaro (1975). *El espacio y las máscaras. Introducción a la lectura de Cernuda*. Anagrama.
- Talens, Jenaro (2013). El regreso del fantasma (Cuando todo lo sólido se disuelve en la red). En Sánchez Trigueros, Antonio, *El concepto de sujeto literario y otros ensayos críticos* (pp. 13–18). Biblioteca Nueva.
- Tarcus, Horacio (2008). El mayo argentino. *Observatorio social de América Latina*, IX(24), 161–180.
- Tello, Juan Antonio (2008). Félix de Azúa: lecturas francesas. En Blesa, Túa; Pueo, Juan-Carlos; Saldaña, Alfredo y Sullà, Enric (Eds.), *Pensamiento literario español del siglo XX*, 2 (pp. 235–248). Anexos de Tropelías (Trópica, 13).
- Todorov, Tzvetan (1998). *Le jardin imparfait. La pensée humaniste en France*. Grasse.
- Todorov, Tzvetan (2002). *Dévoirs et délices, une vie de passeur*. Seuil.
- Todorov, Tzvetan (2003). *Deberes y delicias. Entrevista con Catherine Portevin* (trad. Marcos Mayer). Fondo de Cultura Económica.
- Todorov, Tzvetan (2007). *La littérature en péril*. Flammarion.
- Tola de Habich, Fernando y Grieve, Patricia (1971). *Los españoles y el boom. Cómo ven y qué piensan de los novelistas latinoamericanos*. Tiempo Nuevo.
- Trías, Eugenio (1969a). *La filosofía y su sombra*. Seix Barral, 1983.
- Trías, Eugenio (1970a). Comunicación y su sombra. *Triunfo*, XXV(436), 34.
- Trías, Eugenio (1970b). El loco tiene la palabra. En *Filosofía y carnaval* (pp. 17–37). Anagrama.
- Trías, Eugenio (1970c). Prólogo. En *Filosofía y carnaval y otros textos afines* (pp. 13–16). Anagrama, 1984.

- Trías, Eugenio (1970d). Primera meditación. En *Filosofía y carnaval y otros textos afines* (pp. 62–87). Anagrama, 1984.
- Trías, Eugenio (1970e). *Teoría de las ideologías*. Península.
- Trías, Eugenio (1970f). Prólogo. En *Teoría de las ideologías* (pp. 5–7). Península.
- Trías, Eugenio (1970g). *Metodología del pensamiento mágico*. Edhasa (col. «La Gaya Ciencia»).
- Trías, Eugenio (1971). *La dispersión*. Taurus.
- Trías, Eugenio (1974). *Drama e identidad. O bajo el signo de interrogación*. Barral.
- Trías, Eugenio (1975). La filosofía como drama. *Literal*, (2/3), 45–50.
- Trías, Eugenio (1977). *Meditación sobre el poder*. Anagrama.
- Trías, Eugenio (1981). Prólogo a la presente edición. En *La filosofía y su sombra* (pp. 7–16). Seix Barral, 1983.
- Trías, Eugenio (2003). *El árbol de la vida. Memorias*. Destino.
- Tuset, Vicenç (2010). La primera recepción del estructuralismo literario: España, Argentina, México. Apuntes para una investigación. En *IX Congreso Argentino de Hispanistas* (pp. 1–6). Asociación Argentina de Hispanistas. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/39445>
- Tuset, Vicenç (2015). Herencia estilística y voluntad de renovación en la crítica literaria española de los setenta. Algo sobre Dámaso Alonso, Carmen Bobes Naves y Antonio García Berrio. *452ºF. Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*, (12), 63–82.
- Tuset, Vicenç (2016). *Los efectos del estructuralismo en la crítica literaria española y argentina: aproximación teórica a un estudio comparativo*. Universidad Nacional de la Plata. <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1449/te.1449.pdf>
- Tusquets, Esther (2005). *Confesiones de una editora poco mentirosa*. RqueR.
- Ullán, José-Miguel (1980). Roland Barthes. *Los cuadernos del Norte*, I(1), 58–67.
- Valente, José Ángel (1970). La poesía: conexiones y recuperaciones. *Cuadernos para el diálogo*, XXIII(extraordinario sobre «Literatura española a treinta años del siglo XXI»), 42–44.
- Valente, José Ángel (1994a). Conocimiento y comunicación. En *Las palabras de la tribu* (pp. 19–25). Tusquets.
- Valente, José Ángel (1994b). Tendencia y estilo. En *Las palabras de la tribu* (pp. 26–29). Tusquets.
- Valente, José Ángel (1994c). Luis Cernuda y la poesía de la meditación. En *Las palabras de la tribu* (pp. 111–123). Tusquets.
- Valéry, Paul (2006). *Le cimetière marin* (versión rítmica Agustín García Calvo). Lucina.
- Van Noortwijk, Annelies (1995). La desaparición paradójica de una revista. En Alted, Alicia y Aubert, Paul (Eds.), «*Triunfo* en su época (pp. 75–86). École des Hautes Études Hispaniques, Casa de Vélazquez, Ediciones Pléyades.
- Vázquez García, Francisco (2009). *La filosofía española: herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963–1990)*. Abada.
- Vázquez García, Francisco (2010). Foucaultistas y foucaultianos en la hondonada filosófica de la Transición. En Galván, Valentín, *De vagos y maleantes. Michel Foucault en España* (pp. 5–9). Virus.

- Vázquez García, Francisco (2014). *Hijos de Dionisos. Sociogénesis de una vanguardia nietzscheana* (1968–1985). Biblioteca Nueva.
- Vázquez García, Francisco (2015). *Adversus academicos: las ciencias sociales y el nacimiento del neonietzscheanismo español* (1968–1974). *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, (52), 117–144.
- Vázquez García, Francisco y Marqués Perales, Ildefonso (2015). Sociología del campo filosófico español entre el Franquismo y la Transición democrática: una validación cuantitativa. *Revista Internacional de Sociología*, 3(73), 1–14.
- Vázquez Montalbán, Manuel (1970a). El imperialismo cultural catalán. *Triunfo*, XXV(432), 32.
- Vázquez Montalbán, Manuel (1970b). Bajo el signo polémico. *Triunfo*, XXV(447), 26–27.
- Vázquez Montalbán, Manuel (1970c). Carlos Barral, a la «recherche du temps perdu». *Triunfo*, XXV(438), 40–41.
- Vázquez Montalbán, Manuel (1971). Un informe subnormal sobre un fantasma cultural. *Triunfo*, XXV(452), 21–25.
- Vázquez Montalbán, Manuel (1976). Althusser y el correo. *Triunfo*, XXXI(703), 12–13.
- Vélez, Nicanor (2002). Historial de una antología. Nota del editor. En Milán, Eduardo; Sánchez Robayna, Andrés; Valente, José Ángel y Varela, Blanca (Sel.), *Las ínsulas extrañas. Antología de poesía en lengua española (1950–2000)* (pp. 7–13). Galaxia Gutenberg.
- Vicens, Antoni (1978, 17 de febrero). Ayer comenzaron los cursos del Col·legi de Filosofia de Barcelona. *El País*, https://elpais.com/diario/1978/02/17/cultura/256518001_850215.html
- Vidal Alcover, Jaume (1980, 30 de marzo). Roland Barthes. *Avui*, p. 20.
- Vidal Beneyto, José (1981a). *Posibilidades y límites del análisis estructural*. Editora Nacional.
- Vidal Beneyto, José (1981b). Presentación. En *Posibilidades y límites del análisis estructural* (pp. 7–45). Editora Nacional.
- Vilarós, Teresa M. (1998). *El mono del desencanto. Una crítica cultural de la transición española (1973–1993)*. Siglo XXI.
- Villacañas, José Luis (2019). *Imperiofilia y el populismo nacional–católico: Otra historia del imperio español*. Lengua de Trapo.
- Villanueva, Darío (1994). Introducción. En *Curso de teoría literaria* (pp. 11–16). Taurus.
- Villanueva, Darío (2009). Claudio Guillén, maestro de la Literatura Comparada. En García Jurado, Francisco; Raders, Margit y Villar Dégano, Juan Felipe (Eds.), *Claudio Guillén, lecciones de un maestro* (pp. 3–17). Editorial Complutense.
- Villanueva, Darío; Monegal, Antonio y Bou, Enric (Coords.) (1999). *Sin fronteras: ensayos de literatura comparada en homenaje a Claudio Guillén*. Castalia.
- Wahl, François (1971). ¿Qué es el estructuralismo? (trad. Ricardo Pochtar y Andrés Pirk). Losada.
- Wahnón, Sultana (1988). *Estética y crítica literarias en España (1940–1950)*. Tesis de doctorado. Universidad de Granada.
- Wahnón, Sultana (1998). *La estética literaria de la posguerra. Del fascismo a la vanguardia*. Rodopi.

- Wellek, René y Warren, Austin (1953). *Teoría literaria* (trad. José María Gimeno; pról. Dámaso Alonso). Gredos.
- Wolff, Jorge H. (2009). *Telquelismos latino–americanos*. Grumo, 2009.
- Yurkievich, Saúl (1985). Esa glotonería poliglota de *Larva*. En Sánchez Robayna, Andrés y Díaz-Migoyo, Gonzalo (Eds.), *Palabras para Larva* (pp. 97–100). Llibres del Mall.
- Zambrano, María (1995). El escritor José Bergamín. *Revista de Occidente*, (166), 19–24.
- Zanetti, Susana (2002). *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*. Beatriz Viterbo.
- Zuleta, Emilia de (1966). *Historia de la crítica literaria española*. Gredos.

Epílogo

La teoría es profecía

Raúl Antelo

¿Qué pasaría entonces si, tal y como apunta Serge Gruzinski, el arte producido en la América colonial fuera diferente al de los europeos no porque tuvieran una menor destreza perspectiva, sino porque trabajar a partir de la subversión fuera el modo mestizado de rebelarse contra la metrópoli y sus reglas impuestas, visuales también? Es más, sigue diciendo Gruzinski, las poblaciones autóctonas reciben ciertas imágenes de la Península, pero nunca se limitan a recibirlas sin más: al incorporarlas les imprimen su impronta, sus modos de mirar.

Estrella de Diego

Una investigación sobre la historia primordial (la *Urgeschichte*) de la crítica del siglo xx, como esta *Teoría en tránsito. Arqueología de la crítica y la teoría literaria españolas de 1966 a la posdictadura*, implica bajar al pozo de Babel, las entrañas del sistema, el mundo ctónico. Walter Benjamin lo hizo con las fotografías de las catacumbas o, más específicamente, con la serie de Nadar dedicada a las cloacas de París (1861-1862). El benjamíniano Piglia / Renzi, lector del ensayo sobre la obra de arte ya en junio de 1969, lo anota en una página de su diario de 1970, en consonancia con lo que Giorgio Agamben nos dirá en «Experimentum linguae» (2000), su apostilla a *Infancia e historia*: la obra, como una pieza de cera perdida, es completo indicio de abandono.

La historia literaria es siempre una condena para quien escribe en el presente, allí todos los libros están terminados y funcionan como monumentos, puestos en orden como quien camina por una plaza en la noche; una «verdadera» historia literaria tendría que estar hecha sobre los libros que no se han terminado, sobre las obras fracasadas, sobre los inéditos: allí se encontraría el clima más verdadero de una época y de una cultura. (Piglia, 2016:200)

De los fascinantes materiales recuperados por Max Hidalgo Nácher me trajeron sobremanera los restos, las citas desperdigadas, los desechos (joh Simmel: las ruinas!) porque ellos hablan más contundentemente que los monumentos. Así, diríamos, el acta oficial de bautismo del estructuralismo

francés acusa la primavera de 1962, cuando el estudio de Roman Jakobson y Claude Lévi-Strauss sobre los *Chats* de Baudelaire sale en las páginas de *L'Homme*, asunto para José Vidal Beneyto en *Posibilidades y límites del análisis estructural* (1981). Pero su confirmación adviene recién al año siguiente, a mediados de 1963, cuando un joven profesor asistente de filosofía, Jacques Derrida, le entrega a Michel Deguy, de la redacción de *Critique*, «Fuerza y significación», una lectura desconstructiva del *Forma y significación* de Jean Rousset, luego incorporado como obertura de *L'écriture et la différence*. Pero, ¿y las catacumbas? O más específicamente, ¿esa historia de abandonos que Max Hidalgo señala al subrayar el origen «argentino» de la presencia estructuralista en España?

Apoyado en la lectura de José Luis de Diego, Hidalgo Nácher suscribe la hipótesis de que la cruenta dictadura militar argentina no transformó radicalmente los proyectos de escritura de los autores más importantes del campo, lo cual sí habría ocurrido en la larga dictadura española y su posterior transición democrática, que vuelven muy problemático sostener cualquier idea de «continuidad», en relación al campo cultural de la República.¹

Ahora bien, el diablo vive en los detalles. Pensemos, inicialmente, en una escritura fragmentaria, como la que practicaba Roland Barthes. En *Setecientosmonos*, una revista que circula desde Rosario a partir de mayo de 1964, y donde en el invierno del 65 ya habíamos conocido la inseparabilidad de literatura y filosofía, en «Novela y metafísica» (1945), un capítulo de *Sentido y sin sentido* (1948), de Maurice Merleau-Ponty, su octavo número (agosto de 1966), nos permite leer un fragmento de *Mitologías* de Barthes, «Los mitos de la burguesía», y, al año siguiente, junio de 1967, en el nº 9, tenemos una entrevista al propio Barthes, «La literatura, hoy», conversación divulgada inicialmente por *Tel Quel*, en 1961, y luego incluida en *Essais critiques* (1964).

1 En un trabajo anterior, Hidalgo Nácher ve en el recorrido de José Luis de Diego la síntesis de un proceso previo y para ello periodiza las relaciones entre teoría y experiencia a partir de los 60. «El adentro y el afuera del texto, que ya no podrían ser aislados sin consecuencias, pasarían a ser vistos desde entonces como efectos de una misma estructura discursiva, en su versión textualista, o como conectados, en su versión sociológica, por múltiples mediaciones. En este nuevo espacio de pensamiento, la política y la literatura, la literatura y lo social se encabalgan de un modo en el que ya no se hace posible reducir, sin menoscabo, la literatura a unas coordenadas políticas o sociales». Esta transformación de los estudios literarios se resume, a juicio de Hidalgo Nácher, en tres momentos. Hay una primera instancia, mediados de la década del 60, de introducción entusiasta de la teoría, desde fuera de la universidad, con un formalismo y un textualismo que rápidamente asumen las versiones más avanzadas del pensamiento francés contemporáneo; el segundo momento comienza durante la dictadura y se prolonga hasta la redemocratización, teniendo en *Punto de Vista* y la facultad de Letras de la Universidad de Buenos Aires sus principales focos de irradiación, mientras que la tercera etapa supone la consolidación de una historia del libro, entendida como momento de la historia cultural e intelectual, de fondo interdisciplinario y allí coloca a de Diego. Ver Hidalgo Nácher, 2020.

Allí razona Barthes, que hay múltiples maneras de hacer literatura: ya sea ajustándola a los valores de la sociedad, o bien transformándola en el instrumento de un combate de liberación o, por último, otorgándole un valor interrogativo, el signo (quizás el único posible) de una opacidad histórica en la que vivimos subjetivamente. Atendido por este sistema significante deceptivo, que, a su juicio, constituye la literatura, el escritor puede entonces, a un mismo tiempo, insertar profundamente su obra en el mundo, pero simultáneamente, suspender esta inserción precisamente allí donde las doctrinas, las sectas y los partidos, es decir, las culturas, en fin, le dictan una respuesta.

La revista rosarina, impulsada por cuatro jóvenes, el escritor Juan Martini (1944–2019), el artista conceptual Carlos Schork («Tucumán arde»), Omar Pérez Cantón y Rubén Radeff, que acogía a otros colegas marcados por la enseñanza de Adolfo Prieto, como Josefina Ludmer y María Teresa Gramuglio, tendría a partir del número 3/4 (septiembre–diciembre de 1964) la marca inconfundible de Nicolás Rosa (1938–2006), inicialmente, con una reseña de *Cabecita negra*, el cuento de Germán Rozenmacher, pero, funcionalmente, primero, como secretario de redacción de la revista y luego, desde el número 6 (agosto de 1965), como su director, junto a Martini y Schork. Dos años más tarde, Rosa estaría traduciendo *El grado cero de la escritura* para Jorge Álvarez.

Pero es por el camino de Merleau-Ponty, creo, que se insinúa, en la Argentina, la entrada de Derrida. Habiendo ya reseñado a Claude Lévi-Strauss y Maurice de Gandillac para la revista *Sur*,² y mientras traducía a Canguilhem,³ Ricardo Pochtar⁴ comenta, a finales de 1970, *Lo visible y lo invisible*, en «El horizonte de la fenomenología», un artículo para la revista *Los Libros*. Me detengo en una cuestión, la de la ambivalencia, que, más allá

2 Pochtar, Ricardo: «Lévi-Strauss, *Mitológicas*». *Sur*, Buenos Aires, nº 320, septiembre–octubre 1969; «Jean-Marie Auzias, *El estructuralismo*». *Sur*, Buenos Aires, nº 321, noviembre–diciembre 1969, pp. 103–105; «Gandillac et al. *Las nociones de estructura y génesis*». *Sur*, Buenos Aires, nº 324, mayo–junio 1970 pp. 94–98; «Proceso y equilibrio». *Sur*, Buenos Aires, nº 325, julio–agosto 1970, pp. 90–92; «Acerca del concepto de experiencia en la antropología estructural» en *Temas de Filosofía Contemporánea*. Buenos Aires, Sudamericana, 1971.

3 Canguilhem, Georges. *Lo normal y lo patológico* (trad. Ricardo Pochtar). Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

4 Ricardo Pochtar Brofman (Buenos Aires, 1942) se graduó en Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde su círculo era integrado por Hugo Biagini, León Sigal, Ernesto Laclau, Miguel Murnis y Oscar Masotta. En 1974 viajó a Francia para completar su doctorado en filosofía, al término del cual, en 1976, decide instalarse en Barcelona y luego Mallorca. Desde 2004 reside en Gijón. Tradujo al castellano el *Zibaldone dei pensieri* de Giacomo Leopardi; *El nombre de la rosa*, *Lector in fabula* y *El péndulo de Foucault*, todas de Umberto Eco; *El gatopardo*, de Lampedusa; *La filosofía en el tocador*, del marqués de Sade; *Mnemosyne: el paralelismo entre la literatura y las artes visuales*, de Mario Praz y la *Poética estructuralista* de Tzvetan Todorov.

de ser discutida, como polisemia, en el campo del marxismo, a partir de los trabajos de Galvano Della Volpe (que había visitado la Argentina en ocasión del congreso de filosofía de 1949), precipita la cuestión de la letra en Derrida. ¿Qué sentido tiene, pues, hablar de «ambivalencias» dentro de este contexto reflexivo?, se pregunta Pochtar, y nos dice:

Esa noción adquiere un significado muy particular en el caso de la filosofía de Merleau-Ponty: no se opone ya a «univocidad», sino a «ambigüedad». Que la suya haya sido denominada «una filosofía de la ambigüedad» —que lo haya sido desde sus primeras publicaciones—, es un índice del papel que está dispuesto a asignar a las categorías de origen lingüístico en la elaboración de una nueva ontología. Como la interrogación, la ambigüedad escapa por principio al marco de lo positivo, se refiere a un orden más primitivo de la experiencia, con respecto al cual el ser idéntico y unívoco representa una derivación enmascaradora. La interrogación filosófica apunta a un ser esencialmente plurívoco, ambiguo. Un discurso, que no traicione de entrada el estilo de la experiencia que se propone expresar, debe articularse alrededor de conceptos radicalmente ambiguos: como el de existencia, por ejemplo, o como el de cuerpo propio, o como el de carne —para insistir en el texto de *Lo visible y lo invisible*. ¿Y qué ocurriría si esa explicitación se emprendiese a través de una conceptualidad dominada por la norma de lo unívoco? En tal caso, el discurso se encontraría condenado a nombrar alternativamente los aspectos contrastados que constituyen la experiencia, sería un discurso desgarrado, ambivalente. Merleau-Ponty toma esta noción de la psicología: deja constancia de su origen kleiniano.

Este tipo de préstamos —especie de generalizaciones— es frecuente en su obra: considérese, por ejemplo, el uso extensivo que hace de la noción de metáfora o de ideas como la de prosa (cf. *Prose du monde*, editado también por Lefort en 1970). El paso de lo ambivalente a lo ambiguo corresponde, por otra parte, a la crítica de las ingenuidades que entraña cada etapa del proceso reflexivo. En este sentido la estructura del comportamiento resulta ambivalente porque para llevar adelante la crítica del empirismo y de la filosofía kantiana, adopta ingenuamente el marco teórico que le brinda la fenomenología del primer tomo de las *Ideas*. Algo análogo sucede en el caso de la *Fenomenología de la percepción*, que se apoya en el Husserl de *Kritis* para criticar las paradojas iniciales de la fenomenología. Y *Lo visible y lo invisible* no constituye aparentemente una excepción: se refiere al pensamiento del último Heidegger para cuestionar los presupuestos fundamentales de la filosofía fenomenológica. Para una filosofía en situación —como la que Merleau-Ponty proyecta— este tipo de adherencias no representa precisamente un obstáculo.

¿Pero toda esta dialéctica entre ingenuidad y crítica, no está disimulando una ambivalencia más radical, que Merleau-Ponty no explicita a pesar de que se trasluzca como una falla a través del conjunto de sus textos? ¿Es su último punto de referencia efectivo, la oposición que asume entre filosofía de la conciencia y ontología? ¿Acaso no se encuentra esta determinada por la diferencia entre el tema del ser y el de la estructura? Muchas de las dificultades que suscita la interpretación de un concepto-clave como el de percepción, cederían quizás si se tuviese en cuenta que —a pesar de todos los compromisos no explicitados con decisiones básicas de la filosofía occidental como filosofía del ser pleno y presente— Merleau-Ponty persiguió, desde su primer libro hasta las notas que registran los últimos esfuerzos de su reflexión la tarea revolucionaria de «pensar la estructura». Y, salvo que se considere que la especulación «materialista» de Lévi-Strauss haya satisfecho esa tarea, no creemos que nadie haya avanzado desde entonces mucho más por esa senda. (Pochtar, 1970:22–24)

No es otro el punto con que Eduardo Viveiros de Castro propondría, mucho más tarde, el perspectivismo. Es decir que la cuestión del lenguaje es una constante en las bibliográficas de Pochtar: así, critica la traducción de *Lo visible y lo invisible*, de José Escudé, y no deja de señalar la incidencia del dispositivo lingüístico-conceptual del psicoanálisis en la reflexión de Derrida.⁵ En su reseña de la gramatología derridiana (libro por lo demás anticipado desde finales de 1965 en las páginas de *Critique*), señala también que el blanco último de esa interrogación es el sistema de los conceptos metafísicos, aunque cuestione a Derrida por el «olvido» de Freud.

¿Por qué insistir entonces por el difícil camino de la «desconstrucción» si desde el discurso psicoanalítico se ofrece tal posibilidad de tematizar críticamente los conceptos filosóficos? Esta última opción es la que asumen quienes en la actualidad reclaman una «teoría no filosófica de la filosofía». Desde esa perspectiva —que a la batería conceptual del psicoanálisis suma las categorías del pensamiento marxista— una actitud como la de Derrida puede parecer peligrosamente adherida aún a las pautas tradicionales. Y el motivo de esa actitud puede parecer imputable a cierto defecto de pujanza en su propia tarea, a cierto «pesimismo» (Whal, 1971). Sin embargo, esto plantea una cuestión de método que el mismo Derrida formula tajantemente: «la teoría psicoanalítica misma, para nosotros, es un conjunto de textos per-

5 La dualidad en cuestión, esa dualidad en forma de espiral, se preguntará coincidentemente Derrida en 1991, ¿no es acaso lo que Freud ha intentado oponer a todos los monismos al hablar de una dualidad pulsional y de una pulsión de muerte, de una pulsión de muerte que no era sin duda ajena a la pulsión de poder? ¿Y a lo más vivo de la vida, a su propia supervivencia? (Cf. Derrida 1986, 1989, 1994–1995, 1995, 2001).

tenecientes a nuestra historia y a nuestra cultura. En esta medida, si marca nuestra lectura y la escritura de nuestra interpretación, no lo hace como un principio o una verdad que se podría sustraer al sistema textual que habitamos para esclarecerlo con toda neutralidad. En cierta manera, estamos dentro de la historia del psicoanálisis como estamos dentro del texto de Rousseau. Al igual que Rousseau abrevaba en una lengua que ya estaba ahí —y que, en cierto modo, es la nuestra, y así nos asegura una legibilidad mínima de la literatura francesa—, hoy circulamos por una cierta red de significaciones marcadas por la teoría psicoanalítica, si bien no la dominamos y aún cuando estamos seguros de no poder dominarla nunca perfectamente». Y luego: «Suponiendo que el psicoanálisis pueda, de derecho, (...) dar cuenta de toda la historia de la metafísica occidental (...) faltaría aún que elucide la ley de su propia pertenencia a la metafísica y a la cultura occidental» (Derrida, 1995:205).

Por esto, precisamente, no es posible hablar desde fuera de la filosofía, sino a lo sumo al margen de ella (en Heidegger, en Lévi-Strauss incluso descubre Derrida ruidosos ejemplos del mismo fallido gesto de pretender salir de la metafísica —cf. Derrida, 1967b—). Meditando acerca de esta especie de círculo mágico que parece impedir toda transgresión frontal del pensamiento filosófico, Derrida ensaya otra metáfora: «repitiendo rigurosamente ese círculo en su propia posibilidad histórica, dejar que se produzca quizás, en la diferencia de la repetición, algún desplazamiento elíptico: deficiente sin duda, pero con una cierta deficiencia que aún no sea o ya no sea (...) nada que pueda ser retomado por algún filosofema (...). Quizás algo totalmente diferente».⁶

En el contexto de la metafísica, al escritor lo acosa la obsesión de un discurso total, y esa fantasía cristaliza en el mito del libro como totalización del significante (Derrida 1967a:22). Un pensamiento al margen de la metafísica quizás también viva obsesionado, aunque esta vez se trate de la exploración inagotable de un texto sin fronteras radicalmente ajeno al concepto de totalidad. Sin embargo, también este pensamiento «desconstructor» termina por cristalizar en una obra por más difíciles de localizar que sean sus contornos. Entonces aquella imposibilidad esencial para elaborar un aparato conceptual desligado de cualquier compromiso metafísico, puede traducirse en un doble escollo. Por un lado, la noción de arqui–escritura puede cargarse con el prestigio que la metafísica asignaba al concepto de absoluto. Si bien es cierto que Derrida describe la arqui–escritura en términos de dinamismo —y con esto parece apartarse de la tradición metafísica—, por momentos hace pensar en el absoluto dionisíaco que domina la «metafísica de artista» en Nietzsche. Por otro lado, una vez cuestionadas las pautas metodológicas tradicionales,

6 Cf. Derrida (1967b), nota de Pochtar.

este pensamiento «desconstructor» corre el riesgo en su trayectoria efectiva de quedar expuesto a todo tipo de motivaciones empíricas. El propio Derrida admite esto y reconoce el papel que desempeña en su indagación «un cierto flair». Paradójicamente, considera que el único antídoto para el empirismo reside en la distinción husseriana entre hecho y esencia. En ciertas zonas del texto, incluso, llegan a confundirse la noción lingüística de «formalización» y la «descripción eidética» tal como Husserl la plantea. A pesar de que ambas metodologías exhiben significativos puntos de contacto (perceptibles, por ejemplo, en la obra de Roman Jakobson), desde el punto de vista de una «desconstrucción» de la conceptualidad metafísica, hecho y esencia son categorías totalmente comprometidas con el tema de la presencia. En última instancia, Derrida también admite esta limitación que pesa sobre las estructuras maestras de su programa. Quizás por eso renuncie a referirse a sus textos con otro nombre que con el de «ensayos» (Pochtar, 1971:14).

El volumen reseñado por Ricardo Pochtar en *Los libros, De la gramatología*, fue publicado por Siglo xxi de Argentina en 1971. ¿Quiénes lo vertieron al castellano? Llevaron a cabo la traducción Oscar del Barco y Conrado Ceretti, con la revisión del mismo Pochtar. Del Barco, junto a Aricó, Germán García, Aníbal Ford o Jorge Rivera, son algunos de los nombres que Toto Schmucler le propone a Ricardo Piglia para implicarlo en el proyecto *Los libros*. En la entrada de 16 de enero de 1969 de su diario, Piglia / Renzi anota «más tarde me encuentro con Héctor Schmucler, recién llegado de Francia, con ganas de poner en marcha una revista (modelo: *La Quinzaine*), está deslumbrado por Cortázar, a quien ha frecuentado en París, fascinado por las “novedades” que circulan, básicamente la oleada del estructuralismo (onda Barthes + la revista *Tel Quel*)» (Piglia, 2016:III). Se ajusta, más adelante, la relación con Schmucler, quien, a mediados de abril, le parece «cada vez más inteligente», no así con Oscar del Barco y sus acólitos. El 5 de diciembre de 1969, leemos, en el mismo diario: «en *Los libros* me encuentro con F., discípulo de Oscar del Barco, circula la problemática *Tel Quel*, purismo en la terminología, culto a la destrucción onda Bataille. Parecen creer que el deseo funciona en la literatura solo en los escritores que lo hacen explícito. Pasa lo mismo con el lenguaje. El esnobismo invade Buenos Aires con la jerga estructuralista. Demencial artículo colectivo sobre Marechal usando los actantes de Greimas para analizar *Adán Buenosayres*» (167).⁷

7 El artículo en cuestión, en la línea de la *Morfología de Macunaíma* (1973) de Haroldo de Campos, era acción colectiva del «Centro de Investigaciones literarias Buenosayres», integrado por Hortensia Lemos, Ángel Núñez, Nannina Rivarola, Beatriz Sarlo y Susana Zanetti. Para la relación de Piglia con otras literaturas, ver Gallego Cuiñas (2019).

El revisor del volumen, por su proveniencia filosófica y sus previas reseñas fenomenológico-estructuralistas, era, como dijimos, Ricardo Pochtar, graduado en Buenos Aires y gravitando en torno a Carlos Astrada, pero por entonces joven profesor en el Instituto de Estudios Superiores de Trelew, adscripto a la Universidad Nacional del Sur, con sede en Bahía Blanca, donde enseñaba Jaime Rest, institución más adelante incorporada a la Universidad Nacional de la Patagonia. Beatriz Sarlo le atribuye a Rest el nombramiento de Pochtar, y el suyo mismo, en Trelew, y agrega que, de esa relación esporádica (uno viviendo en Bahía Blanca, la otra en Chubut), por los pasillos del hotel donde todos los profesores visitantes se alojaban, derivó la invitación a ser reseñista de *Los libros*.⁸ El rosarino Conrado Guillermo Ceretti Sabbione (1944, detenido-desaparecido en julio de 1976) cubría la sección Internacionales para *Clarín* y *La Opinión*, colaborando asimismo en la revista *Panorama*. Amén de la *Gramatología*, había traducido, también para Siglo XXI, *La cuestión de las nacionalidades y la social democracia*, de Otto Bauer y, para los *Cuadernos de Pasado y Presente*, al menos tres volúmenes, *La cuestión nacional y la formación de los Estados*, una antología de escritos de Marx y Engels, compilada por José Aricó; *La construcción del socialismo en China* (por Mao Tse-tung) y *Problemas económicos del socialismo en la URSS* (por Stalin) y *El desarrollo industrial de Polonia y otros escritos sobre el problema nacional*, de Rosa Luxemburgo. Ceretti estaba casado con la hija del filósofo Luis Juan Guerrero, Diana Guerrero, autora del excelente *Roberto Arlt: el habitante solitario*, desaparecida también junto a él, en 1976.⁹ Es decir que, de los mediadores para que Derrida desconstruyera la metafísica en las pampas, uno, Ceretti, desaparece por la represión. Otro, Del Barco, se exilia en México. Y el tercero, Pochtar, el que más me interesa en este punto, se radica en España. Pero, llegando a la península incluso antes de la muerte

8 Comunicación personal de Sarlo (diciembre de 2020).

9 Guerrero, Diana (1972). *Roberto Arlt: el habitante solitario*. Buenos Aires, Granica, 2019

de Franco, no consigue integrar el sistema universitario español, razón por la cual su inserción será lateral, intersticial, como traductor de obras más o menos cultas y convencionales,¹⁰ o tardíamente, como poeta.¹¹

Tambalea, por tanto, la idea de que la dictadura argentina no habría transformado radicalmente los proyectos de escritura de los autores más relevantes del período. Los transformó con alguna forma de muerte o silencio. Rescato, no obstante, un poema de Pochtar que leo en su volumen de 2012, *El tamaño de los días*:

10 Su teoría de la traducción asienta en una suerte de entre–lugar del traductor, que ocuparía una instancia vacía y lacunar. «Precisamente, un fallo, el más fácil de detectar, en las malas traducciones (que más que eso son traducciones fallidas) consiste en que están todas las palabras, pero falta lo que el texto dice, falta el texto. De modo que no es preciso postular la existencia de un mundo de las ideas para justificar la búsqueda típica del traductor, pero tampoco sirve de mucho replegarse a un austero nominalismo de andar por casa. A Platón le molestaba intelectualmente ese “mundo intermedio” donde nada era o no era en absoluto, sino que era “más o menos”, el mundo de esos hombres “de dos cabezas” que ya había condenado Parménides. Pues bien, creo que precisamente ahí es donde está el lugar del traductor, sus dudas que nunca acaban, el matiz del adjetivo que no da con su expresión definitiva, “equivalente”, la inconclusión final de su tarea. De ahí su frecuentación obsesiva de los diccionarios. Aunque traduzca de un solo idioma al suyo propio, el traductor suele conocer también otros idiomas: no es raro que al buscar esa palabra capaz de transmitir lo que el autor ha dicho con la suya encuentre primero una tercera, de otro idioma, y por una suerte de triangulación acabe descubriendo la que buscaba. Lo cual, por cierto, contribuye a multiplicar los viajes por los diccionarios. Tendemos a pensar que en ellos se encuentran todas las respuestas. En algo hay que creer, al fin y al cabo. Pero en realidad siempre hay márgenes de imprecisión, siempre hay errores. También a estos efectos Dios ha muerto, otro corolario del desastre de Babel. Pensemos, por ejemplo, en lo que nos aporta el análisis semántico de las palabras y su etimología. Para los que hablan o escriben o leen en determinado idioma conocer la etimología de las palabras que utilizan es un lujo, algo superfluo que no añade ni quita nada al acto lingüístico. Sin embargo, semántica y etimología aclaran el sentido de las palabras y su frecuentación le aporta valiosos instrumentos al traductor, si no para ensayar alguna extraña pируeta anacronista al menos para ganar una visión del idioma en profundidad. De ese sentido olvidado de las palabras, que intenta rescatar el etimólogo, emana una especie de luz fósil —incluso reconstruida: la belleza del asterisco anunciando una raíz indoeuropea— a la que también ha de ser sensible el traductor. Emparentada con los mundos posibles de Leibniz, con la variación eidética de Husserl, la experiencia de traducir consiste, como otros experimentos mentales, en ensayar múltiples vías para acotar ese núcleo de sentido en torno al cual fluyen las palabras, se forma el texto. En el uso acertado de este tipo de estrategias se juega el extraño rigor de la traducción, su famosa fidelidad, que nunca está a salvo del riesgo de traición. Por más que se deba apuntar a una referencia objetiva, el compromiso siempre es personal» (Pochtar, 2009). Una de sus últimas publicaciones ensayísticas es el artículo «alternativo» en el *Diccionario del pensamiento alternativo*, dirigido por Hugo Biagini y Arturo Roig (Buenos Aires, Biblos, 2008).

11 Como poeta, Pochtar es autor de *Lugar diseminado* (Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1993), *Clinamen* (Gijón, Trea, 2006), *El efecto mariposa* (Trea, Gijón, 2010), *El tamaño de los días* (Madrid, Amargord, 2012), *En la pizarra de la noche* (Centro de Gravitación Poética, 2013) y *Beneficio del asombro* (Tigres de Papel, 2018).

Los que escriben
de siglo en siglo
calendarios de piedra
o de cuentas de papel
—dóciles norias
para los cuatro
o cinco elementos,
si me apuran—
¿qué saben realmente
de las horas,
qué recuerdan
del tamaño de los días?

Es una pregunta pertinente para toda *Teoría en tránsito*. Ella señala la sobrevivencia, mezcla de síntoma y fantasma, de un obstáculo, es decir, la huella efectiva de un proceso histórico. Ese resto es, ante todo, una realidad negativa: el desecho de lo dominante; pero es también una realidad enmascarada, eufemizada, secuestrada o simplemente reprimida. Da testimonio de un estado desaparecido de la cultura. Dicho lo cual solo podemos entender la *Teoría en tránsito* como una exploración sintomática y fantasmal de un proceso de fractura, espectral, que ilumina un ámbito común a España y América, así como un período retrógrado, el de retorno al espíritu conservador-nacionalista, en otras palabras, un tiempo de restauración de las ideas reaccionarias, que le sigue al 68 y su ímpetu de desconstrucción geocéntrica. Recordémoslo a Benjamin: la teoría socialdemócrata ha sido determinada por un concepto de progreso que no se atiene a la realidad, sino que tiene ambiciones dogmáticas. El progreso así concebido es un progreso, en primer lugar, de la propia humanidad, y no solo de sus destrezas y conocimientos. En segundo lugar, es un progreso inconcluso e inconcluible y, por último, esencialmente incesante. La representación de un progreso del género humano en la historia es inseparable de la representación de la prosecución de esta a lo largo de un tiempo homogéneo y vacío.

Sin embargo, la verdad política de una teoría contemporánea de la literatura y el arte acarrea un conjunto de consecuencias que se organizan en torno a un nuevo acontecimiento masivo, en el que la intensificación, la contracción y la localización diseminada sustituyen al viejo objeto identitario de «las literaturas nacionales», con su presentación efectiva de la fuerza genérica de lo múltiple, de tal suerte que la crítica a la representación de las conquistas en uso debe constituir el punto de partida de la crítica de toda noción de progreso, de tránsito. Hemos pasado así del «futuro pasado» (Koselleck),

típico de la modernidad, al dominio del «eterno presente», pautado por un nihilismo de la urgencia, que genera la desertificación de expectativas y una cristalización del presente. Toda teoría secular y posidealista es entonces un simple llamado a la acción que crea un nuevo estado de emergencia. La *Teoría en tránsito* nos persuade pues que somos seres efímeros, sí, con un tiempo acotado a disposición, pero que no podemos perderlo en la mera contemplación desinteresada. Es preciso actuar, aunque los escenarios también se muevan concomitantemente y jueguen un rol transitorio, ambivalente, cuando no ambiguo, en el cual es necesario definir, con la mayor urgencia, el campo de acción en el que somos llamados a intervenir.

La historia del arte, decía Walter Benjamin, es una historia de profecías. Solo puede ser descripta, como apuntaba Piglia, a partir del presente inmediato, actual, porque cada época dispone de una posibilidad renovada, pero no transmisible por la herencia (*unvererbbar*), y que le es además indeclinable, de interpretar las profecías de épocas pasadas. Esto no la exime de ambigüedades y ambivalencias. Así, en un coloquio sobre Benjamin y la historiografía artística (Didi-Huberman y Careri, 2015), Georges Didi-Huberman recordaba dos cosas incompatibles, primero, lo que el filósofo le decía a su amiga Florens Christian Rang, en una carta fechada el 9 de diciembre de 1923: tengo para mí que no existe historia del arte (*daß es Kunstgeschichte nicht gibt*). Pero, al mismo tiempo, en un *curriculum* redactado en 1925 y retomado en 1940 (¿no habrán redactado Del Barco o Pochtar textos semejantes?), Benjamin admitía que el primer gran pensador en haberlo marcado había sido un historiador del arte, Alois Riegl, al que habría que agregar a Aby Warburg, cuyo equipo quiso infructuosamente integrar en 1928, ambición frustrada por el rechazo perentorio de Panofsky. Tránsitos como esos, minuciosamente reconstruidos por Max Hidalgo Nácher, traman la teoría y nos dan cuenta de sus catacumbas.

Bibliografía

- Derrida, Jacques (1967a). La forme et le vouloir-dire. Note sur la phénoménologie du langage. En *Revue internationale de philosophie*, (81), 277.
- Derrida, Jacques (1967b). La structure, le signe et le jeu dans le discours des sciences humaines. En *L'écriture et la différence* (pp. 409–429). Seuil.
- Derrida, Jacques (1986). *La Tarjeta Postal: De Sócrates a Freud y más allá...* Siglo XXI.
- Derrida, Jacques (1989). Freud y la escena de la escritura. En *La escritura y la diferencia* (pp. 271–317; trad. Patricio Peñalver). Anthropos.
- Derrida, Jacques (1994–1995). «Ser justo con Freud». La historia de la locura en la edad del psicoanálisis (trad. Cristina de Peretti). *ER. Revista de Filosofía*, (17/18), 105–158.
- Derrida, Jacques (1995). *Mal d'archive. Une impression freudienne*. Galilée.
- Derrida, Jacques (2001). *Estados de ánimo del psicoanálisis. Lo imposible más allá de la soberana残酷* (trad. Virginia Gallo). Paidós.
- Didi-Huberman, Georges y Careri, Giovanni (2015). *L'histoire de l'art depuis Walter Benjamin*. Éditions Mimésis.
- Gallego Cuiñas, Ana (2019). Otros. *Ricardo Piglia y la literatura mundial*. Iberoamericana.
- Hidalgo Nácher, Max (2020). Historia del libro y teoría de la literatura en Argentina y España: un estudio comparado. En Larraz, Fernando et al., *Pliegos alzados. La historia de la edición, a debate* (pp. 33–50). Trea.
- Piglia, Ricardo (2016). *Los diarios de Emilio Renzi II. Los años felices*. Anagrama.
- Pochtar, Ricardo (1970). El horizonte de la fenomenología. *Los Libros*, (14), 22–24.
- Pochtar, Ricardo (1971). Gramatología: ciencia de la escritura. *Los Libros*, (24), 14.
- Pochtar, Ricardo (2009). La traición del traductor. *Critica.cl*.
- Wahl, François (1971). *¿Qué es el estructuralismo? La filosofía entre el antes y el después del estructuralismo*. Losada.

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin una multitud de encuentros y circunstancias, en las que se mezcla el azar, y que —si excavo solo un poco en la memoria del olvido— se remontan a las tardes de adolescencia pasadas en la Biblioteca Municipal de Castellón, leyendo libros que no había en la biblioteca familiar, y a las clases de Literatura, impartidas con entusiasmo por José María Araúzo, en el Instituto Sos Baynat. Como estudiante de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada entre 2004 y 2006 en la Universitat de Barcelona descubrí la posibilidad de pensar la literatura, desde las aulas universitarias, no ya como un objeto de saber, sino como una experiencia de la fascinación y una práctica de transformación, una forma y una fuerza, un límite y un motor del pensamiento. Ahí es donde experimenté, como alumno y profesor, y tal como ha dicho Nora Catelli, que «en las humanidades la transmisión es, al mismo tiempo, lección y descubrimiento». El espacio de las aulas, y sobre todo lo que se genera en torno a él y más allá de él, han sido fundamentales para este libro. Su escritura debe mucho, pues, a los propios estudiantes, con quienes se han puesto a prueba y repensado sus problemáticas.

Agradezco especialmente a Nora Catelli, además de la pericia para sostener y transmitir una crítica de la lectura, el haberme encaminado, ya desde el final de la tesis doctoral, hacia este objeto de estudio. A Robert Caner su modo de sostener en público la lectura, siempre cuidadosa, “con ojos y dedos delicados”, y el diálogo. Y a Manuel Aznar, a José Ramón López García y al resto de colegas y amigos del Grupo de Estudios del Exilio Republicano (GEXEL) de la Universidad Autónoma de Barcelona el haber hecho visible y pensable el exilio español republicano y el haberme familiarizado con una perspectiva historiográfica y con un trabajo de archivo sin el cual nada de esto habría sido posible.

Además de esa doble herencia, esta investigación se ha hecho posible gracias al acceso a contextos que no me estaban destinados: el estudio en París VII con Julia Kristeva, en 2006–2007, y las estancias de investigación en la Universidad Nacional de Rosario, en 2013, con Adriana Astutti; en la Universidade de São Paulo, en 2015 con Adriana Kanzepolsky, y en 2017 con Valeria de Marco,

a quien debo la posibilidad de profundizar mis investigaciones sobre José Bergamín y pensar largamente, durante dos cursos de posgrado y en su compañía, sobre el exilio republicano de 1939; en el Centro de Referência Haroldo de Campos (2018) de São Paulo, con una beca de la propia institución, en cuya biblioteca he descubierto un espacio privilegiado para pensar la circulación de la teoría literaria de la segunda mitad del siglo xx; y en el Institut for World Literature de Harvard University en 2016, donde realicé una estancia de investigación bajo la dirección de Mariano Siskind y asistí a los seminarios de Gisèle Sapiro. En estos viajes de ida y vuelta en que se ha ido tejiendo el corpus y la perspectiva de esta investigación han sido fundamentales algunos encuentros. De entre ellos, querría aquí recordar la complicidad de los colegas de la UFSC Joca Wolff —que me hizo llegar en 2017 sus *Telquelismos latinoamericanos*—, Byron Vélez, Susana Scramim y Raúl Antelo, quien no ha dejado de alentar y acompañar con lucidez y generosidad en todo momento estas investigaciones, y cuyos trabajos son siempre una invitación a la archifilología y al cuestionamiento. Para medir el valor de su trabajo en este libro basta constatar que la *arché* de la arqueología que aquí propongo no tiene su punto de emergencia en Foucault, sino en las archifilologías latinoamericanas provenientes de la isla del destierro.

También quiero recordar aquí las conversaciones con Leyla Perrone, que tanto ha animado mis investigaciones sobre Haroldo de Campos y su biblioteca, y que, además de pensar la posibilidad de un Lautrémont austral, me sugirió —en un movimiento espiral— volver sobre mi propia tradición nacional a través de la obra de Julián Ríos. Mis investigaciones sobre Haroldo de Campos, que aquí dejan su marca, no hubieran sido lo mismo sin ella, ni sin Claudia Amigo Pino, Laura Brandini y Amálio Pinheiro, siempre atento a los ritmos y tejidos de los cuerpos y de la dicción.

Quiero agradecer especialmente a Julián Ríos y Andrés Sánchez Robayna, que me recibieron en París y en La Laguna para responder amablemente a mis preguntas y no han dejado de colaborar en mis investigaciones. A Dante Pignatari y a Maria Adelaide Pontes por facilitarme el acceso al archivo de Décio Pignatari. A Júlio Mendonça por su colaboración sostenida en mis pesquisas haroldianas. A Margarita Ramírez por su

generosidad y por concederme el permiso para reproducir la correspondencia de Claudio Guillén. A los bibliotecarios de los archivos consultados, especialmente del Acervo Haroldo de Campos, la Fundación Max Aub, el Massachusetts Institute of Technology y The Houghton Library de Harvard.

Charo Lacalle me descubrió la semiótica hace ahora casi veinte años, como alumno de Periodismo en la UAB, y colaboró en mis investigaciones semióticas desde mi estancia de investigación argentina de 2013. Enric Sullà me animó, desde los primeros pasos, a seguir esta investigación y me indicó vías para llevarla a cabo. Y Annalisa Mirizio, Víctor Escudero, Edgardo Dobry y Marta Puxan acompañaron estos trabajos de excavación con su diálogo. Ester Pino también ha estado presente desde el comienzo de estas investigaciones —y algunas marcas habrán quedado en ella del ensayo de una escritura a cuatro manos— y las ha seguido hasta el final. Tanto a ella como a Albert Jornet —que ha acompañado de cerca todo el proceso desde una y otra orilla—, Fernando Larraz —a quien tanto debe este trabajo—, Juan Carlos Pueo, Edgar Straehle, Jordi Carmona, Amador Fernández-Savater, David Torrella, Caterina Riba, Roberto Tomé, Carlos Fontales, Marta Jordana, Claudia Amigo Pino, Andrés Pérez, Mario Martín Gijón y José Ramón López García les agradezco la lectura inteligente de fragmentos del manuscrito —que leyó por vez primera, cuidadosamente y en su totalidad, Daniela Fumis—, el diálogo y las aportaciones bibliográficas. Agradecimiento que hago extensivo, de modo especial, a Graciela Goldchluk —la veo ahora en Ouro Preto, a mi lado, escalando cuestas infinitas bajo un cielo azul que, sin embargo, en su más pleno mediodía traía una impasible lluvia negra— y a Anna Gargatagli, que hicieron una última lectura del mismo que ha mejorado mucho el resultado final, y a Ivana Tosti, por todo el cuidado y la paciencia puestos en la fase final de escritura y en el proceso de edición del libro, en el que Félix Chávez —que se ha encargado con un cuidado asombroso de la revisión del texto— me ha enseñado qué es «leer con ojos y dedos delicados». A él mi gratitud, pues el libro que ahora se presenta es mucho mejor que el texto que entregué.

Ahora bien, todo lo dicho aquí hubiera quedado en nada —no hubiera tenido lugar— sin Analía Gerbaudo, verdadera artífice

de este libro y de los otros que vendrán, pues fue ella quien, desde la Universidad Nacional del Litoral, en Santa Fe, puso todo esto en movimiento y es ella quien lo ha acompañado con un cariño y un entusiasmo que solo ella sabe promover. Este libro, al tiempo que se abre a la incertidumbre, excava en un pasado que no ha dejado de pasar. Por eso, no puedo dejar aquí de recordar a mi abuela materna, Manuela Fernández Suárez —asturiana refugiada en Castellón de la Plana con diez años como evacuada, ya sin su familia, de las bombas fascistas que caían en Madrid—, que se decía analfabeta pero que nunca dejó de leer, de hablar en refranes y en cuentos, y de recordar infinitamente por las calles, para cualquiera que quisiera escucharla —en un contexto de amnesia general, siempre desde el principio—, la miseria del franquismo. Giorgio Agamben, lector de José Bergamín, se ha referido a la poesía como «algo que incesantemente vive, trabaja y sustenta la lengua escrita para restituirla a aquello ilegible de donde proviene, y hacia lo cual se mantiene en viaje». Como ocurre con la poesía, también habrá de haber una filología analfabeta, la cual es uno de los puntos de tensión de este libro. Y si uno escribe para aquellos que no pueden leerlo, es justo que, al darse a la lectura, pueda leerse en un texto aquello que nunca fue escrito.

Tres cuartas partes de esta investigación, concluida en la primera mitad de 2020 en días de confinamiento, las escribí en condiciones de precariedad laboral como profesor asociado de la Universitat de Barcelona. Por ello, no querría dejar de dedicar este trabajo a los compañeros que soportan con sus cuerpos, a su pesar, una universidad feudal y neoliberal que se sostiene en ellos y que merece ser transformada.

Cierro estos agradecimientos con un recuerdo especial para Lívia y Samba, con quienes compartí los meses de confinamiento de 2019 y con quienes pasaron las horas y los días más dulces, menos pesarosos, más dignos de ser vividos.

Barcelona, 22 de junio de 2020 – 20 de diciembre de 2021

Sobre las autoras y los autores

Raúl Antelo ha sido catedrático en la Universidade Federal de Santa Catarina, profesor visitante en las Universidades de Yale, Duke, Texas at Austin, Maryland y Leiden. Presidió la Associação Brasileira de Literatura Comparada (ABRALIC) y fue distinguido con la Beca Guggenheim y el doctorado *Honoris causa* por la Universidad de Cuyo. Es autor de *Maria con Marcel. Duchamp en los trópicos; Crítica acéfala; Alfred Métraux: Antropofagia y cultura; Archifilologías latinoamericanas: lecturas tras el agotamiento. A ruinología; A máquina afilológica; En muerte: miniaturas urbanas; Azulejos. Lo transvisual y la arqueología de lo moderno*. Ha editado a João do Rio, Mário de Andrade, Jorge Amado y Raul Pompeia; *Antonio Candido y los estudios latinoamericanos*, la *Obra Completa* de Oliverio Girondo y *Lirismo+Crítica+Arte=Poesia. Um século de Pauliceia Desvairada* (em prensa). Acaba de ser publicado *Un guión de extimidad. Escritos sobre la obra de Raúl Antelo*.

Nora Catelli se licenció y fue profesora en la Universidad Nacional de Rosario hasta su exilio, en 1976. En Barcelona se doctoró en Filología Hispánica con una tesis sobre *La expresión americana* de José Lezama Lima. Es profesora emérita de la Universidad de Barcelona. Además de numerosos artículos sobre teoría literaria, géneros autobiográficos o historia intelectual, se le deben los siguientes libros: *El espacio autobiográfico; El tabaco que fumaba Plinio. Escenas de la traducción en España y América. Relatos, leyes y representaciones de los otros* (en colaboración con Marietta Gargatagli); *Testimonios tangibles. Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna* (xxix Premio Anagrama de Ensayo); *En la era de la intimidad, seguido de El espacio autobiográfico; Juan Benet. Guerra y literatura; Desplazamientos necesarios: lecturas de literatura argentina; La tarea del traductor de Walter Benjamin* (edición y prólogo). Ha dictado y participado de cursos en las Universidades de Buenos Aires, Nueva York, Princeton, Pensilvania, Campinas, y Harvard.

Max Hidalgo Nácher es profesor de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universitat de Barcelona donde imparte docencia en el grado de Estudios Literarios. Se doctoró en el año 2013 en la UB con una investigación sobre *El problema de la escritura en el campo intelectual francés (1945-1975)* dirigida por Nora Catelli. Sus principales campos de investigación son las escrituras del exilio republicano de la guerra civil española de 1939 y la circulación y los usos

de la teoría literaria desde la segunda mitad del siglo xx hasta nuestros días en Argentina, España, Francia y Brasil, lo que le ha llevado a hacer estancias de investigación en la Universidad Nacional de Rosario, en la Universidade de São Paulo, en el Centro de Referência Haroldo de Campos (São Paulo), en la Universidad de Harvard y en la École Normale Supérieure. Ha sido codirector de la revista *Puentes de crítica literaria y cultural*. Es coeditor del volumen colectivo *José Bergamín: entre literatura y política* y ha coordinado, entre otros, los monográficos, «Historia y usos hispanos de la teoría» (452ºF), «Circulações da teoria na América Latina» (*Landa*) y un número extraordinario de homenaje a Julián Ríos (*Tropelías*).

Analía Gerbaudo enseña Teoría Literaria y Didácticas de la lengua y de la literatura en la Universidad Nacional del Litoral. Es investigadora del CONICET. Dirige la editorial Vera cartonera y la revista *El taco en la brea* (ambas en línea). Entre sus publicaciones se cuentan *Políticas de exhumación. Las clases de los críticos en la universidad argentina de la posdictadura (1984-1986)* y *La institucionalización de las letras en la universidad argentina (1945-2010). Notas «en borrador» a partir de un primer relevamiento*. Ha sido Visiting Fellow Professor en Trinity College en la Universidad de Oxford y Directrice d'études invitée en la École des Hautes Études en Sciences Sociales en el Centre européen de Sociologie et de Sciences Politiques.

Teoría en tránsito reconstruye lateralmente las diferencias —genealógicas, cronológicas, sistemáticas— entre la vida universitaria, social y discursiva en torno de la transmisión del estudio de las humanidades. Exhumar en España impide cerrar las fronteras o constreñir la datación. Este libro dialoga —de manera rigurosamente panorámica— con bloques inamovibles pero vivos que se desplazaron desde el último franquismo hacia la democracia con escasas modificaciones institucionales.

Nora Catelli, «Prácticas del documento en la historia de la crítica»

Una investigación sobre la historia primordial (la *Urgeschichte*) de la crítica del siglo XX como esta *Teoría en tránsito* implica bajar al pozo de Babel, las entrañas del sistema, el mundo ctónico. Solo podemos entender la Teoría en tránsito como una exploración sintomática y fantasmal de un proceso de fractura, espectral, que ilumina un ámbito común a España y América así como un período retrógrado, el de retorno al espíritu conservador-nacionalista, en otras palabras, un tiempo de restauración de las ideas reaccionarias que le sigue al '68 y su ímpetu de desconstrucción geocéntrica.

Raúl Antelo, «La teoría es profecía»